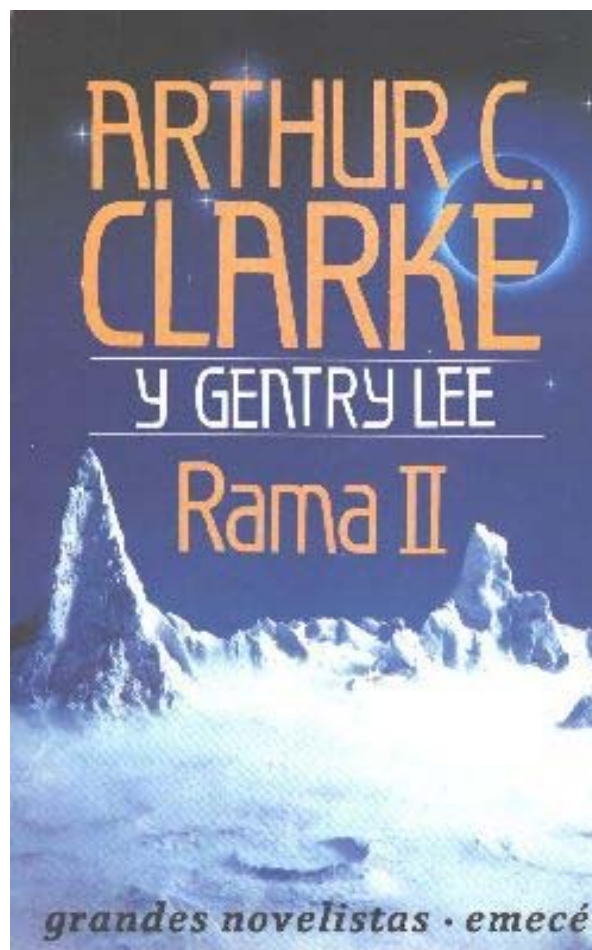


RAMA II

Arthur C. Clarke y Gentry Lee



1 - El regreso de Rama

El gran radar pulsogenerador Excalibur, alimentado por explosiones nucleares, estaba fuera de servicio desde hacía casi medio siglo. Había sido diseñado y desarrollado en un frenético esfuerzo durante los meses siguientes al tránsito de Rama a través del Sistema Solar. Cuando fue declarado por primera vez operativo en 2132, su propósito anunciado fue proporcionar a la Tierra una amplia advertencia de cualquier futuro visitante alienígena: uno tan gigantesco como Rama podría ser detectado a distancias interestelares..., años, se esperaba, antes de que pudiera causar algún efecto sobre los asuntos humanos.

La decisión de construir Excalibur fue tomada antes incluso de que Rama cruzara el perihelio. A medida que el primer visitante extraterrestre rodeaba el Sol y se encaminaba de nuevo hacia las estrellas, ejércitos de científicos estudiaron los datos de la única misión que había conseguido establecer una cita con el intruso.

Rama, anunciaron, era un robot inteligente que no mostraba absolutamente ningún interés en nuestro Sistema Solar ni en sus habitantes. El informe oficial no ofrecía explicaciones a los muchos misterios hallados por los investigadores; sin embargo, los expertos se convencieron a sí mismos de que comprendían un principio básico de la ingeniería ramana. Puesto que la mayor parte de los principales sistemas y subsistemas hallados dentro de Rama por los exploradores humanos poseían dos backups funcionales, parecía que los alienígenas lo construían todo "por triplicado". En consecuencia, puesto que se suponía que todo el gigantesco vehículo era una máquina, se consideró altamente probable que otras dos naves espaciales Rama siguieran al primer visitante.

Pero ninguna nueva nave espacial entró en las inmediaciones solares desde las vacías extensiones del espacio interestelar. A medida que pasaban los años, la gente de la Tierra se enfrentó a problemas más apremiantes. Las preocupaciones acerca de los ramanes, o quienes fueran que habían creado ese deslustrado cilindro de cincuenta kilómetros de largo, cedieron a medida que la solitaria incursión alienígena pasaba a la historia. La visita de Rama siguió intrigando a muchos eruditos, pero la mayoría de los miembros de la especie humana se vieron obligados a prestar atención a otros asuntos. A principios de los años 2140, el mundo estaba sumido en una grave crisis económica. No quedaba dinero para seguir manteniendo Excalibur. Sus escasos descubrimientos

científicos no podían justificar el enorme gasto de garantizar la seguridad de sus operaciones. El gigantesco pulsogenerador fue abandonado.

Cuarenta y cinco años más tarde, se necesitaron treinta y tres meses para devolver Excalibur a su status operativo. La justificación primaria para el reacondicionamiento de Excalibur fue científica. Durante los años intermedios, la ciencia del radar había florecido y producido nuevos métodos de interpretación de datos que habían aumentado enormemente el valor de las observaciones de Excalibur. Cuando el generador empezó a tomar de nuevo imágenes de los distantes cielos, casi nadie en la Tierra esperaba la llegada de otra nave espacial de Rama.

El director de operaciones de la Estación Excalibur ni siquiera informó a su supervisor la primera vez que el extraño blip apareció en su display de proceso de datos. Pensó que se trataba de un artificio, un fantasma creado por un algoritmo anómalo del procesado. Cuando la signatura se repitió varias veces, sin embargo, le prestó una mayor atención. El director llamó al científico jefe de Excalibur, el cual analizó los datos y decidió que el nuevo objeto era un cometa de período largo. Transcurrieron otros dos meses antes de que un estudiante graduado demostrara que la signatura pertenecía a un cuerpo liso de al menos cuarenta kilómetros en su dimensión más larga.

En 2197 el mundo supo al fin que el objeto que avanzaba a través del Sistema Solar hacia los planetas interiores era una segunda nave espacial extraterrestre. La Agencia Internacional del Espacio (AIE) concentró sus recursos en preparar una misión organizada que interceptara al intruso justo dentro de la órbita de Venus a finales de febrero de 2200. La humanidad miró de nuevo hacia afuera, hacia las estrellas, y las profundas cuestiones filosóficas suscitadas por la primera Rama fueron debatidas otra vez por la población de la Tierra. A medida que el nuevo visitante se acercaba y sus características físicas eran interpretadas más cuidadosamente por la nube de sensores apuntados en su dirección, se confirmó que esa nave espacial alienígena, al menos exteriormente, era idéntica a su predecesora. Rama había regresado. La humanidad se enfrentaba a una segunda cita con el destino.

2 - Prueba y entrenamiento

La extraña criatura metálica avanzó a lo largo de la pared, arrastrándose hacia el voladizo. Parecía un flaco armadillo, con su cuerpo de caracol lleno de articulaciones cubierto por una delgada concha que se enroscaba encima y en torno de un compacto

grupo de componentes electrónicos atravesados en mitad de sus tres secciones. Un helicóptero flotaba a unos dos metros de la pared. Un brazo largo y flexible con una pinza en su extremo se extendió desde la nariz del helicóptero y estuvo a punto de cerrar sus mandíbulas en torno de la extraña criatura.

—Maldita sea —murmuró Janos Tabori—, es casi imposible con el helicóptero dando tumbos. Incluso en perfectas condiciones es difícil hacer un trabajo de precisión con esas garras extendidas del todo. —Miró al piloto. —¿Y por qué no puede esta fantástica máquina voladora mantener constantes su altitud y su equilibrio?

—Mueva el helicóptero más cerca de la pared —ordenó el doctor David Brown.

Hiro Yamanaka miró a Brown sin expresión alguna y entró una orden en la consola de control. La pantalla frente a él parpadeó roja y exhibió el mensaje: ORDEN INACEPTABLE. TOLERANCIAS INSUFICIENTES. Yamanaka no dijo nada. El helicóptero siguió flotando en el mismo lugar.

—Tenemos cincuenta centímetros, quizá setenta y cinco, entre las palas y la pared —pensó Brown en voz alta—. Dentro de otros dos o tres minutos, el biot estará a salvo bajo el voladizo. Pongámonos en manual y agarrémoslo. Ahora. Nada de errores esta vez, Tabori.

Un dubitativo Hiro Yamanaka contempló por un instante las gafas del científico medio calvo sentado en el asiento detrás de él. Luego el piloto se volvió, entró otra orden en la consola, y movió la larga palanca negra hacia la izquierda. El monitor parpadeó: MODO MANUAL. SIN PROTECCIÓN AUTOMÁTICA. Yamanaka llevó cuidadosamente el helicóptero más cerca de la pared.

El ingeniero Tabori estaba preparado. Insertó sus manos en los guantes instrumentados y practicó abriendo y cerrando las mandíbulas al extremo del brazo flexible. El brazo se extendió de nuevo, y las dos mandíbulas mecánicas se cerraron diestramente en torno del articulado caracol y su concha. Los bucles de realimentación en los sensores de las mandíbulas le dijeron a Tabori, a través de sus guantes, que había capturado con éxito su presa.

—¡La tengo! —exclamó, exultante. Inició el lento proceso de arrastrarla de vuelta al helicóptero.

Una repentina ráfaga de viento empujó el aparato hacia la izquierda, y el brazo con el biop golpeó contra la pared. Tabori se dio cuenta de que su pinza se aflojaba.

—¡Enderécenlo! —exclamó, al tiempo que seguía retrayendo el brazo. Mientras luchaba por contrarrestar el movimiento de giro del helicóptero, Yamanaka inclinó

inadvertidamente la nariz hacia abajo, sólo un poco. Los tres miembros de la tripulación oyeron el desagradable sonido de las palas metálicas del rotor al chocar contra la pared.

El piloto japonés pulsó de inmediato el botón de emergencia, y el aparato regresó a control automático. En menos de un segundo sonó una zumbante alarma, y el monitor de la cabina destelló rojo. DAÑOS EXCESIVOS. MUCHAS POSIBILIDADES DE SINIESTRO. EYECTAR TRIPULACIÓN. Yamanaka no lo dudó. Al cabo de un momento había saltado fuera de la cabina y tenía su paracaídas desplegado. Tabori y Brown lo siguieron. Tan pronto como el ingeniero húngaro extrajo sus manos de los guantes especiales, las garras al extremo del brazo mecánico se relajaron, y la criatura armadillo cayó el centenar de metros que la separaban de la plana llanura de abajo, destrozándose en un millar de pequeñas piezas.

El helicóptero sin piloto descendió erráticamente hacia la llanura. Incluso con su algoritmo de aterrizaje automático activo y completamente controlado, el dañado aparato volador golpeó duramente sobre sus sustentadores cuando golpeó el suelo y se inclinó hacia un lado. No lejos del lugar de aterrizaje del helicóptero, un hombre robusto, vestido con un uniforme militar marrón cubierto de galones saltó fuera de un montacargas. Acababa de descender del centro de control de la misión, y estaba claramente agitado mientras caminaba aprisa hacia un todo terreno que aguardaba. Iba seguido por una ágil mujer rubia con un overol de vuelo de la AIE y un equipo de cámaras colgando sobre ambos hombros. El hombre vestido de militar era el general Valeri Borzov, comandante en jefe del Proyecto Newton.

—¿Algún herido? —preguntó al ocupante del todo terreno, el ingeniero en electricidad Richard Wakefield.

—Al parecer, Janos se golpeó el hombro bastante fuerte durante la eyección. Pero Nicole acababa de radiar que no tiene ningún hueso roto ni ninguna luxación, sólo un montón de hematomas.

El general Borzov subió al asiento delantero del todo terreno al lado de Wakefield, sentado tras el panel de control del vehículo. La mujer rubia, la videoperiodista Francesca Sabatini, dejó de grabar la escena y empezó a abrir la portezuela de atrás del todo terreno. Borzov, bruscamente, le hizo señas de que se apartara.

—Vaya a comprobar a des Jardins y Tabori —dijo, indicando hacia el otro lado de la planicie—. Wilson probablemente ya esté allí.

Borzov y Wakefield se marcharon en dirección opuesta en el todo terreno. Recorrieron quizá cuatrocientos metros antes de detenerse junto a David Brown, un hombre delgado de unos cincuenta años enfundado en un overol de vuelo con el aspecto de recién

estrenado. Estaba atareado doblando su paracaídas y volviendo a meterlo en una mochila. El general Borzov bajó del vehículo y se acercó al científico norteamericano.

—¿Está bien, doctor Brown? —preguntó, a todas luces impaciente por saltarse los preliminares. Brown asintió sin hablar.

—En ese caso —prosiguió el general Borzov con tono comedido—, quizá pueda decirme en qué estaba pensando cuando le ordenó a Yamanaka pasar a manual. Será mejor que hablemos de eso aquí, lejos del resto de la tripulación.

El doctor David Brown siguió guardando silencio.

—¿Acaso no vio las luces de advertencia? —prosiguió Borzov tras una corta pausa— ¿No consideró, ni siquiera por un momento, que la seguridad de los otros cosmonautas podía verse comprometida por la maniobra?

Finalmente, Brown miró a Borzov con ojos hoscos y ominosos. Cuando finalmente habló, su voz era tensa y entrecortada, a causa de las emociones que estaba reprimiendo.

—Me pareció razonable mover el helicóptero un poco más cerca del blanco. Nos quedaba algo de margen, y era la única forma en que podíamos capturar al biot. Nuestra misión, después de todo, es traer a casa...

—No necesita decirme cuál es nuestra misión —interrumpió Borzov con vehemencia—. Recuerde que yo mismo ayudé a redactar la política. Y le recordaré de nuevo que la prioridad número uno, en todo momento, es la seguridad de la tripulación. En especial durante esas simulaciones... Debo confesar que me siento absolutamente asombrado ante esta loca acrobacia suya. El helicóptero ha resultado dañado, Tabori está herido, y tiene usted suerte de que no haya muerto nadie.

David Brown ya no le prestaba atención. Se había vuelto para terminar de meter su paracaídas en su bolsa transparente. Por lo rígido de sus hombros y la energía que derrochaba en aquella tarea de rutina, era obvio que estaba furioso.

Borzov regresó al lodo terreno. Tras aguardar varios segundos, le ofreció al doctor Brown llevarlo de vuelta a la base. El norteamericano agitó negativamente la cabeza sin decir nada, se echó la mochila a la espalda y empezó a andar en dirección al helicóptero y el ascensor.

Fuera de la sala de reuniones de la instalación de entrenamiento, Janos Tabori permanecía sentado en una silla de auditorio bajo una hilera de pequeños pero poderosos focos portátiles.

—La distancia al biot simulado estaba al límite de alcance del brazo mecánico —explicó a la pequeña cámara que sujetaba Francesca Sabatini—. Intenté atraparlo dos veces, y fallé. Luego el doctor Brown decidió poner el helicóptero en manual y acercarse un poco más a la pared. Recibimos una ráfaga de viento...

La puerta de la sala de conferencias se abrió y por ella asomó un sonriente rostro pelirrojo.

—Todos ahí dentro lo estamos aguardando —dijo el general O'Toole con voz agradable—. Creo que Borzov empieza a impacientarse.

Francesca apagó los focos y volvió a guardarse la videocámara en el bolsillo de su overol de vuelo.

—De acuerdo, mi héroe húngaro —rió—, será mejor que lo dejemos por ahora. Ya sabe que a nuestro líder no le gusta esperar. —Se puso de pie y tomó gentilmente del brazo al hombre bajo. Palmeó su hombro vendado. —Pero nos alegramos de que esté bien.

Un apuesto negro de unos cuarenta años había permanecido sentado lucra del campo de la cámara durante la entrevista, tomando notas en un teclado plano y rectangular de aproximadamente treinta centímetros de largo. Siguió a Francesca y Janos a la sala de conferencias.

Esta semana quiero hacer un artículo sobre los nuevos conceptos de diseño en la teleoperación del brazo y el guante —susurró Reggie Wilson a Tabori mientras se sentaban—. Hay un montón de mis lectores ahí fuera que hallan toda esta mierda técnica absolutamente fascinante.

—Me alegra que ustedes tres puedan unirse a nosotros —retumbó la sarcástica voz de Borzov en la sala de conferencias—. Estaba empezando a pensar que quizás una reunión del equipo fuera una imposición para todos ustedes, una actividad que interrumpía las tareas mucho más importantes de informar de sus desventuras o escribir eruditos artículos científicos y sobre ingeniería. —Señaló a Reggie Wilson, cuyo sempiterno teclado plano estaba sobre la mesa frente a él. —Wilson, lo crea usted o no, se supone que es ante todo un miembro de este equipo, y sólo después un periodista. Sólo por una vez, ¿cree que puede dejar a un lado esa maldita cosa y escuchar? Tengo unas cuantas cosas que decir, y deseo que sean off the record.

Wilson retiró el teclado y lo guardó en su maletín. Borzov se puso de pie y empezó a caminar por la sala mientras hablaba. La mesa de la sala de conferencias del equipo era un largo óvalo de unos dos metros de ancho en su punto más amplio. Había doce asientos alrededor de la mesa, cada uno de ellos equipado con un teclado de ordenador y un monitor ligeramente embutido en la superficie y cubierto, cuando no era utilizado, por una pulida tapa igual a la madera de imitación del resto de la mesa. Como siempre, los otros dos militares de la expedición, el almirante europeo Otto Heilmann (héroe de la intercesión del Consejo de Gobiernos en la crisis de Caracas) y el general de las fuerzas aéreas norteamericano Michael Ryan O'Toole, flanqueaban a Borzov en un extremo del óvalo. Los otros nueve miembros del equipo Newton no se sentaban siempre en los mismos lugares, un hecho que frustraba particularmente al almirante Heilmann, un fanático del orden, y en menor extensión a su oficial al mando Borzov.

A veces los "no profesionales" del equipo se reunían en torno del otro extremo de la mesa, dejando que los "cadetes del espacio", como eran conocidos los cosmonautas graduados de la Academia del Espacio, crearan una zona intermedia. Tras casi un año de atención constante de los medios de comunicación, el público había relegado a cada miembro de la docena que formaban el equipo Newton a uno de tres subgrupos: los no profesionales, consistentes en los dos científicos y los dos periodistas; la troika militar y los cinco cosmonautas que se encargarían de la mayor parte del trabajo especializado durante la misión.

En este día en particular, sin embargo, los dos grupos no militares se hallaban muy mezclados. El científico interdisciplinario japonés Shigeru Takagishi, considerado ampliamente como el mayor experto mundial en la primera expedición ramana hacía setenta años (y también autor del Atlas de Rama, cuya lectura era obligatoria para todo el equipo), estaba sentado en el centro del óvalo, entre la piloto soviética Irina Turgeniev y el cosmonauta/ingeniero en electricidad británico Richard Wakefield. Frente a ellos estaba la oficiala de ciencias vitales Nicole des Jardins, una escultural mujer de piel bronceada con una compleja ascendencia francoafricana, el tranquilo y casi mecánico piloto japonés Yamanaka, y la impresionante signora Sabatini. Las últimas tres posiciones en el extremo "sur" del óvalo, frente a los grandes mapas y diagramas de Rama en la pared opuesta, estaban ocupadas por el periodista norteamericano Wilson, el parlanchín Tabori (un cosmonauta soviético de Budapest) y el doctor David Brown. Brown parecía muy serio y profesional; tenía todo un conjunto de papeles esparcidos ante él cuando empezó la reunión.

—Me resulta inconcebible —estaba diciendo Borzov mientras caminaba decidido de un lado para otro de la sala— que alguno de ustedes haya podido olvidar nunca, ni siquiera por un momento, que han sido seleccionados para participar en lo que puede ser la más importante misión humana de todos los tiempos. Pero, sobre la base de esta última serie de simulaciones, debo admitir que estoy empezando a tener mis dudas acerca de algunos de ustedes.

"Están aquellos que creen que ese aparato Rama será una copia de su predecesor —prosiguió Borzov—, y que se mostrará igualmente desinteresado y no comprometido con respecto a cualquier insignificante criatura que acuda a estudiarlo. Admito que, ciertamente, parece tener el mismo tamaño y la misma configuración, según los datos del radar que hemos estado procesando durante los últimos tres años. Pero, aunque resulte ser otra nave muerta construida por unos alienígenas desaparecidos hace miles de años, esta misión sigue siendo la más importante de nuestras vidas. Y me gustaría pensar que exige los mejores esfuerzos de cada uno de ustedes.

El general soviético hizo una pausa para reunir sus pensamientos. Janos Tabori empezó a formular una pregunta, pero Borzov lo interrumpió y se lanzó de nuevo a su monólogo.

—Nuestros resultados como equipo en este último conjunto de ejercicios de entrenamiento han sido absolutamente abominables. Algunos de ustedes han sido excelentes, ya saben quiénes, pero un número casi idéntico han actuado como si no tuvieran la menor idea acerca de qué trataba esta misión. Estoy convencido de que dos o tres de ustedes ni siquiera han leído los procedimientos relevantes de los listados de protocolo antes de que empezaran los ejercicios. Admito que algunas veces son tediosos, pero todos ustedes estuvieron de acuerdo, cuando aceptaron su nombramiento hace diez meses, en aprender los procedimientos y seguir los protocolos y política del proyecto. Incluso aquellos de ustedes sin experiencia anterior en vuelo.

Borzov se había detenido frente a uno de los grandes mapas en la pared, una vista grabada de una esquina de la ciudad de "Nueva York" dentro de la primera nave espacial ramana. La zona de altos y delgados edificios parecidos a rascacielos de Manhattan, todos ellos apiñados en una isla en medio del Mar Cilíndrico; había sido cartografiada parcialmente durante el anterior encuentro humano.

—Dentro de seis semanas tendremos un encuentro con un vehículo espacial desconocido, quizás uno que contendrá una ciudad como esta, y toda la humanidad dependerá entonces de nosotros para representarla. No tenemos forma alguna de saber lo que vamos a encontrar allí.

Sea cual fuere la preparación que hayamos completado por anticipado, tal vez no sea suficiente. Nuestro conocimiento de nuestros procedimientos preplaneados debe ser perfecto y automático, de tal modo que nuestros cerebros estén libres para enfrentarse a cualesquiera que sean las nuevas condiciones que podamos hallar.

El comandante se sentó a la cabecera de la mesa.

—El ejercicio de hoy fue casi un completo desastre. Hubiéramos podido perder muy fácilmente tres valiosos miembros de nuestro equipo, así como uno de los helicópteros más costosos jamás construidos. Quiero recordarles a todos, una vez más, las prioridades de esta misión tal como fueron acordadas por la Agencia Internacional del Espacio y el Consejo de Gobiernos. La principal prioridad es la seguridad del equipo. La segunda prioridad es el análisis y/o la determinación de cualquier amenaza, si existe, a la población humana del planeta Tierra. —Borzov miraba ahora directamente a Brown, al otro lado de la mesa; éste devolvió la expresión de desafío del comandante con una mirada pétreo. — Sólo una vez satisfechas estas dos prioridades y considerado inofensivo el aparato ramano, tiene algún significado la captura de uno o más de los biots.

—Me gustaría recordar al general Borzov —dijo David Brown casi inmediatamente, con su sonora voz— que algunos de nosotros no creemos que las prioridades deban ser aplicadas ciegamente de una forma seriada. La importancia de los biots para la comunidad científica no puede ser ignorada. Como he dicho repetidamente, tanto en las reuniones de cosmonautas como en mis muchas apariciones en los noticiarios de televisión, si este segundo aparato Rama es exactamente igual al primero, lo cual significa que ignorará completamente nuestra existencia, y procedemos tan lentamente que fracasemos incluso en capturar a un solo biot antes de que debamos abandonar la nave alienígena y regresar a la Tierra, entonces una oportunidad absolutamente única para la ciencia será sacrificada para apaciguar la ansiedad colectiva de los políticos del mundo.

Borzov empezó a responder, pero el doctor Brown se puso de pie y gesticuló enfáticamente con las manos.

—No, no, escúcheme primero. Usted me ha acusado esencialmente de incompetencia en mi conducta en el ejercicio de hoy, y tengo derecho a responder. —Alzó algunas copias de impresora de ordenador que tenía ante sí y las agitó hacia Borzov. —Aquí están las condiciones iniciales para la simulación de hoy, tal como fueron planeadas y definidas por sus ingenieros. Déjeme refrescar su memoria con algunos de los puntos más sobresalientes, en caso de que usted los haya olvidado. Condición Básica número 1: La misión está a punto de finalizar y ha quedado firmemente establecido que Rama II es totalmente pasivo y no representa ninguna amenaza para el planeta Tierra. Condición

Básica número 2: Durante la expedición los biots han sido vistos esporádicamente, y nunca en grupos.

David Brown pudo decir por el lenguaje corporal del resto del equipo que su presentación había tenido éxito en su arranque. Inspiró profundamente y continuó:

—Supuse, después de leer esas condiciones básicas, que este ejercicio en particular podía representar la última oportunidad de capturar un biot. Durante la prueba no dejé de pensar lo que podía significar si conseguíamos traer uno o varios de ellos a la Tierra..., en toda la historia de la humanidad, el único contacto absolutamente cierto con una cultura extraterrestre tuvo lugar en 2130, cuando nuestros cosmonautas abordaron esa primera nave espacial Rama.

"Sin embargo, los beneficios científicos a largo plazo de ese encuentro fueron menores de lo que hubieran debido ser. De acuerdo, tenemos resmas de datos de los sensores remotos de esa primera investigación, incluida la información de la detallada disección de la araña biot hecha por la doctora Laura Ernst. Pero los cosmonautas trajeron a casa sólo un artefacto, una pequeña pieza de alguna especie de flor biomecánica cuyas características físicas habían cambiado ya irreversiblemente antes de que pudiera ser comprendido ninguno de sus misterios. No tenemos nada más como souvenirs de esta primera excursión. Ni ceniceros, ni vasos, ni siquiera un transistor o una pieza de equipo que nos enseñara algo acerca de la ingeniería ramana. Ahora tenemos una segunda oportunidad.

El doctor Brown alzó la vista hacia el techo circular sobre su cabeza. Su voz estaba llena de energía.

—Si de algún modo pudiéramos hallar y traer a la Tierra dos o tres biots diferentes, y si luego pudiéramos analizar esas criaturas para desentrañar sus secretos, entonces esta misión sería sin duda el acontecimiento históricamente más significativo de todos los tiempos. En lo que a la comprensión en profundidad de la constitución de la mente de los ramanes se refiere, conseguiríamos, en un sentido muy real, un primer contacto.

Incluso Borzov pareció impresionado. Como hacía a menudo, David Brown había utilizado su elocuencia para convertir una derrota en una victoria parcial. El general soviético decidió alterar su táctica.

—De todos modos —dijo Borzov con tono más suave, durante una pausa en la retórica de Brown—, no debemos olvidar nunca que hay en juego vidas humanas en esta misión, y que no debemos hacer nada que ponga en peligro su seguridad. —Miró alrededor, al resto del equipo reunido en torno de la mesa. —Quiero traer de vuelta biots y otras muestras de Rama tanto como cualquiera de ustedes —prosiguió—, pero debo confesar

que esta optimista suposición de que el segundo aparato será exactamente como el primero me inquieta mucho. ¿Qué pruebas tenemos del primer encuentro acerca de que los ramanes, o quienes sean, son benévolos? Ninguna en absoluto. Podría ser peligroso apoderarnos demasiado pronto de un biot.

—Pero nunca habrá forma de estar completamente seguros, comandante, ni de una forma ni de otra —indicó Richard Wakefield desde su lado de la mesa, entre Borzov y Brown—. Aunque verifiquemos que esta nave espacial es exactamente igual que la primera, seguimos sin tener ninguna información acerca de lo que ocurrirá una vez que efectuemos un esfuerzo concentrado para capturar un biot. Quiero decir, supongamos por un momento que el doctor Brown tiene razón, que las dos naves son simplemente robots supersofisticados contruidos hace millones de años por una raza ahora desaparecida procedente del lado opuesto de la galaxia. ¿Cómo podemos predecir qué tipo de subrutinas puede haber programadas dentro de esos biots para enfrentarse a actos hostiles? ¿Y si los biots son partes integrantes, en alguna forma que aún no hemos sido capaces de desentrañar, de la operativa fundamental de la nave? Entonces sería natural que, aunque sólo sean máquinas, estuvieran programadas para defenderse. Y es concebible que lo que puede parecer como un acto inicial hostil por nuestra parte sea el detonante que cambie la forma en que funciona toda la nave. Recuerdo haber leído acerca de la sonda robot que se estrelló en el mar de etano de Titán en 2012..., llevaba almacenadas secuencias de acción completamente distintas según lo que...

—Alto —interrumpió Janos Tabori con una sonrisa amistosa—. Los arcanos de la primitiva exploración robótica del sistema solar no se hallan en la agenda del post mortem de hoy. —Miró a Borzov al otro lado de la mesa. —Jefe, me duele el hombro, tengo el estómago vacío, y la excitación del ejercicio de hoy me ha dejado agotado. Toda esta charla es maravillosa, pero, si no hay más asuntos específicos, me gustaría sugerir terminar pronto esta reunión a fin de disponer del tiempo necesario, por una vez, para empaquetar nuestras cosas.

El almirante Heilmann se inclinó hacia adelante.

—Cosmonauta Tabori, el general Borzov está a cargo de las reuniones del equipo. Le corresponde a él determinar...

El comandante soviético agitó un brazo hacia Heilmann.

—Está bien, Otto. Creo que Janos tiene razón. Ha sido una larga jornada al final de unos extremadamente ajetreados diecisiete días de actividad. Esta conversación resultará mucho mejor cuando todos nos sintamos más frescos.

Borzov se puso de pie.

—De acuerdo, terminaremos aquí la reunión. Las lanzaderas partirán hacia el aeropuerto inmediatamente después de cenar. —El equipo empezó a prepararse para marcharse. —Durante su corto período de descanso —indicó Borzov, como si se le ocurriera de pronto—, desearía que todos ustedes piensen acerca de en qué punto del programa nos hallamos. Sólo nos quedan otras dos semanas de simulaciones aquí en el centro de entrenamiento antes de la pausa para las vacaciones de fin de año. Inmediatamente después, iniciaremos las actividades intensivas de prelanzamiento. Este próximo conjunto de ejercicios es nuestra última posibilidad de hacer bien las cosas. Espero que cada uno de ustedes regrese completamente preparado para el trabajo que falta..., y compenetrado de la importancia de esta misión.

4 - El Gran Caos

La intrusión de la primera nave espacial ramana en el interior del Sistema Solar a principios de 2130 tuvo un poderoso impacto en la historia humana. Aunque no hubo cambios inmediatos en la vida cotidiana después que el equipo encabezado por el comandante Norton regresara de su encuentro con Rama I, la clara y en absoluto ambigua prueba de que existía (o, como mínimo, había existido) una inteligencia enormemente superior a la humana en alguna parte del universo, obligó a un replanteamiento del lugar del Homo sapiens en el esquema general del cosmos. Ahora resultaba evidente que otros productos químicos, indudablemente fabricados también en el gran cataclismo estelar de los ciclos, se habían elevado hasta la conciencia en algún otro lugar, en algún otro tiempo. ¿Quiénes eran aquellos ramanes? ¿Por que habían construido una gigantesca y sofisticada nave espacial y la habían enviado de excursión hasta nuestras inmediaciones? Tanto en las conversaciones públicas como en las privadas, los ramanes fueron el tema de interés número uno durante muchos meses.

Durante mucho más de un año la humanidad aguardó más o menos pacientemente alguna otra señal de la presencia ramana en el universo. Se realizaron intensas investigaciones telescópicas en todas las longitudes de onda para ver si podía ser identificada alguna información adicional asociada con la nave espacial alienígena que se alejaba. No fue hallado nada. Los cielos estaban tranquilos. Los ramanes se iban tan rápida e inexplicablemente como habían llegado.

Cuando Excalibur fue operativo y su búsqueda inicial de los cielos no dio como resultado nada nuevo, hubo un apreciable cambio en la actitud colectiva humana hacia

ese primer contacto con Rama. De la noche a la mañana, el encuentro se convirtió en un acontecimiento histórico, algo que había ocurrido y que ahora había quedado completado. El tenor de los artículos de periódicos y revistas, que antes habían empezado con palabras como "cuando los ramanes regresen...", cambiaron a "si alguna vez se produce otro encuentro con las criaturas que construyeron la enorme nave espacial descubierta en 2130...". Lo que había sido percibido como una amenaza, en cierto sentido como un embargo sobre el comportamiento humano futuro, se vio rápidamente reducido a una curiosidad histórica. Ya no había ninguna urgencia de enfrentarse con lemas tan fundamentales como el regreso de los ramanes o el destino de la raza humana en un universo poblado por criaturas inteligentes. La humanidad se relajó, al menos por el momento. Luego estalló en un paroxismo de comportamiento narcisista que hizo que todos los períodos históricos anteriores de egoísmo individual resultaran pálidos en comparación.

La oleada de desenfreno a escala mundial fue fácil de comprender. Algo fundamental en la psique humana había cambiado como resultado del encuentro con Rama I. Antes de ese contacto, la humanidad se erguía sola como el único ejemplo conocido de inteligencia avanzada en el universo. La idea de que los humanos podían, como grupo, controlar su destino muy hacia el futuro había sido un punto fundamental y significativo en casi cualquier filosofía de la vida. Que los ramanes existieran (o hubieran existido; fuera cual fuese el tiempo verbal, la lógica filosófica llegaba a la misma conclusión) lo cambiaba todo. La humanidad no era única; quizá ni siquiera especial. Era sólo una cuestión de tiempo antes de que la noción homocéntrica del universo prevaleciente fuera irrevocablemente hecha pedazos por una más clara conciencia de los Otros. Así, fue fácil comprender por que los esquemas de la vida de la mayor parte de los seres humanos derivó bruscamente hacia la autogratificación, recordando literalmente a los intelectuales de una época similar casi exactamente cinco siglos antes, cuando Robert Herrick exhortó a las vírgenes a sacar el máximo partido de su huidizo tiempo en un poema que empezaba: "Cosechad vuestros capullos mientras podáis; el tiempo de la vejez se acerca volando..."

Un estallido desenfrenado de llamativo consumo y ansia global se prolongó durante casi dos años. La frenética adquisición de todo lo que la mente humana podía crear se vio sobrepuesta a una débil infraestructura económica que ya había iniciado una recesión a principios de 2130, cuando la primera nave espacial ramana cruzó el interior del sistema solar. Esa creciente recesión se vio pospuesta durante 2130 y 2131 por los esfuerzos manipuladores combinados de los gobiernos y las instituciones financieras, aunque la

debilidad económica fundamental nunca fue corregida. Con el renovado estallido de compras a principios de 2132, el mundo saltó directamente a otro período de rápido crecimiento. Las capacidades productivas fueron ampliadas, la Bolsa estalló, y tanto la confianza del consumidor como el pleno empleo alcanzaron altas cotas. Hubo una prosperidad sin precedentes, y el resultado neto fue una mejora a corto plazo pero significativa del estándar de vida de casi todos los seres humanos.

A finales de 2133, se había hecho ya evidente para algunos de los observadores más experimentados de la historia humana que el "boom ramano" estaba conduciendo a la humanidad hacia el desastre. Empezaron a oírse lúgubres advertencias de un inminente hundimiento económico por encima de los eufóricos gritos de los millones que habían saltado recientemente a las clases medias y superiores. Las sugerencias de equilibrar los presupuestos y limitar el crédito a todos los niveles de la economía fueron ignoradas. En vez de ello, el esfuerzo creativo se quemó en situar de una forma tras otra más poder adquisitivo en las manos de una población que había olvidado cómo decirse "espera", y mucho menos "no".

El mercado de valores mundial empezó a hacer agua en enero de 2134, y hubo predicciones de un inminente hundimiento. Pero, para la mayor parte de seres humanos esparcidos por toda la Tierra y las dispersas colonias del Sistema Solar, el concepto de un hundimiento así era algo más allá de toda comprensión. Al fin y al cabo, la economía mundial se había estado expandiendo durante más de nueve años, los últimos dos a un ritmo sin paralelo en los dos siglos anteriores. Los líderes mundiales insistieron en que finalmente habían hallado los mecanismos que podían realmente inhibir las recesiones de los ciclos capitalistas. Y la gente les creyó..., hasta primeros de mayo de 2134.

Durante los primeros tres meses del año, el mercado de valores mundial bajó de forma inexorable, lentamente al principio, luego con caídas significativas. Mucha gente, reflejando la actitud supersticiosa hacia los visitantes cometas que había prevalecido durante dos mil años, asociaron de algún modo las dificultades de la Bolsa con el retorno del cometa Halley. Su aparición, que se inició en mayo, resultó ser mucho más brillante de lo que todo el mundo esperaba. Durante semanas, los científicos de todo el mundo compitieron entre sí para explicar por qué era mucho más brillante de lo originalmente predicho. Cuando cruzó el perihelio a finales de marzo y empezó a aparecer en el cielo vespertino a mediados de abril, su enorme cola dominó los cielos.

Como contraste, los asuntos terrestres se vieron dominados por la creciente crisis económica mundial. El 1° de mayo de 2134, tres de los mayores Bancos internacionales se declararon insolventes a causa de los préstamos fallidos. Al cabo de dos días, el

pánico se había extendido por todo el mundo. Más de mil millones de terminales domésticos con acceso a los mercados financieros mundiales fueron usados para vender carteras individuales de acciones y bonos. La sobrecarga de comunicaciones en el Sistema de la Red Mundial fue inmensa. Las máquinas de transferencia de datos del SRM se vieron puestas a prueba mucho más allá de sus capacidades y especificaciones de diseño. La red de datos retrasó las transacciones primero minutos, luego horas, contribuyendo a dar un impulso adicional al pánico.

A final de la semana dos cosas eran evidentes: que más de la mitad de los valores cotizados en Bolsa se habían visto reducidos a la nada, y que muchos individuos, grandes y pequeños inversores que habían utilizado al máximo sus opciones de crédito, se hallaban ahora virtualmente arruinados. Las bases de datos de apoyo que mantenían el control de las cuentas bancarias personales y transferían automáticamente el dinero para cubrir descubiertos empezaron a destellar mensajes de desastre en casi un veinte por ciento de los hogares del mundo.

En la realidad, sin embargo, la situación era mucho peor. Sólo un pequeño porcentaje de las transacciones conseguía pasar a través de los ordenadores de apoyo porque los índices de datos en todas direcciones estaban mucho más allá de todo lo que había anticipado. En lenguaje de ordenador, todo el sistema financiero mundial cayó en modo "deslizamiento de ciclo". Miles y miles de millones de transferencias de información de menor prioridad eran "pospuestas" por la red de ordenadores, mientras las tareas de mayor prioridad eran atendidas primero.

El resultado de esos retrasos de datos fue que en la mayoría de los casos las cuentas bancarias electrónicas particulares no recibieron durante horas, o incluso días, los cargos correspondientes para cubrir las crecientes pérdidas del mercado de valores. Una vez que los inversores individuales se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, corrieron a gastar todo lo que aún les quedaba, mostrando sus saldos antes de que los ordenadores completaran todas las transacciones. Cuando los gobiernos y las instituciones financieras comprendieron plenamente lo que estaba ocurriendo y actuaron para detener toda aquella frenética actividad, ya era demasiado tarde. El confundido sistema se había desmoronado por completo. Reconstruir lo que había ocurrido requirió compilar e interconectar todos los archivos backup almacenados en más o menos un centenar de remotos centros en todo el mundo.

Durante más de tres semanas, el sistema directivo financiero electrónico que gobernaba todas las transacciones monetarias fue inaccesible a todo el mundo. Nadie sabía cuánto dinero tenía. Puesto que hacía tiempo que el dinero en efectivo se había

convertido en algo obsoleto, sólo los excéntricos y los coleccionistas tenían dinero líquido suficiente como para comprar incluso los alimentos necesarios para una semana. La gente empezó a intercambiar artículos para atender a sus necesidades. Fianzas basadas en amistad y conocimiento personal permitieron a mucha gente sobrevivir temporalmente. Pero el dolor apenas había empezado. Cada vez que la organización directiva internacional que supervisaba el sistema financiero mundial anunciaba que iba a intentar volver on line, y suplicaba a la gente que permaneciera alejada de sus terminales "excepto para emergencias", sus súplicas eran ignoradas: las solicitudes de procesamiento fluían al sistema, y los ordenadores se desmoronaban de nuevo. Sólo pasaron otras dos semanas antes que los científicos del mundo se pusieran de acuerdo en una explicación para el brillo adicional en la aparición del cometa Halley. Pero transcurrieron más de cuatro meses antes que la gente pudiera contar de nuevo con información de confianza de las bases de datos del SRM. El costo de ese caos para la sociedad humana fue incalculable. Cuando fue restablecida la actividad económica electrónica normal, el mundo se hallaba en una violenta recesión financiera de la que no empezaría a emerger hasta doce años más tarde. Transcurrirían bastantes más de cincuenta años antes de que el Producto Mundial Bruto regresara a las alturas alcanzadas con anterioridad al Hundimiento de 2134.

5 - Después del Hundimiento

Existe un acuerdo unánime en que el Gran Caos alteró profundamente la civilización humana en todos los sentidos. Ningún segmento de la sociedad resultó inmune. El catalizador para el relativamente rápido colapso de la infraestructura institucional existente fue el hundimiento del mercado y el consiguiente desmoronamiento del sistema financiero mundial; sin embargo, esos acontecimientos no hubieran sido suficientes, por sí mismos, para proyectar al mundo a un período de depresión sin precedentes. Lo que siguió al hundimiento inicial habría sido tan sólo una comedia de errores si no se hubieran perdido tantas vidas como resultado de la pobre planificación. Ineptos líderes políticos mundiales negaron o ignoraron primero los problemas económicos existentes, luego reaccionaron excesivamente con una sucesión de medidas individuales que fueron desconcertantes y/o inconsistentes, y finalmente alzaron los brazos desesperados mientras la crisis global se hacía más extensa y profunda. Los intentos de coordinar las soluciones internacionales

estuvieron condenados al fracaso debido a la creciente necesidad de cada una de las naciones soberanas de responder ante sus propios votantes.

Visto en retrospectiva, resultaba evidente que la internacionalización del mundo que había tenido lugar durante el siglo XXI tenía una grave falla al menos en un aspecto significativo. Aunque muchas actividades —comunicaciones, comercio, transporte (incluido el espacio), regulación de cambios de divisas, mantenimiento de la paz, intercambio de información y protección del medio ambiente, por nombrar las más importantes— se habían convertido de hecho en internacionales (incluso interplanetarias, tomando en consideración las colonias del espacio), la mayor parte de los acuerdos que establecían esas instituciones internacionales contenían codicilos que permitían a las naciones individuales retirarse, con relativamente poco margen de preaviso, si las políticas promulgadas bajo los acuerdos "ya no servían a los intereses" del país en cuestión. En pocas palabras, cada una de las naciones participantes en la creación de un cuerpo internacional tenía el derecho de revocar su implicación nacional, unilateralmente, cuando ya no estuviera satisfecha con las acciones del grupo.

Los años precedentes a la cita con la primera nave espacial Rama a principios de 2130 habían sido una época extraordinariamente estable y próspera. Después que el mundo se recuperó del devastador impacto cometario cerca de Padua, Italia, en 2077, hubo todo un medio siglo de crecimiento moderado. Excepto unas pocas relativamente cortas, y no demasiado severas, recesiones económicas, las condiciones de vida mejoraron en un amplio abanico de países durante todo ese tiempo. De tanto en tanto se producían guerras aisladas y disturbios civiles, principalmente en las naciones subdesarrolladas, pero los esfuerzos concentrados de las fuerzas pacificadoras mundiales contenían siempre esos problemas antes de que se volvieran demasiado serios. No hubo crisis importantes que pusieran a prueba la estabilidad de los nuevos mecanismos internacionales.

Inmediatamente después del encuentro con Rama I, sin embargo, hubo rápidos cambios en el aparato básico del gobierno. En primer lugar, las apropiaciones de emergencia para manejar Excalibur y los otros grandes proyectos relacionados con Rama drenaron los fondos adjudicados a otros programas establecidos. Luego, empezando en 2132, un fuerte clamor pidiendo un recorte de los impuestos, para poner más dinero en manos de la gente, redujo aún más las asignaciones monetarias para los servicios más necesarios. A finales de 2133, la mayor parte de las instituciones internacionales más nuevas se encontraban fallas de personal y eran ineficientes. Así, el derrumbamiento de la Bolsa mundial se produjo en un entorno donde ya había crecientes dudas en la mente

de la población acerca de la eficacia de la red de organizaciones internacionales. A medida que proseguía el caos financiero, resultaba un paso fácil para las naciones individuales dejar de contribuir con fondos a los presupuestos mundiales, y organizaciones que tal vez hubieran sido capaces de desviar la marea del desastre si hubieran sido usadas adecuadamente se vieron viciadas desde un principio por los líderes políticos cortos de vista.

La crónica de los horrores del Gran Caos se halla reflejada en miles de textos de historia. En los primeros dos años, los problemas principales fueron el desorbitado crecimiento del desempleo y las quiebras, tanto personales como de grandes compañías, pero esas dificultades financieras parecieron perder importancia a medida que las filas de los sin hogar y los hambrientos seguían creciendo. Comunidades de tiendas y chozas empezaron a aparecer en los parques públicos de todas las grandes ciudades en el invierno de 2136-37, y los gobiernos municipales respondieron luchando valientemente para hallar formas de proporcionarles servicios. Esos servicios pretendían limitar las dificultades creadas por la presencia supuestamente temporal de esas hordas de individuos desempleados y mal alimentados. Pero cuando la economía no se recuperó, las escuálidas ciudades de tiendas no desaparecieron. En vez de ello, se convirtieron en un paisaje permanente de la vida urbana, crecientes cánceres que eran mundos en sí mismos, con todo un conjunto de actividades e intereses fundamentalmente distintos de los de los habitantes de las ciudades que los albergaban. A medida que pasaba el tiempo y las comunidades de tiendas y chozas se convertían en impotentes e inquietos calderos de desesperación, esos nuevos enclaves en mitad de las áreas metropolitanas amenazaron con hervir y destruir las propias entidades que les permitían existir. Pese a la ansiedad causada por esa constante espada de Damocles de anarquía urbana, el mundo consiguió finalizar el brutalmente frío invierno de 2137-38 con el entramado básico de la moderna civilización aún más o menos intacto.

A principios de 2138 se produjo una serie de notables acontecimientos en Italia. Esos acontecimientos, enfocados a través de un solo individuo llamado Michele Balatresi, un joven novicio franciscano que más tarde sería conocido en todas partes como San Michele de Siena, ocuparon buena parte de la atención del mundo e impidieron temporariamente la desintegración de la sociedad. Michele era una brillante combinación de genio y espiritualidad y habilidades políticas, un orador polígloto carismático con un infalible sentido del momento y la oportunidad. Apareció repentinamente en el panorama mundial en la Toscana, al parecer surgido de ninguna parte, con un apasionado mensaje religioso que apelaba a los corazones y las mentes de muchos de los asustados y/o

deprimidos ciudadanos del mundo. Sus seguidores crecieron rápida y espontáneamente, y no prestaron atención a los límites internacionales. Se convirtió en una amenaza potencial para casi todas las camarillas identificadas de los líderes del mundo, con su inflexible llamada a una respuesta colectiva a los problemas que asediaban a la especie. Cuando fue martirizado en abrumadoras circunstancias en junio de 2138, el último destello de optimismo de la humanidad pareció perecer. El mundo civilizado, que había sido mantenido firme durante muchos meses por una chispa de esperanza y un débil hilo de tradición, se desmoronó bruscamente en pedazos.

Los cuatro años de 2138 a 2142 no fueron buenos para estar con vida. La letanía de desdichas humanas era casi interminable. El hambre, la enfermedad y el desprecio de la ley estaban por todas partes. Las pequeñas guerras y revoluciones eran demasiado numerosas para contarlas. Había un desmoronamiento casi total de las instituciones estándar de la civilización moderna, lo cual creaba una vida fantasmagórica para todo el mundo excepto unos pocos privilegiados en sus protegidos retiros. Era el mundo al revés, lo definitivo en entropía. Los intentos de resolver los problemas por parte de grupos de ciudadanos bienintencionados no podían funcionar, porque las soluciones que concebían sólo podían tener alcance local y los problemas eran mundiales.

El Gran Caos se extendió también a las colonias humanas en el espacio y trajo un brusco final a un glorioso capítulo en la historia de las exploraciones. A medida que el desastre económico se extendía por el planeta natal, las colonias dispersas en torno del sistema solar, que no podían existir sin regulares infusiones de dinero, provisiones y personal, se convirtieron rápidamente en los hijastros olvidados de la Tierra. Como resultado de ello, casi la mitad de los residentes en las colonias habían vuelto a su planeta madre en 2140, puesto que las condiciones en sus hogares de adopción se habían deteriorado de tal modo que hasta las dificultades gemelas de reajustarse a la gravedad de la Tierra y la terrible pobreza que dominaba todo el mundo eran preferibles a quedarse, muy probablemente para morir, en las colonias. El proceso de emigración se aceleró en 2141 y 2142, años caracterizados por el colapso mecánico de los ecosistemas artificiales de las colonias y el inicio de una desastrosa carestía de repuestos para toda la flota de vehículos robots utilizados para sostener los nuevos asentamientos.

En 2143, sólo unos pocos colonos testarudos seguían en la Luna y Marte. Las comunicaciones entre la Tierra y las colonias se habían vuelto intermitentes y erráticas. El dinero para mantener incluso los enlaces por radio con los lejanos asentamientos ya no estaba disponible. Los Planetas Unidos habían cesado de existir dos años antes. No había un foro humano ocupándose de los problemas de la especie; el Consejo de

Gobiernos no se formaría hasta dentro de cinco años. Las dos colonias restantes lucharon en vano por evitar la muerte.

Al año siguiente, 2144, tuvo lugar la última misión espacial tripulada significativa de aquel período. La misión fue una salida de rescate pilotada por una mujer mexicana llamada Benita García. Utilizando una mal ensamblada nave espacial construida con piezas de otras naves viejas, la señora García y su tripulación de tres hombres consiguieron de alguna manera alcanzar la órbita geosincrónica del paralizado crucero James Martin, el último vehículo de transporte interplanetario aún en servicio, y salvaron a veinticuatro personas del total de un centenar de hombres y mujeres que estaban siendo repatriados de Marte. En la mente de todos los historiadores del espacio, el rescate de los pasajeros del James Martin señaló el fin de una era. Al cabo de otros seis meses, las últimas estaciones espaciales aún en órbita eran abandonadas, y ningún ser humano partió de la Tierra en dirección a la órbita hasta casi cuarenta años más tarde.

En 2145, el forcejeante mundo había conseguido ver la importancia de algunas de las organizaciones internacionales olvidadas y repudiadas al principio del Gran Caos. Los más talentosos miembros de la humanidad, tras haber eludido el compromiso político personal durante las benignas primeras décadas del siglo, empezaron a comprender que solamente a través de sus habilidades colectivas podría restablecerse algún parecido de vida civilizada. Al principio, los monumentales esfuerzos cooperativos que resultaron de ello tuvieron un éxito sólo modesto; pero reactivaron el optimismo fundamental del espíritu humano e iniciaron el proceso de renovación. Lentamente, siempre muy lentamente, los elementos de la civilización humana volvieron a ser puestos en su lugar.

Pasaron todavía otros dos años antes de que la recuperación general se dejara ver finalmente en las estadísticas económicas. En 2147, el Producto Mundial Bruto había disminuido a un siete por ciento de su nivel de seis años antes. El desempleo en las naciones desarrolladas tenía una media del treinta y cinco por ciento; en algunas de las naciones subdesarrolladas, la combinación de desempleados y subempleados ascendía a un noventa por ciento de la población. Se estima que aproximadamente cien millones de personas murieron de hambre sólo durante el terrible año 2142, cuando una gran sequía y la hambruna resultante rastrillaron el mundo en las regiones tropicales. La combinación de un índice astronómico de muertes por muchas causas y un minúsculo índice de nacimientos (porque, ¿quién deseaba traer un hijo a un mundo tan desesperado?) hizo que la población mundial descendiera en casi mil millones durante la década que terminó en 2150.

La experiencia del Gran Caos dejó una cicatriz permanente en toda una generación. A medida que pasaban los años, y los niños nacidos tras su conclusión alcanzaban la adolescencia, se vieron enfrentados a unos padres cautelosos al extremo de la fobia. La vida como quinceañero en los años 2160 e incluso 2170 fue muy estricta. Los recuerdos de los terribles traumas de su juventud durante el Caos atormentaron a la generación adulta y la hicieron extremadamente rígida en su aplicación de la disciplina paterna. Para ellos, la vida no era un paseo por un parque de diversiones. Era un asunto mortalmente serio, y sólo a través de una combinación de sólidos valores, autocontrol, y un fuerte compromiso a una meta valiosa, había alguna posibilidad de alcanzar la felicidad.

La sociedad que emergió en los años 2170 fue pues espectacularmente distinta del irresponsable *laissez-faire* de cincuenta años antes. Muchas instituciones muy antiguas y establecidas, entre ellas la Nación-Estado, la Iglesia Católica Romana y la monarquía británica, habían gozado de un renacimiento durante el medio siglo intermedio. Esas instituciones prosperaron porque se adaptaron rápidamente y adoptaron posiciones de liderazgo en la reestructuración que siguió al Caos.

A finales de la década del 2170, cuando algo parecido a la estabilidad regresó al planeta, el interés en el espacio empezó a crecer otra vez. Una nueva generación de satélites de observación y comunicaciones fue lanzada por la reconstituida Agencia Internacional del Espacio, uno de los brazos administrativos del Consejo de Gobiernos. Al principio la actividad espacial fue cautelosa, y los presupuestos de la AIE muy pequeños. Sólo las naciones desarrolladas participaron activamente. Cuando recomenzaron con éxito los vuelos piloteados, fue planeado un modesto programa de misiones para la década del 2190. Una nueva Academia del Espacio para entrenar cosmonautas para esas misiones abrió sus puertas en 2188, y los primeros graduados salieron de ella cuatro años más tarde.

En la Tierra, el desarrollo fue dolorosamente lento pero regular y predecible durante la mayor parte de los veinte años precedentes al descubrimiento de la segunda espacionave ramaña en 2196. En un sentido tecnológico, la humanidad se hallaba aproximadamente al mismo nivel general de desarrollo en 2196 que el que tenía setenta años antes, cuando apareció la primera nave extraterrestre. Las recientes experiencias en vuelos espaciales eran mucho menores, por supuesto, en el momento del segundo encuentro; sin embargo, en ciertas áreas técnicas críticas, como la medicina y el control de la información, la sociedad humana de la última década del siglo XXII estaba considerablemente más avanzada de lo que lo había estado en 2130. En otro componente las civilizaciones halladas por las dos naves espaciales ramañas eran marcadamente distintas..., muchos

de los seres humanos vivos en 2196, especialmente aquellos más viejos y que conservaban los puestos que dictaban la política en la estructura de gobierno, habían vivido algunos de los muy dolorosos años del Gran Caos. Conocían el significado de la palabra miedo. Y esa poderosa palabra modeló sus deliberaciones mientras debatían las prioridades que guiarían una misión humana a la cita con Rama II.

6 - La signora Sabatini

—¿Así que usted preparaba su doctorado en física en la SMU cuando su esposo hizo su famosa predicción acerca de la supernova 2191a?

Elaine Brown estaba sentada en un amplio y mullido sillón de su sala de estar. Tenía un traje marrón asexuado y una blusa de cuello alto. Parecía rígida y ansiosa, como si estuviera deseando que la entrevista terminara.

—Estaba en mi segundo año, y David era mi consejero de tesis —dijo con cuidado, mirando furtivamente a su esposo. Él estaba al otro lado de la habitación, presenciando la entrevista desde detrás de las cámaras. —David trabajaba muy de cerca con sus estudiantes graduados. Todo el mundo sabía eso. Ésa fue una de las razones por las cuales escogí la SMU para mi trabajo graduado.

Francesca Sabatini lucía espléndida. Su largo pelo rubio caía libre sobre sus hombros. Llevaba una costosa blusa blanca de seda, rematada por un pañuelo azul cobalto cuidadosamente doblado en el cuello. Sus pantalones anchos eran del mismo color que el pañuelo. Estaba sentada en un segundo sillón al lado de Elaine. Dos tazas de café reposaban sobre la mesita situada entre ellas.

—El doctor Brown estaba casado por aquel entonces, ¿no? Quiero decir durante el período en el que fue su consejero.

Elaine enrojeció perceptiblemente cuando Francesca terminó su pregunta. La periodista italiana siguió sonriéndole, una sonrisa desarmantemente ingenua, como si la pregunta que acababa de formular fuera tan simple y directa como dos más dos. La señora Brown vaciló, inspiró, y luego tartamudeó ligeramente al dar su respuesta.

—Al principio sí, creo que todavía lo estaba —respondió—. Pero su divorcio fue definitivo antes de que yo terminara mi graduación. —Se detuvo de nuevo, y entonces su rostro se iluminó. —Me regaló un anillo de compromiso como regalo de graduación —dijo, azorada.

Francesca Sabatini estudió a su interlocutora. Podría hacer pedazos fácilmente esta respuesta, pensó con rapidez. Con sólo un par de preguntas. Pero eso no serviría a mis propósitos.

—De acuerdo, corten —dijo bruscamente—. Eso es todo. Echémosle una mirada, y luego pueden devolver todo el equipo al camión. —El jefe de cámaras se dirigió a un lado de la cámara robot número 1, que había sido programada para mantener un primer plano de Francesca, y entró tres órdenes en el teclado en miniatura que había a un lado. Mientras tanto, y puesto que Elaine se había levantado de su asiento, la cámara robot número 2 estaba retrocediendo automáticamente sobre sus patas-trípode y retrayendo sus lentes zoom. Un camarógrafo le hizo un gesto a Elaine para que se quedara quieta hasta que el hubiera desconectado la segunda cámara.

Al cabo de unos segundos, el director había programado el equipo de monitorización automática para pasar los últimos cinco minutos de la entrevista. La imagen de las tres cámaras fue ofrecida simultáneamente, en pantalla compartida, con la imagen compuesta de Francesca y Elaine ocupando el centro del monitor y las cintas de los dos primeros planos a ambos lados. Francesca era una consumada profesional. Podía decir rápidamente que tenía allí el material que necesitaba para su porción del programa. La esposa del doctor David Brown, Elaine, era joven, inteligente, seria, llana, y se sentía incómoda ante la atención que se había centrado sobre ella. Y todo eso había quedado claramente reflejado allí, en la cinta.

Mientras Francesca disponía los últimos detalles con su equipo y arreglaba las cosas para que el conjunto de la entrevista, una vez montado, fuera entregado en su hotel en el Complejo de Transporte de Dallas antes de su vuelo de la mañana, Elaine Brown regresó a la sala de estar con un robot sirviente estándar que llevaba dos tipos diferentes de queso, botellas de vino y copas suficientes para todo el mundo. Francesca captó un fruncimiento en el rostro de David Brown cuando Elaine anunció que habría una "pequeña fiesta" para celebrar el fin de la entrevista. El equipo y Elaine se reunieron en torno del robot y el vino. David se disculpó y salió de la sala de estar al largo pasillo que conectaba con la parte de atrás de la casa, donde se hallaban todos los dormitorios; el resto de la vivienda, en la parte delantera. Francesca lo siguió.

—Discúlpeme, David —dijo. El se volvió, con un claro gesto de impaciencia en el rostro. —No olvide que aún tenemos algunos asuntos por terminar. Prometí una respuesta a Schmidt y Hagenest a mi regreso a Europa. Están ansiosos por seguir adelante con el proyecto.

—No lo he olvidado —respondió él—. Simplemente deseo asegurarme primero de que su amigo Reggie ha terminado de entrevistar a mis hijos. —Dejó escapar un suspiro. — Hay veces en las que desearía ser un total desconocido en el mundo.

Francesca se le acercó un poco más.

—No creo eso ni por un minuto —dijo, con los ojos fijos en los de él—. Hoy está nervioso simplemente porque no puede controlar lo que su esposa e hijos nos están diciendo a Reggie y a mí. Y nada es más importante para usted que el control.

El doctor Brown empezó a responder, pero fue interrumpido por un agudo chillido de "¡Mamááá!" que reverberó por todo el pasillo desde su origen en un distante dormitorio. Al cabo de pocos segundos un niño pequeño, de seis o siete años, pasó corriendo al lado de David y Francesca y se lanzó en brazos de su madre, que estaba ahora de pie en la puerta que conectaba el pasillo con la sala de estar. Parte del vino de Elaine cayó de la copa por la fuerza de la colisión con su hijo; inconscientemente, se lamió la mano mientras procuraba calmar al niño.

—¿Qué ocurre, Justin? —preguntó.

—Ese negro rompió mi perro —gimió Justin entre sollozos—. Le dio una patada en el culo, y ahora no puedo hacer que funcione.

El niño señaló hacia el fondo del pasillo. Reggie Wilson y una chica un poco mayor que el niño, alta, delgada, muy seria, avanzaban hacia el resto del grupo.

—Papá —dijo ella, implorando con los ojos la ayuda de David Brown—, el señor Wilson estaba hablando conmigo de mi colección de chapas de astros pop cuando ese maldito perro robot vino, lo meó y lo mordió. Justin lo tiene programado para que haga todas esas cosas...

—¡Está mintiendo! —la interrumpió el niño con un grito—. ¡A ella no le gusta Wally! ¡Nunca le ha gustado Wally!

Elaine Brown tenía una mano en el hombro de su casi histérico hijo y la otra sujetando firmemente el tallo de su copa de vino. Se hubiera sentido alterada por la escena aunque no hubiera observado la desaprobación que recibía por parte de su esposo. Bebió de un sorbo el resto del vino y depositó la copa sobre una estantería cercana.

—Vamos, vamos, Justin —dijo, mirando azorada a los demás—, tranquilízate y cuéntale a mamá lo que ha ocurrido.

—Ese negro no me quiere. Y yo no lo quiero a él. Wally lo sabía, por eso lo mordió. Wally siempre me protege. La chica, Angela, se mostró más excitada.

—Yo sabía que iba a ocurrir algo así. Cuando el señor Wilson estaba hablando conmigo, Justin no dejó de entrar en mi habitación e interrumpirnos, mostrándole al señor

Wilson sus juegos, sus muñecos, sus trofeos, incluso su ropa. Finalmente, el señor Wilson tuvo que hablarle en serio. Wally entró como loco y el señor Wilson tuvo que defenderse.

—Es una mentirosa, mamá. Una gran mentirosa. Dile que pare... El doctor David Brown lo interrumpió furioso.

—Elaine —exclamó por encima del tumulto general—, sácalo de aquí. —Se volvió hacia su hija mientras su esposa tiraba del sollozante niño hacia la sala de estar. —Angela —dijo ahora sin disimular su furia—, creí haberte dicho que hoy no te pelearas con Justin bajo ninguna circunstancia.

La niña retrocedió ante el ataque de su padre. Las lágrimas se acumularon en sus ojos. Empezó a decir algo, pero Reggie Wilson se interpuso entre ella y su padre.

—Discúlpeme, doctor Brown —intercedió—. En realidad, Angela no hizo nada. Su historia es básicamente correcta. Ella...

—Mire, Wilson —dijo secamente David Brown—, si no le importa, yo puedo ocuparme de mi propia familia. —Hizo una momentánea pausa para calmar su irritación. —Siento terriblemente toda esta confusión —prosiguió, en un tono más calmado—, pero todo habrá terminado en uno o dos minutos más. —La mirada que lanzó a su hija era fría y en absoluto amable. —Vuelve a tu habitación, Angela. Hablare contigo más tarde. Llama a tu madre y dile que quiero que venga a buscarte antes de cenar.

Francesca Sabatini observó con gran interés el desarrollo de toda la escena. Vio la frustración de David Brown, la falta de confianza en sí misma de Elaine. Perfecto, pensó. Incluso mejor de lo que hubiera podido esperar. Será muy fácil.

El tren plateado y brillante surcaba el campo del norte de Texas a doscientos cincuenta kilómetros por hora. A los pocos minutos las luces del Complejo de Transporte de Dallas aparecieron en el horizonte. El CTD ocupaba un área gigantesca, casi veinticinco kilómetros cuadrados. Era en parte aeropuerto, en parte estación de ferrocarril, en parte pequeña ciudad. Construido originalmente en 1985 tanto para manejar el creciente tráfico de larga distancia como para proporcionar un nexo fácil de transferencia de pasajeros al sistema de trenes de alta velocidad, había crecido, como otros centros de transporte similares en todo el mundo, hasta convertirse en toda una comunidad. Más de mil personas, la mayoría de las cuales trabajaban en el CTD y hallaban la vida mucho más fácil sin tener que ir de un lado para otro, vivían en los apartamentos que formaban un semicírculo en torno del centro comercial al sur de la terminal principal. La propia terminal albergaba cuatro grandes hoteles, diecisiete restaurantes y más de un centenar de tiendas distintas, incluida una sucursal de la elegante cadena de tiendas de modas Donatelli.

—Yo tenía diecinueve años por aquel entonces —le estaba diciendo el joven a Francesca mientras el tren se acercaba a la estación—, y mi infancia había estado muy protegida. Aprendí más sobre el amor y el sexo en esas diez semanas, viendo sus series de televisión, de lo que había aprendido en toda mi vida antes. Simplemente deseaba darle las gracias a usted por ese programa.

Francesca aceptó el cumplido. Estaba acostumbrada a ser reconocida en público. Cuando el tren se detuvo y bajó al andén, sonrió de nuevo al joven y luego al hombre que la esperaba. Reggie Wilson se ofreció a llevarle su cámara mientras caminaban hacia el pequeño tranvía que los llevaría al hotel.

—¿No te molesta nunca esto? —preguntó él. Ella lo miró interrogativamente. —Toda esta atención, el ser una figura pública —aclaró,

—No —respondió—, por supuesto que no. —Se sonrió a sí misma. Incluso después de seis meses, este hombre sigue sin entenderme. Quizás está demasiado absorto consigo mismo como para darse cuenta de que algunas mujeres son tan ambiciosas como los hombres.

—Sabía que tus dos series de televisión habían sido populares —estaba diciendo Reggie— antes que te conociera durante los ejercicios de selección de personal. Pero no tenía ni idea de que fuera imposible ir a un restaurante o aparecer en público sin tropezar con alguno de tus fans.

Reggie siguió charlando mientras el tranvía los llevaba fuera de la estación de ferrocarril y al centro comercial. Cerca de la vía, en un extremo de las galerías cubiertas, un numeroso grupo de personas hacía cola delante de un cinc. La marquesina proclamaba que la película era *En cualquier clima*, del dramaturgo norteamericano Linzey Olsen.

—¿La has visto? —preguntó Reggie a Francesca—. Yo la vi cuando la estrenaron, hará unos cinco años —siguió, sin aguardar la respuesta de ella—. Helen Caudill y Jeremy Temple. Antes que ella fuera realmente famosa. Es una extraña historia, acerca de dos personas que tienen que compartir una habitación de hotel durante una tormenta de nieve en Chicago. Ambos están casados. Se enamoran mientras hablan de sus expectativas fracasadas. Como dije, una extraña historia.

Francesca no escuchaba. Un muchacho que le recordaba a su primo Roberto había subido al tranvía justo delante de ellos en la primera parada de las galerías comerciales. Su piel y su pelo eran muy oscuros, sus rasgos agradablemente cincelados. ¿Cuánto tiempo hace que vi por última vez a Roberto?, se preguntó. Debe de hacer tres años ya. Estaba en Positano con su esposa María. Francesca suspiró y rememoró días pasados,

hacía mucho tiempo. Se podía ver a sí misma riendo y corriendo por las calles de Orvieto. Tendría entonces nueve o diez años, aún era inocente y no corrompida por la vida. Roberto tenía catorce. Jugaban con una pelota de fútbol en la piazza frente al Duomo. A ella siempre le había encantado fastidiar a su primo. Era tan gentil, tan poco afectado. Roberto era la única cosa buena de su infancia.

El tranvía se detuvo delante del hotel. Reggie la estaba contemplando con una mirada fija. Francesca supo intuitivamente que acababa de hacerle una pregunta.

—¿Y bien? —dijo él, mientras descendían del vagón.

—Lo siento, querido —respondió ella—. Estaba soñando despierta de nuevo. ¿Qué es lo que has dicho?

—No me había dado cuenta de que yo fuera tan aburrido —dijo Reggie sin ninguna complacencia. Se volvió espectacularmente para asegurarse de que ella le estaba prestando atención. —¿Cuál es tu elección para la cena de esta noche? Yo la había reducido a comida china o algo así.

En aquel momento en particular, el pensamiento de cenar con Reggie no atraía en absoluto a Francesca.

—Esta noche estoy realmente cansada —dijo—. Creo que simplemente cenaré algo en la habitación y luego trabajaré un poco. —Hubiera podido predecir la expresión dolida de su rostro. Se puso de puntillas y le dio un ligero beso en los labios. —Puedes venir a verme para una última copa a las diez.

Una vez dentro de la suite del hotel, la primera acción de Francesca fue activar el terminal de su ordenador y comprobar los mensajes. Tenía cuatro. El menú impreso le dijo el remitente de cada mensaje, la hora de su transmisión, la duración del mensaje y su prioridad de urgencia. El Sistema de Prioridad de Urgencia era una nueva innovación de Comunicaciones Internacionales Inc., una de las tres compañías de comunicación supervivientes que finalmente estaba floreciendo de nuevo tras una masiva consolidación durante los años intermedios del siglo. Un usuario del sin; entraba su agenda diaria a primera hora de la mañana e identificaba que mensajes prioritarios podían interrumpir qué actividades. Francesca había decidido aceptar solamente la recepción de mensajes de Prioridad Uno (Emergencia Aguda) al terminal de la casa de David Brown; la grabación de David y su familia tenía que realizarse en un solo día, y deseaba minimizar las posibilidades de una interrupción y retraso.

Tenía un solo mensaje de Prioridad Dos, de tres minutos de longitud, de Carlo Bianchi. Francesca frunció el entrecejo, entró los códigos adecuados en el terminal y conectó el

monitor vídeo. Apareció un suave italiano de mediana edad vestido con ropa après-ski, sentado en un diván, con una chimenea encendida a sus espaldas.

—Buon giorno, cara —la saludó. Tras dejar que la videocámara diera un barrido por la sala de estar de su nueva villa en Cortina d'Ampezzo, el signor Bianchi fue directamente al asunto. ¿Por qué Francesca se negaba a aparecer en la publicidad para su línea de ropa deportiva de verano? Su compañía le había ofrecido una increíble cantidad de dinero, e incluso había diseñado la campaña para incluir en ella el tema del espacio. Los spots no serían exhibidos hasta después que la misión Newton hubiera terminado, así que no había ningún conflicto con sus compromisos con la AIE. Carlo reconocía que habían tenido algunas diferencias en el pasado, pero, según él, esto había ocurrido hacía mucho tiempo. Necesitaba su respuesta en una semana.

Jódete, Carlo, pensó Francesca, sorprendida ante la intensidad de sus reacciones. Había pocas personas en el mundo que pudieran alterarla, pero Carlo Bianchi era una de ellas. Entró las órdenes necesarias para grabar un mensaje para su agente, Darrell Bowman, en Londres.

—Hola, Darrell. Aquí Francesca en Dallas. Dile a esa comadreja de Bianchi que no voy a hacer sus anuncios ni aunque me ofreciera diez millones de marcos. Y, por cierto, puesto que según tengo entendido su principal competidor en estos días es Donatelli, ¿por qué no localizas a su directora de publicidad, Gabriela no sé qué, la conocí en una ocasión en Milán, y le haces saber que me encantaría hacer algo para ellos una vez terminado el Proyecto Newton? En abril o mayo. —Hizo una breve pausa. —Eso es todo. Estaré de vuelta en Roma mañana por la noche. Mis saludos a Heather.

El mensaje más largo de Francesca era de su esposo, Alberto, un alto, canoso y distinguido ejecutivo de unos sesenta años. Alberto se ocupaba de la división italiana de Schmidt y Hagenest, un conglomerado multimedia alemán que era propietario, entre otras cosas, de más de un tercio de los periódicos y revistas independientes de Europa, así como de las principales redes comerciales de televisión tanto en Alemania como en Italia. En su transmisión, Alberto estaba sentado en el estudio de su casa, vestido con un elegante traje negro y bebiendo coñac. Su tono era cálido, familiar, pero más propio de un padre que de un marido. Le dijo que su larga entrevista con el almirante Otto Heilmann había aparecido en las noticias de toda Europa aquel día, que le habían gustado sus comentarios y agudezas como siempre, pero que había tenido la impresión de que Otto quedaba como un egomaniaco. Lo cual no es sorprendente, pensó Francesca cuando oyó el comentario de su esposo, puesto que eso es lo que es, ni más ni menos. Pero me resulta útil a menudo.

Alberto compartió algunas buenas noticias acerca de uno de sus hijos (Francesca tenía tres hijastros, todos ellos mayores que ella) antes de decirle que la echaba de menos y que esperaba verla la noche siguiente. Yo también, pensó Francesca antes de responder a su mensaje. Es comfortable vivir contigo. Tengo a la vez libertad y seguridad.

Cuatro horas más tarde, Francesca estaba de pie en su terraza, fumando un cigarrillo al frío aire de diciembre de Texas. Se había envuelto apretadamente en la gruesa bata proporcionada por el hotel. Al menos no es como California, se dijo a sí misma mientras inspiraba una profunda bocanada de aire. Al menos en Texas algunos hoteles tienen terrazas para fumadores. Esos intolerantes de la Costa Oeste norteamericana convertirían el fumar en una felonía si pudieran.

Se arrimó a la barandilla a fin de obtener una mejor vista de un avión supersónico que se aproximaba al aeropuerto desde el oeste. Se vio mentalmente dentro del avión, como estaría al día siguiente en su vuelo de regreso a casa en Roma. Imaginó que ese vuelo en particular procedía de Tokio, la indiscutida capital económica del mundo antes del Gran Caos. Después de verse devastada por su falta de materias primas durante los años magros de mediados del siglo, los japoneses eran nuevamente prósperos a medida que el mundo regresaba a un mercado libre. Francesca contempló aterrizar el avión y luego alzó la vista al cielo repleto de estrellas sobre su cabeza. Dio otra pitada a su cigarrillo, y su mirada siguió el humo mientras flotaba lentamente fundiéndose en el aire.

Y así, Francesca, reflexionó, ahora viene lo que puede ser tu trabajo más grande. ¿Una posibilidad de hacerse inmortal? Al menos deberías ser recordada durante largo tiempo como uno de los miembros del equipo Newton. Su mente regresó a la misión Newton, y conjuró brevemente imágenes de las fantásticas criaturas que podían haber creado el par de monstruosas naves espaciales para enviarlas a visitar el sistema solar. Pero sus pensamientos regresaron rápidamente al mundo real, a los contratos que David Brown había firmado justo antes que ella abandonara su casa aquella tarde.

Eso nos hace socios, mi estimado doctor Brown. Y completa la primera fase de mi plan. Y, a menos que me equivoque completamente, había un brillo de interés en sus ojos hoy. Ella le había dado a David un beso rutinario cuando terminaron de discutir y firmar el contrato. Habían estado solos y juntos en el estudio de él. Por un momento Francesca pensó que él iba a devolverle su beso con otro mucho más significativo.

Terminó su cigarrillo, lo aplastó en el cenicero y volvió a entrar en su habitación. Tan pronto como abrió la puerta pudo oír el sonido de una pesada respiración. La enorme cama estaba revuelta, y un desnudo Reggie Wilson estaba tendido atravesado en ella, de espaldas, con sus regulares ronquidos alterando el silencio de la suite. Posees un gran

equipo, amigo mío, comentó Francesca en silencio, tanto para la vida como para el amor. Pero ninguno de los dos es un auténtico desafío. Serías mucho más interesante si hubiera en ti algo de sutileza, quizás incluso un poco de delicadeza.

7 - Relaciones públicas

El águila solitaria notaba muy alto sobre las marismas a primera hora de la mañana. Osciló ante una ráfaga de viento procedente del océano y giró hacia el norte a lo largo de la costa. Muy por debajo, empezando en las arenas blancas y marrón claro junto al océano y continuando a través de la colección de islas, ríos y ensenadas que se extendían durante kilómetros hacia el horizonte occidental, un complejo intermitente de diversos edificios conectados por caminos pavimentados rompía la tierra herbosa y pantanosa. Setenta y cinco años antes, el Espacio-puerto Kennedy era una de la media docena de localizaciones en la Tierra donde los viajeros podían desembarcar de sus trenes de alta velocidad y sus aviones para tomar una lanzadera a una de las estaciones espaciales BOT (Baja Órbita Terrestre). Pero el Gran Caos había convertido el espaciopuerto en un recuerdo fantasmal de una cultura en su tiempo floreciente. Sus puertas y pasillos conectados llevaban años abandonados entre la hierba, las aves acuáticas, los reptiles y los ubicuos insectos de Florida central.

En los 2160, después de unos veinte años de completa atrofia, el espaciopuerto había sido reactivado gradualmente. Primero fue usado como aeropuerto, y luego había evolucionado de nuevo a un centro de transporte general que servía a la costa atlántica de Florida. Cuando se iniciaron de nuevo los lanzamientos espaciales a mediados de los 2170, resultó natural que las viejas pistas de lanzamiento del Kennedy fueran empleadas otra vez. En diciembre de 2199, más de la mitad del viejo espaciopuerto había sido reacondicionado para ocuparse del creciente tráfico entre la Tierra y el espacio.

Desde una de las ventanas de su oficina transitoria, Valeri Borzov contemplaba el gracioso deslizar de la magnífica águila de vuelta a su nido en la copa de uno de los pocos árboles altos del centro. Le encantaban las aves. Se sentía fascinado por ellas desde hacía años, empezando en su primera juventud en China. En su más vivido y recurrente sueño el general Borzov vivía en un sorprendente planeta donde los cielos estaban llenos de criaturas voladoras. Aún podía recordar que preguntó a su padre si había habido algunos biots voladores dentro de la primera nave espacial Rama. Y luego sentirse agudamente decepcionado por la respuesta.

El general Borzov oyó el sonido de un enorme vehículo de transporte y miró por la ventana que daba al oeste. Al otro lado del camino, frente a las dependencias de las pruebas, el módulo de propulsión que sería utilizado por las dos naves Newton emergía del complejo de pruebas sobre una gigantesca plataforma de múltiples ruedas. El módulo reparado, enviado de vuelta a la zona de subsistemas de pruebas debido a un problema con su controlador iónico, sería situado aquella tarde dentro de una lanzadera de carga y transferido a las dependencias de ensamblaje de naves en la estación espacial BAT-2. Todos los ejercicios de simulación para los cosmonautas, sin embargo, eran realizados en BAT-3 con el equipo de repuesto. Los cosmonautas utilizarían solamente los sistemas de vuelo reales en BAT-2 durante la última semana antes del lanzamiento.

En el lado sur del edificio, un autobús eléctrico se detuvo fuera de las oficinas y descargó un puñado de personas. Uno de los pasajeros era una mujer rubia que llevaba una blusa amarilla de manga larga con rayas negras verticales y unos pantalones de seda negra. Caminó con sencilla gracia en dirección a la entrada del edificio. El general Borzov la admiró desde la distancia, recordándose que Francesca había sido una modelo de éxito antes de convertirse en periodista de televisión. Se preguntó qué era lo que deseaba y por qué había insistido en verlo en privado antes de los exámenes médicos de aquella mañana.

Un minuto más tarde la saludó en la puerta de su oficina.

—Buenos días, signora Sabatini —dijo.

—¿Siempre tan formal, general? —respondió ella con una risa—. ¿Aunque sólo estemos los dos? Usted y los dos japoneses son los únicos miembros del equipo que se niegan a llamarme Francesca. —Observé que él la miraba de una forma extraña. Bajó la vista a su ropa para ver si había algo malo en ellas—. ¿Qué ocurre? —preguntó, al cabo de una momentánea vacilación.

—Debe de ser su blusa —respondió el general Borzov con un sobresalto—. Sólo por un momento tuve la clara impresión de que era usted un tigre agazapado para saltar sobre un indefenso antílope o una gacela. Quizá sea cosa de la edad. O tal vez mi mente esté empezando a hacerme malas jugadas. —La invitó a entrar en su oficina.

—Algunos hombres me han dicho antes que me parecía a un gato. Pero nunca a un tigre. —Francesca se sentó en la silla al lado del escritorio del general. Maulló con una sonrisa irónica. —Sólo soy una inofensiva gatita casera.

—No creo eso ni por un momento —rió Borzov—. Pueden utilizarse muchos adjetivos para describirla, Francesca, pero inofensiva nunca será uno de ellos. —De pronto adoptó

una actitud muy profesional. —Ahora, ¿qué puedo hacer por usted? Dijo que tenía algo muy importante que hablar conmigo que no podía esperar.

Francesca extrajo una larga hoja de papel de su maletín blando y se la tendió al general Borzov.

—Esto es el programa de prensa para el proyecto —dijo—. Hasta ayer no lo revisé con detalle con la oficina de información pública y las cadenas mundiales de televisión. Observe que, de las entrevistas en profundidad con los cosmonautas, sólo cinco han sido completadas. Originalmente estaban previstas otras cuatro para este mes. Pero observe también que, cuando usted añadió esos tres días extras de simulación a la próxima tanda de ejercicios, eliminó el tiempo que había sido previsto para entrevistar a Wakefield y a Turgeniev.

Hizo una momentánea pausa para asegurarse de que él la estaba siguiendo.

—Todavía podemos atrapar a Turgeniev el próximo sábado, y grabaremos a los O'Toole la Nochebuena en Boston. Pero tanto Richard como Irina dicen que ahora no tienen tiempo para sus entrevistas. Además, seguimos teniendo un antiguo problema: ni usted ni Nicole han sido programados todavía...

—Usted insistió en una reunión a las siete y treinta de esta mañana para discutir este programa de prensa —interrumpió Borzov, reflejando claramente en su voz la importancia más que relativa que concedía a tales actividades.

—Entre otras cosas —respondió Francesca con voz tranquila. Ignoró la crítica implícita en el comentario del hombre—. De los participantes en esta misión —prosiguió—, los sondeos muestran que el público deposita su mayor interés en usted, yo, Nicole des Jardins y David Brown. Hasta ahora, he sido incapaz de conseguir de usted una fecha para su entrevista personal, y Madame des Jardins dice que ella "no tiene la menor intención" de realizar una. Las cadenas no se sienten felices. Mi cobertura prelanzamiento va a quedar incompleta. Necesito algo de ayuda por su parte.

Francesca miró directamente al general Borzov.

—Le estoy pidiendo que cancele la simulación adicional, que establezca un momento definido para su entrevista personal, y que hable con Nicole apoyándome.

El general frunció el entrecejo. Estaba a la vez fastidiado e irritado por la presunción de Francesca. Iba a decirle que los programas de entrevistas publicitarias personales no ocupaban ningún lugar alto en su lista de prioridades. Pero algo lo retuvo. Tanto su sexto sentido como toda una vida de experiencia en tratar con la gente le aconsejaron que vacilase, que había más en aquella conversación de lo que había oído hasta ese momento. Temporizó cambiando de tema.

—Incidentalmente, debo decirle que cada vez me siento más preocupado acerca de la magnitud de esa fiesta de fin de año que sus amigos del gobierno y de la coalición comercial italianos están preparando. Sé que aceptamos al principio de nuestro entrenamiento que participaríamos, como grupo, en esa función social. Pero no tenía ni idea de que iba a ser presentada como "la fiesta del siglo", como fue llamada la semana pasada por una de esas revistas norteamericanas que se ocupan de las personalidades. Usted que conoce a toda esa gente, ¿no puede hacer nada para frenar un poco esa celebración?

—La gala era otro de los puntos de mi agenda —respondió Francesca, evitando cuidadosamente el impacto del comentario—. Aquí también necesito su ayuda. Cuatro de los cosmonautas Newton dicen ahora que no tienen intención de asistir, y dos o tres más han sugerido que tal vez tengan otros compromisos..., pese a que todos llegamos a un acuerdo en mareo respecto de la fiesta. Takagishi y Yamanaka desean celebrar las fiestas con sus familias en Japón, y Richard Wakefield me dice que ha hecho reservas para ir a practicar escafandrista en las islas Caimán. Y luego está de nuevo esa mujer francesa, que simplemente dice que no va a asistir y se niega a ofrecer ningún tipo de explicación.

Borzov no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Por qué tiene tantas dificultades con Nicole des Jardins? Pensé que, puesto que ambas son mujeres, podría hablar con ella más fácilmente que con los demás.

—Se muestra enteramente en contra del papel de la prensa en esta misión. Me lo ha dicho varias veces. Y es muy testaruda acerca de su intimidad. —Francesca se encogió de hombros. —Pero el público se siente completamente fascinado con ella. Después de todo, no sólo es doctora y lingüista y una antigua campeona olímpica, sino que también es hija de un famoso novelista y la madre de una hija de catorce años, pese a no haberse casado nunca...

Valeri Borzov estaba consultando su reloj.

—Sólo para mi información —interrumpió—, ¿cuántos otros asuntos tiene en su agenda, como lo llama usted? Tenemos que estar en el auditorio dentro de diez minutos. —Le brindó una sonrisa. —Y me veo obligado a recordarle que Madame des Jardins se salió hoy de su rutina para acomodarse a su petición de cobertura de prensa para esa reunión.

Francesca estudió al general Borzov durante varios segundos. Creo que ahora está preparado, pensó para sí misma. Y, a menos que lo haya juzgado mal, comprenderá de inmediato. Sacó un pequeño cubo de su maletín y se lo tendió por encima del escritorio.

—Éste es el único otro punto de mi agenda —dijo. El comandante en jefe del Proyecto Newton pareció desconcertado. Hizo girar el cubo entre sus manos.

—Un periodista independiente nos lo vendió —dijo Francesca en un tono muy serio—. Se nos ha asegurado que era la única copia existente.

Hizo una momentánea pausa mientras Borzov cargaba el cubo en el lugar apropiado del ordenador de su escritorio. Palideció visiblemente cuando el primer vídeo del cubo apareció en el monitor. Contempló los salvajes desvaríos de su hija Natacha durante unos quince segundos.

—Deseaba mantener esto fuera de las manos de la prensa sensacionalista —añadió suavemente Francesca.

—¿Cuánto dura la cinta? —preguntó en voz baja el general Borzov.

—Casi media hora —respondió ella—. Yo soy la única que la ha visto entera.

El general Borzov dejó escapar un suspiro. Ése era el momento que su esposa Petra había temido desde que se hizo oficial que él iba a ser el comandante en jefe del Proyecto Newton. El director del instituto en Sverdlovsk había prometido que ningún periodista tendría acceso a su hija. Ahora, ahí había una videocinta con una entrevista de treinta minutos con ella. Petra se sentiría mortificada.

Miró por la ventana. Estaba evaluando mentalmente lo que le ocurriría a la misión si la esquizofrenia aguda de su hija era exhibida ante el público. Sería embarazoso, concedió, pero la misión no se vería perjudicada de ninguna manera seria... Miró a Francesca. Odiaba hacer tratos. Y no estaba seguro de que la propia Francesca no hubiera encargado la entrevista con Natacha. De todos modos...

Borzov se relajó y forzó una sonrisa.

—Supongo que debo darle las gracias —dijo—, pero, de algún modo, no me parece apropiado. —Hizo una breve pausa. —Aunque supongo que se espera que demuestre cierta gratitud.

Todo bien por ahora, pensó Francesca. Era demasiado lista para decir nada en aquellos momentos.

—Muy bien —siguió el general tras un largo silencio—. Cancelaré la simulación extra. Hay otros que también se han quejado al respecto. —Hizo dar vueltas el cubo entre sus manos. —Y Petra y yo acudiremos pronto a Roma, como usted sugirió en una ocasión, para la entrevista personal. Recordaré mañana a todos los cosmonautas lo de la fiesta de fin de año, y les diré que es su deber asistir. Pero ni yo ni nadie puede exigirle a Nicole des Jardins que hable con usted de nada excepto de su trabajo. —Se puso bruscamente de pie. —Ya es hora de que acudamos a esa reunión de biometría.

Francesca se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Gracias, Valeri —dijo.

8 - Biometría

La reunión informativa médica había empezado ya cuando Francesca y el general Borzov llegaron. Todos los demás cosmonautas estaban presentes, así como veinticinco o treinta ingenieros y científicos adicionales asociados con la misión. Cuatro periodistas y un equipo de televisión completaban la audiencia. En la parte frontal del pequeño auditorio se hallaba Nicole des Jardins, como siempre con su atuendo de vuelo gris y con un puntero láser en la mano. A su lado había un japonés alto con traje azul. El hombre estaba escuchando atentamente una pregunta de la audiencia. Nicole intervino para dar la bienvenida a los recién llegados.

—Sumimasen, Hakamatsu-san —expresó. Déjeme presentarle a nuestro comandante, el general Valeri Borzov de la Unión Soviética, así como a la cosmonauta-periodista Francesca Sabatini.

Se volvió hacia los recién llegados.

—Dobrii Ultra —le dijo al general, moviendo rápidamente la cabeza al mismo tiempo en dirección a Francesca—. Éste es el estimado doctor Toshiro Hakamatsu. Él diseñó y desarrolló el sistema de biometría que vamos a utilizar en el vuelo, incluidas las pequeñas sondas que serán insertadas en nuestros cuerpos.

El general Borzov alargó la mano.

—Me alegra conocerle, Hakamatsu-san —manifestó—. Madame des Jardins nos ha hablado mucho de su magnífico trabajo.

—Gracias —respondió el hombre, haciendo una inclinación a Borzov tras estrechar su mano—. Es un honor para mí formar parte de este proyecto.

Francesca y el general Borzov ocuparon las dos sillas vacías en la parte delantera del auditorio, y la reunión prosiguió. Nicole señaló con su puntero hacia un teclado a un lado del pequeño podio, y una imagen holográfica tridimensional de un modelo masculino, a escala natural y multicolor, del sistema cardiovascular humano, con las venas marcadas en azul y las arterias en rojo, apareció en la parte delantera de la sala.

Pequeños marcadores blancos circulaban en el flujo de los vasos sanguíneos, señalando la dirección y la velocidad de la sangre.

—El Consejo de Ciencias Vitales de la AIE dio la semana pasada su aprobación definitiva a las nuevas sondas Hakamatsu como nuestro sistema clave de monitorización de la salud para la misión —estaba diciendo Nicole—. Retuvieron su aprobación hasta el último minuto a fin de poder evaluar adecuadamente los resultados de los tests de resistencia, en los cuales se exigió de las nuevas sondas que actuaran en una amplia variedad de situaciones no nominales. Incluso bajo esas condiciones, no hubo signo alguno de que se produjeran mecanismos de rechazo en ninguno de los sujetos sometidos a los tests.

"Somos afortunados de poder utilizar este sistema, porque haría la vida mucho más fácil tanto para mí, al ser oficial de ciencias vitales, como para ustedes. Durante la misión no estarán sometidos a la rutina de las técnicas de implantación/escáner, utilizadas en anteriores proyectos. Esas nuevas sondas serán implantadas una vez, quizá dos como máximo, durante nuestra misión de cien días, y no necesitan ser reemplazadas.

—¿Cómo se resolvió el problema del rechazo a largo plazo? —Una pregunta de otro módico en la audiencia interrumpió la cadena de pensamientos de Nicole.

—Hablaré de esto en detalle durante nuestra reunión especializada esta tarde —respondió—. Por ahora, deberá ser suficiente que mencione que, puesto que las claves químicas que gobiernan el rechazo se enfocan sobre cuatro o cinco parámetros críticos, incluida la acidez, las sondas se hallan revestidas con productos químicos que se adaptan a la química local en el lugar de la implantación. En otras palabras, una vez que la sonda llega a su destino, comprueba no invasivamente el ambiente bioquímico de su entorno, y luego exuda una delgada capa para sí misma diseñada para que sea compatible con la química del anfitrión, con lo que evita el rechazo.

"Pero estoy adelantándome demasiado —prosiguió, volviéndose para contemplar el modelo a tamaño natural que mostraba la circulación de la sangre en el cuerpo humano—. La familia de sondas será insertada aquí, en el brazo izquierdo, y los monitores individuales se dispersarán según sus programas preestablecidos de guía hasta treinta y dos puntos locales del cuerpo. Allí se insertarán en el tejido del receptor. —La parte interior del modelo holográfico se animó a medida que ella hablaba, y la audiencia contempló cómo treinta y dos luces parpadeantes se iniciaban en el brazo izquierdo y se dispersaban por todo el cuerpo. Cuatro fueron al cerebro, tres más al corazón, cuatro a las glándulas primarias del sistema endocrino, y los restantes veintiún monitores se esparcieron a una serie de localizaciones y órganos que iban desde los ojos hasta los dedos de las manos y los pies.

"Cada una de las sondas individuales contiene una disposición de sensores microscópicos para comprobar los parámetros de salud más importantes y un sofisticado sistema de datos que primero almacena y luego transmite la información grabada a solicitud de una orden del escáner. En la práctica, espero efectuar esa exploración en ustedes y recoger toda la telemetría de su estado de salud una vez al día, pero las grabadoras pueden manejar datos que cubran incluso hasta cuatro días.

—Nicole se detuvo y miró a la audiencia. —¿Hay alguna pregunta? —quiso saber.

—Sí —dijo Richard Wakefield en la primera fila—. Veo cómo este sistema reúne billones de bits de datos. Pero ésa es la parte sencilla. No hay forma de que usted o cualquier otro ser humano pueda revisar toda la información. ¿Cómo son sintetizados o analizados los datos de modo que usted pueda decir si está ocurriendo o no algo irregular?

—Ha dado usted en la tecla, Richard —sonrió Nicole—. Ése es mi próximo tema. —Alzó un objeto pequeño, delgado y plano, con un teclado. —Esto es un escáner estándar programable que permite que la información monitorizada sea presentada en muchas formas distintas. Puedo pedir un vaciado completo de cualquiera y/o todos los canales, o puedo pedir sólo la transmisión de los datos de advertencia...

Nicole vio muchas expresiones confusas en su audiencia.

—Será mejor que haga marcha atrás y empiece de nuevo esta parte de la explicación —dijo—. Cada medición efectuada por cada instrumento posee una "fluctuación esperada", una que por supuesto varía de individuo a individuo, y una "fluctuación de tolerancia" mucho más amplia, usada para identificar una auténtica emergencia. Si sólo una medición en particular excede de la fluctuación esperada, es entrada en el archivo de advertencia, y ese canal específico es marcado con un identificador de alarma. Una de mis opciones al usar el escáner es leer sólo esos listados de advertencia. Si un cosmonauta en particular se siente perfectamente bien, mi procedimiento normal será sólo ver si hay alguna entrada en el buffer de advertencia.

—Pero si obtiene una medición fuera de la fluctuación de tolerancia —interrumpió Tabori—, entonces alerta. El monitor conecta automáticamente su transmisor de emergencia y utiliza toda su energía interna para lanzar un "bip-bip" que es algo aterrador. Lo sé. Me ocurrió a mí durante una corta prueba con lo que resultó ser solamente un valor de tolerancia impropriadamente entrado. Pensé que me estaba muriendo. —Janos era el oficial de refuerzo de ciencias de la vida. Su comentario causó risas generales. La imagen del pequeño Janos yendo de un lado para otro emitiendo un agudo bip era divertida.

—Ningún sistema es a prueba de errores —prosiguió Nicole—, y éste es sólo tan bueno como el conjunto de valores que es entrado en él para desencadenar tanto las advertencias como las emergencias. Así que pueden ver ustedes por qué la calibración de los datos es esencial. Hemos examinado cada uno de sus historiales médicos con extremo cuidado y entrado los valores iniciales en los monitores. Pero debemos ver los resultados reales con las auténticas sondas insertadas en sus cuerpos. Ésa es la razón de la actividad de hoy. Insertaremos hoy su conjunto de sondas, monitorizaremos su actuación durante los cuatro ejercicios de simulación finales que empezarán el jueves, y luego actualizaremos los valores de reacción si es necesario, antes del auténtico despegue.

Hubo algunos involuntarios gestos de desagrado cuando cada cosmonauta pensó en la perspectiva de pequeños laboratorios médicos incrustados indefinidamente en Dios sabe qué partes de sus cuerpos. Estaban acostumbrados a las sondas regulares de investigación que eran situadas en el cuerpo para obtener alguna información específica, como la cantidad de placa que bloqueaba las arterias, pero esas sondas eran siempre temporales. El pensamiento de una invasión electrónica permanente era, por decirlo suavemente, inquietante. El general Michael O'Toole formuló dos preguntas que preocupaban a la mayor parte del equipo.

—Nicole —inquirió, a su habitual manera ansiosa—, ¿puede decirnos cómo se asegurará de que las sondas van a parar realmente a los lugares correctos? Y, más importante aún, ¿qué ocurrirá si una de ellas funciona mal?

—Por supuesto, Michael —respondió ella plazeramente—. Recuerde que esas cosas estarán también dentro de mí, de modo que yo tuve que ser la primera en hacer las mismas preguntas. —Nicole des Jardins debía de tener unos treinta y cinco años. Su piel era de un reluciente color cobrizo, sus ojos castaños oscuros y almendrados, su pelo de un profundo negro brillante. De ella irradiaba una inconfundible confianza en sí misma que, en ocasiones, era interpretada como arrogancia. —Ustedes no abandonarán la clínica hoy hasta que hayamos comprobado que todas las sondas se hallan en sus correctas posiciones respectivas —prosiguió—. Según las más recientes experiencias, es probable que uno o dos de ustedes puedan tener algún monitor vagabundeando fuera de su rumbo. Resulta fácil rastrearlo con el equipo de laboratorio y luego enviarle tantas órdenes prioritarias como sean necesarias para trasladarlo hasta su lugar adecuado.

"En cuanto a lo que se refiere al mal funcionamiento, hay varios niveles de protección contra fallas. En primer lugar, cada monitor específico comprueba sus propias baterías de sensores más de veinte veces al día. Cualquier instrumento que no supere una de estas

pruebas es desconectado inmediatamente por el software ejecutivo que hay en su propio monitor. Además, cada uno de los elementos de la sonda es sometido a un completo y riguroso autotest dos veces al día. La falla de uno de estos autotests es una de las muchas condiciones de falla que originan que el monitor segregue una serie de productos químicos que causarán su autodestrucción, con una absorción final e inofensiva por parte del cuerpo. A fin de que ninguno de ustedes se preocupe innecesariamente, hemos verificado rigurosamente todas esas posibles fallas con sujetos de prueba durante el último año.

Nicole terminó su presentación y aguardó frente a sus colegas.

—¿Alguna pregunta más? —quiso saber. Tras unos segundos de vacilación, prosiguió: —Entonces necesito un voluntario para que suba aquí al lado de la enfermera robot y sea inoculado. Mi conjunto personal de sondas me fue inyectado y verificado la semana pasada. ¿Quién quiere ser el siguiente?

Francesca se puso de pie.

—De acuerdo, empecemos con la bella signora Sabatini —dijo Nicole. Hizo un gesto hacia el personal de televisión. —Enfoquen esas cámaras al trazador por simulación. Es todo un espectáculo cuando esos bichos electrónicos empiezan a nadar a través del torrente sanguíneo.

9 - Irregularidad diastólica

A través de la ventanilla Nicole apenas podía distinguir los campos de nieve siberianos a la oblicua luz de diciembre. Estaban a más de quince mil metros bajo sus pies. El avión supersónico estaba frenado mientras avanzaba rumbo al sur hacia Vladivostok y las islas de Japón. Nicole bostezó. Tras sólo tres horas de sueño, sería una lucha mantener su cuerpo despierto durante todo el día. Eran casi las diez de la mañana en Japón, pero allá en su casa de Beauvois, en el valle del Loira, no lejos de Tours, su hija Genevieve aún dispondría de otras cuatro horas de sueño antes de que su despertador sonara a las siete.

El videomonitor en el respaldo del asiento delantero al de Nicole se conectó automáticamente y le recordó que faltaban sólo quince minutos para que el aparato aterrizara en el Centro de Transporte de Kansai. La encantadora muchacha japonesa de la pantalla sugirió que ése podía ser un momento excelente para efectuar o confirmar el transporte por tierra y hacer los arreglos necesarios para el alojamiento. Nicole activó el

sistema de comunicaciones de su asiento, y una delgada placa rectangular con un teclado y un pequeño display se deslizó frente a ella. En menos de un minuto Nicole arregló tanto su viaje en tren hasta Kyoto como su traslado en tranvía hasta el hotel. Utilizó su Tarjeta de Crédito Universal para pagar todas las transacciones, tras identificarse correctamente indicando que el nombre de soltera de su madre era Anawi Tiasso. Cuando hubo terminado, de uno de los extremos de la bandeja brotó un pequeño listado impreso con los identificadores de su tren y tranvía, además de las horas de llegada y tránsito (llegaría a su hotel a las once y catorce, hora de Japón).

Mientras el avión se preparaba para aterrizar, Nicole pensó en la razón de su repentino viaje a través de un tercio de la superficie del mundo. Sólo veinticuatro horas antes había estado planeando pasar el día en casa, dedicándose a un poco de trabajo de oficina por la mañana, con prácticas de lenguaje para Genevieve por la tarde. Era el inicio de las vacaciones para los cosmonautas y, excepto aquella estúpida fiesta en Roma el último día del año, se suponía que estaba libre hasta que tuviera que presentarse en BAT-3 el 8 de enero. Pero mientras permanecía sentada en su oficina en casa la mañana anterior, comprobando rutinariamente la biometría del último conjunto de simulaciones, tropezó con un curioso fenómeno. Había estado estudiando el corazón y la presión sanguínea de Richard Wakefield durante una prueba de variedad variable, y no había comprendido un aumento particularmente rápido en sus pulsaciones. Entonces decidió comprobar una detallada biometría cardíaca del doctor Takagishi para comparar, puesto que se había dedicado también a una agotadora actividad física con Richard en el momento del aumento de pulsaciones.

Lo que encontró cuando examinó todos los registros de la información cardíaca de Takagishi fue una sorpresa aun mayor. La expansión diastólica del profesor japonés era decididamente irregular, quizás incluso patológica. Pero la sonda no había registrado ninguna advertencia, y ningún canal de datos había dado la alarma. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Había algún mal funcionamiento en el sistema de Hakamatsu?

Una hora de trabajo detectivesco dio como resultado la identificación de más peculiaridades. Durante todo el conjunto de simulaciones, se produjeron cuatro intervalos separados en los que se presentó el problema de Takagishi. El comportamiento anormal era esporádico e intermitente. A veces la diástole excesivamente larga, reminiscencia de un problema valvular durante el llenado del corazón con sangre, no aparecía durante treinta y seis horas. Sin embargo, el hecho de que se reprodujera en cuatro ocasiones distintas sugería que había definitivamente una anomalía de algún tipo.

Lo que preocupó a Nicole no eran los datos en sí, sino la falla del sistema en desencadenar las alarmas adecuadas en presencia de las locamente irregulares observaciones. Como parte de su análisis, rastreó laboriosamente el historial médico de Takagishi, prestando una atención especial en los informes cardiológicos. No descubrió la menor alusión a ningún tipo de anomalía, lo cual la convenció de que se hallaba ante un error de los sensores y no un auténtico problema médico.

Si el sistema estuviera funcionando correctamente, razonó, la presencia de la larga diástole habría enviado inmediatamente al monitor cardíaco fuera de la tolerancia esperada y desencadenado una alarma. Pero no lo hizo. Ni la primera vez ni las siguientes. ¿Es posible que tengamos aquí una doble falla? Si es así, ¿cómo siguió la unidad pasando el auto test?

Al principio pensó en telefonar a uno de sus ayudantes en la oficina de ciencias vitales en la AIE para discutir la anomalía que había encontrado, pero en vez de ello decidió, puesto que era fiesta en la AIE, telefonar al doctor Hakamatsu en Japón. Esa llamada la dejó completamente desconcertada. El hombre le dijo llanamente que el fenómeno que había observado debía de hallarse en el paciente, que ninguna combinación de fallas de componentes en esta sonda podía haber producido unos resultados tan extraños.

—Pero entonces, ¿por qué no hubo ninguna entrada en el archivo de advertencia? —le preguntó al diseñador electrónico japonés.

—Porque ninguna tolerancia había sido excedida —respondió el hombre confiadamente—. Por alguna razón, debió entrar una tolerancia esperada extremadamente amplia para este cosmonauta en particular. ¿Ha comprobado usted su historial médico?

Más tarde en la conversación, cuando Nicole le dijo al doctor Hakamatsu que los datos no explicados habían procedido en realidad de las sondas dentro de uno de sus compatriotas, para ser exactos del cosmonauta-científico Takagishi, el normalmente mesurado ingeniero gritó realmente al teléfono.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Entonces podré aclarar rápidamente este misterio. Contactaré con Takagishi en la universidad de Kyoto, y ya le comunicaré lo que averigüe.

Tres horas más tarde, el videomonitor de Nicole reflejó el sombrío rostro del doctor Shigeru Takagishi.

—Madame des Jardins —dijo muy educadamente—, tengo entendido que usted ha estado hablando con mi colega Hakamatsu-san acerca del output de mi biometría durante las simulaciones. ¿Sería tan amable de explicarme lo que ha encontrado?

Nicole le presentó toda la información a su compañero cosmonauta, sin ocultarle nada y expresando su creencia personal de que la fuente de los datos erróneos había sido en realidad un mal funcionamiento de la sonda.

Un largo silencio siguió a la explicación de Nicole. Finalmente, el preocupado científico japonés habló de nuevo:

—Hakamatsu-san acaba de visitarme aquí en la universidad, y ha comprobado la sonda instalada en mi interior. Informará que no ha hallado ningún problema con su electrónica. —Takagishi hizo entonces una pausa, como si estuviera sumido en profundos pensamientos. —Madame des Jardins —dijo unos segundos más tarde—, me gustaría pedirle un favor. Es un asunto de máxima importancia para mí. ¿Podría usted verme aquí en Japón en un futuro muy próximo? Me gustaría hablar personalmente con usted y explicarle algo que puede estar relacionado con los datos irregulares de mi biometría.

Había una ansiedad en el rostro de Takagishi que Nicole no pudo ni desechar ni interpretar mal. Le estaba implorando claramente que lo ayudara. Sin hacer más preguntas, aceptó ir a visitarlo inmediatamente.

Unos minutos más tarde reservaba un asiento en el vuelo supersónico de noche de París a Osaka.

—Nunca fue bombardeada durante la gran guerra con los Estados Unidos —dijo Takagishi, agitando los brazos hacia la ciudad de Kyoto que se extendía bajo ellos—, y casi no sufrió ningún daño cuando los maleantes la tomaron durante siete meses en 2141. Admito que siento prejuicios al respecto —dijo sonriendo—, pero para mí Kyoto es la ciudad más hermosa del mundo.

—Muchos de mis compatriotas sienten lo mismo hacia París —respondió Nicole. Se cerró apretadamente el abrigo. El aire era frío y húmedo. Daba la impresión como si fuera a nevar en cualquier momento. Se estaba preguntando cuándo su asociado iba a empezar a hablar del asunto. No había volado ocho mil kilómetros para efectuar un tour turístico por la ciudad, aunque tenía que admitir que aquel templo kiyomizu entre los árboles de una colina que dominaba la ciudad era realmente un lugar magnífico.

—Tomemos un poco de té —dijo Takagishi. La condujo a una de las varias casas de té al aire libre que flanqueaban la parte principal del antiguo templo budista. Ahora, se dijo Nicole mientras disimulaba un bostezo, va a decirme de qué se trata todo esto. Takagishi se había reunido con ella en el hotel inmediatamente después de su llegada. Le sugirió que comiera algo y durmiera un poco antes de volver. Después, la llevó hasta arriba a las tres, y fueron directamente a ese templo.

Takagishi sirvió el denso té japonés en dos tazas y aguardó a que Nicole tomara un sorbo. El ardiente líquido calentó su boca pese a su amargo sabor.

—Madame —empezó Takagishi—, sin duda se estará preguntando por qué le he pedido que viniera hasta Japón de una manera tan precipitada. Entienda —hablaba lentamente, pero con gran intensidad— que durante toda mi vida he soñado con que quizás otra nave espacial Rama viniera a nosotros mientras yo aún seguía con vida. Durante mis estudios en la universidad y durante mis muchos años de investigación me he estado preparando para un solo acontecimiento, el regreso de los ramanes. Aquella mañana de marzo de 2197, cuando Alastair Moore me llamó para decirme que las más recientes imágenes de Excalibur indicaban que teníamos otro visitante extraterrestre, casi me eché a llorar de alegría. Supe inmediatamente que la AIE dispondría una misión para visitar la nave espacial. Decidí formar parte de esa misión.

El científico japonés bebió un poco de su té y miró hacia su izquierda, hacia los cuidados árboles y el recortado césped verde y las laderas que dominaban la ciudad.

—Cuando era chico —prosiguió, con su cuidadoso inglés apenas audible—, trepaba por estas colinas en las noches claras y miraba al cielo, buscando el hogar de la inteligencia especial que había creado esa incomparable máquina gigante. En una ocasión fui con mi padre y nos acurrucamos juntos en el frío aire nocturno, contemplando las estrellas, mientras él me decía cómo habían sido las cosas aquí durante los días del primer encuentro con Rama doce años antes de que yo naciera. Aquella noche creí —se volvió para mirar a Nicole, y ésta pudo ver de nuevo la pasión en sus ojos—, y aún sigo creyéndolo hoy, que había alguna razón para esa visita, algún propósito para la aparición de esa maravillosa nave espacial. He estudiado todos los datos de ese primer encuentro, con la esperanza de hallar una clave que explicara por qué vino. Nada ha sido concluyente. He desarrollado varias teorías al respecto, pero no tengo las suficientes pruebas para apoyar ninguna de ellas.

Takagishi dejó de hablar de nuevo para beber un poco más de té. Nicole se sintió a la vez sorprendida e impresionada por la profundidad de los sentimientos exhibidos por el hombre. Aguardó sentada pacientemente y no dijo nada mientras esperaba que él prosiguiera.

—Supe que tenía buenas posibilidades de ser elegido como cosmonauta —dijo él—, no sólo por mis publicaciones, incluido el Atlas, sino también porque uno de mis más cercanos asociados, Hisanori Akita, era el representante japonés en el comité de selección. Cuando el número de científicos que seguían en competencia quedó reducido a ocho y yo era uno de ellos, Akita-san me sugirió que parecía como si los dos

contendientes principales fuéramos David Brown y yo. Recordará usted que hasta ese momento no se había realizado ningún examen físico de ninguna clase.

Eso es cierto, recordó Nicole. La tripulación potencial fue primero reducida a cuarenta y ocho, y entonces todos fuimos llevados a Heidelberg para los exámenes físicos. Los médicos alemanes a cargo del asunto insistieron en que cada uno de los candidatos tenía que superar cada uno de los criterios médicos individuales. Los graduados académicos fueron el primer grupo sometido a prueba, y cinco de cada veinte fallaron. Incluido Alain Blamont.

—Cuando su compatriota Blamont, que ya había volado en media docena de misiones importantes para la AIE, fue descalificado debido a aquel trivial murmullo en su corazón, y el Comité de Selección de Astronautas respaldó luego a los médicos denegando su apelación, me sentí presa del pánico. —El orgulloso físico japonés miraba ahora directamente a Nicole a los ojos, urgiéndola a comprender. —Tuve miedo de perder la más importante oportunidad de mi carrera debido a un problema físico menor que nunca antes había afectado ninguna parte de mi vida. —Hizo una pausa para elegir cuidadosamente sus palabras. —Sé que lo que hice fue erróneo y deshonesto, pero me convencí a mí mismo por aquel entonces de que todo estaba bien, de que mis posibilidades de descifrar el mayor rompecabezas de la historia humana no debían verse bloqueadas por un grupo de doctores de mentes pequeñas que definían la salud aceptable sólo en términos de valores numéricos. El doctor Takagishi contó el resto de su historia sin embellecimientos ni emociones obvias. La pasión que había demostrado fugazmente durante su discurso sobre los ramanes se había desvanecido, su monótono recitado era ahora seco y claro. Explicó cómo había convencido al médico de su familia para que falsificara su historial médico y le proporcionara un nuevo fármaco que impediría la presencia de su irregularidad diastólica durante los dos días de sus exámenes físicos en Heidelberg. Aunque había riesgo de algunos efectos secundarios perniciosos del nuevo medicamento, todo fue de acuerdo con el plan. Takagishi pasó los rigurosos exámenes físicos, y al final fue seleccionado como uno de los dos científicos de la misión, junto con el doctor David Brown. Nunca había vuelto a pensar en el asunto médico hasta hacía unos tres meses, cuando Nicole explicó por primera vez a los cosmonautas que tenía intención de recomendar el uso del sistema de sondas Hakamatsu durante la misión en vez de las sondas temporales estándar una vez a la semana.

—Entienda —explicó Takagishi, empezando ahora a fruncir el entrecejo—; bajo las antiguas técnicas, yo podría haber usado el mismo fármaco una vez a la semana, y ni usted ni ningún otro oficial de ciencias vitales hubiera visto nunca la irregularidad. Pero un

sistema permanente de monitorización no podía ser engañado... el medicamento es demasiado peligroso para uso constante.

Así que., de alguna forma, usted llegó a un trato con Hakamatsu, saltó Nicole mentalmente por delante de él. Con su conocimiento explícito o sin él. E introdujo unos valores de tolerancia esperada que no fueran activados por la presencia de su anormalidad. Esperaba que a nadie que analizara los tests se le ocurriera pedir un análisis biométrico completo. Ahora comprendía por qué él la había llamado urgentemente a Japón. Y ahora desea que guarde su secreto.

—Watakushi no doryo wa, wakarimasu —dijo amablemente Nicole, en japonés para mostrar su simpatía hacia la angustia de su colega—. Puedo darme cuenta de toda la inquietud que esto le produce. No necesita explicarme en detalle cómo manipuló las sondas Hakamatsu. —Hizo una pausa y observó cómo el rostro de él se relajaba. —Pero, si le comprendo correctamente, lo que usted desea es que yo me convierta en cómplice de su engaño. Usted reconoce, por supuesto, que ni siquiera puedo tomar en consideración el conservar su secreto a menos que esté absolutamente convencida de que su problema físico menor, como usted lo llama, no representa ninguna amenaza posible a la misión. De otro modo, me veré obligada...

—Madame des Jardins —la interrumpió Takagishi—. Siento el más absoluto respeto hacia su integridad. Nunca, nunca le pediría que mantuviera la irregularidad de mi corazón fuera de los registros a menos que usted estuviera de acuerdo conmigo en que se trata realmente de un problema insignificante. —La miró en silencio durante varios segundos. —Cuando Hakamatsu me telefoneó esta tarde —siguió en voz baja—, pensé al principio convocar una conferencia de prensa y renunciar al proyecto. Pero, mientras estaba pensando en lo que diría en mi renuncia, no dejaba de ver la imagen del profesor Brown. Mi contrapartida británica es un hombre brillante, pero también, en mi opinión, está demasiado seguro de su infalibilidad. El reemplazo más probable para mí sería el profesor Wolfgang Heinrich de Bonn. Ha publicado muchos espléndidos artículos acerca de Rama, pero él, como Brown, cree que estas visitas celestes representan acontecimientos al azar, totalmente sin conexión con nosotros y nuestro planeta. —La intensidad y la pasión habían regresado a sus ojos. —Ahora no puedo abandonar. A menos que no tenga elección. Tanto Brown como Heinrich pueden fracasar en llegar al fondo del asunto.

Detrás de Takagishi, en el sendero que conducía de vuelta al edificio de madera principal del templo, tres monjes budistas pasaron caminando rápidamente. Pese al frío, iban vestidos con ropas ligeras, con sus habituales túnicas cortas gris oscuro y sus pies expuestos al frío en sandalias abiertas. El científico japonés le propuso a Nicole que

pasaran el resto del día en el consultorio de su médico personal, donde podrían estudiar su historia clínica completa y sin censurar, que se remontaba hasta su primera infancia. Si ella estaba de acuerdo, añadió, le podían proporcionar un datacubo conteniendo toda la información para que ella se lo llevara de vuelta a Francia y lo estudiara con toda comodidad.

Nicole, que había estado escuchando intensamente a Takagishi durante casi una hora, desvió momentáneamente su atención a los tres monjes que ahora subían decididamente las escaleras allá en la distancia. Sus ojos son tan serenos, pensó. Sus vidas tan libres de contradicciones. La obcecación puede ser una virtud. Hace todas las respuestas fáciles. Sólo por un momento sintió envidia de los monjes y de su ordenada existencia. Se preguntó cómo se enfrentarían ellos al dilema que el doctor Takagishi le estaba presentando. Él no es uno de los cadetes del espacio, estaba pensando ahora, así que su papel no es absolutamente crítico para el éxito de la misión. Y, en cierto sentido, tiene razón. Los médicos del proyecto han sido demasiado estrictos. Nunca hubieran debido descalificar a Alain. Hubiera sido una vergüenza si...

—Daijōbu —dijo, antes de que él hubiera terminado de hablar—. Iré con usted a ver a su médico y, si no hallo nada que me preocupe, me llevare todo el archivo a casa para estudiarlo durante las vacaciones.

—El rostro de Takagishi se iluminó. —Pero déjeme advertirle de nuevo —añadió— que, si hay algo en su historia que encuentre cuestionable, o si tengo el menor asomo de evidencia de que usted me sigue ocultando alguna información, entonces le pediré que renuncie inmediatamente.

—Gracias; muchas gracias —respondió el doctor Takagishi, poniéndose de pie y haciendo una reverencia a su colega femenino—. Muchas gracias —repitió.

10 - El cosmonauta y el Papa

El general O'Toole no podía haber dormido más de dos horas. La combinación de la excitación y el cambio de horario tras el largo viaje en avión habían mantenido su mente activa durante toda la noche. Había estudiado el encantador y bucólico mural de la pared opuesta a la cama en su habitación del hotel y contado dos veces todos los animales. Desgraciadamente, había permanecido completamente despierto tras finalizar ambas cuentas.

Inspiró profundamente, esperando que eso lo ayudara a relajarse. ¿Por qué todo este nerviosismo?, se preguntó a sí mismo. Es simplemente un hombre como todos los demás en la Tierra. Bueno, no exactamente. O'Toole se sentó erguido en su silla y sonrió. Eran las diez de la mañana y aguardaba en una pequeña antesala dentro del Vaticano. Iba a celebrar una audiencia privada con el Vicario de Cristo, el papa Juan Pablo V.

Durante su infancia, Michael O'Toole había soñado a menudo en convertirse algún día en el primer papa norteamericano. "El papa Michael", se había llamado a sí mismo durante las largas tardes de domingo cuando estudiaba a solas su catecismo. Y había repetido las palabras de sus lecciones una y otra vez, las había grabado en su memoria, y se había imaginado a sí mismo, quizá cincuenta años más tarde, llevando sotana y el anillo papal, celebrando la misa para miles de personas en las grandes iglesias y estadios del mundo. Inspiraría a los pobres, los desesperados, los oprimidos. Les mostraría cómo Dios podía conducirles a una vida mejor.

Cuando joven, a Michael O'Toole le encantaba aprenderlo todo, pero tres temas en particular lo habían intrigado. Nunca podía leer lo suficiente sobre religión, historia y física. De alguna forma, su mente ágil hallaba sencillo saltar entre esas distintas disciplinas. Nunca le había preocupado que las epistemologías de la religión y la física estuvieran separadas ciento ochenta grados. Michael O'Toole no tenía ninguna dificultad en reconocer qué cuestiones en la vida debían ser respondidas por la física y cuáles por la religión.

Sus tres temas académicos preferidos se mezclaban en el estudio de la creación. Después de todo, era el principio de todo, incluidas la religión, la historia y la física. ¿Cómo había ocurrido? ¿Estaba Dios presente, como arbitro quizás, en el primer impulso del universo hacía dieciocho mil millones de años? ¿No era Él quien había proporcionado el ímpetu para la cataclísmica explosión conocida como el Big Bang que había extraído toda la materia a partir de la energía? ¿No había previsto Él que esos originales y prístinos átomos de hidrógeno se coagularan en gigantescas nubes de gas y luego se fundieran bajo la gravitación para convertirse en las estrellas en las que serían producidos los productos químicos básicos que eran los fundamentos de la vida?

Y nunca he perdido mi fascinación hacia la creación, se dijo a sí mismo O'Toole mientras aguardaba su audiencia papal. ¿Cómo ocurrió todo? ¿Cuál es el significado de la particular secuencia de acontecimientos? Recordó sus preguntas a los sacerdotes cuando adolescente. Probablemente decidí no ser sacerdote porque eso hubiera limitado mi libre acceso a la verdad científica. La Iglesia nunca se ha sentido tan cómoda como yo con las aparentes incompatibilidades entre Dios y Einstein.

Un sacerdote norteamericano del Departamento de Estado vaticano estaba aguardando en su hotel en Roma la tarde antes, cuando O'Toole regresó de su día como turista. El sacerdote se había presentado disculpándose profusamente por no haber respondido a la carta que el general O'Toole había escrito desde Boston en noviembre. Habría "facilitado el proceso", observó de pasada el sacerdote, si el general hubiera señalado en su carta que era el general O'Toole, el cosmonauta del Proyecto Newton. Sin embargo, prosiguió, se había podido arreglar la agenda papal, y el Santo Padre se sentiría encantado de recibir a O'Toole a la mañana siguiente.

Cuando la puerta de la oficina papal se abrió, el general norteamericano se puso instintivamente de pie. El sacerdote de la noche anterior entró en la habitación, con aspecto muy nervioso, y estrechó rápidamente la mano de O'Toole. Ambos miraron hacia la puerta donde el Papa, con su habitual sotana blanca, estaba concluyendo una conversación con un miembro de su personal. Juan Pablo V se dirigió hacia la antecámara, con una agradable sonrisa en su rostro, y tendió la mano hacia O'Toole. El cosmonauta se dejó caer automáticamente sobre una rodilla y besó el anillo papal.

—Santo Padre —murmuró, sorprendido ante el excitado golpear de su corazón en su pecho—, gracias por recibirme. Es realmente un gran honor para mí.

—Para mí también —respondió el Papa en un inglés con un ligero acento—. He estado siguiendo las actividades de usted y de sus colegas con gran interés.

Hizo un gesto hacia O'Toole, y el general norteamericano siguió al líder de la Iglesia a una gran oficina de alto techo. Un gran escritorio de madera oscura se alzaba a un lado de la estancia, bajo un retrato a tamaño natural de Juan Pablo IV, el hombre que se había convertido en papa durante los días más oscuros del Gran Caos y había proporcionado tanto al mundo como a la Iglesia veinte años de enérgico e inspirado liderazgo. El dotado venezolano, un erudito poeta e historiador por derecho propio, había demostrado al mundo, entre 2139 y 2158, la fuerza positiva que puede ser una Iglesia organizada en una época en la que virtualmente todas las demás instituciones se estaban derrumbando y, en consecuencia, eran incapaces de ofrecer ningún socorro a las desconcertadas masas.

El Papa se sentó en un diván e hizo un gesto a O'Toole para que tomara asiento a su lado. El sacerdote norteamericano abandonó la habitación. Frente a O'Toole y el Papa había grandes ventanas que se abrían a un balcón que dominaba los jardines del Vaticano, unos seis metros más abajo. En la distancia O'Toole pudo ver el museo del Vaticano, donde había pasado la tarde anterior.

—Escribió usted en su carta —dijo el Santo Padre, sin consultar ninguna nota— que había algunos "detalles teológicos" que desearía consultar conmigo. Supongo que de alguna manera se hallan relacionados con su misión.

O'Toole contempló al viejo hispano de setenta años que era el líder espiritual de mil millones de católicos. La piel del Papa era olivácea, sus rasgos afilados, su denso pelo negro ahora en su mayor parte gris. Sus ojos castaños eran suaves y claros. Ciertamente no pierde el tiempo, pensó O'Toole, recordando un artículo en una revista católica en el que uno de los principales cardenales en la administración del Vaticano había alabado a Juan Pablo V por la eficiencia de su dirección.

—Sí, Santo Padre —dijo O'Toole—. Como usted sabe, estoy a punto de embarcarme en un viaje del máximo significado para la humanidad. Como católico, tengo algunas preguntas que pensé que podría ser útil para mí discutir con usted. —Hizo una breve pausa. —Por supuesto, no espero que tenga usted todas las respuestas. Pero quizá pueda guiarme un poco con su sabiduría acumulada.

El Papa asintió y aguardó a que O'Toole continuara. El cosmonauta inspiró profundamente.

—El asunto de la redención es uno de los que me preocupan, aunque supongo que es sólo una parte de una preocupación mayor que tengo al intentar reconciliar a los ramanes con nuestra fe.

El entrecejo del Papa se frunció ligeramente, y O'Toole pudo darse cuenta de que no se estaba comunicando demasiado bien.

—No tengo ningún problema en absoluto —añadió el general como explicación— con el concepto de Dios creando a los ramanes, eso es fácil de comprender. Pero, ¿siguieron los ramanes un esquema similar en su evolución espiritual, y en consecuencia en su necesidad de ser redimidos en algún punto de su historia, como los seres humanos en la Tierra? Y, de ser así, ¿envió Dios a Jesús, o quizás a su equivalente ramano, para salvarlos de sus pecados? ¿Representan así los seres humanos un paradigma evolutivo que se ha repetido una y otra vez a través de todo el universo?

La sonrisa del Papa se amplió perceptiblemente.

—Buen Dios, general —dijo con humor—, se ha lanzado usted muy rápidamente a un enorme territorio intelectual. Debe de saber que no dispongo de respuestas rápidas a tan profundas preguntas. La Iglesia ha tenido a sus eruditos ocupándose de los problemas suscitados por Rama durante casi setenta años y, como puede usted esperar, nuestras investigaciones se han intensificado recientemente a causa del descubrimiento de la segunda nave.

—Pero, ¿qué es lo que cree personalmente Su Santidad? —insistió O'Toole—. ¿Cometieron las criaturas que construyeron esos dos increíbles vehículos espaciales algún pecado original, y necesitaron así un salvador en algún momento de su historia? ¿Es la historia de Jesús única para nosotros en la Tierra, o es simplemente un pequeño capítulo en un libro de longitud casi infinita que cubre a todos los seres sensibles y una exigencia general para la redención necesaria para alcanzar la salvación?

—No estoy seguro —respondió el Santo Padre tras varios segundos—. Algunas veces es casi imposible para mí sondear la existencia de otras inteligencias en ninguna forma fuera de aquí, en el resto del universo. Luego, tan pronto como admito que ciertamente éstas no deberían tener nuestro mismo aspecto, lucho con imágenes que desvían mi pensamiento del tipo de cuestiones teológicas que ha suscitado usted esta mañana. —Hizo una pausa por un momento, reflexionando. —Pero la mayor parte del tiempo imagino que los ramanes también tuvieron lecciones que aprender al principio, que Dios no los creó perfectos tampoco, y que en algún momento en su desarrollo Él tuvo que enviarles a Jesús...

El Papa se interrumpió y miró intensamente al general O'Toole.

—Sí —prosiguió suavemente—, he dicho Jesús. Usted me preguntó que creía personalmente. Para mí, Jesús es a la vez el auténtico salvador y el único hijo de Dios. Sería a él a quien Su Padre enviaría también a los ramanes, aunque fuera de una forma distinta.

El rostro de O'Toole se iluminó al final de la observación del pontífice.

—Estoy de acuerdo con usted, Santo Padre —dijo excitadamente—. Y, en consecuencia, toda inteligencia se halla unida, en todas partes del universo, por una experiencia espiritual similar. En un sentido muy, muy real, suponiendo que los ramanes y los otros hayan sido salvados también, todos somos hermanos. Al fin y al cabo, estamos hechos de los mismos productos químicos básicos. Eso significa que el Cielo no estará limitado sólo a los seres humanos, sino que abarcará a todos los seres de todas partes que han comprendido Su mensaje.

—Puedo ver adonde quiere llegar con esta conclusión —respondió Juan Pablo—. Pero ciertamente no es una conclusión que esté universalmente aceptada. Incluso dentro de la Iglesia hay quienes tienen otra visión completamente distinta de los ramanes.

—¿Se refiere usted al grupo que utiliza como apoyo citas de San Michele de Siena? El Papa asintió.

—Por lo que a mí respecta —dijo el general O'Toole—, encuentro su angosta interpretación homocéntrica del sermón de San Michele sobre los ramanes demasiado

limitada. Al decir que la nave espacial extraterrestre podía ser un heraldo, como Elías o incluso Isaías, que anunciaba la segunda venida de Cristo, Michele no estaba restringiendo a los ramanes a tener sólo ese papel en particular en nuestra historia y ninguna otra función o existencia; simplemente estaba explicando una posible visión del acontecimiento desde una perspectiva espiritual humana.

El Pontífice estaba sonriendo de nuevo.

—Puedo ver que ha consumido usted un tiempo y unas energías considerables pensando en todo esto. Las informaciones que tenía respecto a usted eran sólo parcialmente correctas. Su devoción hacia Dios, la Iglesia y su familia se hallaban claramente citadas en su dossier. Pero se mencionaba muy poco de su activo interés intelectual por la teología.

—Considero que esta misión es con mucho la más importante de mi vida. Quiero asegurarme de servir con propiedad tanto a Dios como a la humanidad. Así que estoy intentando prepararme de todas las formas posibles, incluido el descubrir si los ramanes pueden haber tenido o no un componente espiritual. Eso podría afectar mis acciones en la misión.

O'Toole hizo una pausa de unos breves segundos antes de continuar:

—Por cierto, Su Santidad, ¿han hallado sus investigadores alguna evidencia de una posible espiritualidad ramana, basada en sus análisis de la primera cita?

Juan Pablo V negó con la cabeza.

—En realidad no. No obstante, uno de mis más devotos arzobispos, un hombre cuyo celo religioso ensombrece a veces su lógica, insiste en que el orden estructural dentro de la primera nave ramana, ya sabe usted, las simetrías, esquemas geométricos, incluso los repetitivos dibujos redundantes basados en el número tres... todo ello sugiere un templo. Puede que tenga razón. Simplemente, no lo sabemos. No vemos ninguna prueba en ningún sentido acerca de la naturaleza espiritual de los seres que crearon esa primera nave espacial.

—¡Sorprendente! —exclamó el general O'Toole—. Nunca había pensado en eso antes. Imagine si realmente fue creada como alguna especie de templo. Eso haría tambalearse a David Brown. —El general se echó a reír. —El doctor Brown insiste —dijo como explicación— en que los pobres e ignorantes seres humanos no tendrán jamás ninguna posibilidad de determinar la finalidad de una nave así, porque la tecnología de sus constructores se halla tanto más allá de nuestra comprensión que siempre nos será imposible comprender nada de ella. Y, según él, por supuesto no puede existir ninguna religión ramana. En su opinión, tienen que haber abandonado esas tonterías

supersticiosas muchos eones antes de que desarrollaran la capacidad de construir una nave interestelar tan fabulosa.

—El doctor Brown es ateo, ¿verdad? —preguntó el Papa. O'Toole asintió.

—Total. Cree que todo pensamiento religioso entorpece el adecuado funcionamiento del cerebro. Considera a lodo el mundo que no esté de acuerdo con ese punto de vista un absoluto idiota.

—¿Y el resto del equipo? ¿Tienen opiniones tan intensas como la del doctor Brown al respecto?

—Él es el ateo más declarado, aunque sospecho que tanto Wakefield como Tabori y Turgeniev comparten sus actitudes básicas. Sorprendentemente, mi intuición me dice que el comandante Borzov tiene un lugar en su corazón para la religión. Lo cual ocurre con la mayor parte de los supervivientes del Gran Caos. De todos modos, Valeri parece disfrutar haciéndome preguntas acerca de mi fe.

El general O'Toole se detuvo por unos instantes mientras completaba mentalmente su repaso de las creencias religiosas del equipo Newton.

—Las mujeres europeas, des Jardins y Sabatini, son nominalmente católicas, aunque no pueden ser consideradas devotas ni siquiera forzando mucho la imaginación. El almirante Heilmann es luterano en Pascua y Navidad. Takagishi medita y estudia el zen. No sé nada sobre los otros dos.

El Pontífice se puso de pie y se dirigió a la ventana.

—En alguna parte ahí fuera un extraño y maravilloso vehículo espacial, creado por seres de otra estrella, se encamina hacia nosotros. Enviamos un equipo de doce hombres a una cita con él. —Se volvió hacia el general O'Toole. —Esa nave espacial puede ser un mensajero de Dios, pero probablemente sólo usted sea capaz de reconocerla como tal.

O'Toole no respondió. El Papa miró de nuevo por la ventana y permaneció inmóvil durante casi un minuto.

—No, hijo mío —dijo al final en voz baja, tanto para sí mismo como para el general O'Toole—. No tengo las respuestas a sus preguntas. Sólo Dios las tiene. Debe rezar para que Él le proporcione las respuestas cuando las necesite. —Se enfrentó al general. —Debo decirle que me siento— encantado de descubrir que está usted tan interesado por estos temas. Confío en que Dios lo haya seleccionado a propósito para esta misión.

El general O'Toole se dio cuenta de que la audiencia estaba llegando a su fin.

—Santo Padre —dijo—, gracias de nuevo por verme y compartir este tiempo conmigo. Me siento profundamente honrado.

Juan Pablo V sonrió y se acercó a su visitante. Lo abrazó a la manera europea y lo escoltó fuera de la estancia.

11 - San Michele de Siena

La salida de la estación del metro estaba frente a la entrada del Parque de la Paz Internacional. Mientras la escalera mecánica depositaba al general O'Toole en el nivel superior y salía a la luz de la tarde, pudo ver la cúpula del santuario a su derecha, a no más de doscientos metros de distancia. A su izquierda, al otro extremo del parque, la parte superior del antiguo Coliseo romano era visible detrás de un complejo de edificios administrativos.

El general norteamericano caminó vivamente hacia el parque y giró a la derecha por la calle que conducía al santuario. Pasó junto a una pequeña y encantadora fuente, parte de un monumento a los niños del mundo, y se detuvo para observar las figuras de las esculturas animadas que jugaban en el agua fría. O'Toole se sentía lleno de anticipación. Qué día increíble, pensó. Primero una audiencia con el Papa. Y ahora visito finalmente el santuario de San Michele.

Cuando Michele de Siena fue canonizado en 2188, cincuenta años después de su muerte (y, quizá más significativo, tres años después que Juan Pablo V fuera elegido como nuevo papa), se había producido un consenso inmediato acerca de que el lugar perfecto para situar un santuario importante en su honor sería el Parque de la Paz Internacional. El gran parque se extendía desde la piazza Venezia hasta el Coliseo, serpenteando por entre las pocas ruinas del viejo foro romano que de alguna forma habían sobrevivido al holocausto nuclear. Elegir el lugar exacto para el santuario fue un proceso delicado. El monumento conmemorativo a los Cinco Mártires, que honraba a esos valerosos hombres y mujeres dedicados al restablecimiento del orden en Roma durante los meses inmediatamente siguientes al desastre, fue la principal atracción del parque durante años. Existía una considerable sensación de que no debía permitirse que el nuevo santuario a San Michele de Siena ensombreciera el digno pentágono de mármol al aire libre que ocupaba la esquina sudoeste del parque desde 2155.

Tras muchas discusiones, se decidió que el santuario de San Michele fuera situado en la esquina opuesta, la noroeste, del parque, con sus cimientos simbólicamente centrados en el epicentro real de la explosión, a sólo diez metros del lugar donde se había alzado la columna trajana hasta que fue instantáneamente evaporada por el intenso calor en el

núcleo de la bola de fuego. La planta baja del santuario circular era enteramente para la meditación y la adoración. Había doce concavidades o capillas unidas a la nave central, seis con esculturas y obras de arte que seguían los motivos clásicos católicos romanos y las otras seis honrando cada una de las principales religiones del mundo. Esta ecléctica partición de la planta baja había sido diseñada a propósito para proporcionar aliento a los muchos no católicos que efectuaban peregrinajes al santuario para presentar sus respetos a la memoria del amado San Michele.

El general O'Toole no pasó mucho tiempo en el primer nivel. Se arrodilló y rezó una plegaria en la capilla de San Pedro, y contempló brevemente la famosa escultura de madera del Buda en el rincón al lado de la entrada, pero, como la mayor parte de los turistas, no pudo aguardar a ver los frescos del primer piso. Se sintió abrumado tanto por el tamaño como por la belleza de las famosas pinturas apenas salió del ascensor. Directamente frente a él había un retrato de tamaño natural de una encantadora muchacha de dieciocho años con largo pelo rubio. Estaba inclinada en una vieja iglesia de Siena la Nochebuena de 2115, depositando en el frío suelo un bebé de pelo rizado envuelto en una manta y metido en un cesto. Aquella pintura representaba la noche del nacimiento de San Michele, y era el primero de una secuencia de doce paneles de frescos que rodeaban completamente el santuario y contaban la historia de la vida del santo.

El general O'Toole se dirigió al pequeño quiosco al lado del ascensor y alquiló un cásete de recorrido de cuarenta y cinco minutos, sólo audio. El cásete, un cuadrado de diez centímetros, cabía fácilmente en el bolsillo de su chaqueta. Tomó uno de los diminutos receptores desechables y se lo metió en la oreja. Tras elegir el idioma inglés, pulsó el botón marcado "Introducción" y escuchó mientras una voz femenina británica explicaba lo que iba a ver.

—Cada uno de los doce frescos tiene seis metros de altura —dijo la mujer mientras el general estudiaba los rasgos de Michele bebé en el primer panel—. La iluminación de la sala es una combinación de luz natural procedente del exterior, que penetra a través de unas claraboyas filtrantes, y de iluminación artificial desde unas baterías electrónicas de luces situadas en la cúpula. Unos sensores automáticos determinan las condiciones ambientales y mezclan la luz natural con la artificial a fin de que la visión de los frescos sea siempre perfecta.

"Los doce paneles de este nivel se corresponden con las doce capillas del piso de abajo. La disposición de los propios frescos, que siguen la vida del santo por orden cronológico, está situada siguiendo la dirección de las manecillas del reloj. Así, la pintura final, que conmemora la ceremonia de canonización de San Michele en Roma en 2188, se

halla inmediatamente al lado de la pintura de su nacimiento en la catedral de Siena, setenta y dos años antes.

"Los frescos fueron diseñados y realizados por un equipo de cuatro artistas, incluido el maestro Feng Yi de China, que llegó repentinamente en la primavera de 2190 sin previo aviso. Pese al hecho de que se sabía muy poco de su habilidad fuera de China, los otros tres artistas, Rosa de Silva, de Portugal; Fernando López, de México y Hans Reichwein, de Suiza, dieron inmediatamente la bienvenida a Feng Yi a su equipo ante la fuerza de los soberbios bocetos que había traído consigo.

O'Toole miró la sala circular alrededor mientras escuchaba la lírica voz del cásete. En ese último día de 2199, había más de doscientas personas en el primer piso del santuario de San Michele, incluidos tres grupos turísticos. El cosmonauta norteamericano avanzó lentamente, deteniéndose delante de cada panel para estudiar la pintura y escuchar el parlamento del cásete.

Los principales acontecimientos de la vida de San Michele estaban reflejados con detalle en los frescos. El segundo, tercero, cuarto y quinto paneles reflejaban sus días como novicio franciscano en Siena, su recorrido de indagación por todo el mundo durante el Gran Caos, el inicio de su activismo religioso cuando regresó a Italia, y su utilización de los recursos de la Iglesia para alimentar a los hambrientos y albergar a los sin hogar. La sexta pintura mostraba al incansable santo dentro del estudio de televisión donado por un rico admirador norteamericano. Allá, Michele, que hablaba ocho idiomas, proclamó repetidamente su mensaje acerca de la unidad fundamental de toda la humanidad y la necesidad de que los ricos se ocuparan de los menos afortunados.

El séptimo fresco era el retrato de Feng Yi del enfrentamiento en Roma entre Michele y el viejo y agonizante Papa. Era una obra maestra del contraste. Utilizando el color y una brillante luz, la pintura reflejaba la imagen de un joven enérgico, vibrante y vital siendo erróneamente censurado por un ansioso prelado temeroso del mundo y ansioso de vivir sus últimos días en paz y tranquilidad. En la expresión del rostro de Michele podían verse dos reacciones claramente distintas a lo que se le estaba diciendo: obediencia al papado y disgusto ante una Iglesia que se preocupaba más del estilo y el orden que de la sustancia.

—Michele fue enviado por el Papa a un monasterio en la Toscana —prosiguió la guía audio—, y fue allí donde se produjeron las transformaciones finales de su carácter. El octavo panel refleja la aparición de Dios a Michele durante este período de soledad. Según el santo, Dios le habló dos veces, la primera en medio de una tormenta y la segunda cuando un magnífico arco iris llenó el cielo. Fue durante la larga y violenta

tormenta cuando Dios le gritó, entre el estallido de los truenos, las nuevas "Leyes de la Vida", que Michele proclamó más tarde en su servicio al amanecer de la Pascua de Resurrección en Bolsena. En su segunda visita, Dios informó al santo de que su mensaje sería difundido hasta los extremos del arco iris y que El "daría una señal a los fieles" durante la misa de Pascua.

"Ese famoso milagro de la vida de Michele, que fue presenciado por televisión por más de mil millones de personas, está reflejado en el noveno panel. La pintura presenta a Michele predicando en la misa de la Pascua de Resurrección a las multitudes reunidas en las orillas del lago Bolsena. Una fuerte lluvia de primavera empapa a la multitud, la mayor parte de la cual va vestida con las familiares túnicas azules que se han asociado con sus seguidores. Pero, mientras la lluvia cae en torno de San Michele, ni una gota cae sobre el púlpito o el equipo de sonido usado para amplificar su voz. Un perpetuo rayo de luz baña el rostro del joven santo mientras anuncia las nuevas leyes de Dios al mundo. Aquél fue el punto culminante en el paso a convertirse, de un simple líder religioso...

El general O'Toole cortó el cásete mientras se dirigía hacia la décima y la undécima pinturas. Estaba familiarizado con el resto de la historia. Tras la misa en Bolsena, Michele se vio asediado por un cúmulo de problemas. Su vida cambió bruscamente. Al cabo de un par de semanas, la mayor parte de sus licencias de televisión por cable fueron rescindidas. Historias de corrupción e inmoralidad entre sus jóvenes devotos, cuyo número había crecido a centenares de miles sólo en el mundo occidental, empezaron a aparecer constantemente en la prensa. Hubo un intento de asesinato, que fue frustrado en el último minuto por sus más íntimos colaboradores. Luego se produjeron también informes carentes de base en los medios de comunicación, según los cuales Michele se había proclamado el segundo Cristo.

Y así los líderes del mundo empezaron a temerle. Todos ellos. Eras una amenaza para todos con tus leyes de la vida. Y nunca comprendieron lo que tú pretendías con tu evolución definitiva. O'Toole se detuvo delante del décimo fresco. Era una escena que conocía de memoria. Casi cualquier persona instruida del mundo la reconocería al instante. El pase por televisión de los últimos segundos antes que estallara la bomba terrorista era repetido cada año el 28 de junio, el primer día de las festividades de San Pedro y San Pablo y el aniversario del día en Michele Balatresi y casi un millón más de personas perecieron en Roma una fatídica mañana de principios de verano de 2138.

Les habías pedido que acudieran a Roma a reunirse contigo. Para mostrarle al mundo que todos estabais unidos. Y ellos vinieron. La décima pintura mostraba a Michele con su túnica azul, de pie en la parte superior de la escalera del monumento a Víctor Manuel

cerca de la piazza Venezia. Estaba a mitad de un sermón. Alrededor, en todas direcciones, derramándose por todo el foro romano desde la atestada vía del Fori Imperiali que conducía hasta el Coliseo, no había más que un mar de azul. Y rostros. Ansiosos, excitados rostros, la mayoría jóvenes, con la vista alzada por entre los monumentos de la antigua ciudad para captar un atisbo del muchacho-hombre que se atrevía a sugerir que tenía un camino, el camino de Dios, para salir de la desesperación y la impotencia que habían engullido al mundo.

Michael Ryan O'Toole, un católico norteamericano de cincuenta y siete años de Boston, se dejó caer de rodillas y lloró, como otros miles antes que él, cuando miró el undécimo panel de la secuencia. Esa pintura mostraba la misma escena que el panel anterior, pero más de una hora más tarde, una hora después que la bomba de setenta y cinco kilotones oculta en un camión de sonido cerca de la columna trajana hubiera estallado y enviado su horrible nube en forma de hongo a los cielos encima de la ciudad. Todo en un radio de doscientos metros del epicentro había sido instantáneamente evaporado. Ya no existían ni Michele ni la piazza Venezia, ni el enorme monumento a Víctor Manuel. En el centro del fresco no había más que un agujero. Y en torno del perímetro de ese agujero, donde la evaporación no había sido tan completa, se reflejaban escenas de agonía y horror capaces de hacer pedazos la suficiencia incluso de los individuos más endurecidos.

Querido Dios, pensó el general O'Toole por entre sus lágrimas, ayúdame a comprender el mensaje de la vida de San Michele. Ayúdame a comprender cómo puedo contribuir, en cualquier forma, por pequeña que sea, a tu plan general para nosotros. Guíame mientras me preparo para ser tu emisario ante los ramanes.

12 - Ramanes y romanos

—Bien, ¿qué piensas? —Nicole des Jardins se puso de pie y se volvió lentamente frente a la cámara al lado del monitor. Llevaba un ajustado vestido blanco hecho con una de las nuevas telas elásticas. Le llegaba justo debajo de sus rodillas, y las mangas largas tenían una franja negra desde el hombro hasta la muñeca. El ancho cinturón negro azabache hacía juego tanto con la franja como con su pelo y sus zapatos de tacón alto. Llevaba el pelo recogido por una peineta en la parte de atrás de la cabeza y luego dejado caer libremente hasta casi la cintura. La única joya era un brazalete rígido de oro con tres hileras de pequeños diamantes en su muñeca izquierda.

—Estás espléndida, mamá —le respondió su hija Geneviève desde la pantalla—. Nunca te había visto vestida así y con el pelo suelto. ¿Qué le ha pasado a tu overol habitual? —La muchacha de catorce años sonrió.

—¿Y cuándo empieza la fiesta?

—A las nueve y media —respondió Nicole—. Una hora muy a la moda. Probablemente no se servirá la cena hasta una hora más tarde. Voy a comer algo en la habitación del hotel antes de salir para no morirme de hambre.

—Mamá, no olvides tu promesa. La semana pasada Aujourd' hui dijo que mi cantante favorito, Julien LeClerc, sería definitivamente una de las atracciones de la fiesta. ¡Tienes que decirle que tu hija piensa que es absolutamente divino!

Nicole le sonrió.

—Lo haré, querida. Aunque probablemente sea mal interpretada. Por lo que he oído, tu Monsieur LeClerc piensa que todas las mujeres del mundo están enamoradas de él. —Hizo una momentánea pausa.

—¿Dónde está tu abuelo? Pensé que habías dicho que se reuniría contigo en unos pocos minutos.

—Aquí estoy. —El rostro amistoso y surcado de arrugas del padre de Nicole apareció en la pantalla al lado de su nieta. —Estaba terminando una sección de mi novela sobre Pedro Abelardo. No esperaba que llamas tan pronto. —Pierre des Jardins tenía ahora sesenta y seis años. Durante muchos años había sido un conocido novelista histórico, pero desde la temprana muerte de su esposa se veía bendecido además con la fama y la fortuna. —¡Tienes un aspecto maravilloso! —exclamó, tras contemplar a su hija en su traje de noche—. ¿Has comprado este vestido en Roma?

—En realidad, papá —dijo Nicole, dando de nuevo una vuelta para que su padre pudiera verlo completamente—, lo compré para la boda de Françoise hace tres años. Pero, por supuesto, nunca tuve oportunidad de llevarlo. ¿No crees que es demasiado sencillo?

—En absoluto —respondió Pierre—. De hecho, creo que es perfecto para este tipo de ocasiones. Si es como las grandes fêtes a las que acostumbraba a asistir yo, en las que cada mujer se presentaba luciendo sus ropas más extravagantes y caras y llenas de joyas, te destacarás con tu "sencillo" blanco y negro. Particularmente con el pelo peinado así. Estás perfecta.

—Gracias —dijo Nicole—. Aunque sé que son tus prejuicios los que te hacen hablar así, me gusta oír tus cumplidos. —Miró a su padre y a su hija, sus únicos dos compañeros íntimos durante los últimos siete años. —En realidad, me siento sorprendentemente

ansiosa. No creo que esté tan nerviosa el día que nos encontremos con Rama. A menudo me siento fuera de mi elemento en las grandes fiestas como esta, y esta noche tengo una peculiar sensación de presentimiento que no puedo explicar. ¿Recuerdas, papá, la forma en que me sentí el día antes de que muriera nuestro perro cuando era niña?

El rostro de su padre se puso serio.

—Quizá será mejor que te quedes en el hotel. Demasiadas de tus premoniciones han resultado ser exactas en el pasado. Recuerdo que me dijiste que algo iba mal con tu madre dos días antes de que recibiéramos aquel mensaje...

—No es una sensación tan intensa —se apresuró a decir Nicole—. Y, además, ¿qué podría decir como excusa? Todo el mundo me espera, en especial la prensa, según Francesca Sabatini. Todavía está irritada conmigo porque me niego a sostener una entrevista personal con ella.

—Entonces supongo que debes ir. Pero intenta divertirme un poco. No te tomes las cosas demasiado en serio esta noche.

—Y recuerda decirle hola a Julien LeClerc por mí —añadió Geneviève.

—Los extrañaré a los dos cuando llegue la medianoche —dijo Nicole—. Será la primera vez que esté lejos de ustedes en la noche de fin de año desde 2149. —Nicole hizo una breve pausa, recordando sus celebraciones familiares todos juntos. —Ya saben que los quiero mucho.

—Yo también te quiero, mamá —exclamó Geneviève. Pierre hizo un saludo de despedida con la mano.

Nicole apagó el videófono y miró su reloj. Eran las ocho. Todavía tenía una hora antes de reunirse con su chofer en el vestíbulo. Fue al terminal de ordenador para pedir algo de comer. Con unas pocas órdenes encargó un bol de minestrone y una botella pequeña de agua mineral. El monitor del ordenador le respondió que recibiría ambas cosas dentro de unos dieciséis a diecinueve minutos.

Realmente estoy muy tensa esta noche, pensó mientras hojeaba la revista Italia y aguardaba la comida. El artículo principal era una entrevista con Francesca Sabatini. El artículo llenaba diez páginas enteras, y mostraba como unas veinte fotografías distintas de la bella signora. El entrevistador hablaba con Francesca acerca de sus dos proyectos de documentales de gran éxito (el primero sobre el amor moderno y el segundo sobre las drogas), observando, en medio de algunas preguntas acerca de la serie sobre fármacos y drogas, el hecho de que Francesca fumaba repetidamente cigarrillos durante la conversación.

Nicole hojeó apresuradamente el artículo, observando mientras leía aquí y allá que había en Francesca facetas que nunca había tomado en consideración. Pero, ¿qué la motiva?, se preguntó. ¿Qué es lo que desea? Ya casi al final de la entrevista, el entrevistador le preguntaba a Francesca su opinión sobre las otras dos mujeres del equipo Newton.

—Tengo la sensación de que en realidad soy la única mujer en la misión —respondía Francesca. Nicole se detuvo a leer el resto del párrafo. —La piloto rusa Turgeniev piensa y actúa como un hombre, y la princesa francoafricana Nicole des Jardins ha reprimido voluntariamente su femineidad, lo cual es muy triste, porque hubiera podido ser una mujer encantadora.

Nicole sólo se sintió ligeramente irritada por el atrevido comentario de Francesca. Más bien se sintió divertida. Notó una breve oleada competitiva en su interior, pero luego se regañó a sí misma por aquella reacción infantil. Le hablaré a Francesca de este artículo en su momento adecuado, pensó con una sonrisa. ¿Quién sabe? Quizás incluso le pregunte si seducir a hombres casados la califica a ella como femenina.

Los cuarenta minutos de camino desde el hotel hasta la fiesta en la Villa Adriani, localizada en las afueras de los suburbios romanos, no lejos del complejo turístico del Tívoli, transcurrieron en un silencio total. El otro pasajero en el coche de Nicole era Hiro Yamanaka, el más taciturno de todos los cosmonautas. En su entrevista para la televisión dos meses antes con Yamanaka, una frustrada Francesca Sabatini, tras diez minutos de respuestas monosilábicas o de dos y tres palabras a todas sus preguntas, le había preguntado a Hiro si eran ciertos los rumores de que él era un androide.

—¿Qué? —inquirió Hiro Yamanaka.

—¿Es usted un androide? —repitió Francesca con una maligna sonrisa.

—No —respondió el piloto japonés, y sus rasgos permanecieron absolutamente inexpresivos mientras la cámara trazaba un zoom sobre su rostro.

Cuando el coche salió de la carretera principal entre Roma y Tívoli para recorrer el último kilómetro hasta la Villa Adriani, el tráfico se volvió congestionado. El avance fue muy lento, no sólo debido a los muchos coches que llevaban gente a la fiesta, sino también por los centenares de curiosos y paparazzi que se alineaban a lo largo de la estrecha carretera.

Nicole inspiró profundamente cuando el automóvil entró finalmente en un camino circular y se detuvo. Al otro lado de sus ventanillas coloreadas pudo ver una nube de fotógrafos y periodistas, preparados para saltar sobre cualquiera que saliese del coche.

La portezuela se abrió automáticamente y ella salió lentamente, envuelta en su abrigo de gamuza negra y cuidando de no torcerse los tacones.

—¿Quién es ésa? —oyó preguntar a una voz.

—Franco, aquí, rápido... es la cosmonauta des Jardins.

Hubo una dispersión de aplausos y el flash de muchas cámaras. Un caballero italiano de aspecto agradable avanzó y tomó a Nicole de la mano. La gente se apiñó alrededor, varios micrófonos fueron colocados delante de su rostro, y pareció como si le lanzaran un centenar de preguntas y peticiones simultáneas en cuatro o cinco idiomas distintos.

—¿Por qué ha rechazado usted todas las entrevistas personales?

—Por favor, ábrase el abrigo para que podamos ver su traje.

—¿La respetan los demás cosmonautas como médico?

—Un momento. Por favor sonría.

—¿Cuál es su opinión acerca de Francesca Sabatini?

Nicole no dijo nada mientras los hombres de seguridad hacían retroceder a la multitud y la conducían hasta un cochecito eléctrico con toldo. El cochecito, con capacidad para cuatro pasajeros, subió lentamente una larga y suave colina, dejando a la multitud atrás, mientras una agradable mujer italiana de unos veinticinco años explicaba en inglés a Nicole e Hiro Yamanaka lo que veían alrededor. Adriano, que había gobernado el Imperio Romano entre los años 117 y 138 a.C., había construido aquella inmensa villa para su propio placer, les informó. Aquella obra maestra de la arquitectura representaba una mezcla de todos los estilos de edificación que Adriano había visto en sus muchos viajes a las distantes provincias del Imperio, y había sido diseñada por el propio Emperador sobre ciento veinte hectáreas de llanura a los pies de las colinas tiburtinas.

El cochecito pasó junto al antiguo grupo de edificios que, al parecer, formaban parte integrante de las festividades de la velada. Las iluminadas ruinas reflejaban sólo una vaga sugerencia de su anterior gloria, puesto que en su mayor parte los techos habían desaparecido, las estatuas decorativas habían sido todas retiradas, y los ásperos muros de piedra estaban desprovistos de todo adorno. Pero cuando el cochecito pasó junto a las ruinas del Canope, un monumento edificado en torno de una piscina rectangular al estilo egipcio (había quince o dieciséis edificios en el complejo, Nicole había perdido la cuenta), surgió en forma definitiva una sensación general de la enorme extensión de la villa.

Este hombre murió hace más de dos mil años, pensó Nicole, recordando la historia. Uno de los hombres más inteligentes que jamás viviera. Soldado, administrador, lingüista. Sonrió cuando recordó la historia de Antínoo. Solitario la mayor parte de su vida. Excepto una breve y consumidora pasión que terminó en tragedia.

El cochecito se detuvo al final de un corto camino. La guía terminó su monólogo.

—Para honrar la gran Pax Romana, una extensa época de paz mundial hace dos milenios, el gobierno italiano, ayudado por generosas donaciones de las corporaciones relacionadas bajo la estatua que ven ahí a su derecha, decidió en 2189 construir una perfecta réplica del Teatro Marítimo de Adriano. Tal vez recuerden que pasamos junto a las ruinas del original al inicio del camino. La meta del proyecto de reconstrucción era mostrar lo que podía ser el visitar una parte de esta villa durante la vida del Emperador. El edificio fue terminado en 2193, y desde entonces ha sido utilizado para acontecimientos oficiales.

Los invitados eran recibidos por jóvenes italianos formalmente vestidos, uniformemente altos y apuestos, que los escoltaban a lo largo del camino hasta y a través del Salón de los Filósofos y, finalmente, al Teatro Marítimo. Allá había una breve comprobación de seguridad en la auténtica entrada, y luego los invitados eran libres de vagabundear como les pareciera.

Nicole se sintió encantada con el edificio. Su forma era básicamente circular, de unos cuarenta metros de diámetro. Un anillo de agua separaba una isla interior, sobre la que se levantaba una amplia casa con cinco habitaciones y un patio de respetable tamaño, desde el amplio pórtico con sus columnas acanaladas. No había techo encima del agua en la parte interior del pórtico, y el cielo abierto daba a todo el teatro una maravillosa sensación de libertad. Los invitados se mezclaban, hablaban y bebían en torno del edificio; sofisticados camareros robot rodaban de un lado para el otro llevando grandes bandejas de champagne, vino y otras bebidas alcohólicas. A través de los dos pequeños puentes que conectaban la isla con su casa y patio al pórtico y al resto del edificio, Nicole pudo ver una docena de personas, todas vestidas de blanco, preparando el bufé.

Una robusta mujer rubia y su diminuto y jocosos marido, un hombre calvo con anteojos pasados de moda, se acercaron rápidamente a Nicole desde unos diez metros de distancia. Nicole se preparó para el inminente asalto dando un pequeño sorbo al cóctel de champagne y casis que le había sido entregado por un extrañamente insistente robot unos pocos minutos antes.

—Oh, Madame des Jardins —dijo el hombre, agitando la mano hacia ella y cortándole cualquier huida con gran rapidez—. Tenemos que hablar con usted. Mi esposa es una de sus mayores fans. —Se situó al lado de Nicole e hizo un gesto hacia su esposa. —Ven, Cecilia —gritó—. Ya la tengo.

Nicole inspiró profundamente y forzó una amplia sonrisa. Va a ser una de esas veladas, se dijo.

Al fin, pensó Nicole, quizá disponga de unos pocos minutos de paz y tranquilidad. Estaba sentada a solas, con la espalda deliberadamente vuelta hacia la puerta, ante una mesita pequeña en un rincón. La habitación se hallaba en la parte de atrás de la casa, en el centro del Teatro Marítimo. Nicole terminó los últimos bocados de su comida y los ayudó a bajar con un poco de vino.

Suspiró, intentando sin éxito recordar incluso la mitad de la gente con la que se había encontrado durante la última media hora. Se había convertido en una especie de apreciada fotografía, pasada de mano en mano y alabada por todo el mundo. Había sido abrazada, besada, pellizcada, niñeada (tanto por hombres como por mujeres), e incluso un rico naviero sueco le había hecho proposiciones, invitándola a pasar unos días en su "castillo" de las afueras de Goteborg. Nicole apenas había dicho una palabra a alguno de ellos. Le dolía el rostro de mantener una educada sonrisa, y estaba un poco mareada por el vino y los cócteles de champagne.

—Bueno, al menos estoy vivo y respiro —oyó a sus espaldas una voz familiar—. Creo que la dama de traje blanco no es otra que mi compañera cosmonauta, la princesa de hielo en persona, Madame Nicole des Jardins. —Nicole se volvió y vio a Richard Wakefield que avanzaba tambaleante hacia ella. Chocó contra una mesa, consiguió estabilizarse con ayuda de una silla, y casi cayó sobre su regazo. —Lo siento —sonrió, consiguiendo sentarse a su lado—. Me temo que he bebido demasiado gin-tonic. —Dio un largo trago del vaso que milagrosamente había conservado sin derramarlo en su mano derecha. —Y ahora —dijo con un guiño—, si no le importa, voy a cabecear antes del espectáculo de los delfines.

Nicole se echó a reír cuando la cabeza de Richard golpeó contra la mesa de madera con un ruido sordo y fingió inconsciencia. Al cabo de un momento, se inclinó sobre el y tiró hacia arriba de uno de sus párpados.

—Si no le importa, camarada, no puede sumirse en la inconsciencia antes de explicarme qué es eso del espectáculo de los delfines.

Richard se sentó erguido con un gran esfuerzo y empezó a hacer girar los ojos.

—¿Quiere decir que no lo sabe? ¿Usted, que siempre sabe todos los programas y todos los procedimientos? Eso es imposible. Nicole terminó su vino.

—En serio, Wakefield. ¿De qué está hablando? Richard abrió una de las pequeñas ventanas y metió un brazo por ella, señalando hacia la piscina de agua que rodeaba la casa.

—El gran doctor Luigi Bardolini está aquí con sus delfines inteligentes. Francesca va a presentarlo dentro de unos quince minutos. —Miró a Nicole con loco abandono. —El doctor Bardolini —exclamó— va a demostrar, aquí y esta noche, que sus delfines pueden superar los exámenes de entrada en la universidad.

Nicole se echó hacia atrás y miró cautelosamente a su colega. Está realmente borracho, pensó. Quizá se sienta tan fuera de lugar como yo.

Richard estaba mirando ahora intensamente por la ventana.

—Esta fiesta es realmente un zoo, ¿no? —dijo Nicole tras un largo silencio—. ¿Dónde han encontrado...?

—Eso es —la interrumpió bruscamente Wakefield, dándole a la mesa un triunfal puñetazo—. Por eso este lugar me ha parecido familiar desde el momento en que entré en él. —Miró a Nicole, que lo observaba como si hubiera perdido la razón. —Es una Rama en miniatura, ¿no lo ve? —Se puso de pie de un salto, incapaz de contener su felicidad ante su descubrimiento. —El agua que rodea esta casa es el Mar Cilíndrico, los pórticos representan la Planicie Central, y nosotros, encantadora dama, estamos sentados en la ciudad de Nueva York.

Nicole empezaba a comprender, pero no podía mantenerse a la altura de los pensamientos de Richard Wakefield.

—¿Y qué prueba esa similitud de diseño? —conjeturó él en voz alta—. ¿Qué significa que los arquitectos humanos de hace dos mil años construyeran un teatro con algunos de los mismos principios guía de diseño que los utilizados en la nave ramaña? ¿Similitud de naturaleza? ¿Similitud de cultura? Absolutamente no.

Se detuvo, sin darse cuenta de que Nicole lo miraba con fijeza.

—Matemáticas —dijo enfáticamente. Una expresión interrogativa le dijo que ella seguía sin acabar de comprenderlo. —Matemáticas —repitió, sorprendentemente lúcido de pronto—. Ésa es la clave. Casi con toda seguridad los ramaños no eran como nosotros, y evidentemente evolucionaron en un mundo muy distinto de la Tierra. Pero debían comprender las mismas matemáticas que los romanos.

Su rostro se iluminó.

—Ja —exclamó de nuevo, haciendo que Nicole se sobresaltara. Parecía complacido consigo mismo. —Ramaños y romanos. De eso se trata esta noche. Y de un cierto nivel de desarrollo entre este Homo sapiens de los tiempos modernos.

Nicole sacudió la cabeza mientras Richard exultaba de alegría ante su ingenio.

—¿Lo comprende, mi encantadora dama? —dijo él, extendiendo la mano para ayudarla a levantarse de su silla—. Entonces quizás usted y yo debamos ir a ver el espectáculo de

los delfines, y yo le hablaré a usted de los ramanes aquí y de los romanos allí, de calabazas y de reyes, de esto y de aquello y de la cera para lacres, y de si los cerdos tienen alas.

13 - Feliz Año Nuevo

Después que todo el mundo hubo terminado de comer y todas las bandejas fueron retiradas, Francesca Sabatini apareció en el centro del patio con un micrófono y pasó diez minutos dándoles las gracias a los patrocinadores de la fiesta. Luego presentó al doctor Luigi Bardolini, sugiriendo que las técnicas en las que era pionero para comunicarse con los delfines podían ser extremadamente útiles cuando los humanos intentaran hablar con los extraterrestres.

Richard Wakefield había desaparecido justo antes que Francesca empezara a hablar, ostensiblemente en busca de los baños y para conseguir algo más de beber. Nicole lo vio brevemente cinco minutos más tarde, inmediatamente después que Francesca terminara con su introducción. Estaba rodeado por un par de pechugonas actrices italianas, que festejaban sus chistes a carcajadas. Le hizo una seña a Nicole con la mano y le guiñó un ojo, señalando a las dos mujeres como si sus acciones se explicaran por sí mismas.

Bien por ti, Richard, pensó Nicole, sonriendo para sí misma. Al menos uno de nosotros, inadaptados sociales, lo está pasando bien. Luego observó a Francesca cruzar graciosamente el puente y empezar a situar a la multitud un poco más lejos del agua para que Bardolini y sus delfines pudieran tener todo el espacio que necesitaban. Francesca lucía un ajustado vestido negro, que dejaba uno de sus hombros desnudo, con un estallido estelar de lentejuelas en la parte delantera. Llevaba un pañuelo dorado anudado en la cintura. Su largo pelo rubio estaba trenzado y sujeto como una corona sobre su cabeza.

Realmente perteneces a este lugar, pensó Nicole, admirando pensativamente la facilidad de Francesca para moverse entre grandes multitudes. El doctor Bardolini empezó la primera parte de su espectáculo con los delfines, y Nicole dirigió su atención a la piscina circular. Luigi Bardolini era uno de esos científicos controvertidos cuyo trabajo es brillante pero nunca tan excepcional como él mismo desea que los otros crean. Era cierto que había desarrollado una forma única de comunicarse con los delfines y había aislado e identificado los sonidos de treinta o cuarenta verbos de acción en su portafolio de chillidos. Pero no era cierto, como él afirmaba muy a menudo, que dos de sus delfines

podieran superar el examen de ingreso en la universidad. Desgraciadamente, por la forma en que funcionaba la comunidad científica internacional del siglo XXII, si las más atrevidas o avanzadas teorías no podían ser sustentadas, o eran expuestas al ridículo, entonces todos los demás descubrimientos, no importaba lo sólidos que fueran, eran despreciados también. Este comportamiento había inducido un conservadurismo endémico en la ciencia que no era en absoluto sano.

Al contrario que la mayoría de los científicos, Bardolini era un brillante showman. En la última parte de su espectáculo hizo que sus dos delfines más famosos, Emilio y Emilia, pasaran un test de inteligencia en una competición a tiempo real contra dos de los guías de la villa, un hombre y una mujer, seleccionados al azar aquella misma noche. La construcción del test competitivo era seductoramente simple. En dos de las cuatro grandes pantallas electrónicas (un par de pantallas estaban en el agua y el otro par en el patio), era mostrada una matriz de tres por tres con un blanco en la esquina inferior derecha. Los otros ocho elementos eran llenados con distintos dibujos y formas. Se suponía que los delfines y los humanos que participaban en el test discernían los cambiantes esquemas que se movían de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo en la matriz, y luego elegían correctamente, de un conjunto de ocho candidatos mostrados en la segunda pantalla, el elemento que debía ser situado en la esquina inferior derecha en blanco. Los competidores tenían un minuto para hacer su elección en cada problema. Los delfines en el agua, como los humanos en tierra encima de ellos, disponían de un panel de control con ocho botones que podían apretar (los delfines utilizaban sus hocicos) para indicar su selección.

Los primeros problemas eran sencillos, tanto para los humanos como para los delfines. En la primera matriz, había una sola esfera blanca en la esquina superior izquierda, dos esferas blancas en la segunda columna de la primera hilera, y tres esferas blancas en el elemento de la matriz correspondiente a la fila uno y la columna tres. Puesto que el primer elemento de la segunda hilera era también una sola esfera, medio blanca y medio negra, y puesto que el elemento inicial de la tercera fila era otra esfera sola, ésta completamente negra, era fácil leer rápidamente toda la matriz y determinar que lo que correspondía a la esquina inferior derecha en blanco era tres esferas negras.

Los problemas siguientes ya no eran tan fáciles. En cada rompecabezas sucesivo eran añadidas más complicaciones. Los humanos cometieron su primer error en la octava matriz, los delfines en la novena. En total el doctor Bardolini exhibió dieciséis matrices, la última tan complicada que al menos había que reconocer adecuadamente diez esquemas de cambio distintos para identificar el último elemento que debía ser entrado. La

puntuación final fue un empate, Humanos 12, Delfines 12. Ambas parejas hicieron una inclinación de cabeza, y la audiencia aplaudió.

Nicole consideró el ejercicio fascinante. No estaba segura de creer en la afirmación del doctor Bardolini de que la competición era honesta y no ensayada, pero eso no le importaba. Lo que consideraba interesante era la naturaleza en sí de la competición, la idea de que la inteligencia podía ser definida en términos de la habilidad de identificar esquemas y tendencias. ¿Existe alguna forma en la que pueda ser medida una síntesis?, pensó. En los niños. O incluso, incidentalmente, en los adultos.

Nicole había participado en el test junto con los humanos y los delfines y había respondido correctamente las primeras trece pruebas, fallando en la catorce a causa de una descuidada suposición, y apenas terminando la quince con la respuesta correcta antes de que sonara el zumbador que indicaba el final del tiempo concedido. No tuvo ni idea de por dónde empezar en la dieciséis. ¿Y qué pasa con ustedes, ramanes?, se estaba preguntando cuando Francesca regresó al micrófono para presentar al ídolo de Geneviève, Julien LeClerc. ¿Hubieran sido capaces de responder correctamente a todas las dieciséis pruebas en una décima del tiempo concedido? ¿Una centésima? Tragó saliva cuando se dio cuenta de todo el abanico de posibilidades. ¿O quizás incluso una millonésima?

"Nunca había vivido hasta que te encontré... Nunca había amado hasta que te vi..." La suave melodía de la vieja grabación nadó en la memoria de Nicole y trajo de vuelta una imagen de hacía quince años, de otro baile con otro hombre cuando ella aún creía que el amor podía conquistarlo todo. Julien LeClerc interpretó mal sus señales corporales y la atrajo más hacia sí. Nicole decidió no luchar contra ello. Se sentía ya muy cansada y, a decir verdad, se sentía bien siendo abrazada estrechamente por un hombre por primera vez en varios años.

Había cumplido su trato con Geneviève. Cuando Monsieur LeClerc terminó su corto recital de canciones, Nicole se acercó al cantante francés y le dio el mensaje de su hija. Como había anticipado, él interpretó que aquello significaba algo completamente distinto. Habían seguido hablando mientras Francesca anunciaba a los participantes en la fiesta que no habría más diversiones formales hasta pasada la medianoche y que todos los invitados eran libres de beber o comer o bailar al compás de la música grabada hasta entonces. Julien le ofreció su brazo a Nicole, y los dos regresaron al pórtico, donde habían estado bailando desde entonces.

Julien era un hombre apuesto, recién cumplidos los treinta, pero no era realmente el tipo de Nicole. En primer lugar, era demasiado vanidoso para ella. Hablaba todo el tiempo de sí mismo, y no prestaba ninguna atención cuando la conversación derivaba hacia otros temas. Aunque era un buen cantante, no tenía ninguna otra característica particularmente relevante. Pero, razonó Nicole mientras seguían bailando y eso atraía las miradas de los demás invitados, es bueno como bailarín también, no me ha pisado ni una sola vez.

En una pausa en la música, Francesca acudió a hablar con ella.

—Muy bien por usted, Nicole —dijo, y su franca sonrisa parecía genuina—. Me alegra ver que se divierte. —Le ofreció una pequeña bandeja con media docena de oscuras bolas de chocolate ligeramente espolvoreadas de blanco, posiblemente azúcar en polvo. —Pruébelas, son fantásticas —dijo—. Las hice especialmente para el equipo Newton.

Nicole tomó una de las golosinas y se la metió en la boca. Era deliciosa.

—Ahora tengo que pedirle un favor —prosiguió Francesca tras unos breves segundos—. Puesto que nunca he conseguido programar una entrevista personal con usted, y puesto que nuestro correo indica que hay millones de personas ahí fuera a las que les gustaría saber algo más sobre usted, ¿cree que podríamos ir unos momentos a nuestro estudio aquí y concederme diez o incluso cinco minutos antes de medianoche?

Nicole miró intensamente a Francesca. Una voz dentro de ella le estaba lanzando una advertencia, pero su mente, de algún modo, embarullaba el mensaje.

—Estoy de acuerdo con ello —dijo Julien LeClerc mientras las dos mujeres se miraban—. La prensa siempre habla de la "misteriosa dama cosmonauta", o se refiere a usted como "la princesa de hielo". Muéstreles lo que me ha mostrado a mí esta noche, que es usted una mujer normal y sana como todas las demás.

¿Por qué no?, decidió finalmente Nicole, ahogando su voz interior. Al menos, haciéndolo aquí, no implicaré ni a papá ni a Geneviève.

Habían empezado a caminar hacia el estudio provisional al otro lado del pórtico cuando Nicole vio a Shigeru Takagishi al otro lado de la habitación. Estaba apoyado contra una columna y hablaba con un trío de hombres de negocios japoneses vestidos formalmente como tales.

—Disculpen un momento —dijo Nicole a sus compañeros—. Vuelvo enseguida.

Se dirigió hacia allá.

—Tanoshii shinnen, Takagishi-san —saludó Nicole. El científico japonés se volvió, sobresaltado al principio, y sonrió cuando vio que era ella. Tras presentar formalmente a Nicole a sus asociados, y las corteses inclinaciones de saludo y reconocimiento, Takagishi inició una educada conversación.

—O genki desu ka? —preguntó.

—O kage sama de —respondió ella. Se inclinó hacia su colega japonés y le susurró al oído: —Sólo tengo un minuto. Deseaba decirle que he examinado atentamente todo su historial, y que estoy completamente de acuerdo con su médico personal. No hay ninguna razón para decir nada acerca de su anomalía cardíaca al comité médico.

Pareció como si el doctor Takagishi acabara de recibir la noticia de que su esposa había dado a luz un niño perfectamente sano. Empezó a decir algo personal a Nicole, pero recordó que estaba en medio de un grupo de sus compatriotas.

—Domó arigató gozaimasu —dijo a Nicole cuando ésta se retiraba ya, y sus cálidos ojos reflejaron la profundidad de su agradecimiento.

Nicole se sintió maravillosamente cuando entró casi bailando en el estudio, entre Francesca y Julien LeClerc. Posó voluntariamente para los fotógrafos mientras la signora Sabatini se aseguraba de que todo el equipo de televisión funcionaba correctamente para la entrevista. Bebió un poco más de champagne y cassis, hablando intermitentemente con Julien. Finalmente ocupó una silla al lado de Francesca bajo los potentes focos. Es estupendo, no dejaba de pensar mientras recordaba su breve conversación con Takagishi, poder ayudar a un hombre tan brillante como él.

La primera pregunta de Francesca fue bastante inocente. Quiso saber si Nicole se sentía excitada acerca del próximo lanzamiento.

—Por supuesto —respondió Nicole. Luego dio un breve resumen de los ejercicios de entrenamiento que el equipo de cosmonautas había seguido mientras aguardaban el momento de la cita con Rama II. Toda la entrevista fue realizada en inglés. Las preguntas fluyeron en un esquema ordenado. Francesca le pidió a Nicole que describiera su papel en la misión, lo que esperaba descubrir ("Realmente no lo sé, pero, sea lo que fuere, lo que descubramos será extremadamente interesante"), y cómo había llegado a la Academia del Espacio. Tras unos cinco minutos, Nicole se sentía tranquila y muy cómoda; tenía la impresión de que ella y Francesca habían entrado en un ritmo complementario.

Entonces Francesca formuló tres preguntas personales, una sobre su padre, una segunda sobre la madre de Nicole y la tribu senoufo en Costa de Marfil, y la tercera acerca de su vida con Geneviève. Ninguna de las tres fue difícil de contestar. De modo que Nicole se halló completamente desprevenida para la última pregunta de Francesca.

—Es evidente por las fotografías de su hija que su piel es considerablemente más clara que la de usted —dijo Francesca, en el mismo tono y actitud que había utilizado para todas las demás preguntas—. El color de la piel de Geneviève sugiere que su padre es probablemente blanco. ¿Quién es el padre de su hija?

Nicole sintió que su corazón se aceleraba cuando oyó la pregunta.

Luego el tiempo pareció congelarse. Un sorprendente flujo de poderosas emociones la abrumó, y temió echarse a llorar. Una brillante y cálida imagen de dos cuerpos abrazados reflejados en un amplio espejo estalló en su mente y la hizo jadear. Se miró momentáneamente los pies, intentando recobrar su compostura.

Maldita mujer estúpida, se dijo a sí misma mientras luchaba por aplacar la combinación de furia y dolor y amor recordado que se había estrellado sobre ella como una fuerte ola. Hubieras debido esperarlo. De nuevo la amenaza de las lágrimas, y luchó contra ellas. Alzó la vista hacia las luces y Francesca. Las lentejuelas doradas de la parte delantera del vestido de la periodista italiana se habían agrupado formando un dibujo, o así le pareció a Nicole. Vio una cabeza en las lentejuelas, la cabeza de un gran felino, de ojos brillantes y boca llena de agudos dientes recién entreabierta.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, Nicole tuvo la sensación de que sus emociones estaban de nuevo bajo control. Miró furiosamente a Francesca.

—Non voglio parlare di quello —dijo tranquilamente en italiano—. Abbiamo terminato questa intervista. —Se puso de pie, se dio cuenta de que estaba temblando, y se sentó de nuevo. Las cámaras seguían rodando. Inspiró profundamente durante varios segundos. Finalmente, se puso de pie de nuevo y salió del estudio temporal.

Sintió deseos de huir, de echar a correr lejos de todo, de ir a alguna parte donde pudiera estar a solas con sus sentimientos íntimos. Pero era imposible. Julien la sujetó apenas salía de la entrevista.

—¡Qué maldita puta! —exclamó, agitando un dedo acusador en dirección a Francesca. Había gente alrededor de Nicole. Todos estaban hablando al mismo tiempo. Tenía problemas en enfocar sus ojos y oídos en medio de toda la confusión.

En la distancia Nicole oyó música y la reconoció vagamente, pero la canción estaba ya más de la mitad antes de que se diera cuenta de que se trataba de Auld Lang Syne. Julien tenía el brazo sobre su hombro y estaba cantando ardientemente. También dirigía al grupo de veinte personas o más que se había congregado alrededor para cantar todos juntos las últimas estrofas. Nicole moduló mecánicamente las últimas palabras e intentó mantener el equilibrio. De pronto un húmedo par de labios se posó sobre los suyos y una activa lengua intentó abrirse camino en su boca. Julien la estaba besando febrilmente, los fotógrafos estaban tomando instantáneas alrededor, había una increíble cantidad de ruido. La cabeza de Nicole empezó a dar vueltas y tuvo la impresión de que iba a desmayarse. Luchó contra todo ello, finalmente consiguió arrancarse de los brazos de Julien.

Retrocedió tambaleante unos pasos y chocó contra un furioso Reggie Wilson. Éste la apartó a un lado en su prisa por agarrar a una pareja que compartía un profundo beso de Año Nuevo a la luz de los flashes. Nicole lo miró desinteresadamente, como si se hallara en un cine, o incluso en uno de sus propios sueños. Reggie apartó a la pareja y alzó el brazo derecho como si fuera a golpear al otro hombre. Francesca Sabatini la contuvo mientras un confuso David Brown se apartaba de su abrazo.

—Mantén tus manos lejos de ella, maldito bastardo —gritó Reggie, aún amenazando al científico norteamericano—. Y no pienses ni por un minuto que no sé lo que estás haciendo. —Nicole no podía creer lo que estaba viendo. Nada tenía ya ningún sentido. Al cabo de unos segundos la habitación estaba llena de guardias de seguridad.

Nicole fue una de las muchas personas sacadas sumariamente del lugar mientras se restablecía de nuevo el orden. Mientras abandonaba la zona del estudio pasó junto a Elaine Brown, sentada a solas en el pórtico con la espalda apoyada contra una columna. Nicole había conocido a Elaine y había disfrutado de su compañía cuando había ido a Dallas a hablar con el médico de familia de David Brown acerca de sus alergias. En este momento Elaine estaba obviamente borracha y sin ningún humor para hablar con nadie.

—Mierda —la oyó murmurar Nicole—. Nunca hubiera debido mostrarle los resultados hasta después de que yo misma los hubiera publicado. Entonces todo habría sido distinto.

Nicole abandonó la gala tan pronto como consiguió arreglar su transporte de vuelta a Roma. Francesca, increíblemente, intentó escoltarla hasta la limusina como si no hubiera ocurrido nada. Nicole rechazó secamente la oferta de su compañera cosmonauta y salió sola.

Empezó a nevar durante el viaje de vuelta al hotel. Nicole se concentró en los copos que caían y finalmente fue capaz de despejar lo suficientemente su cabeza como para evaluar la velada. De una cosa estaba completamente segura. Había habido algo no habitual y muy poderoso en aquella bola de chocolate que había comido. Nicole nunca había estado antes tan cerca de perder completamente el control de sus emociones. Quizá le dio una a Wilson también, pensó. Y eso explica parcialmente su explosión. Pero, ¿por qué?, se preguntó de nuevo. ¿Qué es lo que intenta conseguir?

De vuelta en el hotel, se preparó rápidamente para meterse en la cama. Pero justo cuando iba a apagar las luces creyó oír un suave llamada a la puerta. Se detuvo y escuchó, pero no hubo ningún sonido durante varios segundos. Ya casi había decidido que sus oídos le habían jugado un truco cuando oyó la llamada de nuevo. Se puso la bata del hotel y se acercó cautelosamente a la puerta cerrada por dentro.

—¿Quién es? —dijo con voz fuerte pero sin mucha convicción—. Identifíquese.

Oyó un sonido raspante y una hoja de papel se deslizó por debajo de la puerta. Nicole, aún cautelosa y asustada, recogió el papel y lo desdobló. En él había escritas, en el alfabeto original senoufo de la tribu de su madre, tres simples palabras: Ronata. Omeh. Aquí. Ronata era el nombre de Nicole en senoufo.

Una mezcla de pánico y excitación hizo que Nicole abriera la puerta sin comprobar primero por el monitor quién estaba al otro lado. De pie a tres metros de la puerta, con sus sorprendentemente viejos ojos clavados en los de ella, había un hombre viejo y arrugado con el rostro pintado con franjas horizontales verdes y blancas. Llevaba el atuendo tribal verde brillante que le llegaba hasta los pies, parecido a una túnica, con una serie de ondulaciones doradas y una colección de dibujos lineales sin significado aparente.

—¡Omeh! —exclamó Nicole, sintiendo que su corazón amenazaba con saltar fuera de su pecho—. ¿Qué estás haciendo aquí? —añadió en senoufo.

El viejo negro no dijo nada. Sujetaba una piedra y un pequeño frasco de algún tipo, ambos en su mano derecha. Tras varios segundos penetró deliberadamente en la habitación. Nicole retrocedió al compás de cada uno de sus pasos. La mirada del hombre no se apartó ni un momento de ella. Cuando estuvieron en el centro de su habitación del hotel y a sólo tres o cuatro pasos de distancia, el viejo alzó la vista al lecho y empezó a cantar. Era una canción ritual senoufo, una bendición general y un conjunto de invocación usado por los chamanes de la tribu desde hacía centenares de años para alejar a los males espíritus.

Cuando hubo terminado su canto, el viejo Omeh miró de nuevo a su bisnieta y empezó a hablar muy lentamente.

—Ronata —dijo—, Omeh ha captado fuerte peligro en esta vida. Está escrito en las crónicas tribales que el hombre de tres siglos arrojará los demonios malignos de la mujer sin compañero. Pero Omeh no puede proteger a Ronata después que Ronata abandone el reino de Minowe. Toma —dijo, tomando su mano y colocando en ella la piedra y el frasco—, eso quedará con Ronata para siempre.

Nicole bajó los ojos hasta la piedra, un liso y pulido óvalo de unos veinte centímetros de largo por diez en cada una de las otras dimensiones. La piedra era en general de un blanco cremoso, con unas pocas y extrañas líneas amarronadas serpenteando por su superficie. El pequeño frasco verde no era mayor que una botella de viaje de perfume.

—El agua del Lago de la Sabiduría puede ayudar a Ronata —dijo Omeh—. Ronata sabrá el momento de beber. —Inclinó la cabeza hacia atrás y repitió ansiosamente el canto anterior, esta vez con los ojos cerrados. Nicole permaneció inmóvil junto a él en asombrado silencio, con la piedra y el frasco en su mano derecha. Cuando terminó de

cantar, Omeh gritó tres palabras que Nicole no comprendió. Luego se dio vuelta bruscamente y se dirigió con rapidez hacia la puerta abierta. Sorprendida, Nicole corrió al pasillo justo a tiempo para ver su túnica verde desaparecer en el ascensor.

14 - Adiós Henry

Nicole y Geneviève caminaban del brazo colina arriba bajo la ligera nevada.

—¿Viste la expresión del rostro de ese norteamericano cuando le dije quién eras? —rió Geneviève. Estaba muy orgullosa de su madre.

Nicole cambió sus esquías y palos de uno al otro hombro mientras se acercaban al hotel.

—Guten Abend —murmuró un viejo que hubiera podido pasar muy bien por Santa Claus al cruzarse con ellas.

—Me gustaría que no fueras tan rápida en hablarle a la gente —dijo Nicole, sin desear realmente reñir a su hija—. A veces es muy agradable no ser reconocida.

Había un pequeño cobertizo para los esquíes junto a la entrada del hotel. Nicole y Geneviève se detuvieron allí y colocaron los suyos en un armario con llave. Se cambiaron sus botas de esquí por unos suaves zapatos para nieve y volvieron a salir a la menguante luz. Madre e hija se detuvieron por un momento y miraron colina abajo hacia el pueblo de los Davos.

—¿Sabes? —dijo Nicole—, hubo un momento hoy, durante nuestra carrera hacia abajo por esa pista trasera hacia Klosters, que me resultó imposible creer que voy a ir realmente ahí fuera —hizo un gesto hacia el ciclo— dentro de menos de dos semanas, camino de una cita hacia una misteriosa nave espacial alienígena. A veces la mente humana rechaza la verdad.

—Quizá sólo sea un sueño —dijo alegremente su hija.

Nicole sonrió. Le encantaba el sentido del humor de Geneviève. Cada vez que el acoso cotidiano del duro trabajo y los tediosos preparativos empezaban a abrumarla, sabía que siempre podía contar con la naturaleza alegre de su hija para elevar su humor. Las tres personas que vivían en Beauvois formaban un espléndido trío. Cada una de ellas era inmensamente dependiente de las otras dos. A Nicole no le gustaba pensar en cómo cien días de separación podían afectar su armoniosa concordancia.

—¿Te importa que esté lejos tanto tiempo? —preguntó a Geneviève cuando entraron en el vestíbulo del hotel. Había un docena de personas sentadas en torno de un rugiente

fuego en medio de la habitación. Un discreto pero eficiente camarero suizo servía bebidas calientes al grupo que acababa de regresar de esquiar. No había robots en un hotel Morosani, ni siquiera para el servicio de habitaciones.

—No lo creo —respondió su alegre hija—. Después de todo, podré hablar contigo casi cada noche por el videófono. El tiempo de espera en la comunicación lo hará aún más divertido. Casi como un desafío.

—Pasaron junto al mostrador de recepción, de estilo antiguo. —Además —añadió Geneviève—, seré el centro de atención en la escuela durante toda la misión. El proyecto de mi clase ya está casi terminado; voy a esbozar un retrato psicológico de los ramanes basado en mis conversaciones contigo.

Nicole sonrió de nuevo y agitó la cabeza. El optimismo de Geneviève siempre era contagioso. Era una lástima...

—Oh, Madame des Jardins —interrumpió una voz sus pensamientos. El director del hotel le estaba haciendo señas desde recepción. Nicole se volvió hacia él. —Hay un mensaje para usted. Me dijeron que se lo entregara personalmente.

Le tendió un pequeño sobre en blanco. Nicole lo abrió y tan sólo vio la más pequeña porción de una cimera en la tarjeta de su interior. Su corazón empezó a latir fuertemente cuando cerró de nuevo el sobre.

—¿De qué se trata, mamá? —preguntó Geneviève—. Tiene que ser algo especial para que lo hayan entregado en mano. Nadie hace estas cosas hoy en día.

Nicole intentó ocultar sus sentimientos ante su hija.

—Es un memorándum secreto acerca de mi trabajo —dijo—. El hombre que lo entregó cometió un terrible error. Nunca hubiera debido dárselo a Herr Graf. Hubiera debido depositarlo sólo en mis manos.

—¿Más datos médicos confidenciales acerca del equipo? —preguntó Geneviève. Ella y su madre habían hablado a menudo del delicado papel del oficial de ciencias vitales en una misión espacial importante.

Nicole asintió.

—Querida —le dijo a su hija—, ¿por qué no vas arriba y le dices a tu abuelo que estaré de vuelta dentro de unos minutos? No hay cambio de planes acerca de la cena a las siete y media. Leeré este mensaje ahora y veré si es necesaria una respuesta urgente.

Nicole besó a Geneviève y aguardó hasta que su hija hubo entrado en el ascensor antes de volver a salir a la ligera nevada. Se detuvo bajo la luz de la calle y abrió el sobre con sus frías manos. Tuvo dificultad en controlar sus temblorosos dedos. Estúpido, pensó, descuidado estúpido. Después de todo este tiempo. ¿Y si la niña hubiera visto...?

La cimera era la misma de aquella otra tarde, hacía quince años y medio, cuando Darren Higgins le había entregado la invitación a la cena fuera de la zona de la prensa olímpica. Nicole se sorprendió ante la intensidad de sus emociones. Se compuso y finalmente leyó la nota debajo de la cimera.

"Lamento el aviso de último minuto. Necesito verte mañana. Exactamente al mediodía. Cabaña de calentamiento número 8 del Weissfluhjoch. Ven sola. Henry."

A la mañana siguiente Nicole fue una de las primeras en la cola para el teleférico que conducía a los esquiadores hasta la cima del Weissfluhjoch. Subió al brillante huevo de cristal con otras veinte personas y se reclinó contra la ventanilla mientras la puerta se cerraba automáticamente. Sólo lo he visto una vez en estos quince años, pensó, y sin embargo...

Mientras el teleférico subía, Nicole se puso los anteojos para la nieve. Era una mañana deslumbrante, no muy diferente de la mañana de enero de hacía siete años cuando su padre la llamó desde la villa. Habían tenido una sorprendente nevada en Beauvois la noche antes y, después de mucho suplicar, ella había permitido que Genevieve se quedara en casa en vez de ir a la escuela para poder jugar con la nieve. Nicole estaba trabajando en el hospital de Tours por aquel entonces, mientras aguardaba saber algo de su solicitud de ingreso en la Academia del Espacio.

Le estaba enseñando a su hija de siete años cómo hacer un ángel de nieve cuando Pierre llamó por segunda vez desde la casa.

—Nicole, Geneviève, hay algo especial en nuestro correo —dijo—. Debe de haber llegado durante la noche. —Nicole y Geneviève corrieron a la villa en sus trajes para la nieve mientras Pierre pasaba texto completo del mensaje a la videopantalla de la pared.

—Es de lo más extraordinario —dijo Pierre—. Parece que todos hemos sido invitados a la coronación inglesa, incluida la recepción posterior. Esto es extremadamente insólito.

—Oh, abuelo —dijo excitadamente Genevieve—. Quiero ir. ¿Podemos ir? ¿Conoceré realmente a un auténtico rey y una auténtica reina?

—No hay ninguna reina, querida —respondió su abuelo—, a menos que te refieras a la Reina madre. Este rey aún no se ha casado.

Nicole leyó la invitación varias veces sin decir nada. Después que Geneviève se hubiera calmado y abandonado la habitación, su padre rodeó a Nicole con sus brazos.

—Quiero ir —dijo ella suavemente.

—¿Estás segura? —preguntó él, apartándose ligeramente y mirándola con ojos inquisitivos.

—Sí —dijo ella firmemente.

Henry nunca la había visto hasta aquella noche, pensó Nicole mientras comprobaba primero su reloj y luego su equipo, preparándose para el descenso desde la cima. Papá fue maravilloso. Me dejó desaparecer en Beauvois y casi nadie supo que había tenido un bebé hasta que Geneviève tuvo cerca de un año. Henry ni siquiera llegó a sospecharlo nunca. No hasta aquella noche en el palacio de Buckingham.

Nicole aún podía verse a sí misma aguardando en la línea de recepción. El Rey había llegado tarde. Geneviève estaba en ascuas. Finalmente, Henry estuvo de pie ante ella.

—El honorable Pierre des Jardins de Beauvois, Francia, con su hija Nicole y su nieta Geneviève. —Nicole hizo una reverencia protocolaria, y Geneviève se limitó a una breve inclinación de cabeza.

—Así que ésta es Geneviève —dijo el Rey. Se inclinó hacia adelante sólo por un momento y puso una mano bajo la barbilla de la niña. Cuando la niña alzó el rostro, él vio algo que reconoció. Se volvió para mirar a Nicole, con un rastro de interrogación en sus ojos. Nicole no reveló nada con su sonrisa. El ujier estaba pronunciando los nombres de los siguientes invitados en la fila. El Rey siguió adelante.

De modo que enviaste a Darren al hotel, pensó Nicole mientras descendía en Schuss una corta loma, enfilaba un pequeño promontorio y saltaba en el aire por uno o dos segundos. Y éste dijo hums y hams y finalmente me preguntó si acudiría a tomar el té. Nicole clavó los palos en la nieve y se detuvo bruscamente.

—Dile a Henry que no puedo —recordaba que le dijo a Darren en Londres, siete años antes.

Miró nuevamente su reloj. Eran sólo las once, demasiado temprano para ir esquiando hasta la cabaña. Se dirigió a uno de los telearrastres y emprendió de nuevo la subida hasta la cima.

Eran dos minutos pasado el mediodía cuando Nicole llegó al pequeño chalet al borde del bosque. Se quitó los esquíes, los clavó en la nieve y caminó hacia la puerta delantera. Ignoró los llamativos carteles todo alrededor que advertían: EINTRITT VERBOTEN. Surgidos de la nada aparecieron dos robustos hombres, uno de los cuales se interpuso entre Nicole y la puerta de la cabaña.

—Está bien —oyó decir a una voz familiar—, la estamos esperando. —Los dos guardias se esfumaron tan rápidamente como habían aparecido, y Nicole vio a Darren, sonriente como siempre, en la puerta del chalet.

—Hola, Nicole —dijo a su manera habitual y amistosa. Darren había envejecido. Había mechones grises en sus sienes y algo de sal en la pimienta de su corta barba—. ¿Cómo está usted?

—Estupendamente, Darren —respondió, consciente de que, pese a todas sus advertencias hacia sí misma, estaba empezando a ponerse nerviosa. Se recordó a sí misma que ahora era una profesional, con tanto éxito en su propio campo como aquel Rey al que iba a ver. Entonces se obligó a entrar en el chalet.

Hacía calor dentro. Henry estaba de pie de espaldas a una pequeña chimenea. Darren cerró la puerta tras ella y los dejó solos. Nicole, casi inconscientemente, se quitó el pañuelo y abrió su parka. Retiró de sus ojos los anteojos para la nieve. Se miraron el uno al otro durante veinte, quizá treinta segundos, sin decir una palabra, sin desear interrumpir el poderoso flujo de emociones que los trasladaban a ambos hacia atrás, a los magníficos días quince años antes.

—Hola, Nicole —dijo finalmente el Rey. Su voz era más suave y tierna.

—Hola, Henry —respondió ella. Él rodeó el diván para acercarse a ella, quizá para tocarla, pero había algo en el lenguaje corporal de Nicole que lo detuvo. Se quedó a un lado del diván.

—¿Quieres sentarte? —invitó. Nicole negó con la cabeza.

—Prefiero estar de pie, si no te importa. —Aguardó unos instantes más. Sus ojos se unieron de nuevo en una profunda comunicación. Nicole se sintió atraída hacia él pese a sus intensas advertencias internas—. Henry —estalló de pronto—, ¿por qué me has hecho venir aquí? Tiene que ser algo importante. No es normal que el Rey de Inglaterra pase sus días sentado en un chalet en la ladera de una montaña suiza dedicada al esquí.

Henry se dirigió hacia un ángulo de la habitación.

—Te traje un regalo —dijo, inclinándose de espaldas a Nicole—, en honor a tu cumpleaños número treinta y seis.

Nicole se echó a reír. Algo de la tensión pareció relajarse.

—Eso es mañana —dijo—. Te has adelantado un día. Pero, ¿por qué...? Él le tendió el datacubo.

—Éste es el más valioso regalo que he podido encontrar para ti —dijo seriamente—, y compilarlo le ha dado un buen mordisco al tesoro real. Ella lo miró con aire interrogativo.

—Durante algún tiempo me he preocupado por esta misión tuya —dijo Henry—, y al principio no podía comprender por qué. Pero hará unos cuatro meses, una noche que estaba jugando con el príncipe Charles y la princesa Eleanor, me di cuenta de lo que me inquietaba. Mi sentido intuitivo me dice que este equipo tuyo va a tener problemas. Sé que suena a locura, particularmente viniendo de mí, pero no estoy preocupado por los ramanes. Ese megalomaniaco de Brown probablemente tenga razón: a los ramanes los

terrestres les importamos un rábano. Pero vas a pasar cien días en un espacio confinado con otras once personas...

Se dio cuenta de que Nicole no lo estaba siguiendo.

—Toma —dijo—, ten este cubo. Hice que mis agentes de inteligencia elaboraran unos dossier detallados y completos de cada miembro de la docena del equipo Newton, incluida tú. —El entrecejo de Nicole se frunció. —La información, gran parte de la cual no se halla disponible en los archivos oficiales de la AIE, ha confirmado mi visión personal de que el equipo Newton contiene unos cuantos elementos inestables. No sé qué hacer con...

—Esto no es asunto tuyo —interrumpió Nicole, furiosa. Se sentía afrentada por el entremetimiento de Henry en su vida personal. —¿Por qué te mezclas...?

—Eh, eh, tranquila, ¿quieres? —respondió el Rey—. Te aseguro que mis motivos son completamente buenos. Mira —añadió—, probablemente nunca necesitarás toda esta información, pero pensé que quizá te fuera útil. Tómala. Tírala si quieres. Tú eres el oficial a cargo de las ciencias vitales. Puedes darle el uso que prefieras.

Henry podía darse cuenta de que había estropeado la reunión. Se alejó y se sentó en una silla frente al fuego. De espaldas a Nicole.

—Cuídate, Nicole —murmuró.

Ella pensó durante un largo momento, se guardó el cubo en la parka, y avanzó hasta situarse detrás del Rey.

—Gracias, Henry —dijo. Apoyó una mano en su hombro. Él no se volvió. Alzó la mano y, muy lentamente, envolvió los dedos de ella con los suyos. Permanecieron en esa posición durante casi un minuto.

—Hay algunos datos que escaparon incluso a mis investigadores —dijo al fin en voz muy baja—. Un hecho en particular en el que estaba extremadamente interesado.

Nicole pudo oír su propio corazón entre el crujir de los troncos en la chimenea. Una voz dentro de ella gritó: Díselo, díselo. Pero otra voz llena de sabiduría, le aconsejó silencio.

Retiró lentamente sus dedos de entre los de él. Él se volvió para mirarla. Ella sonrió. Se dirigió hacia la puerta. Volvió a ponerse el pañuelo en la cabeza y cerró la cremallera de su parka antes de salir.

—Adiós, Henry —dijo.

La nave espacial combinada Newton había maniobrado de modo que Rama llenara la portilla de visión expandida en el centro de control. La nave espacial alienígena era inmensa. Su superficie era de un opaco y pardusco gris, y su largo cuerpo era un cilindro geoméricamente perfecto. Nicole permanecía de pie junto a Valeri Borzov, en silencio. Para cada uno de ellos, la primera visión del vehículo Rama a la luz del sol era un momento para saborear.

—¿Ha detectado usted alguna diferencia? —preguntó al fin Nicole.

—Todavía no —respondió el comandante Borzov—. Parece como si ambas hubieran salido de la misma línea de montaje. —Hubo un nuevo silencio.

—¿No le gustaría ver esa línea de montaje? —preguntó Nicole.

Valeri Borzov asintió. Un pequeño aparato volador, como un murciélago o un colibrí, pasó a toda velocidad al otro lado de la portilla y se encaminó en dirección a Rama.

—Los abejorros de exterior nos confirmarán las similitudes. Cada uno de ellos tiene almacenado un juego de imágenes de Rama I. Cualquier variación será registrada e informada en el término de tres horas.

—¿Y si no hay ninguna variación no explicada?

—Entonces procederemos según lo planeado —respondió el general Borzov con una sonrisa—. Anclaremos las naves, abriremos Rama y soltaremos los abejorros de interior. —Consultó su reloj. —Todo lo cual tiene que producirse en un término de veintidós horas a partir de ahora, siempre que el oficial de ciencias vitales confirme que el equipo está preparado.

—El equipo está en perfecta forma —informó Nicole—. Acabo de revisar de nuevo una sinopsis de los datos de salud del viaje. Es sorprendentemente regular. Excepto las anomalías hormonales de las tres mujeres, que no eran totalmente inesperadas, no han aparecido anomalías significativas en cuarenta días.

—Así que físicamente estamos todos preparados para ir ahí dentro —dijo pensativamente el comandante—. Pero, ¿qué hay acerca de nuestra preparación psicológica? ¿No está usted inquieta por este reciente estallido de discusiones? ¿O podemos achacarlo a la tensión y a la excitación?

Nicole guardó silencio durante unos instantes.

—Admito que estos cuatro días desde la unión han sido un tanto difíciles. Por supuesto, conocíamos el problema Wilson-Brown desde antes incluso del lanzamiento. Lo resolvimos parcialmente manteniendo a Reggie en su nave durante la mayor parte del viaje, pero ahora que hemos unido las dos naves y el equipo está junto de nuevo, parece

que todos se lanzan sobre los demás a la menor oportunidad. Sobre todo si Francesca está presente.

—Intenté hablar dos veces con Wilson mientras las dos naves estaban separadas —dijo Borzov con tono frustrado—. Ni siquiera quiso discutir de ello. Pero resulta claro que está furioso acerca de algo.

El general Borzov se dirigió al panel de control y empezó a apretar las teclas. Una secuencia de información apareció en uno de los monitores.

—Ha de tener algo que ver con Sabatini —prosiguió—. Wilson no hizo mucho trabajo durante el viaje, pero su diario de a bordo indica que pasó una cantidad desorbitada de tiempo en el videófono con ella. Y siempre estaba de un humor de perros. Incluso ofendió a O'Toole. —El general Borzov se volvió y miró intensamente a Nicole. —Como mi oficial de ciencias vitales, quiero saber si tiene usted alguna recomendación "oficial" que hacer respecto del equipo, en especial acerca de las interacciones entre sus miembros.

Nicole no esperaba eso. Cuando el general Borzov había dispuesto aquella "evaluación de la salud del equipo" con ella, no pensó que la reunión se extendiera también a la salud mental de la docena de miembros del equipo Newton.

—¿Está pidiendo también una evaluación psicológica profesional? —preguntó.

—Por supuesto —enfaticó su anterior afirmación el general Borzov—. Deseo de usted un A5401 que compruebe la condición tanto física como psicológica de cada uno de los miembros del equipo. El procedimiento establece claramente que el oficial al mando, antes de cada incursión, debe solicitar la certificación de todo el equipo del oficial de ciencias vitales.

—Pero durante las simulaciones usted pidió solamente los datos físicos de salud. Borzov sonrió.

—Puedo esperar, Madame des Jardins —dijo—, si necesita usted tiempo para preparar su informe.

—No, no —dijo Nicole tras una breve reflexión—. Puedo darle mis opiniones ahora, y luego entregarle los documentos oficiales a última hora de la noche. —Vaciló varios segundos antes de proseguir: —No pondría a Wilson y Brown juntos como miembros en ningún grupo o subgrupo, al menos no en la primera incursión. Y tengo algunas reservas, aunque esta opinión no es por supuesto tan fuerte como la anterior, acerca de combinar a Francesca en un grupo con cualquiera de los dos hombres. No plantearé ninguna otra limitación de ningún tipo para este equipo.

—Bien. Bien. —El comandante sonrió ampliamente. —Aprecio su informe, y no solamente porque confirme mis propias opiniones. Como puede comprender usted, esos

asuntos pueden ser a veces un tanto delicados. —El general Borzov cambió bruscamente de tema. —Ahora tengo otra cuestión de una naturaleza completamente distinta que plantearle.

—¿De qué se trata?

—Francesca vino a mí esta mañana y me sugirió que celebráramos una fiesta mañana por la noche. Afirma que el equipo se halla tenso y que necesita algún tipo de liberación antes de la primera incursión al interior de Rama. ¿Está usted de acuerdo con ella?

Nicole reflexionó por unos instantes.

—No es una mala idea —respondió—. La tensión ha estado mostrándose de una forma clara... Pero, ¿qué tipo de fiesta tiene usted en mente?

—Una cena todos juntos, aquí en la sala de control, un poco de vino y vodka, quizás incluso un poco de diversión. —Borzov sonrió y apoyó un brazo en el hombro de Nicole. —Le estoy pidiendo su opinión profesional, ¿comprende?, como mi oficial de ciencias vitales.

—Por supuesto —rió Nicole—. General —añadió—, si cree usted que es el momento de que el equipo celebre una fiesta, entonces me sentiré encantada de dar una mano...

Nicole terminó su informe y transfirió el archivo por línea de datos al ordenador de Borzov en la nave militar. Había sido muy cuidadosa en su lenguaje al identificar el problema como un "conflicto de personalidad" antes que como cualquier tipo de patología del comportamiento. Para Nicole, el problema entre Wilson y Brown era directo: puros y simples celos, el antiguo monstruo de ojos verdes en persona.

Estaba segura de que era aconsejable impedir que Wilson y Brown trabajaran juntos durante las incursiones al interior de Rama. Se censuró por no haber planteado ella misma el tema con Borzov. Se dio cuenta de que su relación de cometidos incluía también la salud mental, pero de alguna manera tenía dificultad en considerarse como la psiquiatra del equipo. Lo evito porque no se trata de un proceso objetivo, pensó. Todavía no tenemos sensores para medir la buena o mala salud mental.

Nicole recorrió el pasillo de la zona de vivienda. Tuvo cuidado de mantener un pie en el suelo en todo momento; estaba ya tan acostumbrada a un entorno de ingravidez que era casi una segunda naturaleza. Se alegraba de que los ingenieros de diseño de las Newton hubieran trabajado tan duro para minimizar las diferencias entre permanecer en el espacio y en la Tierra. Hacía el trabajo de ser cosmonauta mucho más simple permitiendo al equipo concentrarse en los elementos más importantes de su trabajo.

Su habitación estaba al extremo del corredor. Aunque cada uno de los cosmonautas tenía sus aposentos privados (resultado de acaloradas discusiones entre la tripulación y los ingenieros de sistema, que insistían en que dormir por parejas era un uso mucho más eficiente del espacio), las habitaciones eran muy pequeñas y daban una sensación de confinamiento. Había ocho dormitorios en aquel vehículo más grande, llamado la nave "científica" por los miembros de la tripulación. La nave militar tenía otros cuatro pequeños dormitorios más. Ambas naves espaciales disponían también de salas de ejercicios y "salones", habitaciones comunes dotadas con un mobiliario más confortable, así como algunas opciones de entretenimiento no disponibles en los dormitorios. Cuando Nicole pasó junto a la habitación de Janos Tabori en su camino a la zona de ejercicio, oyó su inconfundible risa. Su puerta estaba abierta como de costumbre.

—¿Realmente espera de mí —estaba diciendo Janos— que haga intercambio de alfiles y deje a sus caballos al mando del centro del tablero? Oh, vamos, Shig, puede que no sea un maestro, pero aprendo de mis errores. Caí en esa trampa en una partida anterior.

Tabori y Takagishi estaban enfrascados en su habitual partida de ajedrez de después de cenar. Casi cada "noche" (el equipo seguía rigiéndose por un día de veinticuatro horas que coincidía con la hora del meridiano de Greenwich), los dos hombres jugaban durante una hora más o menos antes de irse a dormir. Takagishi era un maestro reconocido en ajedrez, pero también era de corazón blando y deseaba animar a Tabori. Así que, virtualmente en cada partida, tras establecer una sólida posición, Takagishi dejaba que sus flancos se fueran erosionando.

Nicole asomó su cabeza por la puerta.

—Entre, hermosura —dijo Janos con una sonrisa—. Obsérveme como destruyo a su amigo asiático en sus labores seudocerebrales. —Nicole había empezado a explicar que iba a la sala de ejercicios cuando una extraña criatura, aproximadamente del tamaño de un ratón grande, se deslizó por entre sus piernas y penetró en la habitación de Tabori. Dio un involuntario salto hacia atrás cuando el juguete, o lo que fuera, se encaminó hacia los dos hombres.

El mirlo macho, tan negro de tono,
con su pico naranja tostado,
el tordo, con su nota tan firme,
el abadejo, con sus pequeñas plumas...

cantó el robot mientras se deslizaba hacía Janos. Nicole se dejó caer sobre sus rodillas y examinó al curioso recién llegado. Tenía la parte inferior del cuerpo de un ser humano y la cabeza de un asno. Siguió cantando. Tabori y Takagishi pararon el juego y ambos se echaron a reír ante la desconcertada expresión de Nicole.

—Vamos —indicó Janos—, dígame que lo quiere. Eso es lo que haría la reina de las hadas Titania.

Nicole se encogió de hombros. El pequeño robot se mantuvo temporalmente quieto. Cuando Janos la animó de nuevo, Nicole murmuró "Te quiero" al robot de veinte centímetros de altura.

El Bottom en miniatura se volvió hacia Nicole.

—Me parece, señorita, que usted debería tener pocas razones para eso. Y, sin embargo, si he de decir la verdad, razón y amor se hacen muy poca compañía hoy en día.

Nicole se asombró. Adelantó una mano para tomar a la diminuta figura, pero se detuvo cuando oyó otra voz.

—Señor, que estúpidos son esos mortales. ¿Dónde está ahora ese juguetón al que cambié por un asno? Bottom, ¿dónde estás?

Un segundo pequeño robot, éste vestido como un elfo, entró en la habitación. Cuando vio a Nicole, saltó del suelo y flotó a la altura de sus ojos durante varios segundos, con sus diminutas alas negras batiendo a un ritmo frenético.

—Soy Puck, muchachita —dijo—. No te había visto por aquí antes. —Se dejó caer al suelo y guardó silencio. Nicole estaba desconcertada.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir.

—Shhh... —dijo Janos, haciéndole señas de que se mantuviera quieta. Señaló a Puck. Bottom estaba durmiendo en la esquina cerca del borde de la cama de Janos. Puck lo había descubierto y estaba rodándolo con un fino polvillo que sacaba de una bolsita. Mientras los tres seres humanos miraban, la cabeza de Bottom empezó a cambiar. Nicole hubiera podido decir que las pequeñas piezas de plástico y metal que formaban la cabeza del asno estaban simplemente reordenándose, pero aun así se sintió impresionada por el alcance de la metamorfosis. Puck desapareció justo en el momento en que Bottom despertaba con su nueva cabeza humana y empezaba a hablar.

—He tenido una visión de lo más extraña —dijo—. He tenido un sueño, pero se necesita algo más que la inteligencia de un hombre para decir qué sueño era. No será un hombre sino un asno si llega a explicarlo.

—Bravo, bravo —exclamó Janos mientras la criatura guardaba silencio.

—O medeté —añadió Takagishi.

Nicole se sentó en la única silla desocupada y miró a sus compañeros.

—Y pensar —dijo, agitando la cabeza— que acabo de decirle al comandante que ustedes dos estaban psicológicamente cuerdos. —Hizo una pausa de dos o tres segundos. —¿Querría alguno de ustedes decirme por favor qué está pasando aquí?

—Es Wakefield —dijo Janos—. El hombre es absolutamente brillante y, al contrario de algunos genios, también es muy listo. Además, es un fanático de Shakespeare. Tiene toda una familia de estos pequeños tipos, aunque creo que Puck es el único que vuela y Bottom el único que cambia de forma.

—Puck no vuela —dijo Richard Wakefield, entrando en la habitación—. Apenas es capaz de flotar, y sólo por períodos muy cortos. —Parecía azorado. —No sabía que estaba usted aquí —le dijo a Nicole—. A veces entretengo un poco a esos dos en medio de su partida de ajedrez.

—Una noche —añadió Janos mientras Nicole seguía sin habla—, acababa de concederle la derrota a Shig, cuando oímos lo que creímos era un estruendo en el pasillo. Un momento más tarde, Tybalt y Mercutio entraron en la habitación, maldiciendo y haciendo entrechocar sus espadas.

—¿Es esto un hobby suyo? —preguntó Nicole al cabo de unos segundos, señalando hacia los robots con un gesto de la mano.

—Mi señora —interrumpió Janos antes que Wakefield pudiera responder—, nunca, nunca confunda una pasión con un hobby. Nuestro estimado científico japonés no juega ajedrez como un hobby. Y este joven de la ciudad natal del Bardo, Stratford-upon-Avon, no crea estos robots como un hobby.

Nicole miró a Richard. Estaba intentando imaginar la cantidad de energía y trabajo necesarios para la creación de sofisticados robots como los que acababa de ver. Sin mencionar el talento y, por supuesto, la pasión.

—Muy impresionante —le dijo a Wakefield.

La sonrisa del hombre fue un reconocimiento a su cumplido. Nicole se disculpó y se dispuso a abandonar la habitación. Puck pasó velozmente por su lado y se detuvo en el umbral.

Sí nosotros las sombras os hemos ofendido,
pensad, y todo quedará enmendado,
que simplemente os habéis adormecido aquí,
mientras estas visiones aparecían.

Nicole estaba riendo cuando pasó por encima del diminuto espíritu y dio las buenas noches a sus amigos con un movimiento de su mano.

Nicole permaneció en la sala de ejercicios más tiempo del que había esperado. Normalmente, treinta minutos de pedaleo o de correr sobre la cinta sin fin eran suficientes para liberar las tensiones y relajar su cuerpo para el sueño. Aquella noche, sin embargo, con la meta de su misión ahora tan al alcance de la mano, le era necesario trabajar más tiempo para calmar su hiperactivo sistema. Parte de su dificultad residía en su preocupación residual acerca del informe que había archivado recomendando que Wilson y Brown estuvieran separados en todas las actividades importantes de la misión.

¿No me habré precipitado?, se preguntó. ¿No habré dejado que el general Borzov influyera en mi opinión? Nicole se sentía muy orgullosa de su reputación profesional, y a menudo analizaba constructivamente sus decisiones importantes. Hacia el final de sus ejercicios se convenció de nuevo a sí misma de que había archivado el informe adecuado. Su cansado cuerpo le dijo que estaba preparado para echarse a dormir.

Cuando regresó a la zona de vivienda de la nave espacial, todo estaba a oscuras excepto el pasillo. Cuando iba a girar a la izquierda hacia el pasillo que conducía a su habitación, su vista se posó más allá de la sala, en dirección a la pequeña habitación donde guardaba todo su material médico. Es extraño, pensó, forzando la vista a la escasa luz. Parece como si hubiera dejado la puerta abierta.

Cruzó la sala. La puerta de la habitación estaba realmente entreabierta. Había activado ya la cerradura automática y empezado a cerrar la puerta cuando oyó un ruido en el interior de la habitación a oscuras. Entonces entró y encendió la luz. Sorprendió a Francesca Sabatini, sentada en un rincón ante una terminal de ordenador. Había información exhibida en el monitor frente a ella, y Francesca sostenía en una de sus manos una botellita.

—Oh, hola, Nicole —dijo con voz intrascendente, como si fuera normal el que ella estuviera sentada en la oscuridad ante el ordenador en la sala de material médico.

Nicole avanzó hacia el ordenador.

—¿Qué ocurre? —preguntó casualmente, mientras sus ojos escrutaban la información de la pantalla. Por las cabeceras codificadas, Nicole pudo decir que Francesca había solicitado la subrutina de inventario para listar los dispositivos anticonceptivos disponibles a bordo de la nave espacial. —¿Qué es esto? —preguntó, señalando el monitor. Ahora había una huella de irritación en su voz. Todos los cosmonautas sabían que la sala de material médico estaba vedada para todo el mundo excepto la oficial de ciencias vitales.

Cuando Francesca siguió sin responder, Nicole se puso furiosa.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó. Las dos mujeres estaban a sólo unos pocos centímetros la una de la otra en el pequeño hueco contiguo al escritorio. Nicole extendió bruscamente la mano y tomó la botella que sostenía Francesca. Mientras leía la etiqueta, Francesca se deslizó por el pequeño espacio que quedaba libre y se encaminó hacia la puerta. Nicole descubrió que el líquido que tenía en su mano era un abortivo y siguió rápidamente a Francesca fuera de la sala.

—¿Va a explicarme esto? —exigió.

—Devuélvame la botella, por favor —dijo finalmente Francesca.

—No puedo hacerlo —respondió Nicole, agitando la cabeza—. Éste es un medicamento muy fuerte con serios efectos residuales. ¿Qué pensaba que estaba haciendo? ¿Tenía intención de tomarlo y esperar a que pasara inadvertido? Tan pronto como hubiera completado un inventario de comparación habría detectado que había desaparecido.

Las dos mujeres se miraron durante varios segundos.

—Mire, Nicole —dijo al fin Francesca, esbozando una sonrisa—, se trata de un asunto realmente muy simple. He descubierto recientemente, con mucho pesar por mi parte, que me hallo en los primeros estadios de un embarazo. Quiero abortar el embrión. Es un asunto privado, y no deseo implicarla a usted ni a ningún otro miembro del equipo.

—Usted no puede estar embarazada —respondió rápidamente Nicole—. Yo lo hubiera detectado en sus datos biométricos.

—Lo estoy sólo de cuatro o cinco días. Pero estoy segura. Ya puedo sentir los cambios en mi cuerpo. Y es la fecha correcta del mes.

—Usted sabe cuáles son los procedimientos adecuados para los problemas médicos —dijo Nicole tras una cierta vacilación—. Esto habría podido ser muy sencillo, como usted misma dice, si primero hubiera acudido a mí. Lo más probable es que hubiera respetado su petición de confidencialidad. Pero ahora me pone en un dilema...

—Olvide toda esta conferencia burocrática —interrumpió secamente Francesca—. No estoy interesada en las malditas reglas. Un hombre me ha dejado embarazada, e intento librarme del feto. Ahora, ¿va a darme la botella, o debo hallar alguna otra forma?

Nicole se sintió ultrajada.

—Es usted sorprendente —le respondió a Francesca—. ¿Espera realmente que yo le dé esta botella y me marche? ¿Sin hacerle ninguna pregunta? Puede que usted sea así de inconsciente acerca de su vida y su salud, pero yo no. Primero tengo que examinarla, comprobar su historial médico, determinar la edad del embrión... sólo entonces podré

considerar el prescribirle esta medicina. Además, es probable que me sienta impulsada a señalarle que hay otras ramificaciones morales y psicológicas...

Francesca dejó escapar una carcajada.

—Ahórreme sus ramificaciones, Nicole. No necesito que su moralidad de clase alta de Beauvois juzgue mi vida. Mis felicitaciones si usted ha criado a una hija como madre soltera. Mi situación es muy distinta. El padre de este bebé dejó de tomar a propósito sus píldoras, pensando que dejándome embarazada podría reavivar mi amor por él. Estaba equivocado. Este bebé no es deseado. Ahora, si debo ser más gráfica...

—Ya es suficiente —interrumpió Nicole, frunciendo disgustada los labios—. Los detalles de su vida personal no son asunto mío. Lo único que debo decidir es lo que es mejor para usted y la misión. —Hizo una pausa. —En cualquier caso, debo insistir en un examen adecuado, incluida la habitual imagen pélvica interna. Si se niega, entonces no autorizaré el aborto. Y, por supuesto, me veré obligada a hacer un informe completo...

Francesca se echó a reír de nuevo.

—No necesita amenazarme. No soy tan estúpida. Si la hace sentir mejor meter su sofisticado equipo entre mis piernas, entonces adelante. Pero hágalo ya. Quiero a ese bebé fuera de mí antes de la incursión.

Nicole y Francesca apenas intercambiaron una docena de palabras durante la siguiente hora. Fueron juntas a la pequeña enfermería, donde Nicole utilizó sus sensibles instrumentos para verificar la existencia y el tamaño del embrión. También comprobó si Francesca podía recibir con garantías de seguridad el líquido abortivo. El feto estaba creciendo cinco días dentro de Francesca. ¿Quién podrías llegar a ser?, pensó Nicole mientras contemplaba en el monitor la microscópica imagen del diminuto saco pegado a las paredes del útero. Incluso en el microscopio en la sonda no había forma de decir que la colección de células era una cosa viva. Pero ya estás vivo. Y buena parte de tu futuro se halla ya programado por tus genes.

Nicole hizo que la impresora listara para Francesca lo que podía esperar físicamente una vez que hubiera ingerido el medicamento. El feto sería barrido, rechazado por su cuerpo, en el plazo de veinticuatro horas. Era posible que se produjeran algunos ligeros calambres con la menstruación normal que seguiría inmediatamente.

Francesca bebió el líquido sin la menor vacilación. Mientras su paciente se vestía de nuevo, Nicole retrocedió mentalmente a la época en que ella había sospechado por primera vez su propio embarazo. Ni por un momento tomó en consideración... y no sólo porque su padre fuera un príncipe. No. Era una cuestión de responsabilidad. Y amor.

—Puedo decir lo que usted está pensando —indicó Francesca cuando ya estaba preparada para irse. Se hallaba de pie junto a la puerta de la enfermería. —Pero no pierda su tiempo. Ya tiene suficientes problemas propios.

Nicole no respondió.

—Así que mañana el pequeño bastardo habrá desaparecido —dijo fríamente Francesca, con los ojos cansados y furiosos—. Es malditamente bueno saberlo. El mundo no necesita otro bebé medio negro. —No aguardó la respuesta de Nicole.

16 - Rama, Rama, que ardes brillante

El descenso cerca de la escotilla de entrada a Rama fue suave y sin incidentes. Siguiendo el precedente del comandante Norton setenta años antes, el general Borzov dio instrucciones a Yamanaka y a Turgeniev de que guiaran las dos Newton, reducidas ahora a una sola, hasta un punto de contacto justo fuera del disco circular de un centenar de metros centrado en el eje de rotación del gigantesco cilindro. Un conjunto de bajas estructuras temporales en forma de cajas de pastillas mantenía la doble nave espacial de la Tierra en su lugar contra la ligera fuerza centrífuga creada por el giro de Rama. Al cabo de unos pocos minutos, unos fuertes tensores anclaban firmemente la doble Newton a su blanco.

El gran disco era, como habían anticipado, la compuerta externa de la esclusa de aire de Rama. Wakefield y Tabori partieron de la Newton enfundados en su equipo autónomo y empezaron a buscar una rueda embutida. La rueda, que era el control manual de la esclusa de aire, se hallaba exactamente en el lugar previsto. Giró como se esperaba y dejó al descubierto una abertura en el casco exterior de Rama. Puesto que nada acerca de Rama II había variado todavía en ninguna forma de su predecesora, los dos cosmonautas siguieron adelante.

Cuatro horas más tarde, tras considerables recorridos arriba y abajo por el medio kilómetro de corredores y túneles que conectaban el gran interior hueco de la nave alienígena a la esclusa externa de aire, los dos hombres terminaron abriendo las tres compuertas cilíndricas redundantes. También habían desplegado el sistema de transporte que conduciría a la gente y al equipo desde la Newton al interior de Rama. Ese transbordador había sido diseñado por los ingenieros de la Tierra para que se deslizara a lo largo de los surcos paralelos que los ramanes habían tallado en las paredes de los túneles exteriores, hacía nadie sabía cuánto tiempo.

Tras una breve pausa para comer, Yamanaka se unió a Wakefield y Tabori, y los tres construyeron la planeada estación de enlace de comunicaciones Alfa en el extremo interior del túnel. La disposición del conjunto de antenas había sido cuidadosamente estudiada para que, si el segundo vehículo ramano fuera idéntico al primero, fuese posible una comunicación en ambas direcciones entre los cosmonautas localizados en cualquier parte de las escaleras o en la mitad norte de la Planicie Central. El plan maestro de comunicaciones exigía el establecimiento de otra estación central de comunicaciones, que sería llamada Beta, cerca del Mar Cilíndrico; ese par de estaciones proporcionaría un fuerte enlace desde cualquier parte en el Hemicilindro Norte y se extendería incluso hasta la isla de Nueva York.

Brown y Takagishi ocuparon sus posiciones en el centro de control una vez verificada la operación de la estación de enlace Alfa. Siguió la cuenta regresiva al despliegue interior de los abejorros. Takagishi estaba obviamente nervioso y excitado cuando terminó sus pruebas prevuelo con su abejorro. Brown parecía relajado, casi casual, mientras completaba sus preparativos finales. Francesca Sabatini estaba sentada frente a los múltiples monitores, preparada para seleccionar las mejores imágenes para transmitir a tiempo real a la Tierra.

El propio general Borzov fue anunciando los acontecimientos más importantes en la secuencia. Hizo una pausa para una dramática inspiración antes de dar la orden de activar los dos abejorros. Luego éstos partieron volando hacia el oscuro vacío interior de Rama. Unos segundos más tarde la pantalla principal en el centro de control, cuya imagen venía directamente del abejorro controlado por David Brown, se vio inundada de luz cuando la primera bengala entró en ignición. Cuando la luz disminuyó un poco, pudo verse la silueta de la primera foto gran angular. Desde un principio se había planeado que esa imagen inicial fuera un compuesto del Hemicilindro Norte, cubriendo todo el territorio desde el extremo en forma de cuenco donde habían entrado en el Mar Cilíndrico y el punto medio del mundo artificial. La nítida imagen que finalmente se congeló en la pantalla era abrumadora. Una cosa era leer acerca de Rama y realizar simulaciones dentro de su réplica; otra completamente distinta hallarse anclado a la gigantesca nave espacial cerca de la órbita de Venus y echar una primera hojeada a su interior...

Que la vista fuera familiar apenas disminuía la sensación de maravilla de la imagen. Al extremo del cuenco en forma de cráter, empezando desde los túneles, un complejo de terrazas y rampas se abría en abanico hasta alcanzar el cuerpo principal del cilindro girante. Triseccionando ese cuenco había tres amplias escalas, parecidas a amplias vías de ferrocarril, cada una de las cuales se expandía más tarde en enormes escaleras con

más de treinta mil peldaños cada una. Las combinaciones escala/escalera tenían el aspecto de las varillas regularmente espaciadas de un paraguas y proporcionaban una forma de ascender (o descender) del fondo plano del cráter hasta la enorme Planicie Central que rodeaba la pared del cilindro girante.

La mitad norte de la Planicie Central llenaba la mayor parte de la imagen en la pantalla. La enorme extensión estaba rota en campos rectangulares de dimensiones irregulares excepto inmediatamente alrededor de las "ciudades". Las tres ciudades en la imagen gran angular —racimos de altos y delgados objetos, parecidos a edificios construidos por el hombre, conectados por lo que parecían carreteras trazadas a lo largo de los bordes de los campos— fueron inmediatamente reconocidas por el equipo como las París, Roma y Londres bautizadas así por los primeros exploradores de Rama. Igual de sorprendente en la imagen eran los largos y rectos bosquecillos o valles de la Planicie Central. Esas tres zanjas lineales, de diez kilómetros de largo y un centenar de metros de anchura, se hallaban regularmente espaciadas en torno de la curva de Rama. Durante el primer encuentro, esos valles habían sido las fuentes de la luz que había llenado aquel pequeño mundo poco antes de fundirse el Mar Cilíndrico.

El extraño mar, una masa de agua que rodeaba completamente el enorme cilindro, se hallaba en el borde más alejado de la imagen. Todavía estaba congelado, como habían esperado, y en su centro estaba la misteriosa isla de altos rascacielos que había sido denominada Nueva York tras su descubrimiento original. Los rascacielos se extendían hasta fuera del campo de la imagen, como si las impresionantes torres les estuvieran haciendo señas para que fueran a visitarlas.

Todo el equipo contempló en silencio la imagen durante casi un minuto. Luego el doctor David Brown empezó a gritar.

—¡De acuerdo, Rama! —exclamó, con voz orgullosa—. ¿Lo ven todos ustedes, incrédulos? ¡Es exactamente como la primera! —La videocámara de Francesca se volvió para grabar la exultación de Brown. La mayor parte del resto del equipo guardaba silencio, contemplando fijamente los detalles en el monitor.

Mientras tanto, el abejerro de Takagishi transmitía fotos con objetivo normal de la zona justo debajo del túnel. Esas imágenes aparecían en las pantallas más pequeñas en torno del centro de control. Las imágenes serían utilizadas para verificar el diseño de la infraestructura de comunicaciones y transporte a establecer en el interior de Rama. Ése era el auténtico "trabajo" de esa fase de la misión... comparar los miles de fotos que serían tomadas por esos abejorros con el mosaico de fotos existentes de Rama I. Aunque la mayor parte de las comparaciones se efectuarían de forma digital (y en consecuencia

automáticamente), siempre habría diferencias que requerirían una explicación humana. Aunque las dos naves espaciales fueran idénticas, los diferentes niveles de luz en el momento de tomar las imágenes podían crear algunas divergencias artificiales de comparación.

Dos horas más tarde el último de los abejorros regresó a la estación de enlace, y el resumen inicial de la exploración fotográfica quedó terminado. No había diferencias estructurales importantes entre Rama II y el anterior vehículo espacial, hasta una escala de unos cien metros. La única región significativa de divergencias de comparación a aquella resolución era el propio Mar Cilíndrico, y la reflexión del hielo era un fenómeno conocidamente difícil de manejar con un algoritmo de comparación digital directa. Había sido un día largo y excitante. Borzov anunció que las asignaciones del equipo para la primera incursión rían comunicadas dentro de una hora, y que dos horas más tarde sería servida una "cena especial" en el centro de control.

—¡Usted no puede hacer esto! —gritó un furioso David Brown, entrando en tromba sin llamar en la oficina del comandante y agitando una copia de la impresora de las primeras asignaciones de incursión.

—¿De qué me está hablando? —respondió el general Borzov. Se sentía irritado ante la brusca entrada del doctor Brown.

—Tiene que haber algún tipo de error —prosiguió Brown en voz alta—. Usted no puede esperar realmente que yo me quede aquí en la Newton durante la primera incursión. — Cuando no hubo ninguna respuesta por parte del general Borzov, el científico norteamericano cambió de táctica. —Quiero que sepa que no acepto esto. Y a la dirección de la AIE Tampoco va a gustarle.

Borzov se puso de pie detrás de su escritorio.

—Cierre la puerta, doctor Brown —dijo con voz tranquila. David Brown cerró de golpe la puerta corredera—. Ahora usted escúcheme a mí por un minuto —prosiguió el general—. Me importa un comino a quién conozca usted. Yo soy el oficial de mando de esta misión. Si usted continúa actuando como una prima donna, me ocuparé de que nunca ponga un pie dentro de Rama.

Brown bajó la voz.

—Pero exijo una explicación —dijo con no disimulada hostilidad—. Soy el científico principal de esta misión. También soy el portavoz del Proyecto Newton ante los media. ¿Cómo puede usted justificar el dejarme a bordo de la Newton mientras otros nueve cosmonautas entran en Rama?

—No tengo que justificar mis acciones —respondió Borzov, disfrutando por el momento de su poder sobre el arrogante norteamericano. Se inclinó hacia delante. —Pero, para su información, y puesto que anticipé este infantil estallido suyo, le diré por qué no va a ir usted en la primera incursión. Hay dos finalidades principales para nuestra primera visita: establecer la infraestructura de comunicaciones/transporte y completar una exploración detallada del interior, confirmando que esta nave espacial es exactamente igual que la primera...

—Eso ya ha sido confirmado por los abejorros —interrumpió Brown.

—No según el doctor Takagishi —refutó Borzov—. Él dice que...

—Mierda, general. Takagishi no estará satisfecho hasta que cada centímetro cuadrado de Rama haya demostrado ser exactamente igual que el de la primera nave. Ya vio usted los resultados de la exploración de los abejorros. Si tiene usted alguna duda en su mente...

David Brown se detuvo a media frase. El general Borzov estaba tamborileando con los dedos en su escritorio y mirándolo con ojos fríos.

—¿Me va a dejar terminar ahora? —dijo al fin Borzov. Aguardó unos cuantos segundos más. —Sea lo que fuere que usted pueda pensar —prosiguió el comandante—, el doctor Takagishi es considerado como el mayor experto mundial en el interior de Rama. Usted no puede discutir ni por un momento que el conocimiento que posea usted de los detalles se aproxima al suyo. Necesito a los cinco cadetes espaciales para el trabajo de infraestructura. Los dos periodistas deben ir dentro, no sólo porque hay dos tareas independientes, sino también porque la atención mundial está centrada en nosotros en estos momentos. Finalmente, creo que es importante para poder seguir dirigiendo esta misión que yo mismo vaya dentro al menos una vez, y he decidido hacerlo ahora. Puesto que los procedimientos establecen claramente que al menos tres miembros del equipo deben permanecer fuera de Rama durante las primeras incursiones, no es difícil imaginar...

—Usted no me engaña ni por un minuto —interrumpió airado David Brown—. Sé de qué se trata todo esto. Usted ha maquinado una excusa aparentemente lógica para ocultar la auténtica razón de mi exclusión del equipo de la primera incursión. Usted está celoso, Borzov. No puede soportar el hecho de que yo sea considerado por la mayor parte de la gente como el auténtico líder de esta misión.

El comandante miró al científico durante quince segundos sin decir nada.

—¿Sabe una cosa, Brown? —dijo finalmente—. Siento lástima por usted. Posee un notable talento, pero su talento se ve excedido por su propia opinión sobre él. Si no fuera

tan... —Esta vez fue el turno de Borzov de callar a media frase. Apartó la vista hacia un lado. —Incidentalmente, puesto que sé que va a volver a su habitación e inmediatamente se pondrá a llorarle a la AIE, probablemente deba decirle que el informe de idoneidad de la oficial de ciencias vitales recomienda explícitamente que usted no comparta ninguna misión con Wilson... debido a la animosidad personal que ustedes dos han demostrado. Los ojos de Brown se estremecieron.

—¿Me está diciendo que Nicole des Jardins ha redactado realmente un memorándum oficial citándonos a Wilson y a mí por nuestros nombres?

Borzov asintió.

—La muy zorra —murmuró Brown.

—La culpa es siempre de alguien, ¿no es verdad, doctor Brown? —dijo Borzov, sonriéndole a su adversario.

David Brown se volvió en redondo y salió furioso de la oficina.

El general Borzov ordenó abrir unas cuantas preciosas botellas de vino para el banquete. El oficial al mando estaba de un excelente humor. La sugerencia de Francesca había sido buena. Había una clara sensación de camaradería entre los cosmonautas mientras juntaban las pequeñas mesas en el centro de control y las anclaban al suelo.

El doctor David Brown no acudió al banquete. Permaneció en su habitación mientras los otros once miembros del equipo lo festejaban con venado salvaje y arroz indio. Francesca informó incómodamente que Brown se sentía "bajo mínimo", pero cuando Janos Tabori se propuso alegremente para ir a comprobar la salud del científico norteamericano, Francesca añadió apresuradamente que el doctor Brown deseaba que lo dejaran tranquilo. Janos y Richard Wakefield, cada uno con varias copas de vino en el cuerpo, bromeaban con Francesca en un extremo de la mesa, mientras Reggie Wilson y el general O'Toole se enfrascaban en una animada discusión acerca de la próxima temporada de béisbol en el extremo opuesto. Nicole permanecía sentada entre el general Borzov y el almirante Heilmann y escuchaba las reminiscencias de sus actividades como mantenedores de la paz en los primeros días post-Caos.

Cuando la cena hubo terminado, Francesca se disculpó. Ella y el doctor Takagishi desaparecieron durante varios minutos. Cuando regresaron, Francesca pidió a los cosmonautas que giraran sus sillas para orientarlas hacia la gran pantalla. Luego, con las luces apagadas, ella y el doctor Takagishi proyectaron una vista completa del exterior de Rama en el monitor. Excepto que no era el cilindro gris mate que todo el mundo había visto antes. No, esta Rama había sido hábilmente coloreada, utilizando subrutinas de

procesado de imagen, y ahora era un cilindro negro con franjas amarillo dorado. El extremo del cilindro se parecía casi a un rostro. Hubo un momentáneo silencio en la habitación antes que Francesca empezara a recitar:

Tigre, tigre, que ardes brillante
en los bosques de la noche,
¿qué inmortal mano u ojo
puede enmarcar tu terrible simetría?

Nicole des Jardins sintió que un helado estremecimiento recorría su espina dorsal, y escuchó a Francesca iniciar la siguiente estrofa:

¿En qué distantes profundidades o cielos
arde el fuego de tus ojos...?

Ésta es la auténtica pregunta después de todo, pensó Nicole. ¿Quién construyó esa monstruosa nave espacial? Eso es mucho más importante para nuestro destino definitivo que el porqué.

¿Qué martillo? ¿Qué cadena?
¿En qué horno se modeló tu cerebro?
¿Cuál fue el yunque? ¿Qué temerosa mano
se atrevió a aferrar su mortal terror...?

Al otro lado de la mesa, el general O'Toole parecía también hipnotizado por el recitado de Francesca. Su mente estaba luchando de nuevo con las mismas cuestiones fundamentales que lo atormentaban desde que se había presentado voluntario para la misión. Querido Dios, pensó, ¿dónde encajan esos ramanes en Tu universo? ¿Los creaste a ellos primero, antes que a nosotros? ¿Son en cierto sentido nuestros primos? ¿Por qué los has enviado aquí en este momento?

Quando las estrellas arrojen sus lanzas
y mojen el cielo con sus lágrimas,
¿sonreirá Él al ver Su obra?
Él que creó el Cordero, ¿te creó también a ti?

Cuando Francesca terminó el corto poema hubo un breve silencio, luego espontáneos aplausos. Ella se apresuró a mencionar graciosamente que el doctor Takagishi era quien había proporcionado todo el procesamiento de la imagen, y el agradable cosmonauta japonés hizo una turbada inclinación de cabeza. Luego, Janos Tabori se puso de pie junto a su silla.

—Creo que hablo por todos nosotros, Shig y Francesca, al felicitarles por esta exhibición original y estimulante —dijo con una sonrisa—. Casi, aunque no completamente, me ha hecho tomarme en serio lo que vamos a hacer mañana.

—Hablando de eso —dijo el general Borzov, alzándose en la cabecera de la mesa con su recién abierta botella de vodka ucraniana, de la que había tomado ya dos largos tragos—, ahora es el momento de poner en práctica una antigua tradición rusa... los brindis. Sólo traje conmigo dos botellas de este tesoro nacional, y propongo compartirlas con ustedes, mis camaradas y colegas, en esta velada tan especial.

Colocó las dos botellas en las manos del general O'Toole, y el norteamericano utilizó hábilmente el dispensador de líquidos para canalizar el vodka a pequeñas tazas con tapa que circularon alrededor de la mesa.

—Como Irina Turgeniev sabe —prosiguió el comandante—, siempre hay un pequeño gusano en el fondo de una botella de vodka ucraniana. La leyenda dice que aquel que coma el gusano se verá dotado de poderes especiales durante veinticuatro horas. El almirante Heilmann ha señalado el fondo de dos de las tazas con una cruz en infrarrojos. Las dos personas que beban de las tazas marcadas recibirán el permiso de comer uno de los gusanos saturados de vodka.

—Uf —dijo Janos un momento más tarde, mientras pasaba el escáner de infrarrojos a Nicole. Acababa de verificar que no había ninguna cruz en el fondo de su taza—. Éste es un concurso que me alegra perder.

La taza de Nicole tenía una marca en el fondo. Era uno de los dos afortunados cosmonautas que podrían comerse un gusano ucraniano como postre. Pensó: ¿Debo hacerlo?, y se respondió afirmativamente cuando vio la ansiosa expresión en el rostro de su oficial al mando. Oh, bueno, pensó, probablemente no me matará. Cualquier parásito tiene que haberse convertido en algo inofensivo por la acción del alcohol.

El propio general Borzov tenía la segunda taza con una cruz en el fondo. El general sonrió, colocó uno de los dos diminutos gusanos en su propia taza y el otro en la de Nicole, y alzó su vodka hacia el techo del vehículo espacial.

—Bebamos todos por el éxito de la misión —dijo—. Para cada uno de nosotros, estos próximos días y semanas serán la más grande aventura de nuestras vidas. En un sentido muy real, la docena de hombres y mujeres reunidos aquí somos los embajadores humanos ante una cultura alienígena. Que cada uno de nosotros haga todo lo posible por representar adecuadamente a nuestra especie.

Alzó la tapa de su taza, cuidando de no agitarla para no derramar el líquido, y bebió su contenido de un solo trago. Engulló entero el gusano. Nicole tragó también rápidamente el suyo, comentándose a sí misma que lo único que había comido nunca que supiera peor que el gusano era aquel horrible tubérculo durante su ceremonia Poro en Costa de Marfil.

Tras otros varios brindis, más cortos, las luces de la estancia empezaron a disminuir.

—Y ahora —anunció el general Borzov con un ampuloso gesto—, directamente desde Stratford, la Newton presenta con orgullo a Richard Wakefield y sus talentosos robots. — La sala quedó a oscuras excepto un metro cuadrado a la izquierda de la mesa, iluminado desde arriba. En medio de la luz había la sección de un antiguo castillo. Un robot femenino, de veinte centímetros de altura y vestido con una túnica larga, caminaba por una de las habitaciones. Al principio de la escena estaba leyendo una carta. Al cabo de unos pocos pasos, sin embargo, dejó caer las manos a sus costados y empezó a hablar.

Glamis eres, y Cawdor; y serás

lo que has prometido. Sin embargo, temo tu naturaleza:

está demasiado llena de tu bondad humana

para seguir el camino más inmediato. Serás grande...

—Conozco a esa mujer —dijo Janos a Nicole con una sonrisa—. La he conocido antes en alguna parte.

—Shhh —respondió Nicole. Se sentía fascinada por la precisión en los movimientos de lady Macbeth. Ese Wakefield es realmente un genio, pensó. ¿Cómo puede hacer con un detalle tan extraordinario estas cosas diminutas? Nicole estaba sorprendida por la gran gama de expresiones del rostro del robot.

Mientras se concentraba, el diminuto escenario empezó a oscilar en su mente. Olvidó por un momento que estaba contemplando a unos robots en una actuación en miniatura. Entró un mensajero y le dijo a lady Macbeth que su esposo se acercaba y que el rey Duncan pasaría la noche en su castillo. Nicole contempló el rostro de lady Macbeth estallar con ambiciosa anticipación tan pronto como el mensajero se hubo ido.

...venid, Espíritus,
que tendéis hacia los pensamientos mortales. Arrebatadme
mi femineidad y llenadme, de la corona a los pies,
con la más extrema crueldad. Espesad mi sangre...

Dios mío, pensó Nicole, parpadeando para asegurarse de que sus ojos no la estaban engañando, ¿está cambiando! Y así era. Mientras las palabras "arrebatadme mi femineidad" brotaban del robot, su forma empezó a cambiar. La marca de los pechos contra la túnica de metal, la redondez de las caderas, incluso la suavidad del rostro, desaparecieron. Un robot andrógono siguió representando el papel de lady Macbeth.

Se sentía fascinada y flotando en una fantasía inducida tanto por su alocada imaginación como por la reciente ingestión de alcohol. El nuevo rostro del robot recordaba vagamente a alguien al que conocía. Notó una agitación a su derecha y se volvió para ver a Reggie Wilson hablando ansiosamente con Francesca. Nicole miró rápidamente de Francesca a lady Macbeth y viceversa. Eso es, se dijo a sí misma, esta nueva lady Macbeth se parece a Francesca.

Un estallido de miedo, una premonición de tragedia, la abrumó repentinamente y la sumió en el terror. Algo terrible está a punto de suceder, dijo una voz dentro de ella. Inspiró profundamente varias veces e intentó calmarse, pero la extraña sensación no desapareció. En el pequeño escenario, el rey Duncan acababa de ser recibido por su graciosa anfitriona para pasar la noche. A su izquierda Nicole vio a Francesca ofrecer al general Borzov el último vino. Nicole se sintió incapaz de dominar su pánico.

—Nicole, ¿qué ocurre? —preguntó Janos. Podía darse cuenta de que estaba profundamente alterada.

—Nada —contestó. Reunió todas sus fuerzas y se puso de pie—. Algo que he comido debe de haberme sentado mal. Creo que me iré a mi habitación.

—Pero se perderá la película de después de la cena —dijo humorísticamente Janos. Nicole consiguió esbozar una lamentable sonrisa. Él la ayudó a mantener el equilibrio. Nicole oyó a lady Macbeth reprender a su esposo por su falta de valor, y una nueva oleada de miedo premonitorio la atravesó. Aguardó hasta que el estallido de adrenalina se hubo calmado, y entonces se disculpó en voz baja del grupo. Regresó lentamente a su habitación.

En su sueño, Nicole tenía de nuevo diez años y jugaba en los bosques detrás de su casa en el suburbio parisiense de Chilly-Mazarin. Tuvo la repentina sensación de que su madre se estaba muriendo. La niña se sintió presa del pánico. Corrió hacia la casa para decírselo a su padre. Un pequeño gato le bloqueó gruñendo el paso. Nicole se detuvo. Oyó un grito. Abandonó el camino y siguió por entre los árboles. Las ramas arañaron su piel. El gato la siguió. Oyó otro grito. Cuando despertó, un asustado Janos Tabori estaba de pie junto a ella.

—Es el general Borzov —dijo Janos—. Sufre terribles dolores. Nicole saltó rápidamente de la cama, se puso una bata, tomó su maletín de primeros auxilios y siguió a Janos al corredor.

—Parece como apendicitis —mencionó él mientras se apresuraban a la sala—. Pero no estoy seguro.

Irina Turgeniev estaba arrodillada al lado del comandante y le tenía la mano. El general estaba echado en un diván. Tenía el rostro completamente blanco y su frente estaba perlada de sudor.

—Ah, la doctora des Jardins ha llegado. —Borzov consiguió esbozar una sonrisa. Intentó sentarse, hizo una mueca de dolor, y se dejó caer nuevamente. —Nicole —dijo en voz baja—, me estoy muriendo. Nunca me había sentido tan mal en toda mi vida, ni siquiera cuando fui herido en el ejército.

—¿Cuánto hace que empezó? —preguntó ella. Había sacado su escáner y su monitor biométrico para comprobar todas sus estadísticas vitales. Mientras tanto, Francesca se había situado con su videocámara junto al hombro derecho de Nicole para filmar a la doctora realizar su diagnóstico. Nicole le hizo un gesto impaciente de que retrocediera.

—Quizá dos o tres minutos —dijo el general Borzov con un esfuerzo—. Estaba sentado aquí en una silla viendo la película, riéndome creo recordar, cuando de pronto se produjo ese intenso y agudo dolor, aquí en mi ingle derecha. Parecía como si algo me estuviera quemando desde dentro.

Nicole programó el escáner para revisar los últimos tres minutos de detallados datos registrados por las sondas Hakamatsu dentro de Borzov. Localizó el comienzo del dolor, fácilmente identificable en término de ritmo cardíaco y secreciones endocrinas. Pidió en seguida una relación completa de todos los canales durante el período crítico. —Janos —dijo a su colega—, vaya a la habitación de material médico y tráigame el diagnosticador portátil. —Le tendió a Tabori la tarjeta código para la puerta.

Luego se volvió de nuevo hacia el general Borzov.

—Tiene un poco de fiebre, lo cual sugiere que su cuerpo está luchando contra alguna infección. Todos los datos internos confirman que usted sufre un dolor agudo. —El cosmonauta Tabori regresó con un pequeño dispositivo electrónico con el aspecto de una cajita. Nicole extrajo un pequeño tubo de datos del escáner y lo insertó en el diagnosticador. Al cabo de unos treinta segundos el pequeño monitor parpadeó y aparecieron las palabras: PROBABLE APENDICITIS 94%. Nicole pulsó una tecla, y la pantalla mostró los demás diagnósticos posibles, incluidos hernia, distensión muscular interna y reacción medicamentosa. Según el diagnosticador, ninguno de ellos tenía más de un dos por ciento de probabilidad.

Tengo dos elecciones en estas circunstancias, pensó rápidamente Nicole mientras el general Borzov se crispaba de nuevo por el dolor. Puedo enviar todos los datos a la Tierra para un diagnóstico completo, según el procedimiento... Consultó su reloj y calculó rápidamente dos veces el viaje a la velocidad de la luz, más la duración mínima de la conferencia médica una vez completado el diagnóstico electrónico. En cuyo momento tal vez ya sea demasiado tarde.

—¿Qué dice ese trasto, doctora? —preguntó el general. Sus ojos le estaban suplicando que terminara con aquel dolor lo antes posible.

—El diagnóstico más probable es apendicitis —indicó Nicole.

—Maldita sea —respondió el general Borzov. Miró a los demás. Todo el mundo estaba allí excepto Wilson y Takagishi, que se habían saltado la película. —Pero no permitiré que el proyecto se retrase. Seguiremos adelante con la primera y la segunda incursiones mientras me recupero. —Otro agudo acceso de dolor contorsionó su rostro.

—Bueno —dijo Nicole—, eso aún no es seguro. Primero necesitamos algunos datos más. —Repitió la anterior petición de datos, usando ahora los dos minutos extras de información que se habían grabado desde su llegada a la sala. Esta vez el diagnóstico decía: APENDICITIS PROBABLE 92%. Nicole iba a comprobar los diagnósticos alternativos cuando sintió la fuerte mano de su comandante en su brazo.

—Si lo hacemos rápido, antes de que se acumulen demasiadas toxinas en mi sistema, se trata de una operación para el robot cirujano, ¿verdad?

Nicole asintió.

—Y si perdemos tiempo obteniendo una confirmación de diagnóstico de la Tierra... ¡ouch!... entonces mi cuerpo puede sumirse en un trauma profundo.

Está leyendo mi mente, pensó al principio Nicole. Luego se dio cuenta de que el general no hacía más que ofrecer su profundo conocimiento de los procedimientos establecidos para la Operación Newton.

—¿Intenta el paciente ofrecerle a la doctora alguna sugerencia? —preguntó Nicole, sonriendo pese al evidente dolor de Borzov.

—Nunca me atrevería a ser tan presuntuoso —respondió el comandante, con el asomo de un guiño en sus ojos.

Nicole miró de nuevo el monitor. Seguía parpadeando: APENDICITIS PROBABLE 92%.

—¿Tiene algo que añadir? —le preguntó a Janos Tabori.

—Sólo que he visto una apendicitis antes —respondió el pequeño húngaro—. En una ocasión, cuando era estudiante, en Budapest. Los síntomas eran exactamente los mismos.

—Está bien —dijo Nicole—. Vaya a preparar el CirRob para la operación. Almirante Heilmann, ¿quieren usted y el cosmonauta Yamanaka ayudar al general Borzov a ir a la enfermería, por favor? —Se volvió a Francesca. —Reconozco que esto es una gran noticia. Autorizaré que permanezca en la sala de operaciones con tres condiciones. Se lavará con la misma meticulosidad que el equipo quirúrgico. Permanecerá constantemente contra la pared con su cámara. Y obedecerá absolutamente cualquier orden que yo le dé.

—Me parece bien —asintió Francesca—. Gracias. Irina Turgeniev y el general O'Toole se quedaron aguardando en la sala después que Borzov se marchara con Heilmann y Yamanaka.

—Estoy seguro de que hablo por los dos —dijo el norteamericano, en su sincera manera habitual—. ¿Podemos ayudar de alguna forma?

—Janos me ayudará mientras el CirRob realiza la operación. Pero podría usar un par más de manos, como respaldo de emergencia.

—Me encantará hacerlo —dijo O'Toole—. Tengo alguna experiencia hospitalaria de mi trabajo social.

—Estupendo respondió Nicole—. Venga conmigo a lavarse.

El CirRob, el cirujano robot portátil asignado al equipo de la misión Newton precisamente para ese tipo de situaciones, no formaba parte, en términos de sofisticación médica, de las salas de operaciones completamente autónomas de los hospitales más adelantados de la Tierra. Pero era una maravilla tecnológica por derecho propio. Podía guardarse en un maletín pequeño, y pesaba sólo cuatro kilos. Sus necesidades de energía eran pocas. Y podía ser usado en más de un centenar de configuraciones.

Janos Tabori desempaquetó el CirRob. El cirujano electrónico tenía un aspecto más bien anodino. Todas sus largas y flexibles articulaciones y apéndices estaban

cuidadosamente dobladas para un más fácil almacenaje. Después de consultar la Guía de Usuario del CirRob, Janos tomó la unidad de control central y la sujetó tal como se indicaba a un lado de la mesa de la enfermería donde estaba tendido ya el general Borzov. Sus dolores sólo habían cedido un poco. El impaciente comandante urgía a todo el mundo que se apresurara.

Janos introdujo el código que identificaba la operación. El CirRob desplegó automáticamente todos sus miembros, incluida su extraordinaria mano/escalpelo con cuatro dedos, en la configuración necesaria para extirpar el apéndice. Nicole entró entonces en la sala, con las manos enfundadas en guantes y el cuerpo cubierto con la bata blanca de cirujano.

—¿Ha terminado ya la comprobación del software? —preguntó. Janos asintió con la cabeza.

—Completaré todas las pruebas preoperación mientras usted limpia —le dijo Nicole. Hizo un gesto hacia Francesca y el general O'Toole, que permanecían de pie al otro lado de la puerta, para que entraran—. ¿Se encuentra mejor? —le preguntó a Borzov.

—No mucho —gruñó este.

—Le administré un sedante ligero —dijo ella—. El CirRob le administrará el anestésico completo como primer paso de la operación. —Nicole había estado refrescando sus ideas en su habitación mientras se vestía. Conocía aquella operación con los ojos cerrados; era uno de los procedimientos quirúrgicos realizados durante las pruebas de simulación. Entró el archivo de los datos personales de Borzov en el CirRob, conectó los hilos electrónicos que transmitirían constantemente la información de los datos del paciente al CirRob durante la apendectomía, y verificó que todo el software hubiera pasado el autotest. Como última comprobación, sintonizó cuidadosamente un par de pequeñas cámaras estéreo que trabajarían en concierto con la mano quirúrgica.

Janos volvió a entrar en la sala. Nicole pulsó un botón en la caja de control del robot cirujano, y dos copias de la secuencia de operaciones fueron impresas rápidamente. Nicole tomó una y le tendió la otra a Janos.

—¿Está listo todo el mundo? —preguntó, con los ojos fijos en el general Borzov. El oficial de mando de la Newton asintió con la cabeza. Nicole activó el CirRob.

Una de las cuatro manos del cirujano robot inyectó un anestésico al paciente, y al cabo de un minuto Borzov estaba inconsciente. Mientras la cámara de Francesca grababa todos los movimientos de aquella operación histórica (Francesca susurraba ocasionales comentarios en su micrófono ultrasensible), la mano escalpelo del CirRob, ayudada por sus dos ojos gemelos, hizo las incisiones necesarias para aislar el órgano sospechoso.

Ningún cirujano humano había sido jamás tan rápido o diestro. Armado con una batería de sensores que comprobaban centenares de parámetros cada microsegundo, el CirRob dobló hacia atrás todos los tejidos necesarios y dejó al descubierto el apéndice en escasamente dos minutos. Programada en la secuencia automática había una inspección de treinta segundos antes de que el robot cirujano prosiguiera con la extirpación del órgano.

Nicole se inclinó sobre el paciente para comprobar el órgano expuesto. No estaba ni hinchado ni inflamado.

—Mire esto, rápido, Janos —dijo, con los ojos fijos en el reloj digital que contaba hacia atrás el tiempo del período de inspección—. Parece perfectamente sano.

Janos se inclinó al otro lado de la mesa de operaciones. Dios mío, pensó Nicole, vamos a extirpar... El reloj digital señalaba 00:08.

—¡Alto! —exclamó—. Detengan la operación. —Nicole y Janos tendieron la mano hacia la caja de control del robot cirujano al mismo tiempo.

En aquel instante, toda la nave espacial Newton sufrió una sacudida lateral. Nicole fue arrojada hacia atrás, contra la pared. Janos cayó hacia delante, golpeándose la cabeza contra la mesa de operaciones. Sus dedos tendidos cayeron sobre la caja de control, y luego resbalaron lentamente de ella mientras caía al suelo. El general O'Toole y Francesca habían sido lanzados ambos contra la pared del fondo. Un ¡biiip! ¡biiip! de una de las sondas Hakamatsu insertadas indicó que alguien en la habitación tenía serios problemas físicos. Nicole comprobó brevemente que O'Toole y Sabatini estaban bien y luego se debatió contra el impulso torsor que aún proseguía para recuperar su posición al lado de la mesa de operaciones. Se arrastró con gran esfuerzo, usando las ancladas patas de la mesa como apoyo. Cuando estuvo al lado de ésta se afirmó, sujetándose aún a ellas, y se puso de pie.

La sangre salpicó a Nicole cuando su cabeza cruzó el plano de la mesa de operaciones. Contempló incrédula el cuerno de Borzov. Toda la incisión estaba llena de sangre, y la mano/escalpelo del CirRob estaba enterrada en ella, al parecer cortando todavía. Era la sonda de Borzov la que emitía su ¡biiip! ¡biiip!, pese al hecho de que Nicole había insertado una orden manual que ampliaba enormemente los valores de emergencia poco antes de la operación.

Una oleada de miedo y náusea barrió a Nicole cuando se dio cuenta de que el robot no había abortado sus actividades quirúrgicas. Sujetándose fuertemente contra la intensa fuerza que intentaba empujarla de nuevo contra la pared, consiguió de alguna forma alcanzar la caja de control y desconectar la energía. El escalpelo se retiró del charco de

sangre y se replegó sobre sí mismo en actitud de espera. Luego Nicole intentó detener la masiva hemorragia.

Treinta segundos más tarde, la inexplicada fuerza desapareció tan rápidamente como había aparecido. El general O'Toole se puso trabajosamente de pie y se acercó a la ahora desesperada Nicole. El escalpelo había causado demasiados daños. El comandante se estaba desangrando ante sus ojos.

—¡Oh, no! ¡Oh, Dios! —exclamó O'Toole cuando vio el desastre en el cuerpo de su amigo. El insistente pitido proseguía. Ahora los sistemas de alarma vitales en torno de la mesa sonaban también. Francesca se recuperó a tiempo para grabar los últimos diez segundos de la vida de Valeri Borzov.

Fue una noche muy larga para todo el equipo Newton. En las dos horas inmediatamente siguientes a la operación, Rama pasó por una secuencia de otras tres maniobras, cada una de las cuales, como la primera, duró uno o dos minutos. La Tierra confirmó finalmente que las maniobras combinadas habían cambiado de posición, índice de giro y órbita de la nave espacial alienígena. Nadie podía dilucidar la finalidad exacta de ese conjunto de maniobras; eran simplemente "cambios de orientación" que habían alterado la inclinación y alineación de los ápsides de la órbita de Rama. Sin embargo, la energía de la trayectoria no había resultado significativamente variada... Rama seguía aún en una hipérbola de escape con respecto al Sol.

Todo el mundo a bordo de la Newton y en la Tierra se sintió abrumado por la repentina muerte del general Borzov. Fue elogiado por la prensa de todas las naciones, y sus muchos logros fueron alabados por sus amigos y asociados. Su muerte fue informada como un accidente, atribuido a un desafortunado movimiento de la nave espacial Rama que se había producido en el transcurso de una apendectomía rutinaria. Pero, al cabo de ocho horas de su muerte, la gente curiosa se estaba haciendo preguntas en todas partes. ¿Por qué la nave espacial Rama se había movido precisamente en aquel momento? ¿Por qué el sistema de protección contra fallas del CirRob no había detenido la operación? ¿Por qué los oficiales médicos humanos que controlaban todo el proceso no habían desconectado la energía antes que fuera demasiado tarde?

Nicole des Jardins se hacía a sí misma idénticas preguntas. Ya había completado todos los documentos requeridos cuando se produce una muerte en el espacio, y había sellado el cuerpo de Borzov en un ataúd al vacío en la parte de atrás de la enorme bodega de pertrechos de la nave militar. Había preparado y archivado rápidamente su informe del incidente; O'Toole, Sabatini y Tabori habían hecho lo mismo.

Sólo había una discrepancia significativa en los informes. Janos no mencionó que había intentado alcanzar la caja de control durante la maniobra ramana. Por aquel entonces Nicole no creyó que aquella omisión fuera importante.

Las teleconferencias requeridas con los oficiales de la AIE fueron extremadamente dolorosas. Nicole era la persona que soportó la mayor parte del absurdo y repetitivo interrogatorio. Tuvo que buscar nuevas reservas muy dentro de ella para no perder el control en varias ocasiones. Nicole había esperado que Francesca apuntara una incompetencia por parte del equipo médico de la Newton en su teleconferencia, pero la periodista italiana fue justa e imparcial en su reportaje.

Tras una corta entrevista con Francesca, en la que Nicole le habló de lo horrorizada que se había sentido en el momento en que vio por primera vez la incisión de Borzov llena de sangre, la oficial de ciencias vitales se retiró a su habitación, ostensiblemente para descansar y/o dormir. Pero no se permitió el lujo de descansar. Revisó una y otra vez los segundos críticos de la operación. ¿Podía ella haber hecho algo para cambiar el resultado? ¿Qué podía explicar la falla del CirRob en desconectarse automáticamente?

En la mente de Nicole había muy pocas o ninguna posibilidad de que los algoritmos de protección del CirRob tuvieran alguna falla de diseño; no habrían pasado todas las rigurosas pruebas prelanzamiento si hubieran contenido algún error. Así que, de alguna forma, tenía que haberse producido algún error humano, o una negligencia (¿habían ella y Janos, en su apresuramiento, olvidado inicializar algún parámetro interno de protección?), o un accidente durante aquellos caóticos segundos que siguieron a la inesperada torsión. Su infructuosa búsqueda de una explicación y su fatiga casi total hicieron que se sintiera extremadamente deprimida cuando finalmente se durmió. Para ella, una parte de la ecuación estaba muy clara. Un hombre había muerto, y ella era la responsable.

18 - Post mortem

Como era de esperar, el día siguiente a la muerte del general Borzov estuvo lleno de tensión. La investigación del incidente por parte de la AIE se amplió, y la mayor parte de los cosmonautas se vio sometida a otro largo careo. Nicole fue interrogada acerca de su sobriedad en el momento de la operación. Algunas de las preguntas era malintencionadas, y ella, que estaba intentando conservar sus energías para su propia investigación de los acontecimientos que rodearon la tragedia, perdió la paciencia dos veces durante los interrogatorios.

—Miren —exclamó en un momento determinado—, ya les he explicado cuatro veces que tomé dos copas de vino y una taza de vodka tres horas antes de la operación. He admitido que no habría probado nada de alcohol antes de la cirugía, si hubiera sabido que iba a tener que operar. Incluso he reconocido, en retrospectiva, que tal vez uno de los dos oficiales de ciencias vitales hubiera debido permanecer completamente sobrio. Pero todo esto es a posteriori. Repito lo que dije antes. Ni mi juicio ni mis habilidades físicas estaban disminuidos en ningún sentido por el alcohol en el momento de la operación.

De vuelta a su habitación, Nicole centró su atención en el tema de por qué el robot cirujano siguió con la operación cuando sus sistemas internos de protección hubieran debido abortar todas sus actividades. Según la Guía de Usuario del CirRob, era evidente que al menos dos sistemas de sensores independientes hubieran debido enviar mensajes de error al procesador central del robot cirujano. El sistema de acelerómetro hubiera debido informar al procesador de que las condiciones ambientales estaban más allá de los límites aceptables debido a una fuerza lateral desfavorable. Y las cámaras estéreo hubieran debido transmitir un mensaje indicando que las imágenes observadas sufrían una variación con respecto a las imágenes predichas. Pero, por alguna razón, ningún juego de sensores interrumpió la operación en curso. ¿Qué había ocurrido?

Nicole necesitó casi cinco horas para eliminar la posibilidad de un error importante, ya fuera de software o de hardware, en el sistema del CirRob. Verificó que el software y la base de datos cargados habían sido correctos revisando un código de comparación con la versión estándar del software extensamente comprobada durante el prelanzamiento. También aisló la imagen estéreo y la telemetría del acelerómetro de los escasos segundos inmediatamente después que la nave sufriera la sacudida. Esos datos fueron correctamente transmitidos al procesador central, y hubieran debido dar como resultado una secuencia abortiva. Pero no lo habían hecho. ¿Por qué no? La única explicación posible era que el software había sido cambiado por una orden manual entre el tiempo de carga y la realización de la apendectomía.

Nicole estaba ahora fuera de su lenguaje. Había llevado al límite sus conocimientos del software y de la ingeniería de sistemas convenciéndose a sí misma de que no había habido ningún error en el software cargado. Determinar cómo y cuándo podía alguna orden haber cambiado el código o los parámetros después de instalados en el CirRob requería a alguien que pudiera leer el lenguaje de la máquina e interrogar cuidadosamente a los miles de millones de bits de datos que habían sido almacenados durante todo el proceso. Su investigación se detuvo hasta que pudiera hallar a alguien capaz de ayudarla. ¿Quizá debería abandonar?, dijo una voz dentro de su cabeza.

¿Cómo podrías?, respondió otra voz. No hasta que no sepas con certeza la causa de la muerte del general Borzov. En la raíz de su deseo de conocer la respuesta se hallaba un anhelo desesperado de demostrar con toda seguridad que aquella muerte no había sido culpa suya.

Se apartó de su terminal y se dejó caer en la cama. Mientras permanecía tendida allí, recordó su sorpresa durante el período de inspección de treinta segundos cuando el apéndice de Borzov quedó a la vista. Definitivamente no sufría de apendicitis, pensó. Sin ningún motivo en particular, Nicole regresó a su terminal y accedió al segundo conjunto de datos de evaluación que había obtenido del diagnosticador electrónico, justo antes de su decisión de operar. Miró sólo brevemente el PROBABLE APENDICITIS 92% de la primera pantalla, y pasó al diagnóstico de comprobación. Esta vez REACCIÓN MEDICAMENTOSA era la segunda causa más probable, con un cuatro por ciento de probabilidad. Nicole hizo que los datos fueran ahora mostrados de otra forma. Solicitó una rutina estadística para calcular las causas probables de los síntomas, dado el hecho de que no podía ser apendicitis.

Los resultados parpadearon en el monitor en unos segundos. Nicole se sintió abrumada. Según los datos, si la información de la biometría recogida de las sondas de Borzov era analizada según la suposición de que la causa de la anormalidad no podía ser apendicitis, entonces había unas posibilidades de un 62% de que fuera debida a la reacción a alguna droga o medicamento. Antes que Nicole pudiera completar ningún otro análisis, hubo una llamada en la puerta.

—Adelante —dijo, y siguió trabajando en el terminal. Se volvió ligeramente y vio a Irina Turgeniev de pie en el umbral. La piloto soviética no dijo nada por un momento.

—Me pidieron que viniera a buscarla —murmuró al fin. Siempre se había mostrado muy tímida con todo el mundo excepto sus compañeros europeos orientales, Tabori y Borzov. —Estamos celebrando una reunión del equipo en la sala.

Nicole guardó sus archivos temporales de datos y se reunió con Irina en el corredor.

—¿Qué tipo de reunión? —preguntó.

—Una reunión de organización —respondió Irina. No dijo nada más. Había un acalorado intercambio de palabras entre Reggie Wilson y David Brown en el momento en que las dos mujeres entraron en la sala.

—¿Debo entender entonces —estaba diciendo sarcásticamente el doctor Brown— que cree usted que la nave espacial Rama decidió a propósito maniobrar exactamente en aquel momento? ¿Le importaría explicarnos a todos cómo este asteroide de estúpido metal podía saber que el general Borzov estaba siendo sometido a una apendectomía en

ese preciso instante? Y, puesto que está en ello, ¿nos explicará por qué esta supuestamente maligna nave espacial nos ha permitido conectarnos a ella y no ha hecho nada para disuadirnos de continuar con nuestra misión?

Reggie Wilson miró alrededor en busca de apoyo.

—Usted está usando de nuevo la pseudológica, Brown —dijo, con evidente frustración—. Lo que dice siempre suena superficialmente lógico. Pero yo soy el único miembro de este equipo que halla inquietante la coincidencia. Mire, aquí está Irina Turgeniev. Ella es precisamente la que me sugirió la conexión.

El doctor Brown se dio por enterado de la presencia de las dos mujeres con una inclinación de cabeza. Había una cierta autoridad en la forma en que formulaba sus preguntas que sugería que estaba al control de la reunión.

—¿Es eso cierto, Irina? —preguntó—. ¿Cree usted, como Wilson, que Rama estaba intentando enviarnos algún mensaje específico realizando esa maniobra durante la operación del general?

Irina e Hiro Yamanaka eran los dos cosmonautas que hablaban menos durante las reuniones del equipo. Con todos los ojos vueltos hacia ella, Irina murmuró un "no" apenas audible.

—Pero cuando hablamos de ello esta noche... —insistió Wilson a la piloto soviética.

—Ya basta de este tema —interrumpió imperiosamente David Brown—. Creo que tenemos consenso, compartido por los oficiales del control de nuestra misión en la Tierra, de que la maniobra ramana fue una coincidencia y no una conspiración. —Miró al furioso Reggie Wilson. —Ahora tenemos otros asuntos más importantes que discutir. Me gustaría pedirle al almirante Heilmann que nos contara lo que ha averiguado acerca del problema de la jefatura.

Otto Heilmann se puso de pie ante aquellas palabras y leyó sus notas:

—De acuerdo con los procedimientos del Proyecto Newton, en caso de muerte o incapacidad del oficial de mando, se espera que la tripulación complete todas las secuencias en curso según sus anteriores directivas. Sin embargo, una vez que estas actividades "en curso" hayan terminado, se supone que los cosmonautas aguardarán a que la Tierra nombre un nuevo oficial al mando.

David Brown volvió a intervenir en la conversación.

—El almirante Heilmann y yo empezamos a discutir nuestra situación hará una hora, y hemos llegado rápidamente a la conclusión de que teníamos razones válidas para sentirnos preocupados. La AIE se halla ocupada en su investigación sobre la muerte del general Borzov. Ni siquiera han empezado a pensar en su reemplazo. Una vez que

empiecen a hacerlo, pueden pasar semanas antes de que se decidan. Recuerden, se trata de la misma burocracia que nunca fue capaz de seleccionar un ayudante para Borzov, de tal modo que finalmente decidieron que no lo necesitaba.

Hizo una pausa de varios segundos para permitir que el resto de los miembros del equipo consideraran lo que estaba diciendo.

—Otto sugirió que quizá no debiéramos aguardar a que la Tierra decidiese —continuó el doctor Brown—. Fue idea suya que desarrolláramos nuestra propia estructura de mando, una que fuera aceptable para todos los reunidos aquí, y luego enviáramos a la AIE como una recomendación. El almirante Heilmann piensa que la aceptarán porque eso les evitará lo que puede ser un largo debate.

—El almirante Heilmann y el doctor Brown vinieron a verme con esta idea —dijo entonces Janos Tabori—, y remarcaron lo importante que es para nosotros empezar con nuestra misión dentro de Rama. Incluso plantearon una organización provisional que para mí tenía sentido. Puesto que ninguno de nosotros tiene la amplia experiencia del general Borzov, sugirieron que quizá debiéramos tener ahora dos jefes, posiblemente el almirante Heilmann y el propio doctor Brown. Otto podría cubrir los temas militares y de ingeniería espacial; el doctor Brown se encargaría de los esfuerzos de exploración de Rama.

—¿Y qué ocurrirá cuando estén en desacuerdo en asuntos en los que sus áreas de responsabilidad se entrecrucen? —preguntó Richard Wakefield.

—En ese caso —respondió el almirante Heilmann— someteremos el asunto a votación entre todos los cosmonautas.

—¿No es hábil? —dijo Reggie Wilson. Todavía estaba furioso. Había estado tomando notas en su teclado, pero se puso de pie para dirigirse al resto de los cosmonautas—. Brown y Heilmann estaban preocupados acerca de este problema crítico, y mira por dónde han desarrollado una nueva estructura de mando en la que todo el poder y la responsabilidad se divide entre ellos. ¿Soy yo el único que huele algo podrido en todo esto?

—Oh, vamos, Reggie —dijo Francesca Sabatini enérgicamente. Dejó caer la videocámara a su lado. —Hay lógica en esta proposición. El doctor Brown es nuestro principal científico. El almirante Heilmann ha sido un íntimo colaborador de Valen Borzov durante muchos años. Ninguno de nosotros posee una sólida capacidad de mando en ningún aspecto de la misión. Dividir los deberes significará...

Le resultaba difícil a Reggie Wilson argumentar con Francesca. No obstante, la interrumpió antes que terminara.

—Estoy en desacuerdo con este plan —dijo en un tono controlado—. Creo que deberíamos tener un solo mando. Y, basándome en lo que he observado durante mi tiempo en este equipo, sólo hay un cosmonauta al que todos podamos seguir con facilidad. El general O'Toole. —Hizo un gesto con la mano en dirección a su compatriota norteamericano. —Si esto es una democracia, lo nomino para nuestro nuevo oficial al mando.

Hubo voces generalizadas tan pronto como Reggie se sentó de nuevo. David Brown intentó restablecer el orden.

—Por favor, por favor —exclamó—, una cosa detrás de otra. ¿Deseamos decidir nuestras propias cadenas de mando y luego someterlas a la AIE como un *fait accompli*? Una vez que hayamos llegado a un acuerdo sobre esta cuestión, entonces podremos decidir quiénes deben ser los que manden.

—Yo no había pensado en nada de esto antes de esta reunión —dijo Richard Wakefield—. Pero estoy de acuerdo con la idea de adelantarnos a la burocracia de la Tierra. Ellos no han vivido con nosotros en esta misión. Más importante aún, ellos no están a bordo de una nave espacial pegada a una creación alienígena en alguna parte dentro de la órbita de Venus. Somos nosotros quienes vamos a sufrir, si se efectúa una mala decisión; en consecuencia, somos nosotros quienes debemos decidir nuestra propia organización.

Resultaba claro que todo el mundo, con la posible excepción de Wilson, prefería la idea de definir ellos mismos su estructura de mando y luego presentarla a la AIE.

—De acuerdo —dijo Otto Heilmann al cabo de unos minutos—, ahora debemos elegir a nuestros mandos. Se ha hecho una proposición, sugiriendo un liderazgo compartido entre yo y el doctor Brown. Reggie Wilson ha nominado al general Michael O'Toole como nuestro nuevo oficial al mando. ¿Hay alguna otra sugerencia a discutir?

La sala permaneció en silencio durante diez segundos.

—Discúlpenme —dijo entonces el general O'Toole—, pero me gustaría hacer unas observaciones. —Todo el mundo escuchó al general norteamericano. Wilson tenía razón. Pese a la conocida preocupación de O'Toole por la religión (que no obligaba a nadie a compartirla), tenía el respeto de todo el equipo de cosmonautas. —Creo que debemos ser muy cuidadosos con este punto a fin de no perder el espíritu de equipo para desarrollar el cual hemos luchado durante este último año. Una elección contestada en este punto podría crear una división. Además, esto no es tan importante ni necesario. Independientemente de quién se convierta en nuestro jefe nominal, o jefes, cada uno de

nosotros ha sido entrenado para realizar un conjunto específico de funciones. Las haremos bajo cualquier circunstancia.

Hubo asentimientos de cabeza a lo largo de toda la sala.

—En lo que a mí respecta —prosiguió el general O'Toole—, debo admitir que sé poco o nada acerca de los aspectos del interior de Rama en esta misión. —Nunca he sido entrenado para hacer nada excepto manejar las dos naves espaciales Newton, evaluar cualquier amenaza militar potencial y actuar como nexo de comunicación a bordo. No estoy calificado para actuar como oficial al mando. —Reggie Wilson intentó interrumpirlo, pero O'Toole siguió sin hacer ninguna pausa: —Me gustaría recomendar que adoptemos el plan ofrecido por Heilmann y Brown y seguir adelante con nuestra tarea primordial... es decir, la exploración de este leviatán alienígena que ha acudido a nosotros procedente de las estrellas.

Al terminar la reunión, los dos nuevos jefes informaron al resto de los cosmonautas que un diseño general del escenario de la primera incursión estaría preparado para revisión a la mañana siguiente. Nicole se encaminó a su habitación. De camino se detuvo y llamó a la puerta de Janos Tabori. Al principio no hubo respuesta. Cuando llamó por segunda vez, oyó a Janos preguntar:

—¿Quién es?

—Soy yo, Nicole —respondió.

—Entre —dijo el hombre.

Estaba tendido de espaldas en la pequeña cama, con un fruncimiento muy poco característico en su rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicole.

—Oh, nada. Sólo tengo un poco de dolor de cabeza.

—¿Ha tomado algo?

—No. No es tan serio. —Seguía sin sonreír. —¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó, en un tono casi poco amistoso.

Nicole se sintió desconcertada. Enfocó con cautela el tema.

—Bueno, he estado releyendo su informe sobre la muerte de Valen...

—¿Y por qué lo ha estado haciendo? —interrumpió bruscamente Janos.

—Para ver si había alguna cosa que hubiéramos podido hacer de un modo distinto —respondió Nicole. Le resultaba obvio que Janos no deseaba hablar del tema. Tras aguardar unos segundos, murmuró: —Lo siento, Janos. Creo que me estoy imponiendo a usted. Volveré en otro momento.

—No, no —dijo él—. Suelte lo que tenga que decir. Ésa es una curiosa forma de decirlo, pensó Nicole mientras formulaba su pregunta.

—Janos —dijo—, en ninguna parte de su informe menciona usted haber intentado alcanzar la caja de control del CirRob inmediatamente antes de la maniobra. Y hubiera jurado que vi sus dedos en el teclado del panel de control cuando fui empujada hacia atrás contra la pared.

Nicole se detuvo. No había expresión de ninguna clase en el rostro del cosmonauta Tabori. Era casi como si estuviera pensando en alguna otra cosa.

—No lo recuerdo —dijo al fin, sin la menor emoción—. Puede que tenga usted razón. Quizás el golpe que me di en la cabeza borró parte de mi memoria.

Déjalo correr, se dijo Nicole mientras estudiaba a su colega. No hay nada más que puedas averiguar aquí.

19 - Rito de iniciación

Geneviève se echó bruscamente a llorar.

—Oh, mamá —dijo—. Te quiero tanto, y esto es absolutamente horrible.

Se alejó apresuradamente del campo de la cámara y fue reemplazada por el padre de Nicole. Pierre miró hacia su derecha durante unos segundos, para asegurarse de que su nieta no podía oírlo, y luego se volvió hacia el monitor.

—Estas últimas veinticuatro horas han sido especialmente duras para ella. Ya sabes cómo te idolatra. Parte de la prensa extranjera ha estado diciendo que tú fallaste en la cirugía. Incluso ha habido una sugerencia esta tarde por parte de un periodista de televisión norteamericano de que estabas borracha durante la operación.

Hizo una pausa. La tensión se apreciaba claramente en el rostro de su padre.

—Tanto Geneviève como yo sabemos que nada de eso es cierto. Te queremos profundamente y te enviamos todo nuestro apoyo.

La pantalla quedó vacía. Nicole había iniciado la llamada videofónica y, al principio, le alegró hablar con su familia. Tras la segunda transmisión, sin embargo, cuando su padre y su hija reaparecieron en la pantalla veinte minutos más tarde, resultó evidente que los acontecimientos a bordo de la Newton habían trastornado también la vida en Beauvois. Geneviève se mostraba particularmente alterada. Había llorado intermitentemente mientras hablaba acerca del general Borzov (lo había tratado personalmente en varias ocasiones, y el paternal ruso siempre era especialmente amable con ella), y apenas había

conseguido dominarse antes de echarse a llorar de nuevo inmediatamente antes del fin de la transmisión.

Así que también te he puesto a ti en un compromiso, pensó Nicole mientras se sentaba en su cama. Se frotó los ojos. Se sentía extremadamente cansada. Lentamente, sin darse cuenta de lo deprimida que estaba, se desvistió para meterse en la cama. Su mente estaba atormentada por imágenes de su hija en la escuela en Luynes. Hizo una mueca cuando imaginó a una de las amigas de Geneviève preguntándole acerca de la operación y la muerte de Borzov. Mi querida hija, pensó, debes saber lo mucho que te quiero. Si tan sólo pudiera ahorrarte este dolor. Deseaba poder consolar de alguna manera a Genevieve, apretarla contra sí, compartir una de esas caricias madre-hija que hacen huir a los demonios. Pero no era posible. Genevieve estaba a cien millones de kilómetros de distancia.

Nicole permaneció tendida de espaldas en la cama. Cerró los ojos, pero no consiguió dormir. Era consciente de una profunda y absoluta soledad, una sensación de aislamiento más aguda que ninguna otra cosa que hubiera sentido antes en su vida. Sabía que anhelaba algo de simpatía, algún ser humano que le dijera que sus sentimientos de inadecuación eran excesivos y no encajaban con la realidad. Pero no había nadie. Su padre y su hija estaban allá en la Tierra. De los dos miembros del equipo Newton que conocía mejor, uno estaba muerto y el otro se comportaba en forma sospechosa.

He fracasado, pensó mientras permanecía tendida en la cama. En mi misión más importante, he fracasado. Recordó otra sensación de fracaso, cuando tenía sólo dieciséis años. Por aquel entonces había entrado en competencia para conseguir el papel de Juana de Arco en un enorme concurso nacional asociado con el septingentésimo quincuagésimo aniversario de la muerte de la Doncella. De haber ganado, Nicole habría interpretado a Juana en una serie de representaciones que durarían más de dos años. Se había lanzado de cabeza al desafío, leyendo todos los libros que pudo encontrar acerca de Juana y viendo docenas de representaciones en vídeo. Obtuvo las máximas puntuaciones en virtualmente todas las categorías excepto "adecuación". Hubiera debido ganar, pero no lo logró. Su padre la consoló diciéndole que Francia aún no estaba preparada para que sus heroínas tuvieran la piel oscura.

Pero eso no fue exactamente un fracaso, se dijo la oficial de ciencias vitales de la Newton a sí misma. Y siempre tuve a mi padre para consolarme. Una imagen del funeral de su madre acudió a su memoria. Ella tenía diez años entonces. Su madre había ido sola a la Costa de Marfil para visitar a sus parientes africanos. Anawi estaba en Nidougou

cuando una virulenta epidemia de fiebre Hogan barrió el poblado. La madre de Nicole murió rápidamente.

Cinco días más tarde Anawi fue incinerada como una reina senoufo. Nicole había llorado mientras Omeh le cantaba al alma de su madre a través del mundo inferior y a la Tierra de la Preparación, donde descansaban los seres mientras aguardaban a ser seleccionados para otra vida en la Tierra. Cuando las llamas ascendieron en la pira y las regias ropas de su madre empezaron a arder, Nicole sintió una abrumadora sensación de pérdida. Y de soledad. Pero esa vez también mi padre estaba a mi lado, recordó. Sujetó mi mano mientras contemplábamos desaparecer a mi madre. Juntos fue más fácil de soportar. Me sentí mucho más solitaria durante el Poro. Y más asustada.

Todavía podía recordar la mezcla de terror e impotencia que había inundado su cuerpo de siete años en el aeropuerto de París aquella mañana de primavera. Su padre la había acariciado muy tiernamente.

—Querida, querida Nicole —le dijo—. Te echaré mucho de menos.

Vuelve a mí sana y salva.

—Pero, ¿por qué debo ir, papá? —preguntó ella—. ¿Y por qué tú no vienes con nosotros? Él se inclinó a su lado.

—Vas a ir a formar parte del pueblo de tu madre. Todos los niños senoufo pasan por el Poro a la edad de siete años. Nicole se echó a llorar.

—Pero papá, yo no quiero ir. Soy francesa, no africana. No me gusta nada esa gente extraña y el calor y los bichos...

Su padre colocó firmemente las manos sobre sus mejillas.

—Pero debes ir, Nicole. Tu madre y yo estamos de acuerdo sobre ello. —Ciertamente, Anawi y Pierre habían discutido el tema muchas veces. Nicole había vivido en Francia toda su vida. Todo lo que sabía de su herencia africana era lo que su madre le había enseñado y lo que ella misma había aprendido de sus visitas de dos meses a Costa de Marfil con su familia.

No había sido fácil para Pierre aceptar el enviar a su querida hija al Poro. Sabía que era una ceremonia primitiva. También sabía que era la piedra angular de la religión tradicional senoufo y que le había prometido a Omeh, cuando se casó con Anawi, que todos sus hijos regresarían a Nidougou al menos para el primer ciclo del Poro.

Lo más difícil para Pierre era quedarse atrás. Pero Anawi tenía razón. Él era un extranjero. No podría participar en el Poro. No lo comprendería. Su presencia distraería a la niña. Había un profundo dolor en su corazón cuando besó a su esposa y a su hija y las depositó en el avión a Abidjan Anawi se sentía también aprensiva hacia la ceremonia del

rito de iniciación de su hija única, su niñita de siete años recién cumplidos. Había preparado a Nicole tan bien como pudo. La niña era una lingüista dotada y había captado muy fácilmente los rudimentos del lenguaje senoufo. Pero no había duda de que estaba en gran desventaja con respecto al resto de los niños. Todos los demás habían vivido toda su vida en los poblados nativos o cerca de ellos. Estaban habituados a la zona. Para aliviar un poco el problema de orientación Anawi y Nicole llegaron a Nidouougou una semana antes de tiempo.

La idea fundamental del Poro era que la vida era una sucesión de fases o ciclos, y que cada transición debía ser cuidadosamente señalada. Cada ciclo duraba siete años. Había tres Poros en cada vida senoufo normal, tres metamorfosis que eran necesarias antes de que el niño pudiera transformarse en un adulto de la tribu. Pese al hecho de que muchas costumbres tribales se estaban desvaneciendo con la llegada de los modernos sistemas de comunicación del siglo XXI a los poblados de Costa de Marfil, el Poro seguía siendo una parte integrante de la sociedad senoufo. En el siglo XXII, las prácticas tribales gozaban de una especie de renacimiento, sobre todo después que el Gran Caos demostró a la mayor parte de los líderes africanos que era peligroso depender demasiado del mundo exterior.

Anawi mantuvo en su rostro una buena sonrisa de actriz la tarde que los sacerdotes de la tribu acudieron a llevarse a Nicole para el Poro. No deseaba que su miedo o su ansiedad se transfirieran a su hija. De todos modos, Nicole pudo ver que su madre estaba trastornada.

—Tienes las manos frías y traspiradas, mamá —le susurró en francés cuando abrazó a Anawi antes de partir—. No te preocupes. Estaré bien. —De hecho, Nicole, el único rostro amarronado entre la docena de niñas de piel muy negra que subían a los cochecitos, parecía casi alegre y expectante, como si fuera a un parque de diversiones o un zoo.

Había cuatro cochecitos, dos de ellos para llevar a las niñas y otros dos que estaban tapados y sobre los que no se les dio ninguna explicación. La amiga de Nicole de hacía cuatro años, Lutuwa, que en realidad era una de sus primas, explicó al resto de las niñas que los otros cochecitos contenían a los sacerdotes y los "instrumentos de tortura". Hubo un largo silencio antes que una de las niñas tuviera el valor de preguntarle a Lutuwa de qué estaba hablando.

—Lo soñé todo hace dos noches —dijo Lutuwa, como quien explica un hecho concreto—. Van a quemarnos los pezones y a meternos objetos puntiagudos por todos nuestros agujeros. Y, mientras no lloremos, no sentiremos ningún dolor. —Las otras cinco

niñas en el cochecito de Nicole, incluida Lutuwa, apenas dijeron una palabra durante la hora siguiente.

Al anochecer habían viajado un largo camino hacia el este, más allá de la abandonada estación de microondas, a la zona especial conocida sólo por los líderes religiosos de la tribu. La media docena de sacerdotes erigió refugios temporales y encendió una fogata. Cuando ya fue oscuro sirvieron de comer y de beber a las iniciadas, que permanecían sentadas con las piernas cruzadas en un amplio círculo alrededor del fuego. Después de cenar empezó el baile con los atuendos ceremoniales. Omeh narró las cuatro danzas, cada una de las cuales tenía como protagonista uno de los animales indígenas. La música para las danzas procedía de panderetas y burdos xilófonos, con el ritmo mantenido por el monótono batir de un tam-tam. Ocasionalmente, un punto especialmente significativo de la historia era puntuado por un estallido del olifante, el cuerno de caza de marfil.

Justo antes de la hora de irse a dormir Omeh, llevando todavía la gran máscara y el tocado que lo identificaba como cacique, tendió a cada una de las muchachas una gran bolsa hecha con piel de antílope y les dijo que estudiaran muy atentamente su contenido. Había un frasco con agua, algunas frutas secas y nueces, dos trozos de pan nativo, un utensilio para cortar, una cuerda, dos tipos diferentes de ungüentos, y un tubérculo de una planta desconocida.

—Mañana por la mañana cada niña será sacada de este campamento —dijo Omeh— y situada en un lugar específico no demasiado lejos. La niña sólo dispondrá de las cosas que hay en la bolsa de antílope. Se espera que sobreviva por ella misma y regrese al mismo lugar cuando el sol esté muy arriba en el cielo al día siguiente.. "La bolsa contiene todo lo necesario excepto sabiduría, valor y curiosidad. El tubérculo es algo muy especial. Comer la carnosa raíz aterrorizará a la niña, pero también puede proporcionarle poderes anormales de fuerza y visión.

20 - Bendito dormir

La niña permaneció sola durante cerca de dos horas antes de comprender realmente lo que le estaba ocurriendo. Omeh y uno de los sacerdotes más jóvenes la habían situado cerca de una pequeña charca salina, rodeada por todas partes por la alta hierba de la sabana. Le recordaron que volverían al mediodía del día siguiente. Luego se fueron.

Al principio Nicole reaccionó como si toda la experiencia fuera un gran sueño. Sacó el contenido de su bolsa de piel de antílope e hizo un cuidadoso inventario de su contenido.

Dividió mentalmente la comida en tres partes, con la intención de repartirla entre cenar, desayunar y comer algo a media mañana. La comida no era excesiva, pero Nicole juzgó que sería suficiente. Por otra parte, cuando midió visualmente el frasco para determinar lo adecuado de su provisión de agua, llegó a la conclusión de que era escasa. Sería bueno si hallara una fuente o algún riachuelo de aguas claras que pudiera usar en una emergencia.

Su siguiente actividad fue hacerse un mapa mental de su localización, prestando una atención especial a cualquier señal característica que le sirviera para identificar la charca salina desde la distancia. Era una niña extremadamente organizada y, allá en Chilly-Mazarin, jugaba a menudo sola en un amplio solar con árboles muy cerca de su casa. En la habitación de su casa tenía mapas del bosquecillo que había dibujado cuidadosamente a mano, con sus escondites secretos señalados con estrellas y círculos.

Fue cuando se encontró con cuatro antílopes listados, pastando tranquilamente bajo el firme sol de la tarde, que Nicole comprendió lo absolutamente aislada que estaba. Su primer impulso fue buscar a su madre, para mostrarle los hermosos animales que había encontrado. Pero mamá no está aquí, pensó, escrutando el horizonte con la mirada. Estoy completamente sola. La última palabra resonó en su mente con múltiples ecos, y sintió una incipiente desesperación. Luchó contra ella y miró hacia la distancia para ver si podía descubrir alguna señal de civilización. Había pájaros todo alrededor y algunos animales más pastando en el horizonte al límite de su visión, pero ningún signo de seres humanos. Estoy completamente sola, se repitió, mientras un ligero estremecimiento de miedo recorría su cuerpo.

Recordó que deseaba descubrir otra fuente de agua y caminó en dirección a un amplio bosquecillo. No tenía idea de las distancias en la abierta sabana. Aunque se detenía cuidadosamente cada treinta minutos aproximadamente para asegurarse de que todavía podía hallar su camino de vuelta a la charca, le sorprendió que el distante bosquecillo no parecía acercarse. Siguió caminando y caminando. A medida que se desvanecía el atardecer, empezó a sentirse cansada y sedienta. Se detuvo para beber un poco de su agua. Las moscas tsé-tsé la rodearon, zumbando en torno de su rostro cuando intentó beber. Nicole sacó los ungüentos, los olió, y aplicó el que olía peor a su rostro y manos. Al parecer su elección fue correcta; las moscas también hallaron el ungüento desagradable y se mantuvieron a distancia.

Alcanzó los árboles casi una hora después de anochecer. Se sintió encantada al descubrir que había tropezado fortuitamente con un pequeño oasis en medio de la gran extensión de la sabana. Había una vigorosa fuente en el bosquecillo, donde el agua

brotaba del suelo y formaba un pequeño estanque circular de unos diez metros de diámetro. El exceso de agua se vertía por un extremo del estanque y formaba un riachuelo que desaparecía en la sabana. Nicole estaba agotada y sudorosa tras la larga caminata. El agua del estanque era invitadora. Sin pensarlo dos veces, se quitó la ropa, excepto la bombacha, y se dispuso a nadar un poco.

El agua le dio nuevo vigor y calmó su pequeño y cansado cuerpo. Con la cabeza debajo del agua y los ojos cerrados, nadó y nadó y fantaseó que se hallaba en la piscina de la comunidad en su suburbio cerca de París. En su imaginación había ido a la piscina, como hacía generalmente una vez por semana, y estaba jugando a diversos deportes acuáticos con sus amigos. El recuerdo la reconfortó. Tras un largo rato Nicole se volvió de espaldas y dio unas cuantas brazadas. Abrió los ojos y contempló los árboles encima de su cabeza. Los rayos del sol de última hora de la tarde creaban magia alrededor al atravesar las ramas y las hojas. Nicole dejó de nadar y se mantuvo inmóvil en el agua durante unos segundos, buscando alrededor el lugar de la orilla donde había dejado sus ropas. No las vio. Desconcertada, examinó con mayor atención el perímetro del estanque. Siguió sin ver nada. Reconstruyó mentalmente toda la escena de su llegada al bosquecillo y recordó exactamente el lugar donde había dejado tanto su ropa como la bolsa de piel de antílope. Salió del agua y examinó más atentamente el lugar. Éste es definitivamente el sitio, pensó. Y mi ropa y la bolsa han desaparecido. No había forma de sofocar el pánico. La abrumó en un instante. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y un gemido brotó de su garganta.

Cerró los ojos y lloró, esperando que todo no fuera más que un mal sueño y que cuando despertara dentro de unos segundos vería a su madre y a su padre. Pero cuando abrió de nuevo los ojos la misma escena de antes seguía allí. Una niña pequeña medio desnuda estaba sola en la selva africana sin comida ni agua ni esperanzas de rescate antes del mediodía del día siguiente. Y ya casi era oscuro.

Con un gran esfuerzo, consiguió controlar tanto su miedo como sus lágrimas. Decidió buscar su ropa. Donde había estado antes encontró huellas frescas. No tenía forma alguna de saber qué clase de animal podía haber dejado aquellas huellas, así que supuso que era uno de aquellos gentiles antílopes que había visto aquella tarde en la sabana. Eso tendría sentido, pensó lógicamente. Éste es probablemente el mejor estanque de toda la zona. Se detuvieron aquí para beber y sintieron curiosidad hacia mis cosas. Mis chapoteos debieron de asustarlos y los ahuyentaron.

Mientras la luz se desvanecía, siguió las huellas a lo largo de un estrecho sendero entre los árboles. Tras un corto trayecto halló la piel de antílope, o mejor, lo que quedaba

de ella, desechada a un lado del sendero. La bolsa estaba completamente desgarrada. Toda la comida había desaparecido, el frasco de agua se había vaciado casi por completo, y todo lo demás había caído fuera excepto los ungüentos y el tubérculo. Nicole terminó el agua que quedaba en el frasco y tomó éste, junto con el tubérculo, en su mano derecha. Desechó los revueltos ungüentos. Iba a seguir de nuevo el sendero cuando oyó un sonido, a medio camino entre un aullido y un grito. El sonido era muy próximo. El sendero se abría a la sabana unos cincuenta metros más adelante. Nicole aguzó los ojos y creyó ver movimiento, pero no pudo discernir nada específico. Luego oyó el aullido de nuevo, más fuerte esta vez. Se dejó caer sobre el vientre y se arrastró lentamente a lo largo del sendero.

Había un pequeño montículo a unos quince metros antes del extremo del bosquecillo. Desde aquel punto ventajoso Nicole vio el origen del aullido. Dos cachorros de león estaban jugando con su vestido verde. Su atenta madre estaba en el lado opuesto, contemplando el atardecer en la sabana. Nicole se inmobilizó aterrada cuando comprendió que no estaba visitando un zoo, que estaba fuera en un terreno salvaje, y que una auténtica leona africana estaba a tan sólo veinte metros de distancia. Temblando de miedo, retrocedió a lo largo del sendero, muy lentamente, muy en silencio, a fin de no llamar la atención sobre su presencia.

De vuelta cerca del estanque, resistió el impulso de saltar y echar a correr a toda velocidad por la sabana. Entonces la leona me verá sin la menor duda, pensó. Pero, ¿dónde pasar la noche? Hallaré una zanja entre los árboles, razonó, lejos del sendero. Y me quedaré allí inmóvil. Así quizás esté a salvo. Aferrando aún el frasco y el tubérculo, Nicole avanzó cuidadosamente hacia la fuente. Bebió y llenó el frasco. Luego se arrastró al interior del bosquecillo y halló su zanja. Entonces, convencida de que estaba a salvo como podía estarlo bajo las circunstancias, la agotada niña se quedó dormida.

Despertó bruscamente con la sensación de que una multitud de bichos se arrastraba por su cuerpo. Bajó la mano y se frotó el estómago. Estaba cubierto de hormigas. Nicole gritó, y luego se dio cuenta de lo que había hecho. En un destello oyó el crujir de las ramas cuando la leona avanzó por entre la maleza, en busca del animal que había hecho aquel ruido. La niña se estremeció y ahuyentó las hormigas con un palo. Luego vio a la leona mirarla fijamente, con sus ojos de fiera atravesando la oscuridad. Nicole estaba cerca del colapso. En su terror, recordó de algún modo lo que Ornen había dicho acerca del tubérculo. Se llevó la raíz cubierta de tierra a la boca y masticó vigorosamente. Tenía un gusto horrible. Se obligó a tragar.

Un momento más tarde Nicole corría a toda velocidad por entre los árboles, con la leona pisándole los talones. Ramas y hojas cortaban su rostro y pecho. Resbaló en una ocasión y cayó. Cuando alcanzó el estanque, no se detuvo. Corrió por encima del agua, con sus pies apenas rozándola. Agitaba los brazos. Se habían transformado en alas, unas alas blancas. Ni siquiera tocaba el agua. Era una enorme garza blanca flotando sobre el agua, alzando el vuelo en el cielo nocturno. Se volvió y miró a la desconcertada leona muy por debajo de ella. Riendo para sí misma, Nicole intensificó el batir de sus alas y se elevó por encima de todos los árboles. La gran sabana se desenrolló debajo de ella. Podía ver hasta más allá de un centenar de kilómetros.

Voló hasta la charca salada, giró hacia el oeste y divisó un fuego de campaña. Picó hacia él, y sus gritos de ave traspasaron la calma de la noche. Omeh despertó con un sobresalto, vio la solitaria ave con las alas extendidas contra el cielo y lanzó un fuerte grito, también de ave. "¿Ronata?", parecía preguntar su voz. Pero Nicole no respondió. Deseaba volar más arriba, incluso por encima de las nubes.

Al otro lado de las nubes la luna y las estrellas eran claras y brillantes. La saludaron. Creyó oír música en la distancia, un tintinear como de campanillas de cristal, mientras planeaba más y más arriba. Intentó agitar sus alas. Apenas se movían. Se habían convertido en superficies de control, que ahora se extendían para incrementar el poder de ascensión en el aire ultratenue. Sus cohetes de popa escupieron fuego. Nicole era ahora una lanzadera plateada, fina y esbelta, que dejaba atrás la Tierra.

La música era más fuerte ahí fuera en órbita. Era una magnífica sinfonía, en completa armonía con la mayestática Tierra bajo sus pies. Oyó que alguien pronunciaba su nombre. ¿Desde dónde? ¿Quién podía estar llamándola ahí fuera? El sonido procedía de más allá de la Luna.

Cambió su rumbo, apuntó hacia el vacío del espacio profundo y disparó sus cohetes de nuevo. Pasó más allá de la Luna, alejándose del Sol. Su velocidad seguía creciendo exponencialmente. Tras ella, el Sol se hacía más y más pequeño. Se convirtió en una pequeña luz y luego desapareció por completo. Todo alrededor sólo había oscuridad. Contuvo el aliento y salió a la superficie del agua.

La leona estaba merodeando de arriba abajo en el borde del estanque. Nicole pudo ver vívidamente todos los músculos de sus poderosos cuartos delanteros y leyó la expresión de su rostro. Por favor, déjame sola, dijo Nicole, no voy a hacerte ningún daño ni a ti ni a tus cachorros.

—Reconozco tu olor —respondió la leona—. Mis cachorros estuvieron jugando con este olor.

Yo también soy un cachorro, prosiguió Nicole, y quiero volver junto a mi madre. Pero tengo miedo.

—Sal del agua —respondió la leona—. Déjame verte. No creo que seas lo que dices.

Reuniendo todo su valor, con los ojos clavados en la leona, la niña salió lentamente del agua. La leona no se movió. Cuando el agua le llegaba sólo a la cintura, Nicole unió sus brazos formando como una canastilla y empezó a cantar. Era una melodía sencilla, pacífica, la que recordaba del principio de su vida, cuando su madre o su padre le daban el beso de buenas noches, la ponían en la cuna y luego apagaban la luz. Los pequeños animales en el móvil giraban y giraban mientras una suave voz de mujer cantaba la canción de cuna de Brahms.

—Duerme y descansa... Que tu sueño sea bendecido.

La leona encogió sus patas traseras y amenazó con saltar. La niña, aún cantando suavemente, siguió andando hacia el animal. Cuando Nicole estuvo completamente fuera del agua y a sólo unos cinco metros de distancia, la leona saltó a un lado y desapareció de nuevo en el bosque. Nicole siguió andando, con la suave canción proporcionándole a la vez consuelo y fuerza. Al cabo de unos pocos minutos estaba de vuelta al borde de la sabana. A la salida del sol había alcanzado la charca, donde se tendió entre las hierbas y se quedó inmediatamente dormida. Omeh y los sacerdotes senoufo la hallaron tendida allí, medio desnuda y aún dormida, cuando el sol estaba ya alto en el cielo.

Podía recordar todo aquello como si hubiera sido ayer. Han pasado casi treinta años, meditó mientras permanecía tendida, completamente despierta, en su pequeña cama de la nave, y las lecciones que he aprendido nunca han dejado de ser valiosas. Nicole pensó en la niña de siete años que se había visto extraviada en un mundo completamente alienígena y había conseguido sobrevivir. Entonces, ¿por qué siento lástima por mí misma ahora?, pensó. Aquélla fue una situación mucho más difícil.

Sumergirse en su experiencia infantil le había proporcionado una fuerza inesperada. Ya no se sentía deprimida. Su mente trabajaba de nuevo por delante del tiempo, intentando formular un plan que le proporcionara las respuestas críticas a lo que había ocurrido durante la operación de Borzov. Había echado a un lado su soledad.

Se dio cuenta de que tendría que permanecer a bordo de la Newton durante la primera incursión si quería efectuar un detallado análisis de todos los aspectos del incidente Borzov. Decidió plantearle el asunto a Brown o Heilmann por la mañana.

Finalmente, la exhausta mujer se quedó dormida. Mientras derivaba al mundo crepuscular que separa el estado despierto del dormido, canturreó una melodía. Era la canción de cuna de Brahms.

21 - El cubo de Pandora

Nicole podía ver a David Brown sentado detrás del escritorio. Francesca estaba inclinada sobre él, señalando algo en un gran mapa abierto delante de los dos. Nicole llamó a la puerta de la oficina del comandante.

—Hola, Nicole —dijo Francesca cuando ésta abrió la puerta—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—He venido a ver al doctor Brown —respondió Nicole—. Respecto de mi misión.

—Oh, entre —dijo Francesca.

Nicole avanzó lentamente, arrastrando un poco los pies, y se sentó en una de las dos sillas frente al escritorio. Francesca se sentó en la otra. Nicole contempló las paredes de la oficina. Definitivamente, habían cambiado. Las fotografías del general Borzov, de su esposa e hijos, junto con su cuadro favorito, una imagen de un pájaro solitario con las alas extendidas planeando sobre el río Neva en Leningrado, habían sido reemplazadas por una sucesión de enormes mapas secuenciales. Los mapas, cada uno de los cuales estaba encabezado con un nombre distinto (Primera Incursión, Segunda Incursión, etcétera), cubrían los tableros de boletines de los lados de un extremo a otro de la pared.

La oficina del general Borzov había sido cálida y personal. Esta habitación era definitivamente estéril e intimidante. El doctor Brown había colgado replicas laminadas de dos de sus más prestigiosos premios científicos internacionales en la pared detrás de su escritorio. También había elevado la altura de su silla a fin de poder mirar desde un plano superior a todos los demás que estuvieran sentados allí.

—He venido a verlo por un asunto personal —dijo Nicole. Aguardó varios segundos, esperando que David Brown le pidiera a Francesca que se marchara. No dijo nada. Finalmente, Nicole miró en dirección a Francesca para dejar bien claras sus palabras.

—Me ha estado ayudando en las tareas administrativas —explicó el doctor Brown—. Considero que su intuición femenina detecta a menudo señales que a mí se me han pasado por alto.

Nicole permaneció sentada en silencio durante otros quince segundos. Se había preparado para hablar con David Brown. No había esperado que fuera necesario explicarle también todo a Francesca. Quizá simplemente debiera levantarme y marcharme, pensó por un instante, algo sorprendida al descubrir que se sentía irritada por el hecho de que Francesca estuviera allí.

—He leído las asignaciones para la primera incursión —dijo finalmente, en un tono formal—, y desearía hacer una petición. Mis deberes, tal como están señalados en la secuencia, son mínimos. Irina Turgeniev, me parece, también tiene poco trabajo en esa incursión de tres días. Recomiendo que traspase mis tareas no médicas a Irina, y yo me quedaré a bordo de la Newton con el almirante Heilmann y el general O'Toole. Seguiré atentamente los progresos de la misión, y puedo estar disponible de inmediato si hay algún problema médico significativo. De otra manera, Janos puede ocuparse de las responsabilidades de las ciencias vitales.

Hubo un nuevo silencio en la habitación. El doctor Brown miró a Nicole y luego a Francesca.

—¿Por qué desea quedarse a bordo de la Newton —preguntó al fin Francesca—. Más bien hubiera creído que estaba usted ansiosa por ver el interior de Rama.

—Como ya he dicho, se trata de un asunto personal —respondió vagamente Nicole—. Todavía me siento extremadamente cansada tras la prueba de Borzov, y tengo un montón de papeles que poner en orden. La primera incursión sería una prueba para mí. Preferiría estar completamente descansada y preparada para la segunda.

—Es una petición altamente irregular —dijo David Brown—, pero, bajo las circunstancias, creo que podemos arreglarlo. —Miró de nuevo a Francesca. —Pero me gustaría pedirle un favor. Si no va a ir usted a Rama, entonces quizás estaría dispuesta a relevar a O'Toole como oficial de comunicaciones de tanto en tanto. Así el almirante Heilmann podría ir dentro...

—Por supuesto —respondió Nicole antes de que Brown hubiera terminado.

—Bien. Entonces supongo que todos estamos de acuerdo. Cambiaremos los manifiestos para la primera incursión. Usted permanecerá a bordo de la Newton. —Después que el doctor Brown terminó de hablar, Nicole no hizo ningún gesto de abandonar su silla. —¿Hay algo más? —preguntó impaciente.

—Según el procedimiento, el oficial de ciencias vitales prepara los memorándums de certificación de los cosmonautas antes de cada incursión. ¿Debo enviarle una copia al almirante...?

—Déme todos esos memorándums a mí —la interrumpió el doctor Brown—. El almirante Heilmann no se ocupa de los asuntos de personal. —El científico norteamericano miró directamente a Nicole. —Pero no necesita preparar nuevos informes para la primera incursión. Ya he leído los documentos que escribió para el general Borzov. Son completamente adecuados.

Nicole no permitió que la penetrante mirada del hombre la amedrentara. Así que sabe lo que escribí acerca de él y de Wilson, pensó, y cree que debería sentirme culpable o azorada. Bien, pues no es así. Mis opiniones no han cambiado sólo porque ahora esté usted nominalmente a cargo de las cosas.

Aquella noche Nicole siguió con su investigación. Su detallado análisis de los datos biométricos del general Borzov mostraron que había habido extraordinarios niveles de dos extraños productos químicos en su sistema, justo antes de su muerte. Nicole no podía dilucidar de dónde habían procedido. ¿Había estado tomando alguna medicación sin su conocimiento? ¿Podían esos productos químicos, que era sabido que desencadenaban dolor (eran usados, según su enciclopedia médica, para comprobar la sensibilidad al dolor en pacientes neurológicamente alterados), haber sido fabricados de algún modo internamente por algún tipo de reacción alérgica?

¿Y Janos? ¿Por qué no podía recordar el haber tendido la mano hacia la caja de control? ¿Por qué se había mostrado reticente y reservado desde la muerte de Borzov? Poco después de medianoche, miró al techo de su pequeño dormitorio. Hoy el equipo entra en Rama y yo estaré aquí sola. Deberé aguardar hasta entonces para proseguir mi análisis. Pero no podía esperar. Era incapaz de echar a un lado todas las preguntas que inundaban su mente. ¿Es posible que haya una conexión entre Janos y las drogas en Borzov? ¿Es posible que su muerte no fuera completamente accidental?

Sacó su maletín personal del diminuto armario. Lo abrió apresuradamente, y el contenido saltó por los aires. Atrapó un grupo de fotografías familiares que estaban flotando encima de la cama. Luego reunió la mayor parte de las otras cosas y volvió a meterlas en el maletín. Retuvo en su mano el datacubo que el rey Henry le había dado en Davos.

Dudó antes de insertar el cubo. Al fin, inspiró profundamente y lo colocó en el lector. Un menú de dieciocho apartados apareció de inmediato en el monitor. Podía elegir cualquiera de los doce dossiers individuales de los cosmonautas o seis compilaciones distintas de estadísticas sobre el grupo. Nicole pidió el dossier de Janos Tabori. Había tres submenús en su biografía: datos personales, resumen cronológico y evaluación psicológica. Por el tamaño de los archivos listados podía decir que el resumen cronológico contenía la mayoría de los detalles.

Nicole accedió primero a los datos personales para familiarizarse con el formato de los dossiers.

El breve cuadro no le decía mucho que ya no supiera. Janos tenía cuarenta y un años y era soltero. Cuando no estaba de servicio para la AIE, vivía solo en un apartamento en

Budapest, a sólo cuatro manzanas de donde su dos veces divorciada madre vivía también sola. Se había graduado con honores en ingeniería en la universidad de Hungría en 2183. Además de algunos datos mundanos como altura, peso y número de familiares directos e indirectos, el cuadro listaba otros dos números: EI (Evaluación de Inteligencia) y es (Coeficiente de Socialización). Los números de Tabori eran +3,37 para el EI y 64 para el es.

Nicole regresó al menú principal y pidió el glosario para refrescar su memoria acerca de las definiciones de la EI y el es. Supuestamente los números de EI representaban una medida compuesta de inteligencia general, basada en una comparación con una población estudiantil similar de ámbito mundial. Todos los estudiantes realizaban un conjunto de pruebas estandarizadas en momentos específicos entre las edades de doce y veinte años. El índice era en realidad un exponente en un sistema métrico decimal. Una EI número cero era la media. Un índice de EI de +1,00 significaba que el individuo estaba por encima del 90% de la población; +2,00 estaba por encima del 99% de la población; +3,00 por encima del 99,9%, etc. Un índice de EI negativo indicaba una media por debajo de la inteligencia general. La puntuación de +3,37 de Janos lo situaba en el centro de una décima parte del uno por ciento de la población en lo que a inteligencia se refería.

Los números de CS tenían una explicación mucho más directa. También se basaban en una batería de tests estandarizados hechos a todos los estudiantes entre los doce y los veinte años, pero la interpretación aquí era mucho más fácil de comprender. La puntuación más alta en es era de 100. Una persona que puntuara cerca de 100 era querida y respetada virtualmente por todo el mundo, se adecuaba en casi cualquier grupo, casi nunca se mostraba peleador o de mal humor, y podía confiarse mucho en él. Una nota a pie de página en la explicación de las puntuaciones de CS reconocía que los tests escritos no podían medir con exactitud los rasgos personales en todos los casos, así que los números debían ser usados con discreción.

Nicole se recordó a sí misma efectuar en algún momento una comparación de las puntuaciones EI y es de todos los cosmonautas. Luego accedió al resumen cronológico de Janos Tabori. Los siguientes sesenta minutos fueron una experiencia que le abrió los ojos. Como oficial de ciencias vitales, había estudiado por supuesto los archivos personales oficiales de la AIE de todo el equipo. Pero si la información acerca de Janos Tabori contenida en el cubo que le había entregado el rey Henry era correcta (y no tenía ninguna forma de saber si era de una u otra forma), entonces los archivos de la AIE eran lamentablemente incompletos.

Nicole estaba enterada de que Janos había sido seleccionado dos veces como el estudiante de ingeniería más sobresaliente en la universidad de Hungría; lo que no había sabido anteriormente era que había sido presidente durante dos años de la Asociación de Estudiantes Gays de Budapest. Estaba al corriente de que había entrado en la Academia del Espacio en 2192 y se había graduado en sólo tres años (debido a su experiencia anterior con una serie de importantes proyectos de ingeniería soviéticos); nadie le había dicho nunca que anteriormente había solicitado dos veces su admisión en la Academia, y que en ambas ocasiones fue rechazado. Pese a sus sensacionales puntuaciones, había fracasado las dos veces en su entrevista personal. En ambas ocasiones el comité entrevistador estaba encabezado por el general Valeri Borzov. Janos había actuado activamente en varias organizaciones gays hasta 2190. A partir de entonces renunció a todas ellas y nunca volvió a unirse o a participar en ninguna actividad gay organizada. Ninguna de esas informaciones figuraba en el archivo de la AIE.

Nicole se sintió asombrada por lo que acababa de averiguar. No era el hecho de que Janos hubiera sido (o fuera) homosexual lo que la trastornaba; estaba libre de prejuicios en lo que a orientaciones sexuales se refería. Lo que más la preocupaba era la posibilidad de que su archivo oficial hubiera sido deliberadamente censurado para extirpar de él todas las referencias tanto a su homosexualidad como a sus anteriores interacciones con el general Borzov.

Las últimas entradas en el resumen cronológico de Tabori fueron también sorprendentes para Nicole. Según el dossier, Janos había firmado al parecer un contrato con Schmidt y Hagenest, el conglomerado editorial alemán, la última semana de diciembre, justo antes del lanzamiento. Su tarea era realizar un consulting no especificado para una amplia variedad de proyectos post-Newton relativos a los media en apoyo de lo que era referido como el proyecto Brown-Sabatini. El cosmonauta Tabori había recibido un adelanto inicial de trescientos mil marcos por la firma. Tres días más tarde su madre, que había estado aguardando casi un año uno de los nuevos implantes cerebrales artificiales que invertían los daños causados por la enfermedad de Alzheimer, entraba en el Hospital Bávaro de Munich para someterse a cirugía neurológica.

Con los ojos cansados y ardientes, Nicole terminó de leer el extenso dossier del doctor David Brown. Durante las horas que había estado estudiando su resumen cronológico, había creado un subarchivo especial para aquellos datos del sumario que eran de un interés particular para ella. Antes de intentar dormir de nuevo, Nicole pasó por la pantalla una vez más aquel subarchivo especial.

Verano de 2161: Brown, con once años, es enrolado en el Campo Longhorn por su padre, venciendo las fuertes objeciones de su madre: un típico campo de verano al aire libre en una zona de colinas de Texas para muchachos de clase alta, con facilidades atléticas de todo tipo, prácticas de tiro con rifle, náutica y excursiones. Los chicos viven en grupos de diez en barracones. Brown se hace inmediatamente muy impopular. El quinto día sus compañeros de barracón lo atrapan al salir de la ducha y le pintan los genitales de negro. Brown se niega a salir de la cama hasta que su madre viaja tres mil kilómetros para recogerlo y llevarlo de vuelta a casa. Al parecer, el padre ignora por completo a su hijo después de este incidente.

Septiembre de 2166: Tras ser elegido para pronunciar el discurso de despedida en una escuela secundaria privada, Brown se inscribe como estudiante de primer año en física en Princeton. Permanece en Nueva Jersey sólo ocho semanas. Completa el trabajo de estudiante no graduado en la SMU mientras vive en su casa.

Junio de 2173: Obtiene el doctorado en física y astronomía en Harvard. Su consejero para la tesis, Wilson Brownwell, califica a Brown como "un estudiante ambicioso y diligente".

Junio de 2175: Brown completa el posdoctorado con una investigación sobre la evolución de las estrellas en colaboración con Brian Murchison en Cambridge.

Abril de 2180: Se casa con Jeannette Hudson de Pasadena, California. La señora Hudson ha sido estudiante graduada en astronomía en Stanford. Un solo hijo, una niña, Angela, nacida en diciembre de 2184.

Noviembre de 2181: Rechazada su colaboración con el departamento de astronomía de Stanford porque dos miembros del comité de evaluación creen que Brown ha falsificado datos científicos en varias de sus muchas publicaciones científicas. El asunto no llega a resolverse nunca.

Enero de 2184: Nombrado miembro del primer Comité Consultor de la AIE. Prepara amplios planes para una serie de nuevos e importantes telescopios astronómicos en la otra cara de la Luna.

Mayo de 2187: Es nombrado presidente del Departamento de Física y Astronomía de la SMU en Dallas, Texas.

Febrero de 2188: Pelea a puñetazos con Wendell Thomas, profesor de Princeton, en el atrio exterior en una reunión de la AAAS en Chicago. Thomas insiste en que Brown le ha robado y publicado ideas que habían discutido juntos.

Abril de 2190: El mundo científico se ve electrificado no sólo por la publicación de atrevidos modelos del proceso de las supernovas, sino también por la predicción de que

una supernova cercana se producirá a mediados de marzo de 2191. La investigación ha sido hecha en colaboración con una estudiante doctoral de la SMU, Elaine Bernstein de Nueva York. Fuertes sugerencias por parte de asociados graduados de la señorita Bernstein de que las nuevas intuiciones son en realidad de ella. Brown catapultado a la fama como resultado de su atrevida y correcta predicción.

Junio de 2190: Brown se divorcia de su esposa, de la que lleva separado dieciocho meses. La separación ha empezado tres meses después de que Elaine Bernstein haya iniciado su trabajo de graduación.

Diciembre de 2190: Se casa con la señorita Bernstein en Dallas.

Marzo de 2191: La supernova 2191a llena el cielo nocturno de luz, como habían predicho Brown y otros.

Junio de 2191: Brown firma un contrato de dos años como reportero científico con la CBS. Salta a la UBC en 2194 y luego, por recomendación de su agente, a la INN en 2197.

Diciembre de 2193: Brown es premiado con la medalla de honor de la AIE por sus Distinguidos Logros Científicos.

Noviembre de 2199: Firma un contrato en exclusiva por muchos años y muchos millones de marcos con Schmidt y Hagenest para "explotar" todas las posibles aplicaciones comerciales de la misión Newton, incluidos libros, vídeos y material educativo. Forma equipo con Francesca Sabatini como la otra principal, y con los cosmonautas Heilmann y Tabori como consultores. A la firma, recibe una bonificación de dos millones de marcos depositados en una cuenta secreta en Italia.

El despertador la obligó a abrir los ojos cuando apenas había dormido dos horas. Nicole se arrastró fuera de la cama y se refrescó la cara en el lavabo retráctil. Salió lentamente al corredor y se dirigió a la sala. Los otros cuatro cadetes del espacio estaban reunidos en torno de David Brown en el centro de control, revisando excitadamente los detalles de la incursión inicial.

—De acuerdo —estaba diciendo Richard Wakefield—, las primeras prioridades son los telesillas ligeros individuales junto a las escaleras a la derecha e izquierda y un pesado montacargas desde el eje hasta la Planicie Central. Luego establecer un centro de control temporal al borde de la planicie y ensamblar y probar los tres todo terreno. Un tosco campamento esta noche, un campo de base en el emplazamiento Beta cerca del borde del Mar Cilíndrico mañana. Dejaremos el ensamblaje y despliegue de los dos helicópteros para mañana, los vehículos para el hielo y las motoras para el Día Tres.

—Un excelente resumen —respondió el doctor Brown—. Francesca irá con ustedes cuatro mientras montan la infraestructura esta mañana. Cuando los telesillas estén

instalados y sean operativos, el almirante Heilmann y yo nos reuniremos con ustedes junto con el doctor Takagishi y el señor Wilson. Todos dormiremos en el interior de Rama esta noche.

—¿De cuántas bengalas de larga duración disponen? —preguntó Janos Tabori a Irina Turgeniev.

—De doce —respondió ella—. Eso debería ser suficiente para hoy.

—Y esta noche, cuando nos vayamos a dormir ahí dentro, será la noche más oscura que ninguno de nosotros haya visto nunca —dijo el doctor Takagishi—. No habrá luna ni estrellas, ningún reflejo del suelo, nada excepto una absoluta oscuridad alrededor de nosotros.

—¿Cual será la temperatura? —preguntó Wakefield.

—No lo sé seguro —respondió el científico japonés—. Los abejorros iniciales solamente llevaban cámaras. Pero la temperatura en la región alrededor del extremo del túnel era la misma que en Rama I. Si eso sirve de alguna indicación, entonces debería ser de unos diez grados bajo cero en los campamentos. —Takagishi hizo una momentánea pausa. —Subiendo —aclaró—. Ahora nos hallamos en el interior de la órbita de Venus. Esperamos que las luces se enciendan en otros ocho o nueve días, y que el Mar Cilíndrico empiece a fundirse a partir del fondo poco después.

—Eh —bromeó David Brown—, suena como si se estuviera volviendo un converso. Ya no limita todas sus afirmaciones, sólo algunas de ellas.

—Con cada dato que indica que esta nave espacial es como su antecesora de hace setenta años —respondió Takagishi—, las probabilidades de que sean idénticas se incrementan. Hasta ahora, si ignoramos el cronometraje exacto de la maniobra de corrección, todo respecto a los dos vehículos ha sido idéntico.

Nicole se acercó al grupo.

—Bien, miren quién está aquí —dijo Janos con su sonrisa habitual—. Nuestro quinto y último cadete del espacio. —Observó sus ojos hinchados. —Y nuestro nuevo comandante tenía razón. Parece como si necesitara realmente un poco de descanso.

—Yo, por mi parte —intervino Richard Wakefield—, me siento decepcionado de que mi ayudante de ensamblaje de los todo terreno sea ahora Yamanaka en vez de Madame des Jardins. Al menos nuestra oficial de ciencias vitales habla. Puede que tenga que recitarme a mí mismo a Shakespeare para mantenerme despierto. —Dio un ligero codazo a Yamanaka en las costillas. El piloto japonés casi sonrió.

—Quería desearles a todos buena suerte —dijo Nicole—. Como estoy segura de que les habrá dicho ya el doctor Brown, me siento todavía demasiado cansada para ser de mucha ayuda. Espero estar fresca y preparada para la segunda incursión.

—Bien —observó impaciente Francesca Sabatini después de recorrer con su cámara toda la sala y captar un último primer plano de cada rostro—. ¿Estamos listos ya?

—Vamonos —dijo Wakefield. Se encaminaron hacia la esclusa en la parte delantera de la nave espacial.

22 - Amanecer

Richard Wakefield trabajaba rápidamente en la casi oscuridad. Estaba a medio camino en su descenso de la escalera Alfa, donde la gravedad debida a la fuerza centrífuga creada por la rotación de Rama había aumentado a más de un cuarto de g. La luz de su casco iluminaba el cercano campo. Ya casi había terminado con otro pilón.

Comprobó su reserva de aire. Estaba ya por debajo del punto medio. A esas alturas deberían estar ya más adentro de Rama, cerca de donde podían respirar el aire ambiente. Pero habían subestimado el tiempo que les tomaría instalar los telesillas. El concepto era extremadamente simple, y lo habían practicado varias veces en las simulaciones. La parte superior del trabajo, cuando se hallaban en las inmediaciones de las escalerillas y virtualmente ingravidos, había sido relativamente fácil y rápido. Pero a ese nivel la instalación de cada pilón era un proceso diferente debido a la cambiante y cada vez mayor gravedad.

Exactamente a un millar de peldaños encima de Wakefield, Janos Tabori terminaba de envolver líneas de anclaje en torno de las barandillas de metal que alineaban la escalera. Tras casi cuatro horas de tedioso y repetitivo trabajo, empezaba a sentirse cansado. Recordaba la discusión que habían sostenido con el director de ingeniería cuando él y Richard habían recomendado una máquina especializada para la instalación de los ascensores.

—No resulta efectivo en relación con su costo crear un robot para usos no recurrentes —había dicho el hombre—. Los robots sólo son buenos para tareas recurrentes.

Janos miró hacia abajo pero no pudo ver hasta el siguiente pilón, doscientos cincuenta peldaños más abajo.

—¿Todavía no es hora de comer? —le dijo Wakefield a su equipo de comunicaciones.

—Es posible —le llegó la respuesta—. Pero estamos retrasados. No hemos enviado a Yamanaka y Turgeniev a la escalera Gamma hasta las diez y treinta. Al ritmo al que estamos yendo, tendremos suerte si terminamos estos telesillas y el campamento provisional hoy. Tendremos que posponer el montacargas y los todo terreno hasta mañana.

—Hiro y yo ya estamos comiendo —oyeron ambos decir a Irina desde el otro lado del cuenco—. Teníamos hambre. Terminamos la estación superior y el motor en media hora. Ahora estamos en el pilón número doce.

—Buen trabajo —dijo Wakefield—. Pero les advierto que están en la parte fácil, junto a las escalerillas y en la parte superior de la escalera. Trabajar ingrávido es muy fácil. Esperen a que la gravedad sea apreciablemente distinta en cada localización.

—Según el localizador láser de distancias, el cosmonauta Wakefield se halla exactamente a ocho coma trece kilómetros de mí —oyó todo el mundo decir al doctor Takagishi.

—Eso no me dice nada, profesor, a menos que sepa dónde demonios está usted.

—Estoy de pie en el reborde justo fuera de nuestra estación de enlace, cerca del fondo de la escalera Alfa.

—Oh, vamos, Shig, ¿ustedes los orientales nunca pueden ir de acuerdo con el resto del mundo? La Newton está estacionada encima de Rama y usted está encima de la escalera. Si no podemos ponernos de acuerdo en el arriba y el abajo, ¿cómo podemos esperar llegar a comunicarnos alguna vez nuestros sentimientos más íntimos? Y mucho menos jugar al ajedrez juntos.

—Gracias, Janos. Estoy encima de la escalera Alfa. Por cierto, ¿qué está haciendo usted? La distancia se incrementa rápidamente.

—Me estoy deslizando por la barandilla para reunirme con Richard para comer. No me gusta comer solo.

—Yo también bajo para comer —dijo Francesca—. Acabo de terminar de filmar una excelente demostración de las fuerzas de Coriolis usando a Hiro e Irina. Será estupendo para las clases de física elemental. Supongo que estaré ahí en cinco minutos.

Diga, signora —era Wakefield de nuevo—, ¿cree usted que podremos convencerla de que haga algún trabajo honesto para nosotros? Al fin y al cabo, nosotros paramos lo que estamos haciendo para acomodarnos a sus filmaciones... quizá podamos llegar a algún acuerdo con usted.

—Estoy dispuesta —respondió Francesca—. Ayudaré después de comer. Pero lo que me gustaría ahora es un poco de luz. ¿Puede usar una de sus bengalas y permitir que los capte a usted y a Janos en pleno picnic en la Escalera de los Dioses?

Wakefield programó una bengala para una ignición retrasada y subió ochenta peldaños hasta el reborde más próximo. El cosmonauta Tabori llegó al mismo lugar medio minuto antes de que la bengala los iluminara. Desde dos kilómetros más arriba, Francesca tomó una panorámica de las tres escaleras y luego accionó el zoom sobre las dos figuras sentadas con las piernas cruzadas en el reborde. Desde aquella perspectiva, Janos y Richard parecían dos águilas en su nido en lo alto de una montaña.

A última hora de la tarde el telesilla Alfa estaba terminado y listo para ser probado.

—Dejaremos que sea usted el primer cliente —dijo Richard Wakefield a Francesca—, puesto que fue lo bastante buena como para ayudar. —Estaban en plena gravedad al pie de la increíble escalera. Treinta mil peldaños se extendían hacia la oscuridad del cielo artificial sobre sus cabezas. Al lado de ellas en la Llanura Central, el motor del telesilla y la estación de energía portátil autónoma para el telesilla ya eran operativos. Los cosmonautas habían transportado los subsistemas eléctricos y mecánicos en piezas sin ensamblar a sus espaldas, y su ensamblaje había requerido menos de una hora.

—Las pequeñas sillas no están permanentemente conectadas a los cables —explicó Wakefield a Francesca—. A cada extremo hay un mecanismo que las engancha o desengancha. De esa forma no es necesario tener un número casi infinito de sillas.

Francesca se sentó, vacilante, en la estructura de plástico que había sido apartada de un grupo de cestas similares que colgaban a un lado del cable.

—¿Están convencidos de que es seguro? —preguntó, mirando hacia la oscuridad encima de ella.

—Por supuesto —rió Richard—. Es exactamente como la simulación. Y yo iré en la próxima silla detrás de usted, a sólo un minuto o cuatrocientos metros más abajo. De todos modos, el viaje requiere cuarenta minutos desde abajo hasta arriba. La velocidad media es de veinticuatro kilómetros por hora.

—Y yo no hago nada —recordó Francesca—, excepto sentarme quieta, sujetarme, y activar mi sistema respirador a unos veinte minutos de la cima.

—No olvide atarse el cinturón —le recordó Wakefield con una sonrisa—. Si el cable disminuyera su velocidad o se parara cerca de la parte superior, donde usted carece de peso, su impulso podría hacer que usted saliera volando hacia el vacío ramano. —Sonrió. —Pero puesto que todo el telesillas funciona al lado de la escalera, en caso de cualquier emergencia, siempre puede saltar de su cesta y terminar su camino a pie.

Richard asintió con la cabeza y Janos Tabori puso en marcha el motor. Francesca fue alzada del suelo y pronto desapareció encima de ellos.

—Iré directamente a Gamma después de asegurarme de que usted está en camino —dijo Richard a Janos—. El segundo sistema debería ser más sencillo. Con todos nosotros trabajando juntos, deberíamos terminar a las diecinueve como máximo.

—Tendré el campamento preparado cuando alcancen la cima —observó Janos—. ¿Cree usted que aún permaneceremos ahí abajo esta noche?

—Eso no tiene mucho sentido —dijo David Brown desde arriba. Él o Takagishi habían monitorizado todas las comunicaciones de los cosmonautas durante todo el día. —Los todo terreno todavía no están listos. Esperábamos efectuar alguna exploración mañana.

—Si cada uno baja unos cuantos subsistemas —respondió Wakefield—, Janos y yo podemos ensamblar un todo terreno esta noche antes de irnos a dormir. El segundo todo terreno probablemente quedará operativo mañana antes del mediodía si no encontramos ninguna dificultad.

—Eso es un escenario posible —respondió el doctor Brown—. Veamos los progresos que hemos hecho y lo cansados que se sienten todos ustedes dentro de tres horas.

Richard subió a su pequeña silla y aguardó a que el algoritmo automático de carga del procesador uniera su silla al cable.

—Por cierto —dijo mientras iniciaba el ascenso—, muchas gracias por su buen humor de hoy. No sé qué hubiera hecho sin los chistes.

Janos sonrió y agitó la mano hacia su amigo. Mirando hacia arriba desde su moviente silla, Richard Wakefield apenas pudo ver la luz del casco de Francesca. Está a más de cien pisos por encima de mí, pensó. Pero a sólo un dos y medio por ciento de la distancia desde aquí al eje. Este lugar es inmenso.

Rebuscó en su bolsillo y extrajo la estación meteorológica portátil que Takagishi le había pedido que llevara. El profesor deseaba un perfil exacto de todos los parámetros atmosféricos en el cuenco del Polo Norte de Rama. De particular importancia para sus modelos de circulación eran la densidad y la temperatura del aire con respecto a la distancia por debajo de la esclusa.

Wakefield observó las lecturas de la presión, que empezó a uno coma cero cinco barios, cayó por debajo de los niveles terrestres y continuó su firme y monótono declinar. La temperatura se mantenía fija a unos fríos —8 grados Celsius. Se inclinó hacia atrás y cerró los ojos. Era una extraña sensación, ir montado en una cesta hacia arriba, siempre hacía arriba en la oscuridad. Richard bajó el volumen de un canal de su equipo de comunicaciones; la única conversación en curso era entre Yamanaka y Turgeniev, y

ninguno de los dos tenía mucho que decir. Aumentó el volumen de la sexta sinfonía de Beethoven, que sonaba como fondo en otro canal.

Mientras escuchaba la música, Richard se sorprendió de cómo su visión interior de arroyos y flores y campos verdes sobre la Tierra le producía una poderosa sensación de añoranza. Le resultaba casi imposible llegar a captar la milagrosa concatenación de acontecimientos que lo habían arrastrado desde su hogar de juventud en Stratford a Cambridge y a la Academia del Espacio en Colorado y finalmente allí, a Rama, donde estaba montado en un telesilla en medio de la oscuridad a lo largo de la Escalera de los Dioses.

No, Próspero, se dijo a sí mismo, ningún mago podría haber concebido nunca un lugar semejante. Recordó haber visto La tempestad por primera vez cuando era un muchacho y haberse sentido aterrado por el retrato de un mundo cuyos misterios podían hallarse más allá de nuestra comprensión. No existe la magia, había dicho por aquel entonces. Sólo hay conceptos naturales que todavía no podemos explicar. Richard sonrió. Próspero no era un mago; era sólo un científico frustrado.

Un momento más tarde Richard Wakefield se sintió estupefacto por la más sorprendente visión que jamás hubiera contemplado. Mientras su silla ascendía en silencio, paralelamente a la escalera, el amanecer estalló sobre Rama. Tres kilómetros por debajo de él, cortando la Llanura Central, los largos y rectos valles que discurrían desde el borde del cuenco hasta el Mar Cilíndrico estallaron repentinamente con luz. Los seis soles lineales de Rama, tres en cada hemisferio, habían sido cuidadosamente diseñados para producir una iluminación equilibrada a través de todo el mundo alienígena. Las primeras sensaciones de Wakefield fueron de vértigo y náusea. Se hallaba suspendido en medio del aire por un delgado cable, a miles de metros por encima del suelo. Cerró los ojos e intentó mantener su compostura. No vas a caer, se dijo a sí mismo.

—¡Ayyy! —oyó gritar a Hiro Yamanaka.

De la conversación que siguió pudo deducir que Hiro, sobresaltado por el estallido de luz, había perdido pie cerca de la mitad de la escalera Gamma. Al parecer había caído veinte o treinta metros antes de conseguir hábilmente (y afortunadamente) agarrarse a parte de la barandilla.

—¿Se encuentra bien? —preguntó David Brown.

—Creo que sí —respondió Yamanaka, sin aliento.

Superada la breve crisis, todo el mundo empezó a hablar a la vez.

—¡Esto es fantástico! —estaba gritando el doctor Takagishi—. Los niveles de luz son fenomenales. Y todo esto está ocurriendo antes de que se funda el mar. Es diferente. Es absolutamente diferente.

—Tenga otro módulo preparado para mí tan pronto como llegue arriba —dijo Francesca—. Me estoy quedando sin cinta.

—Tanta belleza —añadió el general O'Toole—. Tanta indescriptible belleza. —Él y Nicole des Jardins estaban contemplando el monitor a bordo de la Newton. La imagen a tiempo real de la cámara de Francesca les estaba siendo transmitida a través de la estación de enlace en el eje.

Richard Wakefield no dijo nada. Simplemente miró, sumido en trance por el mundo que tenía a sus pies. Apenas podía divisar a Janos Tabori, el núcleo inferior del telesilla y el medio completado campamento en el fondo de la escalera. Sin embargo, la distancia hasta ellos le proporcionaba alguna medida de las dimensiones de aquel mundo alienígena. Mientras miraba a través de los centenares de kilómetros cuadrados de la Planicie Central, vio sombras fascinantes en todas direcciones. Había dos detalles, sin embargo, que abrumaron su imaginación y su visión: el Mar Cilíndrico y las enormes y puntiagudas estructuras en el cuenco meridional opuesto a él, a cincuenta kilómetros de distancia.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la luz, la gigantesca espira central en el cuenco sur pareció crecer más y más. Había sido llamada el Gran Cuerno por los primeros exploradores. ¿Puede tener realmente ocho kilómetros de altura?, se preguntó Wakefield. Las seis espiras más pequeñas, que rodeaban el Gran Cuerno en un esquema hexagonal y se conectaban tanto a él como a las paredes de Rama mediante enormes contrafuertes volantes, eran cada una más grande que cualquier cosa construida por el hombre sobre la Tierra. Sin embargo, se veían empequeñecidas por la vecina prominencia que se originaba en el mismo centro del cuenco y crecía recta a lo largo del eje de giro del cilindro.

En primer plano, a medio camino entre la posición de Wakefield cerca del polo norte y aquella gigantesca construcción al sur, una franja de un blanco azulado rodeaba el mundo Cilíndrico. El helado mar parecía ilógico y fuera de lugar. Nunca podría fundirse, deseaba decir la mente, o toda el agua caería hacia el eje central. Pero el Mar Cilíndrico era mantenido en sus orillas por la fuerza centrífuga de Rama. Nadie sabía mejor que el equipo Newton que en sus orillas un ser humano tendría el mismo peso que si estuviera de pie al lado de un océano terrestre.

La ciudad isla en el centro del Mar Cilíndrico era la Nueva York de Rama. Para Richard sus rascacielos no habían parecido tan imponentes en las imágenes que había captado a la luz de las bengalas. Pero bajo la luz de los soles ramanos, resultaba claro que esa ciudad ocupaba el centro del escenario. Los ojos eran atraídos hacia Nueva York desde cualquier punto del interior de Rama... la densa isla ovalada de edificios era la única interrupción en el liso anillo que formaba el Mar Cilíndrico.

—¡Simplemente miren Nueva York! —estaba gritando excitado el doctor Takagishi en su equipo de comunicaciones—. Tiene que haber al menos un millar de edificios de más de doscientos metros de altura. —Hizo una pausa de un solo segundo. —Ahí es donde viven ellos. Lo sé. Nueva York tiene que ser nuestro blanco.

Tras los estallidos iniciales hubo un dilatado silencio mientras cada uno de los cosmonautas integraba en privado el mundo de Rama iluminado por el sol en su conciencia. Richard podía ver ahora claramente a Francesca, a cuatrocientos metros por encima de él, mientras su silla cruzaba la transición entre las escaleras y las escalas y se cerraba en el eje.

—El almirante Heilmann y yo acabamos de sostener una rápida conversación —rompió David Brown el silencio—, con algunos consejos del doctor Takagishi. Parece que no hay ninguna razón obvia para que cambiemos nuestros planes en esta incursión, al menos no la primera parte. A menos que ocurra alguna otra cosa inesperada, seguiremos adelante con la sugerencia de Wakefield. Terminaremos los telesillas, bajaremos el todo terreno para ensamblarlo más tarde esta misma mañana, y todos dormiremos en el campamento al pie de la escalera tal como estaba planeado.

—No me olviden a mí —gritó Janos en su equipo de comunicaciones—. Soy el único que no tiene muy buena vista.

Richard Wakefield se soltó el cinturón y saltó al reborde. Miró hacia abajo, hacia donde la escalera desaparecía de la vista.

—De acuerdo, cosmonauta Tabori. Hemos llegado a la Estación Alfa. Cuando dé la señal, lo subiremos para que se reúna con nosotros.

23 - Anochecer

...considerando el maltrato regular que recibió de su neurótico padre y las cicatrices emocionales que deben de permanecer aún en él de su matrimonio de juventud con la joven actriz británica Saráh Tydings, el cosmonauta Wakefield se halla notablemente bien

adaptado. Se sometió a dos años de terapia profesional después de su divulgado divorcio, terminando un año antes de entrar en la Academia del Espacio en 2192. Sus resultados académicos no han sido igualados hasta hoy; sus profesores en ingeniería eléctrica y ciencias informáticas insisten todos en que, en el momento de su graduación, Wakefield sabía más que cualquier otro miembro de la facultad...

...excepto por una debilidad en lo que respecta a la intimidad (particularmente con las mujeres... al parecer no ha mantenido ninguna relación emocional seria desde el rompimiento de su matrimonio), Wakefield no exhibe ninguno de los comportamientos antisociales hallados normalmente en los niños sometidos a malos tratos. Aunque su CS era bajo en su juventud, se ha ido haciendo menos arrogante a medida que maduraba, y ahora es menos probable que fuerce su brillo sobre los demás. Su honestidad y su carácter son irreductibles. El conocimiento, no el poder ni el dinero, parece ser su meta..."

Nicole terminó de leer la evaluación psicológica de Richard Wakefield y se frotó los ojos. Era muy tarde. Había estado estudiando los dossiers desde que el equipo dentro de Rama se había ido a dormir. Despertarían para su segundo día en aquel extraño mundo dentro de menos de dos horas. Su turno de seis horas como oficial de comunicaciones empezaría dentro de otros treinta minutos. Así que, de todo este grupo, pensó Nicole, sólo hay tres que se hallan más allá de toda duda. Esos cuatro con su contrato ilegal con los media ya se hallan comprometidos. Yamanaka y Turgeniev son desconocidos. Wilson es marginalmente estable, y de todos modos tiene su propia agenda. Eso deja a O'Toole, Takagishi y Wakefield.

Nicole se lavó la cara y las manos y se sentó de nuevo ante el terminal. Se salió del dossier de Wakefield y regresó al menú principal del datacubo. Revisó las estadísticas comparativas disponibles y tecleó una orden para que aparecieran un par de displays, uno al lado del otro, en la pantalla. A la izquierda estaba el conjunto de puntuaciones EI para cada miembro del equipo; en el lado opuesto, para comparar, Nicole había colocado los índices es de la docena de miembros del Equipo Newton.

EI

Wakefield +5,58

Sabatini +4,22

Brown +4,17

Takagishi +4,02

Tabori +3,37

Borzov +3,28

D. Jardins +3,04
O'Toole +2,92
Turgeniev +2,87
Yamana. +2,66
Wilson +2,48
Heilmann +2,24

CS

O'Toole 86
Borzov 84
Takagishi 82
Wilson 78
D. Jardins 71
Heilmann 68
Tabori 64
Yamana. 62
Turgeniev 60
Wakefield 58
Sabatini 56
Brown 49

Aunque antes había revisado muy rápidamente la mayor parte de la información de los dossiers, no había leído todos los cuadros de todos los miembros del equipo. Veía ahora algunos de los índices por primera vez. Se sintió particularmente sorprendida del muy alto índice de inteligencia de Francesca Sabatini. Qué desperdicio, pensó inmediatamente. Todo este potencial, utilizado para unas metas tan vulgares.

El nivel general de inteligencia del equipo era totalmente impresionante. Cada cosmonauta se hallaba dentro del uno por ciento superior de la población. Nicole era "uno entre mil", y se hallaba sólo en mitad de la docena. El índice de inteligencia de Wakefield era realmente excepcional, y lo situaba en la categoría de los "supergenios"; Nicole nunca había conocido personalmente a nadie antes con unas puntuaciones tan altas en los tests estandarizados.

Aunque su entrenamiento en psiquiatría le había enseñado a desconfiar de los intentos de cuantificar los rasgos personales, se sintió intrigada también por los índices de CS. Por sí misma hubiera situado intuitivamente a O'Toole, Borzov y Takagishi en la parte superior

de la lista. Los tres hombres parecían seguros de sí mismos, equilibrados y sensibles hacia los demás. Pero se asombró ante el alto coeficiente de socialización de Wilson. Tuvo que ser una persona completamente distinta antes de enredarse con Francesca. Nicole se preguntó por un breve momento por qué su propio índice de CS no era más alto que 71; luego recordó que cuando joven había sido más retraída y egoísta.

¿Y Wakefield?, se preguntó, dándose cuenta de que era el único candidato viable que podía ayudarla a comprender lo que había ocurrido dentro del software del CirRob durante la operación de Borzov. ¿Podía confiar en él? ¿Y podía recabar la ayuda de Richard sin revelar algunas de sus improbables sospechas? De nuevo el pensamiento de abandonar totalmente su investigación le pareció muy sugestivo. Nicole, se dijo. Si esta idea tuya de una conspiración se revela como una pérdida de tiempo...

Pero estaba convencida de que había suficientes preguntas sin contestar para desear continuar su investigación. Decidió hablar con Wakefield. Tras determinar que podía añadir sus propios archivos al datacubo del Rey, creó un nuevo archivo, el decimonoveno, llamado simplemente NICOLE. Acudió a la subrutina del tratamiento de textos y escribió un breve memorándum.

3-3-00- He dado por sentado que la malfunción del CirRob durante la operación de Borzov fue debida a una orden manual externa tras la carga inicial y la verificación. Pienso pedirle ayuda a Wakefield.

Nicole tomó un datacubo en blanco del cajón de material al lado de su ordenador. Copió en él tanto el memorándum como toda la información almacenada en el cubo que le había dado el rey Henry. Cuando se vistió con su overol de vuelo para acudir a su turno, se guardó el duplicado del cubo en el bolsillo.

El general O'Toole estaba dormitando en el Complejo de Mando y Control de la nave militar cuando llegó Nicole a sustituirlo. Aunque los displays visuales en el pequeño vehículo no eran tan impresionantes como los de la nave científica, el equipo del CMC militar como centro de comunicaciones era muy superior, en especial desde el punto de vista de la ingeniería humana. Todos los controles podían ser manejados fácilmente por un solo cosmonauta.

O'Toole se disculpó por no estar despierto. Señaló los tres monitores que mostraban tres vistas distintas de la misma escena... el resto del equipo profundamente dormido dentro del tosco campamento a los pies de la escalera Alfa.

—Estas últimas cinco horas no han sido lo que se podría llamar excitantes —comentó. Nicole sonrió.

—General, no necesita disculparse conmigo. Sé que lleva de servicio casi veinticuatro horas ininterrumpidas. El general O'Toole se puso de pie.

—Después que usted se fue —resumió, comprobando su diario de a bordo electrónico en uno de los seis monitores frente a él—, terminaron de cenar y luego empezaron a ensamblar el primer todo terreno. El programa automático de navegación falló en su autotest, pero Wakefield encontró el problema, una falla de software en una de las subrutinas que fueron cambiadas en la última entrega, y lo arregló. Tabori tomó el todo terreno para una vuelta prueba antes que el equipo se preparara para dormir. Al final del día Francesca envió una emocionante transmisión a la Tierra. —Hizo una breve pausa. — ¿Le gustaría verla?

Nicole asintió. O'Toole activó el monitor de televisión más a la derecha, y Francesca apareció en un primer plano fuera del campamento. La imagen mostraba una porción del fondo de la escalera y también el equipo del telesilla.

—Es hora de dormir en Rama —entonó. Alzó la vista y miró alrededor. —Las luces en este sorprendente mundo se encendieron inesperadamente hará unas nueve horas, mostrándonos con mayor detalle el elaborado trabajo manual de nuestros primos inteligentes de las estrellas.

Un montaje de fotos fijas y cortos vídeos, algunos tomados por los abejorros y otros por la propia Francesca aquel mismo día, puntuaron su recorrido del "pequeño mundo" artificial que el equipo estaba "a punto de explorar". Al final del breve segmento, la cámara se centró de nuevo en Francesca.

—Nadie sabe por qué esta segunda nave espacial en menos de un siglo ha invadido nuestros pequeños dominios en el borde de la galaxia. Quizás esta magnífica creación no tenga ninguna explicación que sea ni siquiera remotamente comprensible para nosotros, los seres humanos. Pero quizás, en alguna parte de este enorme y exacto mundo de metal, hallemos algunas claves que nos permitan desentrañar los misterios que envuelven a las criaturas que construyeron este vehículo. —Sonrió, y las aletas de su nariz se agitaron espectacularmente. —Y, si lo hacemos, entonces quizá nos habremos acercado un paso más a la comprensión de nosotros mismos... y también de nuestros dioses.

Nicole hubiera dicho que el general O'Toole se sentía emocionado por la oratoria de Francesca. Pese a su antipatía personal hacia la mujer, Nicole admitió a regañadientes una vez más que Francesca tenía talento.

—Capta también mis sentimientos acerca de esta aventura —se entusiasmó O'Toole—. . Simplemente me gustaría saber expresarme del mismo modo.

Nicole se sentó ante la consola y entró el código de arranque. Siguió con los ojos el procedimiento listado en el monitor y comprobó todo el equipo.

—De acuerdo, general —dijo mientras se volvía en su silla—. Creo que puedo arreglármelas desde aquí.

O'Toole se demoró detrás de ella. Era evidente que deseaba charlar un poco.

—Tuve una larga conversación con la signora Sabatini hace tres noches —dijo—. Sobre religión. Ella me dijo que se había vuelto agnóstica antes de regresar finalmente a la Iglesia. Me dijo que pensar en Rama la había vuelto católica de nuevo.

Hubo un largo silencio. Por alguna razón, la Iglesia del siglo XV en el antiguo pueblo de Sainte Étienne de Chigny, a ochocientos metros por debajo de la carretera de Beauvois, acudió a la mente de Nicole. Recordó que permaneció de pie en el interior de la iglesia con su padre un hermoso día de primavera y se sintió fascinada por la luz que se difundía a través de los vitrales de las ventanas.

—¿Dios hizo los colores? —le preguntó a su padre.

—Algunos dicen que sí —respondió su padre lacónicamente.

—¿Y qué piensas tú, papá? —insistió ella.

—Debo admitir —estaba diciendo el general O'Toole, y Nicole se obligó a regresar al presente— que todo el viaje ha sido espiritualmente exaltante para mí. Me siento más cerca de Dios ahora de lo que nunca me había sentido antes. Hay algo en la contemplación de la enormidad del universo que hace que uno se sienta más humilde... —Se interrumpió. —Lo siento —empezó a disculparse—, le he impuesto...

—No, no lo ha hecho —respondió Nicole—. Encuentro su certeza religiosa muy estimulante.

—De todos modos, espero no haberla ofendido en ningún sentido. La religión es un asunto muy íntimo. —Sonrió. —Pero algunas veces resulta difícil no compartir los sentimientos de uno, particularmente puesto que tanto usted como la signora Sabatini son también católicas.

Cuando O'Toole abandonó el complejo de control, Nicole le deseó un profundo sueño reparador. Una vez sola, extrajo el duplicado del datacubo de su bolsillo y lo colocó en el lector de cubos del CMC. Al menos de esta forma, se dijo, he duplicado mis fuentes de información. A su mente acudió una imagen de Francesca Sabatini escuchando intensamente mientras el general O'Toole derramaba filosofía sobre el significado religioso de Rama. Es usted una mujer sorprendente, Francesca, pensó. Hace todo lo que sea necesario. Incluso la inmoralidad y la hipocresía son cosas aceptables.

El doctor Shigeru Takagishi contemplaba en arrobado silencio las torres y las esferas de Nueva York, a cuatro kilómetros de distancia. De tanto en tanto se dirigía al telescopio que había montado temporariamente sobre el risco que dominaba el Mar Cilíndrico y estudiaba algún rasgo en particular de aquel paisaje alienígena.

—¿Saben? —les dijo finalmente a los cosmonautas Wakefield y Sabatini—, no creo que los informes que dio el primer equipo explorador sobre Nueva York sean completamente exactos. O, de otro modo, ésta es una nave espacial distinta.

Ni Richard ni Francesca respondieron. Wakefield estaba atareado en los últimos detalles del montaje del vehículo para el hielo, y Francesca, como de costumbre, filmaba todos los esfuerzos de Wakefield.

—Parece como si ciertamente hubiera tres partes idénticas en la ciudad —prosiguió el doctor Takagishi, hablando sobre todo para sí mismo—, y tres subdivisiones dentro de cada una de esas partes. Pero todas las nueve secciones no son absolutamente idénticas. Parecen existir sutiles diferencias.

—Ya está —dijo Richard Wakefield, poniéndose de pie con una sonrisa satisfecha—. Eso tiene que funcionar. Todo un día por delante del plazo previsto. Voy a probar en un momento todas las funciones más importantes.

Francesca consultó su reloj.

—Llevamos casi media hora de retraso según el programa previsto. ¿Vamos a poder echarle una rápida mirada a Nueva York antes de cenar?

Wakefield se encogió de hombros y miró a Takagishi. Francesca se dirigió hacia el científico japonés.

—¿Qué dice usted al respecto, Shigeru? ¿Debemos efectuar una rápida carrera sobre el hielo y proporcionarle a la gente de la Tierra una visión más de cerca de la versión ramana de Nueva York?

—Por supuesto —respondió Takagishi—. Estoy impaciente...

—Sólo si están de vuelta en el campamento a las diecinueve y treinta lo más tarde —interrumpió David Brown. Estaba en el helicóptero con el almirante Heilmann y Reggie Wilson. —Necesitamos planificar seriamente esta noche. Es posible que deseemos revisar lo previsto para mañana.

—De acuerdo —dijo Wakefield—. Si olvidamos por el momento el sistema de poleas y no tenemos ningún problema en transportar el vehículo para el hielo escaleras abajo, tenemos que conseguir cruzar el mar en diez minutos en cada dirección. Esto nos permitirá regresar al campamento con el tiempo de sobra.

—Hemos estado sobrevolando muchas partes del Hemicilindro Sur esta tarde —indicó Brown—. No se ven biots por ninguna parte. Las ciudades parecen duplicadas las unas de las otras. No hubo ninguna sorpresa en ninguna parte de la Planicie Central. Personalmente creo que quizá debiéramos atacar el misterioso sur mañana.

—Nueva York —exclamó Takagishi—. Un reconocimiento detallado de Nueva York debería ser nuestra meta para mañana.

Brown no respondió. Takagishi se dirigió hacia el borde del risco y contempló el hielo a cincuenta metros debajo de él. A su derecha, la poco impresionante y estrecha escalera cortada en el risco descendía en cortos peldaños.

—¿Cuánto pesa el vehículo para el hielo? —preguntó.

—No mucho —respondió Wakefield—. Pero es voluminoso. ¿Está seguro de que no desea que instale las poleas? Siempre podemos cruzar mañana.

—Puedo ayudar a bajarlo —intervino Francesca—. Si al menos no vemos Nueva York, no podremos decir nada en la reunión de planificación de esta noche.

—De acuerdo —respondió Richard, agitando divertido la cabeza ante Francesca—. Todo sea por el periodismo. Yo iré delante, a fin de que la mayor parte de la carga descansa sobre mis espaldas. Francesca, colóquese en el centro. El doctor Takagishi en la parte de atrás. Vigilen los peldaños. Algunos tienen bordes afilados.

El descenso hasta la superficie del Mar Cilíndrico no presentó ningún problema.

—Por Dios —exclamó Francesca Sabatini mientras se preparaban a cruzar el hielo—, eso fue fácil. ¿Para qué se necesita un sistema de poleas?

—Porque es posible que en ocasiones tengamos que transportar alguna otra cosa o, perdón por el pensamiento, podamos defendernos durante el ascenso o el descenso.

Wakefield y Takagishi se sentaron en la parte delantera del vehículo. Francesca se situó detrás con la videocámara. Takagishi se fue animando más y más a medida que se acercaban a Nueva York.

—Simplemente miren este lugar —dijo cuando el vehículo estaba ya a sólo unos quinientos metros de la orilla opuesta—. ¿Puede haber alguna duda de que ésta es la capital de Rama?

A medida que el trío se aproximaba a la orilla, la impresionante visión de la extraña ciudad que se abría ante ellos inhibía toda conversación. Todo acerca de su complicada estructura hablaba de orden y decidida creación por parte de seres inteligentes; sin embargo, el primer grupo de cosmonautas, setenta años antes, la había hallado tan vacía de vida como el resto de Rama. ¿Era realmente aquel enorme complejo dividido en nueve secciones una máquina enormemente complicada, como los primeros visitantes habían

sugerido, o era la larga y estrecha isla (diez kilómetros por tres) una auténtica ciudad cuyos habitantes habían desaparecido hacía mucho?

Detuvieron el vehículo para el hielo al borde del helado mar y recorrieron un sendero hasta hallar una escalera que conducía a los muros que rodeaban la ciudad. El excitado Takagishi avanzaba a grandes zancadas al menos a unos veinte metros por delante de Wakefield y Sabatini. Mientras ascendían, cada vez más detalles de la ciudad se hacían evidentes.

Richard se sintió inmediatamente intrigado por las formas geométricas de los edificios. Además de los habituales altos y delgados rascacielos, había dispersas algunas esferas, sólidos rectangulares, incluso algún poliedro ocasional. Y, definitivamente, estaban dispuestos siguiendo alguna especie de esquema. Sí, pensó para sí mismo mientras sus ojos escrutaban el fascinante complejo de estructuras, aquí hay un dodecaedro, allí un pentaedro...

Sus meditaciones matemáticas fueron interrumpidas cuando todas las luces se extinguieron de repente, y todo el interior de Rama se vio sumido en la oscuridad.

24 - Sonidos en la oscuridad

Al principio Takagishi no pudo ver absolutamente nada. Era como si de repente se hubiera quedado ciego. Parpadeó dos veces y permaneció inmóvil en la oscuridad total. El momentáneo silencio en las líneas de comunicación entró en erupción y se convirtió en un ruido abrumador cuando todos los cosmonautas empezaron a hablar al mismo tiempo. Calmadamente, luchando contra su creciente miedo, Takagishi intentó recordar la escena que tenía delante de sus ojos en el momento en que se extinguieron las luces.

Estaba de pie sobre el muro que dominaba Nueva York, aproximadamente a un metro del peligroso borde. En el segundo final había estado mirando hacia la izquierda y había divisado apenas una escalera que descendía hacia la ciudad a unos doscientos metros de distancia. Luego la escena se había desvanecido...

—Takagishi —oyó llamar a Wakefield—, ¿está bien?

Se volvió para responder a la pregunta y se dio cuenta de que sus rodillas se habían vuelto blandas. En la completa oscuridad había perdido todo sentido de la orientación. ¿Cuántos grados había girado? ¿Había estado mirando directamente a la ciudad? Recordó de nuevo la última imagen. La parte superior del muro estaba a treinta o treinta y cinco metros por encima del suelo de la ciudad. Una caída sería fatal.

—Estoy aquí —dijo tentativamente—. Pero me hallo demasiado cerca del borde. —Se dejó caer sobre manos y rodillas. El metal era frío contra sus manos.

—Ahora venimos —dijo Francesca—. Estoy intentando hallar el foco de mi videocámara.

Takagishi bajó el volumen de su equipo de comunicación y escuchó el sonido que hacían sus compañeros. Unos segundos más tarde vio una luz en la distancia. Apenas pudo distinguir las siluetas de sus dos asociados.

—¿Dónde está usted, Shigeru? —preguntó Francesca. El foco de su cámara iluminaba solamente la zona inmediatamente alrededor de ella.

—Aquí arriba. Aquí arriba. —Agitó una mano antes de darse cuenta de que ellos no podían verlo.

—Quiero a todo el mundo completamente inmóvil —gritó la voz de David Brown por el sistema de comunicaciones— hasta que hayamos localizado a todos. —Las conversaciones cesaron al cabo de unos segundos. —Ahora —prosiguió—, Francesca, ¿qué ocurre ahí abajo?

—Estamos subiendo la escalera del muro que rodea Nueva York, David, aproximadamente a un centenar de metros de donde estacionamos el vehículo para el hielo. El doctor Takagishi iba delante de nosotros, ya está arriba. Tenemos el foco de mi cámara. Vamos a reunirnos con él.

—Janos —dijo el doctor Brown a continuación—, ¿dónde está usted con el todo terreno número dos?

—A unos tres kilómetros del campamento. Los faros funcionan bien. Podemos estar de regreso en diez minutos aproximadamente.

—Vuelva aquí y hágase cargo de la consola de navegación. Seguiremos en el aire hasta que haya verificado que el sistema de radioguía es operativo desde su lado... Francesca, vayan con cuidado, pero regresen al campamento tan rápido como puedan. Y emitan un informe cada dos minutos aproximadamente.

—De acuerdo, David —dijo ella. Cortó su equipo de comunicaciones y llamó a Takagishi de nuevo. Pese al hecho de que se hallaba tan sólo a treinta metros de distancia, Francesca y Richard necesitaron más de un minuto para hallarlo en la oscuridad.

Takagishi se sintió aliviado de tocar a sus colegas. Se sentaron a su lado sobre el muro y escucharon el renovado parloteo por el sistema de comunicaciones. O'Toole y des Jardins verificaron que no se habían producido otros cambios observables en el interior de Rama en el momento en que se apagaron las luces. La media docena de estaciones

científicas portátiles que habían sido desplegadas ya en la nave espacial alienígena no habían señalado ninguna perturbación significativa. Temperatura, velocidad y dirección del viento, lecturas sísmicas y medidas espectroscópicas no reflejaban ningún cambio.

—Así que simplemente las luces se apagaron —dijo Wakefield—. Admito que es para asustarse, pero no fue gran cosa tampoco. Probablemente...

—Shhh —dijo Takagishi bruscamente. Se inclinó y apagó su equipo de comunicaciones y el de Wakefield. —¿Oyen ese ruido?

Para Wakefield, el repentino silencio fue casi tan alarmante como lo había sido la total oscuridad unos minutos antes.

—No —dijo en un susurro, tras escuchar durante unos segundos—. Pero mi oído no es muy...

—Shhh —ahora fue el turno de Francesca—. ¿Se refiere usted a ese agudo sonido distante, como un raspar? —susurró.

—Sí —dijo Takagishi, en voz baja pero excitadamente—. Como si algo estuviera rozando contra una superficie metálica. Sugiere movimiento.

Wakefield escuchó de nuevo. Quizá podía oír algo. Quizá simplemente lo imaginaba.

—Vamonos —dijo a los otros—, volvamos al vehículo.

—Espere —dijo Takagishi mientras Richard se levantaba—. Pareció cesar justo en el momento en que usted hablaba. —Se inclinó hacia Francesca. —Apague la luz —dijo en voz baja—. Permaneceremos sentados aquí en la oscuridad y veremos si podemos oírlo de nuevo.

Wakefield volvió a sentarse junto a sus compañeros. Con la luz de la cámara apagada, la oscuridad era total. El único sonido audible era sus respiraciones. Aguardaron durante todo un minuto. No oyeron nada. En el momento en que Wakefield iba a insistir que se fueran, oyeron un sonido procedente de Nueva York. Era como cepillos de cerdas duras raspando contra metal, pero también había mezclado un sonido de alta frecuencia, como si una voz muy aguda estuviera cantando muy aprisa, puntuada por el casi constante raspar. El sonido era definitivamente más fuerte. Y extraño. Wakefield sintió que se le erizaba el vello de la espalda.

—¿Tiene usted una grabadora audio? —susurró Takagishi a Francesca. El raspar cesó ante el sonido de la voz de Takagishi. El trío aguardó otros quince segundos.

—¡Eh, aquí! —oyeron la fuerte voz de David Brown por el canal de emergencia—, ¿Están todos bien? No han informado como quedamos.

—Sí, David —respondió Francesca—. Todavía estamos aquí. Hemos oído un sonido extraño procedente de Nueva York.

—Oh, vamos, no es el momento de perder el tiempo con tonterías. Tenemos una crisis importante en nuestras manos. Todos nuestros nuevos planes habían supuesto que Rama seguiría iluminada. Necesitamos reagruparnos.

—De acuerdo —respondió Wakefield—. Abandonamos ahora el muro. Si todo va bien, estaremos de vuelta en el campamento en menos de una hora.

El doctor Shigeru Takagishi se mostró renuente a abandonar Nueva York con el misterio del extraño sonido por resolver. Pero comprendía plenamente que no era el momento más adecuado para una incursión científica a la ciudad. Mientras el vehículo para el hielo avanzaba a toda velocidad a través del helado Mar Cilíndrico, el científico japonés sonrió para sí mismo. Se sentía feliz. Sabía que había oído un nuevo sonido, algo decididamente diferente de cualquiera de los sonidos catalogado por el primer equipo de Rama. Eso era un buen comienzo.

Los cosmonautas Tabori y Wakefield fueron los dos últimos en subir por el telesilla al lado de la escalera Alfa.

—Takagishi estaba realmente irritado con el doctor Brown, ¿verdad? —le estaba diciendo Richard a Janos mientras ayudaba al húngaro a saltar de la silla. Se deslizaron a lo largo de la rampa hasta el trasbordador.

—Nunca lo había visto tan furioso —respondió Janos—. Shing es un consumado profesional, y se siente enormemente orgulloso de sus conocimientos sobre Rama. El que Brown desechó de esta manera tan casual el ruido que ustedes oyeron sugiere una ausencia total de respeto hacia Takagishi. No culpo a Shig por estar irritado.

Subieron a bordo del trasbordador y activaron el módulo de transporte. La enorme oscuridad de Rama se retiró tras ellos mientras avanzaban a través del iluminado corredor hacia la Newton.

—Era un sonido muy extraño —dijo Richard—. Realmente me dio escalofríos. No tengo ni idea de si se trataba de un nuevo sonido, o de si Norton y su equipo lo habían oído también hace setenta años. Pero sí sé que tuve una buena sesión de nervios mientras estaba allí encima de aquel muro.

—Incluso Francesca se mostró irritada con Brown al principio. Deseaba hacer una entrevista a Shig sobre el caso para su informe de la noche. Brown se lo quitó de la cabeza, pero no estoy seguro de que la convenciera por completo de que aquellos extraños ruidos no son noticia. Afortunadamente, ya tiene suficiente historia con sólo el hecho de que las luces se apagaran.

Los dos hombres descendieron del trasbordador y se acercaron a la esclusa.

—Huau —dijo Janos—. Estoy hecho polvo. Han sido un par de días largos y ajetreados.

—Sí —reconoció Richard—. Pensamos que podríamos pasar las dos noches restantes en el campamento. En vez de ello, volvemos a estar aquí arriba. Me pregunto qué sorpresas nos aguardan mañana.

Janos sonrió a su amigo.

—¿Sabe qué es lo más divertido de todo esto? —dijo. No aguardó a que Wakefield respondiera. —Brown cree realmente que está a cargo de esta misión. ¿Vio usted cómo reaccionó cuando Takagishi sugirió que podemos explorar Nueva York en la oscuridad? Brown probablemente piensa que fue decisión suya el regresar a la Newton y abortar la primera incursión.

Richard miró a Janos con una sonrisa interrogadora.

—No lo fue, por supuesto —prosiguió Janos—. Rama tomó la decisión de que nos fuéramos. Y Rama decidirá lo que hagamos a continuación.

25 - Un amigo en apuros

En su sueño estaba tendido en futon en un ryokan del siglo XVII. La habitación era muy grande, nueve esterillas tatami en total. A su izquierda, en el patio al otro lado de la abierta división, había un jardín en miniatura con pequeños árboles y un arroyo cuidadosamente dispuesto. Estaba aguardando a una joven.

—Takagishi-san, ¿está despierto?

Se agitó y tendió la mano hacia el comunicador.

—Hola —dijo, dándose cuenta de que su voz traicionaba su estado medio dormido—. ¿Quién es?

—Nicole des Jardins —dijo la voz—. Lamento molestarlo tan temprano, pero necesito verle. Es urgente.

—Déme tres minutos —dijo Takagishi.

Hubo una llamada a su puerta exactamente tres minutos más tarde. Nicole lo saludó y entró en la habitación. Llevaba consigo un datacubo.

—¿Le importa? —dijo, indicando la consola del ordenador. Takagishi negó con la cabeza.

—Ayer tuvo usted media docena de incidentes aislados —dijo gravemente Nicole, señalando varios blips en el monitor—, incluidas las dos aberraciones más intensas que

nunca haya visto en sus datos cardíacos. —Lo miró. —¿Está seguro de que usted y su médico me proporcionaron los registros completos de su historial?

Takagishi asintió.

—Entonces tengo razones para preocuparme —prosiguió ella—. Las irregularidades de ayer sugieren que su anormalidad diastólica crónica ha empeorado. Quizá la válvula ha sufrido una nueva filtración. Quizá los largos períodos de ingravidez...

—O quizá —la interrumpió Takagishi con una suave sonrisa— me excité mucho y mi adrenalina extra agravó el problema. Nicole miró al científico japonés.

—Es posible, doctor Takagishi. Uno de los principales incidentes ocurrió justo después que se apagaran las luces. Supongo que fue cuando estaba usted escuchando su "extraño sonido".

—¿Y el otro, por casualidad, no fue durante mi discusión con el doctor Brown en el campamento? Si es así, eso apoya mi hipótesis.

La cosmonauta des Jardins pulsó varias teclas en la consola, y su software entró una nueva subrutina. Estudió los datos desplegados a ambos lados de una pantalla dividida por la mitad.

—Sí —dijo—, parece correcto. El segundo incidente se produjo veinte minutos antes de abandonar Rama. Eso debió de ser hacia el final de la reunión. —Se apartó del monitor. —Pero no puedo ignorar el extraño comportamiento de su corazón porque usted estuviera excitado.

Se miraron el uno al otro durante varios segundos.

—¿Qué está intentando decirme, doctora? —dijo suavemente Takagishi—. ¿Va a confinarme en mis aposentos aquí en la Newton? ¿Ahora, en el momento más significativo de mi carrera profesional?

—Estoy pensándolo —respondió francamente Nicole—. Su salud es más importante para mí que su carrera. Ya he perdido un miembro del equipo. No estoy segura de poder perdonarme a mí misma si perdiera otro.

Vio la súplica en el rostro de su colega.

—Sé lo críticas que son esas incursiones a Rama para usted. Estoy intentando hallar algún tipo de racionalización que me permita olvidar los datos de ayer. —Nicole se sentó en el extremo más alejado de la cama y desvió la vista. —Pero como médico, no como cosmonauta del Proyecto Newton, esto resulta muy, muy difícil.

Oyó acercarse a Takagishi y sintió la mano del hombre apoyarse suavemente en su hombro.

—Sé lo difíciles que han sido las cosas para usted estos últimos días —dijo—. Pero no fue culpa suya. Todos nosotros somos conscientes de que la muerte del general Borzov fue inevitable.

Nicole reconoció el respeto y la amistad en la mirada de Takagishi. Le dio las gracias con los ojos.

—Aprecio mucho lo que hizo usted por mí antes del lanzamiento —prosiguió él—. Si se cree obligada a limitar ahora mis actividades, no pondré objeciones.

—Maldita sea —dijo Nicole, poniéndose rápidamente de pie—, no es tan sencillo. He estado estudiando sus datos de esta noche durante casi una hora. Mire esto. Su gráfico durante las últimas diez horas es perfectamente normal. No hay la menor huella de ninguna anomalía. Y no ha tenido usted incidentes durante semanas. Hasta ayer. ¿Qué ocurre con usted, Shig? ¿Tiene un corazón defectuoso? ¿O simplemente raro?

Takagishi sonrió.

—Mi esposa me dijo en una ocasión que tenía un corazón extraño. Pero creo que se estaba refiriendo a algo completamente distinto.

Nicole activó su escáner y mostró los datos en el monitor, a tiempo real.

—Aquí lo tenemos de nuevo. —Agitó la cabeza. —La signatura de un corazón perfectamente sano. Ningún cardiólogo en todo el mundo podría discutir mi conclusión. — Se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, ¿cuál es su veredicto, doctora? —preguntó Takagishi.

—Todavía no lo he decidido —respondió ella—. Ayúdeme usted. Tenga otro de sus incidentes en las próximas horas, y hágamelo más fácil. —Agitó la mano como despedida. —Nos veremos en el desayuno.

Richard Wakefield salía de su habitación cuando Nicole recorría el pasillo tras dejar a Takagishi. Nicole tomó la espontánea decisión de hablar con él acerca del software del CirRob.

—Buenos días, princesa —dijo él cuando ella se acercó—. ¿Qué hace despierta a estas horas? Algo excitante, espero.

—De hecho —respondió Nicole en el mismo tono de broma—, venía a hablar con usted. —Él se detuvo para escuchar. —¿Tiene un minuto?

—Para usted, Madame doctora —respondió Wakefield con una exagerada sonrisa—, tengo dos minutos. Pero no más. Entiéndame, tengo hambre. Y si no como rápidamente cuando tengo hambre, me convierto en un ogro horrible. —Nicole se echó a reír. —¿Qué es lo que le ronda por la cabeza? —añadió él intranscendentemente.

—¿Podemos ir a su habitación? —pidió ella.

—Lo sabía, lo sabía —dijo él, dando media vuelta y avanzando rápidamente hacia su puerta—. Ha ocurrido al fin, exactamente igual que en mis sueños. Una mujer inteligente y hermosa va a declararme su inmortal afecto...

Nicole 'no pudo reprimir una risita.

—Wakefield —interrumpió aún sonriendo—, es usted imposible. ¿Nunca habla en serio? Tengo algunos asuntos que discutir con usted.

—Oh, maldita sea —murmuró Richard dramáticamente—. "Asuntos". En ese caso, voy a limitar nuestra entrevista a los dos minutos que le concedí antes. Los asuntos también me dan hambre..., y me ponen de mal humor.

Richard Wakefield abrió la puerta de su habitación y aguardó a que Nicole entrara. Le ofreció la silla frente al monitor de su ordenador y se sentó tras ella en la cama. Ella se volvió para mirarlo de frente. En la estantería encima de su cabeza había una docena de pequeñas figurillas similares a las que había visto antes en la habitación de Tabori y en el banquete de Borzov.

—Permítame presentarle a algunos de mis inquilinos —dijo Richard, viendo su curiosidad—. Ya ha conocido usted a Lord y Lady Macbeth, Puck, y Bottom. Esta pareja tal para cual son Tybalt y Mercutio de Romeo y Julieta. Al lado de ellos están Yago y Ótelo, seguidos por el príncipe Hal, Falstaff, y la maravillosa señorita Quickly. El último de la derecha es mi mejor amigo, El Bardo, o EB para abreviar.

Mientras Nicole observaba, Richard activó un interruptor cerca de la cabecera de su cama, y EB bajó por una escalerilla de la estantería a la cama. El robot de veinte centímetros de altura avanzó cuidadosamente por entre los pliegues de las sábanas y se acercó a saludar a Nicole.

—¿Y cuál es vuestro nombre, hermosa dama? —preguntó.

—Me llamo Nicole des Jardins —respondió ella.

—Eso suena francés —dijo inmediatamente el robot—. Pero vos no parecéis francesa. Al menos, no Valois. —El robot la miró fijamente. —Parecéis más bien hija de Ótelo y Desdémona.

Nicole estaba asombrada.

—¿Cómo consigue usted esto? —preguntó.

—Se lo explicaré más tarde —dijo Richard, agitando una mano—. ¿Tiene usted algún soneto shakesperiano favorito? —preguntó—. Si lo tiene, recite un verso, o déle a EB un número.

—Tantas mañanas gloriosas... —recordó Nicole.

—...he visto —añadió el robot,
iluminar las cimas de la montaña con ojo soberano,
besar con rostro de oro los verdes prados,
dorar los pálidos arroyos con celeste alquimia...

El pequeño robot recitó el soneto con fluidos movimientos de su cabeza y brazo, junto con un amplio abanico de expresiones faciales. Nicole se sintió impresionada de nuevo por la creatividad de Richard Wakefield. Recordaba las cuatro líneas claves del soneto de sus días de universidad, y las murmuró a coro con EB:

Aun así mi sol brilló una mañana temprano
con triunfante esplendor en mi frente;
pero, oh desdicha, fue sólo por una hora mía,
antes que la región de las nubes lo ocultara de mí ahora...

Cuando el robot terminó el último terceto, Nicole, que había ido siguiendo las casi olvidadas palabras, se dio cuenta de que estaba aplaudiendo.

—¿Y puede recitar todos los sonetos? —preguntó. Richard asintió.

—Además de muchos, muchos más poéticos discursos dramáticos. Pero no es esta su capacidad más sobresaliente. Recordar pasajes de Shakespeare sólo requiere gran cantidad de almacenamiento de memoria. EB es también un robot muy inteligente. Puede sostener una conversación mejor que...

Richard se detuvo a media frase.

—Lo siento, Nicole. Estoy monopolizando su tiempo. Dijo usted que tenía algunos asuntos de los que hablar.

—Pero ya ha consumido usted mis dos minutos —dijo ella con un guiño—. ¿Está seguro de que no se morirá de hambre si me tomo otros cinco minutos de su tiempo?

Nicole resumió rápidamente sus investigaciones sobre el mal funcionamiento del software del CirRob, incluida su conclusión de que los algoritmos de protección contra fallas debieron ser inutilizados por una orden manual. Señaló que no podía ir más allá con su propio análisis y que le gustaría un poco de ayuda por parte de Richard. El no discutió sus sospechas.

—Debería ser fácil —dijo con una sonrisa—. Todo lo que tengo que hacer es hallar el lugar en su memoria donde se hallan almacenadas las órdenes. Eso tomará un poco de tiempo, dado el tamaño del almacenaje, pero esas memorias son diseñadas

generalmente con arquitecturas lógicas. Sin embargo, no puedo comprender por qué realiza usted todo este ejercicio detectivesco. ¿Por qué no simplemente le pregunta a Janos y a los demás si introdujeron alguna orden?

—Ése es el problema —respondió Nicole—. Nadie recuerda haber introducido ninguna orden en el CirRob en ningún instante después de la última carga de programas y verificación. Cuando Janos se golpeó la cabeza durante la maniobra, hubiera jurado que sus dedos estaban en la caja de control. Pero él no recuerda nada, y yo no puedo estar segura.

Richard frunció el entrecejo.

—Es muy improbable que Janos simplemente eliminara el factor de autoprotección con una orden al azar. Eso significaría que el diseño general es estúpido. —Pensó durante unos instantes. —Oh, bueno —prosiguió—. Usted ha despertado mi curiosidad. Me ocuparé del problema tan pronto como...

—Atención atención. Atención atención —oyeron ambos la voz de Otto Heilmann por el comunicador—. Que todo el mundo se presente inmediatamente en el centro de control científico para una reunión. Tenemos un nuevo desarrollo. Las luces dentro de Rama acaban de encenderse de nuevo.

Richard abrió la puerta y siguió a Nicole al corredor.

—Gracias por su ayuda —dijo Nicole—. Se lo agradezco enormemente.

—Déme las gracias una vez que haya hecho algo —respondió Richard con una sonrisa—. Soy muy famoso por mis promesas... ¿Cuál cree usted que es el significado de todos estos juegos con las luces?

26 - Segunda incursión

David Brown había colocado una sola hoja de papel, grande, sobre la mesa, en medio del centro de control. Francesca la había dividido en particiones que representaban horas, y ahora estaba atareada escribiendo todo lo que él le decía.

—El maldito software de planificación de la misión es demasiado inflexible para ser útil en una situación como esta —les estaba diciendo el doctor Brown a Janos Tabori y Richard Wakefield—. Es bueno tan sólo cuando la secuencia de actividades planificada encaja con una de las estrategias de prevuelo.

Janos se dirigió a uno de los monitores.

—Quizás usted pueda hacer un mejor uso de él que yo —prosiguió el doctor Brown—, pero he hallado mucho más fácil esta mañana confiar en el lápiz y el papel. —Janos llamó un programa de software para secuenciado de la misión y empezó a introducir algunos datos.

—Espere un momento —intervino Richard Wakefield. Janos dejó de escribir en el teclado y se volvió para escuchar a su colega. —Estamos trabajando para nada. No necesitamos planear toda la próxima incursión en este momento. En cualquier caso sabemos que el trabajo más importante tiene que ser establecer nuestra base. Eso tomará otras diez o doce horas. El resto del diseño de la incursión puede hacerse en paralelo.

—Richard tiene razón —añadió Francesca—. Estamos intentando hacer todo demasiado aprisa. Enviemos a los cadetes del espacio al interior de Rama para que terminen de montar las cosas. Mientras ellos están allí, nosotros podemos elaborar los detalles de la incursión.

—Eso es impracticable —respondió el doctor Brown—. Los graduados de academia son los únicos que conocen cuánto tiempo tomará cada una de las distintas actividades de ingeniería. No podemos establecer tiempos significativos sin ellos.

—Entonces uno de nosotros se quedará aquí con usted —dijo Janos Tabori. Sonrió. — Y podemos utilizar a Heilmann u O'Toole dentro, como un trabajador extra. Eso no deberá retrasarnos mucho.

Al cabo de media hora se alcanzó una decisión consensuada. Nicole se quedaría de nuevo a bordo de la Newton, al menos hasta que la infraestructura fuera completada, y representaría a los cadetes en el proceso de planificación de la misión. El almirante Heilmann iría al interior de Rama con los otros cuatro cosmonautas profesionales. Terminarían las tres restantes tareas de infraestructura: el ensamblaje del resto de los vehículos, el despliegue de otra docena de estaciones monitoras portátiles en el Hemicilindro Norte, y la construcción del complejo campamento/comunicaciones Beta en el lado norte del Mar Cilíndrico.

Richard Wakefield se hallaba en el proceso de revisar las detalladas subtarefas con su pequeño equipo cuando Reggie Wilson, que había permanecido virtualmente en silencio durante toda la mañana, se puso de pie de repente.

—Todo esto es una tontería —exclamó—. No puedo creer lo que estoy oyendo.

Richard detuvo su revisión. Los doctores Brown y Takagishi, que ya habían empezado a discutir el diseño de la incursión, guardaron repentinamente silencio. Todos los ojos se enfocaron en Reggie Wilson.

—Un hombre murió aquí hace cuatro días —dijo—, asesinado, muy probablemente, por lo que sea o quien sea que está operando esa gigantesca nave espacial. Pero entramos a explorarla de todos modos. Luego, las luces se encendieron y se apagaron inexplicablemente. —Wilson miró alrededor, a los rostros del resto de tripulación. Sus ojos eran salvajes. Su frente estaba cubierta de sudor. —¿Y qué es lo que hacemos todos? ¿Eh? ¿Cómo respondemos a esta advertencia de unas criaturas alienígenas muy superiores a nosotros? Nos sentamos tranquilamente y planeamos el resto de nuestra exploración de su vehículo. ¿Nadie de ustedes ha captado todavía el mensaje? Ellos no nos quieren allí. Desean que nos marchemos, que volvamos a la Tierra.

El estallido de Wilson fue recibido con un incómodo silencio. Finalmente, el general O'Toole se situó al lado de Reggie Wilson.

—Reggie —dijo con voz suave—, todos nos sentimos trastornados por la muerte del general Borzov. Pero ninguno de nosotros ve la conexión...

—Entonces usted es ciego, hombre, usted es ciego. Yo estaba ahí arriba en ese maldito helicóptero cuando las luces se apagaron. En un minuto todo estaba tan brillante como un día de verano, y al minuto siguiente puf, todo negro como la pez. Fue algo jodidamente extraño, hombre. Alguien apagó todas las luces. En esta discusión no he oído ni una sola vez a nadie preguntar por qué se apagaron las luces. ¿Qué les ocurre a todos ustedes? ¿Son demasiado listos para sentir miedo?

Wilson siguió desvariando durante varios minutos. Su tema recurrente era siempre el mismo. Los ramanes habían planeado la muerte de Borzov, estaban enviando una advertencia encendiendo y apagando las luces, habría más desastres si el equipo insistía en seguir con la exploración.

El general O'Toole permaneció de pie junto a Reggie durante todo el episodio. El doctor Brown, Francesca y Nicole tuvieron una apresurada discusión en un aparte, y luego Nicole se acercó a Wilson.

—Reggie —dijo informalmente, interrumpiendo su diatriba—, ¿por qué usted y el general O'Toole no vienen un momento conmigo? Podemos continuar esta conversación sin retrasar al resto del equipo. Wilson la miró suspicazmente.

—¿Usted, doctora? ¿Por qué debería ir con usted? Ni siquiera estaba usted ahí dentro. No ha visto lo suficiente como para poder saber nada. —Wilson avanzó hasta situarse frente a Wakefield. —Usted estaba allí, Richard —dijo—. Usted vio ese lugar. Sabe qué tipo de inteligencia y energía se necesita para construir un vehículo tan grande y luego lanzarlo a un viaje entre las estrellas. Vamos, hombre, nosotros no somos nada para ellos. Somos menos que hormigas. Ni siquiera tenemos una oportunidad.

—Estoy de acuerdo con usted, Reggie —dijo calmadamente Richard Wakefield tras un momento de vacilación—. Al menos en lo que a nuestras capacidades comparativas se refiere. Pero no tenemos ninguna prueba de que sean hostiles. O de que les importe si exploramos o no su nave. Por el contrario, el hecho mismo de que estemos vivos...

—¡Miren! —gritó de repente Irina Turgeniev—. ¡Miren el monitor!

Una solitaria imagen permanecía congelada en la gigantesca pantalla del centro de control. Una criatura parecida a un cangrejo llenaba todo el campo. Tenía un cuerpo bajo y aplanado, casi dos veces más largo que ancho. Su peso era soportado por seis patas de tres articulaciones. Dos pinzas parecidas a tijeras se extendían delante de su cuerpo, y toda una hilera de manipuladores, que a primera vista parecían inquietantemente diminutas manos humanas alojadas cerca de alguna especie de abertura en el caparazón. Una inspección más detallada revelaba que los manipuladores eran un auténtico conjunto de instrumentos mecánicos... pinzas, sondas, limas, e incluso algo parecido a un taladro.

Los ojos, si eso eran, estaban totalmente hundidos en una especie de capuchones protectores y se alzaban como periscopios por encima del cascarón. Los propios globos oculares eran de cristal o jalea, de un color azul intenso, y absolutamente inexpresivos.

Por la indicación a un lado de la imagen resultaba claro que la fotografía había sido tomada hacía tan sólo un momento, por uno de los abejorros de largo alcance, en un lugar aproximadamente a cinco kilómetros al sur del Mar Cilíndrico. El campo de la imagen, tomada con una lente telescópica, cubría aproximadamente una zona de seis metros cuadrados.

—Así que tenemos compañía en Rama —dijo Janos Tabori. El resto de los cosmonautas se quedó contemplando el monitor, asombrados, sin decir nada.

Más tarde, toda la tripulación estuvo de acuerdo en que la imagen del cangrejo biot en la gigantesca pantalla no hubiera sido tan aterradora si no se hubiera producido en aquel preciso momento. Aunque el comportamiento de Reggie era definitivamente aberrante, había el suficiente buen sentido en lo que decía como para recordar a todos los peligros de la expedición. Ningún miembro del equipo estaba completamente libre de miedo. Todos ellos, en algún momento en particular, se habían enfrentado al inquietante hecho de que los superavanzados ramanes podían no ser amistosos.

Pero durante la mayor parte del tiempo echaban a un lado sus temores. Formaba parte de su trabajo. Como los astronautas de las primeras lanzaderas norteamericanas, que sabían que más a menudo de lo deseado sus vehículos se estrellaban o estallaban, los cosmonautas del equipo Newton aceptaban que existían riesgos incontrolables asociados

a su misión. Una sana negativa hacía que el grupo evitara discutir sobre asuntos inquietantes durante la mayor parte del tiempo y se enfocara en asuntos más concretos (y por ello más controlables), como la secuencia de acontecimientos para el día siguiente.

El estallido de Reggie y la aparición simultánea del cangrejo biot en el monitor desencadenó una de las pocas discusiones serias del grupo que tuvieron lugar en el proyecto. O'Toole afirmó desde un principio su posición. Aunque se sentía fascinado por los ramanes, no les tenía miedo. Dios había considerado adecuado situarle a él en aquella misión y, si Él lo había elegido así, podía decidir también que esta extraordinaria aventura fuera la última de O'Toole. En cualquier caso, ocurriera lo que ocurriese, sería la voluntad de Dios.

Richard Wakefield articuló un punto de vista que al parecer era compartido por varios de los demás miembros de la tripulación. Para él, todo el proyecto era a la vez un desafiante viaje de descubrimiento y una prueba de temple personal. Las inseguridades estaban allí, seguro, pero producían excitación además de peligro. El intenso estremecimiento del nuevo aprendizaje, junto con el posible significado monumental de aquel encuentro extraterrestre, compensaban con mucho los riesgos. Richard no tenía dudas acerca de la misión. Estaba seguro de que se trataba de la apoteosis de su vida; si no sobrevivía al final del proyecto, habría valido de todos modos la pena. Habría hecho algo importante durante su breve existencia en la Tierra.

Nicole escuchó atentamente la discusión. No dijo mucho, pero halló que sus propias opiniones cristalizaban en boca de los demás a medida que seguía el flujo de la conversación. Disfrutaba observando las respuestas, tanto verbales como no verbales, de los demás cosmonautas. Shigeru Takagishi se hallaba ciertamente en el mismo campo que Wakefield. Asintió vigorosamente con la cabeza durante todo el tiempo que Richard empleó en hablar de la excitación de participar en un esfuerzo tan significativo. Reggie Wilson, ahora aplacado y probablemente turbado por su anterior parrafada, no dijo mucho. Sólo comentó algo cuando le fue hecha alguna pregunta directa. El almirante Heilmann pareció incómodo de principio a fin. Toda su contribución fue recordarle a todo el mundo el paso del tiempo.

Sorprendentemente, el doctor David Brown no añadió mucho a la discusión filosófica. Hizo algunos cortos comentarios, y una o dos veces pareció a punto de lanzarse a una larga explicación amplificadora. Pero nunca lo hizo. Sus auténticas creencias acerca de la naturaleza de Rama no fueron reveladas.

Francesca Sabatini actuó inicialmente como una especie de moderador o interlocutor, haciendo preguntas de clarificación y manteniendo la conversación a un nivel no

excesivamente acalorado. Hacia finales de la discusión, sin embargo, ofreció varios comentarios personales y sinceros. Su visión filosófica de la misión Newton era completamente distinta de la expresada por O'Toole y Wakefield.

—Creo que estamos convirtiendo todo esto en algo demasiado complejo e intelectual —dijo, después que Richard hubo ofrecido un largo panegírico sobre las satisfacciones del conocimiento—. Yo no tuve ninguna necesidad de hacer un profundo examen de mi alma antes de solicitar convertirme en un astronauta del proyecto Newton. Me enfrenté al asunto de la misma forma en que tomo todas mis decisiones importantes. Hice una evaluación riesgos/recompensas. Juzgué que las recompensas, considerando todos los factores, incluidos fama, prestigio, dinero, incluso aventura, eran más importantes que los riesgos. Si muero en esta misión no me gustará en absoluto. Para mí, la mayor parte de las recompensas del proyecto son a posteriori; no podré beneficiarme de ellas si no regreso a la Tierra.

Los comentarios de Francesca despertaron la curiosidad de Nicole. Deseó formularle a la periodista italiana algunas preguntas más, pero pensó que no era ni el momento ni el lugar. Una vez terminada la reunión, seguía aún intrigada por lo que había dicho Francesca. ¿Puede ser realmente la vida tan simple para ella?, se dijo. ¿Puede todo ser evaluado en términos de riesgos y recompensas? Recordó la falta de emoción de Francesca cuando bebió el líquido abortivo. Pero, ¿qué hay de los principios y los valores? ¿O incluso de los sentimientos? Mientras la reunión se dispersaba, Nicole admitió para sí misma que Francesca seguía siendo todavía un rompecabezas.

Nicole observó atentamente al doctor Takagishi. Hoy se las estaba arreglando mucho mejor.

—He traído una copia impresa de la Estrategia de Incursión, doctor Brown —dijo éste, agitando un fajo de papeles de diez centímetros de grosor en su mano—, para recordarnos los dogmas del diseño de incursiones resultado de más de un año de relajada planificación de la misión. ¿Puedo leer el índice?

—No creo que sea necesario —respondió David Brown—. Todos estamos familiarizados con...

—Yo no —interrumpió el general O'Toole—. Me gustaría escucharlo. El almirante Heilmann me pidió que prestara mucha atención y le informara de lo que se acordara.

El doctor Brown hizo una seña a Takagishi para que continuara. El científico japonés le estaba tomando prestada una página del propio portafolio. Aunque sabía que David Brown estaba personalmente a favor de ir tras los cangrejos biots en la segunda

incursión, Takagishi aún intentaba convencer a los demás cosmonautas de que la actividad prioritaria seguía siendo una incursión científica a la ciudad de Nueva York.

Reggie Wilson se había disculpado una hora antes para ir a su habitación a dormir un poco. Los restantes cinco miembros del equipo a bordo de la Newton pasaron la mayor parte de la tarde batallando, sin éxito, por conseguir un acuerdo en las actividades para la segunda incursión. Puesto que los dos científicos, Brown y Takagishi, tenían opiniones radicalmente distintas de lo que debía hacerse, no era posible ningún consenso. Mientras tanto, tras ellos en el gran monitor, se habían producido intermitentes escenas de los cadetes del espacio y del almirante Heilmann trabajando dentro de Rama. La imagen actual mostraba a Tabori y a Turgeniev en el campamento contiguo al Mar Cilíndrico. Acababan de ensamblar la segunda motora y estaban comprobando sus subsistemas eléctricos.

—...la secuencia de incursiones ha sido cuidadosamente diseñada —estaba leyendo Takagishi— para que encajara con el Documento de Política y Prioridades de la Misión, ISA-NT-0014. Las metas fundamentales de la primera incursión son establecer la infraestructura de ingeniería y examinar el interior al menos a un nivel superficial. De particular importancia será la identificación de cualquier característica de esta segunda nave espacial Rama que sea en algún aspecto distinta de la primera.

"La incursión número dos está diseñada para completar el cartografiado del interior de Rama, enfocándose particularmente en regiones inexploradas hace setenta años, así como los conjuntos de edificios llamados ciudades y cualquier diferencia interior identificada en la primera incursión. Los encuentros con biots deberán ser evitados en la segunda incursión, aunque la presencia y localización de las varías clases de biots formarán parte del proceso de cartografiado.

"La interacción con los biots será retrasada hasta la tercera incursión. Sólo después de una cuidadosa y prolongada observación se realizará algún intento...

—Ya basta, doctor Takagishi —interrumpió David Brown—. Todos conocemos la sustancia de todo esto. Desgraciadamente, ese estéril documento fue preparado meses antes del lanzamiento. La situación a la que nos enfrentamos ahora nunca fue contemplada en él. Tenemos las luces encendiéndose y apagándose. Y hemos localizado y estamos rastreando una horda de seis cangrejos biots justo más allá del borde meridional del Mar Cilíndrico.

—No estoy de acuerdo —dijo respetuosamente el científico japonés—. Usted mismo dijo que el impredecible perfil de las luces no representa una diferencia fundamental entre

las dos naves espaciales. No nos enfrentamos a una Rama desconocida. Someto que deberíamos instrumentar las incursiones de acuerdo con el plan original de la misión.

—¿Así que aboga por dedicar toda esta segunda incursión al cartografiado, incluyendo, o quizás incluso dando preferencia, a una exploración detallada de Nueva York?

—Exacto, general O'Toole. Aunque se acepte la posición de que el "extraño sonido" oído por los cosmonautas Wakefield, Sabatini y yo mismo no constituye una "diferencia" oficial, el cuidadoso cartografiado de Nueva York es claramente una de las actividades de mayor importancia. Y es vital que lo consigamos en esta incursión. La temperatura en la Planicie Central ha ascendido ya a -5 grados. Rama nos está llevando cada vez más cerca del Sol. La nave espacial está calentándose de fuera a dentro. Predigo que el Mar Cilíndrico empezará a fundirse desde el fondo dentro de tres o cuatro días...

—Nunca he dicho que Nueva York no fuera un blanco legítimo para nuestras exploraciones —interrumpió de nuevo David Brown—, pero desde un principio he mantenido que los biots son el auténtico tesoro científico de este viaje. Contemple esas sorprendentes creaciones —dijo, llenando el centro de la pantalla con un filme de los seis cangrejos biots avanzando lentamente a través de una suave región en el Hemisferio Sur—. Puede que nunca tengamos otra oportunidad de capturar una. Los abejorros ya casi han terminado de efectuar un reconocimiento de todo el hemcilindro, y no han sido divisados más biots.

El resto de los miembros del equipo, incluido Takagishi, contempló el monitor con embelesada atención. La extraña reunión de alienígenas, avanzando en formación triangular con un espécimen ligeramente más grande a la cabeza, se acercaba a un montículo de desechos metálicos sueltos. El cangrejo a la cabeza avanzó directamente hacia el obstáculo, hizo una pausa de unos breves segundos, y luego empezó a utilizar sus pinzas para cortar los elementos del montón en pedazos más pequeños. Los dos cangrejos de la segunda fila transfirieron los fragmentos de metal a los lomos de los restantes tres miembros de la tropa. Este nuevo material incrementó el tamaño de los pequeños montones que ya se acumulaban en la parte superior de los caparzones de los tres cangrejos biots de la última fila.

—Deben de ser los basureros de Rama —dijo Francesca. Todo el mundo se echó a reír.

—Pero supongo que pueden comprender por qué deseo actuar rápidamente —prosiguió David Brown—. En estos momentos, esa breve película que acabamos de ver está camino a todos los canales de televisión de la Tierra. Más de mil millones de nuestros semejantes, hombres y mujeres, contemplarán hoy mismo esta escena con la

misma mezcla de miedo y fascinación que acaban de sentir ustedes. Imaginen qué tipo de laboratorios seremos capaces de construir para estudiar tales criaturas. Imaginen lo que aprenderemos...

—¿Qué le hace pensar que podemos capturar uno? —preguntó el general O'Toole—. Parece como si fueran realmente formidables.

—Estamos seguros de que esas criaturas, aunque parecen biológicas, en realidad son robots. De ahí el nombre de biots, que se hizo popular durante la primera expedición Rama y después de ella. Según todos los informes de Norton y los demás cosmonautas de Rama I, cada uno de esos biots está diseñado para realizar una función singular. No poseen inteligencia, tal como nosotros la conocemos. Deberíamos ser capaces de mostrarnos más listos que ellos..., y capturarlos.

Un primer plano de las pinzas-tijera apareció en la pantalla gigante. Evidentemente, eran muy afiladas.

—No sé —dijo el general O'Toole—. Me siento inclinado a seguir la sugerencia del doctor Takagishi y observarlos por un tiempo antes de intentar atrapar uno.

—No estoy de acuerdo —dijo Francesca—. Hablando como periodista, no hay mejor historia que el intento de capturar una de esas cosas. Todo el mundo en la Tierra mirará. Puede que no tengamos ninguna otra oportunidad como esta. —Hizo una pausa por un momento. —La AIE ha estado presionándonos para que ofrezcamos alguna noticia de impacto. El incidente de Borzov no convenció exactamente a los contribuyentes del mundo de que su dinero para el espacio estaba siendo gastado juiciosamente.

—¿Por que no podemos efectuar ambas tareas en la misma incursión? —preguntó el general O'Toole—. Un subequipo puede explorar Nueva York, y el otro puede ir tras un cangrejo.

—No es posible —respondió Nicole—. Si la meta de esta salida es atrapar un biot, entonces todos nuestros recursos deben ser aplicados en esa dirección. Recuerden, estamos limitados tanto en recursos como en tiempo.

—Desgraciadamente —dijo entonces David Brown con una lánguida sonrisa—, no podemos tomar esta decisión por comité. Puesto que no hay un completo acuerdo, debo tomar yo la decisión... En consecuencia, el propósito de la próxima incursión será capturar un cangrejo biot. Supongo que el almirante Heilmann estará de acuerdo conmigo. Si no lo está, someteremos el asunto a la votación del equipo.

La reunión se disolvió lentamente. El doctor Takagishi deseaba ofrecer una nueva argumentación, para señalar que la mayoría de las especies biot vistas por los

exploradores de la primera Rama no se materializaron hasta después de fundirse el Mar Cilíndrico. Pero nadie deseaba ya escuchar. Todo el mundo estaba cansado.

Nicole se acercó a Takagishi y activó clandestinamente su escáner biométrico. El archivo de advertencia estaba vacío.

—Limpio como una patena —dijo con una sonrisa. Takagishi la miró muy seriamente.

—Nuestra decisión es un error —dijo sombríamente—. Deberíamos ir a Nueva York.

27 - Atrapar un biot

—Vaya con cuidado —le dijo el almirante Heilmann a Francesca—. Me pone nervioso verla inclinarse de este modo.

La signora Sabatini había asegurado sus tobillos bajo los asientos del helicóptero y ahora se estaba estirando fuera del plano de la puerta. Sujetaba una pequeña videocámara en su mano derecha. Tres o cuatro metros por debajo de ella, al parecer indiferentes a la zumbante máquina que tenían sobre sus cabezas, los seis cangrejos biots avanzaban metódicamente. Seguían todavía con su formación de falange, alineados como las tres primeras filas de un conjunto de bolos.

—Avance hacia el mar —indicó Francesca a Hiro Yamanaka—. Están llegando al borde y van de nuevo a la vuelta.

El helicóptero giró bruscamente hacia la izquierda y voló por encima del borde del acantilado de quinientos metros que separaba la mitad Sur de Rama del Mar Cilíndrico. La orilla allí era diez veces más alta que en su contrapartida norte. David Brown jadeó mientras contemplaba el helado mar a medio kilómetro a sus pies.

—Esto es ridículo, Francesca —dijo—. ¿Qué espera conseguir? La cámara automática en la nariz del helicóptero tomará las imágenes más adecuadas.

—Esta cámara fue específicamente diseñada para acción zoom —contestó ella—. Además, un poco de bamboleo da a las imágenes una mayor verosimilitud. —Yamanaka volvió a enfilar hacia la orilla. Los biots estaban ahora a unos treinta metros directamente al frente. El biot a la cabeza llegó a medio cuerpo del borde, se detuvo por una fracción de segundo, luego giró bruscamente hacia la derecha. Otro rápido giro de noventa grados a la derecha completó la maniobra y dejó al biot encaminándose directamente en dirección opuesta. Los otros cinco cangrejos siguieron a su líder, ejecutando sus giros hilera tras hilera con precisión militar.

—Esta vez los pesqué —dijo alegremente Francesca, echándose hacia atrás en el helicóptero—. De frente y perfectamente encuadrados. Y creo que capté un atisbo de movimiento en los ojos azules del líder justo antes que girara.

Los biots se estaban alejando ahora del acantilado a su velocidad habitual de diez kilómetros por hora. Su movimiento causaba una ligera indentación en el arcilloso suelo. Seguían un sendero paralelo a su anterior camino hacia el mar. Desde arriba, toda la región parecía como un jardín suburbano en el que parte de la hierba hubiera sido corlada... en un lado el suelo estaba limpio y uniformemente marcado con surcos paralelos, mientras que en el territorio aún no cubierto por los biots todavía no había ningún esquema definido.

—Esto puede llegar a hacerse aburrido —dijo Francesca, alzando juguetonamente los brazos y rodeando con ellos el cuello de David Brown—. Quizá pudiéramos divertirnos con alguna otra cosa.

—Los observaremos sólo durante otra pasada. Su esquema es más bien simple. — Brown ignoró las ligeras cosquillas que Francesca le hacía en el cuello. Parecía como si estuviera comprobando mentalmente algún listado. Finalmente, habló a través del comunicador. —¿Qué opina usted, doctor Takagishi? ¿Hay alguna otra cosa que debemos hacer en este momento?

En el centro de control científico de la Newton, el doctor Takagishi estaba siguiendo el progreso de los biots a través del monitor.

—Sería extremadamente valioso —dijo— si pudiéramos descubrir algo más acerca de sus capacidades sensoras antes de intentar capturar uno de ellos. Hasta ahora no han respondido a los ruidos ni a los estímulos visuales distantes. De hecho, al parecer ni siquiera se han dado cuenta de nuestra presencia. Estoy seguro de que estará de acuerdo en que aún no disponemos de los datos suficientes para llegar a ninguna conclusión definitiva. Si pudiéramos exponerlos a todo un abanico de frecuencias electromagnéticas y calibrar sus respuestas, entonces quizá podríamos conseguir una mejor idea...

—Pero eso puede tomar días —interrumpió el doctor Brown—. Y, tras el análisis definitivo, todavía tendremos que correr un cierto riesgo. No puedo imaginar lo que podemos averiguar que altere materialmente nuestros planes.

—Si descubrimos algo más acerca de ellos primero —argumentó Takagishi—, podremos diseñar un procedimiento de captura mejor y más seguro. Incluso puede ocurrir que averigüemos algo que nos disuada por completo...

—Improbable —fue la brusca respuesta de David Brown. En lo que a él se refería, aquella discusión en particular quedaba cerrada. —Eh, aquí, Tabori —exclamó—. ¿Cómo van sus chicos con las cabañas?

—Ya casi hemos terminado —respondió el húngaro—. Otros treinta minutos como máximo. Luego estaremos listos para hacer una siesta.

—Pero primero comer un poco —intervino Francesca—. No se puede ir a dormir con el estómago vacío.

—¿Qué está cocinando usted, encanto? —dijo Tabori con tono burlón.

—Osso buco alla Rama.

—Ya basta —interrumpió el doctor Brown. Hizo una pausa de un par de segundos. — O'Toole —dijo luego—, ¿puede ocuparse de la Newton usted solo? ¿Al menos durante las próximas doce horas?

—Afirmativo —fue la respuesta.

—Entonces envíe aquí abajo al resto del equipo. Cuando nos reunamos todos en el nuevo campamento ya deberá estar listo para ser ocupado. Comeremos y dormiremos un poco. Luego planearemos nuestra caza del biot.

Debajo del helicóptero, las seis criaturas como cangrejos seguían su incansable marcha a través del desnudo suelo. Los cuatro seres humanos los observaron tropezar con un nuevo límite distinto, en una fina tela metálica allá donde el suelo cambiaba de tierra a pequeñas rocas. Tan pronto como alcanzaron el pequeño sendero que dividía ambas secciones, los biots ejecutaron su giro en u. Luego se encaminaron de nuevo hacia el mar siguiendo una línea paralela adyacente a su último surco. Yamanaka hizo girar el helicóptero, aumentó su altitud y se encaminó hacia el campamento Beta a diez kilómetros al otro lado del Mar Cilíndrico.

Todos tenían razón, estaba pensando Nicole. Verlo a través del monitor no es nada en comparación con la realidad. Estaba descendiendo al interior de Rama en el telesilla. Ahora que estaba más allá del punto intermedio, tenía una impresionante visión en todas direcciones. Recordaba haber tenido una sensación similar en una ocasión, cuando estuvo de pie en la Meseta Tonto en el Parque Nacional del Gran Cañón. Pero eso era obra de la naturaleza, y ésta se tomó más de mil millones de años, se dijo. En realidad Rama fue construida por alguien. O algo.

La silla se detuvo momentáneamente. Shigeru Takagishi bajó un kilómetro por debajo de ella. Nicole no podía verlo, pero pudo oírlo hablar con Richard Wakefield a través del comunicador.

—Apresúrese —oyó exclamar a Reggie Wilson—. No me gusta estar sentado aquí en medio de la nada.

Nicole disfrutaba colgada allí en el telesilla. El sorprendente escenario que la rodeaba era temporalmente estático, y podía estudiar a gusto cualquier rasgo que fuera particularmente interesante.

Tras una pausa más para que bajara Wilson, Nicole se acercó al fin al fondo del telesilla Alfa. Observó, fascinada, cómo la visión de sus ojos mejoraba rápidamente durante los últimos trescientos metros de su descenso. Lo que había sido una mezcolanza de imágenes indistintas se resolvió en un todo terreno, tres personas, algo de equipo, y un pequeño campamento alrededor. Tras unos segundos más pudo identificar a cada uno de los tres hombres. Tuvo un rápido recuerdo de otro viaje en telesilla, en Suiza, unos dos meses antes. Una imagen del rey Henry destelló momentáneamente detrás de sus ojos. Fue reemplazada por el sonriente rostro de Richard Wakefield justo debajo de ella. Le estaba dando instrucciones sobre la mejor manera de bajar de su silla.

—No la pararé por completo —estaba diciendo—, pero la frenaré mucho. Suéltese el cinturón y luego ponga los pies en el suelo, andando, como si saliera de una cinta rodante.

La sujetó por la cintura y la alzó fuera de la plataforma. Takagishi y Wilson estaba ya en el asiento trasero del todo terreno.

—Bienvenida a Rama —dijo Wakefield. Luego, a través del comunicador: —De acuerdo, Tabori. Estamos todos aquí y listos para emprender la marcha. Cambiamos a modo de sólo escucha durante el viaje.

—Apresúrese —urgió Janos—. Nos está costando no devorar su comida... Por cierto, Richard, ¿querrá traer la Caja de Herramientas C cuando venga? Hemos estado hablando de redes y jaulas, y puede que necesite una variedad más amplia de artilugios.

—De acuerdo —respondió Wakefield. Se dirigió al campamento y entró en la única cabaña de apreciable tamaño. Emergió con una larga caja rectangular de metal que evidentemente era muy pesada. —Mierda, Tabori —dijo por la radio—, ¿qué demonios hay ahí dentro?

Todos pudieron oír una carcajada.

—Todo lo que uno pueda necesitar para atrapar un cangrejo biot. Y algunas cosas más.

Wakefield apagó el transmisor y subió al todo terreno. Se alejaron de la escalera en dirección al Mar Cilíndrico.

—Esta caza del biot es la cosa más malditamente estúpida de la que nunca haya oído hablar —gruñó Reggie Wilson—. Alguien va a resultar herido.

Hubo silencio en el todo terreno durante casi un minuto. A su derecha, al límite de su visión, los cosmonautas apenas podían ver la ciudad ramana de Londres.

—Bien, ¿cómo se siente uno formando parte del segundo equipo? —dijo Wilson a nadie en particular.

Tras un embarazoso silencio, el doctor Takagishi se volvió para dirigirse a él:

—Disculpe, señor Wilson —dijo educadamente—, ¿se dirigía usted a mí?

—Por supuesto que sí —respondió Wilson, asintiendo enérgicamente con la cabeza—. ¿Acaso nadie le ha dicho nunca que es usted el científico número dos de esta misión? Supongo que no. —Tras una corta pausa, Wilson continuó: —Pero no me sorprende. Allá en la Tierra yo nunca llegué a saber que era el periodista número dos.

—Reggie, no creo... —empezó a decir Nicole antes de ser interrumpida.

—En cuanto a usted, doctora —Wilson se inclinó hacia adelante en el todo terreno—, puede que usted sea el único miembro del tercer equipo. He oído a nuestros gloriosos líderes Heilmann y Brown hablar acerca de usted. Les gustaría dejarla permanentemente en la Newton. Pero, puesto que tal vez necesiten sus habilidades...

—Ya basta —interrumpió Richard Wakefield. Había un filo amenazador en su voz. —Será mejor que deje de mostrarse desagradable. —Transcurrieron varios tensos segundos antes de que Wakefield hablara de nuevo: —Por cierto, Wilson —dijo en un tono algo más amistoso—, si recuerdo correctamente, es usted un fanático de las carreras. ¿No le gustaría conducir este buggy?

Era un sugerencia perfecta. Unos minutos más tarde, Reggie Wilson estaba en el asiento del conductor al lado de Wakefield, riendo alocadamente mientras aceleraba el todo terreno en una cerrada curva. Los cosmonautas des Jardins y Takagishi se agarraron de donde pudieron en el asiento trasero.

Nicole observaba muy atentamente a Wilson. Se muestra errático de nuevo, estaba pensando. Son al menos tres veces en los últimos dos días. Intentó recordar cuándo había efectuado por última vez un examen completo de Wilson. No desde el día después que muriera Borzov. En el intervalo he comprobado dos veces a los cadetes..., maldita sea, se dijo, dejé que mis preocupaciones con el incidente de Borzov me volvieran descuidada. Tomó nota mental de examinar a fondo a todo el mundo tan pronto como le fuera posible tras su llegada al campamento Beta.

—Incidentalmente, mi buen profesor —dijo Richard Wakefield una vez que Wilson enderezó el vehículo y se encaminó en línea recta hacia el campamento—, tengo una

pregunta para usted. —Se volvió y miró directamente al científico japonés. —¿Ha trabajado usted en nuestro "extraño sonido" del otro día? ¿O lo ha convencido el doctor Brown de que era tan sólo una invención de nuestra imaginación colectiva?

El doctor Takagishi agitó la cabeza.

—Le dije a usted entonces que se trataba de un sonido nuevo. —Miró fijamente hacia la distancia, a través de los inexplicados campos metálicos de la Planicie Central. —Ésta es una Rama distinta. Lo sé. Los cuadrados como un tablero de ajedrez en el sur están dispuestos de una forma completamente distinta, y no se extienden hasta la orilla del Mar Cilíndrico. Las luces se encienden ahora antes que el mar se funda. Y luego se apagan bruscamente, sin disminuir durante varias horas como informaron los exploradores de la primera Rama. Los cangrejos biots aparecen en hordas en vez de individualmente. —Hizo una pausa, sin dejar de mirar a través de los campos. —El doctor Brown dice que todas estas diferencias son triviales, pero yo creo que significan algo. Es posible —murmuró suavemente—, sólo es posible, que el doctor Brown esté equivocado.

—También es posible que sea un completo hijo de puta —dijo amargamente Wilson. Aceleró el todo terreno a su velocidad máxima.

—¡Campamento Beta, ahí vamos!

28 - Extrapolación

Nicole terminó su comida de pato prensado, brócoli reconstituido y puré de papas. El resto de los cosmonautas todavía seguía comiendo, y había una quietud temporaria en torno de la mesa. En la esquina, junto a la entrada, un monitor rastreaba la localización de los cangrejos biots. Su esquema no había cambiado. El blip que representaba a los cangrejos avanzaba en una dirección durante un poco más de diez minutos, luego daba la vuelta.

—¿Qué ocurrirá cuando terminen con esta parcela? —preguntó Richard Wakefield. Estaba mirando un mapa de la zona hecho con ordenador y clavado a un tablero de avisos provisional.

—La última vez que siguieron uno de esos caminos entre las particiones en tablero de ajedrez hasta que llegaron a un agujero —respondió Francesca desde el otro extremo de la mesa—. Entonces dejaron caer su basura en él. No han recogido nada en este nuevo territorio, de modo que cualquiera puede imaginar lo que harán cuando terminen.

—¿Todo el mundo está convencido de que nuestros biots son de hecho basureros?

—Las pruebas son bastante concluyentes —dijo David Brown—. Un solitario cangrejo biot similar encontrado por Jimmy Park dentro de la primera Rama fue considerado también como un recolector de basura.

—Nos halagamos a nosotros mismos —intervino Shigeru Takagishi. Terminó de masticar lo que tenía en la boca y tragó. —El doctor Brown es precisamente quien primero dijo que era improbable que nosotros, los seres humanos, pudiéramos comprender qué era Rama. Nuestra conversación me recuerda ese viejo proverbio hindú acerca de los hombres ciegos que palpaban un elefante. Todos lo describían de una forma distinta, porque cada uno de ellos tocaba sólo una pequeña parte del animal. Ninguno de ellos acertaba.

—¿No cree usted que nuestros cangrejos trabajen en el Departamento de Sanidad de Rama? —inquirió Janos Tabori.

—Yo no he dicho eso —respondió Takagishi—. Simplemente he sugerido que es una presunción nuestra llegar tan rápidamente a la conclusión de que esas seis criaturas no tienen otro fin que limpiar la basura. Nuestros datos de observación son lamentablemente inadecuados.

—A veces es necesario extrapolar —indicó testarudamente el doctor Brown—, e incluso especular, basándonos en mínimas cantidades de datos. Usted mismo sabe que la nueva ciencia está basada en la máxima semejanza antes que en la certitud..

—Antes que nos enzarcemos en una discusión esotérica acerca de la ciencia y su metodología —interrumpió Janos con una sonrisa—, tengo una proposición deportiva para todos ustedes. —Se puso de pie—. En realidad, la idea fue originalmente de Richard, pero imaginé cómo convertirla en un juego. Tiene que ver con las luces.

Janos tomó un rápido sorbo de agua de su vaso.

—Desde que llegamos aquí a Ramalandia —declaró formalmente—, se han producido tres transiciones en el estado de iluminación.

—Buuu. Fuera —exclamó Wakefield. Janos se echó a reír.

—De acuerdo, amigos... ¿Qué ocurre con las luces? Se encienden, se apagan, y ahora vuelven a encenderse. ¿Qué pasará en el futuro? Propongo que creemos un fondo común y contribuyamos cada uno, digamos, con veinte marcos. Cada uno de nosotros hará una predicción sobre el comportamiento de las luces para el resto de la misión, y quien más se acerque ganará el fondo.

—¿Quién juzgará al vencedor? —inquirió soñoliento Reggie Wilson. Había bostezado varias veces durante la última hora. —Pese al impresionante conjunto de cerebros que hay alrededor de la mesa, no creo que nadie haya imaginado todavía cómo funciona

Rama. Mi creencia personal es que las luces no siguen ningún esquema. Se encenderán y apagarán al azar las veces suficientes como para que sigamos preguntándonoslo.

—Escríbalo y envíelo al módem del general O'Toole. Richard y yo hemos acordado que él será un juez perfecto. Cuando la misión haya terminado, comparará las predicciones con la realidad, y alguien ganará una hermosa cena para dos.

El doctor David Brown echó hacia atrás su silla.

—¿Ha terminado ya con su juego, Tabori? —preguntó—. Si es así —añadió, sin esperar una respuesta—, quizá podamos limpiar un poco esta pocilga y seguir con nuestro programa.

—Eh, capi —respondió Janos—, sólo estoy intentando aligerar un poco las cosas. Todo el mundo se está volviendo tenso...

Brown salió de la cabaña antes que el cosmonauta Tabori hubiera terminado su frase.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó Richard a Francesca.

—Supongo que está ansioso con respecto a la caza —respondió Francesca—. Ha estado de mal humor desde la mañana. Quizá sienta toda la responsabilidad.

—Quizá sólo sea un pelmazo —dijo Wilson. Él también se puso de pie. —Voy a dormir un poco.

Mientras Wilson salía de la amplia cabaña Nicole recordó que deseaba comprobar la biometría de todo el mundo antes de la caza. Era una tarea bastante simple. Todo lo que necesitaba era permanecer cerca de cada cosmonauta durante unos cuarenta y cinco segundos con su escáner activado y luego leer los datos críticos en el monitor. Si no había ninguna entrada en los archivos de advertencia, todo el proceso era rápido y directo. En esa comprobación en particular todo el mundo estaba limpio, incluido Takagishi.

—Estupendo —dijo Nicole a su colega japonés en voz baja.

Salió para buscar a David Brown y Reggie Wilson. La cabaña del doctor Brown estaba en el extremo más alejado del campamento. Como el resto de las moradas individuales, su choza parecía un sombrero delgado y alto puesto en el suelo. Todas las cabañas eran de un color blancuzco, de unos dos metros y medio de altura, con una base circular de dos metros de diámetro. Estaban construidas con materiales superligeros y flexibles que combinaban una fuerza extraordinaria con un fácil almacenamiento. Nicole observó para sí misma que las cabañas se parecían a las tiendas de los indios norteamericanos.

David Brown estaba en su cabaña, sentado con las piernas cruzadas en el suelo frente al monitor de un ordenador portátil. En la pantalla estaba el texto de los capítulos sobre los biots del Atlas de Rama de Takagishi.

—Disculpe, doctor Brown —dijo Nicole, asomando la cabeza por la puerta.

—Sí —dijo él—, ¿qué ocurre? —No hizo ningún intento de ocultar su irritación por la interrupción.

—Necesito comprobar sus datos biométricos —dijo Nicole—. No lo he hecho desde antes de la primera incursión.

Brown le lanzó una mirada irritada. Nicole mantuvo su terreno. El norteamericano se encogió de hombros, medio gruñó, y se volvió de espaldas hacia el monitor. Nicole se arrodilló a su lado y activó su escáner.

—Hay algunas sillas plegables en la cabaña de suministros —ofreció Nicole mientras el doctor Brown se agitaba incómodo en el suelo. Él ignoró su comentario. ¿Por qué es tan áspero conmigo? se preguntó Nicole. ¿Es a causa de ese informe sobre Wilson y él? No, respondió a su propia pregunta, es porque nunca le he mostrado la deferencia requerida.

Los datos empezaron a aparecer en la pantalla de Nicole. Tecleó cuidadosamente varios inputs que permitían la aparición de una sinopsis de los datos de advertencia.

—Su presión sanguínea ha sido demasiado alta durante intervalos intermitentes a lo largo de las últimas setenta y dos horas, incluido casi todo el día de hoy —dijo sin emoción—. Este tipo particular de esquema se asocia con el estrés.

El doctor Brown dejó de leer acerca de los biots y se volvió para mirar de frente a su oficial de ciencias de la vida. Contempló los datos exhibidos en la pantalla de Nicole sin comprenderlos.

—Este gráfico muestra las amplitudes y la duración de sus excursiones fuera de tolerancia —señaló Nicole, mostrando la pantalla—. Ninguno de los incidentes sería serio por sí mismo. Pero el esquema en su conjunto sí es causa de preocupación.

—He estado sometido a una cierta presión —admitió él. Observó mientras Nicole llamaba otros displays que mostraban datos que corroboraban su afirmación original. Muchos de los archivos de emergencia de Brown estaban saturados.

Las luces siguieron parpadeando en el monitor.

—¿Cuál es la peor probabilidad? —inquirió Brown. Nicole observó a su paciente.

—Un ataque al corazón con parálisis o muerte —respondió—. Si la condición persiste o empeora.

El doctor Brown dejó escapar un suave silbido.

—¿Que debo hacer?

—En primer lugar —respondió Nicole—, tiene que empezar por dormir más. Su perfil metabólico muestra que desde la muerte del general Borzov sólo ha tenido un total de once horas de descanso efectivo. ¿Por qué no me dijo que tenía problemas para dormir?

—Pensé que sólo era excitación. Incluso tomé una píldora para dormir una noche, y no me hizo efecto. Nicole frunció el entrecejo.

—No recuerdo haberle dado ninguna píldora para dormir. El doctor Brown sonrió.

—Mierda —dijo—, olvidé decírselo. Una noche estaba hablando con Francesca Sabatini acerca de mi insomnio y ella me ofreció una píldora. La tomé sin pensar.

—¿Qué noche fue eso? —preguntó Nicole. Cambió de nuevo los displays en su monitor y pidió más datos de los buffers de almacenaje.

—No estoy seguro —dijo el doctor Brown tras una breve vacilación—. Creo que fue...

—Oh, aquí está —dijo Nicole—. Puedo verlo en los análisis químicos. Fue el 3 de marzo, la segunda noche después de la muerte de Borzov. El día que usted y Heilmann fueron seleccionados como comandantes conjuntos. Por la configuración de estos datos espectrométricos, puedo suponer que tomó usted una sola medvil.

—¿Puede decir eso a partir de mis datos biométricos?

—No exactamente —sonrió Nicole—. La interpretación no es única ¿Qué fue lo que dijo usted en la comida? A veces es necesario extrapolar... y especular.

Sus ojos se encontraron por un momento. ¿Puede eso ser miedo?, se preguntó Nicole mientras intentaba interpretar lo que veía en la mirada del hombre. El doctor Brown apartó la vista.

—Gracias, doctora des Jardins —dijo rígidamente—, por su informe sobre mi presión sanguínea. Intentaré relajarme y dormir lo suficiente. Y me disculpo por no informarle acerca de la píldora para dormir. —La despidió con un gesto de su mano.

Nicole empezó a protestar, pero lo pensó mejor. De todos modos tampoco seguiría mi consejo, se dijo mientras caminaba hacia la cabaña de Wilson. Y su presión sanguínea tampoco era tan peligrosamente alta. Pensó en el tenso final de su conversación de dos minutos, tras sorprender al doctor Brown identificando correctamente el tipo de píldora para dormir. Hay algo que no está bien aquí. ¿Qué es lo que no acabo de captar?

Pudo oír roncar a Reggie Wilson antes de llegar a la puerta de su tienda. Tras un breve debate consigo misma, Nicole decidió que lo examinaría cuando se levantara. Regresó a su propia cabaña y se quedó dormida rápidamente.

—Nicole. Nicole des Jardins. —La voz se metió en su sueño y la despertó. —Soy yo. Francesca. Necesito decirle algo.

Nicole se sentó lentamente en su cama. Francesca había entrado ya en la cabaña. La italiana lucía su sonrisa más amistosa, aquella que Nicole había pensado que reservaba siempre para la cámara.

—Estuve hablando con David hace unos momentos —dijo Francesca mientras se acercaba—, y me contó su conversación con usted después de cenar. —Siguió hablando mientras Nicole bostezaba y bajaba sus pies al suelo. —Por supuesto, me inquietó mucho saber lo de su presión sanguínea... no se preocupe, él y yo hemos llegado al acuerdo de que no incluiré ese dato en mis transmisiones... pero lo que realmente me preocupó fue que me recordó que nunca le dijimos nada acerca de la píldora para dormir. Me siento tan embarazada. Hubiéramos debido decírselo inmediatamente.

Francesca estaba hablando demasiado rápido para Nicole. Hacía apenas unos momentos estaba sumida en un profundo sueño, soñando con Beauvois, y ahora de repente se esperaba que escuchara una confesión en staccato de la cosmonauta italiana.

—¿Puede aguardar un minuto hasta que me despierte? —pidió malhumoradamente. Se inclinó hacia adelante más allá de Francesca y tomó un vaso de agua de una mesita improvisada. Bebió lentamente.

—Bien —dijo luego—, ¿debo entender que me ha despertado usted para decirme que le dio al doctor Brown una píldora para dormir? Algo que ya sé.

—Sí —sonrió Francesca—. Quiero decir, eso es parte de ello. Pero me di cuenta de que había olvidado hablarle también de Reggie. Nicole sacudió la cabeza.

—No la sigo, Francesca. ¿Está hablando ahora de Reggie Wilson? Francesca dudó por un segundo.

—Sí —dijo al fin—. ¿No lo examinó también con su escáner inmediatamente después de cenar?

Nicole sacudió de nuevo la cabeza.

—No, ya estaba dormido. —Comprobó su reloj. —Había pensado examinarlo antes que empezara la reunión. Quizá dentro de una hora. Francesca pareció turbada.

—Bueno —dijo—, cuando David me contó que el medvil había salido registrado en sus datos biométricos, pensé... —Se detuvo a media frase. Parecía estar reuniendo sus pensamientos. Nicole aguardó pacientemente. —Reggie empezó a quejarse de dolores de cabeza hace una semana —prosiguió finalmente Francesca—, después que las dos naves Newton se unieran para la cita con Rama. Puesto que él y yo hemos sido buenos amigos y él sabía de mi conocimiento sobre medicinas y drogas... ya sabe, de todo ese trabajo para mi serie documental, me pidió que le diera algo para su dolor de cabeza. Al principio me negué, pero finalmente, como siguió insistiendo, le di algo de nubitrol.

Nicole frunció el entrecejo.

—Ése es un fármaco muy fuerte para un simple dolor de cabeza. Todavía hay médicos que creen que nunca debería ser prescrito a menos que todo lo demás fallara...

—Le dije todo eso —admitió Francesca—, Pero él se mostró inflexible. Usted no conoce a Reggie. A veces no se puede razonar con él.

—¿Cuánto le dio usted?

—Ocho pastillas, en total doscientos miligramos.

—No es sorprendente que haya estado actuando de una forma tan extraña. —Nicole adelantó una mano y tomó su ordenador de bolsillo de encima de la mesa. Accedió a su base de datos médica y leyó la corta entrada acerca del nubitrol. —No hay mucho aquí —murmuró—. Tendré que pedirle a O'Toole que me trasmita la entrada completa de la enciclopedia médica. Pero, si recuerdo correctamente, ¿no hubo una controversia acerca de que el nubitrol permanecía en el sistema durante semanas?

—No lo recuerdo —respondió Francesca. Miró el monitor en la mano de Nicole y leyó rápidamente el texto. Nicole se sintió irritada. Sintió deseos de poner como un trapo a Francesca, pero en el último momento lo pensó mejor. Así que le dio drogas tanto a David como a Reggie, pensó. A su mente llegó un vago recuerdo de Francesca tendiéndole a Valeri Borzov un vaso de vino varias horas antes de su muerte. Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Podía ser correcta su intuición?

Se volvió y clavó en Francesca una fría mirada.

—Ahora que ha confesado que ha estado jugando a los médicos y a los farmacéuticos tanto con David como con Reggie, ¿hay alguna otra cosa que desee comunicarme?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Francesca.

—¿Le ha dado drogas o medicamentos a algún otro miembro del equipo?

Nicole sintió que su corazón galopaba desbocado cuando Francesca palideció, aunque ligeramente, y vaciló antes de contestar.

—No. No, por supuesto que no —fue al fin su respuesta.

29 - La caza

El helicóptero hizo descender muy lentamente el todo terreno hacia el suelo.

—¿Cuánto más lejos? —preguntó Janos Tabori por el comunicador.

—Unos diez metros —respondió Richard Wakefield desde abajo. Estaba de pie en un punto a un centenar de metros al sur del borde del Mar Cilíndrico. Sobre él, el todo terreno colgaba al extremo de dos largos cables. —Vaya con cuidado y déjelo caer suavemente. Hay algunos componentes electrónicos delicados en el chasis.

Hiro Yamanaka controló el helicóptero en su más cerrado bucle de control de altitud mientras Janos extendía electrónicamente los cables centímetro a centímetro.

—Contacto —exclamó Wakefield—. En las ruedas traseras. Las delanteras necesitan bajar otro metro.

Francesca Sabatini corrió hasta un lado del todo terreno para registrar aquel histórico contacto en el Hemicilindro Sur de Rama. Cincuenta metros más lejos del risco, en las inmediaciones de una cabaña que servía como cuartel general provisional, el resto de los cosmonautas se preparaba para la inminente caza. Irina Turgeniev comprobaba la instalación del cable trampa en el segundo helicóptero. David Brown, sólo a unos pocos metros de la cabaña, hablaba por la radio con el almirante Heilmann apostado en el campamento Beta. Los dos hombres estaban revisando los detalles del plan de captura. Wilson, Takagishi y des Jardins contemplaban la conclusión de la operación de aterrizaje del todo terreno.

—Ahora sabemos quién es realmente el jefe en este equipo —dijo Reggie Wilson a sus compañeros. Señaló al doctor Brown. —Esta maldita caza es más parecida a una operación militar que ninguna otra cosa que haya hecho hasta ahora, pero nuestro científico principal está a cargo de ella y nuestro oficial de más alto rango está manejando los teléfonos. —Escupió al suelo. —Cristo, ¿tenemos suficiente equipo aquí? Dos helicópteros, un todo terreno, tres clases distintas de jaulas... sin mencionar varias cajas grandes de mierda eléctrica y mecánica. Esos pobres bastardos de cangrejos no tienen ninguna posibilidad.

El doctor Takagishi se llevó los binoculares láser a los ojos. Halló rápidamente el blanco. A medio kilómetro al este, los cangrejos biots se acercaban de nuevo al borde del acantilado. Nada había cambiado en sus movimientos.

—Necesitamos todo el equipo debido a las inseguridades —dijo Takagishi con voz suave—. Nadie sabe realmente lo que va a ocurrir.

—Espero que se apaguen las luces —rió Wilson.

—Estamos preparados para eso —intervino tensamente David Brown mientras se acercaba a los otros tres cosmonautas—. Los caparzones de los cangrejos han sido rociados con un material ligeramente fluorescente, y disponemos de gran cantidad de antorchas. Mientras ustedes se quejaban de la duración de nuestra última reunión, nosotros estábamos ultimando los planes de contingencia. —Miró truculentamente a su compatriota. —¿Sabe, Wilson?, podría intentar usted...

—Atención atención —le interrumpió la voz de Otto Heilmann—. Noticias. Noticias candentes. Acabo de recibir información de O'Toole de que la INN transmitirá en directo lo que le enviamos, empezando dentro de veinte minutos.

—Buen trabajo —respondió Brown—. Por entonces deberíamos estar preparados. Veo que Wakefield se encamina hacia aquí con el todo terreno. —Consultó su reloj. —Y los cangrejos deberán dar la vuelta de nuevo dentro de unos segundos. Incidentalmente, Otto, ¿usted sigue estando en desacuerdo con mi sugerencia de tenderle una trampa al biot de cabecera?

—Sí, David, lo siento. Creo que es un riesgo innecesario. Lo poco que sabemos sugiere que el cangrejo de cabeza es el que tiene mayores capacidades. ¿Por que correr el riesgo? Cualquier biot será un tesoro increíble si podemos llevarlo de vuelta a la Tierra, en particular si aún sigue operativo. Podemos preocuparnos por el líder una vez que tengamos ya uno en el saco.

—Entonces supongo que los votos están contra mí en esto. Los doctores y Tabori también están de acuerdo con usted. Lo mismo que el general O'Toole. Procederemos con el plan B. El blanco biot será el número cuatro, el último biot de la derecha según nos acercamos por detrás.

El todo terreno que llevaba Wakefield y Sabatini llegó a la zona de la cabaña casi al mismo tiempo que el helicóptero.

—Buen trabajo, amigos —dijo el doctor Brown mientras Tabori y Yamanaka saltaban fuera del helicóptero—. Tómese un corto respiro, Janos. Luego vaya y asegúrese de que Turgeniev y el cable trampa están preparados para empezar. Lo quiero en el aire dentro de cinco minutos.

"Bien —continuó, volviéndose hacia los demás—, esto es todo. Wilson, Takagishi y des Jardins en el todo terreno con Wakefield. Francesca, usted vendrá conmigo en el segundo helicóptero con Hiro.

Nicole se echó a andar hacia el todo terreno, pero Francesca la interceptó.

—¿Ha usado usted alguna vez una de éstas? Le mostró una videocámara del tamaño de un libro de bolsillo.

—Una vez —respondió Nicole, estudiando la cámara en la mano de Francesca—, hará unos once o doce años. Grabé una de las operaciones de cerebro del doctor Delon. Supongo...

—Mire —interrumpió Francesca—, me iría bien un poco de ayuda. Lo siento si no le he hablado de esto antes, pero no sabía... De todos modos, necesito otra cámara, una en el

suelo, especialmente ahora que estamos en directo en la INN. No estoy pidiendo milagros. Usted es la única que...

—¿Qué hay de Reggie? —respondió Nicole—. Es otro periodista.

—Reggie no ayudará —dijo rápidamente Francesca. El doctor Brown la llamó para que subiera al helicóptero—. ¿Lo hará usted, Nicole? Por favor. ¿O debo pedírselo a algún otro?

¿Por qué no? El pensamiento cruzó como un relámpago por la mente de Nicole. No tengo ninguna otra cosa que hacer a menos que se produzca alguna emergencia.

—De acuerdo —respondió.

—Un millón de gracias —exclamó Francesca mientras le tendía la cámara y echaba a correr hacia el helicóptero que la aguardaba.

—Bien, bien —dijo Reggie Wilson cuando Nicole se acercó al todo terreno con la cámara en la mano—. Veo que nuestra doctora residente ha sido reclutada por la periodista número uno. Espero que le haya pedido al menos el salario mínimo.

—No digas tonterías, Reggie —respondió Nicole—. No me importa ayudar a los demás cuando no tengo nada específico que hacer.

Wakefield puso en marcha el todo terreno y empezó a conducir hacia el este, hacia los biots. El cuartel general había sido establecido intencionalmente en la zona ya "limpiada" por los cangrejos. El suelo compactado permitía que el avance del todo terreno fuera muy rápido. Estuvieron a un centenar de metros de los biots en menos de tres minutos. Sobre sus cabezas, los dos helicópteros trazaban círculos en torno de los cangrejos. A Wilson le recordaron unos buitres revoloteando sobre un animal moribundo.

—¿Qué es lo que desea que haga exactamente? —preguntó Nicole a Francesca por el trasmisor del todo terreno.

—Intente moverse de forma paralela a los biots —respondió Francesca—. Probablemente podrá correr a su lado, al menos por algún tiempo. El momento más importante es cuando Janos intente cerrar el cable trampa.

—Aquí estamos todos preparados —anunció Tabori unos segundos más tarde—. Esperamos la orden.

—¿Estamos en el aire? —preguntó Brown a Francesca. Ella asintió con la cabeza. — De acuerdo —le dijo a Janos—. Adelante.

De uno de los helicópteros descendió un largo y grueso cable rematado con lo que parecía ser un cesto invertido.

—Janos intentará centrar el cable trampa sobre el biot que hemos tomado como blanco —explicó Wakefield a Nicole—, y dejará que los lados se deslicen de forma natural sobre

los costados del caparazón. Luego incrementará la tensión por debajo y alzaré al biot del suelo. Lo meteremos en una jaula una vez que regresemos al campamento Beta.

—Veamos qué aspecto tienen desde aquí abajo —oyó Nicole que decía Francesca. El todo terreno estaba ahora al lado mismo de los biots. Nicole bajó y echó a correr al lado de ellos. Al principio se sintió asustada. Por alguna razón, no había esperado que fueran tan grandes o su aspecto tan extraño. Su brillo metálico le recordaba el frío exterior de muchos de los nuevos edificios de París. Mientras corría paralela a ellos sobre el suelo compactado, los biots estaban a tan sólo dos metros. Con el encuadre y el enfoque automáticos de la cámara, no le resultaba difícil tomar las imágenes adecuadas.

—No se sitúe delante de ellos —le advirtió el doctor Takagishi. No necesitaba preocuparse por ello. Nicole no había olvidado lo que le habían hecho a aquel montón de metal.

—Sus imágenes son realmente buenas —retumbó la voz de Francesca en el receptor del todo terreno—. Nicole, intente llegar hasta el biot de la cabeza y luego vaya retrocediendo poco a poco, dejando que la cámara haga un barrido de todas las filas. —Aguardó mientras Nicole se situaba paralelamente al frente de los biots. —Huau. Esto es soberbio. Ahora sé por qué trajimos con nosotros a una campeona olímpica.

En sus primeros dos intentos el cable trampa de Janos falló. Sin embargo, al tercero, aterrizó perfectamente sobre el lomo del cangrejo número cuatro. Los bordes de la red, o cesto, se abrieron hasta más allá de los límites del caparazón. Nicole estaba empezando a sudar. Llevaba corriendo ya cuatro minutos.

—A partir de ahora —le dijo Francesca desde el helicóptero—, céntrese solamente en el cangrejo que es nuestro blanco. Acérquese a él tanto como pueda.

Nicole redujo a un metro su distancia del biot más cercano. Casi resbaló y estuvo a punto de caer una vez, y un frío estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Si cayera delante de su camino, pensó, me convertirían en carne picada. Su cámara estaba clavada en el cangrejo de retaguardia a la derecha mientras Janos tensaba los cables.

—¡Ahora! —gritó el hombre. La trampa, con el biot encerrado en ella, empezó a alzarse del suelo. A partir de entonces todo ocurrió muy aprisa. El biot atrapado usó sus pinzas como tijeras para cortar uno de los cables metálicos que formaban la red de la trampa. Los otros cinco biots se detuvieron brevemente, durante quizás un segundo, y luego atacaron de inmediato la trampa con sus pinzas, todos ellos. La red metálica quedó completamente destrozada, y el biot liberado, en menos de cinco segundos.

Nicole se sintió abrumada por lo que estaba viendo. Pese a su martilleante corazón, siguió filmando. El biot de cabecera se sentó entonces sobre el suelo. Los otros cinco lo

rodearon en un círculo extremadamente apretado. Cada uno de los biots unió una pinza al cangrejo del centro y la otra a su vecino de la derecha. La formación estuvo terminada en menos de otros cinco segundos. Los biots permanecieron completamente inmóviles, formando una apretada piña.

Francesca fue la primera en hablar.

—Absolutamente increíble —exclamó, excitada—. Acabamos de conseguir que a todos los seres humanos de la Tierra se les pongan los pelos de punta.

Nicole sintió la presencia de Richard Wakefield a su lado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Richard.

—Creo que sí —dijo ella. Todavía estaba temblando. Los dos miraron a los biots. No se apreciaba ningún movimiento.

—Están discutiendo la jugada —dijo Reggie Wilson desde el todo terreno—. Por ahora, la puntuación es: Biots 7, Humanos 0.

—Puesto que está usted tan convencido de que no hay ningún peligro, acepto seguir adelante. Pero debo confesar que me siento nervioso acerca de efectuar otro intento. Evidentemente, esas cosas se comunican entre sí. Y no creo que deseen ser capturadas.

—Otto, Otto —replicó el doctor Brown—. Este procedimiento no es más que un refinamiento más directo de lo que intentamos la primera vez. El conjunto de la trampa se adherirá al caparazón del cangrejo y envolverá apretadamente sus delgados cables en torno de todo su cuerpo. Los otros biots no podrán usar sus pinzas. No habrá sitio entre los cables y el caparazón.

—Almirante Heilmann, aquí el doctor Takagishi. —Había una clara preocupación en su voz mientras hablaba a través del comunicador. —Debo dejar constancia de mi más enérgica objeción a seguir con esta caza. Ya hemos visto lo poco que comprendemos de esas criaturas. Como Wakefield ha dicho, nuestro intento de atrapar a una de ellas ha desencadenado a todas luces sus respuestas implícitas de protección. No tenemos ni idea de cómo van a reaccionar a continuación.

—Todos comprendemos eso, doctor Takagishi —cortó David Brown antes que Heilmann pudiera responder—. Pero hay factores atenuantes que pasan por encima de las incertidumbres. En primer lugar, como ha señalado Francesca, toda la Tierra está esperando ver si vamos de nuevo contra los biots. Ya ha oído lo que dijo Jean-Claude Revoir hace veinte minutos... ya hemos hecho más por la exploración del espacio que lo que hizo nadie desde los cosmonautas originales soviéticos y norteamericanos allá en el siglo XX. En segundo lugar, estamos preparados para completar la caza ahora. Si abandonamos el intento y regresamos con todo nuestro equipo a Beta, habremos

malgastado una enorme cantidad de tiempo y esfuerzos. Finalmente, no hay ningún peligro evidente. ¿Por qué insiste usted en lanzar esas lúgubres predicciones? Todo lo que hemos visto hacer a los biots ha sido reaccionar con alguna especie de actividad autodefensiva.

—Profesor Brown —el eminente erudito japonés intentó una última llamada a la razón—, por favor mire alrededor. Intente imaginar las capacidades de las criaturas que construyeron este sorprendente vehículo. Intente apreciar la posibilidad de que quizá, sólo quizá, lo que estamos intentando hacer pueda ser considerado como un acto hostil que, en consecuencia, sea comunicado de algún modo a la inteligencia que sea que dirige esta nave espacial. Suponga que, como resultado de ello, nosotros, como representantes de la especie humana, nos estemos condenando no sólo a nosotros mismos, sino también, en algún sentido más amplio, a todos nuestros semejantes...

—Tonterías —bufó David Brown—. ¿Cómo puede alguien acusarme alguna vez a mi de alocadas especulaciones...? —Rió estentóreamente. —Esto es absurdo. Las pruebas más abrumadoras indican que esta Rama tiene la misma función y finalidad que su predecesora, y es completamente indiferente a nuestra existencia. El hecho de que una simple subfamilia de robots se una cuando se vea amenazada no tiene ningún significado en particular. —Miró a todos los demás. —Digo que ya basta de hablar, Otto. A menos que usted objete algo, vamos a seguir con la captura de un biot.

Hubo una corta vacilación desde el otro lado del Mar Cilíndrico. Luego, los cosmonautas oyeron la respuesta afirmativa del almirante Heilmann.

—Adelante, David. Pero no corra riesgos innecesarios.

—¿Cree usted que estamos realmente en peligro? —preguntó Hiro Yamanaka al doctor Takagishi mientras la nueva táctica de captura era revisada por Brown, Tabori y Wakefield. El piloto japonés estaba contemplando en la distancia las enormes estructuras del cuenco Sur, pensando, quizá por primera vez, en la vulnerabilidad de su posición.

—Probablemente no —respondió su compatriota—. Pero es una locura tomar tales...

—Locura es la palabra perfecta para ello —interrumpió Reggie Wilson—. Usted y yo somos los dos únicos oponentes que hemos expresado nuestra opinión respecto de proseguir con esta estupidez. Pero nuestras objeciones han sonado a locura e incluso a cobardía. Personalmente, deseo que una de esas malditas cosas desafíe al estimado doctor Brown a un duelo. O, mejor aún que un rayo parta contra nosotros de una de esas espiras de ahí arriba.

Señaló hacia los grandes cuernos que Yamanaka había estado contemplando antes. La voz de Wilson cambió, y hubo un tono de miedo en ella.

—Estamos yendo más allá de nuestras posibilidades aquí, puedo captarlo en el aire. Hemos sido advertidos del peligro por potencias que ninguno de nosotros puede empezar a comprender. Pero ignoramos esas advertencias.

Nicole se apartó de sus colegas y contempló la animada reunión de planificación que tenía lugar a quince metros de ella. Los ingenieros Wakefield y Tabori estaban disfrutando realmente del desafío de vencer a los biots. Nicole se preguntó si Rama no estaría enviándoles realmente algún tipo de advertencia. Tonterías, se dijo, repitiendo la expresión de David Brown. Se estremeció involuntariamente mientras recordaba los escasos segundos que habían necesitado los cangrejos para destrozarse la trampa metálica. Estoy reaccionando excesivamente. Y también Wilson. No hay ninguna razón para tener miedo.

Sin embargo, mientras se volvía de nuevo y miraba a través de los binoculares para estudiar la formación de biots a medio kilómetro de distancia, hubo en ella un miedo palpable que no pudo eliminar. Los seis cangrejos no se habían movido en casi dos horas. Seguían aún apiñados en su formación original. ¿Qué es lo que pretendes realmente, Rama?, se preguntó por enésima vez. Su siguiente pregunta la sobresaltó. Nunca la había verbalizado antes. ¿Y cuántos de nosotros vamos a regresar a la Tierra para contar tu historia?

Para el segundo intento de captura, Francesca deseaba estar en el suelo al lado de los biots. Como antes, Turgenev y Tabori estaban arriba en el primer helicóptero con el equipo más importante. Brown, Yamanaka y Wakefield estaban en el otro helicóptero. El doctor Brown había invitado a Wakefield a que le proporcionara sus consejos en directo; Francesca había persuadido por supuesto a Richard de que tomara algunas imágenes aéreas para ella como complemento de las imágenes automáticas del sistema del helicóptero.

Reggie Wilson condujo en el todo terreno a los cosmonautas de tierra hasta el emplazamiento donde estaban los biots.

—Éste es un buen trabajo para mí —dijo mientras se acercaban a la localización de los cangrejos alienígenas—. Chofer. —Alzó la vista hacia el distante techo de Rama. —¿Se dan cuenta, amigos? Soy versátil. Puedo hacer muchas cosas. —Miró a Francesca a su lado en el asiento delantero. —Por cierto, señora Sabatini, ¿tiene usted intención de agradecerle a Nicole el espectacular trabajo que hizo? Fueron sus imágenes de acción desde el suelo las que capturaron la atención de toda la audiencia en su última transmisión.

Francesca estaba atareada comprobando todo su equipo vídeo, y al principio ignoró el comentario de Reggie. Cuando éste repitió su observación, respondió, sin alzar la vista:

—¿Puedo recordarle al señor Wilson que no necesito sus consejos no solicitados acerca de cómo llevar mis asuntos?

—Hubo un tiempo —murmuró Reggie para sí mismo, sacudiendo la cabeza— en que las cosas eran muy diferentes. —Miró a Francesca. No había ninguna indicación de que estuviera escuchando siquiera. —Por aquel entonces yo todavía creía en el amor —dijo con voz ligeramente más alta—. Antes de que conociera la traición. O la ambición y su egoísmo.

Hizo girar bruscamente el volante del todo terreno hacia la izquierda, y se detuvo con un violento frenazo a unos cuarenta metros al oeste de los biots. Francesca bajó sin una palabra. Al cabo de tres segundos estaba hablando con David Brown y Richard Wakefield por la radio acerca de la cobertura de vídeo en la captura. El siempre educado doctor Takagishi dio las gracias a Reggie Wilson por conducir el todo terreno.

—¡Ahí vamos! —gritó Tabori desde arriba. Situó en posición el colgante nexo para el segundo intento. El nexo era una esfera redonda y pesada de unos veinte centímetros de diámetro, con una docena de pequeños agujeros o indentaciones en su superficie. Fue descendida lentamente sobre el centro del caparazón de uno de los biots exteriores. A continuación, Tabori transmitió una sucesión de órdenes desde el flotante helicóptero al procesador en el nexo, ordenando la extensión de la masa de hilos metálicos enrollados en la parte superior del interior de la esfera. Los cangrejos no se movieron en absoluto cuando los hilos envolvieron apretadamente al biot tomado como blanco.

—¿Qué opina usted, inspector? —preguntó Janos a Richard Wakefield en el otro helicóptero.

Richard comprobó el extraño aparato. El grueso cable estaba unido a una recia polea en la parte de atrás del helicóptero. Quince metros más abajo, la bola metálica se había asentado sobre la espalda del biot tomado como blanco, y unos delgados filamentos se habían extendido desde el interior de la bola en torno de la parte superior e inferior del caparazón.

—Parece bien —respondió Richard—. Ahora sólo queda una pregunta. ¿Es el helicóptero más potente que su abrazo colectivo?

David Brown ordenó a Irina Turgenev alzar la presa. Incrementó lentamente la velocidad de las palas e intentó ascender. La débil flaccidez en el cable desapareció, pero los biots apenas se movieran.

—O son muy pesados, o se sujetan al suelo de alguna forma —dijo Richard—. Déles un tirón brusco.

La repentina sacudida en el cable alzó momentáneamente toda la formación de biots en el aire. El helicóptero se agitó mientras la masa de biots colgaba a dos o tres metros del suelo. Los dos cangrejos no unidos al cangrejo tomado como blanco fueron los primeros en desprenderse, cayendo en un inmóvil montón unos segundos después de alzarse en el aire. Los otros tres permanecieron unidos durante diez segundos antes de desprender finalmente sus pinzas de su compañero y caer también al suelo. Hubo gritos unánimes de alegría y felicitaciones mientras el helicóptero ascendía más alto en el cielo.

Francesca estaba filmando la secuencia de la captura desde una distancia de unos diez metros. Después que los últimos tres biots, incluido el líder, hubieron soltado sus pinzas del cangrejo tomado como blanco y caído al suelo ramano, se inclinó hacia atrás para grabar el helicóptero mientras se encaminaba hacia las orillas del Mar Cilíndrico con su presa. Necesitó dos o tres segundos para darse cuenta de que todo el mundo le estaba gritando algo.

El biot líder y sus dos últimos compañeros no habían quedado inmóviles cuando golpearon el suelo. Aunque ligeramente dañados, estaban activos y en movimiento unos instantes después de su aterrizaje. Mientras Francesca filmaba la partida del helicóptero, el biot de cabecera captó su presencia y se lanzó hacia ella. Los otros dos lo siguieron apenas a un paso de distancia.

Estaba sólo a cuatro metros cuando Francesca, aún filmando, comprendió finalmente que ella era ahora la presa. Se volvió en redondo y echó a correr.

—¡Corra hacia el lado! —gritó Richard Wakefield por el comunicador—. ¡Ellos sólo pueden ir en línea recta!

Francesca zigzagueó, pero los biots continuaron siguiéndola. Su estallido original de adrenalina le permitió ampliar la distancia que la separaba de los cangrejos a diez metros. Pero mientras empezaba a cansarse, los infatigables biots empezaron a acercarse de nuevo. Resbaló y estuvo a punto de caer. Cuando consiguió recobrar su paso, el biot de cabecera estaba a no más de tres metros de ella.

Reggie Wilson había corrido hacia el todo terreno tan pronto como resultó claro que los biots estaban persiguiendo a Francesca. Una vez en los controles del vehículo, se encaminó hacia ella a toda velocidad. Su intención original era recogerla y alejarla del camino del asalto de los biots. Sin embargo, estaban demasiado cerca de ella, así que decidió lanzarse desde un lado contra los tres cangrejos. Hubo un resonar de metal contra metal cuando el ligero vehículo embistió contra los biots. El plan de Reggie funcionó. El impulso del choque arrojó a Reggie y los cangrejos varios metros hacia un lado. La amenaza contra Francesca había sido desviada.

Pero los biots no habían quedado incapacitados. Muy lejos de ello. Pese al hecho de que uno de los cangrejos perseguidores había perdido una pata y el biot de cabecera tenía una pinza ligeramente dañada, al cabo de unos segundos los tres se habían lanzado y estaban trabajando sobre el todo terreno. Empezaron corlando la estructura metálica a trozos con sus pinzas, y luego utilizaron su temible colección de sondas y limas para desgarrar los trozos a piezas aún más pequeñas.

Reggie quedó momentáneamente atontado por el impacto del vehículo contra los biots. Los cangrejos alienígenas habían sido más pesados de lo que había anticipado, y los daños en el todo terreno eran graves. Tan pronto como se dio cuenta de que los biots aún seguían activos, intentó saltar fuera del vehículo. Pero no pudo. Sus piernas habían quedado aprisionadas bajo el hundido tablero de mandos.

Su absoluto terror no duró más de diez segundos. No había nada que nadie pudiera hacer. Los aterrorizados gritos de Reggie Wilson resonaron en la inmensidad de Rama mientras los biots lo hacían pedazos exactamente igual que si formara parte del todo terreno. Lo hicieron de una forma rápida y sistemática. Tanto Francesca como la cámara automática del helicóptero filmaron los últimos segundos de su vida. Las imágenes fueron transmitidas en directo a la Tierra.

30 - Post mortem II

Nicole permanecía sentada inmóvil en el campamento Beta. No podía borrar de su mente la horrible imagen del rostro de Reggie Wilson, contorsionado por el terror, mientras su cuerpo era cortado a pedazos. Intentó obligarse a pensar en alguna otra cosa. ¿Y ahora qué?, se preguntó. ¿Qué será de la misión ahora?

Afuera era de nuevo oscuro en Rama. Las luces se habían apagado bruscamente hacía tres horas, tras un período de iluminación que duró treinta y dos segundos menos que el anterior día ramano. La desaparición de las luces hubiera debido suscitar mucha discusión y especulación. Pero no lo hizo. Ninguno de los cosmonautas deseaba hablar de nada. El horrible recuerdo de la muerte de Wilson pesaba demasiado sobre todos.

La habitual reunión del equipo después de la cena había sido pospuesta hasta la mañana siguiente debido a que David Brown y el almirante Heilmann estaban enzarzados en una prolongada conferencia con los oficiales de la AIE allá en la Tierra. Nicole no había participado en ninguna de las conversaciones, pero no le resultaba difícil imaginar su contenido. Se dio cuenta de que había una muy auténtica posibilidad de que la misión

fuera abortada. Los gritos y protestas del público debían de exigirlo. Después de todo, habían presenciado una de las escenas más horribles...

Nicole pensó en Genevieve sentada delante del televisor en Beauvois, mirando mientras el cosmonauta Wilson era metódicamente hecho pedazos por los biots. Se estremeció. Luego se riñó a sí misma por ser demasiado egoísta. El auténtico horror, se dijo, debió producirse en Los Angeles.

Había tratado a la familia Wilson en dos ocasiones durante las primeras reuniones inmediatamente después de que fuera anunciada la selección del equipo. Nicole recordaba particularmente al niño. Se llamaba Randy. Tenía siete u ocho años, un rostro hermoso y ojos muy grandes. Le gustaban los deportes. Le había llevado a Nicole una de sus posesiones más preciadas, un programa de las Olimpiadas de 2184 en casi perfectas condiciones, y le había pedido que le firmara su autógrafo en la página que detallaba las pruebas del triple salto femenino. Ella le había revuelto el pelo y él le había dado las gracias con una enorme sonrisa.

La imagen de Randy Wilson contemplando morir a su padre por la televisión era demasiado para ella. Las lágrimas asomaron incontenibles a sus ojos. Qué pesadilla ha sido este año para ti, muchacho, pensó. La montaña rusa de la vida. Primero la alegría de ver a tu padre seleccionado como cosmonauta. Luego toda la estupidez de Francesca y el divorcio. Y ahora esta terrible tragedia.

Nicole empezaba a sentirse deprimida, y su mente estaba aún demasiado activa para poder dormir. Decidió que deseaba algo de compañía. Se dirigió a la cabaña contigua y llamó suavemente a la puerta.

—¿Hay alguien ahí fuera? —oyó decir desde dentro.

—Hola, Takagishi-san —respondió—. Soy Nicole. ¿Puedo entrar? El hombre se dirigió a la puerta y la abrió.

—Esto es una sorpresa —dijo—. ¿Se trata de una visita profesional?

—No —respondió ella mientras entraba—. Estrictamente informal. Todavía no estaba preparada para dormir. Pensé...

—Es bienvenida aquí en cualquier momento —dijo él con una amistosa sonrisa—. No necesita ninguna razón. —La miró durante unos segundos. —Estoy profundamente alterado por lo que ocurrió esta tarde. Me siento responsable. Creo que no hice lo suficiente para detener...

—Oh, vamos, Shigeru —respondió Nicole—. No sea ridículo. No puede culparse de nada. Al menos usted dijo algo. Yo soy la doctora y ni siquiera dije nada.

Sus ojos vagaron sin rumbo fijo por la cabaña de Takagishi. Junto a su cama, apoyada sobre un pequeño trozo de tela en el suelo, Nicole vio una curiosa figurilla blanca con marcas negras. Se dirigió hacia ella y se arrodilló.

—¿Qué es esto? —preguntó.

El doctor Takagishi pareció ligeramente azorado. Se situó al lado de Nicole y tomó la diminuta figurilla que representaba a un grueso hombre oriental. La sostuvo entre el índice y el pulgar.

—Es una reliquia netsuke de la familia de mi esposa —dijo—. Está hecha de marfil.

Se la tendió a Nicole.

—Es el rey de los dioses. Su compañera, una reina igualmente gruesa, reposa sobre la mesa de noche de mi esposa en Kyoto. Antes que los elefantes corrieran peligro de extinción, mucha gente coleccionaba figurillas como ésta. La familia de mi esposa posee una colección soberbia.

Nicole estudió al hombrecillo en su mano. Su rostro exhibía una serena y benévola sonrisa. Imaginó a la hermosa Machuco Takagishi allá en Japón, y por unos breves segundos envidió sus lazos matrimoniales. Eso debe de hacer que los sucesos como la muerte de Wilson sean mucho más fáciles de soportar, pensó.

—¿Quiere sentarse? —ofreció el doctor Takagishi. Nicole se acomodó en una caja cerca de la cama, y hablaron durante veinte minutos. La mayor parte recuerdos compartidos de sus familias. Se refirieron oblicuamente al desastre de la tarde varias veces, pero evitaron por completo una discusión detallada de Rama y la misión Newton. Lo que ambos necesitaban eran las reconfortantes imágenes de sus vidas cotidianas en la Tierra.

—Y ahora —dijo Takagishi, terminando su taza de té y depositándola en un extremo de la mesa junto a la de Nicole—, tengo una extraña petición para la doctora des Jardins. ¿Le importaría ir a su cabaña y traer su equipo biométrico? Desearía un escáner.

Nicole empezó a echarse a reír, pero observó la seriedad del rostro de su colega. Cuando regresó con su escáner unos minutos más tarde, el doctor Takagishi le comunicó la razón de su solicitud.

—Esta tarde —dijo—, sentí dos dolores muy agudos en el pecho. Fue durante la excitación, después que Wilson estrellara su vehículo contra los biots y me diera cuenta... —No completó su frase. Nicole asintió y activó el escáner.

Ninguno de los dos dijo nada durante los siguientes tres minutos. Nicole comprobó todos los datos de advertencia, mostró gráficos y mapas de la actividad cardíaca del

hombre y agitó regularmente la cabeza. Cuando terminó, miró a su amigo con una lúgubre sonrisa.

—Ha sufrido usted un ligero ataque cardíaco —informó. Quizá dos, muy juntos. Y su corazón se ha comportado de forma irregular desde entonces. —Podría decirse que él estaba esperando aquella noticia. —Lo siento —murmuró—. Tengo algún medicamento que puedo administrarle, pero es sólo una medida momentánea. Tenemos que volver inmediatamente a la Newton para poder tratar adecuadamente este problema.

—Bueno —sonrió ligeramente él—, si nuestras predicciones son correctas, habrá de nuevo luz en Rama dentro de unas doce horas. Supongo que nos iremos entonces.

—Probablemente —respondió ella—. Hablaré con Brown y Heilmann de esto inmediatamente. Supongo que lo primero que haremos por la mañana será irnos.

Él adelantó su mano y tomó la de ella.

—Gracias, Nicole —dijo.

Ella apartó la vista. Por segunda vez en una hora, había lágrimas en sus ojos. Abandonó la cabaña de Takagishi y se encaminó hacia el extremo del campamento para hablar con David Brown.

—Ah, es usted —oyó la voz de Richard Wakefield en la oscuridad—. Pensé que estaba dormida. Tengo noticias para usted.

—Hola, Richard —dijo Nicole mientras la figura que sujetaba la linterna emergía de la oscuridad.

—Yo tampoco he podido dormir —dijo él—. Demasiadas imágenes horribles en mi cabeza. Así que decidí trabajar en su problema. —Sonrió. —Fue incluso más fácil de lo que había pensado. ¿Le importaría venir a mi cabaña para una explicación?

Nicole se sentía confusa. Estaba preocupada por lo que iba a decirles a Brown y Heilmann acerca de Takagishi.

—Recuerda de lo que hablo, ¿no? —inquirió Richard—, El problema con el software del CirRob y las órdenes manuales.

—¿Ha estado trabajando usted en eso? —preguntó ella—. ¿Aquí abajo?

—Por supuesto. Todo lo que tuve que hacer fue pedirle a O'Toole que me transmitiera los datos que necesitaba. Venga, déjeme mostrárselo.

Nicole decidió que ver al doctor Brown podía aguardar unos minutos más. Echó a andar al lado de Richard. Éste se detuvo en su camino delante de otra cabaña.

—Eh, Tabori, seguro que no adivina —exclamó—. Hallé a nuestra encantadora doctora paseando por ahí en la oscuridad. ¿Quiere unirse a nosotros?

Miró a Nicole, como si le debiera una explicación.

—Le expliqué a él algo de lo que había hallado —dijo—. La cabaña de usted estaba a oscuras, y supuse que dormía.

Janos salió por su puerta menos de un minuto más tarde y saludó a Nicole con una sonrisa.

—Está bien, Wakefield —dijo—, pero no lo prolonguemos demasiado. Ya casi me estaba durmiendo.

En la cabaña de Wakefield, el ingeniero británico contó de nuevo con evidente satisfacción lo que le había ocurrido al robot cirujano cuando la Newton experimentó la inesperada torsión.

—Tenía usted razón, Nicole —dijo—, en que había una serie de órdenes manuales entradas en el CirRob. Y esas órdenes anularon los habituales algoritmos de protección contra fallas. Pero ninguna de ellas fue entrada hasta la maniobra ramana.

Wakefield sonrió y continuó, observando atentamente a Nicole para asegurarse de que estaba siguiendo su explicación:

—Al parecer, cuando Janos cayó y sus dedos golpearon la caja de control, generó tres órdenes. Al menos eso es lo que pensó el CirRob; sus circuitos le dijeron que había tres órdenes manuales en su cola. Por supuesto, las tres eran puro galimatías. Pero el CirRob no tenía forma de saberlo.

"Quizás ahora pueda apreciar usted algunas de las pesadillas que atormentan a los diseñadores de sistemas de software. No hay forma alguna de que nadie pueda anticipar nunca todas las contingencias posibles. Los diseñadores crearon protecciones contra una orden galimatías entrada inadvertidamente, alguien rozando la caja de control durante una operación, por ejemplo... pero no contra varias de esas órdenes. Las órdenes manuales son consideradas esencialmente como emergencias por el diseño general del sistema. En consecuencia, tienen prioridad absoluta en la estructura del software del CirRob, y siempre son procesadas inmediatamente. El diseño, sin embargo, puede reconocer si se trata de una orden manual "mala" y tiene la capacidad de rechazarla y pasar a la siguiente prioridad, que incluye la protección contra fallas.

—Lo siento —dijo Nicole—, Me he perdido. ¿Cómo puede un diseño ser estructurado para rechazar una sola orden mala, pero no varias? Tenía entendido que este procesador sencillo operaba en serie.

Richard conectó su ordenador portátil y, trabajando a partir de sus notas, llamó al monitor una masa de números dispuestos en filas y columnas.

—Éstas son las operaciones, instrucción por instrucción, que el software del CirRob realizó después que aparecieran las órdenes manuales en su cola.

—Se repiten —observó Janos— cada siete operaciones.

—Exacto —respondió Richard—. El CirRob intentó tres veces procesar la primera orden manual, no lo consiguió en ninguno de los intentos, y luego pasó a la siguiente orden. El software operó exactamente tal como había sido diseñado...

—Pero ¿por qué —preguntó Tabori— volvió después a la primera orden?

—Porque los diseñadores del software nunca consideraron la posibilidad de órdenes manuales múltiples. O al menos nunca lo diseñaron para esa condición. La pregunta interna que efectúa el software tras terminar el procesado de cada orden es si existe o no otra orden manual en el buffer. Si no la hay, entonces el software rechaza la primera orden y es libre de pasar a otras cosas. Pero si la hay, al software se le dice que almacene la orden rechazada y procese la siguiente orden. Entonces, si dos órdenes seguidas son rechazadas, el software supone que el hardware procesador de órdenes está estropeado, cambia al hardware redundante, e intenta procesar de nuevo las mismas órdenes manuales. Usted puede comprender el razonamiento. Supongamos...

Nicole escuchó durante varios segundos mientras Richard y Janos hablaban acerca de subsistemas redundantes, órdenes en el buffer y estructuras de cola. Tenía muy poco entrenamiento en protección contra fallas o control redundante, y no pudo seguir la discusión.

—Esperen un momento —dijo al final—, me he perdido de nuevo. Recuerden, no soy ingeniero. ¿Puede alguien hacerme un resumen en lenguaje normal?

Wakefield se disculpó.

—Lo siento, Nicole —dijo—. ¿Sabe usted lo que es un sistema de software de interrupción? —Ella asintió. —¿Y está familiarizada con la forma en que operan las prioridades en esos sistemas? Estupendo. Entonces la explicación es sencilla. La protección de interrupción contra fallas basada en el acelerómetro y los datos de imágenes tiene menos prioridad que las órdenes manuales entradas inadvertidamente por Janos cuando cayó. El sistema quedó trabado en un bucle de software intentando procesar las órdenes malas, y nunca tuvo oportunidad de recibir las señales de falla de los subsistemas sensores. Por eso el escalpelo siguió cortando.

Por alguna razón, Nicole se sintió decepcionada. La explicación era bastante clara, y ciertamente ella no había deseado que el análisis implicara a Janos o cualquier otro miembro del equipo. Pero era demasiado simple. No habían valido la pena todo el tiempo y la energía empleados.

Nicole se sentó en la cama de la cabaña de Richard Wakefield.

—Vaya con mi misterio —dijo. Janos se sentó a su lado.

—Alégrese, Nicole —dijo—. Éstas son buenas noticias. Al menos, ahora sabemos seguro que no fallamos en el proceso de inicialización. Hay una explicación lógica para lo que ocurrió.

—Estupendo —respondió ella sarcásticamente—. Pero el general Borzov sigue muerto. Y ahora Reggie Wilson también lo está. —Nicole pensó en el errático comportamiento del periodista norteamericano durante los últimos días y recordó su anterior conversación con Francesca. —Incidentalmente —dijo, movida por un impulso—, ¿alguno de ustedes oyó alguna vez al general Borzov quejarse de dolores de cabeza o de alguna otra molestia? ¿Especialmente el día del banquete?

Wakefield negó con la cabeza.

—No —dijo Janos—. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, le pedí al diagnosticador portátil, basándome en los datos biométricos de Borzov, que me proporcionara las posibles causas de sus síntomas, dado que el general no sufría apendicitis. La causa más probable listada fue reacción a medicamentos. Una probabilidad de un sesenta y dos por ciento. Pensé que quizás hubiera sufrido alguna reacción adversa a alguna medicación.

—¿De veras? —dijo Janos, picada su curiosidad—, ¿Por qué nunca me dijo nada de eso antes?

—Estuve a punto de hacerlo... varias veces. Pero no creí que usted estuviera interesado. ¿Recuerda cuando me detuve en su habitación en la Newton el día después de la muerte del general Borzov? Fue inmediatamente después de la reunión del equipo. Por la forma en que usted respondió, llegué a la conclusión de que no deseaba volver a...

—Dios mío, —Janos sacudió la cabeza. —Cómo fallamos los seres humanos en comunicamos. Simplemente tenía dolor de cabeza. Nada más y nada menos. Ciertamente, nunca hubiera deseado darle la impresión de que no quería hablar de la muerte de Valen.

—Hablando de comunicarnos —dijo Nicole, mientras se levantaba cansadamente—, tengo que ir a ver al doctor Brown y al almirante Heilmann antes de irme a la cama. —Miró a Wakefield. —Muchas gracias por su ayuda, Richard. Me gustaría poder decirle que ahora me siento mejor.

Nicole pasó junto a Janos.

—Lo siento, amigo mío —le dijo—. Hubiera debido compartir toda mi investigación con usted. Probablemente todo hubiera sido mucho más rápido...

—Está bien —respondió Janos—. No se preocupe por ello. —Sonrió. —Vamos, la acompañaré al menos hasta mi suite.

Nicole pudo oír la vehemente conversación que tenía lugar dentro antes de llamar a la puerta de la cabaña. David Brown, Otto Heilmann y Francesca Sabatini estaban discutiendo acerca de cómo responder a las últimas directivas de la Tierra.

—Están reaccionando excesivamente —decía Francesca—. Y se darán cuenta de ello tan pronto como tengan algo de tiempo para reflexionar. Ésta no es la primera misión que sufre la pérdida de alguna vida humana.

—Pero nos han ordenado que regresemos a la Newton tan pronto como sea posible —protestó el almirante Heilmann.

—Así que mañana hablaremos de nuevo con ellos y explicaremos por qué deseamos explorar primero Nueva York. Takagishi dice que el mar empezará a fundirse dentro de uno o dos días, y que tendremos que irnos de todos modos. Además, Wakefield, Takagishi y yo oímos algo aquella noche, aunque David no nos crea.

—No sé, Francesca —empezó a responder el doctor Brown, cuando oyó finalmente la llamada de Nicole—. ¿Quién hay ahí? —preguntó irritadamente.

—La cosmonauta des Jardins. Tengo una importante información médica...

—Mire, des Jardins —interrumpió rápidamente Brown—, estamos muy ocupados. ¿No puede aguardar hasta mañana?

De acuerdo, se dijo Nicole. Puedo aguardar hasta mañana. De todos modos, no se sentía ansiosa de responder a las preguntas del doctor Brown acerca del estado cardíaco de Takagishi.

—De acuerdo —dijo en voz alta, riendo para sí misma por usar esa expresión.

Al cabo de unos segundos Nicole pudo oír que la discusión se reanudaba a sus espaldas. Regresó lentamente a su cabaña. Mañana tiene que ser un día mejor, pensó mientras se arrastraba a su cama.

31 - El prodigio de Orvieto

—Buenas noches, Otto —dijo David Brown cuando el almirante alemán abandonó su cabaña—. Nos veremos por la mañana. —El doctor Brown bostezó y se estiró. Consultó su reloj. Faltaban un poco más de ocho horas antes que las luces volvieran a encenderse, se suponía.

Se quitó su overol de vuelo y bebió un poco de agua. Acababa de echarse en su camastro cuando Francesca entró en su cabaña.

—David —dijo—, tenemos más problemas. —Se acercó a él y le dio un rápido beso. — He estado hablando con Janos. Nicole sospecha que Valeri fue drogado.

—¿Quééé? —respondió él. Se sentó en su cama. —¿Cómo es posible? No había ninguna forma...

—Al parecer, quedaron algunas huellas en sus datos biométricos, y ella, muy lista, las encontró. Se lo mencionó a Janos esta noche.

—No reaccionaste cuando te lo dijo, ¿verdad? Quiero decir, debemos estar absolutamente...

—Por supuesto que no —respondió Francesca—. De todo modos, Janos jamás sospecharía nada, ni en un millar de años. Es un inocente total. Al menos en lo que a esas cosas se refiere.

—Maldita sea esa mujer —dijo David Brown—. Y maldita sea su biometría. —Se frotó el rostro con las manos. —Vaya día. Primero ese estúpido de Wilson intenta hacerse el héroe. Y ahora esto... Te dije que hubiéramos debido destruir todos los datos de la operación. Hubiera sido un asunto sencillo borrar los archivos centrales. Así las cosas, nunca...

—Ella habría seguido teniendo sus datos biométricos —contraatacó Francesca—. Ahí es donde se halla la prueba principal. Hubieras tenido que ser un absoluto genio para tomar los datos de la operación en sí y deducir nada. —Se sentó y atrajo la cabeza del doctor Brown contra su pecho. —Nuestro gran error no fue no destruir los archivos. Eso hubiera podido despertar las sospechas de la AIE. Nuestro error fue subestimar a Nicole des Jardins.

El doctor Brown se liberó del abrazo y se puso de pie.

—Maldita sea, Francesca, es culpa tuya. Nunca hubiera debido permitir que me metieras en eso. Entonces supe...

—Entonces supiste —interrumpió bruscamente Francesca a su compañero— que tú, el doctor David Brown, no ibas a ir en la primera incursión a Rama. Entonces supiste que tus futuros millones como héroe y líder público de esta expedición se verían seriamente comprometidos si te quedaban a bordo de la Newton. —Brown dejó de andar de un lado a otro y miró a Francesca. —Entonces supiste —siguió ella más suavemente— que yo también tenía intereses invertidos en que tú fueras en esa primera excursión. Y que podías contar conmigo para que te proporcionara mi apoyo.

Le tomó las manos y tiró de él hacia la cama.

—Siéntate, David —dijo—. Hemos vuelto una y otra vez sobre esto. Nosotros no matamos al general Borzov. Simplemente le dimos una droga que creó los síntomas de

una apendicitis. Tomamos la decisión juntos. Sí Rama no hubiera maniobrado y el robot cirujano no hubiera funcionado mal, entonces nuestro plan hubiera ido perfectamente. Borzov estaría hoy en la Newton, recuperándose de su apendectomía, y tú y yo estaríamos aquí dirigiendo la exploración de Rama.

David Brown retiró sus manos de entre las de ella y empezó a retorcérselas.

—Me siento tan..., tan sucio —exclamó—. Nunca había hecho nada así antes. Quiero decir, nos guste o no, somos parcialmente responsables de la muerte de Borzov. Quizás incluso de la de Wilson. Podemos ser acusados. —Estaba agitando de nuevo la cabeza. Había una expresión desolada en su rostro. —Se supone que soy un científico —dijo—. ¿Qué me ha ocurrido? ¿Cómo me vi mezclado en esto?

—Ahórrame tu rectitud —replicó secamente Francesca—. Y no intentes engañarte a ti mismo. ¿Acaso no eres el hombre que robó el más importante descubrimiento astronómico de la década de una estudiante graduada? ¿Y luego te casaste con ella para mantenerla callada para siempre? Tu integridad se vio comprometida hace mucho tiempo.

—Esto es injusto —dijo irritadamente el doctor Brown—. Siempre he sido honesto. Excepto...

—Excepto cuando fue importante y valioso para ti no serlo. ¡Vaya montón de mierda! —Francesca se puso de pie, y ahora fue ella quien paseó de un lado a otro de la cabaña—. Ustedes los hombres, son tan malditamente hipócritas. Conservan sus elevadas imágenes con racionalizaciones sorprendentes. Nunca se admiten a ustedes mismos quiénes son realmente y qué desean realmente. La mayoría de las mujeres son más honestas. Reconocemos nuestras ambiciones, nuestros deseos, incluso nuestros anhelos. Admitimos nuestras debilidades. Nos enfrentamos a nosotras mismas tal como somos, no tal como nos gustaría ser.

Regresó a la cama y tomó de nuevo las manos de David.

—¿No lo ves querido? —dijo intensamente—. Tú y yo somos almas gemelas. Nuestra alianza se basa en el más fuerte de todos los lazos... el egoísmo mutuo. Ambos nos sentimos motivados por las mismas metas, el poder y la fama.

—Eso suena horrible —murmuró él.

—Pero es cierto. Aunque tú no desees admitirlo. David, querido, ¿acaso no puedes ver que tu indecisión procede de tu fracaso en reconocer tu auténtica naturaleza? Mírame a mí. Sé exactamente lo que deseo, y nunca me siento confundida respecto a lo que debo hacer. Mi comportamiento es automático.

El físico norteamericano permaneció sentado en silencio al lado de Francesca durante largo rato. Finalmente, se volvió y apoyó la cabeza en el hombro de ella.

—Primero Borzov, ahora Wilson —dijo con un suspiro—. Me siento como azotado. Desearía que nada de esto hubiera ocurrido.

—No puedes renunciar ahora, David —dijo ella, acariciándole la cabeza—. Hemos ido demasiado lejos. Y el gran premio está ahora al alcance de nuestras manos.

Francesca adelantó las manos y empezó a quitarle la camisa.

—Ha sido un día largo y agotador —dijo apaciguadoramente—. Intentemos olvidarlo. — David Brown cerró los ojos mientras ella acariciaba su rostro y su pecho.

Francesca se inclinó hacia adelante y le besó suavemente en los labios. Unos momentos más tarde se detuvo bruscamente.

—¿Lo ves? —dijo, quitándose lentamente sus propias ropas—, mientras permanezcamos juntos en esto, podemos derivar fuerzas el uno del otro. —Se puso de pie delante de David, obligándolo a abrir los ojos.

—Apresúrate —reclamó él, impaciente—. Ya casi estaba...

—No te preocupes mucho por eso —respondió Francesca, dejando caer perezosamente sus pantalones—, nunca has tenido ningún problema conmigo. —Sonrió de nuevo mientras separaba las rodillas de él y apretaba el rostro del hombre contra sus pechos. —Recuerda —dijo, tirando fácilmente de los pantalones cortos de él con su mano libre— Yo no soy Elaine.

Estudió a David Brown mientras éste dormía a su lado. La tensión y la ansiedad que habían dominado su rostro hacía apenas unos minutos habían sido reemplazadas por la relajada sonrisa de un muchacho. Los hombres son tan simples, pensó Francesca. El orgasmo es el perfecto alivio al dolor. Desearía que fuera igual de fácil para nosotras.

Se deslizó fuera de la pequeña cama y se vistió. Tuvo mucho cuidado de no molestar a su amigo dormido. Pero tú y yo aún tenemos un auténtico problema, se dijo mientras terminaba de vestirse, que necesitamos resolver rápidamente. Y será más difícil porque estamos tratando con una mujer.

Francesca salió de la cabaña a la oscuridad de Rama. Había unas pocas luces cerca de los suministros al otro lado del campamento, pero aparte de eso el campamento Beta estaba totalmente a oscuras. Todo el mundo dormía. Encendió su pequeña linterna y se alejó en dirección sur, hacia el Mar Cilíndrico.

¿Qué es lo que quiere, madame Nicole des Jardins?, pensó mientras caminaba. ¿Y cuál es su debilidad, su talón de Aquiles? Durante varios minutos Francesca escrutó su banco de memoria sobre Nicole, intentando descubrir alguna falla de personalidad o carácter que pudiera ser explotada. El dinero no es la respuesta. El sexo tampoco, al

menos no conmigo. Rió involuntariamente. Y ciertamente no con David. Su desagrado hacia él es obvio.

¿Qué hay acerca del chantaje?, se preguntó mientras se acercaba a la orilla del Mar Cilíndrico. Recordó la intensa reacción de Nicole a su pregunta acerca del padre de Geneviève. Quizá, pensó, si supiera la respuesta a esa pregunta... pero no la sé.

Se sintió temporalmente desconcertada. No podía hallar ninguna forma de comprometer a Nicole des Jardins. Por aquel entonces las luces del campamento a sus espaldas apenas eran visibles. Francesca apagó su linterna y se sentó muy cautelosamente, dejando colgar los pies sobre el borde del acantilado.

Tener las piernas suspendidas sobre el hielo del Mar Cilíndrico le trajo de vuelta una sucesión de intensos recuerdos de su infancia en Orvieto. A la edad de once años, pese al cúmulo de advertencias de la sanidad pública que la asaltaban desde todas direcciones, la precoz Francesca había decidido empezar a fumar cigarrillos. Cada día después de la escuela se abría camino colina abajo hasta la planicie debajo de la ciudad y se sentaba a la orilla de su arroyo favorito. Allá fumaba en silencio, un acto de solitaria rebelión. En aquellos lánguidos atardeceres se convertía en habitante de un mundo de fantasía poblado de castillos y príncipes, a millones de kilómetros de distancia de su madre y su padrastro.

El recuerdo de aquellos momentos adolescentes produjo en ella un irresistible deseo de fumar. Había estado tomando sus píldoras de nicotina durante toda la misión, pero lo único que hacían era satisfacer su adicción física. Se echó a reír de sí misma y buscó en uno de los bolsillos especiales de su overol de vuelo. Francesca había ocultado tres cigarrillos en un contenedor especial que los conservaría frescos. Se había dicho a sí misma, antes de abandonar la Tierra, que aquellos cigarrillos eran para "casos de emergencia"...

Fumar un cigarrillo dentro de un vehículo espacial extraterrestre era aún más atrevido que fumar a la edad de once años. Francesca sintió deseos de gritar de deleite cuando echó la cabeza hacia atrás y expelió el humo al aire ramano. Aquel acto la hizo sentir libre, liberada. De alguna forma, la amenaza representada por Nicole des Jardins no parecía tan seria.

Mientras estaba fumando, Francesca recordó la aguda soledad de aquella muchacha descendiendo las laderas de la vieja Orvieto. También recordó el terrible secreto que había mantenido encerrado siempre en su corazón. Francesca nunca le había hablado a nadie de lo de su padrastro, ciertamente no a su madre, y raras veces pensaba ya en ello.

Pero, mientras permanecía sentada a la orilla del Mar Cilíndrico, la angustia de su infancia se le apareció con agudo relieve.

Empezó inmediatamente después de mi undécimo cumpleaños, pensó, sumiéndose en los detalles de su vida dieciocho años antes. Al principio no tuve ni idea de lo que quería el muy bastardo. Dio otra profunda pitada a su cigarrillo. Ni siquiera después de que empezara a hacerme regalos sin ninguna razón.

Había sido el director de su nueva escuela. Cuando pasó su primer conjunto completo de tests de aptitud, Francesca consiguió las calificaciones más altas en toda la historia de Orvieto. Estaba fuera de la escala, era un prodigio. Hasta entonces él ni siquiera había reparado en ella. Se había casado con su madre hacía dieciocho meses y había sido padre de dos gemelos casi inmediatamente. Francesca se había convertido en un engorro, otra boca que alimentar, no más importante que otra pieza de mobiliario de su madre.

Durante varios meses se mostró especialmente amable conmigo. Luego mamá fue a visitar a tía Carla por unos días. Los dolorosos recuerdos llegaron aprisa, avanzando como un torrente en su cabeza. Recordó el olor a vino del aliento de su padrastro, su sudor contra el cuerpo de ella, sus lágrimas después que él abandonó la habitación.

La pesadilla había durado más de un año. La forzaba cada vez que su madre no estaba en casa. Luego, una tarde, mientras él se ponía la ropa y miraba en otra dirección, Francesca lo había golpeado en la cabeza con un bate de béisbol de aluminio. Su padrastro había caído al suelo, sangrando e inconsciente. Ella lo había arrastrado hasta la sala de estar dejándolo allí.

Nunca volvió a tocarme, recordó Francesca, aplastando su cigarrillo en la tierra de Rama. Nos convertimos en dos extraños en la misma casa. Desde entonces yo pasé la mayor parte de mi tiempo con Roberto y sus amigos. Simplemente esperaba mi oportunidad. Estaba preparada cuando llegó Carlo.

Francesca tenía catorce años en el verano de 2184, Aquel verano pasó la mayor parte de su tiempo pando por la plaza principal de Orvieto. Su primo mayor, Roberto, acababa de obtener su certificado de guía turístico para la catedral de la plaza. El viejo Duomo, la principal atracción turística de la ciudad, había sido construido por fases, empezando en el siglo XIV. La iglesia era una obra maestra artística y arquitectónica. Los frescos de Lúea Signorelli dentro de su capilla de San Brizio eran ampliamente alabados como los más espléndidos ejemplos de la pintura imaginativa del siglo XV fuera del museo Vaticano.

Haberse convertido en guía oficial del Duomo era considerado como todo un logro, en especial a la edad de diecinueve años. Francesca estaba muy orgullosa de Roberto. A veces lo acompañaba en sus visitas, pero sólo si le prometía por anticipado no molestarle con sus bromas.

Una tarde de agosto, inmediatamente después de comer, una lujosa limusina entró en la plaza en torno del Duomo, y el chofer pidió un guía a la oficina turística. El caballero de la limusina no había hecho ninguna reserva, y Roberto era el único guía disponible. Francesca observó con gran curiosidad cómo un hombre bajo y apuesto, de unos cuarenta años, bajaba de la parte de atrás del coche y se presentaba a Roberto. Los automóviles habían sido prohibidos en la parte alta de Orvieto, excepto con un permiso especial, desde hacía casi cien años, de modo que Francesca sabía que el hombre debía de ser un individuo muy poco común.

Como hacía siempre, Roberto empezó su visita con los relieves esculpidos por Lorenzo Maitani en las puertas de la iglesia. Aún curiosa, Francesca permaneció a un lado, fumando en silencio, mientras su primo explicaba el significado de las extrañas figuras demoníacas en la parte inferior de una de las columnas.

—Ésta es una de las más primitivas representaciones del Infierno —dijo Roberto, señalando un grupo de figuras dantescas—. El concepto del Infierno del siglo XIV implicaba una interpretación extremadamente literal de la Biblia.

—¡Ja! —exclamó repentinamente Francesca, dejando caer su cigarrillo sobre las piedras del suelo y caminando hacia Roberto y el apuesto desconocido—. También era un concepto muy masculino del Infierno. Observe que muchos de los demonios tienen pechos, y que la mayoría de los pecados reflejados son sexuales. Los hombres han creído siempre que ellos fueron creados perfectos; son las mujeres quienes les han enseñado a pecar.

El desconocido se mostró sorprendido por la aparición de aquella larguirucha adolescente que expelía humo por la boca. Inmediatamente reconoció su belleza natural, y resultaba claro que era muy inteligente. ¿Quién era?

—Es mi prima, Francesca —dijo Roberto, claramente irritado por su interrupción.

—Carlo Bianchi —se presentó el hombre, y alargó su mano. Estaba húmeda. Francesca miró su rostro y pudo notar su interés. Notó que su corazón golpeaba fuertemente en su pecho.

—Si escucha usted a Roberto —le dijo insinuantemente—, todo lo que obtendrá será la visita oficial. Él se deja siempre fuera todos los aspectos jugosos.

—Y usted, señorita...

—Francesca —dijo ella.

—Sí, Francesca. ¿Tiene usted su visita particular? Ella le ofreció su sonrisa más seductora.

—Leo mucho —contestó—. Sé todo acerca de los artistas que trabajaron en la catedral, particularmente el pintor Lúea Signorelli. —Hizo una breve pausa. —¿Sabe usted —prosiguió— que Miguel Ángel vino aquí a estudiar los desnudos de Signorelli antes de pintar el techo de la Capilla Sixtina?

—No, no lo sabía. —Carlo se echó a reír de buen grado. Estaba realmente fascinado. —Pero ahora sí lo sé. Ven. Únete a nosotros. Puedes añadir tu versión a lo que diga tu primo Roberto.

A ella le encantó la forma en que no dejó de mirarla. Era como si estuviera evaluándola, como si ella fuera una espléndida pintura o una gargantilla enjoyada, y sus ojos no se perdían nada mientras recorrían desvergonzados su figura. Y su risa fácil la animaba. Los comentarios de Francesca empezaron a hacerse más atrevidos y licenciosos.

—¿Ve a esa pobre muchacha a lomos del demonio? —dijo mientras contemplaban la sorprendente colección de genios exhibida por los frescos de Signorelli dentro de la capilla de San Brizio—. Parece como si estuviera fornicando con el demonio por detrás, ¿verdad? ¿Sabe usted quién es? Su rostro y su cuerpo desnudo son los de la amiguita de Signorelli. Mientras él estaba trabajando aquí día tras día, ella empezó a aburrirse y decidió acostarse con un duque o dos mientras esperaba. Lúea se irritó de veras. Así que la puso aquí. La condenó a cabalgar un demonio a perpetuidad.

Cuando paró de reír, Carlo le preguntó a Francesca si creía que el castigo de la mujer era justo.

—Por supuesto que no —respondió la muchacha de catorce años—. Es sólo otro ejemplo del chauvinismo masculino del siglo XV. Los hombres pueden joder con quien quieran y son llamados viriles; pero deje que una mujer intente buscar por sí misma algo de satisfacción...

—¡Francesca! —la interrumpió Roberto—. De veras. Esto ya es demasiado. Tu madre te mataría si oyera lo que estás diciendo.

—Mi madre es irrelevante en este momento. Estoy hablando acerca de un doble estándar que todavía existe hoy. Mira a...

Carlo Bianchi apenas podía creer en su buena fortuna. Era un rico diseñador de modas de Milán, que tenía una reputación internacional a los treinta años y había decidido de repente, movido por un impulso, contratar un coche para que lo llevara a Roma en vez de

ir en el habitual tren de alta velocidad. Su hermana Mónica siempre le hablaba de la belleza del Duomo de Orvieto. Pararse allí había sido otra decisión de último minuto. Y ahora, oh... la muchacha era un bocado tan espléndido...

Cuando terminó la visita, la invitó a cenar. Pero cuando llegaron a la entrada del restaurante más lujoso de Orvieto ella retrocedió. Carlo comprendió. La llevó a una tienda y le compró un vestido nuevo caro, con zapatos y accesorios a juego. Quedó sorprendido al comprobar lo hermosa que era. ¡Y sólo tenía catorce años!

Francesca nunca había probado un vino realmente fino. Lo bebió como si fuera agua. Cada plato era tan delicioso que no dejaba de lanzar exclamaciones. Carlo se sentía encantado con aquella mujer-niña. Le gustaba la forma en que dejaba colgar su cigarrillo de la comisura de sus labios. Era tan poco sofisticada, tan perfectamente natural.

Cuando terminaron de cenar ya era oscuro. Francesca fue andando con él de vuelta a la limusina estacionada frente al Duomo. Mientras descendían una estrecha callejuela, ella se inclinó hacia él y le mordisqueó juguetonamente una oreja. Él la atrajo espontáneamente hacia sí y fue recompensado con un explosivo beso. La tensión en sus ingles lo abrumó.

Francesca también lo captó. No vaciló ni un segundo cuando Carlo sugirió ir a dar una vuelta en el coche. Cuando la limusina alcanzó las afueras de Orvieto, ella estaba sentada a horcajadas sobre él en el asiento trasero. Treinta minutos más tarde, cuando terminaron de hacer el amor por segunda vez, Carlo no pudo soportar el pensamiento de marcharse sin aquella increíble muchacha. Le preguntó a Francesca si le gustaría acompañarlo a Roma.

—Andiamo —respondió ella con una sonrisa.

Así que fuimos a Roma, y luego a Capri, recordó Francesca. Una semana en París. En Milán me hiciste vivir con Mónica y Luigi. Por las apariencias. Los hombres se preocupan tanto por las apariencias.

La larga ensoñación de Francesca se vio rota cuando creyó oír pasos en la distancia. Se puso cautelosamente de pie y escuchó. Le resultaba difícil oír nada por encima de su propia respiración. Luego oyó de nuevo el sonido, a su izquierda. Sus oídos le dijeron que el sonido procedía del hielo. Una explosión de miedo la invadió con la imagen de extrañas criaturas atacando su campamento desde el hielo. Escuchó de nuevo muy atentamente, pero no oyó nada.

Regresó al campamento. Te quise, Carlo, se dijo a sí misma, si alguna vez he querido a algún hombre. Incluso después que empezaras a compartirme con tus amigos. Más

dolor, largo tiempo enterrado, brotó a la superficie, y Francesca luchó con dura furia. Hasta que empezaste a pegarme. Eso arruinó todo. Demostraste que eras un auténtico hijo de puta.

Apartó de sí los recuerdos deliberadamente. Ahora, ¿dónde estábamos?, pensó mientras se acercaba a su cabaña. Ah, sí. El asunto era Nicole des Jardins. ¿Cuánto sabe realmente? ¿Y qué vamos a hacer al respecto?

32 - Explorador en Nueva York

El pequeño zumbador de su reloj de pulsera despertó al doctor Takagishi de un profundo sueño. Por unos breves momentos se sintió desorientado, incapaz de recordar dónde estaba. Se sentó en su cama y se frotó los ojos. Finalmente recordó que estaba dentro de Rama y que la alarma había sido programada para despertarlo después de cinco horas de sueño.

Se vistió en la oscuridad. Cuando terminó tomó una bolsa grande y buscó dentro de ella durante varios segundos. Satisfecho con su contenido, se echó la correa al hombro y se dirigió a la puerta de su cabaña y se asomó cautelosamente. No podía ver luces, en ninguna de las otras cabañas. Inspiró profundamente y salió de puntillas.

La mayor autoridad mundial sobre Rama caminó fuera del campamento en dirección al Mar Cilíndrico. Cuando alcanzó la orilla, descendió lentamente hasta la helada superficie por las escaleras cortadas en la piedra de los cincuenta metros de acantilado. Se sentó en el peldaño del fondo, oculto contra la base del acantilado. Extrajo un par de juegos de cuñas especiales de su bolsa y las sujetó a la suela de sus zapatos. Antes de echar a andar sobre el hielo, calibró su orientador personal a fin de poder mantener un rumbo constante una vez que abandonara la orilla.

Cuando estaba a unos doscientos metros de ésta, sacó de su bolsillo su monitor climático portátil que resbaló entre sus manos y cayó al suelo con un seco ruido en la silenciosa noche. Lo recogió unos segundos más tarde. El monitor le dijo que la temperatura era de dos grados centígrados bajo cero y que soplaba un viento suave de unos ocho kilómetros por hora.

Takagishi inhaló profundamente y se sorprendió ante un peculiar pero familiar olor. Desconcertado, inhaló de nuevo, esta vez, concentrándose en el olor. No había ninguna duda al respecto... ¡era humo de cigarrillo! Apagó apresuradamente su linterna y se mantuvo inmóvil en el hielo. Su mente trabajó a toda velocidad, buscando una explicación.

Francesca Sabatini era la única cosmonauta que fumaba. ¿Lo había seguido cuando abandonó el campamento? ¿Había visto su luz cuando comprobó el monitor del clima?

Escuchó cualquier posible ruido, pero no oyó nada en la noche de Rama. Siguió aguardando. Cuando el olor a cigarrillo hubo desaparecido desde hacía varios minutos, siguió su camino por el hielo, deteniéndose cada cuatro o cinco pasos para asegurarse de que no era seguido. Finalmente se convenció a sí mismo de que Francesca no estaba tras él. De todos modos, el cauteloso Takagishi no encendió de nuevo su linterna hasta que hubo caminado más de un kilómetro y empezó a preocuparse de haberse salido de su rumbo.

En total le tomó cuarenta y cinco minutos alcanzar la orilla opuesta del mar y la ciudad isla de Nueva York. Cuando estaba a cien metros de la orilla, el científico japonés tomó una linterna grande de su bolsa y prendió su poderoso haz. Las fantasmales siluetas de los rascacielos enviaron un estremecimiento de excitación por toda su espina dorsal. ¡Al fin estaba allí! Al fin podía buscar las respuestas de toda su vida a las preguntas sin tener que preocuparse por los arbitrarios programas de alguien.

El doctor Takagishi sabía exactamente adonde quería ir en Nueva York. Cada una de las tres secciones circulares de la ciudad ramana estaba a su vez subdividida en tres porciones angulares, como un pastel dividido en trozos. En el centro de cada una de las tres secciones principales había un núcleo, o plaza, en torno de la cual se disponía el resto de los edificios y calles. Cuando era un muchacho en Kyoto, después de leer todo lo que había podido encontrar acerca de la primera expedición a Rama, se preguntaba cómo sería hallarse de pie en el centro de una de aquellas plazas alienígenas y alzar la vista hacia unos edificios creados por seres de otra estrella. Takagishi se sentía seguro no sólo de que los secretos de Rama podían ser comprendidos estudiando Nueva York, sino también de que sus tres plazas eran las más probables Idealizaciones para hallar las claves de la misteriosa finalidad del vehículo interestelar.

El mapa de Nueva York trazado por los primeros exploradores de Rama estaba tan firmemente grabado en la mente de Takagishi como el mapa de Kyoto donde había nacido y crecido. Pero la primera expedición sólo había tenido un tiempo limitado para explorar Nueva York. De las nueve unidades funcionales, sólo una había sido cartografiada con detalle; los anteriores cosmonautas habían simplemente supuesto, sobre la base de limitadas observaciones, que todas las demás unidades eran idénticas.

A medida que los pasos de Takagishi lo llevaban más y más adentro en la agorera quietud de una parte de la sección central, algunas sutiles diferencias entre aquel segmento en particular de Rama y el estudiado por el equipo del Norton (habían

explorado una porción adyacente) empezaron a emerger. La disposición de las calles principales en las dos unidades era la misma; sin embargo, a medida que el doctor Takagishi se acercaba a la plaza, las calles más pequeñas presentaban un esquema ligeramente distinto del que había sido informado por los primeros exploradores. El científico en Takagishi lo obligó a detenerse a menudo y tomar nota de todas las variaciones en su ordenador de bolsillo.

Entró en la sección que rodeaba de forma inmediata la plaza, donde las calles formaban círculos concéntricos. Cruzó tres avenidas y se encontró frente a un enorme octaedro, de un centenar de metros de altura, con un exterior de espejo. El poderoso haz de su linterna se reflejó en su superficie y rebotó de edificio en edificio alrededor. El doctor Takagishi rodeó lentamente el octaedro, buscando una entrada, pero no encontró ninguna.

Al otro lado de la estructura de ocho lados, en el centro de la plaza, había un amplio espacio circular sin edificios altos. Shigeru Takagishi recorrió deliberadamente todo el perímetro del círculo, estudiando los edificios que lo rodeaban mientras caminaba. No consiguió averiguar nada más sobre la finalidad de las estructuras. Cuando se volvió hacia el interior a intervalos regulares para examinar la propia área de la plaza, no vio nada desacostumbrado o particularmente notable. De todos modos, entró en su ordenador la localización de las muchas cajas metálicas, bajas e indescriptibles, que dividían la plaza en particiones.

Cuando estuvo de nuevo frente al octaedro, el doctor Takagishi buscó una vez más en su bolso y extrajo una pequeña placa hexagonal densamente cubierta de componentes electrónicos. Desplegó el aparato científico en la plaza, a tres o cuatro metros de distancia del octaedro, y luego pasó diez minutos verificando con su transceptor que todos los instrumentos científicos funcionaran correctamente. Cuando completó la comprobación de la carga, abandonó rápidamente el área de la plaza y se encaminó hacia el Mar Cilíndrico.

Estaba en medio de la segunda avenida concéntrica cuando oyó un breve pero intenso ruido, como un pop, detrás de él en la plaza. Se volvió en redondo pero no se movió. Unos pocos segundos más tarde oyó un sonido diferente. Éste lo reconoció de su primera incursión, a la vez un raspar de cepillos de metal y un canto en alta frecuencia mezclado en él. Encendió su linterna en dirección a la plaza. El sonido se detuvo. Volvió a apagar la linterna y permaneció inmóvil y en silencio en medio de la avenida.

Unos minutos más tarde el sonido de raspar de cepillos empezó de nuevo. Takagishi avanzó furtivamente cruzando las dos avenidas y empezó a rodear el octaedro en dirección al ruido. Cuando estaba casi en la plaza, un bip-bip en su bolsa rompió su

concentración. Cuando consiguió apagar la alarma, que indicaba que el paquete científico que acababa de desplegar en la plaza había funcionado mal, una quietud total se había aposentado sobre Nueva York. Aguardó de nuevo, pero esta vez el sonido no volvió.

Inspiró profundamente para calmarse y reunió todo su valor. De alguna forma, su curiosidad venció a su miedo y regresó a la plaza en el lado opuesto del octaedro para descubrir lo que le había ocurrido al aparato científico. Su primera sorpresa fue que el paquete hexagonal había desaparecido del lugar donde lo había dejado. ¿Dónde podía haber ido? ¿Quién o qué podía haberlo tomado?

Takagishi supo que estaba en el umbral de un descubrimiento científico de abrumadora importancia. También se sintió aterrado. Luchando contra un poderoso deseo de huir, deslizó el amplio haz de su linterna por la plaza, con la esperanza de hallar una explicación a la desaparición de la estación científica. El haz se reflejó en una pequeña pieza de metal a unos treinta o cuarenta metros hacia el centro de la plaza. Takagishi supo instintivamente que el reflejo procedía de su instrumento. Se apresuró hacia allá.

Se arrodilló y examinó los componentes electrónicos. No había ningún daño aparente. Acababa de sacar su transceptor para iniciar un metódico chequeo de todos los instrumentos científicos cuando observó un objeto parecido a una cuerda de unos quince centímetros de diámetro al borde del haz de la linterna que iluminaba el paquete científico. El doctor Takagishi alzó su luz y se dirigió hacia el objeto. Era listado, en negro y oro, y se extendía en la distancia a lo largo de doce metros o algo así, para desaparecer detrás de una especie de extraño cobertizo de metal de unos tres metros de altura. Palpó la gruesa cuerda. Era blanda y velluda en su superficie. Cuando intentó darla vuelta para ver el fondo, el objeto empezó a moverse. Takagishi lo dejó caer inmediatamente y lo contempló culebrear lentamente alejándose de él hacia el cobertizo. El movimiento fue acompañado por el sonido de cepillos raspando contra metal.

El doctor Takagishi pudo oír el sonido de los latidos de su propio corazón. Luchó de nuevo contra el impulso de echar a correr. Recordó sus meditaciones al amanecer cuando era estudiante en el jardín de su maestro zen. No sentiría miedo. Ordenó a sus pies que avanzaran en dirección al cobertizo.

La cuerda negra y dorada desapareció. La plaza estaba silenciosa. Takagishi se acercó al cobertizo con el haz de luz apuntando al suelo en el lugar donde había sido visible por última vez la gruesa cuerda. Rodeó la esquina y lanzó el haz contra el cobertizo. No pudo creer lo que vio. Una masa de tentáculos negros y dorados se agitó bajo la luz.

Un gemido en alta frecuencia estalló de pronto en sus oídos. El doctor Takagishi miró por encima de su hombro izquierdo y quedó estupefacto. Sus ojos se desorbitaron. Su

grito se perdió cuando el sonido se intensificó y tres de los tentáculos avanzaron para tocarlo. Las paredes de su corazón cedieron y se derrumbó, ya muerto, en el abrazo de la sorprendente criatura.

33 - Persona desaparecida

—¿Almirante Heilmann?

—¿Sí, general O'Toole?

—¿Está usted solo?

—Por supuesto. Acabo de despertarme hace unos minutos. Mi reunión con el doctor Brown no es hasta dentro de una hora. ¿Por qué llama tan temprano?

—Mientras usted dormía recibí un mensaje codificado ultrasecreto del cuartel general del Consejo de Gobiernos. Es acerca de Trinidad. Deseaban saber el status.

—¿Qué quiere decir, general?

—¿Ésta es línea segura, almirante? ¿Ha desconectado la grabadora automática?

—Ahora lo he hecho.

—Formularon dos preguntas. ¿Borzov murió sin decirle a nadie su RQ? ¿Sabe alguien más del equipo algo acerca de Trinidad?

—Usted conoce las respuestas a ambas preguntas.

—Deseaba estar seguro de que usted no había hablado con el doctor Brown. Insistieron que lo comprobara con usted antes de codificar mi respuesta. ¿Qué cree que significa todo esto?

—No lo sé, Michael. Quizás alguien ahí abajo en la Tierra se está poniendo nervioso. La muerte de Wilson probablemente los asustó.

—Seguro que me asustó a mí. Pero no hasta el punto de pensar en Trinidad. Me pregunto si ellos saben algo que nosotros ignoramos.

—Bueno, supongo que lo descubriremos muy pronto. Todos los oficiales de la AIE han estado insistiendo en que deberíamos evacuar Rama a la primera oportunidad. Ni siquiera les gusta nuestra decisión de permitir que el equipo descanse primero unas horas. Esta vez no creo que cambien de opinión.

—Almirante, ¿recuerda esa discusión hipotética que tuvimos con el general Borzov durante la travesía, acerca de las condiciones bajo las cuales deberíamos activar Trinidad?

—Vagamente. ¿Por qué?

—¿Todavía no está de acuerdo con su insistencia de que deberíamos saber por qué era necesaria la contingencia Trinidad? Usted dijo entonces que si la Tierra pensaba que era inminente un gran peligro, usted personalmente no necesitaba comprender la racionalización.

—Me temo que no lo sigo, general. ¿Por qué me está haciendo estas preguntas?

—Me gustaría pedirle su permiso, Otto, cuando codifique la respuesta al cuartel general militar del Consejo de Gobiernos, para averiguar por qué solicitan el status de Trinidad en este momento en particular. Si estamos en algún peligro, tenemos derecho a saberlo.

—Puede solicitar información adicional, Michael, pero apostarí a que su pregunta es estricta rutina.

Janos Tabori despertó cuando aún era oscuro dentro de Rama. Mientras se ponía su overol de vuelo, hizo una lista mental de las actividades necesarias para transportar al cangrejo biot a la Newton. Si la orden de abandonar Rama era confirmada, partirían muy pronto después del amanecer. Janos consultó el procedimiento formal de evacuación almacenado en su ordenador de bolsillo y lo actualizó añadiéndole las nuevas tareas asociadas con el biot.

Comprobó su reloj. Sólo faltaban quince minutos para el amanecer, suponiendo por supuesto que el ciclo diurno de Rama fuera regular. Janos rió para sí mismo. Rama había producido ya las suficientes sorpresas como para que no hubiera ninguna certeza de que las luces volvieran a encenderse siguiendo un ritmo determinado. Si lo hacían, sin embargo, deseaba contemplar el "amanecer" ramano. Podía desayunar después.

A un centenar de metros de su cabaña, el enjaulado biot permanecía inmóvil, como lo había estado desde que fue arrancado de sus compañeros el día anterior. Janos paseó su linterna por la recia pared transparente de la jaula y comprobó que no hubiera ningún signo de que el biot se había movido durante la noche. Después de establecer que no había cambiado de posición, Janos se alejó del campamento Beta en dirección al mar.

Mientras aguardaba el estallido de luz, se descubrió a sí mismo pensando en el final de su conversación con Nicole la noche antes. Había algo que no estaba del todo bien respecto de su revelación de la posible causa del dolor del general Borzov la noche que murió. Janos recordaba vívidamente el apéndice sano; no había duda de que el diagnóstico primario había sido incorrecto. Pero, ¿por qué no le había hablado Nicole del diagnóstico posterior con respecto a los medicamentos? Especialmente si estaba llevando a cabo una investigación sobre el tema...

Fue Irina Turgeniev, sorprendentemente, quien formuló la pregunta. Los cosmonautas habían terminado casi con su desayuno. El doctor Brown y el almirante Heilmann, de

hecho, habían abandonado ya la mesa para enfrascarse en otra de sus interminables conferencias con la dirección de la AIE.

—¿Dónde está el doctor Takagishi? —preguntó inocentemente—. Es el último miembro del equipo del que esperaba que llegara tarde a algo.

—No debe de haber oído el despertador —respondió Janos Tabori, al tiempo que apartaba hacia atrás su silla—. Iré a despertarlo. Cuando regresó, un minuto más tarde, estaba perplejo.

—No está en su cabaña —dijo con un encogimiento de hombros—. Supongo que habrá ido a dar un paseo.

Nicole des Jardins notó una inmediata sensación de hundimiento en su estómago. Se levantó bruscamente, sin terminar su desayuno.

—Deberíamos ir en su busca —dijo, sin ocultar su preocupación—, o no estará preparado cuando nos marchemos.

Todos los demás cosmonautas captaron la agitación de Nicole.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Richard Wakefield de buen humor—. ¿Uno de nuestros científicos decide dar un pequeño paseo matutino por su cuenta, y a la doctora de la compartía le entra el pánico? —Conectó su radio. —¿Hola, doctor Takagishi? Está donde estuviere. Aquí Wakefield. ¿Tendrá usted la bondad de hacernos saber que se encuentra bien para que podamos terminar en paz nuestro desayuno?

Hubo un largo silencio. Todos los miembros del equipo sabían que era una exigencia absolutamente obligatoria que todos llevaran un comunicador encima en cualquier momento. Podían cortar la capacidad de transmisión, pero tenían que escuchar bajo cualquier circunstancia.

—Takagishi-san —dijo Nicole con un acento urgente en su voz—. ¿Se encuentra bien? Por favor, responda. —Durante el prolongado silencio, la sensación de hundimiento en el estómago de Nicole se convirtió en un enorme nudo. Algo terrible le había ocurrido a su amigo.

—Ya se lo he explicado dos veces, doctor Maxwell —dijo David Brown con voz exasperada—. No tiene ningún sentido evacuar parte del equipo. La forma más eficiente de buscar al doctor Takagishi es usar todo el equipo. Una vez que lo encontremos, nos marcharemos de Rama con la mayor rapidez. Y, respondiendo a su última pregunta, no, no es un complot por parte del equipo para evitar cumplir la orden de evacuación.

Se volvió al almirante Heilmann y le tendió el micrófono.

—Maldita sea, Otto —murmuró—, hable usted con ese bobo burócrata. Cree que puede dirigir esta misión mejor que nosotros, aunque se halla a cien millones de kilómetros de distancia.

—Doctor Maxwell, aquí el almirante Heilmann. Estoy completamente de acuerdo con el doctor Brown. De todos modos, con esos lapsos tan grandes de tiempo en la comunicación, realmente no podemos permitirnos una discusión. Así que vamos a seguir adelante con nuestro plan. El cosmonauta Tabori se quedará aquí conmigo en Beta y recogerá todo el equipo pesado, incluido el biot. Yo coordinaré la búsqueda. Brown, Sabatini y des Jardins cruzarán el hielo hasta Nueva York, el destino más probable si el profesor se fue por cuenta propia. Turgeniev y Yamanaka lo buscarán con los helicópteros. —Hizo una breve pausa. —No hay ninguna necesidad de que responda usted en seguida a esta transmisión. La búsqueda ya habrá empezado antes de que llegue su próximo mensaje.

En su cabaña, Nicole empaquetó cuidadosamente su equipo médico. Se censuró a sí misma por no prever que Takagishi podía intentar visitar una última vez Nueva York por su cuenta. Cometiste otro error, se dijo a sí misma. Lo menos que puedes hacer ahora es asegurarte de que estás preparada cuando lo encuentres.

Conocía de memoria el procedimiento personal de empaquetado. No obstante, revisó sus provisiones de comida y agua para asegurarse de que tenía todo lo necesario que pudiera necesitar un Takagishi herido o enfermo. Nicole sentía entremezcladas emociones respecto de sus dos compañeros en la búsqueda del científico japonés, pero nunca se le hubiera ocurrido que aquella disposición hubiera sido deliberadamente planeada. Todo el mundo conocía la fascinación de Takagishi hacia Nueva York. Dadas las circunstancias, no era sorprendente que Brown y Sabatini la acompañaran a su área primaria de búsqueda.

Justo antes de abandonar la cabaña, Nicole vio a Richard Wakefield en su puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó el hombre.

—Por supuesto —respondió.

Wakefield entró con una inseguridad muy poco característica, como si se sintiera confuso o azorado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicole tras un incómodo silencio. Él sonrió.

—Bueno —dijo tímidamente—, me pareció una buena idea hace unos minutos. Ahora tengo la impresión de que es un poco estúpido..., quizás incluso infantil. —Nicole observó que sujetaba algo en su mano derecha. —Le traje algo —prosiguió—. Un amuleto de la buena suerte, supongo. Pensé que podría llevarlo con usted a Nueva York.

El cosmonauta Wakefield abrió la mano. Nicole reconoció la figurilla del príncipe Hal.

—Puede decir lo que quiera acerca del valor y la discreción y todo eso, pero a veces un poco de suerte es más importante.

Nicole se sintió sorprendentemente emocionada. Tomó la figurilla de la mano de Wakefield y estudió sus intrincados detalles con admiración.

—¿Posee el príncipe alguna cualidad especial que yo deba saber? —preguntó con una sonrisa.

—Oh, sí. —Los ojos de Richard se iluminaron. —Le encanta pasar ingeniosas veladas en pubs con reyes gordos y otros personajes deshonorosos. O luchar contra duques y condes denegados. O cortejar hermosas princesas francesas.

Nicole enrojeció ligeramente.

—Si me siento sola y deseo que el príncipe me divierta un poco, ¿qué tengo que hacer? —preguntó.

Richard se acercó al lado de Nicole y le mostró un diminuto teclado justo encima de las posaderas del príncipe.

—Responderá a muchas órdenes —dijo Richard, tendiéndole una pequeña varilla del tamaño de una aguja—. Esto encajará perfectamente en cualquiera de las teclas. Pruebe "H" para hablar y "A" para acción si desea que le muestre todo lo que sabe hacer.

Nicole guardó el pequeño príncipe y la varilla en el bolsillo de su overol de vuelo.

—Gracias, Richard —dijo—. Ha sido muy amable por su parte. Wakefield enrojeció.

—Bueno, ya sabe, no es gran cosa. Es sólo que hemos tenido demasiada mala suerte y pensé que bueno, quizá...

—Gracias de nuevo, Richard —lo interrumpió Nicole—. Aprecio su preocupación. —Salieron juntos de la cabaña.

34 - Extraños compañeros

El doctor David Brown era el tipo de científico abstracto al que no le gustaban las máquinas ni confiaba en ellas. La mayor parte de los artículos que tenía publicados se referían a temas teóricos porque aborrecía la formalidad y el detalle de la ciencia empírica. Los empíricos tenían que luchar con instrumentos y, peor aún, con ingenieros. El doctor Brown consideraba que todos los ingenieros no eran más que carpinteros y lampistas glorificados. Toleraba su existencia sólo porque algunos de ellos eran necesarios si quería que alguna vez sus teorías fueran demostradas en la práctica.

Cuando Nicole le hizo inocentemente al doctor Brown algunas simples preguntas acerca del funcionamiento de los vehículos para el hielo, Francesca no pudo reprimir una risita.

—No tiene absolutamente ni idea —le respondió la periodista italiana—. Y no le importa tampoco. ¿Creerá usted que ni siquiera sabe cómo conducir un coche eléctrico? Lo he visto contemplar un simple robot procesador de comida durante más de treinta minutos, intentando sin éxito imaginar cómo usarlo. Se moriría de hambre si alguien no lo ayudara.

—Oh, vamos, Francesca —respondió Nicole mientras las dos mujeres subían al asiento delantero del vehículo para el hielo—, no puede ser tan malo. Después de todo, tiene que saber usar todos los ordenadores del equipo y los dispositivos de comunicación, además del sistema de procesamiento de imágenes a bordo de la Newton. Usted tiene que estar exagerando.

El tono de la conversación era ligero e inofensivo. El doctor David Brown se dejó caer en el asiento de atrás y lanzó un suspiro.

—Seguramente ustedes dos, mujeres excepcionales, tendrán algo más importante que discutir. Si no, quizá pueden explicarme por qué un lunático científico japonés se marcha de nuestro campamento en medio de la noche.

—Según el ayudante de Maxwell, ese obsequioso codificador, Mills, mucha gente en la Tierra piensa que nuestro buen doctor japonés fue secuestrado por los ramanes.

—Oh, vamos, Francesca. Sea seria. ¿Por qué decidió el doctor Takagishi lanzarse a explorar por su cuenta?

—Yo tengo la idea —dijo lentamente Nicole— de que se sentía impaciente con el proceso previsto de exploración. Ya sabe lo fervientemente que cree en la importancia de Nueva York. Después del incidente Wilson... bueno, estaba bastante seguro de que sería ordenada la evacuación. Cuando volviéramos dentro, si volvíamos, el Mar Cilíndrico podía haberse fundido ya, y entonces sería mucho más difícil alcanzar Nueva York.

La honestidad natural de Nicole la impulsaba a contarles a Brown y a Sabatini los problemas cardíacos de Takagishi. Pero su sentido intuitivo le dijo que no confiara en sus dos compañeros.

—Simplemente no parece el tipo que vaya por ahí haciendo tonterías —estaba diciendo el doctor Brown—. Me pregunto si oyó o vio algo.

—Quizá tenía dolor de cabeza o no podía dormir por alguna otra razón —sugirió Francesca—. Reggie Wilson acostumbraba merodear por la noche cuando tenía problemas con su cabeza.

David Brown se inclinó hacia adelante.

—Por cierto —le dijo a Nicole—, Francesca me dijo que usted cree que la inestabilidad de Wilson pudo verse exacerbada por las píldoras contra el dolor de cabeza que estaba usando. Parece que conoce usted muy bien su farmacopea. Me sentí extremadamente impresionado por la rapidez con que identificó la píldora para dormir en particular que había tomado yo.

—Hablando de medicamentos —añadió Francesca tras una corta pausa—, Janos Tabori mencionó algo acerca de una conversación que había tenido con usted referente a la muerte de Borzov. Puede que no le comprendiera correctamente, pero creo que me dijo que usted está convencida de que podía haber implicada en ello una reacción a algún medicamento o droga.

Estaban avanzando firmemente sobre el hielo. La conversación se desarrollaba en un tono normal, aparentemente casual. No había ninguna razón obvia para mostrarse suspicaz. Sin embargo, se dijo Nicole mientras elaboraba una respuesta a las observaciones de Francesca, estos últimos dos comentarios han parecido demasiado suaves. Casi como si los hubiera estado practicando. Se volvió para mirar a David Brown. Sospechaba que Francesca podía disimular sin ningún esfuerzo, pero estaba segura de ser capaz de decir por la expresión facial del doctor Brown si sus preguntas eran o no ensayadas. El hombre se agitó ligeramente bajo su mirada fija.

—El cosmonauta Tabori y yo sostuvimos una conversación sobre el general Borzov, y empezamos a especular acerca de qué podía haber producido su dolor —dijo blandamente Nicole—. Después de todo, su apéndice estaba perfectamente sano, así que alguna otra cosa tenía que ser la responsable de su agudo dolor. En el transcurso de nuestra conversación, le mencioné a Janos que una reacción adversa a algún medicamento podía considerarse como una posible causa. No era una afirmación muy fuerte.

El doctor Brown pareció aliviado, e inmediatamente cambió de tema. Sin embargo, las palabras de Nicole no parecían haber satisfecho a Francesca. A menos que esté equivocada, nuestra dama periodista tiene más preguntas, meditó Nicole. Pero no va a formularlas en este momento. Observó a Francesca y pudo decir que la italiana no estaba prestando atención al monólogo del doctor Brown en el asiento trasero. Mientras éste hablaba de la reacción de la Tierra a la muerte de Wilson, Francesca parecía profundamente sumida en sus pensamientos.

Hubo una momentánea quietud después que Brown terminó su comentario. Nicole miró alrededor a los kilómetros de hielo, a los imponentes acantilados en los lados del Mar Cilíndrico, y a los rascacielos de Nueva York frente a ella. Rama era un mundo glorioso.

Sintió una momentánea punzada de culpabilidad acerca de su desconfianza hacia Francesca y el doctor Brown. Es una vergüenza que nosotros los seres humanos nunca seamos capaces de avanzar en la misma dirección, se dijo Nicole. Ni siquiera cuando nos vemos enfrentados al infinito.

—No puedo imaginar cómo lo ha conseguido —rompió de pronto el silencio Francesca. Se había vuelto para dirigirse a Nicole. —Incluso después de todo este tiempo, ni siquiera las revistas sensacionalistas han podido publicar ningún titular. Y no se necesita un genio para imaginar cuándo debió ocurrir.

El doctor Brown se mostró completamente perdido.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó.

—De nuestra famosa oficial de ciencias vitales —respondió Francesca—. ¿No encuentra fascinante que, después de todo este tiempo, la identidad del padre de su hija sea aún desconocida del gran público?

—Signora Sabatini —dijo inmediatamente Nicole en italiano—, como ya le dije en una ocasión, ese tema no es asunto suyo. No toleraré este tipo de intrusión en mis asuntos privados...

—Sólo deseaba recordarle, Nicole —interrumpió rápidamente Francesca, también en italiano— que usted tiene secretos que tal vez no desee que sean expresados a la luz pública.

David Brown miró desconcertado a las dos mujeres. No había comprendido ni una palabra de las últimas frases, y estaba confuso ante la obvia tensión.

—Bueno, David —dijo Francesca con tono condescendiente—, nos estaba hablando usted del humor imperante en la Tierra. ¿Cree que nos van a ordenar que volvamos a casa? ¿O simplemente vamos a abortar esta incursión en particular?

—El Consejo Ejecutivo del Consejo de Gobiernos ha convocado una sesión especial para esta misma semana —respondió el hombre desconcertado tras una vacilación—. El doctor Maxwell supone que se nos dirá que abandonemos el proyecto.

—Eso sería una reacción típica de un grupo de oficiales del gobierno cuyo objetivo primario ha sido siempre minimizar los riesgos —comentó Francesca—. Por primera vez en la historia, unos seres humanos adecuadamente preparados están explorando el interior de un vehículo construido por otras inteligencias. Sin embargo, en la Tierra, los políticos siguen actuando como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal. Son incapaces de tener visión. Es sorprendente.

Nicole des Jardins no escuchó el resto de la conversación de Francesca con el doctor Brown. Su mente estaba aún enfocada en su anterior intercambio de palabras. Debe de

creer que tengo pruebas de los medicamentos hallados en Borzov, se dijo. No hay otra explicación posible a la amenaza.

Cuando alcanzaron el borde del hielo, Francesca pasó diez minutos preparando la cámara robot y el equipo de sonido para una secuencia que los mostrara a los tres preparándose para "explorar la ciudad alienígena" en busca de su colega desaparecido. Las quejas de Nicole al doctor Brown acerca de la pérdida de tiempo no fueron escuchadas. Sin embargo, hizo que el hecho de que estaba irritada resultara evidente negándose a participar en la secuencia de vídeo. Mientras Francesca completaba sus preparativos, Nicole subió la escalera más cercana y estudió la ciudad de los rascacielos. Detrás y debajo de ella, Nicole pudo oír a Francesca invocar el dramatismo del momento para los millones de espectadores allá en la Tierra.

—Aquí estoy en las afueras de la misteriosa ciudad de Nueva York. Fue cerca de este mismo lugar donde el doctor Takagishi, el cosmonauta Wakefield y yo misma oímos unos extraños sonidos esta misma semana. Tenemos razones para sospechar que Nueva York puede haber sido el destino del profesor cuando abandonó el campamento Beta la noche pasada para efectuar alguna exploración solitaria y no autorizada...

"¿Qué le ha ocurrido al profesor? ¿Por qué no responde cuando es llamado por el equipo de comunicaciones? Ayer fuimos testigos de una terrible tragedia cuando el periodista Reggie Wilson, arriesgando su propia vida para salvar a esta reportera, fue atrapado dentro del todo terreno que conducía y no consiguió escapar a las poderosas pinzas de los cangrejos biots. ¿Ha caído un destino similar sobre nuestro experto en Rama? ¿Han creado quizá los extraterrestres que construyeron hace eones este sorprendente vehículo una sofisticada trampa destinada a dominar y finalmente destruir a cualquier desprevenido visitante? No lo sabemos seguro. Pero nosotros...

Desde su ventajoso punto de observación sobre el muro, Nicole intentó ignorar a Francesca e imaginar en qué dirección podía haber ido el doctor Takagishi. Consultó los mapas almacenados en su ordenador de bolsillo. Debió de ir hacia el centro geométrico exacto de la ciudad, concluyó. Estaba seguro de que había algún significado en la geometría.

35 - En el pozo

Llevaban recorriendo el alucinante laberinto de calles desde hacía tan sólo veinte minutos, pero ya se sentían irremediabilmente perdidos sin sus orientadores personales.

No tenían ningún plan de búsqueda establecido. Simplemente caminaron hacia arriba y abajo por las calles en un esquema casi al azar. Cada tres o cuatro minutos se producía otra transmisión del almirante Heilmann al doctor Brown, y el equipo de búsqueda tenía que hallar rápidamente alguna localización donde la fuerza de la señal llegara satisfactoriamente.

—A este paso —observó Nicole cuando oyeron una vez más la débil voz de Otto Heilmann en el comunicador—, nuestra búsqueda nos va a tomar una eternidad. Doctor Brown, ¿por qué no se queda usted simplemente en un lugar? Entonces Francesca y yo podríamos...

—Atención. Atención. —Oyeron a Otto más claramente cuando David Brown se trasladó a un espacio despejado entre dos altos edificios—. ¿Captaron esta última transmisión?

—Me temo que no, Otto —respondió el doctor Brown—. Por favor, repítala.

—Yamanaka, Wakefield y Turgeniev han cubierto el tercio del fondo del Hemicilindro Norte. Ninguna señal de Takagishi. Es improbable que haya podido ir más al norte, a menos que fuera a una de las ciudades. En ese caso hubiéramos debido ver sus huellas en alguna parte. Así que probablemente ustedes están en el buen camino.

"Mientras tanto, tenemos grandes noticias aquí. Nuestro cangrejo biot capturado empezó a moverse hará unos dos minutos. Está intentando escapar, pero hasta ahora sus herramientas apenas han mellado un poco la jaula. Tabori está trabajando febrilmente para construir otra jaula más grande y fuerte que pondrá por fuera de la primera. He hecho volver el helicóptero de Yamanaka a Beta para que le eche a Tabori una mano. Debería estar aquí en un minuto... Espere... Llega algo urgente procedente de Wakefield... Lo pondré en línea.

El acento británico de Richard Wakefield era inconfundible, aunque su voz apenas llegaba al trío en Nueva York.

—Arañas —gritó en respuesta a una pregunta del almirante Heilmann—. ¿Recuerdan la araña biot diseccionada por Laura Ernst? Bien, podemos ver seis de ellas justo más allá del acantilado sur. Están todas encima de esa cabaña temporal que construimos. Y, de alguna forma, al parecer han reparado a esos dos cangrejos biots muertos, porque los hermanos de nuestro prisionero avanzan hacia el polo sur...

—¡Imágenes! —gritó Francesca Sabatini en la radio—. ¿Está tomando imágenes?

—¿Qué? Lo siento, no he captado.

—Francesca desea saber si usted está tomando imágenes —aclaró el almirante Heilmann.

—Por supuesto, querida —dijo Richard Wakefield—. Tanto el sistema de filmación automático del helicóptero como la cámara manual que usted me dio esta mañana han estado zumbando sin interrupción. Las arañas biots son sorprendentes. Nunca he visto nada que se mueva tan rápido... Por cierto, ¿alguna señal de nuestro profesor japonés?

—Todavía no —dijo David Brown desde Nueva York—. Es lento recorrer este laberinto. Tengo la sensación de estar buscando una aguja en un pajar.

El almirante Heilmann repitió el status de la búsqueda de la persona desaparecida para Wakefield y Turgeniev en el helicóptero. Luego Richard dijo que volvían a Beta para cargar combustible.

—¿Qué pasa con usted, David? —preguntó Heilmann—. En vista de todo, incluida la necesidad de mantener a esos bastardos de la Tierra informados, ¿no cree que debería regresar usted también a Beta? Las cosmonautas Sabatini y des Jardins pueden proseguir la búsqueda del doctor Takagishi. Si es necesario, podemos enviar a alguien para que lo reemplace a usted cuando el helicóptero acuda a recogerlo.

—No sé, Otto, todavía no... —Francesca accionó el interruptor del trasmisor de radio de David Brown en medio de su respuesta. Él le lanzó una furiosa mirada que se ablandó rápidamente.

—Necesitamos hablar acerca de esto —dijo ella finalmente—. Dígale que lo llamaré en un par de minutos.

Nicole quedó asombrada por la conversación que se desarrolló entonces entre Francesca y David Brown. Ninguno de ellos parecía preocupado en lo más mínimo por la suerte del doctor Takagishi. Francesca insistía en que ella tenía que volver a Beta inmediatamente para cubrir todas las historias que pudieran desarrollarse. El doctor Brown estaba ansioso porque se hallaba apartado de la acción "primaria" de la expedición.

Cada cual argumentó que sus razones para regresar eran más importantes. ¿Y si ambos abandonaban Nueva York? No, no podían dejar a la cosmonauta des Jardins sola. Quizás ella debería volver con ellos también, y podrían reanudar la búsqueda de Takagishi cuando las cosas se hubieran calmado un poco, dentro de algunas horas... Finalmente, Nicole estalló.

—Nunca —les gritó bruscamente—, nunca en mi vida había visto una actitud tan egoísta como... —No pudo hallar la palabra adecuada. —Uno de nuestros colegas ha desaparecido y casi con toda seguridad necesita nuestra ayuda. Puede estar herido o muriéndose, y sin embargo todo lo que saben hacer ustedes dos es discutir acerca de sus mezquinas prerrogativas. Es realmente repugnante.

Hizo una pausa de un segundo para recobrar el aliento.

—Déjenme decirles una cosa —prosiguió, aún echando humo—. Yo no voy a volver a Beta ahora. Me importa un rábano lo que ustedes me ordenen. Voy a quedarme aquí y terminaré la búsqueda. Al menos, yo tengo mis prioridades claras. Sé que la vida de un hombre es más importante que las imágenes o el status o incluso un estúpido proyecto para los media.

David Brown parpadeó dos veces, como si hubiera sido abofeteado en pleno rostro. Francesca sonrió.

—Bien, bien —dijo—, así que nuestra solitaria oficial de ciencias vitales sabe más de lo que habíamos supuesto. —Miró a David y luego de nuevo a Nicole. —¿Nos disculpará unos instantes, querida? Tenemos algunos asuntos que discutir en privado.

Francesca y el doctor Brown se dirigieron hacia la base de un rascacielos a unos veinte metros de distancia e iniciaron una animada conversación. Nicole se volvió hacia el otro lado. Estaba furiosa consigo misma por haber perdido el control. Estaba irritada especialmente por haber revelado su conocimiento del contrato con Schmidt y Hagenest. Supondrán que me lo dijo Janos, pensó. Después de todo, hemos sido buenos amigos.

Francesca regresó para reunirse con Nicole mientras el doctor Brown se ponía en contacto por radio con el almirante Heilmann.

—David está llamando al helicóptero para que se reúna con él cerca del vehículo para el hielo. Me ha asegurado que podrá hallar el camino de vuelta hasta allá. Yo me quedaré aquí con usted y buscaremos a Takagishi. Al menos de esta forma podré filmar Nueva York.

No había ninguna emoción en la voz de Francesca. Nicole fue incapaz de leer su estado de ánimo.

—Otra cosa —añadió Francesca—. Le prometí a David que terminaríamos nuestra búsqueda y estaríamos listas para regresar al campamento en cuatro horas o menos.

Las dos mujeres apenas hablaron durante la primera hora de su búsqueda. Francesca se limitó a dejar que Nicole eligiera su camino. Cada quince minutos se detenían para ponerse en contacto por radio con el campamento Beta y obtener un control actualizado de su posición.

—Se hallan ahora a unos dos kilómetros al sur y cuatro al este del vehículo para hielo —les dijo Richard Wakefield cuando se detuvieron para comer. Le había sido delegado el trabajo de seguir su avance. —Se hallan justo al este de la plaza central.

Habían ido a la plaza central primero, porque Nicole pensaba que Takagishi debía de haberse encaminado hacia allí. Habían hallado una plaza circular abierta con muchas

estructuras bajas, pero ninguna señal de su colega. Entonces visitaron las otras dos plazas y revisaron cuidadosamente toda la longitud de dos de las porciones centrales del pastel. No hallaron nada. Nicole admitió que se le estaban acabando las ideas.

—Éste es un lugar completamente asombroso —comentó Francesca mientras empezaban a comer. Estaban sentadas sobre una caja de metal cuadrada de aproximadamente un metro de alto. —Mis imágenes apenas pueden captarlo. Todo es tan tranquilo, tan alto, tan... alienígena.

—Algunos de esos edificios no pueden ser descritos sin esas imágenes. Los poliedros, por ejemplo. Hay uno en cada porción, con el más grande siempre justo en torno de la plaza. Me pregunto qué significan, si significan algo. ¿Y por qué se hallan situados donde están?

La tensión emocional justo bajo la superficie de las dos mujeres permanecía reprimida. Hablaron un poco acerca de lo que habían visto en su exploración a través de Nueva York. Francesca se sentía especialmente fascinada por una enorme disposición en forma de retículo que habían hallado conectando dos altos rascacielos en la unidad central.

—¿Cuál cree que puede ser la utilidad de ese retículo? —preguntó ociosamente—. Debe de tener al menos veinte mil conexiones y cincuenta metros de altura.

—Supongo que es ridículo que intentemos comprender nada de esto —dijo Nicole agitando una mano. Terminó su comida y miró a su compañera. —¿Lista para continuar?

—Todavía no —dijo seriamente Francesca. Limpió los restos de su comida y los metió en la bolsa para la basura prendida de su overol de vuelo. —Usted y yo tenemos todavía algunos asuntos por terminar.

Nicole la miró interrogativamente.

—Creo que ya es hora de que nos quitemos las máscaras y nos miremos honestamente la una a la otra —continuó Francesca con aquella engañosa actitud de amistad tan propia de ella—. Usted si sospecha que yo le di a Valen Borzov alguna medicación el día que murió, ¿por qué no me lo pregunta directamente?

Nicole miró a su adversaria durante varios segundos.

—¿Lo hizo? —preguntó al fin.

—¿Cree usted que lo hice? —respondió Francesca evasivamente—. Y, si es así, ¿por qué?

—Sigue jugando usted al mismo juego de siempre, sólo que a otro nivel —dijo Nicole tras una pausa—. No está dispuesta a admitir nada. Simplemente desea descubrir cuánto sé. Pero no necesito ninguna confesión suya. La ciencia y la tecnología me apoyan. Al final, la verdad se hará evidente.

—Lo dudo —dijo Francesca con indiferencia. Saltó de la caja. —La verdad siempre elude a aquellos que la buscan. —Sonrió. —Ahora vayamos en busca del profesor.

En el lado occidental de la plaza central las dos mujeres hallaron otra estructura única. Desde cierta distancia parecía un enorme cobertizo. La parte más alta de su negro techo estaba muy fácilmente a cuarenta metros sobre el suelo, y tenía más de un centenar de metros de largo. Había dos rasgos especialmente fascinantes en él. En primer lugar, los dos extremos del edificio estaban abiertos. En segundo lugar, aunque una no podía verlo desde fuera, todas las paredes y el techo eran transparentes desde dentro. Francesca y Nicole se turnaron para demostrar que no se trataba de una ilusión óptica. Alguien desde dentro del cobertizo podía ver con toda facilidad en todas direcciones excepto hacia abajo. De hecho, los rascacielos reflectantes contiguos habían sido alineados con toda exactitud a fin de que todas las calles cercanas fueran visibles desde el interior del cobertizo.

—Fantástico —dijo Francesca mientras filmaba a Nicole de pie al otro lado de la pared.

—El doctor Takagishi me dijo —indicó Nicole mientras rodeaba la esquina— que era imposible creer que Nueva York no tuviera ninguna finalidad. ¿El resto de Rama? Quizá. Pero nadie hubiera gastado tanto tiempo y esfuerzo sin alguna razón.

—Usted suena casi religiosa —indicó Francesca. Nicole miró en silencio a su colega italiana. Me está pinchando, se dijo. Realmente no le importa lo que yo crea. Quizá lo que nadie crea.

—¡Eh!. Mire esto —dijo Francesca tras un corto silencio. Había caminado unos cuantos pasos hacia el interior del cobertizo, y señalaba el suelo. Nicole se acercó hasta situarse a su lado. Frente a Francesca había un angosto pozo rectangular cavado en el suelo. El pozo tendría unos cinco metros de largo, un metro y medio de ancho, y parecía bastante profundo, quizá tanto como ocho metros. La mayor parte del fondo estaba en sombras. Las paredes del pozo eran completamente rectas, sin ninguna señal de indentación.

—Hay otro ahí. Y otro más allá... —En total había nueve pozos, cada uno construido exactamente de la misma manera, dispersos por toda la mitad sur del cobertizo. En la mitad norte, nueve esferas pequeñas descansaban sobre la superficie en una disposición cuidadosamente medida. Nicole se descubrió buscando algún cartel en alguna parte, una guía de instrucciones que explicara el significado o propósito de todos aquellos objetos. Estaba empezando a sentirse desconcertada.

Habían cruzado casi toda la longitud del cobertizo cuando oyeron una débil señal de emergencia en sus comunicadores.

—Deben de haber encontrado al doctor Takagishi —dijo Nicole en voz alta, y echó a correr hacia uno de los extremos abiertos del cobertizo. Apenas salió de debajo del techo, el volumen de la señal de emergencia casi destrozó sus tímpanos.

—De acuerdo, de acuerdo —radió—. Podemos oírles. ¿Qué ocurre?

—Llevamos intentando llamarlas desde hace más de dos minutos —oyó decir a Richard Wakefield—. ¿Dónde demonios estaban? Sólo usé la señal de emergencia porque tiene mayor potencia de emisión.

—Estábamos dentro de este sorprendente cobertizo —respondió Francesca desde detrás de Nicole—. Es como un mundo surrealista, con cristales de un solo sentido y extraños reflejos...

—Estupendo —interrumpió Richard—, pero no tenemos tiempo para charlas. Ustedes, mis queridas damas, van a tener que dirigirse ahora mismo al lugar más cercano del Mar Cilíndrico. Un helicóptero las recogerá dentro de diez minutos. Acudiríamos al interior mismo de Nueva York si hubiera algún lugar donde aterrizar.

—¿Por qué? —preguntó Nicole—. ¿A qué viene esa repentina prisa?

—¿Pueden ver el Polo Sur desde donde están?

—No. Tenemos demasiados edificios altos en el camino.

—Algo extraño está ocurriendo en torno de los cuernos pequeños. Enormes arcos como relámpagos están saltando de espira en espira. Es una exhibición impresionante. Todos tenemos la sensación de que está a punto de ocurrir algo insólito. —Richard vaciló un segundo. —Tienen que abandonar inmediatamente Nueva York.

—De acuerdo —respondió Nicole—. Nos ponemos en camino. Cortó el transmisor y se volvió hacia Francesca.

—¿Se ha dado cuenta de lo fuerte que sonó la señal de emergencia en el momento en que salimos del cobertizo? —Nicole pensó en aquello durante unos segundos. —El material de las paredes y el techo de ese edificio debe de bloquear las señales de radio. —Su rostro se iluminó de pronto. —Eso explica lo que le ocurrió a Takagishi... debía de hallarse en el interior de un cobertizo o algo parecido.

Francesca no parecía seguir la línea de pensamiento de Nicole.

—¿Y qué? —dijo, tomando una última imagen panorámica del cobertizo con su videocámara—. Eso realmente no importa ahora. Debemos apresurarnos a ir al encuentro del helicóptero.

—Quizás incluso se halle en uno de esos pozos —prosiguió Nicole excitadamente—. Seguro. Pudo ocurrir. Estaba explorando en la oscuridad. Pudo caer... Espere aquí —le dijo a Francesca—. Será sólo un minuto.

Nicole volvió a entrar a toda prisa en el cobertizo y se inclinó junto a uno de los agujeros. Sujetándose al lado del pozo con una mano, lanzó un haz de su linterna con la otra hacia el fondo. ¡Había algo allí! Aguardó unos segundos a que sus ojos se enfocaran. Era un montón de materia de alguna clase. Se dirigió rápidamente al pozo contiguo.

—Doctor Takagishi —llamó—. ¿Está usted aquí, Shig? —añadió en japonés.

—¡Venga! —gritó Francesca desde el extremo del cobertizo—. Vámonos. Richard parecía muy serio.

En el cuarto pozo, las sombras hicieron muy difícil que Nicole pudiera ver el fondo incluso al haz de su linterna. Pudo distinguir algunos objetos, pero, ¿qué eran? Se tendió sobre su estómago y se deslizó ligeramente más allá del borde en un ángulo distinto para intentar confirmar que la informe masa bajo ella no era el cuerpo de su amigo.

Las luces de Rama empezaron a parpadear, encendiéndose y apagándose. Dentro del cobertizo, el efecto óptico era sorprendente. Y desorientador. Nicole alzó la vista para ver lo que ocurría y perdió el equilibrio. La mayor parte de su cuerpo se deslizó dentro del pozo.

—¡Francesca! —gritó, clavando las manos en la pared opuesta para conseguir apoyo—. ¡Francesca, necesito ayuda! —gritó de nuevo.

Nicole aguardó casi un minuto antes de llegar a la conclusión de que la cosmonauta Sabatini había abandonado ya la zona del cobertizo. El cansancio se estaba apoderando rápidamente de sus brazos. Sólo sus pies y la parte inferior de sus piernas descansaban en el suelo del cobertizo. Su cabeza estaba cerca de una de las paredes del pozo, a unos ochenta centímetros por debajo del nivel del suelo. El resto de su cuerpo estaba suspendido en mitad del aire, y lo único que la impedía caer era la intensa presión de sus brazos contra la pared.

Las luces siguieron encendiéndose y apagándose a cortos intervalos. Nicole alzó la cabeza para ver si podía alcanzar la parte superior del pozo con uno de sus brazos, mientras mantenía segura su posición con la otra. Era inútil. Su cabeza estaba demasiado metida en el agujero. Aguardó varios segundos más, mientras su desesperación crecía y el cansancio en sus brazos se incrementaba. Finalmente, Nicole hizo un intento de alzar a la vez el cuerpo y agarrarse al borde del pozo en un movimiento coordinado. Casi lo consiguió. Pero sus brazos no pudieron detener el impulso hacia abajo de su cuerpo. Sus pies siguieron a su cuerpo en el agujero, y su cabeza golpeó contra la pared. Cayó inconsciente al fondo del pozo.

Francesca se sobresaltó también cuando las luces de Rama empezaron a parpadear bruscamente. Su impulso inicial fue correr adentro, bajo el techo del cobertizo. Una vez allí, se sintió un poco más protegida. ¿Qué va a pasar ahora?, pensó mientras las luces reflejadas por el edificio adyacente la obligaban a cerrar los ojos para no marearse.

Cuando oyó el grito de Nicole pidiendo auxilio, echó a correr para ayudar a su compañera cosmonauta. Sin embargo, tropezó con una de las esferas y se dio un golpe en la rodilla al caer. Cuando se levantó, pudo ver a la pulsante luz que la posición de Nicole era muy precaria. Sólo podían verse las suelas de sus zapatos. Francesca se mantuvo inmóvil y aguardó. Su mente había saltado ya hacia adelante. Tenía una imagen casi perfecta de los pozos en su memoria, incluida una evaluación bastante exacta de su profundidad. Si cae, se hará daño, pensó, quizás incluso se mate. Recordó las lisas paredes. No podrá trepar.

Las parpadeantes luces proporcionaban una ambientación sobrenatural a la escena. Mientras observaba, Francesca vio el cuerpo de Nicole alzarse casi fuera del pozo y sus manos arañar en busca de un asidero en el borde. Al siguiente destello de luz, sus zapatos cambiaron de ángulo con respecto al pozo y luego desaparecieron bruscamente. Francesca no oyó ningún grito.

De no controlarse, hubiera echado a correr hacia el pozo para mirar dentro de él. No, se dijo, aún de pie en medio de las pequeñas esferas, no debo mirar. Si por casualidad aún está inconsciente, puede verme. Entonces no tendré ninguna opción.

Francesca estaba pensando ya en las posibilidades que le ofrecía la caída de Nicole. Estaba segura, por su conversación anterior, de que Nicole tenía intención de hacer todo lo posible por demostrar que Borzov había ingerido una droga inductora de dolor el último día de su vida. Incluso era posible que Nicole pudiera identificar el compuesto en particular y entonces, finalmente, puesto que no era muy común, rastrearlo hasta Francesca. El escenario era improbable, incluso implausible. Pero podía ocurrir.

Francesca recordó haber utilizado su autorización especial para adquirir el dimetildexil, junto con un montón de otros productos, en la farmacia de un hospital de Copenhague, dos años antes. Por aquel entonces se decía que ese medicamento, en dosis muy pequeñas, podía producir una suave sensación de euforia en los individuos muy estresados. Un solo artículo periodístico en una oscura publicación psiquiátrica sueca al año siguiente había contenido la información de que dosis apreciables de dimetildexil podían producir un agudo dolor que simulaba la apendicitis.

Mientras Francesca se alejaba rápidamente del cobertizo en dirección norte, su ágil mente revisó todas las posibilidades. Estaba realizando su habitual evaluación riesgos/recompensas. Lo primero a lo que debía enfrentarse, ahora que había abandonado a Nicole en el pozo, era si decir o no la verdad acerca de la caída de Nicole. Pero, ¿por qué la dejó allí?, preguntaría alguien. ¿Por qué no se puso en contacto por radio con nosotros comunicando su caída y aguardó allí hasta que llegara ayuda?

Porque estaba confusa y asustada y las luces estaban parpadeando. Y Richard había sonado muy preocupado acerca de nuestra marcha. Pensé que sería mejor para todos nosotros hablar juntos en el helicóptero. ¿Era creíble eso? Apenas. Pero era fácil mantenerse en ello. Claro que también tengo la opción de la verdad parcial, pensó Nicole mientras pasaba el octaedro cerca de la plaza central. Se dio cuenta de que se había dirigido demasiado hacia el este, comprobó su orientador personal y luego cambió de dirección. Las luces de Rama siguieron parpadeando.

¿Y cuáles son mis otras elecciones? Wakefield habló con nosotras cuando estábamos justo fuera del cobertizo. Sabe dónde estábamos. Un equipo de búsqueda no tardará en encontrarla. A menos... Francesca pensó de nuevo en la posibilidad de que Nicole pudiera terminar implicándola en haber drogado al general Borzov. El escándalo resultante daría evidentemente como fruto una intensa investigación y probablemente una acusación criminal. En cualquier caso, la reputación de Francesca se vería manchada y su futura carrera como periodista podía verse seriamente comprometida.

Con Nicole fuera de escena, por otra parte, había virtualmente cero posibilidades de que alguien llegara a saber nunca que ella había drogado a Borzov. La única persona que conocía los hechos era David Brown, y era un co-conspirador. Además, él tenía más que ella que perder.

Así que el problema, pensó, reside en si puedo construir o no una historia creíble que reduzca las posibilidades de que Nicole sea hallada y no me implique si lo es. Lo cual es una tarea bastante difícil.

Se acercaba al Mar Cilíndrico. Su orientador personal le dijo que estaba a tan sólo seiscientos metros de distancia. Maldita sea, se respondió a sí misma tras pensar muy cuidadosamente en su situación, realmente no tengo ninguna opción segura. Tendré que elegir una o la otra. Y, en cualquier caso, hay un riesgo significativo.

Francesca dejó de avanzar hacia el norte y fue de un lado para otro entre dos rascacielos. Mientras caminaba, el suelo bajo sus pies empezó a temblar. Todo se estaba estremeciendo. Se dejó caer de rodillas para afirmarse. Oyó la voz de Janos Tabori, muy débil, por la radio:

—Todo el mundo tranquilo, todo está bien. Parece que nuestro vehículo está emprendiendo una nueva maniobra. A eso se debían de referir esas advertencias de las luces... Por cierto, Nicole, ¿dónde están usted y Francesca? Hiro y Richard van a despegar en el helicóptero.

—Estoy cerca del mar, quizás a dos minutos de distancia —respondió Francesca—. Nicole volvió atrás a comprobar no sé qué.

—De acuerdo —respondió Janos—. ¿Está usted ahí, Nicole? ¿Me capta, cosmonauta des Jardins? Hubo un silencio en la radio.

—Como ya sabe, Janos —intercaló Francesca—, las comunicaciones son bastante aleatorias desde aquí. Nicole sabe dónde encontrarse con el helicóptero. Volverá rápido, estoy segura. —Hizo una momentánea pausa. —¿Dónde están los demás? ¿Está bien todo el mundo?

—Brown y Heilmann están en contacto por radio con la Tierra. A estas alturas los de la AIE deben de estar trepados por las paredes. No hacen más que exigir que abandonemos Rama desde antes que se iniciara esta maniobra.

—En estos momentos estamos subiendo al helicóptero —dijo Richard Wakefield—. Estaremos ahí en unos minutos.

Ya está hecho. He elegido, se dijo Francesca al oír a Richard. Se sentía sorprendentemente exaltada. Empezó a ensayar inmediatamente su historia: Estábamos cerca del octaedro grande en la plaza central cuando Nicole divisó un callejón a nuestra derecha que no había observado antes. La calle que conducía al callejón era extremadamente estrecha, y observó que probablemente era una zona donde no podrían llegar las comunicaciones. Yo estaba cansada... habíamos andado demasiado aprisa. Así que me dijo que me adelantara al helicóptero...

—¿Y ya no volvió a verla? —interrumpió Richard Wakefield. Francesca negó con la cabeza. Richard estaba de pie en el hielo a su lado. Bajo ellos todo vibraba a medida que proseguía la larga maniobra. Las luces estaban encendidas de nuevo. Habían dejado de parpadear cuando empezó la maniobra.

El piloto Yamanaka estaba sentado en la cabina del helicóptero. Richard consultó su reloj.

—Ya hace casi cinco minutos desde que aterrizamos aquí. Tiene que haberle ocurrido algo. —Miró alrededor. —Quizá salga por algún otro lado.

Richard y Francesca subieron al helicóptero y Yamanaka despegó. Recorrieron la costa de la isla arriba y abajo, trazando dos veces un círculo sobre el solitario vehículo para el hielo.

—Diríjase a Nueva York —ordenó Wakefield—. Quizá podamos verla. Desde el helicóptero era virtualmente imposible ver el suelo de la ciudad. El helicóptero tenía que volar por encima de los edificios más altos. Las calles eran muy estrechas y las sombras causaban extraños efectos en los ojos. En una ocasión Richard creyó ver algo que se movía entre los edificios, pero resultó ser una ilusión óptica.

—Está bien, Nicole. ¿Dónde demonios está?

—Wakefield. —La sonora voz de David Brown resonó en la cabina del helicóptero. — Quiero que ustedes tres vuelvan inmediatamente a Beta. Necesitamos celebrar una reunión.

Richard se sorprendió al oír al doctor Brown. Desde que habían abandonado Beta era Janos quien monitorizaba sus comunicaciones.

—¿Qué ocurre, jefe? —respondió—. Todavía no hemos podido contactar con Nicole des Jardins. Tiene que salir de Nueva York de un momento a otro.

—Ya le daré los detalles cuando lleguen aquí. Tenemos que tomar algunas decisiones difíciles. Estoy seguro de que des Jardins se pondrá en contacto por radio apenas alcance la orilla.

No les tomó mucho tiempo cruzar el mar helado. Cerca del campamento Beta, Yamanaka posó el helicóptero sobre el vibrante suelo y los tres cosmonautas descendieron. Los otros cuatro miembros del equipo estaban aguardándolos.

—Ésta es una maniobra increíblemente larga —dijo Richard con una sonrisa mientras se acercaba a los demás—. Espero que los ramanes sepan lo que están haciendo.

—Es probable que sí —dijo sombríamente el doctor Brown—. Al menos eso es lo que piensa la Tierra. —Comprobó cuidadosamente su reloj. —Según la sección de navegación del control de la misión, debemos esperar a que esta maniobra dure todavía otros diecinueve minutos, más o menos algunos segundos.

—¿Cómo lo saben? —inquirió Wakefield—. ¿Acaso los ramanes han aterrizado en nuestro planeta y han entregado un plan de vuelo mientras nosotros estábamos aquí explorando?

Nadie rió.

—Si el vehículo prosigue con este índice de cambio de rumbo y aceleración —dijo Janos con una seriedad muy poco característica de él—, entonces en otros diecinueve minutos se habrá situado en un rumbo de colisión.

—¿Colisión con qué? —preguntó Francesca.

Richard Wakefield hizo unos rápidos cálculos mentales.

—¿Con la Tierra? —aventuró. Janos asintió.

—¡Jesús! —exclamó Francesca.

—Exacto —dijo David Brown—, Esta misión se ha convertido en un problema de seguridad para la Tierra. El Consejo Ejecutivo del Consejo de Gobiernos está reunido en este mismo momento para considerar todas las contingencias. Se nos ha dicho de la manera más enérgica posible que debemos abandonar Rama tan pronto como haya sido completada la maniobra. No tenemos que llevarnos nada excepto el cangrejo biot y nuestras pertenencias personales. Debemos...

—¿Qué hay de Takagishi? ¿Y des Jardins? —preguntó Wakefield.

—Dejaremos el vehículo para el hielo allí donde está, junto con un todo terreno aquí en Beta. Los dos son fáciles de manejar. Seguiremos estando de nuevo en contacto por radio desde la Newton. —El doctor Brown miró directamente a Richard. —Si esta nave espacial se sitúa realmente en un rumbo de colisión con la Tierra —dijo dramáticamente—, nuestras vidas individuales ya no serán importantes. Todo el curso de la historia estará a punto de verse transformado.

—Pero, ¿y si los ingenieros de navegación están equivocados? ¿Y si Rama simplemente está efectuando una maniobra que intersecta sólo momentáneamente la de la Tierra en una trayectoria de colisión? Podría ser que...

—Es extremadamente improbable. ¿Recuerda usted ese grupo de cortas maniobras en el momento de la muerte de Borzov? Cambiaron la orientación de la órbita de Rama de tal modo que pudiera conseguirse un impacto con la Tierra con sólo una maniobra larga en el momento exacto. Los ingenieros de la Tierra lo dedujeron hace treinta y seis horas. Le comunicaron por radio a O'Toole antes del amanecer de esta mañana que esperara la maniobra. No quise decir nada entonces, mientras todos estaban buscando a Takagishi.

—Eso explica por qué todo el mundo está tan ansioso de que salgamos de aquí —observó Janos.

—Sólo en parte —continuó el doctor Brown—. Los sentimientos hacia Rama y los ramanes son claramente distintos allá en la Tierra. Los directivos en la AIE y los líderes mundiales en el Consejo Ejecutivo del Consejo de Gobiernos se hallan al parecer convencidos de que Rama es implacablemente hostil.

Se detuvo unos segundos, como si estuviera reevaluando su propia actitud.

—Creo que están reaccionando demasiado emocionalmente, pero no puedo persuadirlos de lo contrario. Personalmente no veo ninguna prueba de hostilidad, sólo un desinterés y una indiferencia hacia unos seres absolutamente inferiores. Pero las imágenes televisadas de la muerte de Wilson han hecho su daño. La población del mundo

no puede estar aquí a nuestro lado, no puede captar la majestuosidad de este lugar. Sólo puede reaccionar visceralmente al horror...

—Si usted cree que los ramanes no tienen intenciones hostiles —interrumpió Francesca—, entonces, ¿cómo explica esta maniobra? No puede ser una coincidencia. Ellos o ello han decidido por alguna razón encaminarse hacia la Tierra. No me sorprende que la gente allí esté traumatizada. Recuerde, la primera Rama nunca reconoció la presencia de sus visitantes en ningún sentido. Ésta es una respuesta espectacularmente distinta. Los ramanes nos están diciendo que saben...

—Alto. Alto —interrumpió Richard—. Creo que estamos precipitándonos demasiado rápidamente a sacar conclusiones. Disponemos de otros doce minutos antes que debamos empezar a pulsar los botones del pánico.

—De acuerdo, cosmonauta Wakefield —dijo Francesca, recordando ahora que era una periodista y activando su videocámara—. Para el público, ¿qué cree que significará si esta maniobra culmina en una trayectoria de impacto contra la Tierra?

Cuando finalmente habló, Richard lo hizo muy serio.

—Gente de la Tierra —dijo dramáticamente—, si Rama ha cambiado realmente su rumbo para visitar nuestro planeta, eso no quiere decir que sea un acto necesariamente hostil. No hay nada, repito, nada, que ninguno de nosotros haya visto u oído que indique que la especie que ha creado este vehículo espacial nos desea algún mal. Es cierto que la muerte del cosmonauta Wilson fue trastornadora, pero probablemente fue una respuesta aislada de un conjunto específico de robots antes que parte de un plan siniestro.

"Veo esta magnífica nave espacial como una sola máquina, casi orgánica en su complejidad. Es extraordinariamente inteligente, y se halla programada para una supervivencia a largo plazo. No es ni hostil ni amiga. Es muy probable que fuera diseñada para rastrear cualquier satélite que se le acercara y calcular de dónde era originaria la nave visitante. El cambio de la órbita de Rama para acercarse a las inmediaciones de la Tierra no significa por lo tanto más que una respuesta estándar a un encuentro iniciado por otra especie con capacidad de viajar al espacio. Es probable que se acerque simplemente para saber más de nosotros.

—Muy bien —comentó Janos Tabori con una sonrisa—. Eso fue casi filosófico.

Wakefield rió nerviosamente.

—Cosmonauta Turgeniev —dijo Francesca, cambiando la dirección de la cámara—, ¿está de acuerdo con su colega? Inmediatamente después de la muerte del general Borzov, expresó usted abiertamente su preocupación acerca de que quizás alguna "fuerza

superior", es decir, los ramanes, tuvieran algo que ver con esa muerte. ¿Cuáles son sus sentimientos ahora?

La normalmente taciturna piloto soviética miró directamente a la cámara con sus tristes ojos.

—Da —dijo—, creo que el cosmonauta Wakefield es un muy brillante ingeniero. Pero no ha respondido a las preguntas más difíciles. ¿Por qué maniobró Rama durante la operación del general Borzov? ¿Por qué los biots hicieron pedazos a Wilson? ¿Dónde está el profesor Takagishi?

Irina Turgeniev hizo una breve pausa para controlar sus emociones.

—No encontraremos a Nicole des Jardins. Puede que Rama sólo sea una máquina, pero nosotros los cosmonautas ya hemos visto lo peligrosa que puede ser. Si se encamina hacia la Tierra, temo por mi familia, por mis amigos, por toda la humanidad. No hay forma de predecir lo que puede hacer. Y somos impotentes para detenerla.

Varios minutos más tarde Francesca Sabatini llevó su equipo de vídeo automático a la orilla del mar helado para una última secuencia. Comprobó cuidadosamente el tiempo antes de conectar la cámara exactamente quince segundos antes del momento en que se esperaba que terminara la maniobra.

—La imagen que están viendo vibra —dijo con su mejor voz periodística—, porque el suelo bajo nuestros pies aquí en Rama ha estado sacudiéndose constantemente desde que se inició esta maniobra hace cuarenta y siete minutos. Según los ingenieros de navegación, la maniobra se detendrá dentro de escasos segundos si Rama ha cambiado a un rumbo de colisión con la Tierra. Sus cálculos, por supuesto, están basados en suposiciones sobre las intenciones de Rama...

Francesca se detuvo a media frase e inspiró profundamente.

—El suelo ya no tiembla. La maniobra ha terminado. Rama se halla ahora en una trayectoria de colisión con la Tierra.

37 - Abandonada

Cuando despertó la primera vez, Nicole estaba completamente groggy, y tuvo gran dificultad en conseguir fijar alguna idea en su memoria. Le dolía la cabeza, y sentía agudos dolores en la espalda y las piernas. No sabía lo que le había ocurrido. Apenas fue capaz de hallar su cantimplora de agua y beber un trago. Debo de sufrir alguna concusión, pensó mientras volvía a quedarse dormida.

Era oscuro cuando despertó de nuevo. Pero su mente ya no estaba sumida en una niebla. Sabía dónde estaba. Recordaba haber buscado a Takagishi y haber resbalado dentro del pozo. Recordó también haber llamado a Francesca, y la dolorosa y terrible caída. Inmediatamente tomó su comunicador del cinturón de su overol de vuelo.

—Hola, equipo Newton —dijo, mientras se ponía lentamente de pie—. Aquí la cosmonauta des Jardins comprobando. He estado, bien... indispuesta podría ser una buena palabra. Caí en un agujero y perdí el sentido. Sabatini sabe dónde estoy...

Nicole cortó su monólogo y aguardó. No hubo respuesta del receptor. Subió el volumen, pero sólo consiguió recoger algo de extraña estática. Ya es oscuro, pensó, y sólo habíamos tenido dos horas de luz como máximo... Nicole sabía que los períodos de luz dentro de Rama duraban unas treinta horas. ¿Había estado tanto tiempo inconsciente? ¿O Rama había hecho de nuevo lo inesperado? Miró su reloj de pulsera, que reflejaba el tiempo transcurrido desde el inicio de la segunda incursión, e hizo un rápido cálculo. Llevo aquí abajo treinta y dos horas. ¿Por qué no ha venido nadie?

Nicole pensó en los últimos minutos antes de caer. Habían hablado con Wakefield, y luego ella se había atrevido a comprobar los pozos. Richard siempre mantenía un control de las localizaciones cuando estaban en comunicación y Francesca sabía exactamente...

¿Era posible que le hubiera ocurrido algo a todo el equipo? Pero, si no era así, ¿por qué nadie la había descubierto? Nicole sonrió para sí misma mientras luchaba con un asomo de pánico. Por supuesto, razono, me encontraron, pero yo estaba inconsciente, así que decidieron... Otra voz en su cabeza le dijo que su esquema de pensamientos no tenía sentido. Hubiera sido sacada del pozo bajo cualquier circunstancia si la hubieran encontrado.

Se estremeció involuntariamente mientras temía, por un breve momento, no ser hallada nunca. Obligó a su mente a cambiar de tema e inició una evaluación de los daños físicos que había sufrido durante la caída. Pasó cuidadosamente los dedos por todas las partes de su cráneo. Había varios chichones, incluido uno grande en la parte de atrás de la cabeza. Ése debió de ser el responsable de la concusión, supuso. Pero no había ninguna fractura, y las pequeñas hemorragias aquí y allá habían cesado hacía horas.

Comprobó sus brazos y piernas, luego su espalda. Había hematomas por todas partes, pero milagrosamente ningún hueso roto. El agudo y ocasional dolor justo debajo del cuello sugería que se había apretado parte de una vértebra o pellizcado algunos nervios. Aparte de esto, sanaría. El descubrimiento de que su cuerpo había sobrevivido más o menos intacto alegró su espíritu.

A continuación examinó sus nuevos dominios. Había caído en el centro de un profundo pero estrecho pozo rectangular. Tenía seis pasos de largo por uno y medio de ancho. Usando su linterna al extremo de su brazo extendido, estimó la profundidad del pozo en ocho metros y medio.

El pozo estaba vacío excepto una revuelta colección de pequeñas piezas metálicas, cuya longitud se alineaba entre los cinco y los quince centímetros, apiladas a un extremo del agujero. Nicole las examinó cuidadosamente al haz de su linterna. En conjunto había más de un centenar, y quizás una docena de diferentes tipos individuales. Algunas eran largas y rectas, otras curvadas, unas cuantas formando ángulos... le recordaron a Nicole la basura industrial de una moderna fundición.

Las paredes del pozo eran absolutamente rectas y lisas. El material de la pared tenía la apariencia de un híbrido metal/roca. Era frío, muy frío. No había anomalías ni depresiones que pudieran ser usadas como apoyos, nada que la animara a creer que podía trepar hasta arriba. Intentó rascar o picar la superficie de la pared utilizando las herramientas de su equipo médico portátil. Fue incapaz de hacer ninguna marca.

Desanimada ante la perfecta construcción de las paredes del pozo, regresó a la pila metálica para ver si había allí alguna cosa con la que pudiera montar alguna escalera o andamiaje, algún tipo de apoyo capaz de elevarla hasta el punto desde donde pudiera acabar de salir usando su propia fuerza. No se sintió muy animada. Las piezas metálicas eran pequeñas y delgadas. Un rápido cálculo mental le dijo que no había masa suficiente para soportar su peso.

Se sintió más desanimada aún cuando comió un poco. Se dio cuenta de que había traído muy poca comida y agua con ella debido a que deseaba llevar equipo médico extra para Takagishi. Aunque la racionara cuidadosamente, su agua sólo le duraría un día, y su comida no más de treinta y seis horas.

Iluminó con su linterna directamente hacia arriba. El haz se reflejó en el techo del cobertizo. Pensar en el cobertizo le recordó de nuevo los acontecimientos que precedieron a su caída. Recordó la incrementada amplitud de la señal de emergencia una vez que salió del edificio. Estupendo, se dijo, desanimada, el interior de este cobertizo es probablemente una zona radiofónicamente oscura. No es extraño que nadie pueda oírme.

Durmió, porque no tenía otra cosa que hacer. Ocho horas más tarde, despertó con un sobresalto de un sueño aterrador. Estaba sentada con su padre y su hija en un encantador restaurante de provincia en Francia. Era un magnífico día de primavera; Nicole podía ver flores en el jardín contiguo al restaurante. Cuando llegó el camarero, colocó un plato de caracoles con hierbas y manteca frente a Genevieve. Pierre recibió una

espléndida ración de pollo con champiñones y salsa de vino. El camarero sonrió y se fue. Lentamente, Nicole se dio cuenta de que no había nada para ella...

Nunca antes se había enfrentado a la auténtica hambre. Ni siquiera durante el Poro, después que los cachorros de la leona se llevaran su comida, Nicole había sentido seriamente hambre. Después de dormir se había dicho que racionaría cuidadosamente la comida que le quedaba, pero eso fue antes que los retortijones del hambre se hicieran abrumadores. Ahora Nicole buscó en los paquetes de comida con manos temblorosas y a duras penas pudo contenerse y no devorar toda la que le quedaba. Envolvió de nuevo los magros restos, se los metió en uno de sus bolsillos, enterró el rostro entre las manos y se permitió llorar por primera vez desde su caída.

También se permitió reconocer que morir de hambre era una terrible forma de morir. Intentó imaginar cómo sería ir debilitándose a causa del hambre hasta finalmente perecer. ¿Sería un proceso gradual, con cada estadio sucesivo más horrible que el anterior? Entonces, que llegue pronto, dijo casi en voz alta, abandonando momentáneamente toda esperanza. Su reloj digital relucía en la oscuridad, contando los últimos y preciosos minutos de su existencia.

Transcurrieron varias horas. Nicole se fue sintiendo más débil y desalentada. Se sentó con la cabeza apoyada contra la fría esquina del pozo. Justo cuando estaba dispuesta ya a abandonar por completo y aceptar la seguridad de su muerte, sin embargo, una voz distinta a la suya brotó de su interior, una voz confiada y optimista que rechazó abandonar toda esperanza. Le dijo que cualquier momento de permanecer vivo era precioso y maravilloso, que simplemente estar consciente, siempre, era un abrumador milagro de la naturaleza. Inspiró lenta y profundamente y abrió los ojos. Si he de morir aquí, se dijo, entonces al menos déjame hacerlo con ánimo. Decidió que pasaría el tiempo que le quedaba concentrándose en todos los momentos descollantes de sus treinta y seis años.

Nicole retenía aún una débil esperanza de ser rescatada. Pero siempre había sido una mujer práctica, y la lógica le decía que lo que le quedaba de vida estaba medido probablemente en horas. Durante su no apresurado viaje a sus atesorados recuerdos, lloró varias veces, sin inhibición; lágrimas de alegría ante el pasado revivido; lágrimas agrídulces puesto que sabía, a medida que revivía cada episodio, que probablemente era su última visita a esa porción particular del banco de datos de su memoria.

No había ningún esquema en su vagar a través de la vida que había vivido. No categórico, midió o comparó sus experiencias. Simplemente las vivió de nuevo tal y como le habían llegado, con cada antiguo suceso transformado y enriquecido por su mayor experiencia.

Su madre ocupaba un lugar especial en sus recuerdos. Puesto que había muerto cuando ella tenía sólo diez años, su madre había retenido todos los atributos de una reina o una diosa. Anawi Tiasso había sido realmente hermosa y regia, una mujer africana de un negro profundo y de desacostumbrada estatura. Todas las imágenes que Nicole tenía de ella estaban bañadas por una suave y resplandeciente luz.

Recordó a su madre en la sala de estar de su casa en Chilly-Mazarin, haciéndole gestos para que se acercara y se sentara en su regazo. Anawi le leía un poco a su hija cada noche antes de la hora de irse a dormir. La mayor parte de las historias eran cuentos de hadas acerca de princesas y castillos y gente hermosa y feliz que superaba todos los obstáculos. La voz de su madre era suave y tierna. Le cantaba canciones de cuna mientras los ojos de Nicole se hacían más y más pesados.

Los domingos de su infancia eran días especiales. En primavera iban al parque y jugaban en los amplios prados. Su madre le enseñó cómo correr. La niña nunca había visto nada tan hermoso como su madre, que de joven había sido una sprinter de categoría internacional, corriendo por un prado.

Por supuesto, Nicole recordaba vívidamente todos los detalles de su viaje con Anawi a Costa de Marfil para el Poro. Fue su madre quien la abrazaba durante todas las noches en Nidougou antes de la ceremonia. Durante aquellas largas y aterradoras noches, la niña Nicole luchaba con todos sus miedos. Y cada día, tranquila y pacientemente, su madre respondía a todas sus preguntas y le recordaba que muchas, muchas otras niñas habían pasado a través del rito de iniciación sin ninguna dificultad.

El más apreciado recuerdo de Nicole de aquel viaje era la habitación del hotel en Abidjan, la noche antes que ella y Anawi regresaran a París. Ella y su madre habían hablado del Poro sólo de pasada durante las treinta horas desde que Nicole y las otras niñas habían terminado las ceremonias. Anawi todavía no había ofrecido ninguna alabanza. Ciertamente, Ornen y los viejos del poblado le dijeron a Nicole que había sido excepcional, pero para una niña de siete años ninguna alabanza es tan importante como la de su madre. Nicole había reunido todo su valor poco antes de cenar.

—¿Lo hice bien, mamá? —preguntó tentativamente—. En el Poro, quiero decir.

Anawi estalló en lágrimas.

—¿Que si lo hiciste bien? ¿Que si lo hiciste bien? —La sujetó con sus largos y sinuosos brazos y la alzó del suelo. —Oh, querida —dijo mientras alzaba a Nicole muy alta por encima de su cabeza—. Estoy tan orgullosa de ti que no sé cómo expresarlo. — Nicole se sumergió en los brazos de su madre, y se abrazaron y rieron y lloraron durante al menos quince minutos.

Nicole estaba tendida de espaldas en el fondo del pozo, con las lágrimas de sus recuerdos rodando libremente por sus mejillas y penetrando en sus oídos. Durante casi una hora había estado pensando en su hija, empezando con su nacimiento y luego recorriendo uno a uno todos los acontecimientos principales de la vida de Geneviève. Recordaba especialmente el viaje de vacaciones a Norteamérica que ambas habían hecho juntas, tres años antes, cuando Geneviève tenía once. Lo cerca que habían estado la una de la otra durante aquel viaje, en especial el día que bajaron a pie por el sendero Kaibab Sur del Gran Cañón.

Se habían detenido en cada una de las señales a lo largo del sendero, estudiando las huellas dejadas por dos mil millones de años en la superficie del planeta Tierra. Habían comido en el promontorio que dominaba la desértica desecación de la meseta del Tonto. Aquella noche, madre e hija desenrollaron sus sacos de dormir el uno al lado del otro, al lado mismo del poderoso río Colorado. Hablaron y compartieron sueños y se tomaron de la mano durante toda la noche.

Yo no habría hecho ese viaje, meditó Nicole, empezando a pensar en su padre, de no ser por ti. Tú fuiste el que supo que era el momento adecuado de hacerlo. Su padre había sido siempre la piedra angular de su vida. Pierre des Jardins era su amigo, su confesor, su compañero intelectual y su más ardiente defensor. Había estado a su lado cuando ella nació, y en cada momento significativo de su vida. Fue a él a quien más extrañó mientras yacía allí en el fondo del pozo en el interior de Rama. Fue a él a quien hubiera elegido para mantener su última conversación.

No había ningún recuerdo descollante de su padre que acudiera a ella; eso exigía una actitud completamente distinta del resto. El montaje mental de Nicole con respecto a Pierre enmarcaba todos los acontecimientos principales de su propia vida. No todos ellos eran felices. Por ejemplo, recordaba claramente a los dos en la sabana, no lejos de Nidoukou, tomados en silencio de la mano mientras lloraban calladamente y la pira funeraria de Anawi ardía en la noche africana. También podía sentir aún sus brazos rodeándola mientras sollozaba desconsolada tras su fracaso, a la edad de quince años, en ganar el concurso nacional para representar el papel de Juana de Arco.

Habían vivido juntos en Beauvois, una pareja muy distinta, desde el año siguiente a la muerte de su madre hasta que Nicole terminó su tercer año de estudios en la universidad de Tours. Era una existencia idílica. Nicole vagaba por los bosques en torno de su villa después de volver en bicicleta de la escuela. Pierre escribía sus novelas en el estudio. Al anochecer, Marguerite hacía sonar la campanilla y los llamaba a ambos a cenar antes de

montar en su propia bicicleta, terminado su trabajo del día, y regresar con su marido e hijos a Luynes.

Durante los veranos, Nicole viajaba con su padre por toda Europa, visitando las ciudades y los castillos medievales que eran los elementos principales de sus novelas históricas. Nicole sabía más sobre Eleanor de Aquitania y su esposo Henry Plantagenet que sobre los líderes políticos activos de Francia y de la Europa occidental. Cuando Pierre ganó el premio Mary Renault de ficción histórica en 2181, fue con él a París para recibirlo. Se sentó en primera fila en el enorme auditorio, vestida con la falda blanca y la blusa hechas a medida que Pierre le había ayudado a elegir, y escuchó embelesada al orador alabar las virtudes de su padre.

Todavía podía recitar de memoria partes del discurso de aceptación de su padre.

—A menudo me han preguntado —dijo éste, casi al final— si he acumulado alguna sabiduría que me gustaría compartir con futuras generaciones. —Entonces la miró directamente a ella entre la audiencia. —A mi preciosa hija Nicole, y a toda la juventud del mundo, les ofrezco una sola idea. En mi vida he hallado dos cosas de un valor inapreciable... erudición y amor. Ninguna otra cosa, ni la fama ni el poder ni el logro egoísta, pueden tener el mismo valor imperecedero. Porque cuando la vida de uno se termina, si puedes decir "he aprendido" y "he amado", también podrás decir "he sido feliz".

He sido feliz, dijo Nicole, mientras más lágrimas rodaban por sus mejillas. Y sobre todo gracias a ti. Nunca me decepcionaste. Ni siquiera en mi momento más difícil. Sus recuerdos se orientaron, como sabía que lo harían, al verano de 2184, cuando su vida se había acelerado a un ritmo tan extraordinario que llegó a perder el control de su rumbo. En un período de seis semanas, Nicole ganó una medalla olímpica de oro, tuvo una corta pero ardiente aventura amorosa con el Príncipe de Gales, y regresó a Francia para decirle a su padre que estaba embarazada.

Nicole podía recordar los elementos claves de ese período como si hubieran ocurrido ayer. Ninguna emoción en su vida había sido igual a la alegría y la exaltación que sintió mientras estaba de pie en el podio de los vencedores en Los Angeles, con la medalla de oro en torno del cuello y los vítores de cien mil personas resonando en sus oídos. Aquél había sido su momento. Durante casi una semana había sido la niña mimada de los medios de comunicación de todo el mundo. Estaba en la primera página de todos los periódicos, su rostro aparecía en todos los noticiarios deportivos.

Tras su última entrevista en el estudio de televisión anexo al estadio olímpico, un joven inglés con una sonrisa encantadora se había presentado a sí mismo como Darren Higgins y le había tendido una tarjeta. Dentro había una invitación a cenar, escrita a mano, nada

menos que del Príncipe de Gales, el hombre que se convertiría en el rey Henry XI de Gran Bretaña.

La cena fue algo mágico, recordó Nicole, olvidando temporalmente su situación en Rama. Era encantador. Los dos días siguientes fueron absolutamente maravillosos. Pero treinta y nueve horas más tarde, cuando despertó en el dormitorio de la suite de Henry en Westwood, su cuento de hadas terminó bruscamente. Su príncipe, que se había mostrado tan atento y afectuoso, estaba ahora ceñudo y preocupado. Y, mientras la inexperta Nicole intentaba sin éxito comprender qué había ido mal, fue dándose cuenta lentamente de que su vuelo al país de la fantasía había terminado. Sólo fui una conquista, recordó, la celebridad del momento. No era adecuada para una relación permanente.

Nicole nunca olvidaría las últimas palabras que le había dicho el príncipe en Los Angeles. No había dejado de dar vueltas alrededor mientras ella hacía las maletas. No podía comprender por qué estaba tan alterada. Nicole no había respondido a ninguna de sus preguntas y se había resistido a todos sus intentos de abrazarla.

—¿Crees que podemos fundirnos en el crepúsculo y desaparecer para siempre y vivir felices en el futuro? Oh, vamos Nicole, éste es el mundo real. Tienes que saber que el pueblo británico jamás aceptaría a una mujer medio negra como su reina.

Nicole huyó antes que Henry viera sus lágrimas. Y así, mi querida Geneviève, se dijo Nicole en el fondo del pozo en Rama, abandoné Los Angeles con dos nuevos tesoros. Tenía una medalla de oro y una niña maravillosa dentro de mi cuerpo. Sus pensamientos se saltaron rápidamente las siguientes semanas de ansiedad hasta el momento desesperado y solitario en que finalmente reunió todo su valor para decírselo a su padre.

—Yo... no sé qué hacer —le dijo tentativamente a Pierre aquella mañana de septiembre, en la sala de estar de su villa en Beauvois—. Sé que te he decepcionado terriblemente... me he decepcionado a mí misma... pero quiero preguntarte si tengo derecho. Quiero decir, papá, que si deseo tenerlo, si puedo quedarme aquí y...

—Por supuesto, Nicole —la interrumpió su padre. Estaba llorando suavemente. Fue la única vez que Nicole lo vio llorar desde la muerte de su madre—. Entre los dos nos encargaremos de todo lo necesario... —Y la atrajo hacia sí y la abrazó.

Fui tan afortunada, pensó. Él se mostró tan comprensivo. Nunca me falló. Nunca me preguntó nada. Cuando le dije que el padre era Henry y que deseaba que nadie más lo supiera nunca, y menos aún Henry o la niña, me prometió que mantendría mi secreto. Y siempre lo ha hecho.

Las luces se encendieron bruscamente, y Nicole se puso de pie para examinar su prisión bajo las nuevas condiciones. Sólo el centro del pozo estaba completamente

iluminado; sus rincones seguían aún en sombras. Considerando su situación, se sintió sorprendentemente alegre y optimista.

Alzó la vista hacia el techo del cobertizo y, a través de él, al indescriptible cielo de Rama. Pensó en sus últimas horas allí y tuvo un repentino impulso. No había rezado desde hacía más de veinte años, pero se dejó caer de rodillas en la intensa luz del centro del pozo. Querido Dios, dijo para sí, sé que es un poco tarde, pero gracias por mi padre, por mi madre y por mi hija. Y por todas las maravillas de mi vida. Alzó la vista hacia el techo del cobertizo. Sonreía cuando guiñó un ojo. Y reconozco que, en este momento, querido Dios, no me vendría mal un poco de ayuda.

38 - Visitantes

El pequeño robot salió a la luz y desenvainó su espada. El ejército inglés había llegado a Harfleur.

Una vez más en la brecha, queridos amigos, una vez más,
o cerca de la pared con nuestros muertos ingleses.
En la paz no hay nada para convertirse en un hombre
como la modesta quietud y humildad;
pero cuando el estallar de la guerra resuena en nuestros oídos,
entonces imitad la acción del tigre...

Henry V, nuevo rey de Inglaterra, siguió exhortando a sus imaginarios soldados. Nicole sonrió mientras escuchaba. Había pasado la mayor parte de una hora siguiendo a Hal, príncipe de Wakefield, a lo largo de su licenciada juventud, a los campos de batalla luchando contra Hotspur y los demás rebeldes, y luego al trono de Inglaterra. Nicole había leído las tres obras sobre Henry sólo una vez, y hacía años, pero conocía bien el período histórico debido a su fascinación de toda la vida por Juana de Arco.

—Shakespeare te convirtió en algo que nunca fuiste —le dijo al pequeño robot mientras se inclinaba a su lado para insertar la varilla de Richard en la ranura de "Off"—. Fuiste un guerrero, de acuerdo, nadie puede discutirlo. Pero también fuiste un conquistador frío y sin corazón. Hiciste que Normandía sangrara bajo tu poderoso yugo. Casi aplastaste toda la vida de Francia.

Nicole se echó a reír nerviosamente. Aquí estoy, pensó, nublándole a un insensible príncipe de cerámica de veinte centímetros de altura. Recordó su sensación de impotencia hacía una hora, cuando había intentado una vez más hallar alguna vía de escape. El hecho de que su tiempo se estaba agotando se había visto reforzado cuando bebió el penúltimo sorbo de agua. Oh, bueno, murmuró, volviéndose al príncipe Hal, al menos esto es mejor que sentir lástima de mí misma.

—¿Y qué otra cosa sabes hacer, mi pequeño príncipe? —preguntó—. ¿Qué ocurrirá si inserto esta varilla en la ranura señalada C?

El robot se activó, caminó unos cuantos pasos, y finalmente se acercó a su pie izquierdo. Tras un largo silencio, el príncipe Hal habló, no con la intensa voz que había utilizado durante sus anteriores recitados, sino con los tonos británicos de Wakefield.

—C corresponde a conversación, amiga mía, y poseo un repertorio considerable. Pero no hablaré hasta que tú digas algo primero. Nicole se echó a reír.

—De acuerdo, príncipe Hal —dijo, tras pensar un momento—. Háblame de Juana de Arco.

El robot dudó, luego frunció el entrecejo.

—Fue una bruja, querida dama, quemada en la hoguera en Ruán una década después de mi muerte. Durante mi reinado el norte de Francia fue subyugado por mis ejércitos. La bruja francesa, proclamando que había sido enviada por Dios...

Nicole dejó de escuchar y alzó bruscamente la cabeza cuando una sombra cayó sobre ellos. Creyó ver algo volar por encima del techo del cobertizo. Su corazón latió alocadamente.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! —gritó a pleno pulmón. El príncipe Hal seguía desgranando su discurso acerca de cómo el éxito de Juana de Arco había dado como triste resultado el retorno de sus conquistas al reino de Francia—. Tan inglés. Tan típicamente inglés —dijo Nicole, mientras insertaba de nuevo la varilla en el botón "Off" del príncipe Hal.

Unos momentos más tarde, la sombra se hizo enorme y oscureció por completo el fondo del pozo. Nicole alzó de nuevo la vista y el corazón se le quedó en la garganta. Flotando sobre el pozo, con las alas abiertas y aleteando, había una gigantesca criatura parecida a un pájaro. Nicole se echó hacia atrás y gritó involuntariamente. La criatura metió el cuello en el pozo y emitió una serie de ruidos. Los sonidos eran secos pero ligeramente musicales. Nicole se sintió paralizada. La cosa repitió casi el mismo conjunto de ruidos y luego intentó —sin éxito, porque sus alas eran demasiado grandes— bajar más en el angosto pozo.

Durante ese breve período Nicole logró que su traumático terror dejara paso a un miedo más normal y estudió al gran alienígena volador. Su rostro, aparte de dos blandos ojos que eran de un profundo azul rodeados por un anillo amarronado, le recordaron los pterodáctilos que había visto en el museo francés de historia natural. El pico era muy largo y curvado. La boca carecía de dientes y las dos garras, simétricas bilateralmente respecto al cuerpo principal, tenían cuatro dedos cada una.

Nicole sospechó que debía de pesar un centenar de kilos. Su cuerpo, excepto el rostro y pico, los extremos de las alas y las garras, estaba cubierto por un denso material negro que parecía terciopelo. Cuando resultó claro que no conseguiría llegar hasta el fondo del pozo, emitió dos notas agudas, se alzó de nuevo y desapareció.

Nicole no se movió en absoluto durante el primer minuto después de la marcha de la criatura. Luego se sentó e intentó ordenar sus pensamientos. La adrenalina desencadenada por el miedo fluía aún por su cuerpo. Intentó pensar racionalmente en lo que había visto. Su primera idea fue que la cosa era un biot, como todas las demás criaturas móviles que habían sido vistas previamente en Rama. Si eso es un biot, se dijo, entonces es extremadamente avanzado. Recordó los otros biots que había visto, tanto los cangrejos del Hemisferio Sur como la amplia variedad de las extrañas creaciones filmadas por la primera expedición ramana. Nicole no pudo convencerse a sí misma de que el ave era un biot. Había algo en sus ojos...

Oyó un aletear en la distancia, y su cuerpo se tensó. Se protegió en el rincón en sombras justo en el momento en que la luz del pozo era oscurecida de nuevo por un enorme cuerpo flotante. No, ahora eran dos cuerpos. La primera ave había regresado con un compañero, la segunda considerablemente más grande. El nuevo pájaro metió el cuello en el pozo y miró a Nicole con sus ojos azules mientras flotaba. Emitió un sonido, más fuerte y menos musical que el otro, y luego dobló el cuello para mirar a su compañero. Mientras las dos aves parloteaban entre sí, Nicole observó que la segunda estaba recubierta por una superficie pulida, como linóleo, pero que en todos los demás aspectos excepto el tamaño era idéntica a su primer visitante. Finalmente el segundo pájaro ascendió de nuevo, y la extraña pareja se posó en el borde del pozo, sin dejar de parlotear. La observaron durante uno o dos minutos. Luego, tras una breve conversación, desaparecieron.

Nicole estaba agotada tras su lucha con el miedo. Unos minutos después que sus visitantes voladores se fueran, se enroscó sobre sí misma y durmió en un rincón del pozo. Durmió profundamente durante varias horas. Fue despertada por un fuerte ruido, un crac que resonó a través del cobertizo como si alguien estuviera montando una pistola.

Despertó rápidamente, pero no oyó más que sonidos inexplicables. Su cuerpo le recordó que estaba hambrienta y sedienta. Sacó la comida que le quedaba. ¿Debo repartirla entre dos diminutas comidas, se preguntó cansadamente, o debo comer ahora todo lo que tengo y aceptar lo que venga a continuación?

Con un profundo suspiro, decidió terminar su comida y su agua en un último festín. Pensó que las dos cosas combinadas podrían proporcionarle por un tiempo la energía suficiente como para que olvidara temporalmente el hambre. Estaba equivocada. Mientras bebía las últimas gotas de agua de su cantimplora, su mente se vio bombardeada con imágenes de botellas de agua mineral que ella y su familia siempre ponían en la mesa en Beauvois.

Hubo otro fuerte crac en la distancia después que Nicole terminó su comida. Se detuvo para escuchar, pero de nuevo hubo silencio. Sus pensamientos se vieron dominados por ideas de escapar, todas ellas utilizando de alguna forma a las aves para ayudarse a salir del pozo. Se sintió furiosa consigo misma por no haber intentado comunicarse con ellas mientras aún tenía la oportunidad. Se rió de sí misma. Por supuesto, podían haber decidido devorarme. Pero, ¿quién dice que morir de hambre sea preferible a ser devorada?

Nicole estaba segura de que las aves volverían. Quizá su certeza se viera reforzada por la impotencia de su situación, pero de todos modos empezó a hacer planes para lo que haría cuando regresaran. Hola, se imaginó diciendo. Se pondría de pie con la palma de la mano extendida y caminaría segura hasta el centro del pozo, inmediatamente debajo de la flotante criatura. Usaría entonces un conjunto especial de gestos para comunicar su problema... señalándose repetidamente primero a sí misma y luego al pozo para indicar que no podía escapar de allí; señalando a la vez a las aves y al techo del cobertizo, les pediría su ayuda.

Dos secos y fuertes ruidos la volvieron a la realidad. Tras una breve pausa, oyó otro crac. Revisó el capítulo "Entorno" de su Atlas de Rama computadorizado, y luego se rió de sí misma por no haber reconocido inmediatamente lo que estaba ocurriendo. Los fuertes sonidos indicaban que el hielo se estaba quebrando a medida que el Mar Cilíndrico se fundía desde el fondo. Rama se hallaba aún dentro de la órbita de Venus (aunque, sin que Nicole lo supiera todavía, la última maniobra la había situado en una trayectoria que hacía que su distancia del Sol se estuviera incrementando de nuevo), y las radiaciones solares habían hecho aumentar finalmente la temperatura dentro de Rama por encima del punto de congelación del agua.

El Atlas advertía acerca de feroces tormentas y huracanes creados por las inestabilidades térmicas de la atmósfera como consecuencia del fundirse del mar. Nicole se situó en el centro del pozo.

—¡Vamos, pájaros, o lo que sean! —gritó—. Vengan, sáquenme y denme una oportunidad de escapar.

Pero las aves no volvieron. Nicole permaneció sentada, despierta, en su rincón durante diez horas, debilitándose gradualmente a medida que la frecuencia de los fuertes chasquidos alcanzaba un límite y luego disminuía poco a poco. El viento empezó a soplar. Al principio fue tan sólo una brisa, pero pronto se convirtió en un ventarrón cuando el crujir del hielo cesó. Nicole se sentía completamente desanimada. Cuando se quedó dormida de nuevo, se dijo que probablemente no volvería a despertarse más de una o dos veces.

Los vientos golpearon Nueva York mientras el huracán resonaba durante horas. Nicole permanecía inmóvil y acurrucada en un rincón. Escuchaba el aullar del viento y recordaba haber permanecido sentada en una cabaña de esquí durante una tormenta de nieve en Colorado. Intentó recordar los placeres del esquí, pero no pudo. Su hambre y su cansancio habían debilitado también su imaginación. Permaneció sentada inmóvil, con su mente vacía de pensamientos excepto para preguntarse ocasionalmente qué debía de sentirse al morir.

No podía recordar haberse quedado dormida, pero tampoco podía recordar haberse despertado. Se sentía muy débil. Su mente le decía que algo había caído en el interior del agujero. Era oscuro de nuevo. Nicole se arrastró de su rincón del pozo hacia el otro rincón donde estaba la pila de metal. No encendió su linterna. Chocó contra algo y se sobresaltó, luego lo palpó con las manos. El objeto era grande, más que una pelota de basquetbol. Su exterior era liso y su forma ovalada.

Nicole se sintió más alerta. Encontró su linterna en el overol de vuelo e iluminó el objeto. Era blancuzco y tenía la forma de un huevo. Lo examinó atentamente. Cuando lo apretó con fuerza, cedió ligeramente bajo la presión. ¿Puedo comerlo?, preguntó su mente, abrumada por demasiada hambre como para preocuparse de lo que podía hacerle.

Extrajo su cuchillo y consiguió cortarlo con dificultad. Separó febrilmente un pedazo y se lo llevó a la boca. Era insípido. Lo escupió y se echó a llorar. Pateó furiosamente el objeto, y éste rodó sobre sí mismo. Nicole creyó oír algo. Adelantó una mano y lo empujó fuertemente, haciéndolo rodar de nuevo. Sí, se dijo, sí. Eso fue como un chapoteo.

Fue un trabajo lento cortar la capa exterior con su cuchillo. Tras varios minutos Nicole tomó su equipo médico y empezó a trabajar en el objeto con su escalpelo eléctrico. Fuera

lo que fuese, el objeto estaba formado por tres capas separadas y distintas. La exterior era dura, como el cuero de una pelota de fútbol, y relativamente difícil de manipular. La segunda capa era un compuesto blando, húmedo, color cobalto, con la consistencia del melón. Dentro, en el centro, había varios litros de un líquido verdoso. Temblando con anticipación, Nicole metió una mano formando cuenco en la incisión y se llevó el líquido a los labios. Tenía un sabor extraño y medicinal, pero era refrescante. Bebió, dos sorbos apresurados, y entonces sus años de entrenamiento médico se interpusieron.

Luchando contra el deseo de beber más, Nicole insertó la sonda de su espectómetro de masas en el líquido para analizar sus componentes químicos. Sentía tanta prisa que cometió un error con la primera muestra y tuvo que repetir el proceso. Cuando los resultados del análisis aparecieron en el pequeño monitor modular que podía conectarse a cualquiera de sus instrumentos, Nicole se echó a llorar de alegría. El líquido no la envenenaría. Al contrario, era rico en proteínas y minerales en el tipo de combinaciones químicas que el cuerpo podía procesar.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —gritó Nicole con voz fuerte. Se puso rápidamente de pie y casi se desvaneció. Más cautelosamente ahora, se sentó sobre sus rodillas y empezó el festín de su vida. Bebió el líquido y comió la jugosa pulpa hasta que estuvo absolutamente saciada. Luego se sumió en un profundo y satisfecho sueño.

Su primera preocupación cuando despertó fue determinar la cantidad de "melón maná", como lo llamó, que tenía a su disposición. Había sido una glotona, y lo sabía, pero eso había ocurrido en el pasado. Lo que necesitaba hacer ahora era controlar el melón maná hasta que de algún modo pudiera conseguir la ayuda de las aves.

Nicole midió cuidadosamente el melón. Su peso bruto debía de ser originalmente de unos diez kilos, pero ahora debían de quedar un poco más de ocho. Su evaluación le indicó que la capa externa no comestible pesaba aproximadamente dos kilogramos, lo cual le dejaba seis kilos de alimento más o menos por igual entre el líquido y la pulpa color cobalto. Veamos, pensó, tres kilos de líquido significan...

Su proceso de pensamiento se vio interrumpido cuando las luces se encendieron de nuevo. Sí, se dijo, comprobando su reloj de pulsera, justo a tiempo, con una exactitud secular. Alzó la vista de su reloj y vio por primera vez a plena luz el objeto en forma de huevo. Su reconocimiento fue inmediato. Oh, Dios mío, pensó Nicole mientras se acercaba y reseguía con sus dedos las líneas amarronadas que recorrían en forma ondulada la superficie blanco cremosa. Casi lo había olvidado. Buscó en su overol de vuelo y extrajo la piedra pulida que Omeh le había dado la noche de fin de año en Roma. La miró, y luego miró el objeto ovalado en el pozo. Oh, Dios mío, repitió.

Volvió a guardar la piedra en su bolsillo y extrajo el pequeño frasco verde.

—Ronata sabrá el momento de beber —oyó decir de nuevo a su abuelo. Nicole se sentó en su rincón y vació el frasco de un solo trago.

39 - Las aguas de la Sabiduría

Inmediatamente, la visión de Nicole empezó a enturbiarse. Cerró los ojos por un segundo. Cuando los abrió de nuevo, estaba cegada por una confusión de brillantes colores, que pasaban por su lado en esquemas geométricos como si se movieran muy aprisa. En el centro de su visión, muy lejos en la distancia, un punto negro emergió del fondo en medio de un brillante conjunto de formas rojas y amarillas alternadas. Nicole se concentró en el punto mientras éste seguía creciendo. Avanzó a toda velocidad hacia ella y se expandió hasta llenar su visión. Vio un hombre, un viejo negro, correr por la sabana africana en una noche perfectamente estrellada. Nicole vio claramente su rostro cuando él se volvió para trepar por una rocosa montaña. El hombre se parecía a Omeh, pero a la vez, de una forma un tanto extraña, a su madre.

Corrió montaña arriba con una sorprendente agilidad. En la parte superior se detuvo en silueta, con los brazos abiertos, y miró al cielo, al creciente de luna en el horizonte. Nicole oyó el sonido de un motor cohete al ponerse en marcha y se volvió hacia su izquierda. Contempló una pequeña nave espacial que descendía a la superficie de la Luna. Dos hombres con trajes espaciales bajaron una escalerilla. Oyó a Neil Armstrong decir:

—Es un pequeño paso para un hombre, un paso de gigante para la humanidad.

Buzz Aldrin se reunió con Armstrong en la superficie lunar, y ambos señalaron algo con su mano derecha. Estaban contemplando al viejo negro de pie en una cercana pendiente lunar. El hombre sonrió. Sus dientes eran muy blancos.

Su rostro se hizo muy grande en la visión de Nicole, al tiempo que el paisaje lunar empezaba a desvanecerse. El hombre se puso a cantar lentamente, en senoufo, pero al principio Nicole no pudo comprender lo que decía. De pronto se dio cuenta de que le estaba hablando a ella, y que podía comprender cada una de sus palabras.

—Soy uno de tus antepasados de hace mucho tiempo —dijo el hombre—. Cuando muchacho salí a meditar la noche en que la humanidad se posó por primera vez en la Luna. Como tenía sed, bebí abundantemente de las aguas del Lago de la Sabiduría. Primero volé a la Luna, donde hablé con los astronautas, y luego a otros mundos. Conocí

a los Grandes. Ellos me dijeron que tú vendrías para llevar la historia de Minowe a las estrellas.

Mientras Nicole observaba, la cabeza del viejo empezó a crecer. Sus dientes se volvieron malignos y largos, sus ojos amarillos. Se transformó en un tigre y saltó a su garganta. Nicole gritó cuando sintió los dientes en su cuello. Se preparó para morir. Pero el tigre se volvió flácido; una flecha estaba profundamente enterrada en su costado. Nicole oyó un ruido y alzó la vista. Su madre, vestida con una magnífica túnica roja flotante y con un arco de oro en la mano, corría graciosamente hacia un carro dorado detenido en medio del aire.

—Madre..., espera —gritó Nicole. La figura se volvió.

—Fuiste seducida —dijo su madre—. Tienes que ser más cuidadosa. Sólo puedo salvarte tres veces. Cuidado con lo que no puedes ver pero sabes que está ahí. —Subió al carro y tomó las riendas. —No debes morir. Te quiero, Nicole. —Los caballos rojos alados se arquearon más y más hacia arriba hasta que Nicole ya no pudo verlos.

El esquema de color regresó a su visión, Nicole oyó ahora música, primero muy lejos en la distancia, luego mucho más cerca. Era como el sonido de campanillas de cristal. Hermosa, inquietante, etérea. Hubo fuertes aplausos. Nicole estaba sentada en primera fila en una sala de conciertos, con su padre. En el escenario, un hombre oriental cuyo pelo llegaba hasta el suelo, con los ojos soñadoramente fijos, permanecía de pie junto a tres instrumentos de extrañas formas. El sonido estaba todo alrededor de ella. Le hacía sentir deseos de llorar.

—Vamos —dijo su padre—. Tenemos que irnos. —Mientras Nicole miraba, su padre se convirtió en un gorrión. Le sonrió. Ella agitó sus propias alas de gorrión y ambos se elevaron juntos por el aire, dejando atrás el concierto. La música se desvaneció. El aire silbó junto a ellos. Nicole pudo ver el encantador valle del Loira y un atisbo de su villa en Beauvois. Se sintió contenta de volver a casa. Pero su padre-gorrión descendió en Chinon, más abajo en el Loira. Los dos gorriones se posaron en un árbol en los terrenos del castillo.

Debajo de ellos, de pie en el frío aire de diciembre, Henry Plantagenet y Eleanor de Aquitania discutían acerca de la sucesión al trono de Inglaterra. Eleanor caminó bajo el árbol y se dio cuenta de la presencia de los gorriones.

—Ah, hola, Nicole —dijo—. No sabía que estuvieras aquí. —La reina Eleanor alzó la mano y acarició el vientre del gorrión. Nicole se estremeció ante la suavidad del contacto. —Recuerda, Nicole —dijo—, el destino es más importante que cualquier tipo de amor. Puedes soportarlo todo si estás segura de tu destino.

Nicole olió a fuego y tuvo la sensación de que la necesitaban en otra parte. Ella y su padre ascendieron, giraron al norte hacia Normandía. El olor a fuego se hizo más fuerte. Oyeron un grito pidiendo auxilio y aletearon frenéticamente.

En Rúan, una muchacha con luces en los ojos alzó la vista hacia ellos cuando se acercaron. El fuego bajo ella había alcanzado sus pies; el primer olor a carne quemada estaba ya en el aire. La muchacha bajó los ojos en una plegaria mientras una cruz de fabricación casera era sostenida encima de su cabeza por un sacerdote.

—Bendito Jesús —dijo la muchacha; las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Nosotros te salvaremos, Juana —exclamó Nicole mientras ella y su padre descendían sobre la atestada plaza. Juana los abrazó mientras ellos la desalaban de la estaca. El fuego estalló alrededor y todo se volvió negro. Al instante Nicole estaba volando de nuevo, pero esta vez era una gran garza blanca. Volaba sola, dentro de Rama, yendo alto sobre la ciudad de Nueva York. Se desvió para eludir una de las aves que había visto antes, que la miró con sorpresa.

Nicole podía verlo todo en Nueva York con un detalle increíble. Era como si dispusiera de ojos multispectrales con una amplia cantidad de lentes. Pudo divisar movimiento en cuatro lugares diferentes. Cerca del cobertizo, un ciempiés biot avanzaba lentamente hacia el extremo sur del edificio. Desde las inmediaciones de cada una de las tres plazas centrales emanaba calor de fuentes subterráneas, causando esquemas de color en su visión de infrarrojos. Nicole trazó un círculo descendente hacia el cobertizo y aterrizó sana y salva en su pozo.

40 - Invitación alienígena

Tengo que estar preparada para el rescate, se dijo Nicole. Había terminado de llenar su cantimplora con el líquido verduco del centro del melón maná. Tras partir cuidadosamente la jugosa pulpa del melón y colocar los trozos en sus antiguos contenedores de comida, volvió a sentarse en su rincón habitual.

¡Huau!, pensó, volviendo a la alocada excursión mental que había emprendido tras beber el contenido del frasco. ¿De qué demonios se trataba todo aquello? Recordó su visión durante el Poro, cuando era todavía una niña, y la breve conversación acerca de ella que había tenido con Omeh tres años más tarde, cuando regresó a Nidougou para el funeral de su madre.

—¿Adonde fue Ronata? —le preguntó Omeh una noche, cuando el viejo y ella estuvieron a solas juntos.

Ella supo de inmediato de qué estaba hablando.

—Me convertí en un gran pájaro blanco —respondió—. Volé más allá de la Luna y del Sol, al gran vacío.

—Ah —dijo él—. Eso pensó Omeh.

¿Y por qué no le preguntaste qué te ocurrió?, inquirió la científica en la Nicole adulta a su yo de diez años. Entonces quizás algo de esto tendría sentido. Pero de alguna forma Nicole sabía que la visión estaba más allá de todo análisis, que existía en un reino aún insondable para el proceso deductivo que convertía a la ciencia en algo tan poderoso. En vez de ello pensó en su madre, en lo hermosa que había estado en su larga y fluida túnica roja. Anawi la había salvado del tigre. Gracias, madre, pensó. Deseó haber podido hablar más tiempo con ella.

Se produjo un extraño sonido, como docenas de pies infantiles descalzos sobre un suelo de linóleo, y venía definitivamente en su dirección. Nicole no tuvo mucho tiempo para interrogarse al respecto. Unos segundos más tarde la cabeza y las antenas de un ciempiés biot aparecieron en el borde de su pozo y, sin detenerse en lo más mínimo, la criatura empezó a descender.

El biot tendría unos cuatro metros de largo. Descendió sin ninguna dificultad por la pared, colocando cada una de sus sesenta patas directamente contra la lisa superficie y sujetándose a ella por medio de alguna especie de succión. Nicole se puso su mochila y aguardó su oportunidad. No estaba muy sorprendida por la aparición del biot. Después de lo que había visto en su visión, estaba segura de que iba a ser rescatada de alguna manera.

El ciempiés biot estaba formado por quince segmentos unidos entre sí, cada uno de ellos con cuatro patas, y una cabeza insectoide con un extraño cúmulo de sensores, dos de ellos largos y delgados y con el aspecto de antenas. La pila de metal que se amontonaba al otro lado del pozo era aparentemente sus piezas de repuesto. Mientras Nicole miraba, el biot reemplazó tres de sus patas, el caparazón de uno de sus segmentos y dos protuberancias nudosas a un lado de su cabeza. Todo el proceso no tomó más de cinco minutos. Cuando hubo terminado, el biot empezó de nuevo a subir la pared.

Nicole saltó al lomo del ciempiés biot cuando tres cuartas partes de su cuerpo estaban ya subiendo. El repentino peso extra fue demasiado. El biot perdió sujeción y cayó, junto con Nicole, al fondo del pozo. Unos momentos más tarde intentó trepar de nuevo la pared.

Esta vez Nicole aguardó hasta que toda su longitud estuvo en la pared, con la esperanza de que la fuerza de los segmentos extra significaran alguna diferencia. No hubo forma. El biot y Nicole volvieron a caer en un confuso montón.

Una de las patas delanteras del biot se había dañado seriamente durante la segunda caída, de modo que éste efectuó las reparaciones necesarias antes de intentar ascender la pared una tercera vez. Mientras tanto, Nicole sacó de su equipo médico su más resistente material de sutura y ató un extremo del hilo de resistencia óctuple en torno de las tres secciones traseras del biot. Al otro extremo del hilo de sutura hizo un gran lazo. Después de ponerse unos guantes para protegerse las manos y luego construir una especie de cinturón para impedir que el hilo cortara su carne, Nicole ató el lazo en torno de su cintura.

Esto puede resultar un desastre, se dio cuenta mientras imaginaba todas las posibles consecuencias de su plan. Si el hilo no resiste, puedo caer otra vez. Y en esta segunda ocasión tal vez no tenga tanta suerte.

El ciempiés inició de nuevo su camino pared arriba como antes. Varios pasos después de estar completamente extendido, el biot notó el peso de Nicole desde abajo. Esta vez, sin embargo, no cayó. El forcejeante biot consiguió seguir lentamente su camino hacia arriba. Nicole mantuvo su cuerpo perpendicular a la superficie, como si estuviera escalando, y se aferró al hilo de sutura con ambas manos.

Nicole estaba ya a unos cuarenta centímetros detrás del último segmento del biot mientras ambos escalaban la pared. Cuando la cabeza del ciempiés alcanzó la parte superior del pozo, Nicole estaba casi a medio camino. Su lento y firme trepar continuó mientras, segmento tras segmento, una porción del biot abandonaba el pozo encima de ella. Unos pocos minutos más tarde, sin embargo, su avance se hizo notablemente más lento, deteniéndose por completo cuando el número de segmentos que aún permanecían en el pozo había descendido a cuatro. Nicole casi podía tocar el segmento posterior del ciempiés si extendía las manos por encima de ella. Sólo un metro aproximadamente de la longitud del biot estaba aún en el pozo, pero de todos modos parecía haberse quedado atascado. Nicole estaba causando una tensión demasiado grande a las articulaciones de los últimos segmentos.

Lúgubres escenarios pasaron por su mente mientras permanecía colgando a más de seis metros por encima del fondo del pozo. Estupendo, pensó sarcásticamente, mientras se aferraba con fuerza al hilo de sutura y apoyaba firmemente los pies contra la pared. Hay tres posibles salidas para esto, y ninguna buena. El hilo puede romperse. El biot puede caer. O yo puedo quedarme aquí suspendida para siempre.

Nicole consideró sus alternativas. El único plan que podía concebir con aunque sólo fuera una razonable probabilidad de éxito —y seguía siendo muy arriesgado— era trepar por el hilo de sutura hasta el último segmento y entonces, de alguna manera, utilizando el cuerpo o las patas del ciempiés como asideros, acabar de recorrer el camino hasta el borde del pozo a fuerza de músculos.

Nicole miró hacia abajo y recordó su primera caída. Creo que esperaré un poco primero y veré si esta máquina se mueve de nuevo. Transcurrió un minuto. Luego otro. Nicole inspiró profundamente. Alargó la mano hacia más arriba del hilo de sutura y tiró. Repitió el proceso con la otra mano. Ahora estaba inmediatamente detrás del último segmento. Nicole agarró entonces una de las patas, pero tan pronto como intentó poner algo de peso en ella la pata se liberó de la pared.

Aquí se termina el plan, pensó tras un momento de miedo. Se había reestabilizado justo detrás del biot. Nicole estudió de nuevo el ciempiés muy cuidadosamente. El caparazón de cada segmento estaba hecho a base de piezas sobrepuestas. Quizá fuera posible agarrar una de ellas... Nicole reconstruyó sus primeros dos intentos de cabalgar a lomos del biot. Fue la fuerza de succión de las patas lo que cedió, pensó. Ahora la mayor parte del biot está al nivel del suelo, arriba. Debería poder sostenerme.

Se dio cuenta de que, una vez que estuviera sobre el lomo del biot, ya no tendría ninguna protección contra la caída. Para comprobar el concepto, se izó hasta la parte superior del hilo de sutura y se aferró al faldón posterior del caparazón. Pudo conseguir una buena presa. La única cuestión ahora era saber si el faldón soportaría su peso. Intentó comprobar su resistencia mientras se sujetaba al hilo de sutura con la otra mano para mayor seguridad. Hasta ahora, todo bien.

Nicole agarró el faldón del último segmento y cautelosamente tiró de su cuerpo hacia arriba, luego soltó su presa sobre el hilo de sutura. Envolvió sus piernas en torno del lado del cuerpo del ciempiés y volvió a tirar hacia arriba hasta que pudo alcanzar el siguiente faldón. Las patas del último segmento se desprendieron de la pared con un pop, pero aparte de esto el ciempiés no se movió.

Repitió el proceso dos veces más, avanzando de segmento en segmento. Estaba casi en la parte superior del pozo. Mientras se hallaba en su escalada final, tuvo una breve oleada de pánico cuando el biot se deslizó unos centímetros hacia atrás en el pozo. Sujetándose sin aliento, aguardó hasta que el biot pareció estabilizarse, y entonces siguió trepando hacia el primer segmento que estaba a nivel del suelo. Mientras lo hacía, el biot echó a andar de nuevo, pero Nicole se limitó a rodar de lado y aterrizar de espaldas en el suelo.

—¡Aleluia! —gritó.

Mientras permanecía de pie en el muro que rodeaba Nueva York y contemplaba las agitadas aguas del Mar Cilíndrico, Nicole se preguntó por que no había recibido ninguna respuesta a sus llamadas de auxilio. El autotest de su aparato de radio le indicaba que funcionaba correctamente; sin embargo, en tres ocasiones distintas había intentado sin éxito establecer contacto con el resto del equipo. Nicole era muy consciente de las facilidades de comunicación que tenían los cosmonautas. El hecho de no recibir respuesta indicaba a la vez que no había ningún miembro de la tripulación dentro de un radio de seis a ocho kilómetros de ella en aquellos momentos y que la estación de enlace Beta no era operativa. Si Beta funcionara, pensó Nicole, entonces deberían ser capaces de hablar conmigo desde cualquier parte, incluso de la Newton.

Nicole se dijo a sí misma que indudablemente la tripulación estaba a bordo de la nave, preparándose para otra incursión, y que las comunicaciones de la estación Beta se habían visto probablemente inutilizadas por el huracán. Lo que la preocupaba, sin embargo, era que ya habían transcurrido cuarenta y cinco horas desde que habían empezado a fundirse las aguas y más de noventa desde su caída al pozo. ¿Por qué no había nadie buscándola?

Los ojos de Nicole escrutaron el cielo en busca de algún signo de helicópteros. La atmósfera contenía nubes, como se había predicho. El fundirse del Mar Cilíndrico había alterado sustancialmente los esquemas climáticos de Rama. La temperatura había ascendido considerablemente. Nicole miró su termómetro y confirmó su estimación, que era de cuatro grados sobre cero.

La situación más probable, razonó, volviendo a la cuestión del comportamiento de sus colegas, es que regresarán pronto. Necesito permanecer cerca de este muro afín de ser vista con facilidad. No perdió mucho tiempo pensando en otros escenarios menos probables. Consideró sólo brevemente la posibilidad de que el equipo hubiera sufrido algún desastre importante y nadie se hallara todavía disponible para buscarla. Pero incluso en ese caso, se dijo a sí misma, debería enfocar las cosas del mismo modo. Vendrán más pronto o más tarde.

Para pasar el tiempo, tomó una muestra del mar y la comprobó. Había muy pocos de los venenos orgánicos hallados por la primera expedición a Rama. Quizá florecieron y murieron mientras yo todavía estaba en el pozo, pensó. De todos modos, virtualmente todos han desaparecido ahora. Nicole anotó para sí misma que en caso de emergencia un buen nadador podía conseguir cruzar sin ningún bote. No obstante, recordó las

imágenes de los tiburones biots y de otros habitantes del mar de los que habían informado Norton y su equipo, y modificó ligeramente su evaluación.

Caminó a lo largo del muro durante varias horas. Mientras permanecía sentada en silencio comiendo su melón maná (y pensando en los métodos que podía emplear para recuperar el resto del melón, en el caso de que no fuera rescatada en otras setenta y dos horas), oyó lo que creyó era un grito procedente de Nueva York. Pensó inmediatamente en el doctor Takagishi.

Probó la radio una vez más. Nada. Escrutó de nuevo el cielo en busca de alguna señal de un helicóptero. Estaba dudando aún respecto a si debía o no abandonar su vigilancia en el muro cuando oyó un segundo grito. Esta vez tuvo una mejor orientación respecto a su localización. Buscó la escalera más próxima y regresó hacia el sur, al centro de Nueva York.

Nicole aún no había actualizado el mapa de Nueva York almacenado en su ordenador. Tras cruzar las calles anulares cerca de la plaza central, se detuvo junto a un octaedro e introdujo todo sus nuevos descubrimientos, incluido el cobertizo con los pozos y todo lo demás que pudo recordar. Un momento más tarde, mientras Nicole admiraba la belleza del extraño edificio de ocho lados, oyó un tercer grito. Sólo que esta vez era algo más parecido a un chillido. Si era Takagishi, realmente estaba emitiendo unos ruidos de lo más peculiares.

Cruzó la plaza abierta, intentado orientarse hacia el sonido mientras éste estaba aún fresco en su mente. Mientras se acercaba a los edificios del lado opuesto, el chillido sonó de nuevo. Esta vez también oyó una respuesta. Reconoció las voces. Sonaban como la pareja de aves que la habían visitado mientras estaba en el pozo. Nicole se volvió más cautelosa. Caminó en dirección al sonido. Parecía proceder de una zona en torno del retículo que Francesca Sabatini había considerado tan fascinante.

En menos de dos minutos, Nicole estaba de pie entre dos altos rascacielos conectados al suelo por el grueso retículo que se alzaba cincuenta metros en el aire. A unos veinte metros del suelo, el ave con cuerpo de terciopelo se debatía contra su trampa. Las alas y garras del ave se habían enredado en las cuerdas de la resistente red. Chilló de nuevo cuando vio a Nicole. Su compañera más grande, que ahora trazaba círculos cerca de la parte superior de los edificios, picó en su dirección.

Nicole se protegió contra la fachada de uno de los edificios cuando el ave se aproximó. Le farfulló algo a Nicole, como si la estuviera riñendo, pero no la tocó. Luego el ave de terciopelo dijo algo y, tras un corto intercambio, el enorme pájaro de linóleo retrocedió hasta un saliente cercano a unos veinte metros de distancia.

Tras calmarse un poco (y mantener un ojo fijo en el ave más grande en su percha), Nicole se dirigió hacia el retículo y lo inspeccionó. Ella y Francesca no habían podido perder tiempo en ello cuando habían estado buscando a Takagishi, de modo que ésta era su primera oportunidad de realizar un examen detallado. El retículo estaba hecho de un material parecido a la cuerda, de unos cuatro centímetros de grueso, y que presentaba una cierta elasticidad. Había millares de intersecciones en el retículo, y en cada una de ellas había un pequeño nudo o nódulo. Los nódulos eran ligeramente pegajosos, pero no lo suficiente como para que Nicole pensara que todo el conjunto formaba una especie de telaraña para atrapar criaturas voladoras.

Mientras estudiaba el fondo del retículo, el ave libre voló sobre la cabeza de Nicole y se posó cerca de su atrapada amiga. Cuidando mucho de no quedar atrapada ella también, empezó a trabajar las mallas con sus garras. Tiró de las cuerdas y las retorció, con alguna dificultad. Luego, el pájaro de linóleo se situó encima de donde estaba atrapada su compañera e intentó romper o desatar los nudos que sujetaban a la otra ave. Cuando terminó todo ello, el enorme pájaro retrocedió unos pasos y miró a Nicole.

¿Qué está haciendo?, se dijo ésta. Seguro que está intentando decirme algo... Cuando Nicole no se movió, el pájaro repitió laboriosamente toda su demostración. Esta vez Nicole creyó comprender que lo que intentaba decirle la criatura alienígena era que ella no podía liberar a su amiga. Nicole sonrió y agitó la mano. Luego, aún de pie al fondo del retículo, ató entre sí unas cuantas de las cuerdas adyacentes. Cuando luego las desató, las dos aves chillaron su aprobación. Repitió el proceso dos veces y luego señaló, primero a sí misma y luego a la criatura de terciopelo atrapada sobre ella.

Hubo un precipitado parloteo en aquella fuerte y en ocasiones musical lengua, y el espécimen más grande de la pareja regresó a su reborde. Nicole miró a la criatura de terciopelo. Estaba atrapada por tres sitios diferentes; en cada caso, sus forcejeos habían dado como resultado que quedara más apretadamente sujeta aún por la cuerda elástica. Nicole supuso que el ave debía de haber sufrido los violentos vientos huracanados y había sido arrojada contra el retículo durante la noche precedente. Probablemente las cuerdas se habían deformado bajo el impulso del impacto y, cuando volvieron a su tamaño normal, el enorme pájaro se vio atrapado en ellas.

No era difícil trepar. El retículo estaba cuidadosamente anclado a los dos edificios, y la cuerda en sí era lo bastante pesada como para que Nicole no oscilara demasiado. Pero veinte metros por encima del suelo es una altura considerable, más que un edificio normal de seis plantas. De modo que Nicole empezaba ya a arrepentirse cuando llegó finalmente a la altura en la que el ave estaba atrapada.

Jadeaba por el esfuerzo de su ascensión. Se izó dificultosamente hasta situarse por encima del ave para asegurarse de que ésta no había comprendido mal nada de su extraña comunicación. El pájaro alienígena siguió su ascenso con una mirada fija en sus enormes ojos azules.

Una de las alas había quedado sujeta muy cerca de la cabeza del ave. Nicole empezó intentando liberar el ala, sujetando primero sus propios tobillos al retículo para asegurarse de que no iba a caer. Fue un trabajo lento. En un momento determinado Nicole captó una bocanada del poderoso aliento de la criatura. Conozco este olor, se dijo Nicole. Sólo necesitó un instante para conectarlo con el melón maná que había estado comiendo antes. ¿Así que ustedes comen lo mismo?, pensó. Pero, ¿de dónde procede? Deseó poder hablar con aquellas extrañas y maravillosas criaturas.

Luchó con el primer nudo. Estaba muy apretado. Temió hacer daño a la criatura en el ala si tiraba con más fuerza. Rebuscó en su mochila y extrajo su escalpelo eléctrico.

Al instante la otra ave estuvo encima de ella, parlotando, chillando y asustando mortalmente a Nicole. No se alejó ni le permitió continuar hasta que Nicole se apartó del atrapado pájaro y mostró a su compañero cómo el escalpelo cortaba la cuerda.

Usando el escalpelo, la operación de liberar al ave fue rápida. La aterciopelada criatura se elevó rápidamente en el aire, y sus musicales gritos de felicidad resonaron por toda la zona. Su compañera se unió a la celebración con chillidos propios mientras las dos jugueteaban, como una pareja de enamorados, en el aire encima del retículo. Desaparecieron un momento más tarde, y Nicole descendió lentamente al suelo.

Se sentía complacida consigo misma. Ahora estaba dispuesta a volver al muro y aguardar el rescate, que estaba segura de que sería inminente. Caminó hacia el norte, cantando una canción folclórica del Loire que recordaba de su adolescencia.

Tras varios minutos, Nicole tuvo de nuevo compañía. Mejor dicho, tuvo una guía. Cada vez que hacía un giro equivocado, el ave aterciopelada volaba sobre su cabeza y organizaba un estruendo increíble. El ruido sólo cesaba cuando Nicole se orientaba hacia la dirección correcta. Me pregunto adonde vamos, se dijo Nicole.

En la zona de la plaza, a no más de cuarenta metros del octaedro, el ave picó hacia un lugar completamente indistinguible de los demás en el suelo metálico. Golpeó varias veces con sus garras y luego flotó encima del lugar. Una cubierta de algún tipo se deslizó hacia un lado, y la criatura desapareció bajo la plaza. Volvió a salir dos veces, dijo algo en dirección a Nicole, y luego descendió de nuevo.

Nicole comprendió el mensaje. Creo que me invita a su casa para que conozca a la familia, se dijo. Tan sólo espero no ser yo la cena.

41 - Un auténtico amigo

Nicole no tenía la menor idea de qué la esperaba. No sintió ningún miedo cuando avanzó y miró por el agujero en el suelo. La curiosidad era su sentimiento dominante. La preocupó momentáneamente que su equipo de rescate llegara mientras ella estaba bajo el suelo, pero se convenció a sí misma de que en este caso regresarían más tarde.

La cubierta rectangular era grande, de unos diez metros de largo por seis de ancho. Cuando el ave vio que Nicole la seguía, voló al interior del agujero y aguardó en el tercer reborde. Nicole se agachó junto a la abertura y miró a sus profundidades. Pudo ver algunas luces cerca y otras más que parpadeaban en la distancia allá abajo. No pudo estimar exactamente hasta qué profundidad descendía el corredor, pero evidentemente era más de veinte o treinta metros.

El descenso no resultaba fácil para las especies no voladoras. El corredor vertical era esencialmente un amplio agujero con una serie de anchos rebordes a lo largo de sus lados. Cada uno de esos rebordes tenía exactamente el mismo tamaño, unos cinco metros de largo por un metro de ancho, y estaban separados los unos de los otros por unos dos metros verticales. Nicole tenía que ir con mucho cuidado.

Toda la luz que iluminaba el corredor vertical procedía de la abertura a la plaza y de algunas linternas que colgaban de las paredes cada cuatro rebordes a lo largo del descenso. Las linternas estaban encerradas en envolturas transparentes que parecían muy delgadas y como de papel. Cada linterna contenía una pequeña y ardiente llama, junto con alguna sustancia líquida que Nicole supuso que era combustible.

El amigo o amiga, probablemente amiga, con cuerpo de terciopelo la aguardó pacientemente a lo largo de todo el descenso, siempre permaneciendo tres rebordes más abajo. Nicole tuvo la sensación de que, si alguna vez resbalara, el ave la atraparía en el aire, pero no sintió el menor deseo de comprobar su hipótesis. Su mente funcionaba a toda velocidad. Había decidido ya que las criaturas, definitivamente, no eran biots. Eso significaba que eran una especie alienígena de algún tipo. Pero no pueden ser los ramanes, razonó. Su nivel de desarrollo tecnológico es totalmente inconsistente con esta nave espacial.

De sus cursos de historia recordó a los pobres y primitivos mayas hallados en México por los conquistadores. Los españoles habían considerado imposible que los antepasados de aquella gente ignorante y empobrecida hubieran podido construir unos centros

ceremoniales tan impresionantes. ¿Puede haber ocurrido algo así aquí?, se preguntó. ¿Es posible que estas extrañas aves sean todo lo que queda de la especie dominante que construyó este vehículo?

A unos veinte metros por debajo de la superficie, Nicole oyó lo que sonaba como correr de agua. El sonido se incrementó a medida que descendía hacia un reborde que era en realidad una extensión de un túnel horizontal que conducía hacia detrás de ella. Al otro lado del corredor vertical Nicole pudo ver un túnel similar que iba en dirección opuesta, también paralelo a la superficie.

Su ave guía estaba, como siempre, tres rebordes más abajo. Nicole señaló hacia el túnel a sus espaldas. La criatura alzó el vuelo para acercarse a ella y gravitó sistemáticamente sobre cada uno de los dos rebordes inmediatamente inferiores al de Nicole, dejando perfectamente claro que esperaba que Nicole siguiera bajando.

Nicole no estaba dispuesta a dejarse vencer tan fácilmente. Tornó su cantimplora e hizo ademán de beber. Luego señaló tras ella, al oscuro túnel. El ave pareció dudar, como si meditara su decisión, y luego echó a volar por encima de la cabeza de Nicole hacia la oscuridad. Cuarenta segundos más tarde Nicole vio una luz en la distancia que crecía a medida que se acercaba a ella. El ave regresó, sujetando una gran antorcha en una de sus garras.

Nicole siguió al ave a lo largo de unos quince metros. Llegaron a una habitación que se abría a la izquierda del túnel y que contenía una amplia cisterna llena de agua. Un chorro de agua dulce caía a la cisterna de una tubería embutida en la pared. Nicole extrajo su espectómetro de masas y probó el líquido. Era virtualmente H₂O pura; no había presente ningún componente químico más allá de una parte en un millón. Recordando los buenos modales, Nicole formó un cuenco con las manos y bebió del chorro que caía. Era increíblemente deliciosa.

Cuando terminó de beber, siguió andando hacia el fondo del túnel en la misma dirección. El ave pareció presa de un profundo frenesí, hasta que Nicole invirtió la dirección y regresó al corredor vertical principal. Cuando reanudó su descenso, observó que la iluminación ambiental había descendido considerablemente. Miró hacia arriba. La abertura a la plaza de Nueva York se había cerrado. Espero que eso no signifique que voy a quedarme aquí para siempre, pensó.

Veinte metros más abajo de la superficie, otro par de túneles horizontales corrían perpendiculares al corredor principal. A este segundo nivel, el ave aterciopelada, sujetando todavía la antorcha, condujo a Nicole por uno de los túneles horizontales a lo largo de quizás unos doscientos metros. Siguió al pájaro hasta una larga sala circular con

techo alto. El ave utilizó su antorcha para iluminar varias linternas en las paredes que rodeaban la habitación. Luego desapareció. Estuvo fuera durante casi una hora. Nicole permaneció sentada tan pacientemente como le fue posible, al principio mirando en tomo de la negra estancia, que le recordaba una cueva o gruta. No había decoraciones. Finalmente empezó a concentrarse en cómo informar a las aves que estaba lista para marcharse.

Cuando su amiga aterciopelada volvió finalmente, trajo cuatro asociados. Nicole los oyó agitar sus alas en el pasillo y charlar intermitentemente. Su compañero (que Nicole supuso que era una pareja de algún tipo) y dos criaturas más de piel como de linóleo entraron primero. Se posaron y avanzaron torpemente hasta acercarse mucho a Nicole para realizar un examen visual. Después de que se sentaran en el lado opuesto de la estancia, otra criatura de cuerpo aterciopelado, ésta marrón en vez de negra, entró finalmente. Llevaba un pequeño melón maná entre sus garras.

El melón fue colocado delante de Nicole. Todas las aves observaron expectantes. Nicole cortó limpiamente una sección de una octava parte del melón con su escalpelo, lo inclinó hacia arriba para beber un pequeño trago del líquido verdoso de su centro, y luego entregó el resto del melón a sus anfitriones. Éstos parlotearon apreciativamente, admirando la precisión del corte mientras se pasaban el melón unos a otros.

Nicole miró mientras las aves comían. Compartieron el melón entre ellas, y al poco tiempo ya no quedaba nada. Las dos aves aterciopeladas eran sorprendentemente hábiles y delicadas con sus garras, ensuciando tan poco como era posible y sin dejar ningún resto. Las aves más grandes eran más torpes; su forma de comer le recordó a Nicole los animales terrestres. Como Nicole, ninguna de las aves comió la cubierta exterior del melón maná.

Cuando terminó la comida, las aves, que no habían hablado en absoluto mientras se alimentaban, formaron un círculo durante varios segundos. El círculo se deshizo después que la aterciopelada marrón parloteara algo que a Nicole le sonó como una canción. Una a una, le echaron una nueva mirada de cerca y luego desaparecieron por la puerta.

Nicole permaneció sentada y se preguntó qué ocurriría a continuación. Las aves habían dejado las luces encendidas en el comedor (o sala de banquetes, o lo que fuera), pero el corredor estaba completamente a oscuras. Evidentemente querían que se quedara donde estaba, al menos por el momento. Había transcurrido mucho tiempo desde que Nicole había dormido por última vez, y se sentía agradablemente satisfecha después de la comida. Oh, bueno, se dijo, acurrucándose en el suelo tras un corto debate consigo misma, quizá dormir un poco me refresque.

En su sueño oyó a alguien decir su nombre, pero sonaba muy lejos. Tuvo que tenderse para oír la voz. Despertó con un sobresalto e intentó recordar dónde estaba. Escuchó atentamente, pero no oyó nada. Cuando comprobó su reloj, supo que había dormido durante cuatro horas. Será mejor que salga de aquí, pensó. Pronto será oscuro, y no deseo perderme la posibilidad de ser rescatada.

Salió al pasillo y encendió su pequeña linterna. Alcanzó el corredor vertical en menos de un minuto. Inmediatamente empezó a subir por los rebordes. Justo debajo de donde se había detenido durante su descenso para beber un poco de agua, Nicole oyó un extraño ruido sobre su cabeza. Se detuvo para recobrar el aliento. Se inclinó ligeramente hacia el boqueante agujero y lanzó la luz hacia arriba, en dirección al sonido. Algo grande se movía hacia uno y otro lado en la porción del primer nivel que sobresalía del corredor vertical.

Nicole trepó cautelosamente hasta el reborde directamente debajo del nuevo fenómeno y se acurrucó en él. Fuera lo que fuese, cubría cada centímetro cuadrado del reborde frente a la entrada del túnel una vez cada cinco segundos. No había ninguna forma en que Nicole pudiera evitarlo. No podía izarse y luego trepar al siguiente reborde en menos de cinco segundos.

Se dirigió a un extremo de su reborde y escuchó atentamente el sonido sobre su cabeza. Cuando la cosa se volvió y se fue en dirección opuesta, Nicole alzó la cabeza por encima del borde del siguiente nivel. El objeto se movía rápidamente sobre orugas, y desde atrás tenía todo el aspecto de un tanque. Sólo pudo echarle una breve mirada, porque la parte superior del tanque giró rápidamente sobre sí misma al otro lado mientras se preparaba para desandar el camino.

Una cosa es segura, se dijo Nicole mientras se acurrucaba en el reborde de abajo. Ese tanque es alguna especie de centinela. Se preguntó si tendría algún tipo de sensores — ciertamente, no había ofrecido ninguna indicación de haberla oído—, pero decidió que no podía permitirse el lujo de descubrirlo. No sería un buen guardia si no pudiera al menos ver un intruso.

Descendió de nuevo lentamente hasta el nivel del comedor. Se sentía agudamente decepcionada y ahora furiosa consigo misma por haberse metido en aquel nido de aves. Seguía sin tener sentido que las aves pudieran estar reteniéndola allí como cautiva. Después de todo, ¿no la había invitado la criatura a aquella visita después que Nicole le salvó la vida?

Nicole estaba desconcertada también por el tanque centinela. Su existencia era desconcertante, y completamente inconsistente con el nivel de desarrollo técnico de todo

lo demás en aquel lugar. ¿Cuál era su finalidad? ¿De dónde había salido? Curioso y curioso, pensó.

Cuando estuvo de vuelta en el segundo nivel subterráneo, Nicole miró alrededor para ver si había alguna otra forma en que pudiera salir de allí. Había un conjunto idéntico de rebordes en el lado opuesto del corredor vertical. Si pudiera saltar al otro lado, quizá...

Antes de considerar seriamente aquel plan, tenía que decidir si había o no un tanque, o un centinela equivalente, custodiando el túnel horizontal opuesto en el primer nivel. No podía decirlo desde donde se hallaba ahora, así que, riñéndose por su estupidez, volvió a subir los rebordes de su lado para conseguir una buena vista al otro lado del corredor. Tuvo suerte. El reborde frente a ella en el túnel opuesto estaba vacío.

Cuando llegó de nuevo al segundo nivel subterráneo, Nicole estaba agotada de todo aquel trepar. Miró al otro lado del corredor y a las luces en el abismo debajo de ella. Si caía, era la muerte segura. Sabía juzgar bien las distancias, y calculó que habría unos cuatro metros desde el reborde frente a su túnel al del lado opuesto. Cuatro metros, meditó, cuatro y medio como máximo. Dejando un poco de margen por ambos lados, necesito un salto de cinco metros para cruzarlo. Con el overol de vuelo y la mochila.

Recordó una tarde de domingo en Beauvois cuatro años antes, cuando Geneviève tenía diez años y tanto madre como hija contemplaban las Olimpiadas de 2196 por la televisión.

—¿Todavía puedes saltar mucho, mamá? —le había preguntado la niña, que tenía dificultades en imaginar a su madre como una campeona olímpica.

Pierre la había animado a que llevara a Geneviève al campo de atletismo adyacente a la escuela secundaria en Luynes. Estaba sin entrenamiento en el triple salto, pero después de treinta minutos de calentamiento y prácticas Nicole consiguió saltar seis metros y medio. Geneviève no se mostró demasiado impresionada.

—Mamá —dijo mientras volvían en bicicleta a casa por entre los verdes campos—, la hermana mayor de Danielle puede saltar casi lo mismo, y sólo es una estudiante universitaria.

El recuerdo de Geneviève despertó una profunda tristeza en Nicole. Ansiaba oír de nuevo la voz de su hija, ayudarla con su pelo, salir a navegar con ella en su pequeño estanque privado junto al Bresme. Nunca valoramos lo que tenemos, pensó, hasta que ya no está alrededor de nosotros.

Regresó por el túnel hasta el lugar donde la habían conducido las aves. No intentaría el salto. Era demasiado peligroso. Si resbalara...

—Nicole des Jardins, ¿dónde demonios está usted? —Nicole se inmovilizó por completo en el momento en que oyó la llamada, muy débil, muy lejana. ¿Era su imaginación?. —Nicole —oyó de nuevo. Era definitivamente la voz de Richard Wakefield. Corrió de vuelta hacia el pozo vertical y se puso a gritar. No, pensó rápidamente, eso las despertará. No me tomará más de cinco minutos. Puedo saltar...

La adrenalina bombeó en su cuerpo a un ritmo increíble. Tomó impulso y saltó por encima del abismo con impulso más que suficiente. Trepó por los rebordes a una terrible velocidad. Cuando ya casi estaba en la parte superior, oyó a Wakefield llamarla de nuevo.

—¡Estoy aquí, Richard, debajo de usted! —gritó—. ¡Debajo de la plaza! Nicole alcanzó el reborde superior y empezó a empujar la cubierta. No se movió.

—Mierda —gritó mientras el desconcertado Richard iba de un lado para otro en las inmediaciones—. Richard, venga hacia aquí. Allá donde pueda oír mi voz. Golpee en el suelo.

Richard empezó a golpear con fuerza la cubierta. Estuvieron gritándose el uno al otro. El ruido era ensordecedor. Desde muy abajo Nicole oyó aletear. Apenas salieron al corredor, las aves empezaron a chillar y a parlotear.

—Ayúdenme —les gritó Nicole cuando se le acercaron. Señaló hacia la cubierta, sobre su cabeza. —Mi amigo está ahí fuera.

Richard siguió golpeando. Sólo las dos aves que habían hallado originalmente a Nicole en su pozo habían subido hasta donde estaba ella ahora. Flotaron alrededor de ella, aleteando y parlotear a las otras cinco que estaban un nivel más abajo. Las criaturas estaban al parecer discutiendo, porque el ave de terciopelo negro extendió dos veces el cuello hacia abajo, hacia sus asociados, y emitió terribles chillidos.

La cubierta se abrió bruscamente. Richard tuvo que saltar hacia un lado para no caer. Cuando miró al agujero vio a Nicole y a dos gigantescas criaturas como pájaros, una de las cuales voló directamente junto a él mientras Nicole se arrastraba fuera de la abertura.

—¡Santísimo cielo! —exclamó, siguiendo con la mirada el vuelo del ave.

Nicole se sentía abrumada por la alegría. Corrió a los brazos de Wakefield.

—Richard, oh Richard —dijo—. Me alegra tanto verlo. Él sonrió mientras le devolvía el abrazo.

—Si hubiera sabido que iba a ser recibido así —dijo—, habría venido antes.

—Déjeme plantearlo claramente. ¿Me está diciendo que estamos solos? ¿Y que no tenemos ninguna forma de cruzar el Mar Cilíndrico?

Richard asintió. Aquello fue demasiado para Nicole. Cinco minutos antes se había sentido exultante. Su prueba había terminado al fin. Había imaginado regresar a la Tierra, ver de nuevo a su padre y a su hija. Y ahora él le estaba diciendo...

Se alejó rápidamente y apoyó la cabeza contra uno de los edificios que rodeaban la plaza. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras daba salida a su decepción. Richard la siguió a la distancia.

—Lo siento —dijo.

—No es culpa suya —respondió Nicole tras recuperar su compostura—. Se trata sólo de que nunca se me ocurrió que podía ver de nuevo a alguien del equipo y pese a todo seguir sin ser rescatada... —Se detuvo. No era justo que hiciera sufrir a Richard de aquel modo. Se dirigió hacia él y forzó una sonrisa. —Normalmente no soy tan emocional —explicó—. E interrumpí su historia justo en la mitad. —Hizo una pausa de un segundo para secarse los ojos. —Me estaba hablando de los tiburones biots que persiguieron su motora. ¿Los vio por primera vez cuando estaba en medio del mar?

—Más o menos —respondió Richard. Su decepción se había apaciguado. Intentó una risa nerviosa. —¿Recuerda, después de una de las simulaciones, cuando el tribunal revisor nos criticó por no haber enviado primero una versión sin piloto de nuestra motora, sólo para asegurarnos de que no había nada peculiar en el nuevo diseño que perturbara de alguna manera el "equilibrio ecológico"? Bueno, por aquel entonces pensé que su sugerencia era ridícula. Ahora no estoy tan seguro. Esos tiburones biot apenas molestaron a las embarcaciones de Newton, pero definitivamente se pusieron furiosos con nuestros botes a motor super-rápidos.

Richard y Nicole se habían sentado juntos en una de las grises cajas de metal que sembraban la zona de la plaza.

—Conseguí eludirlos una vez —prosiguió Richard—, pero fui extremadamente afortunado. Cuando no tuve otra elección, simplemente salté y me puse a nadar. Por suerte para mí, iban sobre todo detrás del bote. No vi ninguno más mientras nadaba hasta que estuve a tan sólo un centenar de metros de la orilla.

—¿Cuánto tiempo lleva ahora en el interior de Rama? —preguntó Nicole.

—Unas diecisiete horas. Abandoné la Newton dos horas después del amanecer. Pasé demasiado maldito tiempo intentando reparar la estación de comunicaciones en Beta. Pero fue imposible.

Nicole palpó el overol de vuelo de él.

—Excepto por su pelo, ni siquiera puedo decir que esté húmedo. Richard se echó a reír.

—Oh, los milagros de las nuevas telas. ¿Creerá que este traje estaba casi seco cuando cambié mis elementos térmicos? Entonces incluso a mí me costó convencerme de que había pasado los últimos veinte minutos nadando en agua helada. —Miró a su compañera. Nicole se estaba relajando muy lentamente. —Pero estoy sorprendido ante usted, cosmonauta des Jardins; ni siquiera me ha formulado la pregunta más importante. ¿Cómo sabía yo que estaba usted aquí?

Nicole había sacado su escáner y estaba leyendo la biometría de Richard. Todo estaba dentro de las tolerancias, pese a su reciente sesión de natación. Fue un poco lenta en comprender la pregunta.

—¿Sabía usted dónde estaba yo? —dijo al fin, frunciendo el entrecejo—. Pensé que simplemente estaba vagando al azar...

—Oh, vamos, señorita. Nueva York es pequeña, pero no tan pequeña. Hay veinticinco kilómetros cuadrados de territorio dentro de estos muros. Y ahí dentro no puede confiarse en absoluto en la radio. —Sonrió. —Veamos, si me detuviera para llamarla a cada metro cuadrado, hubiera tenido que hacerlo veinticinco millones de veces. A una llamada cada diez segundos, a fin de darme tiempo para escuchar una respuesta y trasladarme al siguiente metro cuadrado... eso hubiera sido seis llamadas por minuto. Así que hubiera necesitado cuatro millones de minutos, lo cual es un poco más de sesenta mil horas, o dos mil quinientos días terrestres...

—De acuerdo, de acuerdo —interrumpió Nicole. Finalmente estaba riendo. —Dígame cómo supo que yo estaba aquí. Richard se puso de pie.

—¿Puedo? —dijo teatralmente, extendiendo los dedos hacia el bolsillo en el pecho del overol de vuelo de Nicole.

—Supongo que sí —respondió ella—. Aunque no puedo imaginar lo que...

Richard metió la mano en su bolsillo y extrajo al príncipe Hal.

—Él me condujo hasta usted. Eres un buen hombre, mi príncipe, pero por unos momentos pensé que me habías fallado.

Nicole no tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando Richard.

—El príncipe Hal y Falstaff poseen radiofaros de navegación gemelos —explicó él—. Lanzan quince fuertes pulsos por segundo. Con Falstaff fijado en mi cabaña en Beta y un transceptor equivalente en el campamento Alfa, pude seguirla por triangulación. Así que supe exactamente dónde estaba... al menos en términos de coordenadas x-y. Mi sencillo algoritmo de rastreo no fue designado para excursiones en z.

—¿Es eso lo que un ingeniero llamaría a mi excursión al nido subterráneo de las aves?
—dijo Nicole con otra sonrisa—. ¿Una excursión en z?

—Es una forma de describirlo. Nicole sacudió la cabeza.

—No lo entiendo, Wakefield. Si sabía usted realmente dónde estaba yo todo el tiempo, ¿por qué demonios aguardó tanto...?

—Porque la perdimos, o creímos haberla perdido, antes que la encontráramos... después que yo volví a recuperar a Falstaff.

—¿Me he vuelto un tanto torpe estas últimas semanas, o esta explicación suya es increíblemente confusa?

Ahora fue el turno de Richard de echarse a reír.

—Quizá deba intentar explicarme de una forma un poco más ordenada. —Hizo una pausa para disponer sus notas mentales. —Estaba realmente irritado —empezó—, allá en junio, cuando el grupo de ingeniería de localización decidió no utilizar los radiofaros de navegación como localizadores de personal de reserva. Yo había argumentado, sin éxito, que podían presentarse situaciones de emergencia, o circunstancias imprevistas, en las cuales la señal en relación con el ruido en los habituales enlaces por voz estuviera por debajo del umbral de audición. Así que equipé tres de mis propios robots, sólo por si acaso...

Nicole estudió a Richard Wakefield mientras éste hablaba. Había olvidado que era a la vez sorprendente y divertido. Estaba segura de que, si le formulara las preguntas correctas, podría hablar exclusivamente de ese tema durante más de una hora.

—...entonces Falstaff perdió la señal —estaba diciendo—. Yo no estaba presente en aquel momento, porque me estaba preparando para acudir con Hiro Yamanaka para recogerlas a usted y a Francesca en el helicóptero. Pero Falstaff posee una pequeña grabadora y registra todos los datos. Después que usted no apareció, revisé esos datos de la grabadora y descubrí que la señal había desaparecido bruscamente.

"Volvió sólo brevemente, mientras estábamos hablando por radio unos minutos más tarde, pero varios segundos después de nuestra última conversación la señal desapareció definitivamente. La signatura sugería para mí una falla del equipo. Pensé que el príncipe Hal se había estropeado. Cuando Francesca dijo que usted había estado con ella hasta la plaza, entonces estuve virtualmente seguro de que el príncipe Hal...

Nicole había estado escuchando solamente con un oído, pero prestó atención cuando Richard mencionó a Francesca.

—Espere —interrumpió, alzando una mano—. ¿Qué es lo que ha dicho que dijo ella?

—Que usted y ella abandonaron el cobertizo juntas, y que usted se alejó de ella varios minutos más tarde para ir en busca de Takagishi...

—Eso es una absoluta tontería —dijo Nicole.

—¿Qué quiere decir?

—Es una mentira. Una absoluta y total mentira. Caí en ese pozo que le dije mientras Francesca estaba ahí, o al menos no más de un minuto después que ella se fuera. Ella no volvió a verme nunca.

Richard pensó por unos instantes.

—Eso explica por qué Falstaff la perdió. Estuvo en el cobertizo todo el tiempo, y la señal quedó bloqueada. —Ahora era su turno de estar desconcertado. —Pero, ¿por qué Francesca contó una historia así?

Esto es lo que querría saber yo, se dijo Nicole. Debió de haber envenenado a Borzov a propósito. De otro modo, ¿por qué intentaría deliberadamente...?

—¿Había algo entre ustedes dos? —estaba diciendo Richard—. Siempre creí detectar...

—Probablemente algo de celos —interrumpió Nicole—. Por ambos lados. Francesca y yo estamos a años luz de distancia.

—¡Ya lo creo! —rió Richard—. He pasado la mayor parte de un año enviándole señales diciendo que la encontraba a usted inteligente e interesante y atractiva. Y, sin embargo, nunca he recibido más que una reservada y cortés respuesta profesional. Francesca, por su parte, se da cuenta apenas a uno se le ocurre mirarla con la cabeza ligeramente ladeada.

—Hay otras diferencias mucho más sustanciales —respondió Nicole, en absoluto disgustada por el hecho de que Richard hubiera expresado al fin verbalmente su interés por ella como mujer.

Hubo una pausa momentánea en la conversación. Nicole consultó su reloj.

—Pero no deseo pasar más tiempo hablando de Francesca Sabatini —dijo—. Dentro de una hora se hará oscuro de nuevo, y tenemos que planear una forma de escapar de esta isla. También tenemos que ocuparnos de, hum, algunos temas logísticos como la comida, el agua, y otros elementos no mencionables que hacen que el estar confinada en un pequeño pozo sea algo razonablemente desagradable.

—Traje una cabaña portátil..., por si la necesitábamos.

—Eso es estupendo —respondió Nicole—. Lo recordaré cuando llueva. —Tendió la mano automáticamente hacia su mochila en busca de un poco de melón maná, pero no

sacó el paquete de la comida—. Por cierto —preguntó—, ¿se le ha ocurrido traer consigo algo de comida humana?

La cabaña les fue de maravilla a la hora de dormir un poco. Decidieron montarla justo al lado de la plaza central. Nicole se sentía más segura cerca de las aves. En cierto sentido eran sus amigas, y podían ayudarla en caso de emergencia. También eran la única fuente conocida de comida. Entre los dos, Richard y Nicole tenían apenas comida y agua suficiente como para que les duraran otros dos días ramanos.

Nicole no había puesto ninguna objeción a la sugerencia de Richard de compartir la cabaña. Él se había ofrecido galantemente a dormir fuera, "si eso la hace sentir más cómoda", pero las cabañas eran lo bastante grandes como para que cupieran en ellas dos sacos de dormir siempre que no hubiera más mobiliario. Estar tendidos a medio metro el uno del otro hacía su conversación muy fácil. Nicole hizo un resumen detallado de sus horas solitarias, omitiendo sólo la parte relativa al pequeño frasco y la visión. Eso era algo demasiado personal para compartirlo con nadie. Richard se mostró fascinado por toda su historia y absolutamente intrigado por las aves.

—Quiero decir, mire —indicó, apoyando la cabeza sobre un codo—, intente imaginar cómo demonios llegaron aquí. Por lo que usted ha dicho, excepto por ese tanque centinela, y estoy completamente de acuerdo con usted en que se trata de una anomalía, no están más avanzadas que un hombre prehistórico. Sería interesante averiguar su secreto.

"Pero no se puede descartar por completo que se trate de biots —prosiguió, incapaz de contener su entusiasmo—. Puede que no sean impresionantes como biología, pero Jesús, como inteligencia artificial serían una obra maestra. —Se sentó en su saco. — Simplemente piense en lo que significan en cualquier caso. Debemos descubrir esa respuesta. Usted es lingüista, quizá pueda aprender a hablar con ellas.

Nicole se mostró regocijada.

—¿Se le ha ocurrido, Richard? —inquirió— que toda esta discusión será puramente académica si nadie nos rescata?

—Un par de veces —reconoció Richard, riendo. Se echó de nuevo hacia atrás. —Ese maldito Heilmann me llevó a un lado, inmediatamente antes de que volviera al interior de Rama, y me dijo que yo estaba actuando "en flagrante violación de todos los procedimientos" regresando aquí. Me prometió que no iría tras de mí bajo ninguna circunstancia.

—Así pues, ¿por qué volvió?

—No estoy completamente seguro —dijo él lentamente—. Sé que deseaba recoger a Falstaff y ver si, por alguna casualidad, había recibido alguna otra señal de su radiofaro. Pero creo que había otras razones. La misión se estaba convirtiendo más en política que en ciencia. Me resultaba evidente que los burócratas de la Tierra iban a abortar la misión, "por razones de seguridad", y que el equipo no iba a volver a Rama. Sabía que las discusiones políticas proseguirían todavía otro día más o incluso dos. —Hizo una breve pausa. —Y deseaba echar una última mirada al más increíble espectáculo de mi vida. Nicole guardó silencio por unos instantes.

—Evidentemente no tenía miedo —dijo en voz baja—, porque no muestra ningún signo de miedo ni siquiera ahora. ¿Acaso el pensamiento de ser abandonado para morir a bordo de Rama no le preocupa?

—Un poco —reconoció Richard—. Pero morir en una situación excitante es mucho mejor que vivir en una situación aburrida. —Volvió a alzarse sobre un codo. —He estado ansiando esta misión desde hace tres años. Desde un principio pensé que tenía bastantes posibilidades de ser seleccionado. Excepto mis robots y Shakespeare, no hay nada en mi vida excepto mi trabajo. No tengo ni familia ni amigos en quienes pensar... —Su voz fue muriendo poco a poco. —Y tengo casi tanto miedo de volver como lo tengo a morir. Al menos Richard Wakefield, cosmonauta del Proyecto Newton, tiene un propósito claramente definido. —Empezó a decir algo más, pero se detuvo. Volvió a echarse hacia atrás y cerró los ojos.

43 - Psicología exobiológica

—Hay otra razón para no abandonar las esperanzas —dijo alegremente Richard tan pronto como vio a Nicole abrir los ojos—, y que olvidé mencionar la otra noche.

Nicole siempre se había despertado muy lentamente. Incluso cuando era niña. Le gustaba saborear la última parte de su estado de sueño antes de enfrentarse a la dura realidad. En casa, tanto Genevieve como Pierre sabían que no debían hablarle de nada importante hasta que se hubiera tomado su café de la mañana. Parpadeó a Richard, que había encendido su pequeña linterna en el hueco entre los dos.

—Este vehículo espacial se encamina ahora hacia la Tierra —dijo—. Aunque la Newton se marche, puede haber aquí otras naves terrestres del espacio más pronto o más tarde.

—¿A qué se refiere? —dijo Nicole, sentándose y frotándose los ojos.

—Con toda la excitación de la otra noche —respondió Richard—, dejé fuera uno de los puntos más importantes. La maniobra, supongo que usted se la perdió porque estaba inconsciente en el fondo del pozo, situó a Rama en un rumbo de colisión con la Tierra. Eso hizo nuestra evacuación imperativa.

Richard se dio cuenta de que Nicole lo estaba mirando como si hubiera perdido la cabeza.

—La nave sigue todavía una hipérbole con respecto al Sol —aclaró—, pero está avanzando a toda velocidad hacia la Tierra. Chocarán dentro de veintitrés días.

—Richard —dijo Nicole, ansiando desesperadamente aquella taza de café—, no me gustan las bromas a primera hora de la mañana. Si ha gastado usted sus energías preparando...

—No, no —la interrumpió él—. Hablo en serio. Es verdad. Créame. Nicole extrajo su termómetro del bolsillo y lo comprobó.

—Entonces dígame, mi genio de la ingeniería, ¿por qué sigue subiendo la temperatura? Si ahora nos estamos alejando del Sol, ¿no debería estar bajando?

—Es usted más lista que eso, Nicole. —Richard sacudió la cabeza. —La energía térmica que recibe el exterior de Rama del Sol se difunde muy lentamente a través del casco externo y luego hacia el interior. La conductividad térmica es obviamente muy baja. No espero que la temperatura alcance su máximo hasta dentro de otras dos semanas como mínimo.

Nicole recordaba lo suficiente de su termodinámica base como para darse cuenta de que aquello tenía sentido. Era demasiado temprano por la mañana para la difusión térmica. Nicole luchó con la idea de que Rama se dirigía ahora hacia la Tierra. Pidió a Richard un poco de agua. ¿Qué está ocurriendo aquí?, pensó. ¿Por qué se encamina ahora Rama hacia nuestro planeta?

Pareció como si Richard estuviera leyendo su mente.

—Debería haber oído usted las estúpidas discusiones acerca de por qué Rama ha cambiado su trayectoria y qué es lo que va a hacer probablemente. Hubo una conferencia de siete horas sobre ese tema.

Se echó a reír con fuerza.

—La AIE tiene un empleado, un canadiense creo, cuya especialidad es la psicología exobiológica. ¿Puede usted creerlo? Este idiota participó realmente en la conferencia, se presentó y ofreció sus teorías acerca de los motivos detrás de la maniobra ramana. — Richard agitó vigorosamente la cabeza. —Todas las burocracias son iguales. Drenan la

vida de la gente auténticamente creativa y desarrollan como masa crítica resmas y resmas de papeles intrascendentes.

—¿Cuál fue el resultado final de la conferencia? —preguntó Nicole al cabo de un corto silencio.

—La mayor parte de la gente aún cuerda supuso que Rama entraría en órbita en torno de la Tierra y efectuaría observaciones pasivas remotas. Pero eran una minoría. En mi opinión, la cordura y la lógica se habían tomado vacaciones. Incluso David Brown, que actuaba de una forma muy extraña, en mi opinión, apenas regresamos a la Newton, reconoció que había altas probabilidades de que Rama hiciera algo hostil. Aclaró su posición afirmando que en realidad no sería un acto hostil; sin embargo, su intento de averiguar más acerca de la Tierra podía dar como resultado acciones que fueran percibidas por nosotros como hostiles.

El agitado Richard estaba ahora de pie.

—¿Ha oído hablar alguna vez en su vida de un galimatías así? Y el doctor Brown fue uno de los oradores más coherentes. Todo el Panel Consultor de la AIE votó acerca de hacia cuál de los proyectados escenarios se decantaba cada uno. ¿Piensa que muchos plenipotenciarios se limitaron a responder simplemente con: "Yo creo en la Opción A, impacto directo con resultado de destrucción y alteración del clima", o: "Me inclino por la Opción C, orbitar la Tierra con intenciones belicosas? ¡Cielo santo, no! Cada uno de ellos tuvo que dar una conferencia de algún tipo. Ese extraño doctor Alexander, el que le hizo a usted todas las preguntas después de su reunión pública sobre biometría en noviembre, se pasó incluso quince minutos explicando cómo la existencia de Rama había puesto al descubierto un fallo en la Carta de la AIE. ¡Como si a alguien le importara una mierda! — Richard se sentó de nuevo y se llevó las manos a las mejillas. —Todo esto es increíble. Nicole estaba ahora completamente despierta.

—Supongo —dijo, sentándose sobre su saco—, a juzgar por su evidente irritación, que está usted en desacuerdo con el consenso. Richard asintió.

—Casi tres cuartas partes del grupo principal que participó en la reunión, y que incluía a todos los cosmonautas del Proyecto Newton, así como la mayor parte de los científicos y ejecutivos principales de la AIE, estaban convencidos de que la maniobra ramana iba a ser perjudicial para la Tierra de alguna forma significativa. Casi todos ellos se centraron en lo mismo. Puesto que la primera Rama ignoró al parecer por completo nuestra existencia, argumentaron, el hecho de que Rama II haya alterado su trayectoria para dirigirse hacia una cita con la Tierra muestra que esta nave espacial opera bajo principios distintos. Ciertamente, estoy de acuerdo con esta conclusión. Pero lo que no puedo

comprender es por qué todo el mundo supone necesariamente que la acción de Rama es hostil. Me parece igual de probable que los alienígenas puedan estar motivados simplemente por la curiosidad, o incluso por un deseo de ser, en algún sentido, nuestros benefactores.

El ingeniero británico hizo un momento de pausa para reflexionar.

—Francesca dice que los sondeos en la Tierra indican que una enorme mayoría de gente ordinaria, casi un noventa por ciento según ella, está aterrorizada por la aproximación de Rama. Exigen de los políticos que hagan algo.

Richard abrió la cabaña y salió a la oscura plaza. Paseó indolentemente el haz de su linterna por el octaedro.

—En una segunda reunión, dieciocho horas más tarde, se decidió que el equipo Newton no volviera al interior de Rama. Técnicamente, no estoy violando esa orden, puesto que abandoné la Newton antes de la proclamación oficial. Pero era obvio que la orden estaba en camino.

—Mientras los líderes del planeta Tierra discuten qué hacer con una nave espacial del tamaño de un asteroide que apunta directamente hacia ellos —dijo Nicole mientras salía a la plaza tras él—, usted y yo tenemos un problema mucho más práctico de inmediato. Debemos cruzar el Mar Cilíndrico. —Consiguió esbozar una ligera sonrisa. — ¿Exploramos un poco mientras hablamos?

Richard dirigió el haz de su linterna hacia el fondo del pozo. El melón maná era claramente identificable, pero las piezas individuales en el montón de revuelto metal eran muy difíciles de desentrañar.

—¿Así que esos son repuestos de un ciempiés robot? Nicole asintió. Estaban arrodillados uno al lado del otro en el borde del pozo.

—Incluso a la luz del día los extremos del pozo quedan en las sombras. Necesitaba asegurarme de que no se trataba del cuerpo de Takagishi.

—Me hubiera encantado ver a un ciempiés robot repararse a sí mismo. —Richard se puso de pie y se dirigió hacia la pared del cobertizo. La golpeó. —Y a los científicos de materiales les encantaría esto. Las ondas normales de radio se ven bloqueadas en ambas direcciones, y uno no puede ver nada del interior desde fuera. Sin embargo, de algún modo, la pared es transparente si está dentro del cobertizo y mira hacia afuera. —Se volvió hacia Nicole. —Déjeme su escalpelo. Veamos si puedo cortar un trozo.

Nicole estaba intentando decidir si uno de ellos no debería bajar al fondo del pozo y recuperar el melón. No debería ser demasiado difícil, contando con que el hilo de sutura resistiera. Finalmente sacó su escalpelo y se dirigió al lado de Richard.

—No estoy segura de que debamos hacer esto —dijo. Dudó antes de aplicar el escalpelo a la pared del cobertizo. —En primer lugar, el escalpelo puede dañarse. Tal vez lo necesitemos más tarde. En segundo lugar, hum, eso puede ser considerado como vandalismo.

—¿Vandalismo? —dijo él retóricamente. Miró a Nicole con una expresión peculiar. —Qué curioso concepto homocéntrico. —Se encogió de hombros y se encaminó hacia uno de los extremos del cobertizo. —No importa —dijo—, probablemente tenga razón respecto del escalpelo.

Richard había entrado algunos datos en su ordenador de bolsillo y estaba estudiando el pequeño monitor cuando Nicole se acercó a él.

—Usted y Francesca estaban de pie en este lugar, ¿correcto? —Nicole asintió con la cabeza. —Entonces, usted volvió al cobertizo para mirar dentro de uno de los pozos.

—Ya hemos hablado de esto antes —respondió Nicole—. ¿Por qué lo pregunta de nuevo?

—Creo que Francesca la vio caer en uno de los pozos y nos engañó intencionadamente con esa historia acerca de usted saliendo en busca de nuestro profesor japonés. No deseaba que nadie la encontrara.

Nicole miró a Richard en la oscuridad.

—Estoy de acuerdo —respondió lentamente—. Pero, ¿por qué cree usted eso?

—Es la única explicación que tiene algún sentido. Tuve un extraño encuentro con ella justo antes de que volviera aquí dentro. Vino a mi habitación con la pretensión de que deseaba una entrevista, supuestamente para descubrir por qué volvía yo a Rama. Cuando mencioné Falstaff y su radiofaro de navegación, desconectó su cámara. Entonces se mostró muy animada y me hizo muchas preguntas técnicas detalladas. Antes de irse, me dijo que estaba convencida de que ninguno de nosotros hubiéramos debido entrar nunca en Rama. Pensé que iba a suplicarme que no volviera aquí dentro.

"Puedo comprender ahora que no deseaba que yo descubriera que había intentado dejarla a usted abandonada en el pozo —prosiguió tras una corta pausa—. Lo que no puedo llegar a imaginar es por qué la dejó aquí.

—¿Recuerda usted la noche que me explicó por qué la protección automática del CirRob había fallado? —dijo Nicole tras un momento de reflexión—. Esa misma noche les pregunté también a usted y a Janos si alguno de los dos había visto al general Borzov...

Mientras caminaban de vuelta en dirección a la plaza central y su cabaña, Nicole pasó quince minutos explicándole a Richard toda su hipótesis acerca de la conspiración. Le habló del contrato con los media, los medicamentos que Francesca les había dado tanto a

David Brown como a Reggie Wilson, y las interacciones personales de Nicole con todos los actores principales. No le habló del datacubo. Richard admitió que las pruebas eran muy sólidas.

—¿Así que cree que ella la abandonó aquí en el pozo para evitar ser desenmascarada como conspiradora? Nicole asintió. Richard dejó escapar un suave silbido.

—Entonces todo encaja. Me resultó evidente que Francesca estaba dirigiendo todo cuando regresamos a la Newton. Tanto Brown como Heilmann estaban recibiendo órdenes de ella. —Rodeó el hombro de Nicole con su brazo. —No querría a esa mujer por enemiga. Evidentemente, no tiene escrúpulos de ningún tipo.

44 - Otro nido

Richard y Nicole tenían preocupaciones más importantes que Francesca. Cuando regresaron a la plaza central, hallaron que su cabaña había desaparecido. Repetidas llamadas en la cubierta de las aves no dieron ninguna respuesta. La precariedad de su situación se hizo clara para ambos.

Richard se volvió taciturno y poco comunicativo. Se disculpó con Nicole, diciendo que era un rasgo característico de su personalidad retirarse de la gente cuando se sentía inseguro. Juguetó con su ordenador durante varias horas, deteniéndose sólo ocasionalmente para hacerle a Nicole preguntas sobre la geografía de Nueva York.

Nicole estaba tendida en su saco de dormir e imaginaba que estaba nadando en el Mar Cilíndrico. No era una nadadora excepcionalmente buena. Durante sus entrenamientos le había tomado quince minutos nadar un kilómetro. Y eso había sido en una piscina tranquila. Para cruzar el mar se vería obligada a nadar cinco kilómetros en un agua helada y movida. Y tal vez estuviera acompañada de encantadoras criaturas como los tiburones biots.

Un hombre gordo y jovial de veinte centímetros de estatura interrumpió su contemplación.

—¿Te gustaría una copa, hermosa muchacha? —le preguntó Falstaff. Nicole se volvió y observó de cerca al robot. Alzaba una jarra llena de líquido y bebió, derramando parte sobre su barba. Se la secó con la manga y luego eructó. —Y si no deseas beber nada —dijo con un enorme acento británico, metiéndose la mano por los pantalones—, entonces quizá sir John pueda enseñarte una o dos cosas entre las sábanas. —El diminuto rostro era definitivamente lujurioso. Burdo, pero muy divertido.

Nicole se echó a reír. Lo mismo hizo Falstaff.

—No soy ingenioso sólo por mí mismo —dijo el robot—, sino porque la causa de ese ingenio está en los hombres.

—¿Sabe? —dijo Nicole a Richard, que estaba observando desde varios metros de distancia—, si alguna vez se cansa de ser astronauta, podría hacerse millonario fabricando juguetes.

Richard se acercó y recogió a Falstaff. Le dio las gracias a Nicole por su cumplido.

—Tal como lo veo, tenemos tres opciones —dijo luego, muy seriamente—. Podemos nadar en el mar, podemos explorar Nueva York para ver si conseguimos reunir el material suficiente para construir algún tipo de bote, o podemos aguardar aquí hasta que venga alguien. No soy optimista respecto a nuestras posibilidades en ninguno de los tres casos.

—Entonces, ¿qué sugiere?

—Propongo un compromiso. Cuando haya luz, exploremos cuidadosamente las zonas clave de la ciudad, particularmente en torno de las tres plazas, y veamos si podemos hallar algo que pueda ser utilizado para construir un bote. Concederemos un día ramano, quizá dos, a la exploración. Si no resulta nada de ello, entonces nadaremos. No tengo ninguna fe en llegar a ver nunca un equipo de rescate.

—Me parece bien. Pero me gustaría hacer otra cosa primero. No tenemos mucha comida, por decir algo que suena obvio. Me sentiría mejor si sacáramos primero del pozo el melón maná, antes de hacer ningún otro tipo de exploración. De esa forma podremos estar protegidos contra cualquier sorpresa.

Richard admitió que establecer una provisión de comida era probablemente una prudente acción inicial.

—Usted tuvo suerte en muchos sentidos —dijo—. No sólo el hilo no se rompió, sino que tampoco se deslizó de esa especie de cinturón que hizo con él. De todos modos, cortó por completo sus guantes en dos lugares y casi cortó su propio cinturón.

—¿Tiene alguna otra idea? —preguntó Nicole.

Ese material del retículo es la elección más obvia —respondió Richard—. Tendría que ser perfecto, siempre que no tengamos ningún problema en obtenerlo. Entonces podré bajar yo mismo al pozo y ahorrarle la molestia...

—Falso —interrumpió Nicole con una sonrisa—. Con los debidos respetos, Richard, ahora no es el momento de actitudes machistas. Usar esa especie de cuerda del retículo es una buena idea. Pero usted es demasiado pesado. Si ocurriera algo, yo nunca sería capaz de sacarlo. —Le dio una palmada en el hombro. —Y espero no herir sus sentimientos, pero probablemente yo sea la más atlética de los dos.

Richard fingió que su orgullo sí había resultado herido.

—Pero, ¿y la tradición? El hombre siempre realiza las hazañas de fuerza física y agilidad. ¿Acaso no recuerda los dibujos animados de nuestra infancia?

Nicole rió estentóreamente.

—Sí, querido —dijo alegremente—. Pero usted no es Popeye. Y yo no soy Olivia.

—No estoy seguro de poder soportarlo —dijo él, sacudiendo vigorosamente la cabeza—. Descubrir a la edad de treinta y cuatro años que no soy Popeye... Es un duro golpe de mi autoimagen. —Acarició suavemente a Nicole. —¿Qué opina? —continuó—. ¿No cree que deberíamos dormir un poco antes de que se haga la luz?

Ninguno de los dos consiguió dormir. Permanecieron tendidos uno al lado del otro en sus sacos en la plaza abierta, cada uno ocupado en sus pensamientos. Nicole oyó a Richard moverse.

—¿También está despierto? —dijo en un susurro.

—Sí —respondió él—. Incluso he contado personajes shakesperianos sin éxito. Llevaba ya más de cien.

Nicole se alzó sobre un codo y miró a su compañero.

—Dígame, Richard —murmuró—, ¿de dónde viene esa preocupación suya por Shakespeare? Sé que se crió en Stratford, pero me resulta difícil imaginar cómo un ingeniero como usted, enamorado de los ordenadores, las calculadoras y los artilugios electrónicos, pueda sentirse tan fascinado por un dramaturgo.

—Mi terapeuta me dijo en una ocasión que se trataba de una "compulsión escapista" —respondió Richard unos segundos más tarde—. Puesto que no me gustaba el mundo real o la gente que había en él, me dijo, simplemente me creé otro. Excepto que no lo creé de la nada. Simplemente amplié un universo maravilloso que ya había sido fabricado por un genio.

"Shakespeare era mi dios —prosiguió al cabo de un momento—. Cuando tenía nueve o diez años, me paraba en aquel parque a lo largo del Avon, el que está al lado de todos los teatros, con las estatuas de Hamlet, Falstaff, lady Macbeth y el príncipe Hal... y me pasaba la tarde, horas y horas, recreando historias adicionales acerca de mis personajes favoritos. De esa forma retrasaba el volver a casa hasta el último minuto posible. Temía estar junto a mi padre: nunca sabía lo que él iba a hacer...

"Pero usted no querrá oír eso —se interrumpió bruscamente—. Todo el mundo posee recuerdos de dolor infantil. Deberíamos hablar de alguna otra cosa.

—Deberíamos hablar de lo que sentimos —respondió Nicole, sorprendiéndose incluso a sí misma—. Lo cual siempre es algo difícil de hacer —añadió en voz baja.

Richard se volvió y miró en su dirección. Tendió lentamente su mano. Ella envolvió suavemente los dedos de él con los de ella.

—Mi padre trabajaba para los ferrocarriles británicos —dijo Richard—. Era un hombre muy listo, pero socialmente muy torpe, y tuvo dificultades en hallar un trabajo que encajara con él cuando terminó sus estudios universitarios en Sussex. Los tiempos seguían siendo duros. La economía apenas había empezado a recobrase del Gran Caos...

"Cuando mi madre le dijo que estaba embarazada, él se sintió abrumado por la responsabilidad. Buscó una posición segura. Siempre había obtenido altas puntuaciones en todos los tests, y el gobierno había forzado en todos los monopolios nacionales de transportes, incluidos los ferrocarriles, un ascenso de personal basado en los resultados objetivos de los tests. Así que mi padre se convirtió en el director de operaciones de Stratford.

"Odiaba el trabajo. Era aburrido y repetitivo, sin ningún desafío para un hombre que se había graduado con honores. Mi madre me dijo que cuando yo era muy pequeño se presentó para otros puestos, pero que al parecer siempre fue rechazado en las entrevistas. Más tarde, cuando yo ya era mayor, dejó de intentarlo. Se sentaba en casa y se quejaba. Y bebía. Y luego hacía que todo el mundo alrededor de él se sintiera miserable.

Hubo un largo silencio. Richard lo estaba pasando mal luchando con los demonios de su infancia. Nicole apretó su mano.

—Lo siento —dijo.

—Yo también —respondió Richard con voz ligeramente quebrada—. Yo sólo era un niño pequeño con un increíble sentido de la maravilla y un profundo amor a la vida. Volvía a casa entusiasmado por algo nuevo que había aprendido o por algo que había ocurrido en la escuela, y mi padre simplemente se ponía a gruñir.

"En una ocasión, cuando sólo tenía ocho años, llegué a casa de la escuela a primera hora de la tarde y discutí con él. Era su día libre y había estado bebiendo, como de costumbre. Mi madre había salido de compras. No recuerdo de qué fue la cosa ahora, pero recuerdo que le dije que estaba equivocado respecto a algo trivial. Cuando seguí discutiendo con él, me golpeó de pronto en la nariz con todas sus fuerzas. Caí contra la pared, con la nariz rota chorreando sangre. Desde entonces, hasta que cumplí los catorce y tuve la sensación de que podía defenderme, no volví a entrar en aquella casa cuando estaba él a menos que tuviera la seguridad de que mi madre estaba también.

Nicole intentó imaginar a un hombre adulto dándole un puñetazo a un niño de ocho años. ¿Qué clase de ser humano es capaz de romperle la nariz a su propio hijo?, se preguntó.

—Yo siempre he sido muy tímido —siguió Richard—, y me había convencido a mí mismo de que había heredado la torpeza social de mi padre, así que no tenía muchos amigos de mi propia edad. Pero siempre deseé la interacción humana. —Miró a Nicole e hizo una pausa recordando. —Convertí a los personajes de Shakespeare en mis amigos. Leía sus obras todas las tardes en el parque y me sumergía en su mundo imaginario. Incluso llegué a memorizar escenas enteras. Luego le hablaba a Romeo o a Ariel o a Jacques mientras me dirigía a casa.

No le resultaba difícil a Nicole visualizar el resto de la historia de Richard. Puedo verlo como un adolescente, pensó. Solitario, un tanto extraño, emocionalmente reprimido. Su obsesión con Shakespeare le proporcionó una escapatoria a su dolor. Todos los teatros estaban cerca de su casa. Veía a sus amigos cobrar vida en el escenario.

Movida por un impulso, Nicole se inclinó hacia él y le besó suavemente en la mejilla.

—Gracias por contármelo —dijo.

Tan pronto como se hizo de día se dirigieron al retículo. Nicole se sorprendió al descubrir que las incisiones que había hecho para liberar al ave habían sido todas reparadas. El retículo parecía como nuevo.

—Evidentemente, un biot de reparaciones ha estado por aquí —comentó Richard, no particularmente impresionado después de todas las maravillas que ya había presenciado.

Cortaron varias tiras largas del retículo y se encaminaron al cobertizo. Por el camino, Richard probó la elasticidad del material. Descubrió que se estiraba hasta un quince por ciento y que siempre recuperaba, aunque a veces muy lentamente, su longitud original. El tiempo de recuperación variaba significativamente, según hasta qué punto hubiera sido estirado. Richard había empezado ya su examen de la estructura interna de la cuerda cuando llegaron al cobertizo.

Nicole no perdió tiempo. Ató un extremo del material del retículo en torno de un objeto sobresaliente justo fuera del cobertizo y descendió al pozo. La función de Richard se limitó a asegurarse de que no ocurría nada imprevisto y hallarse disponible ante cualquier tipo de emergencia. Abajo en el fondo del pozo, Nicole se estremeció una vez al recordar lo impotente que se había sentido allí unos pocos días antes. Pero dirigió rápidamente su atención a su tarea, insertando profundamente un asa de fabricación casera hecha a base de sus sondas médicas en el melón maná y luego asegurando el otro extremo a la correa de su mochila. Su ascensión fue vigorosa y sin ningún problema.

—Bien. —Sonrió a Richard mientras le tendía el melón para que lo llevara. —
¿Seguimos con el Plan A?

—De acuerdo —respondió él—. Ahora sabemos de dónde procederán nuestras próximas diez comidas.

—Nueve —le corrigió Nicole con una risa—. Hice un ligero ajuste de estimaciones ahora que lo observé comer un par de veces.

Richard y Nicole avanzaron rápidamente del cobertizo a la plaza occidental. Cruzaron y volvieron a cruzar la plaza abierta y recorrieron las estrechas callejuelas cercanas, pero no encontraron nada que les ayudara a construir un bote. Richard, sin embargo, tropezó con un ciempiés biot; en medio de su búsqueda, uno había penetrado en la plaza y había avanzado diagonalmente por ella. Richard hizo todo lo posible, incluso tenderse delante de él y golpearle la cabeza con su mochila, para intentar inducirlo a detenerse. No tuvo el menor éxito. Nicole no dejó de reírse cuando Richard regresó a su lado, un poco frustrado.

—Ese ciempiés es absolutamente inútil —se quejó—. ¿Para qué demonios sirve? No lleva nada. No dispone de ningún sensor que pueda ver. Simplemente viaja alegremente de un lado para otro.

—La tecnología de una especie extraterrestre avanzada —recordó Nicole tras una de las citas favoritas de Richard— es totalmente indistinguible de la magia.

—Pero ese maldito ciempiés no es mágico —respondió él, un poco irritado ante la risa de Nicole—; ¡es malditamente estúpido!

—¿Y qué habría hecho si se hubiera detenido? —preguntó Nicole.

—¿Qué? Oh, lo habría examinado, por supuesto. ¿Qué pensaba?

—Pensaba que sería mejor que concentráramos nuestras energías en otras áreas —respondió ella—. No puedo imaginar cómo un ciempiés biot va a ayudarnos a salir de esta isla.

—Bueno —dijo Richard, un poco bruscamente—, empiezo a tener claro que estamos enfocando este proceso desde un punto de vista equivocado. No vamos a encontrar nada en la superficie. Probablemente los biots la limpian regularmente. Deberíamos buscar algún otro agujero en el suelo, como ese nido de las aves. Podemos utilizar el radar multiespectral para identificar cualquier lugar donde el suelo no sea sólido.

Les tomó largo tiempo encontrar el segundo agujero, aunque no estaba a más de doscientos metros del centro de la plaza occidental. Al principio fueron demasiado restrictivos en su búsqueda. Al cabo de una hora, sin embargo, se convencieron finalmente de que el suelo bajo la zona de la plaza era sólido por todas partes.

Extendieron su búsqueda para incluir las pequeñas calles adyacentes, fuera de las avenidas concéntricas. En un callejón sin salida con altos edificios en tres de sus lados, hallaron otra cubierta en el centro de la calle. No estaba camuflada de ninguna forma. Esta segunda cubierta tenía el mismo tamaño que la del nido de las aves, un rectángulo de diez metros de largo por seis de ancho.

45 - Nikki

—¿Cree que la cubierta de las aves se abre del mismo modo? —preguntó Nicole, después que Richard examinó muy atentamente los alrededores y halló una placa plana que parecía decididamente fuera de lugar en uno de los edificios. Apretar fuertemente contra la placa había hecho que se abriera la cubierta.

—Probablemente —respondió Richard—. Tendremos que volver y comprobarlo.

—Entonces estos lugares no son muy seguros —dijo Nicole. Los dos volvieron al centro de la calle y se arrodillaron para mirar por el agujero. Una amplia y empinada rampa descendía desde su lado y desaparecía en la oscuridad de abajo. Sólo podían ver hasta diez metros por el agujero.

—Parece como uno de esos antiguos estacionamientos para coches —observó Richard—. Cuando todo el mundo tenía coches. —Pisó la rampa. —Incluso parece cemento.

Nicole observó cómo su compañero empezaba a bajar lentamente por la rampa. Cuando la cabeza de Richard estuvo por debajo del nivel del suelo, se volvió y le dijo:

—¿Viene? —Había encendido su linterna e iluminado un pequeño descansillo unos pocos metros más abajo.

—Richard —dijo Nicole desde arriba—, creo que deberíamos discutir esto. No deseo quedarme encerrada...

—¡Ja, ja! —exclamó Richard. Tan pronto como su pie se apoyó en el primer descansillo, algunas luces alrededor iluminaron automáticamente la siguiente fase del descenso. —La rampa gira hacia atrás y sigue descendiendo. Parece igual que la primera. —Se volvió y desapareció del campo de visión de Nicole.

—Richard —llamó Nicole, un poco exasperada ahora—, por favor, ¿quiere parar un minuto? Debemos hablar de lo que estamos haciendo.

Unos segundos más tarde el sonriente rostro de Richard reapareció. Los dos cosmonautas discutieron sus opciones. Nicole insistía en que ella iba a quedarse fuera,

en Nueva York, aunque Richard siguiera con su exploración. Al menos de esa forma, argumentó, podía garantizar que no se quedarían encerrados en el agujero.

Mientras ella hablaba, Richard permanecía de pie en el primer descansillo, observando la zona alrededor. Las paredes estaban hechas del mismo material que Nicole había encontrado en el nido de las aves. Pequeñas tiras de luces, de un aspecto no muy distinto a los fluorescentes normales de la Tierra, recorrían la pared para iluminar el camino.

—Retroceda un momento, ¿quiere? —exclamó de pronto Richard, en medio de su conversación.

Desconcertada al principio, Nicole se apartó de la entrada al agujero rectangular.

—Un poco más —oyó gritar a Richard. Nicole retrocedió más, y se detuvo junto a uno de los edificios que delimitaban la calle.

—¿Es bastante? —Apenas había terminado de decirlo, cuando la cubierta del agujero empezó a cerrarse. Nicole corrió hacia delante e intentó detener el movimiento de la cubierta, pero era demasiado pesada—. ¡Richard! —gritó mientras el agujero desaparecía bajo ella.

Nicole golpeó furiosamente la cubierta y recordó su propio sentimiento de frustración cuando se había visto encerrada en el nido de aves. Corrió rápidamente de vuelta al edificio y apretó el panel plano encajado. No ocurrió nada. Transcurrió casi un minuto. Nicole empezó a ponerse ansiosa. Corrió de vuelta a la calle y llamó a su colega.

—Estoy aquí, justo al otro lado de la cubierta —respondió él, trayendo un alivio considerable a Nicole—. Encontré otra placa cerca del primer descansillo y la apreté. Creo que esas placas sirven tanto para abrir como para cerrar la cubierta, pero puede que exista un plazo de tiempo de seguridad entre acción y acción. Concédame unos minutos. No intente abrir la cubierta. Y no se quede cerca de ella.

Nicole retrocedió unos pasos y aguardó. Richard tenía razón. Varios minutos más tarde, la cubierta se abrió y él emergió del agujero con una amplia sonrisa en su rostro.

—¿Lo ve? —dijo—. Le dije que no se preocupara. Ahora, ¿qué le parece si comemos?

Mientras descendían la rampa, Nicole oyó el sonido familiar de agua circulando. En una pequeña sala a unos veinte metros detrás del descansillo encontraron un caño y una cisterna idénticos al del nido de las aves. Llenaron sus cantimploras con el agua fresca y deliciosa.

Fuera de la estancia no había túneles horizontales conduciendo en ambas direcciones, sino sólo otra rampa descendente que bajaba otros cinco metros. El haz de la linterna de Richard se arrastró lentamente por las oscuras paredes alrededor de la sala del agua.

—Mire, Nicole —dijo, señalando a lo que parecía una muy sutil variación en el material de construcción—. Observe, traza un arco hasta el otro lado.

Ella siguió el haz de su linterna mientras trazaba un amplio arco en la pared.

—Parece como si hubiera habido al menos dos fases de construcción.

—Exacto —respondió él—. Quizás aquí también hubo túneles horizontales, al menos en un principio, y fueron sellados más tarde.

Ninguno de ellos dijo nada más mientras proseguían su descenso. Las rampas, idénticas, iban hacia delante y atrás. Cada vez que Richard y Nicole alcanzaban un nuevo descansillo, la siguiente rampa descendente se iluminaba.

Estaban a cincuenta metros por debajo de la superficie cuando los techos encima de ellos se abrieron y las rampas terminaron en una amplia caverna. El suelo circular de la caverna tendría unos veinticinco metros de diámetro. Había cuatro oscuros túneles, de cinco metros de altura y uniformemente espaciados en ángulos de noventa grados en torno del círculo, partiendo de la caverna.

—Uno, Dos, Tres, Cuatro —dijo Richard.

—Yo tomaré el Cuatro —respondió Nicole. Se encaminó hacia uno de los túneles. Cuando hubo penetrado unos pocos metros, las luces del siguiente tramo del túnel se encendieron.

Esta vez fue el turno de Richard de dudar. Miró cautelosamente el interior del túnel e hizo algunas rápidas entradas en su ordenador.

—¿No le da la impresión como si este túnel se curvara ligeramente hacia la derecha? Vea, allí, al final de las luces.

Nicole asintió. Miró por encima del hombro de Richard para ver lo que estaba haciendo.

—Estoy dibujando un mapa —dijo él, respondiendo a su pregunta—. Teseo tenía un cordel, y Hansel y Gretel tenían pan. Nosotros tenemos algo mucho mejor. ¿No son maravillosos los ordenadores?

Ella sonrió.

—Entonces, ¿qué es lo que opina? —Siguieron avanzando por la siguiente sección del túnel. —¿Habrá un Minotauro, o una casa de pan de jengibre con una bruja maligna?

Deberíamos tener más suerte, pensó Nicole. Sus temores iban incrementándose a medida que se adentraban más y más profundamente en el túnel. Recordó aquel horrible momento de terror en el pozo cuando vio por primera vez el ave cernirse sobre ella con su pico y sus garras extendidos en su dirección. Un helado estremecimiento recorrió su espina dorsal. Aquí está de nuevo, se dijo, esa sensación de que algo terrible está a punto de ocurrir.

Se detuvo.

—Richard —dijo—, no me gusta esto. Deberíamos dar la vuelta...

Ambos oyeron el ruido al mismo tiempo. Sonó definitivamente detrás de ellos, en las inmediaciones de la caverna que acababan de abandonar. Sonaba como cepillos de cerda dura raspando contra metal.

Richard y Nicole se apretaron el uno contra el otro.

—Es el mismo sonido —murmuró él— que oí la primera noche en Rama, cuando estábamos sobre los muros de Nueva York.

El túnel detrás de ellos se curvaba ligeramente hacia la izquierda. Cuando miraron en esa dirección, las luces estaba apagadas al límite de su visión. La segunda vez que oyeron el ruido, sin embargo, algunas luces se encendieron en la distancia casi simultáneamente, indicando que había algo cerca de la entrada de su túnel.

Nicole saltó. Debió de recorrer los siguientes doscientos metros en treinta segundos, pese a su overol de vuelo y su mochila. Luego se detuvo y aguardó a Richard. Ninguno de los dos oyó el sonido de nuevo, y no se encendieron más luces en la lejanía del túnel.

—Lo siento —dijo Nicole cuando finalmente llegó Richard—. Me dominó el pánico. Creo que he estado demasiado tiempo en ese país de las maravillas alienígena.

—Jesús —respondió Richard con el entrecejo fruncido—, nunca había visto a nadie correr tan rápido. Su ceño se convirtió en una sonrisa. —No se sienta mal, Nikki —dijo—. Yo me quedé con los pies clavados en el suelo. Fui incapaz de moverme.

Nicole siguió inspirando profundamente y miró a Richard.

—¿Cómo me ha llamado? —preguntó, algo beligerantemente.

—Nikki —respondió él—. Pensé que ya era tiempo de que tuviera mi propio nombre especial para usted. ¿No le gusta?

Nicole no supo qué decir durante diez largos segundos. Su mente estaba a millones de kilómetros y quince años de distancia, en una suite de hotel en Los Angeles, mientras su cuerpo experimentaba oleada tras oleada de placer.

—Eso fue notable, Nikki, realmente maravilloso —le dijo el príncipe varios minutos más tarde. Ella le había dicho a Henry, aquella misma noche hacía quince años, que no la llamara Nikki, que sonaba como el nombre de una corista pechugona o de una buscona.

Richard hacía chasquear los dedos delante de su rostro.

—Hola. Hola. ¿Hay alguien en casa? Nicole sonrió.

—Por supuesto, Richard —respondió—. Nikki está bien... siempre que no lo utilice todo el tiempo.

Siguieron andando lentamente a lo largo del túnel.

—¿Adonde fue hace un momento? —preguntó Richard.

A un lugar del que no pienso hablar nunca, murmuró Nicole para sí misma. Porque cada uno de nosotros es la suma de todo lo que hemos experimentado a lo largo de nuestras vidas. Sólo los muy jóvenes tienen una pizarra limpia. El resto debemos vivir para siempre con todo lo que hemos sido. Deslizó su brazo debajo del de Richard. Y tenemos el buen sentido de saber cuándo debemos mantenerlo en privado.

El túnel parecía interminable. Richard y Nicole habían decidido casi dar la vuelta cuando llegaron a un oscuro pasadizo a su derecha. Se metieron en él sin vacilar. Las luces se encendieron inmediatamente. Dentro de la habitación, en la gran pared a la izquierda de ellos, había veinticinco objetos planos y rectangulares, alineados en cinco filas ordenadas de cinco columnas cada una. La pared opuesta estaba vacía. Unos pocos segundos después de su entrada, los dos cosmonautas oyeron un sonido chillón de alta frecuencia que procedía del techo. Se tensaron brevemente, pero se relajaron cuando el chillido prosiguió y no hubo nuevas sorpresas.

Avanzaron tomados de la mano hacia un extremo de la larga y estrecha habitación. Los objetos en la pared eran fotografías, la mayor parte de ellas reconocibles como tomadas en alguna parte dentro de Rama. El gran octaedro cerca de la plaza central aparecía en varias fotos. Las restantes imágenes eran un equilibrio entre escenas de los edificios de Nueva York y fotos en gran angular de panoramas del interior de Rama.

Tres de las fotografías resultaron particularmente fascinantes para Richard. Mostraban estilizados y aerodinámicamente curvados botes surcando el Mar Cilíndrico; en una de las fotografías, una gran ola estaba a punto de estrellarse contra el costado de un gran bote.

—Eso es lo que necesitamos —dijo excitadamente Richard a Nicole—. Si podemos encontrar uno de ellos, nuestros problemas habrán terminado.

El chillido encima de ellos continuó, con muy poca modulación. Una especie de foco fue moviéndose de foto en foto en los momentos en que había una pausa en el chillido. Nicole y Richard concluyeron fácilmente que estaban en un museo, realizando una especie de visita turística, aunque no había nada más que pudieran dar por seguro. Nicole se sentó contra una pared lateral.

—Estoy teniendo un montón de problemas con todo esto —dijo—. Me siento totalmente descontrolada. Richard se sentó a su lado.

—Yo también —asintió—. Y acabo de llegar a Nueva York. Así que puedo imaginar lo que le está haciendo todo esto a usted. Guardaron silencio por unos momentos.

—¿Sabe lo que más me molesta? —dijo Nicole, intentando dar algo de expresión a la impotencia que estaba sintiendo. —Es lo muy poco que he comprendido y apreciado mi propia ignorancia. Antes de emprender este viaje, pensé que conocía las dimensiones generales de la relación entre mi propio conocimiento y el de la humanidad. Pero lo más abrumador de esta misión es lo muy poco que puede llegar a ser todo el conjunto del conocimiento humano comparado con lo que puede ser conocido. Simplemente piense que la suma de todo lo que saben o han llegado a saber los seres humanos puede no ser nada más que una fracción infinitesimal de la Enciclopedia Galáctica...

—Es realmente aterrador —la interrumpió entusiastamente Richard—. Y excitante al mismo tiempo... A veces, cuando estoy en una librería o una biblioteca, me siento abrumado por todas las cosas que no sé. Entonces me siento presa de un poderoso deseo de leer todos los libros, uno a uno. Imagine lo que sería estar en una auténtica biblioteca, una que combinara el conocimiento de todas las especies del universo... El mismo pensamiento me aturde.

Nicole se volvió hacia él y le dio una palmada en la pierna.

—De acuerdo, Richard —dijo alegremente, cambiando de humor—, ahora que ya hemos reafirmado lo increíblemente estúpidos que somos, ¿cuál es nuestro plan? Calculo que debemos de haber cubierto más o menos un kilómetro en este túnel. ¿Adonde vamos desde aquí?

—Propongo que caminemos otros quince minutos en la misma dirección. Según mi experiencia, los túneles siempre conducen a alguna parte. Si no hallamos nada, daremos media vuelta.

Ayudó a Nicole a levantarse y la abrazó ligeramente.

—Así que andando, Nikki —dijo con un guiño—. Media legua más hacia adelante.

Nicole frunció el entrecejo y agitó la cabeza.

—Dos veces ya es suficiente para un solo día —declaró, extendiendo su mano hacia la de Richard.

46 - La mejor parte del valor

El enorme agujero circular debajo de ellos se extendía hacia la oscuridad. Sólo los primeros cinco metros del pozo estaban iluminados. Unos salientes de metal, de aproximadamente un metro de largo, brotaban de las paredes, cada uno separado por la misma distancia de sus vecinos.

—Éste es definitivamente el destino de los túneles —murmuró Richard para sí mismo. Tenía dificultad en integrar aquel enorme agujero cilíndrico con sus paredes llenas de salientes en su concepción general de Rama. Él y Nicole habían recorrido dos veces su perímetro. Incluso habían retrocedido varios cientos de metros por el otro túnel adyacente, llegando a la conclusión, a partir de su ligera curvatura hacia la derecha, de que probablemente se originaba en la misma caverna que el túnel que habían seguido antes.

—Bien —dijo Richard al final, encogiéndose de hombros—, ahí vamos. —Apoyó su pie derecho en uno de los salientes para comprobar su resistencia a su peso. Era firme. Movi6 su pierna izquierda a otro saliente y descendió un nivel más con su pierna derecha. —El espaciado es casi perfecto —dijo alzando la vista a Nicole—, no tendría que ser difícil bajar.

—Richard Wakefield —dijo Nicole desde el borde del agujero—, ¿está intentando decirme que pretende bajar a ese abismo? ¿Y que espera que yo le siga?

—No espero nada de usted —respondió él—. Pero no puedo ver la utilidad de regresar ahora. ¿Cuál es nuestra alternativa? ¿Debemos volver por el túnel hasta las rampas y la salida? ¿Para qué? ¿Para ver que nadie nos ha encontrado todavía? Ya vio las fotografías de los botes. Quizás estén ahí abajo en el fondo. Tal vez incluso exista un río secreto que desemboque subterráneamente en el Mar Cilíndrico.

—Ya lo descubriremos —dijo Richard—. ¡Hola, ahí abajo! Dos seres de la raza humana bajamos. —Agitó una mano, y perdió momentáneamente el equilibrio.

—No haga tonterías —dijo Nicole, situándose a su lado. Hizo una pausa para recuperar el aliento y miró alrededor. Sus dos pies descansaban sobre salientes, y se aferraba prietamente a otros dos con las manos. Tengo que estar loca, se dijo. Basta mirar este lugar. Es fácil imaginar un centenar de muertes horribles. Richard había bajado otro par de salientes. Y míralo a él. ¿Es totalmente inmune al miedo? ¿O tan sólo inconsciente? Realmente parece estar disfrutando con todo esto.

La tercera bancada de luces iluminó un retículo en la pared opuesta bajo ellos. Colgaba entre todos los salientes y, desde una cierta distancia a la débil luz, se parecía sorprendentemente a una versión más pequeña del que estaba sujeto entre los dos rascacielos de Nueva York. Richard se apresuró a dar la vuelta al cilindro del pozo para examinarlo.

—Venga aquí —le gritó a Nicole—. Creo que es el mismo maldito material.

El retículo estaba anclado a la pared con pequeños pernos. Ante la insistencia de Richard, Nicole cortó un trozo y se lo tendió. Él lo estiró y contempló cómo recuperaba su forma original. Estudió su estructura interna.

—Es la misma materia —dijo. Su entrecejo se frunció en varias arrugas. —Pero, ¿qué demonios significa?

Nicole permanecía a su lado, y paseó sin rumbo fijo el haz de su linterna hacia las profundidades bajo sus pies. Estaba a punto de sugerir que volvieran a subir y se encaminaran a terrenos más familiares cuando creyó ver el reflejo de un suelo a unos veinte metros más abajo.

—Voy a hacerle una proposición —le dijo a Richard—. Mientras usted estudia esta cuerda, yo bajaré unos cuantos metros más. Puede que estemos cerca del fondo de este extraño pozo lleno de salientes o lo que sean. Si no, abandonaremos este lugar.

—De acuerdo —dijo ausentemente Richard. Ya estaba enfrascado en su examen de la cuerda, utilizando el microscopio que había sacado de su mochila.

Nicole descendió ágilmente hasta el suelo.

—Creo que será mejor que baje —le gritó a Richard—. Hay dos túneles más, uno grande y otro pequeño. Más otro agujero en el centro...

Richard estuvo a su lado de inmediato. Bajó apenas vio la plataforma inferior iluminada por las luces.

Richard y Nicole estaban ahora de pie en una plataforma de tres metros de ancho en el fondo del cilindro lleno de salientes. La plataforma formaba un anillo en torno del otro agujero descendente más pequeño que también tenía salientes en sus paredes. A derecha e izquierda, oscuros túneles en arco estaban tallados en la roca o metal que formaba la base de material de construcción del enorme mundo subterráneo. El túnel a su izquierda tenía unos cinco o seis metros de altura; el pequeño túnel del lado opuesto, ciento ochenta grados más allá en el anillo, tenía sólo medio metro de alto.

Saliendo de cada uno de los dos túneles, y penetrando hasta la mitad de la anchura de la plataforma, había dos pequeñas bandas paralelas de metal desconocido pegadas al suelo. Las bandas estaban muy juntas la una de la otra en el túnel más pequeño, y más espaciadas en el otro. Richard estaba de rodillas examinando las bandas frente al túnel grande cuando oyó un rumor distante.

—Escuche —le dijo a Nicole, y los dos retrocedieron instintivamente.

El retumbar se incrementó y cambió a un sonido zumbante, como si algo se moviera rápidamente a través del aire. Muy lejos en el túnel, que avanzaba recto como una flecha, Richard y Nicole pudieron ver encenderse algunas luces. Se tensaron. No necesitaron aguardar mucho tiempo para una explicación. Un vehículo que se parecía a un vagón de metro flotante apareció a su vista y avanzó a toda velocidad hacia ellos, deteniéndose

bruscamente con su extremo frontal justo encima del final de las bandas en el suelo.

Richard y Nicole habían retrocedido cuando el vehículo cargó hacia ellos. Ambos estaban peligrosamente cerca del borde del anillo. Durante varios segundos aguardaron en silencio, contemplando la aerodinámica forma que flotaba ante sus ojos. Luego se miraron entre sí y se echaron a reír simultáneamente,

—Está bien —dijo Nicole nerviosamente—, lo entiendo. Hemos cruzado alguna nueva dimensión. En ésta resulta un poco difícil hallar la estación del metro... Esto es totalmente absurdo, Richard, pero ya tengo suficiente. Me quedo con unas cuantas aves normales y el melón maná para cualquier día de la semana...

Richard avanzó hacia el vehículo. La puerta de su lado se había abierto, y ambos pudieron ver el iluminado interior. No había asientos, sólo pequeños postes cilíndricos, espaciados sin ningún esquema distinguible, que recorrían los tres metros desde el suelo hasta el techo.

—Esto no puede ir muy lejos —dijo Richard, metiendo la cabeza por la puerta pero manteniendo los pies en la plataforma exterior—. No hay ningún lugar donde sentarse.

Nicole se acercó para examinarlo por sí misma.

—Quizá no tengan ni viejos ni impedidos..., y las tiendas estén todas cerca de casa. — Se rió de nuevo mientras Richard se inclinaba más hacia adentro del vagón a fin de poder ver más claramente el techo y las paredes. —No deje que se le ocurran ideas locas — advirtió—. Será certificadamente una locura que los dos subamos a este vagón. A menos que estemos sin comida y sea nuestra última esperanza.

—Supongo que tiene razón —admitió Richard. Parecía definitivamente decepcionado, y se retiró del vagón. —Pero qué sorprendente... —Se detuvo a media frase. Estaba contemplando la plataforma del lado opuesto; Allí, en medio de la ahora iluminada entrada del pequeño túnel, un vehículo idéntico, de un décimo del tamaño del que tenían a su lado, flotaba sobre el suelo. Nicole siguió la mirada de Richard.

—Aquello debe de ser la carretera a Lilibut —dijo Nicole—. Los gigantes descienden otro piso y las criaturas de tamaño normal toman este metro. Todo muy sencillo.

Richard dio la vuelta rápidamente al anillo.

—Eso es perfecto —dijo en voz alta, quitándose la mochila y depositándola en la plataforma a su lado. Empezó a buscar en uno de los grandes bolsillos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Nicole con curiosidad. Richard extrajo dos pequeñas figuras de la mochila y se las mostró.

—Es perfecto —repitió, con inconfundible excitación—. Podemos enviar al príncipe Hal y a Falstaff. Sólo necesitaré unos minutos para ajustar su software.

Richard había abierto ya su ordenador de bolsillo sobre la plataforma al lado de los robots, y estaba trabajando animadamente. Nicole se sentó con la espalda contra la pared, entre dos salientes. Miró a Richard. Es realmente una especie rara, pensó con admiración, al recordar las últimas horas que habían pasado juntos. Un genio, indudablemente. Casi sin mezquindades ni egoísmos. Y de alguna forma ha conservado la curiosidad de un niño.

De pronto, Nicole se sintió muy cansada. Sonrió para sí misma mientras observaba a Richard. Estaba absorto en su trabajo. Nicole cerró los ojos por un momento.

—Lo siento si me he entretenido demasiado —estaba diciendo Richard—, No dejo de pensar en nuevas cosas que añadir, y además necesitaba readaptar el enlace...

Nicole despertó lentamente; se había quedado dormida.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —dijo con un bostezo.

—Un poco más de una hora —respondió Richard, casi avergonzado—. Pero todo está arreglado. Estoy listo para meter a los chicos en el metro.

Nicole miró alrededor.

—Pero los vagones aún siguen aquí —comentó.

—Creo que funcionan como todas las luces. Apuesto a que permanecerán en la estación mientras nosotros sigamos en la plataforma. Nicole se puso en pie y se despezó.

—Así que éste es el plan —dijo Richard—. Tengo el transceptor de control en mi mano. Hal y sir John tienen ambos audio, vídeo y sensores de infrarrojos que absorberán constantemente datos. Podemos elegir el canal de monitorización que deseemos en nuestros ordenadores y enviar nuevas órdenes cada vez que sea necesario.

—Pero, ¿las señales penetrarán estas paredes? —preguntó Nicole, recordando su experiencia dentro del cobertizo.

—Siempre que no tengan que viajar a través de demasiado material. El sistema está sobrediseñado en términos señal-ruido para conseguir alguna atenuación... Además, el metro grande llegó a nosotros en línea recta. Espero que el otro sea similar.

Richard colocó a los dos robots sobre la plataforma y les ordenó que se dirigieran al metro. Las puertas de ambos lados se abrieron cuando se acercaron a ellas,

—¡Dé mis recuerdos a la señora Quickly! —dijo Falstaff mientras subía—. Era una estúpida muchacha, pero tenía buen corazón. Nicole lanzó a Richard una desconcertada mirada.

—No borré toda su anterior programación —se echó a reír él—. De tanto en tanto harán probablemente algún absurdo comentario al azar.

Los dos robots permanecieron dentro del metro uno o dos minutos. Richard comprobó rápidamente sus sensores e hizo una nueva calibración en el monitor. Finalmente, las puertas del metro se cerraron, el vehículo aguardó otros diez segundos, y luego partió a toda velocidad túnel adentro.

Richard ordenó a Falstaff que mirara al frente, pero no había mucho que ver por la ventana. Fue un viaje sorprendentemente largo a mucha velocidad. Richard estimó que el pequeño metro había viajado varios kilómetros antes de que finalmente frenara su marcha y se detuviera.

Richard aguardó antes de ordenar a los dos robots que abandonaran el vehículo. Deseaba asegurarse de que no habían llegado a una parada intermedia. Sin embargo, no había de qué preocuparse: el primer conjunto de imágenes del príncipe Hal y Falstaff mostró que el metro había llegado realmente al final de su trayecto.

Los dos robots caminaron por la plana plataforma al lado del vehículo y fotografiaron más elementos de su entorno. La estación del metro tenía arcos y columnas, pero era básicamente una larga sala conectada. Richard estimó por las imágenes que la altura del techo era de unos dos metros. Ordenó a Hal y Falstaff que siguieran un largo pasillo que se alejaba hacia la izquierda, perpendicularmente a la vía del metro.

El pasillo terminaba frente a otro túnel, éste de apenas cinco centímetros de alto. Mientras los robots examinaban el suelo, descubriendo dos diminutas bandas que se extendían casi hasta sus pies, un metro de minúsculas proporciones llegó a la estación. Con sus puertas abiertas y su interior iluminado, Richard y Nicole pudieron ver que el nuevo vagón era idéntico, excepto en tamaño, a los dos que habían visto antes.

Los cosmonautas estaban sentados juntos en la plataforma, contemplando ávidamente el pequeño monitor del ordenador. Richard ordenó a Falstaff que tomara una foto del príncipe Hal de pie junto al diminuto metro.

—El vagón en sí —dijo Richard a Nicole tras estudiar la imagen— tiene menos de dos centímetros de altura. ¿Quién puede viajar en él? ¿Hormigas?

Nicole agitó la cabeza y no dijo nada. Se sentía desconcertada de nuevo. En aquel momento estaba pensando también en su reacción inicial a Rama, después del viaje en el trasbordador desde la escotilla hermética hasta la estación de comunicaciones en la parte superior de la escalera Alfa. Nunca en mi más loca imaginación, pensó, recordando su maravilla ante la primera visión panorámica, hubiera imaginado que habría tantos nuevos misterios. Los primeros exploradores apenas rascaron la superficie...

—Richard —dijo Nicole, interrumpiendo sus propios pensamientos. Él ordenó a los robots que retrocedieran por el pasillo y luego alzó la vista por un momento en el monitor.

—¿Sí? —dijo.

—¿Cuál es el espesor del casco extremo de Rama?

—Unos cuatrocientos metros, creo —dijo, con una expresión ligeramente desconcertada—. Pero eso es en uno de los extremos. No tenemos ninguna forma precisa de saber cuál es el espesor del casco en ninguna otra parte. Norton y su equipo informaron que la profundidad del Mar Cilíndrico era muy variable... desde tan poco como cuarenta metros en algunos lugares hasta tanto como ciento cincuenta en otros. Eso sugiere un espesor del casco de varios cientos de metros como mínimo.

Richard comprobó rápidamente el monitor. El príncipe Hal y Falstaff estaban casi de vuelta en la estación donde habían bajado del metro. Les transmitió una orden de alto y se volvió hacia Nicole.

—¿Por qué lo pregunta? No es propio de usted formular preguntas ociosas.

—Evidentemente, hay todo un mundo inexplorado aquí abajo —respondió Nicole—. Tomaría toda una vida...

—No tenemos tanto tiempo —interrumpió Richard con una carcajada—. Al menos, no una vida normal... Pero volviendo a su pregunta del espesor, recuerde que todo el Hemicilindro Sur tiene un nivel de suelo cuatrocientos cincuenta metros por encima del norte. Así que, a menos que haya algunas irregularidades estructurales importantes, y puedo asegurar que no hemos visto ninguna desde fuera, el espesor debe ser sustancialmente más grande en el sur.

Richard aguardó a que Nicole dijera algo más. Cuando ella permaneció en silencio durante varios segundos, se volvió hacia el monitor y siguió su exploración subrogada con los robots.

Había una buena razón para la pregunta de Nicole acerca del espesor del casco. Tenía una imagen en su mente que no podía apartar de sí.

Nicole se imaginaba llegando al extremo de uno de aquellos largos túneles subterráneos, abriendo una puerta y quedando cegada repentinamente por la luz del Sol. ¿No sería increíble, pensaba, ser una criatura inteligente habitante de este laberinto de túneles y tenues luces y luego de pronto, por casualidad, tropezar con algo que cambiaría irrevocablemente todo tu concepto del universo? ¿Cómo podrías volver...?

—Y ahora, ¿qué demonios es eso? —estaba diciendo Richard. Nicole detuvo sus erráticos pensamientos y se enfocó en el monitor. El príncipe Hal y Falstaff habían entrado en una amplia sala en el extremo opuesto de la estación del metro y estaban de

pie frente a un conglomerado como una red apelotonada de aspecto esponjoso. La imagen infrarroja de la escena mostraba una esfera alojada en el interior de la red, que irradiaba calor, A sugerencia de Nicole, Richard ordenó a los robots que dieran la vuelta al objeto y examinaran el resto de su nuevo dominio.

La sala era inmensa. Se extendía hasta una distancia mucho más allá del límite de resolución de los dispositivos vídeo que llevaban los robots. El techo estaba a casi veinte metros de altura, y las paredes de los dos lados estaban separadas por más de cincuenta metros. Podían verse varios otros objetos esféricos similares encajados en masas esponjosas dispersos en la distancia por la habitación. Un retículo, que se extendía casi a todo lo ancho de la estancia pero se detenía a cinco metros por encima del suelo, colgaba del alto techo en primer término. Otro retículo apenas era visible a un centenar de metros o así detrás del primero.

Richard y Nicole discutieron lo que tenían que hacer los robots a continuación. No había otras salidas ni de la estación de metro ni de la gran estancia. Una imagen panorámica en torno de esa última no reveló nada de interés excepto las esferas encajadas en sus nidos. Nicole deseaba traer a los robots de vuelta y abandonar de inmediato aquel lugar. La curiosidad de Richard exigía al menos una investigación somera de uno de los objetos esféricos.

Los dos robots consiguieron, no sin cierta dificultad, penetrar en el entramado material hasta alcanzar la esfera del centro. Una de las finalidades del material externo era claramente absorber el calor. Cuando los robots llegaron a la esfera alojada en su interior, sus monitores internos destellaron una advertencia de que la temperatura exterior excedía los límites de seguridad de su operativa.

Richard actuó rápidamente. Dirigiendo a los robots sobre una base de movimiento constante, determinó que la esfera era virtualmente impenetrable, y que probablemente estaba hecha de una densa aleación metálica con una superficie muy dura. Falstaff golpeó varias veces la esfera con su brazo; el sonido resultante fue sordo, indicando que la esfera estaba llena, probablemente de un líquido. Los dos robots estaban abriéndose camino fuera de la red esponjosa cuando sus sistemas de audio captaron el sonido de recios cepillos frotando contra metal.

Richard intentó acelerar su escape. Hal consiguió incrementar su ritmo, pero Falstaff, cuyos subsistemas habían sufrido una elevación excesiva de temperatura durante su proximidad a la esfera, se vio impedido por su propio procesador lógico interno de acelerar sus acciones. El sonido de cepillo fue haciéndose más intenso.

El monitor del ordenador en la plataforma entre los dos cosmonautas fue cambiado a una pantalla subdividida. El príncipe Hal alcanzó el borde externo de la esponja, golpeó el suelo y se encaminó hacia el metro sin aguardar a su compañero. Falstaff continuó abriéndose trabajosamente camino.

—Es demasiado trabajo para un borrachín —murmuró, mientras se arrastraba por encima de otra barrera.

El sonido metálico raspante cesó de pronto, y la cámara de Falstaff registró la imagen de un objeto largo y delgado a franjas negras y doradas. Unos momentos más tarde el encuadre de la cámara se volvió negro, y la alarma de "Inminente falla terminal" del pequeño robot empezó a sonar. Richard y Nicole tuvieron de nuevo un parpadeante atisbo de una imagen procedente de Falstaff; mostraba lo que podía ser un gigantesco ojo desde muy cerca, una negra mezcla gelatinosa teñida de azul. Luego todas las transmisiones del robot, incluida la telemetría de emergencia, cesaron bruscamente.

Mientras tanto, Hal había entrado en el vagón de metro que aguardaba. Durante los segundos antes de que el metro abandonara la estación, el ominoso sonido raspante volvió a oírse de nuevo. Pero el metro partió de todos modos, con el robot en su interior, e inició su camino a través del túnel hacia los dos cosmonautas. Richard y Nicole dejaron escapar un suspiro de alivio.

No más de un segundo más tarde, un fuerte sonido como de cristal rompiéndose fue recogido por el sistema de audio del príncipe Hal. Richard ordenó al robot que se volviera hacia la dirección de donde procedía el sonido, y la cámara de Hal grabó un solitario tentáculo negro y dorado agitándose en medio del aire. El tentáculo había roto la ventanilla y avanzaba inexorablemente hacia el robot. Tanto Richard como Nicole se dieron cuenta en el mismo momento de lo que estaba ocurriendo. ¡La cosa estaba posada encima del vagón! ¡Y avanzaba hacia ellos!

Nicole estaba trepando ya por los salientes al momento siguiente. Richard perdió varios valiosos segundos recogiendo el monitor de su ordenador y guardando todo su equipo en la mochila. Oyó la alarma de "Inminente falla terminal" del príncipe Hal cuando se hallaba a medio camino salientes arriba. Richard se volvió para mirar justo en el momento en que el metro salía del túnel debajo de él.

Lo que vio hizo que se le helara la sangre. Encima del vagón había una enorme y oscura criatura cuyo cuerpo central, si eso era realmente, estaba aplastado contra el techo. Una serie de tentáculos a franjas se extendían en todas direcciones. Cuatro de ellos habían perforado las ventanillas del vagón y aferrado al robot. La cosa saltó rápidamente del metro y enrolló uno de sus ocho tentáculos en los salientes inferiores.

Richard no aguardó más. Trepó por el resto del cilindro y echó a correr por el túnel de arriba, siguiendo los pasos de Nicole, ya muy distanciada de él.

Mientras corría, Richard observó que el túnel se curvaba ligeramente hacia la derecha. Se recordó a sí mismo que, aunque no era el mismo túnel que habían utilizado antes, también debía de conducir a las rampas. Tras varios centenares de metros, Richard se detuvo para escuchar los sonidos de su perseguidor. No oyó nada. Apenas había inspirado profundamente dos veces antes de empezar a correr de nuevo cuando sus oídos fueron asaltados por un terrible grito frente a él. Era Nicole. Oh, mierda, pensó, mientras echaba a correr de nuevo hacia ella.

47 - Matrices progresivas

—Nunca, nunca en toda mi vida —le dijo Nicole a Richard— había visto nada que me aterrara tanto.

Los dos cosmonautas estaban sentados con la espalda contra la pared de uno de los rascacielos que rodeaban la plaza occidental. Ambos respiraban aún pesadamente, agotados por su frenética escapatoria. Nicole bebió un largo sorbo de agua.

—Apenas había empezado a relajarme —prosiguió—. No oía nada más excepto sus pasos detrás de mí. Decidí detenerme en el museo y aguardar a que me alcanzara. Todavía no se me había ocurrido que habíamos tomado el "otro" túnel.

"Debió resultar evidente, por supuesto, ya que la abertura estaba en el otro lado. Pero en aquellos momentos yo no pensaba lógicamente. Sea como fuere, entré en la habitación, las luces se encendieron... y allí estaba, a no más de tres metros frente a mí. Pensé que se me paraba el corazón...,"

Richard recordó a Nicole corriendo a refugiarse en sus brazos en el túnel y sollozando incontinentemente durante varios segundos:

—Es Takagishi... disecado como un ciervo o un tigre... en la abertura de la derecha — le dijo, entre temblores y estremecimientos. Después de recobrar el control, los dos juntos siguieron por el túnel. Dentro de la sala, de pie, erguido justo al otro lado de la entrada, Richard vio con un impresionado estremecimiento al cosmonauta del Proyecto Newton Shigeru Takagishi. Iba vestido con su overol de vuelo y tenía exactamente el mismo aspecto que cuando lo habían visto por última vez en el campamento Beta. Su rostro estaba congelado en una agradable sonrisa y sus brazos colgaban a los lados.

—¿Qué demonios? —exclamó Richard, parpadeando dos veces, con su curiosidad sólo un poco más intensa que su terror. Nicole había apartado los ojos. Aunque lo había visto antes, el Takagishi disecado parecía demasiado vivo y real para ella.

Sólo habían permanecido durante un minuto en la amplia sala. La taxidermia alienígena había hecho maravillas también en un ave con un ala rota que colgaba del techo al lado de Takagishi. Contra la pared, detrás del científico japonés, estaba la cabaña de Richard y Nicole que había desaparecido el día antes. El tablero electrónico hexagonal de la estación científica portátil estaba en el suelo junto a los pies de Takagishi, no lejos de un modelo a escala de un bulldozer biot. Otras réplicas biot estaban esparcidas por toda la habitación.

Richard empezaba a estudiar la variada colección de biots de la sala cuando oyeron débilmente el familiar sonido arrastrante desde el túnel por el que habían venido. No perdieron más tiempo. Su huida por el túnel y subiendo las rampas se vio interrumpida tan sólo por una breve parada en la cisterna para volver a llenar su cantimploras con agua fresca.

—El doctor Takagishi era un hombre gentil y sensible —le dijo Nicole a Richard—, con un apasionado interés hacia su trabajo. Justo antes del despegue lo visité en Japón, y me dijo que la ambición de su vida había sido siempre explorar una segunda nave espacial Rama.

—Es una vergüenza que haya tenido que sufrir una muerte tan desagradable —respondió hoscamente Richard—. Supongo que la octoaraña, o una de sus amigas, debió de arrastrarlo hasta aquí abajo casi inmediatamente para una visita al taxidermista. Seguro que no perdieron ningún tiempo exhibiéndolo.

—¿Sabe una cosa?, no creo que lo mataran —declaró Nicole—. Quizá sea irremediabilmente ingenua, pero no veo ninguna prueba de juego sucio en su... su estatua.

—¿Cree que simplemente lo mataron de un susto? —gruñó Richard sarcásticamente.

—Sí, Al menos, es posible. —Pasó los siguientes cinco minutos explicándole el problema cardíaco de Takagishi.

—Me sorprende usted, Nicole —murmuró Richard tras escuchar atentamente sus palabras—. Siempre la juzgué mal. Pensé que era la señorita Estricta y Decorosa, siempre actuando según las reglas. Nunca le concedí el crédito de poseer una mente propia. Sin mencionar un fuerte rasgo de compasión.

—En este caso, no estoy segura de que sea algo bueno. Si me hubiera atendido estrictamente a las reglas, ahora Takagishi estaría vivo con su familia en Kyoto.

—Y se habría perdido la experiencia más singular de su vida... lo cual me lleva a una interesante cuestión, mi querida doctora. Seguro que es usted consciente, mientras permanecemos sentados aquí, de que las posibilidades no nos favorecen. Es muy probable que ambos muramos sin volver a ver otro rostro humano. ¿Cómo se siente al respecto? ¿Dónde encaja su muerte, o cualquier muerte, si lo prefiere, en su esquema general de las cosas?

Nicole miró a Richard. Se sintió sorprendida por el tenor de su pregunta. Intentó sin éxito leer la expresión en su rostro.

—No tengo miedo, si es eso lo que quiere decir —respondió cuidadosamente—. Como médica, he pensado a menudo en la muerte. Y, por supuesto, puesto que mi madre murió cuando yo era muy pequeña, incluso de niña me vi obligada a enfrentarme a algunas perspectivas sobre el tema.

Hizo una breve pausa.

—Por lo que a mí respecta, sé que me gustaría seguir con vida hasta que Genevieve fuera mayor... a fin de poder ser la abuela de sus hijos. Pero simplemente seguir con vida no es lo más importante. La vida debe tener la cualidad de ser valiosa para algo. Y tener la cualidad de sentirnos dispuestos a correr algunos riesgos... No me estoy centrando mucho en el tema, ¿verdad?

Richard sonrió.

—No —dijo—, pero me gusta su deriva general. Ha mencionado usted la palabra clave. Cualidad... ¿Ha pensado alguna vez en el suicidio? —preguntó de pronto.

—No —respondió Nicole, sacudiendo la cabeza—. Nunca. Siempre ha habido demasiadas cosas por las que vivir. —Tiene que haber alguna razón para esta pregunta, pensó, —¿Y usted? —dijo, tras un corto silencio—. ¿Pensó alguna vez en el suicidio durante sus problemas con su padre?

—Sorprendentemente, no —respondió él—. Las palizas de mi padre nunca me hicieron perder mis ansias por vivir. Había demasiado que aprender. Y yo sabía que me haría más fuerte que él y que finalmente podría tomar mis propias decisiones. —Hizo una larga pausa antes de proseguir: —Pero hubo un período en mi vida en el que sí pensé seriamente en el suicidio. Mi dolor y mi furia fueron tan grandes que no creí que pudiera soportarlos.

Guardó silencio, encerrado en sus pensamientos. Nicole aguardó pacientemente. Al final, deslizó su brazo bajo el de él.

—Bien, amigo mío —dijo con voz animada—, puede contármelo algún día. Ninguno de los dos está acostumbrado a compartir nuestros más profundos secretos. Quizás

aprendamos con el tiempo. Voy a empezar diciéndole por qué creo que no vamos a morir, y por qué creo que lo primero que deberíamos hacer sería explorar la zona en torno de la plaza occidental.

Nicole nunca le había contado nada a nadie, ni siquiera a su padre, su "viaje" durante el Poro. Antes de terminar de contarle la historia a Richard, no sólo le había relatado lo que le había ocurrido a los siete años en el Poro, sino también la historia de la visita de Omeh a Roma, las profecías senoufo acerca de la "mujer sin compañero" que dispersa su progenie "entre las estrellas", y los detalles de su visión después de beber el Trasquilo en el fondo del pozo.

Richard fue incapaz de decir nada. El conjunto de aquellas historias era tan extraño a su mente matemática que ni siquiera sabía cómo reaccionar. Miró a Nicole con sorpresa y maravilla. Finalmente, azorado por su silencio, empezó a hablar.

—No sé qué decir...

Nicole llevó sus dedos a los labios de él.

—No necesita decir nada —indicó—. Puedo leer su reacción en su rostro. Podemos hablar de ello mañana, después que haya tenido algo de tiempo para pensar en lo que he dicho.

Nicole bostezó y consultó su reloj. Extrajo su saco de dormir de su mochila y lo desenrolló en el suelo.

—Estoy agotada —declaró—. No hay nada como un poco de terror para producir una fatiga instantánea. Volveremos a vernos dentro de cuatro horas.

—Llevamos hora y media explorando —dijo impacientemente Richard—. Mire este mapa. No hay ningún lugar dentro de un radio de quinientos metros del centro de la plaza donde no hayamos estado al menos un par de veces.

—Entonces estamos haciendo algo mal —respondió Nicole—. Había tres fuentes de calor en mi visión. —Richard frunció el entrecejo. —O seamos lógicos, si lo prefiere. ¿Por qué debería haber tres plazas y sólo dos entradas a un mundo subterráneo? Usted mismo dijo que los ramanes siempre siguen un plan razonable.

Estaban de pie frente a un dodecaedro que miraba hacia la plaza oriental.

—Y otra cosa —gruñó Richard, casi para sí mismo—, ¿cuál es el propósito de estos malditos poliedros? Hay uno en cada sector, y los tres más grandes están en las plazas... Espere un momento —dijo, mientras sus ojos iban de una de las doce caras del dodecaedro a un rascacielos en el lado opuesto. Luego su cabeza recorrió rápidamente toda la plaza. —¿Es posible? —murmuró—. No —se respondió a sí mismo—, tiene que ser imposible.

Se dio cuenta de que Nicole lo estaba mirando fijamente.

—Tengo una idea —dijo excitadamente—. Puede que sea completamente loca... ¿Recuerda al doctor Bardolini y sus matrices progresivas? ¿Con los delfines? ¿Y si los ramanes hubieran dejado también un esquema aquí en Nueva York de sutiles diferencias que cambian de plaza en plaza y de sección en sección? Mire... no es algo más loco que sus visiones.

Richard estaba ya de rodillas en el suelo, trabajando con sus mapas de Nueva York.

—¿Puedo usar también su ordenador? —le dijo a Nicole unos momentos más tarde—. Eso acelerará el proceso.

Durante horas, Richard Wakefield estuvo sentado delante de los dos ordenadores, murmurando para sí mismo e intentando resolver el rompecabezas de Nueva York. Cuando hizo una pausa para comer algo ante la insistencia de Nicole, le explicó a ésta que la localización del tercer agujero al subsuelo sólo podía ser determinada si comprendía exhaustivamente las relaciones geométricas entre los poliedros, las tres plazas, y todos los rascacielos inmediatamente opuestos a las caras principales de los poliedros en cada uno de los nueve sectores. Dos horas antes de que se hiciera de nuevo oscuro Richard corrió apresuradamente a una sección adyacente para obtener unos datos extras que no había registrado todavía en sus mapas por ordenador.

Ni siquiera cuando se apagaron las luces dejó de trabajar. Nicole durmió la primera parte de la noche de quince horas. Cuando despertó después de cinco horas, Richard aún seguía trabajando febrilmente en su proyecto. Ni siquiera oyó carraspear a Nicole. Ésta se levantó en silencio y apoyó ambas manos en sus hombros.

—Tiene que dormir un poco, Richard —dijo suavemente.

—Ya casi lo he conseguido —dijo él. Ella vio las bolsas bajo sus ojos cuando se volvió para mirarla. —No más de otra hora.

Nicole regresó a su saco de dormir. Cuando Richard la despertó más tarde, estaba lleno de entusiasmo.

—¿No quiere saberlo? —le dijo con una sonrisa—. Hay tres soluciones posibles, cada una consistente con todos los esquemas. —Caminó de un lado para otro durante casi un minuto. —¿Podemos ir a comprobarlo ahora? —dijo, casi suplicante—. No creo que pueda dormir hasta que lo descubra.

Ninguna de las tres soluciones para la localización de la tercera entrada estaba cerca de la plaza. La primera estaba a más de un kilómetro de distancia, en el borde de Nueva York opuesto al Hemicilindro Norte. No encontraron nada allí. Luego caminaron otros

quince minutos en la oscuridad hasta la segunda localización posible, un lugar muy cerca de la esquina sudeste de la ciudad.

Richard y Nicole recorrieron la calle indicada y hallaron la cubierta en el lugar exacto que Richard había predicho.

—¡Aleluya! —exclamó éste, extendiendo su saco de dormir junto a la cubierta—. Hurra por las matemáticas.

Hurra por Omeh, pensó Nicole. Ya no tenía sueño, pero no se sentía ansiosa de explorar por sí misma ningún nuevo territorio en la oscuridad. ¿Qué viene primero?, se preguntó mientras permanecía tendida, despierta, en su saco. ¿La intuición o las matemáticas? ¿Usamos modelos para ayudarnos a descubrir la verdad? ¿O sabemos la verdad primero, y luego desarrollamos las matemáticas para explicarla?

Se levantaron al amanecer.

—Los días siguen siendo cada vez más cortos —mencionó Richard a Nicole—. Pero la suma del tiempo diurno y del nocturno sigue estando establecida en cuarenta y seis horas, cuatro minutos y catorce segundos.

—¿Cuánto tiempo queda antes de que alcancemos la Tierra? —preguntó Nicole mientras metía su saco de dormir en su bolsa protectora.

—Veinte días y tres horas —respondió él tras consultar su ordenador—. ¿Está preparada para otra aventura? Ella asintió.

—Supongo que también sabrá dónde hallar el panel que abre esta cubierta.

—No —dijo él con confianza—, pero apuesto a que no será difícil de hallar. Y, una vez que hallemos esto, la apertura del nido de las aves será un juego de niños, porque habremos descubierto el esquema.

Diez minutos más tarde, Richard apretaba una placa de metal y la tercera cubierta se abría. El descenso en ese tercer agujero se efectuaba por una amplia escalera interrumpida por ocasionales descansillos. Utilizaron sus linternas para descubrir el camino, puesto que ninguna luz iluminó su descenso.

La sala del agua estaba en el mismo lugar que en los otros dos reinos subterráneos. No hubo ningún sonido en los túneles horizontales que partían de la escalera central en ninguno de los dos niveles principales.

—No creo que nadie viva aquí —dijo Richard.

—Al menos todavía no —respondió Nicole.

Richard estaba desconcertado. En la primera sala fuera de uno de los túneles horizontales superiores había hallado una colección de extraños artilugios que había decodificado en menos de una hora. Ahora sabía cómo regular las luces y la temperatura de cada parte en particular del mundo subterráneo. Pero si era tan fácil, y todas aquellas estructuras estaban construidas de una forma similar, ¿por qué las aves no utilizaban las luces de las que disponían? Mientras estaban desayunando, Richard le pidió a Nicole que le diera detalles del nido de las aves.

—No debemos dejar a un lado aspectos más fundamentales —dijo Nicole mientras daba un mordisco a su melón maná—. Las aves no son importantes por sí mismas. La auténtica cuestión es: ¿dónde están los ramanes? Y, por encima de todo, ¿por qué situaron esos agujeros debajo de Nueva York?

—Quizá todos ellos sean ramanes —respondió Richard—. Los biots, las aves, las octoarañas... quizá todos procedieron originalmente del mismo planeta. Al principio, todos eran una familia feliz. Pero, a medida que transcurrían los años y las generaciones, las distintas especies evolucionaron de formas separadas. Fueron construidos esos refugios individuales y...

—Hay demasiados problemas en este escenario —interrumpió Nicole—. En primer lugar, los biots son definitivamente máquinas. Las aves pueden serlo o no. Las octoarañas casi con toda seguridad no lo son, aunque un nivel tecnológico que puede construir esta nave espacial puede haber avanzado en inteligencia artificial más allá de todo lo que podemos imaginar. Mi intuición, sin embargo, me dice que todas esas cosas son orgánicas.

—Nosotros los humanos nunca seremos capaces de distinguir entre una criatura viva y una máquina versátil creada por una especie realmente avanzada.

—Estoy de acuerdo en eso. Pero no podemos resolver esta cuestión por nosotros mismos. Además, hay otra cosa que querría discutir aquí.

—¿Cuál es? —preguntó Richard.

—¿Existían también las aves y las octoarañas y esas regiones subterráneas en Rama I? Si es así, ¿por qué Norton y su equipo no llegaron a descubrir su existencia? Si no, ¿por qué se hallan en esta nave espacial y no en la primera?

Richard guardó silencio durante varios segundos.

—Sé adonde quiere ir a parar —dijo finalmente—. La premisa fundamental ha sido siempre que las naves espaciales Rama fueron creadas hace millones de años por unos seres desconocidos de otra región de la galaxia, y que se desentendieron totalmente de

ellas y de todo lo que encontraran durante su viaje. Si fueron creadas hace tanto tiempo, ¿por qué dos vehículos que presumiblemente fueron construidos y enviados al mismo tiempo poseen tan notables diferencias?

—Estoy empezando a creer que nuestro colega de Kyoto tenía razón —respondió Nicole—. Quizás existe un esquema significativo en todo esto. Estoy casi segura de que el equipo Norton fue concienzudo y preciso en su exploración, y que todas las distinciones entre Rama I y Rama II son reales. Tan pronto como admitamos que las dos naves espaciales son distintas, nos enfrentamos a un asunto mucho más difícil. ¿Por qué son diferentes?

Richard había terminado de comer y ahora estaba yendo de un lado para otro en el túnel débilmente iluminado.

—Hubo una discusión muy parecida a ésta, antes que se decidiera abortar la misión. En la teleconferencia, la cuestión principal planteada fue: ¿por qué los ramanes han cambiado el rumbo para acudir al encuentro de la Tierra? Puesto que la primera nave espacial no lo hizo, esto fue considerado como una clara prueba de que Rama II era diferente. Y la gente que participó en esa reunión no sabía nada de las aves ni las octoarañas.

—Al general Borzov le hubieran encantado las aves —comentó Nicole tras un corto silencio—. Creía que volar era el mayor placer del mundo. —Se echó a reír. —En una ocasión me dijo que su secreta esperanza en la vida era que la reencarnación fuera un hecho y que él pudiera volver como un pájaro.

—Era un hombre estupendo —admitió Richard, deteniendo momentáneamente su marcha—. No creo que apreciáramos como correspondía todos sus talentos.

Mientras Nicole volvía a guardar parte del melón maná en su mochila y se preparaba para proseguir la exploración, sonrió a su peripatético amigo.

—¿Una pregunta más, Richard? Él asintió.

—¿Cree que todavía no hemos encontrado a ningún ramane? Me refiero a las criaturas que construyeron este vehículo. O a cualquiera de sus descendientes.

Richard sacudió vigorosamente la cabeza.

—Absolutamente no —dijo—. Quizás hayamos encontrado algunas de sus creaciones. O incluso otras especies del mismo planeta. Pero todavía no hemos visto a los personajes principales.

Hallaron la Sala Blanca a la izquierda de un túnel horizontal en el segundo nivel bajo la superficie. Hasta entonces la exploración había sido casi aburrida. Habían recorrido varios túneles y mirado habitación vacía tras habitación vacía. En cuatro ocasiones hallaron un

conjunto de dispositivos de regulación de las luces y la temperatura. Hasta que alcanzaron la Sala Blanca, no encontraron nada de interés.

Tanto Richard como Nicole se quedaron asombrados cuando entraron en una sala cuyas paredes estaban pintadas de un blanco deslumbrante. Además de la pintura, la sala era fascinante porque un rincón estaba atestado de objetos que, una vez examinados de cerca, resultaron ser completamente familiares. Había un peine y un cepillo, un lápiz de labios vacío, varias monedas, una colección de llaves, e incluso algo que parecía un antiguo walkie-talkie. En otra pila había un anillo y un reloj de pulsera, un tubo de pasta dentífrica, una lima de uñas y un pequeño teclado de ordenador con alfabeto latino. Richard y Nicole se quedaron asombrados.

—Muy bien, genio —dijo ella con un gesto de su mano—. Explique esto, si puede.

Él tomó el tubo de pasta dentífrica, desenroscó el tapón y apretó. Brotó una sustancia blanca. Richard tomó un poco con el dedo y se la llevó a la boca.

—Uf —dijo, escupiéndola—. Traiga su espectrómetro de masas.

Mientras Nicole examinaba la pasta dentífrica con sus sofisticados instrumentos médicos, Richard examinó todos los demás objetos. El reloj en particular lo fascinó. Seguía marcando exactamente el tiempo, segundo a segundo, aunque su punto de referencia era completamente desconocido.

—¿Ha estado alguna vez en el museo del espacio en Florida? —le preguntó a Nicole.

—No —respondió ella distraídamente.

—Tenían un display de los objetos comunes que llevaron consigo los miembros del equipo de la primera misión a Rama. Este reloj tiene exactamente el mismo aspecto del que era mostrado allí... lo recuerdo bien porque compré uno similar en la tienda del museo.

Nicole alzó la vista con una expresión de desconcierto en su rostro.

—Esta materia no es pasta dentífrica, Richard. No sé qué es. El espectro es sorprendente, con una abundancia de moléculas superpesadas.

Durante varios minutos los dos cosmonautas revolvieron en la extraña colección de objetos, intentando extraer algún sentido de su más reciente descubrimiento.

—Una cosa es cierta —dijo Richard, mientras intentaba abrir sin éxito el walkie-talkie—. Estos objetos se hallan definitivamente asociados con los seres humanos. Simplemente hay demasiados de ellos para pensar en una especie de extraña coincidencia interespecies.

—Pero, ¿cómo han llegado hasta aquí? —preguntó Nicole. Estaba intentando utilizar el cepillo, pero sus cerdas eran demasiado blandas para su pelo. Las examinó con mayor

detalle. —No se trata realmente de un cepillo —anunció—. Parece un cepillo, y crees que es un cepillo, pero es inútil para el pelo.

Se inclinó y recogió la lima para las uñas. —Y esto no puede ser utilizado para limar ninguna uña humana.

Richard se acercó para ver de qué estaba hablando ella. Todavía estaba forcejeando con el walkie-talkie. Lo dejó caer disgustado y tomó la lima para las uñas que Nicole le tendía.

—¿Así que estas cosas parecen humanas, pero no lo son? —dijo, pasando la lima por la punta de su uña más larga. La uña siguió como antes. Richard se la devolvió a Nicole. —¿Qué está ocurriendo aquí? —dijo con tono frustrado.

—Recuerdo haber leído una novela de ciencia-ficción mientras estaba en la universidad —dijo Nicole unos segundos más tarde—, en la que una especie extraterrestre aprendía acerca de los seres humanos principalmente a través de nuestros primitivos programas de televisión. Cuando finalmente nos contactaron, nos ofrecieron como gesto de buena voluntad cajas de cereal y jabones y otros objetos que los alienígenas habían visto en nuestros anuncios televisivos. Las cajas estaban todas convenientemente imitadas, pero el contenido o no existía o era absolutamente equivocado.

Richard no había estado escuchando atentamente. Estaba tocando las llaves y contemplando la colección de objetos de la sala.

—Pensemos un momento —dijo, casi para sí mismo—. ¿Qué tienen todas estas cosas en común?

Ambos llegaron a la misma respuesta unos segundos más tarde.

—Eran cosas que llevaba el equipo Norton —dijeron al unísono Richard y Nicole.

—Así que los dos vehículos Rama tienen que haber mantenido una especie de comunicación —dijo Richard.

—Y estos objetos han sido colocados aquí a propósito, para mostrarnos que la visita a Rama I fue observada y registrada.

—Las arañas biots que inspeccionaron los campamentos y el equipo de Norton debían de tener sensores de imágenes.

—Y todas estas cosas fueron fabricadas a partir de las imágenes transmitidas de Rama I a Rama II.

Tras el último comentario de Nicole los dos guardaron silencio, cada cual siguiendo sus propios pensamientos.

—Pero, ¿por qué desean que nosotros sepamos todo esto? ¿Qué es lo que se supone que debemos hacer ahora? —Richard se puso de pie y empezó a ir de un lado para otro

por la sala. De pronto se echó a reír. —¿No sería sorprendente —dijo— si David Brown tuviera razón finalmente, si los ramanes se sintieran en realidad completamente desinteresados de todo lo que encontrarán, pero hubieran programado sus vehículos espaciales para actuar como si estuvieran interesados en sus visitantes? Halagarían a cualquier especie con la que tropezaran haciendo correcciones de rumbo y creando objetos sencillos. Qué increíble ironía. Puesto que todas las especies inmaduras se hallan infaliblemente centradas en sí mismas, los visitantes a la nave Rama estarían totalmente ocupados intentando comprender un supuesto mensaje...

—Creo que usted se está dejando llevar demasiado lejos —interrumpió Nicole—, Todo lo que sabemos en este momento es que, al parecer, esta nave espacial recibió imágenes de Rama I, y que reproducciones de algunos pequeños objetos cotidianos que llevaba el equipo Norton fueron colocados aquí en esta sala para que nosotros los encontráramos.

—Me pregunto si el teclado es tan inútil como todo lo demás —dijo Richard mientras lo recogía. Tecléo la palabra "Rama". No ocurrió nada. Probó con "Nicole". Nada tampoco.

—¿No recuerda cómo funcionaban los antiguos modelos? —indicó Nicole con una sonrisa. Tomó el teclado. —Todos tenían un interruptor de conexión separado. —Pulsó la única tecla que no tenía ninguna inscripción en ella en la parte superior derecha del teclado.

Una porción de la pared opuesta se abrió, revelando una amplia zona cuadrada negra de aproximadamente un metro de lado.

El pequeño teclado era parecido a los conectados a los ordenadores portátiles de la primera misión Rama. Tenía cuatro hileras de doce caracteres, más una tecla de conexión en la esquina superior derecha. Las veintiséis letras latinas, los diez números arábigos y los cuatro operandos matemáticos estaban señalados en cuarenta de las teclas individuales. Las otras ocho teclas contenían o puntos o figuras geométricas en sus superficies y, además, podían ser pulsadas en posición "mayúscula" o "minúscula". Richard y Nicole aprendieron rápidamente que esas teclas especiales eran los auténticos controles del sistema ramano. Por el método de tanteo descubrieron también que el resultado de pulsar a nivel individual cualquier tecla de acción era una función del posicionado de las otras siete teclas. Así, apretar cualquier tecla de órdenes específica podía producir tanto como ciento veintiocho resultados diferentes. En conjunto, pues, el sistema proporcionaba mil veinticuatro acciones separadas que podían ser iniciadas desde el teclado.

Crear un diccionario de órdenes fue un proceso laborioso. Richard se ofreció como voluntario para la tarea. Utilizó su propio ordenador para tomar notas y empezó el proceso

de desarrollar los rudimentos de un lenguaje para traducir las órdenes especiales del teclado. La meta inicial era simple... conseguir utilizar el ordenador ramano como uno de los suyos. Una vez que estuviera desarrollada la traducción, cualquier input en los ordenadores portátiles Newton contendría, como parte de su output, qué conjunto de pulsaciones en las teclas del teclado ramano producirían una respuesta similar en la pantalla negra.

Incluso con la inteligencia y la experiencia en ordenadores de Richard, la tarea era formidable. También era algo que no podía compartirse fácilmente. Siguiendo una sugerencia de Richard, Nicole salió a la superficie dos veces durante el primer día ramano que permanecieron en la Sala Blanca, Ambas veces dio largos paseos por Nueva York, con los ojos clavados de tanto en tanto en el cielo en busca de algún helicóptero. En la segunda excursión, volvió al cobertizo donde había caído al pozo. Había ocurrido ya tanto después de aquello que su aterradora experiencia allá en el fondo de aquel agujero rectangular parecía historia antigua.

Pensaba a menudo en Borzov, Wilson y Takagishi. Todos los cosmonautas habían sabido cuando abandonaron la Tierra que había inseguridades en la misión. Se habían entrenado a menudo para manejar vehículos de emergencia, enfrentarse a problemas con su propia nave espacial que pudieran poner en peligro sus vidas. Pero ninguno de ellos había creído realmente que se produciría ningún accidente fatal durante la misión. Si Richard y yo perecemos aquí en Nueva York, se observó a sí misma, entonces casi la mitad de la tripulación habrá muerto. Ése será el peor desastre desde que empezamos a lanzar de nuevo al espacio misiones tripuladas.

Estaba de pie fuera del cobertizo, casi exactamente en el mismo punto donde ella y Francesca habían hablado con Richard a través del comunicador la última vez. ¿Por qué mentiste, Francesca?, se preguntó Nicole. ¿Pensaste que de algún modo mi desaparición silenciaría toda sospecha?

Durante la última mañana en el campamento Beta, antes que ella y los otros partieran en busca de Takagishi, Nicole había transmitido todas las notas de su ordenador portátil en Rama a través del sistema de la red al ordenador de su habitación en la Newton. En aquel momento Nicole había hecho la transferencia de datos simplemente para vaciar la memoria de su ordenador de viaje por si la necesitaba. Pero está todo allí, recordó, por si algún detective diligente lo busca alguna vez. Las drogas, la presión sanguínea de David, incluso una críptica referencia al aborto. Y, por supuesto, la solución de Richard al mal funcionamiento del CirRob.

En sus dos paseos Nicole vio varios ciempiés biots, e incluso en una ocasión un bulldozer, al límite de su visión. No vio ningún ave y tampoco oyó ni vio ninguna octoaraña. Quizá sólo salgan de noche, meditó mientras regresaba para cenar con Richard.

49 - Interacción

—Casi se nos ha terminado la comida —dijo Nicole. Volvió a guardar lo que quedaba del melón maná y lo metió en la mochila de Richard.

—Lo sé —respondió él—. Tengo un plan para que consiga un poco más.

—¿Yo? —exclamó Nicole—. ¿Por qué es mi trabajo?

—Bueno, en primer lugar, sólo requiere una persona. Trabajar con gráficos en el ordenador ramano me dio la idea. En segundo lugar, yo no puedo perder tiempo. Creo que estoy a punto de penetrar en el sistema operativo. Hay como unas doscientas órdenes que no puedo explicar a menos que ellos me permitan entrar en otro nivel, algún tipo de espacio de orden superior en la jerarquía.

Richard le había explicado a Nicole durante la cena que había ideado cómo utilizar el ordenador ramano como si fuera uno de la Tierra. Podía almacenar y recuperar datos, realizar cálculos matemáticos, diseñar gráficos, incluso crear nuevos lenguajes.

—Pero no he empezado a entrar todavía en su potencial —dijo—. Esta noche y mañana tengo que descubrir más de sus secretos. Se nos está acabando el tiempo.

Su plan para obtener comida era, de hecho, engañosamente simple. Tras la larga noche ramana (durante la cual Richard no debía de haber dormido más de tres horas), Nicole se dirigió hacia la plaza central para llevar a cabo el plan. Basándose en su análisis de las matrices progresivas, Richard le dio tres posibles localizaciones para el panel que abría la cubierta del nido de las aves. Estaba tan confiado en su análisis que ni siquiera quiso hablar de lo que haría ella si no encontrara la placa. Richard estaba en lo cierto. Nicole halló fácilmente el panel. Luego abrió la cubierta y gritó por el corredor vertical. No hubo ninguna respuesta.

Iluminó con su linterna la oscuridad a sus pies. El tanque centinela estaba de guardia, yendo de un lado para otro frente al túnel horizontal que daba paso a la estancia del agua. Nicole gritó de nuevo. Si podía evitarlo, no deseaba tener que descender ni siquiera hasta el primer rellano. Aunque Richard le había asegurado que acudiría en su rescate si no

volvía en el tiempo previsto, no le gustaba en absoluto la perspectiva de verse confinada de nuevo con las aves.

¿Era un distante parloteo lo que estaba oyendo? Nicole creyó que sí. Tomó una de las monedas que había encontrado en la Sala Blanca y la dejó caer en el corredor vertical. Cayó a plomo, golpeando contra un reborde en algún lugar cerca del segundo nivel principal. Esta vez el parloteo se hizo más fuerte. Una de las aves voló hacia arriba en el cono del haz de su linterna y por encima de la cabeza del tanque centinela. Un momento más tarde la cubierta empezó a cerrarse, y Nicole tuvo que apartarse.

Había hablado de esa contingencia con Richard. Aguardó varios minutos y luego pulsó de nuevo el panel. Cuando gritó a las profundidades del nido de las aves la segunda vez, la respuesta fue inmediata. Esta vez su amiga, el ave de terciopelo negro, voló hacia arriba hasta situarse a cinco metros de la superficie y le parloteó algo. Nicole tuvo muy claro que le estaba diciendo que se marchara. Antes de que el ave se diera la vuelta, sin embargo, Nicole extrajo el monitor de su ordenador y activó un programa almacenado. Dos melones maná aparecieron en la pantalla en un realista diseño gráfico. Mientras el ave miraba, los melones adquirieron color, y luego una nítida incisión mostró la textura y el color del interior de uno de ellos.

El ave de terciopelo negro se había acercado un poco más a la abertura para mirar mejor. Ahora se volvió y chilló algo a la oscuridad de abajo. Al cabo de un momento un segundo pájaro familiar, el probable compañero de la aterciopelada negra, ascendió volando y se posó en el primer reborde debajo del suelo. Nicole repitió el display. Los dos pájaros hablaron entre sí y luego se sumergieron volando en el nido.

Transcurrieron los minutos. Nicole pudo oír ocasionales parloteos procedentes de las profundidades del corredor. Finalmente regresaron sus dos amigos, cada uno llevando un pequeño melón maná entre sus garras. Se posaron en la plaza cerca de la abertura. Nicole avanzó hacia, los melones, pero las aves siguieron aferrándolos. Lo que siguió fue (supuso Nicole) una larga conferencia. Los dos pájaros hablaban individualmente o a la vez, siempre mirándola a ella y palmeando a menudo los melones. Quince minutos más tarde, aparentemente satisfechos de que le habían comunicado su mensaje, alzaron vuelo, trazaron un amplio círculo en torno de la plaza y desaparecieron en su nido.

Creo que me han estado diciendo que los melones son escasos, pensó mientras regresaba hacia la plaza oriental. Los melones eran pesados. Llevaba uno en cada una de las dos mochilas que había vaciado aquella mañana antes de abandonar la Sala Blanca. O quizá que no debo molestarlos más en el futuro. Sea como fuere, la próxima vez no van a recibirnos bien.

Imaginó que Richard se sentiría extasiado cuando regresara a la Sala Blanca. Así era, pero no a causa de Nicole y los melones maná. Tenía una amplia sonrisa que le iba de oreja a oreja y mantenía una mano en la espalda.

—Espere a que le muestre lo que tengo —dijo mientras ella descargaba las mochilas. Richard tendió la mano que mantenía a su espalda y la abrió. Contenía una solitaria esfera negra de unos diez centímetros de diámetro.

—No consigo imaginar ni de lejos toda la lógica, o cuánta información puedo conseguir en cada petición —dijo Richard—, pero he establecido un principio fundamental. Podemos solicitar y recibir "cosas" usando el ordenador.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Nicole, aún no segura de por qué estaba tan excitado respecto de la pequeña esfera negra.

—Hicieron esto para mí —dijo él, tendiendo de nuevo la esfera—, ¿No lo entiende? En alguna parte de por aquí tienen alguna especie de fábrica y pueden hacer cosas para nosotros.

—Entonces quizás "ellos", sean quienes fueren, pueden empezar fabricándonos algo de comida —dijo Nicole. Estaba un poco irritada porque Richard ni la hubiera felicitado ni le hubiera dado las gracias por los melones. —Es muy improbable que las aves nos faciliten más.

—Eso no será ningún problema —dijo él—, finalmente, cuando hayamos aprendido toda la amplitud del proceso de peticiones, puede que podamos pedir simplemente un bife con papas, o pescado, cualquier cosa, siempre que podamos describir lo que deseemos en términos científicos no ambiguos.

Nicole miró a su amigo. Con su pelo revuelto, su rostro sin afeitado, las bolsas bajo los ojos y su sonrisa salvaje, parecía en aquellos momentos un fugitivo de un manicomio.

—Richard —pidió—, ¿quiere frenar un poco? Si ha encontrado el Santo Grial, ¿puede al menos perder unos segundos explicándomelo?

—Mire la pantalla —dijo él. Utilizó el teclado para trazar un círculo, luego lo borró e hizo un cuadrado. En menos de un minuto dibujó exactamente un cubo en tres dimensiones. Cuando terminó con los gráficos, puso las ocho teclas de función en una configuración predeterminada y luego pulsó la tecla que mostraba un pequeño rectángulo. Un conjunto de extraños símbolos apareció en el monitor. —No se preocupe —dijo rápidamente—, no necesitamos comprender los detalles. Simplemente nos están pidiendo las especificaciones dimensionales del cubo.

Richard tecleó a continuación una serie de entradas en las teclas normales alfanuméricas.

—Ahora —dijo, volviéndose hacia Nicole—, si lo he hecho todo correctamente, tendremos un cubo, hecho del mismo material que la esfera, dentro de unos diez minutos.

Comieron un poco del nuevo melón mientras aguardaban.—Tenía, el mismo sabor que los otros. Un bife con papas sería algo inconcebiblemente bueno, pensó Nicole; entonces, de pronto, la pared del fondo se alzó medio metro por encima del suelo y un cubo negro apareció en el hueco.

—Espere un minuto, no lo toque todavía —dijo Richard cuando Nicole se acercó a investigar—. ¡Mire ahí! —Apuntó su linterna hacia la oscuridad detrás del cubo. —Hay enormes túneles más allá de estas paredes —dijo—, y deben conducir a fábricas tan avanzadas que ni siquiera sabríamos reconocerlas. ¡Imagine! Puede incluso hacer objetos a la medida.

Nicole empezaba a darse cuenta de por qué Richard se mostraba tan extasiado.

—Ahora tenemos la capacidad de controlar nuestro destino al menos de cierta manera —prosiguió él—. Si podemos hallar el código lo bastante aprisa, deberíamos ser capaces de pedir comida, quizás incluso todo lo necesario para construir un bote.

—Sin pesados motores, espero —advirtió Nicole.

—Sin motores —aceptó Richard. Terminó su melón y se volvió de nuevo hacia el teclado.

Nicole empezaba a sentirse preocupada. Richard había conseguido solamente un nuevo avance en todo un día ramano. Lo único que podía mostrar después de treinta y ocho horas de trabajo (sólo había dormido ocho horas durante todo el período) era un nuevo material. Podía conseguir objetos negros como la primera esfera pero "ligeros", cuya gravedad específica estaba cerca a la de la madera de balsa, o podía conseguir objetos negros "pesados", de densidad similar a la del roble o el pino. Estaba llevando a cabo personalmente todo el peso de su trabajo. Y no podía, o no quería, compartir nada de la carga con ella.

¿Y si su primer descubrimiento no fue más que pura suerte?, se dijo Nicole mientras subía la escalera hacia su paseo del amanecer. ¿O si el sistema no puede construir nada excepto dos tipos de objetos negros? No podía dejar de preocuparse por el tiempo perdido. Faltaban sólo dieciséis días hasta que Rama se encontrara con la Tierra. No había el menor signo de un equipo de rescate. En lo más profundo de su mente estaba el pensamiento de que quizás ella y Richard habían sido completamente abandonados.

Había intentado hablar con Richard acerca de sus planes de la tarde anterior, pero él estaba agotado. No respondió de ninguna forma cuando Nicole le mencionó que estaba

realmente preocupada. Más tarde, después que ella delineó cuidadosamente todas sus opciones y cuando le pidió su opinión acerca de lo que debían hacer, se dio cuenta de que se había quedado dormido. Cuando Nicole despertó tras dormir un poco ella también, Richard estaba trabajando ya de nuevo en el teclado y se negó a dejarse distraer ni por el desayuno ni por la conversación. Nicole tropezó con el creciente montón de objetos negros esparcidos por el suelo cuando salió de la Sala Blanca para sus ejercicios de primera hora de la mañana.

Se sentía muy solitaria. Las últimas cincuenta horas, que había pasado casi exclusivamente consigo misma, habían transcurrido muy lentamente. Su única escapatoria había sido el placer de leer. Tenía el texto de cinco libros almacenados en su ordenador. Uno era su enciclopedia médica, pero los otros cuatro eran para diversión. Apostaría a que la memoria discrecional de Richard está llena con Shakespeare, pensó mientras se sentaba en el muro que rodeaba Nueva York. Miró al Mar Cilíndrico. En la lejana distancia, apenas visible a través de sus binoculares por entre la bruma y las nubes, podía ver el cuenco norte desde donde habían entrado en Rama la primera vez.

Tenía dos de las novelas de su padre almacenadas en el ordenador. La preferida de Nicole era Reina para todas las épocas, la historia de los años jóvenes de Eleanor de Aquitania, empezando con su adolescencia en la corte ducal de Poitiers. La línea de la historia seguía a Eleanor a través de su matrimonio con Luis Capelo de Francia, su cruzada a Tierra Santa, y su extraordinaria apelación personal para una anulación del papa Eugenio. La novela culminaba con el divorcio de Eleanor y su compromiso con el joven y excitante Henry Plantagenet.

La otra novela de Pierre des Jardins en la memoria de su ordenador era su universalmente aclamada obra maestra, Yo, Ricardo Corazón de León, una mezcla de diario personal en primera persona y monólogo interior, escrito durante dos semanas de invierno a finales del siglo XII. En la novela, Ricardo y sus soldados, embarcados en otra cruzada, estaban acuartelados cerca de Messina bajo la protección del rey normando de Sicilia. Mientras estaban allí, el famoso rey guerrero y homosexual hijo de Eleanor de Aquitania y Henry Plantagenet, en un estallido de autoanálisis, revivía los acontecimientos personales e históricos más importantes de su vida.

Nicole recordaba una larga discusión con Geneviève después que su hija hubiera leído Yo, Ricardo el verano anterior. La joven se había sentido fascinada por la historia, y sorprendió a su madre haciéndole una serie de preguntas extremadamente inteligentes. Pensar en Geneviève hizo que Nicole se preguntara qué estaba haciendo su hija en

Beauvois en aquellos momentos. Te deben de haber dicho que he desaparecido, supuso. ¿Cómo lo llaman los militares? ¿Desaparecida en acción?

Mentalmente pudo ver a su hija pedaleando cada día en su bicicleta de la escuela hasta casa. "¿Alguna noticia?", preguntaría probablemente a su abuelo al cruzar el umbral de la villa. Y Pierre se limitaría a agitar tristemente la cabeza.

Han transcurrido ya dos semanas desde la última vez que alguien me vio oficialmente. ¿Todavía tienes esperanzas, mi querida hija? La inquieta Nicole se sintió abrumada por un intenso deseo de hablar con Genevieve. Por un momento, suspendiendo la realidad, Nicole no pudo aceptar el hecho de que estaba separada de su hija por millones de kilómetros y que no tenía ninguna forma de comunicarse con ella. Se levantó para regresar a la Sala Blanca, pensando en su confusión temporal que podría llamar por teléfono a Genevieve desde allí.

Cuando su cordura volvió a ella unos segundos más tarde, se sorprendió ante la facilidad con que su mente la había engañado. Sacudió la cabeza y se sentó de nuevo en el muro que dominaba el Mar Cilíndrico. Permaneció en el muro durante casi dos horas, con sus pensamientos vagando libremente sobre una gran cantidad de temas. Cuando se le acabó el tiempo y se preparaba para regresar a la Sala Blanca, su mente se enfocó en Richard Wakefield. Lo he intentado, mi querido amigo británico, se dijo. He sido más abierta contigo de lo que nunca lo he sido con nadie desde Henry. Pero mi suerte ha sido hallarme aquí con alguien que todavía confía menos en mí que yo.

Sintió una indefinida tristeza mientras bajaba la escalera hasta el segundo nivel y doblaba a la derecha hacia el túnel horizontal. Su tristeza se convirtió en sorpresa cuando entró en la Sala Blanca. Richard saltó de su pequeña silla negra y la saludó con un fuerte abrazo. Se había afeitado y peinado. Incluso se había limpiado las uñas. Apoyado sobre la negra mesa en medio de la habitación había un melón maná limpiamente partido. Cada uno de los trozos estaba puesto en un plato negro frente a una silla también negra.

Richard retiró ligeramente una de las sillas de la mesa e indicó a Nicole que se sentara. Rodeó la mesa y se sentó en su propia silla. Adelantó los brazos por encima de la mesa y sujetó las manos de Nicole.

—Quiero disculparme —dijo con gran intensidad— por haber sido tan grosero. Me he comportado muy mal estos últimos días.

"He pensado en miles de cosas que decirle durante estas horas que he estado aguardando —siguió vacilante, con una tensa sonrisa flotando en sus labios—, pero no puedo recordar la mayor parte de ellas... Sé que deseaba explicarle lo muy importantes

que eran el príncipe Hal y Falstaff para mí. Eran mis más íntimos amigos... No me ha resultado fácil aceptar su muerte. Mi dolor es aún muy intenso...

Richard tomó un sorbo de agua.

—Pero, sobre todo —dijo—, lamento no haberle dicho nunca la persona tan espectacular que es usted. Es inteligente, atractiva, voluntariosa, sensible... todo lo que siempre he soñado encontrar en una mujer. Pese a nuestra situación, siempre he tenido miedo de decirle lo que sentía. Supongo que mi miedo al rechazo corre aún muy profundo.

Las lágrimas se acumularon en las comisuras de los ojos de Richard y resbalaron por sus mejillas. Temblaba ligeramente. Nicole pudo darse cuenta del increíble esfuerzo que aquello representaba para él. Se llevó las manos de él a las mejillas.

—Creo que tú también eres muy especial —dijo.

50 - La esperanza es eterna

Richard siguió trabajando con el ordenador de Rama, pero se limitó a cortas sesiones e incluyó a Nicole siempre que le fue posible. Se dedicaron a pasear juntos y a charlar como viejos amigos. La distraía representando escenas enteras de Shakespeare. El hombre poseía una memoria prodigiosa, e intentaba representar ambos papeles en las escenas de amor de Romeo y Julieta, pero cada vez que arrancaba con el falsete Nicole no podía evitar el estallar en risas.

Una noche hablaron durante más de una hora de Omeh, de la tribu senoufo y de las visiones de Nicole.

—Comprenderás que me resulta difícil aceptar la realidad física de algunas de esas historias —dijo Richard, intentando justificar su curiosidad—. Sin embargo, admito que las encuentro absolutamente fascinantes. —Más tarde mostró un agudo interés en analizar todo el simbolismo de sus visiones. Resultaba evidente que reconocía los atributos místicos de Nicole tan sólo como otro componente de su intensa personalidad.

Durmieron abrazados antes de hacer el amor. Cuando finalmente copularon, fue algo gentil y sin prisas, sorprendiéndolos a ambos con su facilidad y satisfacción. Unas noches más tarde, Nicole estaba tendida con la cabeza apoyada en el pecho de Richard, vagando agradablemente dentro y fuera del sueño. Él estaba profundamente sumido en sus pensamientos.

—Hace varios días —dijo de pronto, despertándola—, antes que llegáramos a intimar tanto, te dije que en una ocasión había pensado en el suicidio. Entonces temí contarte la historia. ¿Te gustaría oírla ahora?

Nicole abrió los ojos. Giró y apoyó la barbilla en el estómago de él.

—Aja —dijo. Se empujó hacia arriba y lo besó en los ojos antes de que él empezara su relato.

—Supongo que sabrás que estuve casado con Sarah Tydings cuando los dos éramos muy jóvenes —empezó—. También fue antes que ella se hiciera famosa. Estaba en su primer año en la Royal Shakespeare Company y estaban representando Romeo y Julieta, Como gustéis y Cimbelino de repertorio en Stratford. Sarah era Rosalinda y Julieta, y estaba fantástica en ambas.

"Por aquel entonces tenía dieciocho años y acababa de terminar la escuela. Me enamoré de ella la primera noche que la vi como Julieta. Le envié rosas al camerino cada noche y me gasté la mayor parte de mis ahorros para ver todas sus actuaciones. Cenamos juntos dos veces y luego me declaré. Me aceptó más por sorpresa que por amor.

"Cuando terminó el verano entré a formar parte del equipo investigador de Cambridge. Vivíamos en un modesto piso y ella se dirigía cada día a Londres. Yo la acompañaba siempre que podía, pero después de varios meses mis estudios me exigieron casi todo mi tiempo.

Richard detuvo su narración y miró a Nicole. No se había movido. Estaba tendida parcialmente encima de él, con una sonrisa de amor en su rostro.

—Sigue —dijo en voz baja.

—Sarah era pura adrenalina. Irradiaba excitación y variedad. Lo mundano y tedioso la irritaban. Comprar comida, por ejemplo, era un hastío colosal. Era demasiado problema para ella conectar el aparato y decidir qué pedir. También hallaba cualquier tipo de planificación increíblemente constrictiva.

"El amor tenía que hacerse cada vez en diferente posición o acompañado por una música distinta; de otro modo era aburrido. Durante un tiempo me mostré lo bastante creativo como para satisfacerla. También me ocupaba de todas las tareas de rutina para liberarla del aburrimiento del trabajo de la casa. Pero las horas del día eran limitadas. Al cabo de un tiempo, pese a mis considerables habilidades, mis estudios empezaron a resentirse porque gastaba todas mis energías haciendo que la vida fuera interesante para ella.

"Cuando llevábamos casados un año, Sarah deseó alquilar un piso en Londres para ella, a fin de no tener que hacer el largo viaje cada noche después de su actuación. En realidad ya pasaba un par de noches a la semana en Londres, ostensiblemente con una de sus amigas actrices. Pero su carrera estaba despegando y teníamos más dinero del que necesitábamos, así que, ¿por qué tenía que decir yo que no?"

"No pasó mucho tiempo antes que los rumores acerca de su comportamiento se difundieran. Decidí ignorarlos, temeroso, supongo, de que ella los negara si se lo preguntaba. Luego, una noche, a última hora, mientras yo estaba estudiando para un examen, recibí una llamada telefónica de una mujer. Fue muy educada, aunque estaba a todas luces alterada. Me dijo que era la esposa del actor Hugh Sinclair, y que el señor Sinclair, que por aquel entonces compartía la cabecera de cartel con Sarah en el drama norteamericano *En cualquier clima*, tenía una aventura amorosa con mi esposa. "De hecho", me dijo, "en estos momentos él está en el piso de su esposa con ella." La señora Sinclair se echó a llorar y colgó el aparato.

Nicole adelantó la mano y acarició suavemente la mejilla de Richard.

—Sentí que mi pecho estallaba —dijo él, recordando el dolor—. Me puse furioso, frenético..., aterrado. Fui a la estación y tomé el último tren a Londres. Cuando el taxi me dejó en el piso de Sarah, corrí a la puerta.

"No llamé. Subí las escaleras de tres en tres y los encontré a los dos durmiendo desnudos en la cama. Agarré a Sarah y la arrojé contra la pared... aún recuerdo el sonido de su cabeza al golpear contra el espejo. Luego caí furioso sobre él y empecé a lanzarle puñetazos al rostro, uno tras otro, hasta que no fue más que una masa de sangre. Fue algo horrible..."

Richard se detuvo y empezó a llorar en silencio. Nicole rodeó su agitado pecho con sus brazos.

—Querido, querido —dijo.

—Me había convertido en un animal —exclamó él—. Era peor de lo que mi padre había sido nunca. Hubiera podido matarlos a ambos si los del piso de al lado no hubieran acudido y me hubieran contenido.

Ninguno de los dos dijo nada durante varios minutos. Cuando Richard habló de nuevo, su voz era relajada, casi remota.

—Al día siguiente, después de la policía, los periodistas y todas las recriminaciones con Sarah, deseé matarme. Lo habría hecho, si hubiera tenido a mano una pistola. Estaba considerando otras alternativas más horribles: veneno, cortarme las venas con una navaja, saltar de un puente... cuando otro estudiante acudió a mí para hacerme una

pregunta detallada acerca de la relatividad. No hubo forma, después de quince minutos de pensar en el señor Einstein, de que el suicidio siguiera siendo una opción válida. El divorcio, ciertamente. El celibato, muy probablemente. Pero la muerte quedaba descartada. Jamás sería capaz de terminar prematuramente mi aventura amorosa con la física. —Su voz se arrastró y murió.

Nicole se secó los ojos y colocó una mano en la de él. Incluyó su desnudo cuerpo encima del de Richard y lo besó.

—Te quiero —dijo.

El sonido de alarma de Nicole indicó que era nuevamente de día en Rama. Diez días más, anotó tras un rápido cálculo mental. Será mejor que hablemos en serio.

La alarma había despertado también a Richard. Se volvió y sonrió a su soñolienta compañera.

—Querido —dijo Nicole— ha llegado el momento...

—...de hablar de muchas cosas, dijo la morsa.

—Oh, vamos, sé serio. Tenemos que decidir lo que vamos a hacer. Es absolutamente evidente que no vamos a ser rescatados.

—Estoy de acuerdo —dijo Richard. Se sentó y tendió la mano por encima del saco de dormir de Nicole hacia su camisa. —Llevo días temiendo este momento. Pero supongo que finalmente hemos alcanzado el punto en el que debemos empezar a pensar en nadar un poco.

—¿No crees que haya alguna esperanza de construir un bote con toda esta materia negra?

—No —respondió él—. Un material es demasiado ligero y el otro demasiado pesado. Probablemente podríamos construir un híbrido que aguantara sobre las aguas, si tuviéramos clavos, pero sin velas tendríamos que remar todo el camino... nuestra mejor apuesta es nadar.

Richard se puso de pie y se dirigió hacia el cuadrado negro de la pared.

—Mis extravagantes planes no han funcionado, ¿verdad? —Golpeó ligeramente el cuadrado. —E iba a producir un bife con papas además del bote.

—Los mejores planes trazados por los ratones y los hombres suelen acabar a la deriva.

—Vaya extraño poeta era el viejo Robbie. Nunca pude comprender lo que la gente veía en él.

Nicole terminó de vestirse y empezó a hacer algunos ejercicios gimnásticos.

—Uf —dijo—, no estoy en forma. No he hecho ninguna actividad física fuerte en estos últimos días. —Sonrió a Richard, que la estaba mirando especulativamente. —Eso no cuenta, idiota.

—Sí cuenta para mí —dijo él con una risita—. Es casi el único ejercicio que me ha gustado nunca. Acostumbraba odiarlo en la Academia, cuando debíamos someternos a esos fines de semana de "entrenamiento físico" especial.

Había colocado pequeñas porciones de melón maná sobre la mesa negra.

—Otras tres comidas después de ésta —dijo sin emoción—. Supongo que nadaremos antes que vuelva a hacerse oscuro.

—¿No deseas hacerlo esta mañana? —preguntó Nicole.

—No —respondió él—. ¿Por qué no vas a echarle un vistazo a la costa y eliges un buen lugar? Anoche encontré algo en el ordenador que me tiene intrigado. No va a proporcionarnos comida ni botes de vela, pero parece como si finalmente hubiera conseguido penetrar en otro tipo de estructura.

Después del desayuno, Nicole besó a Richard y se dirigió hacia la superficie. No le tomó mucho tiempo hacer un reconocimiento de la costa. Realmente no había ninguna razón para elegir un lugar con preferencia a cualquier otro. La lúgubre realidad de tener que nadar oprimía a Nicole. Hay muchas posibilidades, se dijo, de que ni Richard ni yo estemos vivos cuando vuelva a hacerse oscuro en Rama.

Intentó imaginar cómo sería el ser devorado por un tiburón biot. ¿Sería una muerte rápida? ¿O te ahogaría consciente de que simplemente tus piernas habían sido amputadas? Nicole se estremeció ante la idea. Quizá debiéramos intentar obtener otro melón... Sabía que era inútil. Más pronto o más tarde, tendrían que nadar.

Se volvió de espaldas al mar. Al menos estos últimos días han sido buenos, se dijo, sin querer pensar más en su situación. Richard ha sido un excelente compañero. En todos los sentidos. Se permitió el momentáneo lujo de recordar su placer compartido. Luego sonrió y echó a andar de vuelta bajo tierra.

—Pero, ¿a qué estoy mirando? —preguntó Nicole mientras otra imagen parpadeaba en el cuadrado negro.

—No estoy completamente seguro —respondió Richard—. Todo lo que sé es que he accedido a una larga lista de algún tipo. ¿Recuerdas aquella configuración particular que produce las líneas de símbolos que parecen como sánscrito? Bien, estaba revisando aquel galimatías, y finalmente observé que había como un esquema. Me detuve al principio del esquema, cambié la posición de las últimas tres teclas, y luego pulsé de

nuevo el doble punto. De pronto apareció una imagen en la pantalla. Y, cada vez que pulsaba una tecla alfanumérica, la imagen cambiaba.

—Pero, ¿cómo sabes que estás mirando al output de un sensor? Richard entró una orden, y hubo un cambio en la imagen.

—Ocasionalmente veo algo que reconozco —dijo—. Mira esto, por ejemplo. ¿No puede ser esto la escalera Beta vista desde una cámara en medio de la Planicie Central?

Nicole estudió la imagen.

—Es posible —dijo—, pero no veo cómo puedes decirlo seguro.

Richard hizo que la pantalla cambiara de nuevo. Las siguientes tres imágenes eran ininteligibles. La cuarta mostraba un rasgo ahusado terminado en punta.

—Y eso —dijo—, ¿no podría ser uno de los pequeños cuernos, visto desde un sensor cerca de la punta del Gran Cuerno?

No importaba lo mucho que lo intentara, Nicole no podía visualizar cómo debían verse las cosas desde la cima de la gigantesca espira en el centro del cuenco sur. Richard siguió pasando imágenes. Sólo una aproximadamente de cada cinco parecía parcialmente clara.

—En alguna parte en este sistema tiene que haber algún algoritmo de realce —se dijo a sí mismo—. Si lo hallara, entonces podría definir más las imágenes.

Nicole podía decir que Richard se estaba preparando para emprender otra larga sesión de trabajo. Se dirigió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Puedo distraerte un poco primero? —dijo, poniéndose de puntillas y besándolo en la boca.

—Supongo que sí —respondió él, depositando el teclado en el suelo—. Probablemente me servirá para aclarar un poco la mente.

Nicole estaba en mitad de un hermoso sueño. Se encontraba de nuevo en su casa, en su villa de Beauvois. Richard estaba sentado a su lado en el diván de la sala y sujetaba su mano. Su padre y su hija estaban frente a ellos en sendos sillones.

Su sueño fue roto por la insistente voz de Richard. Cuando Nicole abrió los ojos él estaba de pie junto a ella, con su voz quebrada por la excitación.

—Espera a ver esto, querida —exclamó, tendiendo la mano para ayudarla a levantarse—. ¡Es fantástico! Todavía hay alguien aquí.

Nicole apartó el sueño de su mente y miró hacia el cuadrado negro que señalaba Richard.

—¿Puedes creerlo? —dijo él, saltando arriba y abajo—. No hay la menor duda. La nave militar aún sigue anclada.

Sólo entonces se dio cuenta Nicole de que estaba contemplando una imagen del exterior de Rama. Parpadeó y escuchó la precipitada explicación de Richard.

—Una vez que imaginé el código para los parámetros de realce, casi cada imagen se hizo clara. Ese conjunto de imágenes que te mostré antes debió de ser el output a tiempo real de centenares de los sensores de imágenes de Rama. Y creo que he descubierto cómo acceder a las bases de datos de los otros dos sensores también.

Richard estaba exultante. Rodeó a Nicole con sus brazos y la alzó del suelo. La abrazó, la besó y dio vueltas por la habitación como un lunático.

Cuando finalmente se calmó un poco, Nicole pasó casi todo un minuto estudiando la imagen proyectada en la pantalla negra. Era definitivamente la nave militar Newton; podía leer sus identificaciones.

—Así que la nave científica se ha marchado a casa —comentó a Richard.

—Sí —respondió él—, como yo esperaba. Temía que ambas se hubieran ido y que, después de cruzar el mar a nado, nos halláramos todavía atrapados aquí dentro, esta vez en una prisión mucho más grande.

La misma preocupación había inquietado a Nicole. Sonrió a Richard.

—Entonces las cosas están bastante claras, ¿no? Cruzamos a nado el Mar Cilíndrico y nos dirigimos al telesilla. Alguien nos estará esperando arriba.

Nicole empezó a guardar sus cosas. Richard, mientras tanto, siguió haciendo pasar imágenes en la pantalla.

—¿Qué estás haciendo ahora, querido? —preguntó suavemente Nicole—. Pensé que íbamos a nadar.

—Todavía no he acabado de pasar toda la lista de sensores desde que localicé los parámetros de realce —respondió Richard—. Sólo deseo asegurarme de que no dejamos de lado nada crítico. Sólo tomará otra hora o así.

Nicole dejó de guardar cosas y se sentó frente a la pantalla al lado de Richard. Las imágenes eran realmente interesantes. Algunas eran vistas desde el exterior, pero en su mayor parte eran imágenes de diferentes regiones del interior de Rama, incluidas las zonas subterráneas. Una magnífica imagen mostraba desde arriba la enorme sala donde las ardientes esferas en su esponjosa tela de araña reposaban en el suelo bajo los retículos colgantes. Richard y Nicole contemplaron la imagen por un momento, esperando ver una octoaraña negra y dorada, pero no detectaron ningún movimiento.

Estaban ya cerca del final de la lista cuando una imagen del tercio inferior de la escalera Alfa los sorprendió a ambos. Allá, bajando las escaleras, había cuatro figuras

humanas con trajes espaciales. Richard y Nicole contemplaron durante cinco segundos el descenso de las figuras y luego estallaron de alegría.

—¡Están viniendo! —exclamó Richard, lanzando los brazos al aire—. ¡Vamos a ser rescatados!

51 - Arnese de emergencia

Richard se estaba impacientando. Él y Nicole estaban de pie en los muros de Nueva York desde hacía más de una hora, escrutando el cielo en busca de alguna señal de un helicóptero.

—¿Dónde demonios están? —gruñó—. Sólo se necesitan quince minutos en todo terreno desde el fondo de la escalera Alfa hasta el campamento Beta.

—Quizás estén buscando en algún otro lugar —dijo Nicole, intentando darle ánimos.

—Eso es ridículo —dijo Richard—. Seguro que irán a Beta primero... y aunque no puedan reparar el sistema de comunicaciones, al menos encontrarán mi último mensaje. Decía que tomaba una de las motoras y me dirigía a Nueva York.

—Probablemente saben que no hay ningún lugar donde pueda aterrizar un helicóptero en la ciudad. Quizá decidan cruzar también en un bote.

—¿Sin ver primero si pueden divisarnos desde el helicóptero? Eso es improbable. —Richard volvió los ojos hacia el mar en busca de alguna vela. —Un bote. Un bote. Mi reino por un bote.

Nicole se echó a reír, pero Richard apenas consiguió esbozar una ligera sonrisa.

—Dos hombres pueden ensamblar el bote de vela en la cabaña de suministros de Beta en menos de treinta minutos —se intranquilizó—. Maldita sea, ¿qué demonios es lo que los retiene?

En su frustración, conectó el transmisor de su comunicador.

—¡Eh, escuchen, chicos! Si están en alguna parte cerca del Mar Cilíndrico, identifíquense. Y luego apresúrense a venir. Estamos de pie en el muro y cansados de esperar.

No hubo respuesta. Nicole se sentó en el muro.

—¿Qué haces? —preguntó Richard.

—Creo que ya te preocupas tú lo suficiente por los dos —respondió ella—. Y estoy cansada de permanecer de pie aquí y agitar los brazos.

—Miró al otro lado del Mar Cilíndrico. —Sería mucho más fácil —dijo pensativamente— si simplemente pudiéramos volar por nosotros mismos hasta el otro lado.

Richard inclinó la cabeza hacia un lado y la miró.

—Qué gran idea —admitió varios segundos más tarde—. ¿Por qué no pensamos en ello antes? —Se sentó inmediatamente y empezó a hacer algunos cálculos en su ordenador. —Los cobardes mueren muchas veces antes de morir —murmuró para sí mismo—; los valientes sólo prueban la muerte una vez.

Nicole contempló a su amigo teclear furiosamente.

—¿Qué estás haciendo, querido? —inquirió, mirando por encima de su hombro al monitor.

—¡Tres! —gritó él, tras finalizar un cálculo—. Tres deberían ser suficientes. —Miró a la desconcertada Nicole—. ¿Quieres oír el plan más extravagante de toda la historia interplanetaria? —preguntó.

—¿Por qué no? —dijo ella, con una sonrisa dubitativa.

—Vamos a construir unos arneses para nosotros con el material de los retículos, y las aves van a llevarnos volando hasta el otro lado del Mar Cilíndrico.

Nicole permaneció varios segundos contemplando a Richard.

—Suponiendo que podamos hacer los arneses —dijo escépticamente—, ¿cómo convenceremos a las aves de que cumplan con su parte?

—Las convenceremos en su propio beneficio —respondió Richard—. O, alternativamente, las amenazaremos de alguna manera... No lo sé, tú puedes ocuparte de este detalle.

Nicole se mostró absolutamente incrédula.

—De todos modos —prosiguió Richard, tomándola de la mano y echando a andar hacia abajo del muro—, es mucho mejor que seguir aquí aguardando el helicóptero o el bote.

Cinco horas más tarde seguía sin haber el menor signo del equipo de rescate. Cuando terminaron de hacer los arneses, Richard dejó a Nicole en el muro y volvió a la Sala Blanca para comprobar de nuevo los sensores. Regresó con la noticia de que creía haber visto las figuras humanas en las inmediaciones del campamento Beta, pero que la resolución de aquella imagen en particular había sido muy pobre. Tal como habían convenido, Nicole había estado llamando cada media hora a través del comunicador. No obtuvo ninguna respuesta.

—Richard —dijo, mientras él programaba algunos gráficos en el ordenador—, ¿por qué crees que el equipo de rescate estaba utilizando la escalera?

—¿Quién sabe? —respondió él—. Quizás el telesilla funcionaba mal, y ahora no quedan ingenieros para repararlo.

—Me parece extraño —murmuró Nicole. Algo acerca de todo esta no me gusta, pensó, pero no me atrevo a compartirlo con Richard hasta que pueda explicarlo. Él no cree en mi intuición. Nicole consultó su reloj. Es una buena cosa que racionáramos el melón. Si el equipo de rescate no aparece y este loco plan no funciona, no vamos a poder nadar hasta que vuelva a haber luz.

—El diseño preliminar ya está completo —afirmó enfáticamente Richard. Hizo una seña a Nicole para que se le acercara, —Si lo apruebas —dijo, indicando el monitor que tenía en la mano—, entonces procederé con el detalle de los gráficos.

En el dibujo, tres grandes aves, cada una con una cuerda enrollada en torno de su cuerpo, volaban en formación sobre el mar. Colgando de ellas, y sujeta a las tres cuerdas, había una figura humana metida en un improvisado ames.

—Me parece bien —dijo Nicole, sin pensar ni por un minuto que algo así pudiera llegar a producirse nunca.

"No puedo creer que estemos haciendo esto —observó Nicole al tiempo que pulsaba por segunda vez la placa que abría el nido de las aves.

Su primer intento de renovar el contacto había dado como resultado la esperada indiferencia. La segunda vez fue Richard quien gritó hacia el interior del nido de las aves.

—¡Escúchenme, pájaros! —gruñó con voz más fiera—. Necesito hablar con ustedes. Ahora mismo. Salgan inmediatamente. —Nicole tuvo que contener la risa.

Richard empezó a dejar caer objetos negros por el agujero.

—¿Lo ves? —sonrió—. Sabía que estas malditas cosas iban a servir para algo. — Finalmente pudieron oír alguna actividad en el fondo del corredor vertical. El mismo par de aves que habían visto muchas veces antes voló hasta la parte superior del nido y empezó a chillarles. Ni siquiera miraron al monitor cuando Richard lo tendió hacia ellas. Cuando terminaron de chillar, volaron rápidamente por encima del tanque centinela y la cubierta se cerró de nuevo.

—No servirá de nada, Richard —dijo Nicole cuando él le pidió que abriera la cubierta una tercera vez—. Incluso nuestros amigos están contra nosotros. —Hizo una pausa antes de pulsar la placa. —¿Qué vamos a hacer si nos atacan?

—No nos atacarán —dijo Richard, indicándole que abriera la cubierta—. Pero, por si acaso, quiero que tú te quedes aquí. Yo trataré con nuestros emplumados amigos.

Hubo un intenso parloteo desde el nido tan pronto como la cubierta se abrió por tercera vez. Richard empezó a gritar inmediatamente y a arrojar objetos negros corredor abajo.

Uno de ellos golpeó el tanque centinela y ocasionó una pequeña explosión, como un disparo.

Las dos aves habituales volaron hasta la abertura y le chillaron de nuevo a Richard. Tres o cuatro de sus camaradas estaban inmediatamente detrás. El ruido era increíble. Richard no retrocedió. Siguió chillando y señalando hacia el monitor del ordenador. Finalmente consiguió llamar su atención.

El grupo de aves contempló el gráfico del vuelo a través del mar. Luego Richard sostuvo en su mano izquierda el arnés y empezó a pasar de nuevo la demostración en su monitor. Siguió una frenética conversación entre las aves. Al final, sin embargo, Richard tuvo la sensación de que había perdido. Mientras un par de las otras aves volaba por encima del tanque centinela, Richard saltó al interior del nido, al primer reborde.

—¡Esperen! —gritó a todo pulmón.

El compañero de terciopelo negro saltó hacia adelante, con su pico amenazador a menos de un metro del rostro de Richard. El ruido de todos los chillidos y parloteos era ensordecedor. Richard no se amedrentó. Pese a las protestas de las aves, descendió hasta el segundo reborde. Ahora no podría escapar si la cubierta empezaba a cerrarse.

Alzó de nuevo el arnés y señaló el monitor. Un coro de chillidos fue la respuesta. Luego, por encima del aullido avícola, oyó otro sonido, como el de un claxon de alarma anunciando un simulacro de incendio en una escuela o un hospital. Todas las aves se calmaron inmediatamente. Se aposentaron en los rebordes y miraron hacia abajo, al tanque centinela.

El nido quedó extrañamente silencioso. Tras unos segundos Richard oyó el batir de unas alas, y un momento más tarde una nueva ave apareció en el corredor vertical. Se alzó lentamente hasta su nivel y flotó justo delante de él. Tenía un cuerpo de terciopelo gris y agudos ojos grises. Dos gruesos anillos de brillante rojo cereza rodeaban su cuello.

La criatura estudió a Richard y se posó en el reborde opuesto al de él, al otro lado del corredor. El ave que había estado en aquel lugar se apresuró a apartarse. Cuando el pájaro de terciopelo gris habló, lo hizo de una forma suave y muy clara. Una vez que terminó su parlamento, el ave de terciopelo negro voló hacia arriba hasta el recién llegado y al parecer le explicó los motivos de todo el furor. Las dos aves miraron varias veces a Richard a través del corredor. La última vez, pensando que quizá sus asentimientos de cabeza eran una invitación, Richard mostró una vez más el gráfico del vuelo y alzó el arnés. El pájaro con los anillos cereza voló hasta su lado para mirar desde más cerca.

La criatura hizo un repentino movimiento, asustando a Richard, que casi cayó del reborde. Lo que tal vez fueran risas fue silenciado por unas cuantas palabras del líder de

terciopelo gris, que se quedó sentado en el reborde, perfectamente inmóvil, como si estuviera pensando, durante más de un minuto. Finalmente, hizo un gesto hacia Richard con una garra, abrió sus enormes alas, y planeó fuera de la abertura a la luz del día.

Durante varios segundos Richard no se movió. La gran criatura se alzó en el aire, y pronto fue seguida por las otras dos aves más familiares. Unos momentos más tarde, la cabeza de Nicole apareció en la abertura.

—¿Piensas venir? —preguntó—. No sé cómo lo hiciste, pero parece como si nuestros amigos estuvieran dispuestos.

52 - Vuelo 302

Richard apretó el arnés en torno de la cintura y las nalgas de Nicole.

—Tus pies colgarán —dijo—, y al principio, cuando la cuerda ceda, tendrás la sensación de que caes.

—¿Qué ocurrirá si golpeo el agua? —preguntó Nicole.

—Tienes que confiar en que las aves volarán lo bastante alto como para que no lo hagas —respondió Richard—. Creo que son lo bastante inteligentes, en particular el de los anillos rojos.

—¿Crees que es el rey? —preguntó Nicole, ajustándose el arnés de la manera más cómoda posible.

—Probablemente sea su equivalente —respondió Richard—. Ha dejado bien claro desde un principio que tiene la intención de volar en el centro de la formación.

Richard subió la inclinada rampa que conducía hasta el muro, llevando las tres cuerdas del arnés en las manos. Las aves estaban sentadas juntas, inmóviles, contemplando el mar. Dejaron que él les atara las cuerdas del arnés en la parte central de sus cuerpos, inmediatamente detrás de las alas. Luego observaron el monitor mientras él les mostraba de nuevo los gráficos del despegue. Las aves tenían que elevarse a la vez, lentamente, tensar las cuerdas del arnés directamente encima de la cabeza de Nicole, y luego alzarla hacia arriba antes de empezar a volar en dirección norte, cruzando el mar.

Comprobó que los nudos eran seguros y luego volvió al lado de Nicole en la parte inferior de la rampa. Estaba sólo a unos cinco metros del agua.

—Si por alguna casualidad las aves no regresan por mí —le dijo—, no esperes demasiado. Una vez que encuentres al equipo de rescate, ensamblen el bote de vela y

vengan. Yo estaré abajo en la Sala Blanca. —Inspiró profundamente. —Ve con cuidado, querida —añadió—. Recuerda que te quiero.

Nicole pudo decir por el latir de su corazón que el momento del despegue había llegado finalmente. Besó lentamente a Richard en los labios.

—Yo también te quiero —murmuró.

Cuando deshicieron su abrazo, Richard hizo un gesto con el brazo a las aves encima del muro. Terciopelo gris se elevó cautelosamente en el aire, seguido inmediatamente por sus dos compañeros. Flotaron en formación directamente encima de Nicole. Ésta sintió que las tres cuerdas se tensaban y se vio momentáneamente alzada en el aire.

Unos segundos más tarde, a medida que la cuerda elástica empezaba a ceder, Nicole cayó de nuevo hacia el suelo. Las aves volaron más alto, dirigiéndose hacia el agua, y Nicole tuvo la sensación de ser un yo-yo, saltando arriba y abajo a medida que la cuerda se tensaba y luego se contraía con una sacudida cuando las aves se alzaron rápidamente a una superior altitud.

Fue un vuelo excitante. Tocó el agua una vez, apenas, mientras aún estaban cerca de la orilla. Se sintió brevemente asustada, pero las aves la alzaron rápidamente antes que ocurriera nada más grave que mojarse los pies. Una vez que la cuerda del retículo alcanzó su distensión máxima, el vuelo fue bastante suave. Nicole permanecía sentada en su arnés, con las manos sujetando dos de las tres cuerdas, los pies colgando bajo ella a unos ocho metros de las crestas de las olas.

La parte central del mar estaba completamente tranquila. Hacia la mitad del trayecto Nicole vio dos figuras grandes y oscuras nadar debajo de ella, paralelamente a su rumbo. Estuvo segura de que eran tiburones biot. También detectó otras dos o tres especies en el agua, incluida una, larga y delgada como una anguila, que se asomó fuera del agua y la contempló pasar. Bueno, pensó mientras observaba el agua, me alegra no tener que nadar.

El aterrizaje fue fácil. Nicole había estado preocupada por que las aves pudieran o no darse cuenta de que había un acantilado de cincuenta metros en el lado opuesto del mar. Su inquietud se reveló totalmente innecesaria. A medida que se acercaban a tierra firme en el Hemicilindro Norte, las aves aumentaron poco a poco su altitud. Nicole fue depositada suavemente a unos diez metros del borde.

Los pesados pájaros aterrizaron junto a ella. Nicole salió del arnés y se dirigió a las aves. Les dio las gracias profusamente e intentó palmear sus cabezas, pero retrocedieron bruscamente ante su contacto. Permanecieron varios minutos junto a ella y luego, a una señal de su líder, volaron cruzando de nuevo el mar hacia Nueva York.

Nicole se sintió sorprendida ante la intensidad de sus emociones. Se arrodilló y besó el suelo. Sólo fue entonces que se dio cuenta de que nunca había esperado realmente escapar sana y salva de Nueva York. Por un momento, antes de empezar a buscar el equipo de rescate con sus binoculares, revisó todo lo que le había ocurrido desde aquel predestinado cruzar en el vehículo para él hielo. Antes de Nueva York todo parece estar a una vida de distancia, se dijo a sí misma. Ahora todo ha cambiado.

Richard desató el arnés del ave líder y lo dejó caer al suelo. Los tres pájaros estaban ahora libres. La criatura con el cuerpo de terciopelo gris torció su cuello hacia atrás para ver si Richard había terminado. El intenso rojo cereza de sus anillos era más vivo aún a plena luz del día. Richard se preguntó acerca de su significado, sabedor de que había muchas posibilidades de que no volviera a ver nunca más aquellos magníficos alienígenas.

Nicole se acercó a Richard. Cuando aterrizó, ella lo abrazó con pasión. Las aves miraron descaradamente mostrando su curiosidad. Ellos también deben de estar haciéndose preguntas acerca de nosotros, pensó Nicole. La lingüista en ella imaginó que en realidad podía ser posible llegar a hablar con una especie extraterrestre, empezar a comprender cómo podía operar una inteligencia completamente distinta...

—Me pregunto cómo podemos decirles adiós y muchas gracias —estaba diciendo Richard.

—No lo sé —respondió Nicole—, pero sería estupendo...

Se detuvo a contemplar al ave líder. Ésta había llamado a las otras dos criaturas a su lado, y los tres pájaros estaban inmóviles mirando a Richard y a Nicole. A una señal, las tres abrieron las alas, en toda su extensión, y formaron un círculo con ellas. Giraron una vuelta completa una sola vez, y luego volvieron a situarse en línea recta frente a los humanos.

—Vamos —dijo Nicole—, nosotros también podemos hacerlo.

Nicole y Richard se situaron lado a lado, con los brazos extendidos, y miraron a las aves amigas. Entonces Nicole puso sus brazos en los hombros de Richard y lo condujo trazando un círculo. Richard, que a veces era más bien torpe en muchas cosas, tropezó una vez, pero consiguió completar el movimiento. Nicole imaginó que el líder avícola estaba sonriendo cuando ella y Richard se situaron de nuevo en línea ante ellos después de la revolución.

Las tres aves se elevaron unos segundos más tarde. Más y más arriba en el cielo, hasta que alcanzaron el límite de la visión de Nicole. Luego volaron hacia el sur, a través del mar, hacia su casa.

—Buena suerte —susurró Nicole cuando partieron.

El equipo de rescate no estaba en las inmediaciones del campamento Beta. De hecho, Richard y Nicole no habían visto ningún signo de ellos durante los treinta minutos en que condujeron el todo terreno a lo largo de la costa del Mar Cilíndrico.

—Esos tipos deben de ser realmente estúpidos —gruñó Richard—. Mi mensaje estaba a plena vista en el Beta. ¿Es posible que todavía no hayan llegado allá?

—Faltan menos de tres horas para la oscuridad —respondió Nicole—. Puede que ya hayan vuelto a la Newton militar.

—De acuerdo, entonces al infierno con ellos —dijo Richard—. Comamos algo, y luego iremos al telesilla.

—¿No crees que deberíamos guardar algo del melón? —preguntó Nicole unos minutos más tarde, mientras comían. Richard la miró desconcertado. —Sólo por si acaso —añadió.

—¿Sólo por si acaso qué? —dijo Richard—. Aunque no encontremos a ese estúpido equipo de rescate y debamos subir todas las escaleras, estaremos fuera de aquí antes que se haga oscuro. Recuerda, volveremos a estar en ingravidez arriba en la escalera.

Nicole sonrió.

—Supongo que me he vuelto más cautelosa por naturaleza —dijo. Volvió a guardar varios trozos de melón en su mochila.

Llevaban conducidas tres cuartas partes del camino hacia el telesilla y la escalera Alfa cuando divisaron a las cuatro figuras humanas en sus trajes espaciales. Parecía como si estuvieran abandonando el conglomerado de edificios que habían sido designados como el París de Rama. Las figuras caminaban en dirección opuesta al todo terreno.

—Te dije que los tipos eran idiotas —exclamó Richard—. Ni siquiera han tenido el buen sentido de quitarse sus trajes espaciales. Debe de tratarse de un equipo especial, enviado aquí en el vehículo de repuesto sólo para encontrarnos y traernos de vuelta.

Encaminó el todo terreno a través de la Planicie Central en dirección a los humanos, Richard y Nicole empezaron a gritar simultáneamente cuando estuvieron a unos cien metros, pero los hombres en los trajes espaciales siguieron su lento avance hacia el oeste, ignorándoles.

—Probablemente no puedan oírnos —ofreció Nicole—. Llevan los cascos y deben de estar conectados a su equipo de comunicaciones.

Un frustrado Richard condujo hasta menos de cinco metros de distancia en la fila india, detuvo el todo terreno y saltó apresuradamente. Corrió con rapidez hacia el hombre que iba a la cabeza, gritando todo el camino.

—¡Eh, amigos! —gritó—. ¡Estamos aquí, detrás de ustedes! Todo lo que tienen que hacer es darse vuelta...

Se detuvo en seco cuando contempló la vacía expresión del hombre que iba adelante. Reconoció el rostro. ¡Jesús era Norton! Se estremeció involuntariamente cuando un extraño hormigueo recorrió hacia abajo su espina dorsal. Richard apenas tuvo tiempo de saltar fuera del camino de la procesión de los cuatro hombres mientras pasaban lentamente junto a él. Aturdido por la impresión estudió los otros tres rostros, ninguno de los cuales cambió de expresión mientras pasaban junto a él. Eran otros tres cosmonautas del equipo de la Rama I.

Nicole estaba a su lado sólo unos segundos después que la última figura pasara por su lado.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿Por qué no se han parado? —Toda la sangre había desaparecido del rostro de Richard. —Querido, ¿te encuentras bien?

—Son biots —murmuró Richard—. Malditos humanos biots.

—¿Quééé? —replicó Nicole, con un hilo de terror en su voz. Corrió rápidamente hacia la cabeza de la fila y contempló el rostro detrás del cristal del casco. Era definitivamente Norton. Cada rasgo de su rostro, incluso el color de los ojos y el delgado bigote, era absolutamente perfecto. Pero sus ojos no decían nada.

Los movimientos del cuerpo también, ahora que los observaba, parecían artificiales. Cada par de pasos constituía la repetición de un esquema. Sólo había ligeras variaciones de figura a figura. Richard tiene razón, pensó Nicole. Son humanos biots. Deben de haber sido fabricado a partir de las imágenes, del mismo modo que la pasta dentífrica y el cepillo. Un pánico momentáneo creció en su pecho. Pero no necesitamos un equipo de rescate, se dijo, calmando su ansiedad, la nave militar está aún amarrada al otro lado del cuenco.

Richard estaba abrumado por el descubrimiento de los humanos biots. Permaneció en el todo terreno durante varios minutos, incapaz de conducir, haciéndole preguntas a Nicole y a sí mismo que ninguno de los dos podía contestar.

—¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? —repetía una y otra vez—. ¿Todos esos biots están basados en especies reales, halladas en alguna parte del universo? ¿Y por qué son fabricados?

Antes de seguir hacia el telesilla, Richard insistió en que ambos tomaran algo de metraje vídeo de los humanos biots.

—Las aves y las octoarañas son fascinantes —dijo mientras tomaba un primer plano especial del movimiento de piernas de "Norton"—, pero este tipo los supera a todos.

Nicole le recordó que faltaban menos de dos horas para la oscuridad, y que aún podía ocurrir que tuvieran que subir a pie la Escalera de los Dioses. Satisfecho de haber grabado la extraña procesión para la posteridad, Richard se deslizó al asiento del conductor del todo terreno y se encaminó hacia la escalera Alfa.

No hubo ninguna necesidad de realizar ninguna prueba para ver si el telesilla funcionaba correctamente; estaba en marcha cuando pasaron por su lado con el todo terreno. Richard saltó fuera del vehículo y corrió hacia la cabina de control.

—Alguien está bajando —dijo, señalando hacia arriba.

—O algo —dijo lúgubrememente Nicole.

La espera de cinco minutos pareció una eternidad. Al principio ni Richard ni Nicole dijeron nada. Luego, sin embargo, Richard sugirió que tal vez debieran sentarse en el todo terreno en caso de que tuvieran que escapar rápidamente.

Los dos apuntaron sus binoculares hacia el largo cable que se extendía hacia arriba, hacia el cielo.

—¡Es un hombre! —exclamó Nicole.

—¡Es el general O'Toole! —dijo Richard unos momentos más tarde.

Lo era realmente. El general Michael Ryan O'Toole, oficial norteamericano de la Fuerza Aérea, descendía por el telesilla. Estaba aún varios cientos de metros por encima de Richard y Nicole, y todavía no los había visto. Estaba atareado estudiando con sus binoculares la belleza del paisaje alienígena que lo rodeaba.

Se preparaba para abandonar definitivamente Rama cuando, mientras subía en el telesilla, divisó lo que parecían tres pájaros que volaban hacia el sur en el cielo de Rama. El general había decidido regresar para ver si podía descubrir de nuevo aquellos pájaros. No estaba preparado para el alegre recibimiento que le aguardaba cuando alcanzó el final de su trayecto.

53 - Trinidad

Cuando Richard Wakefield abandonó la Newton para volver al interior de Rama, el general O'Toole fue el último miembro del equipo en decirle adiós. El general aguardó pacientemente mientras los otros cosmonautas terminaban sus conversaciones con Richard.

—¿Está seguro de que desea hacer esto? —le dijo Janos Tabori a su amigo británico—. Usted sabe que el comité en pleno va a declarar Rama fuera de límites dentro de unas horas.

—Por aquel entonces —le sonrió Richard a Janos— yo ya estaré camino de Beta. Técnicamente no habré violado su orden.

—Eso es una tontería —intercaló tensamente el almirante Heilmann—. El doctor Brown y yo nos hallamos a cargo de esta misión. Los dos le hemos dicho que se quede a bordo de la Newton.

—Y yo les he respondido varias veces —dijo firmemente Richard— que dejé algunos artículos personales dentro de Rama y que son importantes para mí. Además, ustedes saben tan bien como yo que no tenemos absolutamente nada que hacer durante los próximos dos días. Una vez que sea tomada definitivamente la decisión de abortar la misión, todas las principales actividades previstas estarán sobre el terreno. Se nos dirá cuándo empaquetar las cosas y regresar a la Tierra.

—Le recuerdo una vez más —respondió Otto Heilmann— que considero que lo que está haciendo usted es un acto de insubordinación. Cuando regresemos a la Tierra, tengo intención de presentar...

—Ahórrese todo esto, ¿quiere, Otto? —interrumpió Richard. No había rencor en su tono. Ajustó su traje espacial y empezó a ponerse el casco. Como siempre, Francesca estaba grabando la escena en su videocámara. Había permanecido extrañamente silenciosa desde su conversación privada con Richard hacía una hora. Parecía alejada de los demás, como si su mente estuviera en algún otro sitio.

El general O'Toole se dirigió hacia Richard y le tendió la mano.

—No hemos pasado mucho tiempo juntos, Wakefield —dijo—, pero he admirado su trabajo. Buena suerte ahí dentro. No corra ningún riesgo innecesario.

Richard se sintió sorprendido por la cálida sonrisa del general. Había esperado que el oficial militar norteamericano intentara convencerlo de que abandonara su idea.

—El interior de Rama es algo magnífico, general —le contestó—. Como una combinación del Gran Cañón, los Alpes y las Pirámides, todo a la vez.

—Ya hemos perdido cuatro miembros —respondió O'Toole—. Quiero verlo de vuelta aquí sano y salvo. Dios lo bendiga.

Richard terminó de estrechar la mano del general, se puso el casco y se dirigió hacia la esclusa. Unos momentos más tarde, cuando Wakefield hubo desaparecido, el almirante Heilmann criticó el comportamiento del general O'Toole.

—Usted me ha decepcionado, Michael —dijo—. Su cálida despedida a ese joven hace pensar casi que aprueba usted realmente su acción.

O'Toole se enfrentó al almirante alemán.

—Wakefield tiene valor, Otto —dijo—. Y también convicción. No teme ni a los ramanes ni a un proceso disciplinario de la AIE. Admiro ese tipo de confianza en uno mismo.

—Tonterías —dijo Heilmann—. Wakefield no es más que un escolar arrogante y atrevido. ¿Sabe usted lo que dejó ahí dentro? Un par de esos estúpidos robots shakesperianos. Simplemente, no le gusta recibir órdenes. Desea hacer siempre su propia voluntad.

—Eso lo hace muy parecido al resto de nosotros —observó Francesca. El lugar quedó en silencio por unos instantes. —Richard es muy listo —añadió en tono muy bajo—. Probablemente tiene buenas razones que ninguno de nosotros comprende para volver al interior de Rama.

—Simplemente espero que vuelva antes que se haga oscuro de nuevo, como ha prometido —terció Janos—. No estoy seguro de poder soportar la pérdida de otro amigo.

Los cosmonautas salieron al pasillo.

—¿Dónde está el doctor Brown?. —preguntó Janos a Francesca mientras caminaba a su lado.

—Está con Yamanaka y Turgeniev. Han estado revisando los cometidos posibles de los miembros del equipo durante el viaje de vuelta a casa. Dada la escasez de efectivos, va a ser necesario que cada uno se ocupe de varias especialidades antes de partir. — Francesca se echó a reír. —Incluso me ha preguntado a mí si podía hacer de auxiliar del ingeniero de navegación. ¿Puede imaginarlo?

—No me resulta muy difícil —respondió Janos—. Probablemente usted es capaz de aprender todo lo necesario.

Heilmann y O'Toole avanzaban tras ellos también por el corredor. Cuando alcanzaron la sala que conducía a los aposentos privados del equipo, el general O'Toole se despidió.

—Sólo un momento —dijo Otto Heilmann—. Necesito hablar con usted de otra cosa. Ese maldito asunto de Wakefield casi me hizo olvidarla. ¿Puede acompañarme a mi oficina durante una hora más o menos?

—Esencialmente —dijo Otto Heilmann, señalando el criptograma sin desmodular en el monitor—, esto es un cambio importante en el procedimiento Trinidad. No es sorprendente. Ahora que sabemos mucho más sobre Rama, usted podía esperar que el desarrollo fuera algo distinto.

—Pero nunca anticipamos el utilizar las cinco armas —respondió O'Toole—. El par extra fue cargado a bordo solamente para prevenir fallas. Tanto megatonelaje puede evaporar Rama.

—Ésa es la intención —dijo Heilmann. Se reclinó en su asiento y sonrió. —Sólo entre nosotros, creo que hay mucha presión acumulándose ahí abajo. El sentimiento del general entre los altos mandos es que las capacidades de Rama fueron enormemente subvaloradas inicialmente.

—Pero, ¿por qué desean poner las dos armas más grandes en el pasadizo de trasbordo? Seguro que una bomba de un solo megatón cumpliría con el resultado deseado.

—¿Y si por alguna razón no estallara? Tiene que haber un repuesto.

—Heilmann se inclinó ansiosamente hacia delante sobre su escritorio.

—Creo que este cambio en el procedimiento define claramente la estrategia. Las dos en el extremo asegurarán que la integridad estructural del vehículo resulte absolutamente destruida... eso es esencial para garantizar que sea imposible para Rama maniobrar de nuevo después de la explosión. Las otras tres bombas estarán repartidas en el interior para asegurarnos de que ninguna parte de Rama quede a salvo. Es igualmente importante que las explosiones den como resultado un cambio de velocidad suficiente para que todas las piezas resultantes fallen en su impacto contra la Tierra.

El general O'Toole construyó una imagen mental de la gigantesca nave espacial siendo aniquilada por cinco bombas nucleares. No era una imagen agradable. En una ocasión, quince años antes, él y otros veinte miembros del Consejo de Gobiernos habían volado hasta el sur del Pacífico para contemplar la explosión de un arma de cien kilotones. El personal de ingeniería de sistemas del Consejo de Gobiernos había convencido a los líderes políticos, y a la prensa mundial, de que era necesaria una prueba nuclear "cada veinte años o algo así" para asegurarse de que las viejas armas pudieran dispararse con efectividad en una emergencia. O'Toole y su grupo observaron la demostración, ostensiblemente para averiguar todo lo posible acerca de los efectos de las armas nucleares.

El general O'Toole estaba profundamente sumido en sus pensamientos, recordando el horripilante hormigueo en su espina dorsal ante aquella bola de fuego que se alzaba en el tranquilo cielo del Pacífico Sur. No fue consciente de que el almirante Heilmann le había hecho una pregunta.

—Lo siento, Otto —dijo—. Estaba pensando en otra cosa.

—Le pregunté cuánto tiempo puede ser necesario para conseguir la aprobación para Trinidad.

—¿Quiere decir en nuestro caso? —preguntó incrédulo O'Toole.

—Por supuesto —respondió Heilmann.

—No puedo imaginarlo. Las armas fueron incluidas en la misión, evidentemente, tan sólo para protegernos contra acciones abiertamente hostiles por parte de los ramanes. Recuerdo incluso el escenario base... un ataque no provocado contra la Tierra de la nave espacial alienígena, utilizando armas de alta tecnología más allá de las capacidades de nuestras defensas. La actual situación es completamente distinta.

El almirante alemán estudió a su colega norteamericano.

—Nadie pensó nunca en que la nave espacial Rama adoptara un rumbo de colisión contra la Tierra —dijo—. Si no alterara su trayectoria, va a perforar un enorme agujero en la superficie y a levantar tanto polvo que las temperaturas descenderán en todo el mundo durante varios años... Al menos, eso es lo que dicen los científicos.

—Pero eso es ridículo —argumentó O'Toole—. Usted ha oído todas las discusiones que se han producido durante la conferencia. Ninguna persona racional cree realmente que Rama vaya a golpear la Tierra.

—El impacto es sólo uno de los varios escenarios de desastre. ¿Qué haría usted si fuera el jefe del estado mayor? Destruir Rama ahora es una solución segura. Nadie pierde.

Visiblemente alterado por la conversación, Michael O'Toole se disculpó y se dirigió a su habitación. Por primera vez en toda su asociación con la misión Newton, pensó que se le podía ordenar realmente que utilizara su código de seguridad para activar las armas. Nunca antes, ni por un momento, se le había ocurrido que las bombas en sus contenedores metálicos en la parte de atrás de la nave militar fueran nada más que un paliativo para los temores de los políticos civiles.

Sentado ante la terminal de ordenador de su habitación, el preocupado O'Toole recordó las palabras de Armando Urbina, el activista para la paz mexicano que había abogado por el desmantelamiento total del arsenal nuclear del Consejo de Gobiernos.

—Como hemos visto en Roma y Damasco —había dicho el señor Urbina—, si las armas existen, pueden ser utilizadas. Sólo si no hay armas podemos garantizar que los seres humanos nunca volverán a sufrir el horror de la devastación nuclear.

Richard Wakefield no regresó antes de la noche ramana. Puesto que la estación de comunicaciones en Beta había resultado inutilizada por el huracán (la Newton había monitorizado el deshielo del Mar Cilíndrico y el inicio del vendaval a través de la telemetría

transmitida por Beta antes de ser silenciada), Richard se había salido del radio de comunicaciones cuando estaba a medio camino cruzando la Planicie Central. Su última transmisión a Janos Tabori, que se había ofrecido como voluntario para enlace, había sido típica de Wakefield. Mientras la señal desde el interior de Rama se iba debilitando, Janos, con tono alegre, le había preguntado a Richard cómo deseaba ser recordado por sus "fans" en caso de que fuera "tragado por el Gran Devorador Galáctico".

—Dígales que he amado Rama no sabiamente, sino demasiado —gritó Richard en su comunicador.

—¿Qué es eso? —había exclamado Otto Heilmann, desconcertado el almirante había acudido en busca de Janos para discutir un problema de ingeniería de la Newton.

—La ha matado —dijo Heilmann, intentando sin éxito captar de nuevo la señal.

—¿Quién ha matado... de qué está hablando?

—No importa —respondió Janos, girando su silla y flotando en el aire—. Ahora, ¿qué puedo hacer por usted, Herr almirante?

El no regreso de Richard no fue considerado como algo serio hasta varias horas después del siguiente día en Rama. Los cosmonautas de la Newton estaban convencidos la noche anterior de que Wakefield se había visto absorbido por alguna tarea ("probablemente arreglando la estación de comunicaciones de Beta", había sugerido Janos), había perdido el sentido del tiempo, y decidido no emprender la vuelta solitario en la oscuridad. Pero cuando no regresó por la mañana, una sensación de lúgubre pesimismo empezó a teñir las conversaciones.

—No sé por qué no lo admitimos —dijo de pronto Irina Turgenev durante un período de tranquilidad a la hora de comer—. Wakefield tampoco va a volver. Sea lo que fuere lo que atrapó a Takagishi y a des Jardins, lo ha atrapado también a él.

—Eso es ridículo, Irina —respondió acaloradamente Janos.

—Da —observó ella—. Eso es lo que siempre ha dicho usted. Desde el principio, cuando el general Borzov fue cortado en pedazos. Luego, fue un accidente que el cangrejo biot atacara a Wilson. La cosmonauta des Jardins desaparece en un callejón...

—Coincidencias —exclamó Janos—, ¡todo coincidencias!

—Usted es estúpido, Janos —le gritó de vuelta Irina—. Usted confía en todo y en todos. Deberíamos hacer volar en pedazos esta maldita cosa antes de que haga más...

—Alto, alto, los dos —dijo con voz fuerte David Brown, mientras los dos colegas de la Europa Oriental seguían discutiendo.

—De acuerdo, tranquilos —añadió el general O'Toole—. Todos estamos un poco tensos. No hay ninguna necesidad de que nos peleemos.

—¿Va a ir alguien en busca de Richard? —preguntó el emotivo Janos, a nadie en particular.

—¿Quién sería lo bastante loco...? —empezó a responder Irina.

—No —interrumpió el almirante Heilmann firmemente—. Le dije a Wakefield que su visita no era autorizada y que no íbamos a ir tras él en ninguna circunstancia. Además, el doctor Brown y los dos pilotos me dijeron que apenas pueden hacer volver a las dos naves a la Tierra con la energía que les queda... y su análisis suponía que Wakefield estaba con nosotros. No podemos correr más riesgos.

Hubo un largo y sombrío silencio en la mesa del comedor.

—Tenía intención de decírselo a todo el mundo cuando acabáramos de comer —dijo entonces David Brown, poniéndose de pie al lado de su silla—, pero me parece que a este grupo le sentará bien alguna buena noticia en este momento. Hace una hora recibimos nuestras órdenes. Partiremos para la Tierra a 1—14 días, dentro de un poco más de una semana a partir de ahora. Entre este momento y entonces entrenaremos al personal en todas sus tareas auxiliares, descansaremos para el viaje a casa, y nos aseguraremos de que todos los sistemas de ingeniería de la Newton funcionan correctamente.

Los cosmonautas Turgenev, Yamanaka y Sabatini expresaron su aprobación.

—Si vamos a marcharnos sin volver a Rama —preguntó Janos—, ¿por qué aguardar tanto tiempo? Seguro que podemos prepararnos perfectamente en tres o cuatro días.

—Tal como lo entiendo —respondió el doctor Brown—, nuestros dos colegas militares tienen que realizar una tarea especial que les ocupará la mayor parte de su tiempo, y algo del nuestro, durante la mayor parte de los próximos tres días. —Miró a Otto Heilmann. — ¿Quiere decírselo?

El almirante Heilmann se puso de pie.

—Primero necesito discutir los detalles con el general O'Toole —dijo con voz resonante—. Se lo explicaremos a todo el mundo por la mañana.

O'Toole no necesitó que Otto Heilmann le mostrara el mensaje que acababa de recibir hacía tan sólo veinte minutos. Sabía lo que decía. De acuerdo con el procedimiento, eran sólo tres palabras:

Procedan con Trinidad.

Michael O'Toole no pudo dormir. Dio vueltas en su cama, conectó su música favorita, y repitió una y otra vez el ave María y el padrenuestro. Nada sirvió. Deseaba una distracción, algo que le hiciera olvidar sus responsabilidades y le concediera a su alma algo de descanso.

PROCEDAN CON TRINIDAD, se dijo finalmente, enfocándose en la auténtica causa de su inquietud. ¿Qué significaba exactamente aquello? Usar las carretillas elevadoras teleoperadas, abrir los contenedores, extraer las armas (eran aproximadamente del tamaño de heladeras grandes), comprobar todos los subsistemas, poner las bombas en una vaina, llevarlas hasta la escotilla de Rama, trasbordarlas al pesado montacargas...

¿Y qué más?, pensó. Una cosa más. No tomaría mucho más de un minuto para cada arma, pero era con mucho lo más importante. Cada bomba poseía un par de pequeños teclados numéricos redundantes en uno de sus lados. Él y el almirante Heilmann tendrían que utilizar esos teclados para introducir una secuencia especial de dígitos, un código de confirmación, antes que las armas pudieran ser activadas. Sin esos códigos, las bombas permanecerían absolutamente durmientes, para siempre.

Los debates originales acerca de si incluir o no armas nucleares en el limitado manifiesto de pertrechos de la Operación Newton habían resonado por todos los corredores del cuartel general militar del Consejo de Gobiernos en Amsterdam durante varias semanas. La votación que siguió fue muy igualada. Se decidió que las Newton llevarían las armas nucleares, pero, para aliviar la preocupación general, se decidió también incluir rigurosas medidas de seguridad que las protegieran contra cualquier uso no deseado.

Durante esas mismas reuniones, los altos mandos militares del Consejo de Gobiernos evitaron las protestas del público situando una clasificación de supersecreto en el hecho de que las Newton transportaban bombas nucleares a su cita con Rama. Ni siquiera a los miembros civiles del equipo Newton se les habló de la existencia de las armas.

El grupo de trabajo secreto del Procedimiento de Seguridad Trinidad se reunió siete veces en cuatro lugares distintos del mundo antes del despegue de las Newton. Para hacer el proceso de despliegue inmune a filtraciones electrónicas no deseadas, fue elegida la acción manual como método de activación para las armas nucleares. Así, ningún lunático de la Tierra o aterrado cosmonauta del Proyecto Newton podría desencadenar el proceso con una simple orden electrónica. El jefe de estado del Consejo

de Gobiernos, un brillante pero desapasionado ordenancista llamado Kazuo Norimoto, expresó su preocupación de que, sin la capacidad del mando electrónico, la operación militar dependiera excesivamente de los seres humanos seleccionados para la misión. Sin embargo, fue persuadido de que era mucho mejor depender de los oficiales militares del Proyecto Newton que preocuparse acerca de cualquier terrorista o fanático que pudiera apoderarse del código de activación.

Pero, ¿y si uno de los oficiales militares Newton se veía dominado por el pánico? ¿Cómo podía protegerse el sistema contra un acto unilateral de agresión nuclear por parte de un miembro del equipo? Cuando se completaron todas las discusiones, el sistema de seguridad resultante fue relativamente sencillo. Habría tres oficiales militares en el equipo. Cada uno de ellos dispondría de un código de activación conocido sólo por él. La introducción manual de dos de las tres largas secuencias numéricas armaría los dispositivos nucleares. El sistema quedaba así protegido a la vez contra un oficial recalcitrante o uno asustado. Sonaba como un sistema a prueba de errores.

Pero nuestra situación actual no fue nunca considerada en el análisis de contingencias, pensó O'Toole mientras permanecía tendido en su cama. En el caso de cualquier acción peligrosa, militar o civil, se suponía que cada uno de nosotros designara a alguien alternativo para aprender nuestro código. Pero, ¿quién podía prever que una apendicectomía fuera peligrosa? El código de Valeri murió con él. Lo cual significa que el sistema necesita ahora a dos de dos.

O'Toole rodó sobre su estómago y hundió el rostro contra la almohada. Ahora comprendía claramente por qué seguía todavía despierto. Sí no introduzco mi código, esas bombas no pueden ser utilizadas. Recordó una comida en la nave militar, con Valeri Borzov y Otto Heilmann, durante el crucero de placer hacia Rama.

—Es un conjunto perfecto de equilibrio y control —bromeó el general soviético—, y probablemente jugó un papel importante en nuestra selección individual. Otto apretaría el disparador a la menor provocación, y usted, Michael, agonizaría en sus dudas sobre la moralidad aunque su vida estuviera amenazada. Yo soy el que deshace el nudo.

Pero estás muerto, Valeri, se dijo el general O'Toole, y a nosotros se nos ha ordenado que activemos las bombas. Se levantó de la cama y se dirigió a su escritorio. Como había hecho durante toda su vida cuando se enfrentaba a una decisión difícil, O'Toole tomó un pequeño bloc de notas electrónico de su bolsillo e hizo dos cortas listas, una resumiendo las razones para seguir las órdenes de destruir Rama y la otra presentando los argumentos en contra. No tenía razones estrictamente lógicas para oponerse a la orden de destrucción... el gigantesco vehículo era probablemente una máquina desprovista de

vida, sus tres colegas estaban casi con toda seguridad muertos, y había una amenaza en absoluto trivial suspendida sobre la Tierra. Pero, pese a todo, O'Toole dudaba. Había algo acerca de cometer un acto tan flagrantemente hostil que ofendía su sensibilidad.

Volvió a su cama y se tendió de espaldas. Querido Dios, rezó, mirando fijamente al cielo, ¿cómo puedo saber lo que es correcto en esta situación? Por favor, muéstrame el camino.

Sólo treinta segundos después de la alarma matutina, Otto Heilmann oyó una suave llamada a su puerta. El general O'Toole entró unos instantes más tarde. El norteamericano estaba ya vestido.

—Se ha levantado temprano, Michael —dijo el almirante, tanteando en busca de su café de la mañana, que hacía ya cinco minutos estaba calentándose automáticamente.

—Deseaba hablar con usted —dijo O'Toole con voz agradable. Aguardó cortésmente a que Heilmann encontrara su café. ¿De qué se trata? —preguntó el almirante.

—Quiero que desconvoque la reunión de esta mañana.

—¿Por qué? Necesitamos algo de ayuda del resto del equipo, como hablamos usted y yo ayer por la noche. Cuanto más tiempo aguardemos para empezar, más posibilidades tenemos de retrasar nuestra partida.

—Todavía no estoy preparado —dijo O'Toole. El entrecejo del almirante Heilmann se frunció. Dio un largo sorbo a su café y estudió a su compañero.

—Entiendo —dijo suavemente—. ¿Y qué otra cosa necesitamos antes de que esté usted preparado?

—Quiero hablar con alguien, el general Norimoto quizá, para comprender por qué destruimos Rama. Sé que usted y yo hablamos de ello ayer, pero deseo oír las razones de la persona que ha dado la orden.

—Es deber de un oficial militar seguir las órdenes. Formular preguntas puede ser considerado como una infracción disciplinaria...

—Comprendo todo eso, Otto —interrumpió O'Toole—, pero no nos hallamos en una situación de batalla. No me estoy negando a cumplir una orden. Simplemente deseo asegurarme... —Su voz murió, y O'Toole miró a la distancia.

—¿Asegurarse de qué? —preguntó Heilmann.

O'Toole inspiró profundamente.

—Asegurarme de que hago lo correcto.

Fue concertada una videoconferencia con Norimoto, y la reunión del equipo Newton fue aplazada. Puesto que era medianoche en Amsterdam, pasó cierto tiempo antes que la transmisión codificada pudiera ser traducida y presentada al jefe de estado mayor del

Consejo de Gobiernos. A su manera típica, el general Norimoto pidió entonces varias horas más para preparar su respuesta, a fin de poder obtener el "consenso del estado mayor" acerca de lo que iba a decirle a O'Toole.

El general y el almirante Heilmann estaban sentados juntos en el centro de control de la Newton militar cuando llegó la transmisión de Norimoto. El general Norimoto iba vestido con todas sus galas militares. No sonrió cuando saludó a los oficiales de la Newton. Se puso los anteojos y leyó un texto preparado.

—"General O'Toole, hemos estudiado atentamente las preguntas contenidas en su última transmisión. Todas sus preocupaciones estaban incluidas en la lista de probabilidades que fue discutida aquí en la Tierra antes que llegáramos a la decisión de seguir adelante con Trinidad. Bajo las disposiciones únicas contenidas en los protocolos operativos del CG-AIE, usted y el resto del personal militar de la misión Newton forman parte temporariamente de mi estado mayor especial; en consecuencia, yo soy su oficial al mando. El mensaje que le fue transmitido tiene que ser considerado como una orden."

El general Norimoto consiguió esbozar el asomo de una sonrisa.

—"De todos modos —siguió leyendo—, debido al significado de la acción contenida en la orden y su evidente preocupación acerca de sus repercusiones, hemos preparado tres declaraciones resumen que deberían ayudarle a comprender nuestra decisión:

"Uno. No sabemos si Rama es hostil o amistosa. No tenemos forma de obtener datos adicionales para resolver el asunto.

"Dos. Rama avanza hacia la Tierra. Puede impactar con nuestro planeta natal, emprender una acción hostil una vez que esté en nuestras inmediaciones, o realizar actividades benéficas que no podemos definir.

"Tres. Activando Trinidad cuando Rama esté aún a diez o más días de distancia, podemos garantizar la seguridad del planeta, independientemente de las intenciones o futuras acciones de Rama."

El general hizo una brevísima pausa.

—Eso es todo —concluyó—. Procedan con Trinidad. La pantalla quedó vacía.

—¿Está satisfecho? —preguntó el almirante Heilmann.

—Supongo que sí —suspiró O'Toole—. No he oído nada nuevo, pero tampoco debía esperarlo.

El almirante Heilmann consultó su reloj.

—Hemos malgastado casi todo un día —dijo—. ¿Reunimos al equipo después de cenar?

—Mejor no —respondió O'Toole—. Este episodio me ha agotado, y apenas he dormido esta última noche. Preferiría aguardar hasta mañana por la mañana.

—De acuerdo —dijo Heilmann tras una pausa. Se puso de pie y apoyó una mano sobre el hombro de O'Toole—. Será lo primero que hagamos después de desayunar.

Por la mañana, el general O'Toole no asistió a la prevista reunión del equipo. Telefonó a Heilmann y le pidió al almirante que procediera sin él. La excusa de O'Toole fue que había sufrido "dolores estomacales" toda la noche. Dudaba de que el almirante Heilmann creyera en su explicación, pero en realidad no le importaba.

O'Toole observó y escuchó la reunión por el televisor de su habitación, sin interrumpir ni decir nada en ningún momento. Ninguno de los demás cosmonautas pareció particularmente sorprendido de que la Newton transportara un arsenal nuclear. Heilmann hizo un concienzudo trabajo explicando lo que había que hacer. Requirió la ayuda de Yamanaka y Tabori, tal como él y O'Toole habían acordado, y delineó una secuencia de actividades que concluirían con las armas desplegadas dentro de Rama en setenta y dos horas. Eso dejaría al equipo otros tres días para prepararse para la partida.

—¿Cuándo detonarán las bombas? —preguntó nerviosamente Janos Tabori, una vez que el almirante Heilmann hubo terminado.

—Serán fijadas para estallar sesenta horas después de nuestra partida prevista. Según los modelos analíticos, deberíamos estar fuera del campo de los restos en doce horas, pero por seguridad hemos especificado en nuestro procedimiento que las armas no estallen a menos que nosotros estemos a veinticuatro horas de distancia... Si nuestra partida se ve retrasada por alguna crisis, siempre podemos reescribir la secuencia de detonación por medio de una orden electrónica.

—Eso es tranquilizador —observó Janos.

—¿Alguna otra pregunta?

—Sólo una —dijo Janos—. Mientras estemos dentro de Rama poniendo esas cosas en sus localizaciones correspondientes, supongo que estará bien que echemos un vistazo en busca de nuestro amigos perdidos. En caso de que estén vagando por ahí...

—La secuencia de tiempo es muy ajustada, cosmonauta Tabori —respondió el almirante—, y el despliegue en sí, dentro de la estructura, sólo tomará unas pocas horas. Desgraciadamente, debido a los retrasos en el inicio del proceso, situaremos las armas en sus posiciones designadas durante el tiempo en que Rama esté a oscuras.

Estupendo, pensó O'Toole en su habitación. Eso es otra cosa de la que se me puede culpar. De todos modos, tuvo la sensación de que en líneas generales el almirante Heilmann había manejado muy bien la reunión. Ha sido un detalle que Otto no haya dicho

nada acerca del código, se dijo O'Toole. Probablemente imagina que yo colaboraré. Y probablemente está en lo cierto.

Cuando O'Toole despertó de un corto sueño, ya había pasado la hora de la comida y tenía un hambre terrible. No había nadie en el comedor excepto Francesca Sabatini; estaba terminando su café y estudiando alguna especie de datos de ingeniería en el monitor de su ordenador.

—¿Se encuentra mejor, Michael? —preguntó al verlo. Asintió con la cabeza.

—¿Qué está leyendo? —preguntó.

—Es el manual ejecutivo del software —respondió Francesca—, David está muy preocupado de que, sin Wakefield, ni siquiera podamos saber si el software de la Newton funciona adecuadamente o no. Estoy aprendiendo a leer el output de diagnóstico del autotest.

—Vaya —silbó O'Toole—. Eso es más bien fuerte para una periodista.

—En realidad no es tan complicado —rió Francesca—. Y es extremadamente lógico. Quizá mi próxima carrera sea la de ingeniero.

O'Toole se preparó un bocadillo, tomó un tetrabrik de leche y se unió a Francesca en la mesa. Ella apoyó una mano sobre su antebrazo.

—Hablando de próximas carreras, Michael, ¿ha pensado usted ya en la suya?

Él la miró interrogativamente.

—¿De qué está hablando?

—Me siento atrapada en el habitual dilema profesional, mi querido amigo. Mis deberes como periodista se hallan en conflicto directo con mis sentimientos.

O'Toole dejó de masticar.

—¿Heilmann se lo ha dicho? Ella asintió.

—No soy estúpida, Michael. Lo habría descubierto más pronto o más tarde. Y ésta es una gran, gran historia. Quizás una de las más grandes de la misión. ¿No puede imaginar el anticipo de las noticias de la tarde: "General norteamericano se niega a seguir las órdenes de destruir Rama. Sintonícenos a las cinco"?

El general se puso a la defensiva.

—No me he negado. El procedimiento de Trinidad no me exige que introduzca mi código hasta después que las armas estén fuera de los contenedores...

—...y listas para ser introducidas en las vainas —completó Francesca—. Lo cual es dentro de unas dieciocho horas. Mañana por la mañana es lo más aproximado que puedo imaginar... Tengo intención de estar a mano para registrar el acontecimiento histórico. — Se levantó de la mesa. —Y, Michael, en caso de que se lo esté preguntando, no he

mencionado su llamada a Norimoto en ninguno de mis informes. Puede que me refiera a su conversación con él en mis memorias, pero no voy a publicarlas al menos hasta dentro de cinco años.

Francesca se dio la vuelta y miró directamente a los ojos de O'Toole.

—Va usted a convertirse en un héroe internacional de la noche a la mañana, amigo mío. Espero que haya considerado cuidadosamente todas las ramificaciones de su decisión.

55 - La voz de Michele

El general O'Toole pasó la tarde en su habitación, viendo por el televisor cómo Tabori y Yamanaka comprobaban las armas nucleares. Fue disculpado, sobre la base de sus molestias estomacales, de su tarea asignada de comprobar los sistemas de las armas. El procedimiento era sorprendentemente directo y sencillo; nadie hubiera sospechado que había sido diseñado para destruir la más impresionante obra de ingeniería jamás vista por la humanidad.

Antes de cenar, O'Toole llamó a su esposa. Las Newton se estaban acercando rápidamente a la Tierra ahora, y el tiempo de espera entre transmisión y recepción estaba por debajo de los tres minutos. Las conversaciones a la manera antigua eran de nuevo posibles. Su charla con Kathleen fue cordial y mundana. El general O'Toole pensó brevemente en compartir su dilema moral con su esposa, pero se dio cuenta de que el videófono no era seguro y decidió dejarlo. Ambos expresaron su excitación ante la idea de reunirse de nuevo en un futuro próximo.

El general cenó con el resto del equipo. Janos estaba de humor exuberante y entretenía a los demás con historias acerca de su tarde con "las balas", como insistía en llamar a las bombas nucleares.

—Hubo un momento —le dijo a Francesca, que estaba riendo sin parar desde que empezó su narración— en que tuvimos todas las balas ligeramente ancladas al suelo y dispuestas en una fila, como dómicos. Asusté mortalmente a Yamanaka. Empujé una, y las demás cayeron, clang, bang, en todas direcciones. Hiro estuvo seguro de que iban a estallar.

—¿No le preocupó la posibilidad de dañar algún componente crítico? —preguntó David Brown.

—En absoluto —respondió Janos—. Los manuales que me pasó Otto dicen que no puedes hacerles ningún daño a esas cosas ni aunque las dejes caer desde lo alto de la Torre Trump. Además —añadió—, todavía no están armadas. ¿No es así, Herr almirante?

Heilmann asintió, y Janos se lanzó a otra historia. El general O'Toole se alejó mentalmente hacia otros lugares, debatiéndose imposiblemente con la relación entre aquellos objetos metálicos en la nave militar y la nube en forma de hongo en el Pacífico... Francesca interrumpió su ensoñación.

—Tiene una llamada urgente en línea privada, Michael —dijo—. El presidente Bothwell estará en ella en cinco minutos. Las conversaciones en la mesa se interrumpieron.

—Bien —dijo Janos con una sonrisa—, usted debe de ser una persona especial. No todo el mundo recibe llamadas de "Slugger" Bothwell.

El general O'Toole se disculpó educadamente de la mesa y fue a su habitación. Debe saberlo, pensó mientras aguardaba impaciente la conexión. Por supuesto. Es el Presidente de los Estados Unidos.

O'Toole siempre había sido aficionado al béisbol, y su equipo favorito era el de los Red Sox de Boston. El béisbol había pasado a administración judicial en lo más fuerte del Gran Caos, en 2141, pero un nuevo grupo de propietarios había vuelto a poner las ligas en marcha cuatro años más tarde. Cuando Michael tenía seis, en 2148, su padre lo había llevado al Fenway Dome para presenciar un partido entre los Red Sox y los Huracanes de La Habana. Fue el inicio de una pasión amorosa que duraría toda la vida de O'Toole.

Sherman Bothwell había sido un primer base zurdo y de potente pegada de los Red Sox entre 2172 y 2187. Había sido inmensamente popular. Nacido en Missouri, su genuina modestia y dedicación a la antigua al trabajo duro eran tan excepcionales como las cuatrocientas veintisiete carreras completas realizadas durante sus dieciséis años en las ligas mayores. Durante el último año de su carrera de béisbol, la esposa de Bothwell había muerto en un terrible accidente náutico. La silenciosa dedicación de Sherman a la responsabilidad de criar y educar a sus hijos fue ampliamente aplaudida.

Tres años más tarde, cuando se casó con Linda Black, la hermosa hija del gobernador de Texas, resultó obvio para mucha gente que Sherman tenía en mente una carrera política. Avanzó por entre las filas de su partido a gran velocidad. Primero vicegobernador, luego gobernador y posible presidente. Fue elegido para la Casa Blanca por una aplastante mayoría en 2196; se anticipaba que derrotaría abrumadoramente al candidato Cristiano Conservador en las próximas elecciones generales de 2200.

—Hola, general O'Toole —dijo el hombre del traje azul, con una sonrisa amistosa, cuando la pantalla se iluminó—. Aquí Sherman Bothwell, su presidente.

El Presidente no utilizaba notas. Estaba inclinado hacia delante en una silla sencilla, con los codos apoyados sobre los muslos y las manos cruzadas ante él. Hablaba como si estuviera sentado al lado del general O'Toole en una sala de estar cualquiera.

—He estado siguiendo su misión Newton con gran interés, como todo el mundo en mi familia, incluidos Linda y los cuatro chicos, desde su despegue. Pero he permanecido especialmente atento a estas últimas semanas, a medida que las tragedias llovían sobre usted y sus valerosos colegas. Oh. Oh. ¿Quién hubiera podido pensar nunca que una cosa como esa nave Rama pudiera existir? Es realmente abrumador...

"De todos modos, tengo entendido por nuestro representante en el Consejo de Gobiernos que ha sido dada la orden de destruir Rama. Sé que las decisiones como ésta no son tomadas a la ligera, y que sitúan una gran responsabilidad en gente como usted. Sin embargo, estoy seguro de que es la acción correcta.

"Sí, señor, sé que es la correcta. ¿Sabe?, mi hija Courtney, es la que tiene ocho años, se despierta casi cada noche con pesadillas. Estábamos mirando cuando todos ustedes intentaban capturar ese biot, el que se parecía a un cangrejo, y oh, fue positivamente horrible. Ahora Courtney sabe, no dejan de repetirlo por la televisión, que Rama se dirige directamente hacia la Tierra, y está realmente asustada. Aterrorizada. Piensa que todo el país va a verse invadido por esas cosas cangrejo y que ella y todos sus amigos serán cortados en trozos exactamente igual que el periodista Wilson.

"Le estoy diciendo todo esto, general, porque sé que usted se enfrenta a una gran decisión. Y he oído rumores de que es posible que sienta dudas ante la idea de destruir esa enorme nave espacial y todas sus maravillas. Pero, general, le he hablado a Courtney de usted. Le he dicho que usted y su equipo van a hacer volar Rama en pedazos mucho antes de que alcance la Tierra,

"Por eso lo he llamado. Para decirle que cuento con usted. —Y también Courtney.

El general O'Toole había pensado, antes de escuchar al Presidente, que podía aprovechar la llamada y plantear su dilema frente al líder del pueblo norteamericano. Había imaginado que tal vez podría incluso preguntarle a "Slugger" Bothwell acerca de la naturaleza de una especie que destruye para protegerse contra un riesgo improbable. Pero, después del corto y prácticamente perfecto discurso de ex primer base, O'Toole no tenía nada que decir. ¿Cómo podía negarse a responder a una súplica así? Todas las Courtney Bothwell del planeta contaban con él.

Tras dormir cinco horas, O'Toole despertó a las tres. Era consciente de que se enfrentaba a la acción más importante de su vida. Tenía la impresión de que todo lo había hecho, su carrera, sus estudios religiosos, incluso sus actividades familiares, lo habían

estado preparando para este momento. Dios había depositado sobre él una decisión monumental. Pero, ¿qué era lo que quería Dios que hiciera? Su frente se llenó de sudor mientras O'Toole se arrodillaba delante de la imagen de Jesús en la cruz que estaba detrás de su escritorio.

Querido Señor, dijo, juntando ansiosamente las manos, se acerca mi hora y sigo sin ver claramente Tu voluntad. Sería tan fácil para mí seguir simplemente las órdenes y hacer lo que todo el mundo, quiere. ¿Es ése Tu deseo? ¿Cómo puedo saberlo con seguridad?

Cerró los ojos y rezó pidiendo guía con un fervor que sobrepasaba todo lo que hubiera sentido anteriormente. Mientras rezaba, recordó otra ocasión, años antes, cuando era un joven piloto que formaba parte de una fuerza pacificadora temporaria en Guatemala. O'Toole y sus hombres habían despertado una mañana para descubrir que su pequeña base aérea en la jungla estaba completamente rodeada por terroristas de derecha que intentaban poner de rodillas al inexperto gobierno democrático. Los subversivos deseaban los aviones. A cambio, garantizarían la salida sin problemas del país de O'Toole y sus hombres.

El mayor O'Toole se había tomado quince minutos para deliberar y rezar antes de decidir luchar. En la batalla que siguió, los aviones resultaron destruidos y casi la mitad de sus hombres muertos, pero su simbólica resistencia contra el terrorismo envalentonó al joven gobierno y a muchos otros de Centroamérica en un momento en que los países pobres luchaban desesperadamente por superar los estragos de dos décadas de represión. O'Toole había sido recompensado con la Orden del Mérito, la más alta condecoración militar del Consejo de Gobiernos, por su hazaña en Guatemala.

A bordo de la Newton, años más tarde, el proceso de decisión del general O'Toole era mucho menos directo. En Guatemala, el joven mayor no había tenido que formularse ninguna pregunta acerca de la moralidad de sus acciones. Su orden de destruir Rama, en cambio, era algo completamente distinto. En opinión de O'Toole, la nave alienígena no había emprendido ninguna acción abiertamente belicosa. Además, sabía que la orden estaba basada primariamente en dos factores: el miedo a lo que Rama podía hacer y el rugir de una opinión pública xenofóbica. Históricamente, tanto el miedo como la opinión pública se despreocupaban notoriamente de la moralidad. Si de alguna forma pudiera averiguar cuál era el auténtico propósito de Rama, entonces podría...

Debajo de la pintura de Jesús sobre el escritorio de su habitación había una pequeña estatua de un hombre joven con el pelo rizado y grandes ojos. La figura de san Michele de Siena había acompañado a O'Toole en todos los viajes que había hecho desde su

matrimonio con Kathleen. Ver la estatua le dio una idea. El general O'Toole buscó en uno de los cajones del escritorio y extrajo una plantilla electrónica. La conectó, comprobó el menú, y accedió a un índice de concordancias de los sermones de san Michele.

Bajo la palabra "Rama", el general halló toda una sucesión de referencias distintas. La que estaba buscando era la única señalada con una fuente en negrita. Esa referencia específica era el famoso "sermón de Rama" del santo, pronunciado en el campo a un grupo de cinco mil de los neófitos de Michele tres semanas antes del holocausto de Roma. O'Toole empezó a leer.

"Como tema de mi charla de hoy, voy a hablaros de un santo suscitado por la hermana Judy en nuestro consejo, es decir, cuál es la base para mi afirmación de que la nave espacial extraterrestre llamada Rama puede muy bien haber sido el primer anuncio de la segunda venida de Cristo. Comprended que en este punto no he tenido ninguna revelación clara ni en uno ni en otro sentido; Dios, sin embargo, me sugirió que los heraldos de la próxima venida de Cristo tendrán que ser extraordinarios, o la gente de la Tierra no los observará. Un simple ángel o dos haciendo sonar sus trompetas en los cielos no serán suficientes. Los heraldos tienen que hacer cosas que sean realmente espectaculares para llamar la atención.

Hay un precedente, establecido en las profecías del Antiguo Testamento que predican la llegada de Jesús, de los anuncios proféticos originados en el cielo. El carro de Elías fue el Rama de su tiempo. Estaba, tecnológicamente hablando, tan más allá de la comprensión de sus observadores como lo es Rama hoy. En ese sentido hay un cierto esquema de conformación, una simetría que no es inconsistente con el orden de Dios.

Pero lo que creo que es más alentador acerca de la llegada de la primera nave espacial Rama hace ocho años, y digo 'primera' porque estoy seguro de que habrá otras, es que obliga a la humanidad a pensar por sí misma en una perspectiva extraterrestre. Demasiado a menudo limitamos nuestro concepto de Dios y, por implicación, nuestra propia espiritualidad. Pertenece al universo. Somos sus hijos. Es sólo puro azar el que nuestros átomos se hayan elevado hasta la conciencia aquí en este planeta en particular.

Rama nos obliga a pensar en nosotros mismos, y en Dios, como seres del universo. Es un atributo a Su inteligencia que Él haya enviado un heraldo así en este momento. Porque, como os he dicho muchas veces, estamos predestinados a nuestra evolución final, nuestro reconocimiento de que toda la raza humana no es más que un solo organismo. La aparición de Rama es otra señal de que ha llegado para nosotros el tiempo de cambiar nuestro camino e iniciar la evolución final."

El general O'Toole volvió a guardar la plantilla y se frotó los ojos. Había leído el sermón con anterioridad, de hecho justo antes de su entrevista con el Papa en Roma, pero de alguna forma no le había parecido tan significativo como le parecía ahora. Así que, ¿qué eres tú, Rama?, pensó. ¿Una amenaza a Courtney Bothwell, o un heraldo de la segunda venida de Cristo?

Una hora antes del desayuno, el general O'Toole seguía vacilando. Genuinamente, no sabía cuál tenía que ser su decisión. Pesando abrumadoramente sobre él gravitaba el hecho de que había recibido una orden explícita de su oficial al mando. O'Toole era muy consciente de que había jurado, al recibir su misión, no sólo seguir las órdenes, sino también proteger a todas las Courtney Bothwell del planeta. ¿Tenía alguna prueba de que esa orden en particular era tan inmoral que debía violar su juramento?

Mientras pensara en Rama como en sólo una máquina, no le resultaba demasiado difícil aceptar su destrucción. Después de todo, su acción no mataría a ningún ramane. Pero, ¿qué era lo que había dicho Wakefield? ¿Que la nave espacial ramana era probablemente más inteligente que cualquier criatura que jamás hubiera vivido sobre la Tierra, incluidos los seres humanos? ¿Y acaso una inteligencia mecánica superior no tenía un lugar especial entre las creaciones de Dios, quizás incluso por encima de las formas de vida inferiores?

Al fin, el general O'Toole sucumbió a la fatiga. Simplemente ya no le quedaba energía para enfrentarse a la interminable sucesión de preguntas sin respuesta. Decidió, renuente, cesar su debate interno y prepararse para cumplir con las órdenes.

Su primera acción fue memorizar de nuevo su código de activación, una cadena específica de cincuenta números enteros entre el 0 y el 9 que sólo era conocida por él y los procesadores dentro de las armas nucleares. O'Toole había entrado personalmente su código y comprobado que quedara adecuadamente almacenado en cada una de las armas antes que la misión Newton despegara de la Tierra. La cadena de dígitos era larga para minimizar la probabilidad de ser duplicada por una rutina de búsqueda electrónica repetitiva. A cada uno de los oficiales militares de la misión Newton se le había aconsejado que derivara una secuencia que acordara con dos criterios: el código debía ser casi imposible de olvidar, y no debía ser algo directo, como todos los números de teléfono de la familia, que un agente externo pudiera deducir fácilmente de sus archivos personales.

Por razones sentimentales, O'Toole había deseado que nueve de los números de su código fueran su fecha de nacimiento, 29-3-42, y la fecha de nacimiento de su esposa, 7-2-46. Sabía que cualquier especialista en descifrado buscaría inmediatamente unas

selecciones tan obvias, así que el general decidió ocultar las fechas de nacimiento entre los cincuenta dígitos. Pero, ¿y los otros cuarenta y uno? Ese número en particular, el 41, había intrigado a O'Toole desde una fiesta de pizza y cerveza durante su segundo año en el MIT. Unos de sus asociados de entonces, un brillante y joven teórico de los números cuyo nombre había olvidado hacía mucho, le había dicho a O'Toole en medio de una discusión de borrachos que el 41 era "un número muy especial, el entero inicial de la más larga cadena continua de primos cuadráticos".

O'Toole nunca comprendió completamente lo que quería decir exactamente con la expresión "primos cuadráticos". Sin embargo, comprendió, y se sintió fascinado, por el hecho de que la cadena 41,43,47,53,61,71,83,97, donde cada número consecutivo era calculado incrementando la diferencia del número anterior en dos, daba como resultado exactamente cuarenta números primos consecutivos. La secuencia de primos terminaba solamente cuando el número cuarenta y uno de la cadena resultaba ser un no primo, exactamente $41 \times 41 = 1681$, O'Toole había compartido esta poco conocida pieza de información sólo una vez en su vida, con su esposa Kathleen en su cuadragésimo primer cumpleaños, y había recibido una respuesta tan poco entusiasta que nunca le había vuelto a hablar de ello a nadie.

Pero era perfecto para su código secreto, particularmente si lo disfrazaba convenientemente. Para construir su número de cincuenta dígitos, el general O'Toole construyó primero una secuencia de cuarenta y un dígitos, cada uno procedente de la suma de los primeros dos dígitos en el término correspondiente en la secuencia especial de primos cuadráticos empezando con 41. Así, "5" fue el dígito inicial, en representación del 41, seguido por "7" por el 43, "1" por el 47 ($4 + 7 = 11$ y luego truncado), "8" por el 53, etcétera. A continuación distribuyó los números de las dos fechas de nacimiento utilizando una secuencia Fibonacci inversa (34, 21, 13, 8, 5, 3, 2, 1, 1) para definir las localizaciones de los nueve enteros de sus fechas de nacimiento en la cadena de cuarenta y un dígitos original.

No resultaba fácil confiar la secuencia a la memoria, pero el general no deseaba escribirla y llevarla consigo al proceso de activación. Si su código era escrito, entonces cualquiera podía usarlo, con su permiso o sin él, y su opción de cambiar de opinión se vería nuevamente bloqueada. Una vez que hubo memorizado la secuencia, destruyó todos sus cálculos y fue al comedor para desayunar con el resto de los cosmonautas.

—Aquí hay una copia de mi código para usted, Francesca, y una para usted, Irina, y la última para Hiro Yamana. Lo siento, Janos —dijo el almirante Heilmann con una amplia

sonrisa—, pero me he quedado sin balas. Quizás el general O'Toole le permita entrar su código en una de las bombas.

—No se preocupe, Herr almirante —dijo irónicamente Janos—. Puedo pasarme sin algunos privilegios de la vida.

Heilmann estaba haciendo un gran despliegue de activar las armas nucleares. Había impreso varias copias de su número de cincuenta dígitos y se había complacido en explicar a los otros cosmonautas lo listo que había sido en la concepción de su código. Ahora, con un estilo muy poco característico de él, permitía que el resto de la tripulación participara en el proceso.

A Francesca le encantaba aquello. Era definitivamente buena televisión. A O'Toole se le ocurrió que era la propia Francesca quien probablemente había sugerido toda aquella representación a Heilmann, pero no perdió mucho tiempo pensando en ello. Estaba demasiado atareado sorprendiéndose de lo tranquilo que se sentía ahora. Tras su larga y agónica búsqueda anímica, al parecer iba a realizar su deber sin ningún tipo de remordimiento.

El almirante Heilmann se confundió durante la entrada de su código (admitió que estaba nervioso), y perdió temporariamente el hilo de su secuencia. Los diseñadores del sistema habían previsto esta posibilidad y habían instalado dos luces, una verde y otra roja, inmediatamente encima de los teclados numéricos a un lado de la bomba. Después de cada diez dígitos una de las luces se iluminaba, indicando si los diez códigos anteriores eran compatibles o no con los almacenados. El comité de seguridad había expresado su preocupación de que aquel rasgo "extra" comprometiera el sistema (era más fácil decodificar cinco cadenas de diez dígitos que una de cincuenta), pero repetidos tests de ingeniería realizados antes del lanzamiento habían demostrado que las luces eran necesarias.

Al final de su segunda decena de dígitos, Heilmann fue advertido por el parpadeo de la luz roja.

—He hecho algo mal —dijo, evidentemente azorado.

—Más fuerte —gritó Francesca desde donde estaba filmando. Había encuadrado limpiamente la ceremonia de modo que tanto las armas como las vainas aparecieran en la imagen.

—He cometido un error —proclamó el almirante Heilmann—. Todo este ruido me ha distraído. Debo aguardar treinta segundos antes de poder volver a empezar.

Después que Heilmann completara con éxito su código, el doctor Brown entró el código de activación en la segunda arma. Parecía casi aburrido; ciertamente, no pulsaba las

teclas con nada que se aproximara al entusiasmo. Irina Turgeniev activó la tercera bomba. Efectuó un corto pero apasionado comentario señalando su creencia de que la destrucción de Rama era algo absolutamente esencial.

Ni Hiro Yamanaka ni Francesca dijeron nada. Francesca impresionó al resto del equipo tecleando sus treinta primeros dígitos de memoria. Considerando que nunca había visto, se suponía, el código de Heilmann hasta una hora antes de aquel momento, y que no había estado a solas más de dos minutos desde entonces, su hazaña era realmente notable.

A continuación fue el turno del general O'Toole. Sonriendo, caminó con tranquilidad hacia la primera arma. Los otros cosmonautas aplaudieron, mostrando tanto su respeto por el general como su reconocimiento de su lucha interna. Pidió a todo el mundo que por favor guardaran silencio, explicando que había confiado toda la secuencia a su memoria. Luego, O'Toole entró la primera decena de números.

Se detuvo durante un segundo mientras parpadeaba la luz verde. En ese instante una imagen parpadeó también en su mente, la de uno de los frescos del primer piso del santuario de san Michele en Roma. Un joven con una túnica azul, con los ojos alzados al cielo, estaba de pie en las escaleras del monumento a Víctor Manuel, predicando a una atenta multitud. El general O'Toole oyó un voz, clara y distinta. La voz dijo: "No".

El general giró rápidamente en redondo.

—¿Alguien ha dicho algo? —preguntó, mirando a los demás cosmonautas. Todos negaron con la cabeza. Desconcertado, O'Toole se volvió de nuevo hacia la bomba. Intentó recordar la segunda decena de dígitos. Pero no hubo forma. Su corazón latía a una velocidad endiablada. Su mente no dejaba de decir, una y otra vez: ¿Qué fue esa voz? Su resolución de cumplir con su deber se había desvanecido.

Michael O'Toole inspiró profundamente, se volvió de nuevo en redondo, y cruzó la enorme bodega. Cuando pasó junto a sus sorprendidos colegas oyó al almirante Heilmann gritar:

—¿Que está haciendo?

—Voy a mi habitación —dijo O'Toole sin alterar su paso.

—¿No va a activar las bombas? —dijo el doctor Brown a sus espaldas.

—No —respondió el general O'Toole—. Al menos, todavía no.

El general O'Toole permaneció en su habitación durante todo el resto del día. El almirante Heilmann se dejó caer por allí una hora después del fracaso de O'Toole en entrar su código. Tras unos minutos de absurda charla intrascendente (Heilmann era terrible en ese tipo de cosas), el almirante hizo la pregunta importante:

—¿Ya está preparado para proceder a la activación? O'Toole negó con la cabeza.

—Creí estarlo esta mañana, Otto, pero... —No hubo necesidad de que dijera más.

Heilmann se levantó de su silla.

—He dado órdenes a Yamanaka de que lleve las dos primeras balas al pasadizo dentro de Rama. Estarán allí a la hora de cenar si usted cambia de opinión. Las otras tres serán dejadas en la bodega por ahora. —Miró a su colega durante varios segundos. —Espero que recupere sus sentidos antes que pase demasiado tiempo, Michael. Ya estamos en problemas graves con el cuartel general.

Cuando Francesca entró con su cámara dos horas más tarde, resultó claro por su elección de las palabras que la actitud hacia el general, al menos entre los restantes cosmonautas, era que O'Toole sufría una aguda tensión nerviosa. No estaba siendo desafiante. No estaba haciendo una declaración. Nadie del resto del equipo hubiera tolerado esas alternativas, porque todas habrían parecido malas por asociación. No, resultaba evidente que había algo mal en sus nervios.

—Le he dicho a todo el mundo que no lo moleste con visitas —dijo compasivamente Francesca mientras paseaba su mirada por la habitación, con su mente televisiva encuadrando ya las imágenes de la inminente entrevista—. Los teléfonos han estado sonando como locos, especialmente desde que envié la cinta de esta mañana. —Se dirigió al escritorio, comprobando los objetos que había encima. —¿Es éste Michele de Siena? —preguntó, tomando la estatuita.

O'Toole consiguió una lánguida sonrisa.

—Sí —dijo—. Y supongo que conocerá también al hombre en la cruz de la pintura.

—Muy bien —respondió Francesca—. Lo conozco muy bien... Mire, Michael, ya sabe usted lo que se avecina. Me gustaría que esta entrevista lo pintara a usted bajo la mejor luz posible. No es que vaya a tratarlo con guantes de terciopelo, entienda, pero quiero asegurarme de que esos lobos de ahí abajo tengan oportunidad de oír su versión de la historia...

—¿Ya están pidiendo mi piel? —interrumpió O'Toole.

—Oh, sí —respondió ella—. Y será mucho peor aún. Cuanto más retrase el activar las bombas, más ira caerá sobre usted.

—Pero, ¿por qué? —protestó O'Toole—. No he cometido ningún crimen. Simplemente he retardado activar un arma cuyo poder destructivo excede...

—Eso es irrelevante —contestó Francesca—. A sus ojos, usted no ha hecho su trabajo, es decir proteger a la gente en el planeta Tierra. Están asustados. No comprenden toda esta mierda extraterrestre. Se les ha dicho que Rama será destruida, y ahora usted se niega a extirpar sus pesadillas.

—Pesadillas —murmuró O'Toole—. Eso es lo que Bothwell...

—¿Qué pasa con el presidente Bothwell? —inquirió Francesca.

—Oh, nada —dijo él. Apartó la mirada de sus sondeantes ojos. —¿Qué más? —preguntó impaciente.

—Como iba diciendo, deseo que usted quede lo mejor posible. Péinese de nuevo y póngase un uniforme, no el overol de vuelo. Le aplicaré un poco de maquillaje en la cara para que no parezca tan pálido. —Se volvió al escritorio. —Dispondremos las fotos de su familia a plena vista, cerca de Jesús y Michele. Piense atentamente en lo que va a decir. Por supuesto, le preguntaré por qué no activó las armas esta mañana.

Francesca avanzó unos pasos y apoyó una mano sobre el hombro de O'Toole.

—En mi introducción sugeriré que usted ha estado sometido a una gran tensión. No quiero poner palabras en su boca, pero admitir una cierta debilidad sentará probablemente bien. Particularmente en su país.

El general O'Toole se agitó mientras Francesca terminaba los preparativos para la entrevista.

—¿Tengo que hacer esto? —preguntó, sintiéndose cada vez más incómodo mientras la periodista arreglaba a su gusto la habitación.

—Sólo si quiere que todo el mundo piense que usted no es Benedict Arnold —fue la seca respuesta.

Janos fue a visitarlo justo antes de cenar.

—Su entrevista con Francesca fue muy buena —mintió—. Al menos planteó usted algunas cuestiones morales que todos nosotros deberíamos considerar.

—Fue una torpeza por mi parte suscitar toda esa mierda filosófica —se inquietó O'Toole—. Hubiera debido seguir el consejo de Francesca y echarle la culpa de todo a mi fatiga.

—Bueno, Michael —dijo Janos—, lo que está hecho hecho está. No vine aquí para revisar los acontecimientos del día. Estoy seguro de que usted lo ha hecho ya montones de veces. Vine aquí para ver si podía serle de alguna ayuda.

—No lo creo, Janos —respondió O'Toole—. Pero aprecio la intención. Hubo un largo hiato en la conversación. Finalmente, Janos se puso de pie y se dirigió arrastrando los pies hacia la puerta.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —preguntó en voz baja.

—Me gustaría saberlo —respondió O'Toole—. Creo que no soy capaz de elaborar ningún plan.

La nave espacial combinada Rama-Newton seguía dirigiéndose hacia la Tierra. Con cada día que pasaba la amenaza de Rama se hacía mayor, un enorme cilindro avanzando a velocidad hiperbólica hacia lo que podía ser un impacto calamitoso si no se efectuaba ninguna otra corrección en el rumbo. El punto de colisión estimado era en el estado de Tamil Nadu, al sur de la India, no lejos de la ciudad de Madurai. Los físicos estaban en las noticias de la red de cada noche, explicando lo que cabía esperar. Palabras como "onda de choque" y "deyección" se convinieron en términos que corrían de boca en boca en todas las cenas.

Michael O'Toole fue denostado por la prensa mundial. Francesca había tenido razón. El general norteamericano se convirtió en el foco de la furia de todo el mundo. Incluso hubo sugerencias de que debería ser sometido a un consejo de guerra y ejecutado, a bordo mismo de la Newton, por no cumplir con las órdenes. Toda una vida de importantes logros y desinteresadas contribuciones fue olvidada. Kathleen O'Toole se vio obligada a abandonar el apartamento familiar en Boston y buscar refugio con una amiga en Maine.

El general se sentía torturado por la indecisión. Sabía que estaba causando un daño irreparable a su familia y a su carrera con su fracaso en activar las armas. Pero cada vez que se convencía a sí mismo de que estaba dispuesto a ejecutar la orden, aquel fuerte y resonante "No" creaba nuevamente ecos en sus oídos.

O'Toole se mostró sólo marginalmente coherente en su última entrevista con Francesca, el día antes que la nave científica partiera en su viaje de regreso a la Tierra. Le formuló algunas duras preguntas. Cuando Francesca le preguntó por qué, si Rama tenía intención de situarse en órbita en torno de la Tierra, aún no había efectuado ninguna maniobra de desvío, el general se animó momentáneamente y le recordó que el frenado atmosférico —el disipar energía en forma de calor en la atmósfera— era el método más eficiente de conseguir una órbita en torno de un cuerpo planetario con una atmósfera. Pero cuando ella le dio la posibilidad de ampliar su afirmación, de plantear cómo Rama podía reconfigurarse para adoptar superficies aerodinámicas, O'Toole no respondió. Simplemente la miró distraídamente.

O'Toole salió de su habitación para la última cena antes que Brown, Sabatini, Tabori y Turgeniev partieran de vuelta a casa. Su presencia estropeó la cena. Irina se mostró extremadamente desagradable con él, haciéndole venenosas recriminaciones y negándose a sentarse a la misma mesa. David Brown lo ignoró completamente, inclinándose por discutir con excesivo detalle el laboratorio que estaba siendo diseñado en Texas para acomodar al cangrejo biot capturado. Sólo Francesca y Janos se mostraron amistosos, de modo que el general O'Toole regresó a su habitación inmediatamente después de la cena sin decir formalmente adiós a nadie.

A la mañana siguiente, menos de una hora después que la nave científica hubiera partido, O'Toole llamó al almirante Heilmann y le pidió un encuentro.

—¿Así que ha cambiado finalmente de opinión? —dijo excitadamente el alemán cuando el general entró en su oficina—. Bien. Todavía no es demasiado tarde. Sólo estamos a 1-12 días. Si nos apresuramos aún podemos detonar las bombas I-9.

—Me estoy acercando, Otto —respondió O'Toole—, pero todavía no he llegado. He estado pensando muy cuidadosamente en todo esto. Hay dos cosas que todavía me gustaría hacer. Me gustaría hablar con el papa Juan Pablo, y deseo ir adentro para ver Rama por mí mismo.

La respuesta de O'Toole deshinchó a Heilmann.

—Mierda —dijo—. Ya estamos de nuevo. Probablemente...

—Usted no lo comprende, Otto —dijo el norteamericano. Miraba fijamente a su colega. —Esto son buenas noticias. A menos que ocurra algo totalmente inesperado, o bien durante mi llamada al Papa o mientras esté explorando Rama, estaré dispuesto a entrar el código en el momento mismo en que salga de allí.

—¿Está seguro? —preguntó Heilmann.

—Le doy mi palabra —respondió O'Toole.

El general O'Toole no ocultó nada en su larga y emotiva transmisión al Papa. Era consciente de que su llamada estaba siendo monitorizada, pero ya no le importaba. Sólo una cosa era importante en su mente: tomar la decisión de activar las armas nucleares con una conciencia clara.

Aguardó impaciente la respuesta. Cuando el papa Juan Pablo V apareció finalmente en la pantalla, estaba sentado en la misma habitación del Vaticano donde O'Toole había celebrado su audiencia justo después de Navidad. El Papa sostenía un pequeño bloc electrónico en su mano derecha, y miraba ocasionalmente hacia allá mientras hablaba.

—He rezado con usted, hijo mío —empezó el pontífice con su preciso inglés—, en particular durante esta última semana de angustia personal para usted. No puedo decirle

qué debe hacer. No tengo las respuestas más de lo que las tiene usted. Sólo podemos esperar juntos que Dios, en Su sabiduría, proporcione una respuesta no ambigua a sus plegarias.

"En respuesta a algunas de sus preguntas religiosas, sin embargo, sí puedo hacer algunos comentarios. Se los ofrezco con la esperanza de que le sirvan de algo... No puedo decir si la voz que oyó fue o no la de san Michele, o si sufrió usted lo que se conoce como una experiencia religiosa. Puedo afirmar que hay una categoría de experiencia humana, llamada normalmente religiosa por falta de un término mejor, que existe y no puede ser explicada en términos puramente racionales o científicos. Saúl de Tarso fue definitivamente cegado por una luz procedente de los cielos como parte de su conversión al cristianismo, antes que se convirtiera en el apóstol Pablo. Su voz pudo ser la de san Michele. Sólo usted puede decidirlo.

"Como hablamos hace tres meses, ciertamente, Dios creó a los ramanes, sean quienes fueren. Pero también creó los virus y las bacterias que causan la muerte y las enfermedades humanas. No podemos glorificar a Dios, ni individualmente ni como especie, si no sobrevivimos. Me parece muy poco probable que Dios espere que no tomemos ninguna acción si nuestra supervivencia se ve amenazada.

"El posible papel de Rama como heraldo de la segunda venida de Cristo es un tema muy difícil. Hay algunos sacerdotes dentro de la Iglesia que están de acuerdo con san Michele, aunque son una clara minoría. La mayoría de nosotros creemos que los aparatos ramanos son demasiado estériles espiritualmente como para ser heraldos. Son increíbles maravillas de ingeniería, por supuesto, pero no hay nada en ellos que sugiera ningún calor o compasión o ninguna otra característica redentora asociada con Cristo. En consecuencia, parece muy improbable que Rama posea ningún significado estrictamente religioso.

"En resumidas cuentas, ésa es una decisión que tiene que tomar usted por sí mismo. Debe proseguir con sus plegarias, como estoy seguro de que se da cuenta, pero quizá deba esperar un poco menos fanfarria en la respuesta de Dios. Él no habla a todo el mundo de la misma manera; ni cada uno de Sus mensajes le llegará de la misma forma. Por favor, recuerde una cosa más. Cuando explore Rama en busca de la voluntad de Dios, las plegarias de mucha gente en la Tierra estarán con usted. Puede estar seguro de que Dios le dará una respuesta; su desafío es identificarla e interpretarla.

Juan Pablo terminó su trasmisión con una bendición y el recitado de la plegaria del Señor. El general O'Toole se arrodilló automáticamente y pronunció las palabras junto con su líder espiritual. Cuando la pantalla quedó vacía, revisó todo lo que el pontífice le había

dicho y se sintió tranquilizado. Debo de estar en el buen camino, se dijo a sí mismo. Pero no debo esperar una proclama celestial con acompañamiento de trompetas.

O'Toole no estaba preparado para aquella poderosa respuesta emocional a Rama. Quizá fuera la escala misma de la nave espacial, tanto más grande que cualquier otra cosa jamás construida por los seres humanos. Quizá también su largo confinamiento en la Newton y el exaltado estado emocional contribuyeran a la intensidad de sus sentimientos. Fueran cuales fuesen las razones, Michael O'Toole se sintió absolutamente abrumado por el espectáculo mientras se abría paso en el solitario camino al interior de la gigantesca nave espacial.

No había ningún rasgo específico que dominara a los demás en la mente de O'Toole. Su garganta se constriñó y sus ojos se llenaron de lágrimas de maravilla en varias ocasiones; mientras bajaba en el telesilla en su descenso inicial y miraba a través de la Planicie Central, con sus largas franjas iluminadas que eran la luz ramana; de pie junto al todo terreno en las orillas del Mar Cilíndrico, mirando por sus binoculares a los misteriosos rascacielos de Nueva York, y contemplando con la boca abierta, como todos los cosmonautas antes que él, los gigantescos cuernos y contrafuertes que adornaban el cuenco sur. Los sentimientos dominantes de O'Toole eran de maravilla y reverencia, muy parecidos a los que había sentido la primera vez que entró en una de las antiguas catedrales europeas.

Pasó la noche ramana en Beta, utilizando una de las cabañas extras dejadas por los cosmonautas en su segunda incursión. Halló el mensaje de Wakefield fechado dos semanas antes, y sintió un momentáneo deseo de ensamblar el bote de vela y cruzar el mar hasta Nueva York. Pero se contuvo y se enfocó en el auténtico propósito de su visita.

Se admitió a sí mismo que, aunque Rama era un logro espectacular, su magnificencia no tenía que ser un factor relevante en su proceso de evaluación. ¿Había algo que hubiera visto que pudiera hacer que alterara sus conclusiones tentativas? No, respondió a regañadientes a su propia pregunta. Cuando las luces se encendieron de nuevo dentro del gigantesco cilindro, O'Toole tenía la confianza de que, antes de la próxima noche ramana, activaría las armas.

De todos modos, lo postergó. Condujo a lo largo de toda la línea costera, examinando Nueva York y las otras vistas desde distintos puntos ventajosos y observando el acantilado de quinientos metros en el lado opuesto del mar. En una última pasada a través del campamento Beta, decidió recoger algunas cosas, incluidos unos cuantos objetos personales dejados atrás por los otros miembros del equipo en su apresurada

retirada de Rama. No muchas cosas habían escapado del huracán, pero halló algunos recuerdos que habían quedado atrapados en rincones contra las cajas de provisiones.

El general O'Toole durmió largamente antes de conducir el todo terreno de vuelta a la parte inferior del telesilla. Convencido de lo que tenía que hacer cuando alcanzara la Newton, se arrodilló y rezó una última vez antes de su descenso. Cuando apenas había empezado a subir, cuando aún estaba a menos de medio kilómetro por encima de la Planicie Central, se volvió en su silla y miró hacia atrás a través del panorama ramano. Pronto todo esto habrá desaparecido, pensó, envuelto en un horno solar desencadenado por el hombre. Sus ojos se alzaron de la planicie y se enfocaron en Nueva York. Creyó ver un punto negro moviéndose en el cielo ramano.

Con temblorosas manos se llevó los binoculares a los ojos. En unos pocos segundos había localizado el ampliado punto. Cambió rápidamente la resolución de los binoculares, y el punto se escindió en tres partes, cada una de ellas un pájaro que planeaba en formación allá en la distancia. O'Toole parpadeo, pero la imagen no cambió. ¡Había realmente tres pájaros volando en el cielo de Rama!

La alegría llenó al general O'Toole. Lanzó un grito de regocijo mientras seguía a los pájaros con sus binoculares hasta que ya no pudo verlos. Los restantes treinta minutos de camino hasta la parte superior de la escalera Alfa parecieron toda una vida.

El oficial norteamericano subió rápidamente a otra silla y descendió de nuevo al interior de Rama. Deseaba desesperadamente ver aquellos pájaros una vez más. Si de alguna manera pudiera fotografiarlos, pensó, dispuesto a volver hasta la orilla del Mar Cilíndrico si era necesario, entonces podría demostrarle a todo el mundo que también hay criaturas vivas en este sorprendente mundo.

Desde dos kilómetros encima del suelo, O'Toole buscó en vano los pájaros mientras descendía. Sólo ligeramente descorazonado por su fracaso en encontrarlos, se vio abrumado a continuación por lo que vio cuando bajó los binoculares y se preparó a saltar de su silla. Richard Wakefield y Nicole des Jardins estaban de pie, uno al lado del otro, en el fondo del telesilla.

El general O'Toole los abrazó con un gesto vigoroso y luego, con lágrimas de felicidad resbalando por sus mejillas, se arrodilló en el suelo de Rama.

—Querido Dios —dijo mientras ofrecía su silenciosa plegaria de agradecimiento—. Querido Dios —repitió.

Los tres cosmonautas hablaron ávidamente durante más de una hora. Había tanto que contar. Cuando Nicole le habló de su terror cuando descubrió al muerto Takagishi en el cubil de la octoaraña, O'Toole guardó un momentáneo silencio y luego agitó la cabeza.

—Hay tantas preguntas sin responder aquí —dijo, alzando la vista hacia el alto techo—. ¿Son realmente malévolos? —preguntó de forma retórica.

Richard y Nicole alabaron el valor del general al no entrar su código para activar las armas. Ellos también se sentían horrorizados ante la idea de que el Consejo de Gobiernos había ordenado la destrucción de Rama.

—Es absolutamente imperdonable que utilicemos armas atómicas contra esta nave espacial —dijo Nicole—. Estoy convencida de que no es fundamentalmente hostil. Y creo que Rama maniobró para interceptar la Tierra porque tiene un mensaje específico para nosotros.

Richard riñó suavemente a Nicole por expresar su opinión más sobre bases emocionales que factuales.

—Es posible —admitió ella—, pero también hay una seria falla lógica en esta decisión de destruir. Ahora tenemos pruebas sólidas de que este vehículo estaba en comunicación con su predecesor. Existen buenas razones para sospechar que hay un Rama III ahí fuera en algún lugar, probablemente avanzando en esta dirección. Si la flota ramana es potencialmente hostil, no hay forma alguna de que la Tierra pueda escapar. Podemos conseguir destruir esta segunda nave... pero haciéndolo advertiremos con toda seguridad a la siguiente. Puesto que su tecnología es mucho más adelantada que la nuestra, no tendremos ninguna posibilidad de sobrevivir a su ataque.

El general O'Toole miró a Nicole con admiración.

—Ese es un argumento excelente —dijo—. Es una lástima que no estuvieran ustedes disponibles para las discusiones con la AIE. Nunca tomamos en consideración...

—¿Por qué no posponemos el resto de la conversación hasta que estemos de vuelta en la Newton? —dijo bruscamente Richard—. Según mi reloj, volverá a hacerse oscuro dentro de otros treinta minutos, antes que ninguno de nosotros haya alcanzado la parte superior del telesilla. No quiero moverme en la oscuridad más tiempo del necesario.

Cada uno de los tres astronautas creía que abandonaba Rama por última vez. Mientras transcurrían los últimos minutos de luz, los tres contemplaron intensamente el magnífico paisaje alienígena que se extendía en la distancia. Para Nicole, el sentimiento dominante era de exaltación. Cautelosa por naturaleza con sus expectativas, hasta aquel momento en el telesilla no se había permitido el intenso placer de creer que volvería a abrazar de

nuevo alguna vez a Geneviève. Su mente estaba ahora inundada por la bucólica belleza de Beauvois, e imaginaba con detalle la alegría de la escena de su reunión con su padre e hija. Puede ser tan poco tiempo como una semana o diez días, se dijo, expectante. Cuando alcanzó la parte superior, apenas podía contener su júbilo.

Durante el trayecto, Michael O'Toole revisó, una vez más, su decisión de activación. Cuando la oscuridad cayó sobre Rama, bruscamente y en el momento esperado, había terminado de desarrollar su plan para comunicar su conclusión a la Tierra. Telefonarían inmediatamente a la dirección de la AIE. Nicole y Richard resumirían sus historias, y Nicole presentaría sus razones para creer que la destrucción de Rama sería algo "imperdonable". O'Toole estaba convencido de que la orden de activar las armas sería rescindida de inmediato.

El general encendió su linterna justo antes que su silla alcanzara la parte superior de la escalera. Saltó al entorno ingravido y se detuvo al lado de Nicole. Aguardaron a Richard Wakefield antes de avanzar juntos por la rampa hasta el pasadizo de traspordo, a sólo un centenar de metros de distancia. Después de entrar en el traspordador y disponerse a cruzar el casco de Rama hacia la Newton, la linterna de Richard se posó en un enorme objeto metálico a un lado del pasadizo.

—¿Ésa es una de las bombas? —preguntó.

El sistema del arma nuclear se parecía realmente a una bala de gran tamaño. Es curioso, pensó Nicole, retrocediendo un paso mientras un instantáneo estremecimiento la recorría de pies a cabeza. De hecho, hubiera podido tener cualquier forma. Me pregunto qué extraña aberración del subconsciente hizo que sus diseñadores eligieran esta forma en particular...

—Pero, ¿qué es esa extraña cosa que tiene en la punta? —preguntó Richard.

El entrecejo del general se frunció mientras contemplaba el objeto absolutamente no familiar iluminado por el haz de luz.

—No lo sé —confesó—. Nunca lo había visto antes. —Bajó del traspordador. Richard y Nicole lo siguieron.

El general O'Toole avanzó hasta el arma y estudió el extraño objeto unido encima del teclado numérico. Era una placa aplanada, ligeramente mayor que el teclado en sí, anclada por juntas angulares a los lados del arma. En la parte inferior de la placa, momentáneamente retraídos, había diez pequeños punzones... al menos, eso fue lo que le parecieron a O'Toole. Su observación se vio confirmada unos segundos más tarde cuando un punzón se extendió y golpeó el número 5 en el teclado varios centímetros más abajo. El 5 fue seguido en rápida sucesión por un 7, y luego por ocho números más antes

de que una luz verde parpadeara indicando que se había completado con éxito la primera decena.

Al cabo de unos segundos el aparato entró otros diez dígitos, y otra luz verde parpadeó. O'Toole se inmobilizó, aterrado. Dios mío, pensó, ¿es mi código! De alguna manera han conseguido romperlo... Su pánico se relajó unos instantes más tarde cuando, tras la tercera decena de dígitos, la luz roja anunció que se había cometido un error.

—Al parecer —dijo el general O'Toole unos instantes más tarde, en respuesta a una pregunta de Richard—, han estado planeando esto para intentar entrar mi código en mi ausencia. Sólo disponen de las dos primeras decenas correctas. Por un momento temí... —O'Toole hizo una pausa, consciente de las intensas emociones que se agitaban en su interior.

—Deben de haber supuesto que usted no iba a volver —dijo Nicole, con un tono llano y factual.

—Si lo hicieron Heilmann y Yamanaka —respondió O'Toole—. Por supuesto, no podemos descartar por completo la posibilidad de que esto haya sido colocado aquí por los alienígenas..., o incluso los biots.

—Extremadamente improbable —comentó Richard—. La ingeniería es demasiado tosca.

—En cualquier caso —dijo O'Toole, abriendo su mochila y buscando algunas herramientas para desconectar el aparato—, no voy a correr riesgos.

En el extremo del pasadizo correspondiente a la Newton, O'Toole, Wakefield y des Jardins hallaron la segunda bomba provista del mismo aparato. El trío lo observó pulsar un intento de código —con el mismo resultado, una falla en alguna parte en la tercera decena—, y lo desmontó también. Después abrieron el sello y partieron de Rama.

Nadie los saludó cuando penetraron en la nave militar Newton. El general O'Toole supuso que tanto el almirante Heilmann como Yamanaka estaban dormidos, y fue inmediatamente a los dormitorios. Deseaba hablar con Heilmann en privado. Pero no estaban en sus habitaciones. No le tomó demasiado tiempo, de hecho, confirmar que los otros dos cosmonautas no estaban en ninguna parte en el comparativamente reducido espacio donde vivían y trabajaban en la nave militar.

Una búsqueda en la zona de pertrechos en la parte de atrás de la nave fue igualmente inútil. Sin embargo, el trío descubrió que faltaba uno de las vainas de actividad extravehicular. Aquel descubrimiento suscitó otra perpleja serie de cuestiones. ¿Dónde podían haber ido Heilmann y Yamanaka en la vaina? ¿Y por qué habían violado la política

de alta prioridad del proyecto de que al menos un miembro del equipo debía permanecer siempre a bordo de la Newton?

Los tres cosmonautas se mostraron desconcertados cuando regresaron al centro de control para discutir sus posibles cursos de acción. O'Toole fue el primero en suscitar el espectro del juego sucio.

—¿Piensan que esas octoarañas, o incluso alguno de los biots, puedan haber subido a bordo? Después de todo, no es difícil entrar en la Newton, a menos que esté en Modo de Autoprotección.

Nadie deseaba decir lo que los tres estaban pensando. Si alguien o algo había capturado o matado a sus dos colegas en la nave, entonces todavía podía estar por los alrededores, y ellos estaban también en peligro...

—¿Por qué no llamamos a la Tierra y anunciamos que estamos vivos? —dijo Richard, rompiendo el silencio. El general O'Toole sonrió.

—Eso es una gran idea. —Se dirigió a la consola de control central y activó el panel. Un status estándar de sistema apareció en la gran pantalla.

—Es extraño —comentó el general—. Según esto, no tenemos enlace vídeo con la Tierra en estos momentos. Sólo telemetría de escasa intensidad. ¿Por qué debería haberse cambiado la configuración del sistema de datos?

Tecléo un conjunto simple de órdenes para establecer el enlace normal multicanal de gran potencia con la Tierra. Un enjambre de mensajes de error apareció en el monitor.

—¿Qué demonios? —exclamó Richard—. Parece como si el sistema vídeo estuviera muerto. —Se volvió hacia O'Toole. —Ésta es su especialidad, general. ¿Qué opina de todo esto?

El general O'Toole estaba muy serio.

—No me gusta, Richard. Sólo había visto tantos mensajes de error una vez antes... durante una de nuestras primeras simulaciones, cuando algún estúpido olvidó cargar el software de comunicaciones. Debemos de tener un problema importante de software. Las probabilidades de tantas fallas de hardware en tan corto tiempo son esencialmente cero.

Richard sugirió que O'Toole sometiera el software de comunicaciones vídeo a su autotest estándar. Durante el test, el diagnóstico impreso informó que los buffers de error en el algoritmo del autotest habían superado su capacidad cuando el procedimiento llevaba completado menos de un uno por ciento.

—Así que el software de videocom es definitivamente el culpable —dijo Richard, analizando los datos en el diagnóstico. Entró algunas órdenes. —Va a tomar un tiempo arreglarlo.

—Esperen un momento —interrumpió Nicole—. ¿No deberíamos gastar nuestro tiempo intentando extraer algún sentido de toda esta nueva información antes de empezar a trabajar sobre tareas específicas? —Los dos hombres detuvieron su actividad y aguardaron a que ella continuara. —Heilmann, Yamanaka y una vaina faltan de esta nave —dijo Nicole, caminando lentamente alrededor del centro de control—, y alguien estaba intentando activar las dos bombas nucleares en el pasadizo. Mientras tanto, el software de videocom, tras funcionar correctamente durante cientos de días, contando todas las simulaciones prevuelo, parece haberse vuelto repentinamente loco. ¿Alguno de ustedes tiene una explicación coherente a todo esto?

Hubo un largo silencio.

—La sugerencia del general O'Toole de una invasión hostil de la Newton podría funcionar —ofreció Richard—. Heilmann y Yamanaka pudieron huir para salvarse, y los alienígenas podían muy bien haber estropeado deliberadamente el software.

Nicole no se mostró convencida.

—Nada de lo que he visto sugiere que ningún alienígena, ni siquiera ningún biot, haya entrado en la Newton. A menos que hallemos alguna evidencia...

—Quizá Heilmann y Yamanaka estaban intentando penetrar el código del general —intentó Wakefield— y se asustaron...

—Alto. Alto —gritó de pronto Nicole—. Algo está ocurriendo en la pantalla. —Los dos hombres se volvieron en redondo, justo a tiempo para ver el rostro del almirante Otto Heilmann materializarse en el monitor.

—Hola, general O'Toole —dijo Heilmann con una sonrisa desde la enorme pantalla—. Esta videocinta fue activada por su entrada por la compuerta de la Newton, El cosmonauta Yamanaka y yo la preparamos justo antes de partir en una de las vainas tres horas antes de I-9 días. Nos fue ordenado evacuar antes de una hora después que usted fuera a explorar Rama. Lo retrasamos tanto como pudimos, pero finalmente tuvimos que seguir las instrucciones.

"Sus órdenes personales son simples y directas. Tiene que entrar su código de activación en las dos armas que se hallan en el pasadizo de trasbordo y las tres restantes en la bodega. Luego tiene que partir en la última vaina no más de ocho horas después. No se preocupe acerca de los dispositivos electrónicos que están operando en las dos bombas en el casco de Rama. El cuartel general militar del Consejo de Gobiernos ordenó que los instaláramos para probar alguna nueva técnica ultrasecreta de descifrado.

"Un sistema de propulsión extra de emergencia ha sido añadido a la vaina, y su software ha sido programado para conducirlo a usted a un lugar seguro, donde se reunirá

con un remolcador de la AIE. Todo lo que necesita hacer es entrar el código del momento exacto de su partida. Sin embargo, debo señalarle que los nuevos algoritmos de navegación de la vaina son validos solamente si abandona la nave, antes de I-6, días. Después de ese momento, se me ha informado de que los parámetros de guía se volverán cada vez menos válidos y será casi imposible rescatarlo.

Hubo una corta pausa en el mensaje de Heilmann, y su voz adquirió un creciente tono de urgencia.

—No malgaste más tiempo, Michael. Active las armas y vaya directamente a la vaina. Ya la hemos cargado con la comida y demás cosas esenciales que pueda necesitar... Buena suerte en su viaje a casa. Nos veremos en la Tierra.

58 - La elección de Hobson

—Estoy seguro de que Heilmann y Yamanaka fueron extremadamente cautelosos — explicó Richard Wakefield—. Probablemente se marcharon pronto a fin de poder llevar provisiones extras. Y con esas vainas tan ligeras, cualquier kilogramo extra puede ser crítico.

—¿Cuan crítico? —preguntó Nicole.

—Bueno... puede significar toda la diferencia entre alcanzar una órbita segura en torno de la Tierra, o pasar junto a ella tan aprisa que no puedan ser rescatados.

—¿Eso significa —inquirió sombríamente O'Toole— que solamente uno de nosotros puede usar la vaina?

Richard hizo una pausa antes de responder.

—Me temo que es así; es una función del tiempo de partida. Tendremos que hacer algunos rápidos cálculos para determinarlo con exactitud. Pero personalmente no veo ninguna razón por la que no debamos tomar en consideración poner en marcha toda la nave espacial. Después de todo, fui entrenado como piloto de reserva... Sólo tenemos un control limitado, puesto que la nave es tan grande, pero si arrojamos todo lo que no sea absolutamente necesario, podemos conseguirlo... También necesitaremos hacer cálculos.

Nicole recibió del general O'Toole y Richard la tarea de comprobar las provisiones que habían sido colocadas en la vaina, determinar lo adecuadas que eran, y luego calcular aproximadamente tanto la masa como el volumen requeridos para albergar a dos o tres viajeros. Además, Richard, aún inclinado a volar de vuelta a la Tierra en la nave militar, le

pidió a Nicole que revisara el manifiesto de provisiones de la Newton y estimara cuánta masa podía ser echada por la borda.

Mientras O'Toole y Wakefield utilizaban los ordenadores del centro de control, Nicole trabajó sola en la enorme bodega. Primero examinó cuidadosamente la vaina que quedaba. Aunque las vainas eran utilizadas normalmente por una sola persona para actividad extravehicular local, también habían sido diseñadas como vehículos de escape de emergencia. Dos personas podían sentarse tras la recia y transparente ventanilla frontal con provisiones para una semana en los estantes de la parte de atrás de la pequeña cabina. Pero, ¿tres personas?, se preguntó. Imposible. Alguien tendría que apretarse en el espacio de los estantes. Y entonces no habría lugar para las provisiones. Nicole pensó momentáneamente en verse confinada en el lugar de los estantes durante siete u ocho días. Podría ser peor que el pozo en Nueva York.

Revisó las provisiones que habían sido apresuradamente arrojadas al interior de la vaina por Heilmann y Yamanaka. La comida era más o menos correcta, tanto en cantidad como en variedad, para un viaje de una semana; el equipo médico, sin embargo, era terriblemente inadecuado. Nicole tomó algunas notas, elaboró lo que consideraba que era una lista de pertrechos adecuada para dos personas, y estimó las necesidades de masa y volumen. Luego empezó a cruzar la bodega.

Sus ojos fueron atraídos por las armas en forma de balas tendidas plácidamente sobre sus costados inmediatamente al lado de la esclusa de las vainas. Se dirigió hacia allá y tocó las bombas, dejando resbalar lentamente la mano por la pulida superficie metálica. Así que éstas son las primeras grandes armas de la destrucción, pensó, el resultado de la brillante física del siglo XX.

Qué triste comentario para nuestra especie, meditó, mientras caminaba junto a las bombas nucleares. Un visitante viene a vernos. No puede hablar nuestro idioma, pero descubre dónde vivimos. Cuando gira la esquina de nuestra calle, mientras su intención nos es aún completamente desconocida, lo volamos en pedazos.

Cruzó la bodega hacia la zona de habitación, consciente de una profunda sensación de tristeza muy dentro de ella. El problema de ustedes, se dijo, es que siempre esperan demasiado. De ustedes mismos. De aquellos a quienes aman. Incluso de la raza humana. Todavía somos demasiado inmaduros como especie.

Una momentánea oleada de náusea la obligó a detenerse por un momento. ¿Qué es esto?, pensó. ¿Me están poniendo enferma estas bombas? En el fondo de su mente recordó una sensación similar de náusea quince años antes, a las dos horas de su vuelo

de Los Angeles a París. No es posible, se dijo. Pero lo comprobaré, sólo para estar segura...

—Ésa es la segunda razón por la que nosotros tres no podemos encajar dentro de una sola vaina. No te sientas mal por ello, Nicole. Aunque el espacio físico pudiera acomodar nuestros cuerpos y los pertrechos necesarios, la capacidad de velocidad y maniobrabilidad de la vaina con toda esa masa en su interior no sería suficiente para cerrar la órbita en torno del Sol. Nuestras posibilidades de ser rescatados serían virtualmente nulas —declaró Richard.

—Bien —respondió Nicole, intentando parecer alegre—, al menos aún tenemos la otra opción. Podemos volver a casa en este gran vehículo. Según mis estimaciones, podemos desprendernos de un exceso de diez mil kilogramos...

—Me temo que eso ya no importa —interrumpió el general O'Toole. Nicole miró a Richard.

—¿De qué está hablando?

Richard Wakefield se puso de pie y se le acercó. Tomó sus manos entre las de él.

—También inutilizaron los sistemas de navegación —dijo—. Sus algoritmos de búsqueda automática, esos grandes pinchanúmeros que emplearon para intentar descifrar el código de O'Toole, fueron conectados a los ordenadores generales, además de a las subrutinas de videocom y navegación. Esta nave es inútil como módulo de transporte.

La voz de O'Toole era distante y carecía de su habitual timbre vigoroso.

—Debieron de empezar apenas unos minutos después que yo me fui. Richard leyó los buffers de órdenes y descubrió que el software de descodificación fue conectado menos de dos horas después de mi partida.

—Pero, ¿por qué incapacitar la Newton? —preguntó Nicole.

—¿No lo comprende? —dijo O'Toole con pasión—. Las prioridades habían cambiado. Nada era tan importante como detonar las armas nucleares. No deseaban perder tiempo con las señales de radio yendo y viniendo de la Tierra. Así que trasladaron los cálculos aquí arriba, donde cada candidato sucesivo podía ser emitido desde el ordenador sin el menor lapso.

—Siendo justos con el control de la misión —interpuso Richard, paseando de arriba abajo por la sala—, debemos reconocer que la nave militar Newton completamente cargada tiene menos capacidad de cambio de órbita que una vaina cargada con dos personas y con un sistema de propulsión auxiliar. A los ojos del director de seguridad de la AIE, no había ningún incremento de riesgo en convertir este vehículo en inoperable.

—Pero nada de esto hubiera tenido que ocurrir —argumentó el general—. ¡Maldita sea! ¿Por qué no aguardaron simplemente mi regreso?

Nicole se sentó bruscamente en una de las sillas disponibles. La cabeza le daba vueltas, y se sintió momentáneamente aturdida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Richard, acercándose a ella alarmado.

—Hoy he tenido ocasionales períodos de náuseas —respondió Nicole—. Creo que estoy embarazada. Lo sabré seguro dentro de unos veinte minutos. —Sonrió al desconcertado Richard. —Es extremadamente raro para una mujer quedar embarazada dentro de los noventa días siguientes a una inyección de neutrabiolato. Pero ha ocurrido antes. No supongo...

—Felicidades —interrumpió bruscamente un entusiasta general O'Toole—. No tenía ni idea de que ustedes dos estuvieran planeando tener familia.

—Ni yo —respondió Richard, aún con aspecto impresionado. Dio a Nicole un fuerte abrazo y la mantuvo apretada contra sí. —Ni yo —repitió.

—No habrá más discusión sobre este tema —declaró enfáticamente el general O'Toole a Richard—. Aunque Nicole no estuviera embarazada con su hijo, insistiría en que ustedes dos subieran a la vaina y me dejaran a mí aquí. Es la única decisión sensata. En primer lugar, ambos sabemos que la masa es el parámetro más crítico, y yo soy con mucho el más pesado de los tres. Además, soy viejo, y ustedes dos son muy jóvenes. Usted sabe cómo manejar la vaina; yo no he sido entrenado en ello ni una sola vez. Además —añadió tristemente—, si vuelvo a la Tierra, deberé enfrentarme a un consejo de guerra por negarme a seguir las órdenes.

"En cuanto a usted, mi buena doctora —prosiguió O'Toole unos momentos más tarde—, no necesito decirle que lleva un bebé muy especial. Él o ella será el único niño humano que haya sido concebido en el interior de un vehículo espacial extraterrestre. —Se puso de pie y miró alrededor. —Ahora —dijo—, propongo que abramos una botella de vino y celebremos nuestra última velada juntos.

Nicole observó al general O'Toole deslizarse hacia la despensa, abrirla y buscar dentro.

—Me sentiré perfectamente feliz con un jugo de frutas, Michael —dijo—. De todos modos, ahora no podría beber más que un solo vaso de vino.

—Por supuesto —respondió él rápidamente—. Lo había olvidado. Esperaba que pudiéramos hacer algo especial esta última noche. Deseaba compartir una última vez... — El general O'Toole se detuvo y elevó el vino y el jugo de frutas a la mesa. Les tendió vasos a Richard y Nicole.

—Quiero que ambos sepan —dijo en voz baja, con un talante algo melancólico ahora— que no puedo imaginar una pareja de gente más espléndida que ustedes dos. Les deseo todo el éxito del mundo, en especial con el bebé.

Los tres cosmonautas bebieron en silencio durante varios segundos.

—Todos lo sabemos, ¿verdad? —dijo el general O'Toole en un tono apenas audible—. Los misiles deben estar ya en camino. ¿Cuánto tiempo cree que tengo, Richard?

—A juzgar por lo que dijo el almirante Heilmann en la cinta, diría que el primer misil alcanzará Rama a I-5 días. Eso encaja a la vez con la vaina fuera del campo de los restos y con las velocidades de deflexión que serán impartidas a las piezas supervivientes de la nave espacial.

—Ustedes dos han hecho que me pierda —dijo Nicole—. ¿De qué misiles están hablando?

Richard se inclinó hacia ella.

—Tanto Michael como yo estamos seguros —dijo gravemente— de que el Consejo de Gobiernos ha ordenado un ataque con misiles contra Rama. No tienen ninguna seguridad de que el general regrese alguna vez a la Newton y entre su código. Y el algoritmo de búsqueda con la pulsación automática de los números fue en el mejor de los casos una prueba al azar. Sólo un ataque con misiles puede garantizar que Rama no tendrá capacidad de dañar nuestro planeta.

—Así que tengo un poco más de cuarenta y ocho horas para hacer mis paces definitivamente con Dios —dijo el general O'Toole tras pensar varios segundos—. He vivido una vida fabulosa. Tengo mucho por lo que dar gracias. Iré a Sus brazos sin lamentar nada.

59 - Sueño de destino

Cuando Nicole estiró los brazos por encima de su cabeza y a los lados, rozó a Richard a su izquierda y uno de los contenedores de agua que sobresalía ligeramente del estante a su espalda.

—Esto va a estar un poco apretado —observó, agitándose en su asiento.

—Sí, más bien —respondió distraídamente Richard. Su atención estaba enfocada en el display frente al asiento del piloto de la vaina. Entró algunas órdenes y aguardó la respuesta. Cuando finalmente llegó, Richard frunció el entrecejo.

—Supongo que haré otro intento de reordenar las provisiones —dijo Nicole con un suspiro. Se volvió en su asiento y miró los estantes—. Nos permitiría ganar algo de espacio y catorce kilogramos si nuestro rescate estuviera garantizado en siete días —dijo. Richard no respondió.

—Maldita sea —murmuró cuando un conjunto de números apareció en el display.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Nicole.

—Hay algo que no está bien aquí —dijo Richard—. El código de navegación fue desarrollado para una masa considerablemente menor... puedo que no converja si perdemos uno de los acelerómetros. —Nicole aguardó pacientemente a que Richard se explicara. —Así que, si nos da hipo a lo largo del camino, probablemente tengamos que detenernos durante varias horas y reinicializar.

—Pero creí que habías dicho que había suficiente combustible para los dos.

—Suficiente combustible, sí. De todos modos, hay algunas sutilezas en los algoritmos de navegación reprogramada que suponen que la vaina contiene menos de cien kilogramos, básicamente sólo O'Toole y sus pertrechos.

Nicole pudo leer la preocupación en el fruncido entrecejo de Richard.

—Supongo que estaremos bien, si nada funciona mal —continuó—. Pero ninguna vaina ha sido nunca operada bajo estas condiciones.

A través de la ventanilla frontal pudieron ver al general O'Toole cruzar la bodega hacia ellos. Llevaba un pequeño objeto en su mano. Era EB, uno de los pequeños robots shakesperianos de Richard.

—Ya casi olvidé que lo tenía —dijo un minuto más tarde, después de recibir el profuso agradecimiento de Richard. El cosmonauta Wakefield flotó en torno del depósito de pertrechos como un alegre niño, con una amplia sonrisa en su deleitado rostro.

—Pensé que nunca volvería a ver a ninguno de ellos —exclamó Richard desde una de las paredes donde lo había llevado su exuberante impulso.

—Pasaba por delante de su habitación —explicó el general O'Toole—, justo antes que la nave científica partiera. El cosmonauta Tabori estaba arreglando sus cosas. Me dijo que guardara este robot en particular, sólo por si acaso...

—Gracias, gracias, Janos —dijo Richard. Bajó caminando cuidadosamente la pared y se ancló en el suelo. —Éste es un robot muy especial, Michael —dijo con un enorme brillo en los ojos. Accionó la energía EB—. ¿Conoce algún soneto de Shakespeare?

—Hay uno que a Kathleen le gusta especialmente, si puedo recordarlo. Creo que el primer verso es: "Esa época del año que puedes..."

Esa época del año que puedes ver en mí,
cuando las hojas amarillean, o ninguna, o pocas, cuelgan
de esas ramas que se agitan contra el viento,
desnudos coros arruinados donde cantaban los dulces pájaros.
En mí ves el crepúsculo de ese día,
cuando el ocaso se desvanece en el oeste...

La voz femenina que brotó de EB sobresaltó tanto a Nicole como al general O'Toole. Las palabras pulsaron una resonante cuerda en el general; se sintió profundamente emocionado, y unas cuantas lágrimas se acumularon en sus ojos. Nicole tomó la mano de O'Toole y la apretó compasivamente cuando EB terminó de recitar el soneto.

—No le has dicho nada a Michael sobre los problemas que hallaste en la navegación de la vaina —dijo Nicole. Ella y Richard estaban tendidos uno al lado del otro en uno de los pequeños dormitorios de la nave militar.

—No —respondió Richard en voz baja—. No deseaba preocuparlo. Él cree que vamos a estar seguros, y no quiero que piense de otro modo. Nicole extendió su brazo y acarició a Richard.

—Podemos quedarnos aquí, querido..., así al menos Michael sobrevivirá.

Él se volvió hacia ella. Nicole pudo decir que estaba mirándola aunque no podía verlo muy claramente en la oscuridad.

—He pensado en eso —dijo Richard—. Pero él no aceptará nunca... Incluso he pensado en enviarte a ti sola. ¿Lo aceptarías?

—No —respondió Nicole tras pensarlo un momento—. Creo que no. Prefiero ir contigo, a menos...

—¿A menos qué?

—A menos que realmente haya una gran diferencia en las posibilidades. Si uno de nosotros puede sobrevivir, pero los dos estamos condenados sin la menor duda, no tiene mucho sentido...

—No puedo ofrecerte ninguna evaluación exacta de probabilidades —interrumpió Richard—. Pero no creo que haya una diferencia importante si vamos juntos. Mis conocimientos de la vaina y de sus sistemas pueden casi valer la masa extra. Pero de cualquier modo, estaremos mejor fuera en la vaina que si nos quedamos aquí.

—Estás absolutamente convencido de que los misiles ya están en camino, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Ninguna otra cosa tiene sentido. Apostaría que un plan de contingencia semejante ya estaba en el desarrollo tan pronto como Rama cambió de rumbo y se encaminó hacia la Tierra.

Guardaron silencio de nuevo. Nicole intentó dormir, sin conseguirlo. Ambos habían decidido descansar durante seis horas antes de partir, para poder almacenar algo de energía para lo que indudablemente sería un viaje agotador. La mente de Nicole, sin embargo, no conseguía desconectarse. No dejaba de imaginar al general O'Toole pereciendo en medio de una bola de fuego nuclear.

—Es realmente un hombre maravilloso —dijo en voz muy baja. No estaba segura de que Richard siguiera aún despierto.

—Sí, lo es —respondió éste en el mismo tono—. Envidio su fuerza interior. No puedo imaginar entregar mi propia vida tan voluntariamente por alguien. —Hizo una breve pausa. —Supongo que es algo que procede de sus profundas creencias religiosas. No debe de ver la muerte como un fin, sino sólo como una transición.

Yo podría hacerlo, pensó Nicole. Yo podría entregar mi vida por Geneviève. Quizás incluso por Richard y este bebé aún no nacido. Quizás en la religión de O'Toole todo el mundo forme parte de su familia.

Richard, mientras tanto, estaba luchando con sus propias emociones. ¿Estaba siendo egoísta no insistiendo en que Nicole fuera sola? ¿Podía él justificar realmente el riesgo extra de su presencia en términos de sus habilidades extras? Desechó esas cuestiones e intentó pensar en otra cosa.

—No has dicho mucho acerca del bebé —indicó suavemente Nicole tras otro corto silencio.

—Realmente no he tenido tiempo de integrarlo, o integrarla, en lo que está sucediendo —respondió Richard—. Supongo que me he mostrado insensible... Ya sabes que me siento feliz al respecto. Simplemente deseo aguardar hasta que hayamos sido rescatados antes de empezar a pensar seriamente en lo que será ser padre. —Se inclinó hacia Nicole y le dio un beso. —Ahora, querida, espero que no pienses que soy grosero, pero voy a intentar dormir un poco. Puede que transcurra mucho tiempo antes de que tenga otra oportunidad.

—Por supuesto —dijo ella—. Lo siento. —La mente de Nicole derivó a otra imagen, esta vez la de un niño muy pequeño. Me pregunto si será inteligente, pensó. ¿Y tendrá los ojos azules y los dedos largos de Richard?

Nicole estaba encogida en una bola en la esquina de la apenas iluminada habitación. El sabor del melón maná estaba aún en su boca. Fue despertada por unos extraños golpes

en su hombro. Nicole alzó la vista y vio al ave de terciopelo gris inclinada sobre ella. Los anillos cereza en torno de su cuello resplandecían en la oscuridad.

—Ven —dijo suplicante el ave—. Tienes que venir con nosotros.

Ella siguió al ave hasta el pasillo y giró a la derecha, lejos del corredor vertical. Las otras aves estaban de pie inmóviles contra la pared. Todas la observaban muy atentamente. La procesión siguió al ave gris por el túnel.

Al cabo de unos momentos el túnel se expandió a una amplia habitación. Había una pequeña y solitaria luz, en la pared más alejada, pero aparte de eso la habitación estaba a oscuras. Había otras formas presentes, pero Nicole no podía verlas claramente. Ocasionalmente divisaba sus siluetas cuando se movían cruzando el haz de la única fuente de luz. Empezó a decir algo, pero el líder de las aves la interrumpió.

—Shhh —dijo—, pronto estarán aquí.

Nicole oyó un ruido avanzar hacia ellos desde el lado opuesto de la sala. Sonaba como un carretón con ruedas de madera recorriendo un suelo de tierra. A medida que se aproximaba, las aves en torno de Nicole retrocedieron y se apretaron contra ella. Unos momentos más tarde hubo un fuego delante de ellas.

Había un féretro encima de un carretón en llamas. Nicole jadeó. El cuerpo de su madre, vestido con regias ropas verdes, yacía encima del féretro. A la luz de las llamas Nicole pudo ver algunas de las otras figuras en la estancia. Richard le sonreía, sujetando de la mano a una niña pequeña de piel oscura de unos dos años. El general O'Toole estaba muy cerca del fuego, arrodillado a su lado y rezando. Detrás de él había una gran cantidad de biots, y dos o tres formas extrañas que debían ser octoarañas.

Las llamas consumieron el féretro y empezaron a quemar el cuerpo de su madre. Éste se alzó lentamente de su posición supina. Cuando se volvió en dirección a Nicole, su rostro cambió. Era la cabeza de Omeh sobre el cuerpo de su madre.

—Ronata —dijo claramente—, las profecías deben ser escuchadas. La sangre senoufo se difundirá, incluso en las estrellas. Minowe será dejada atrás. Ronata debe viajar con aquellos que vienen de muy lejos. Ve ahora, y salva a los extraños y a los hijos de Ronata.

No puedo creer que esté haciendo esto, se dijo Nicole mientras cargaba su último trasbordador de pertrechos al montacargas en la parte superior de la escalera Beta. Estaba oscuro dentro de Rama. El haz de su linterna brillaba en el negro vacío.

El sueño había sido tan increíblemente vivido que Nicole se había sentido completamente desorientada durante más de cinco minutos después de despertar. Incluso ahora, casi dos horas más tarde, cuando cerraba los ojos, podía ver perfectamente el rostro de Ornen y oír su mágica voz, entonar las palabras. Espero que Richard no se despierte antes que yo me haya ido, pensó. No hay forma alguna en que pueda comprender nunca.

Regresó al trasbordador e hizo un último viaje a través del casco hacia la Newton. Durante treinta minutos había estado redactando mentalmente su adiós, pero ahora había llegado el momento. Nicole se sentía aprensiva, "Querido Michael y queridísimo Richard", empezaría, "esta noche he tenido el sueño más apremiante de mi vida. El viejo jefe senoufo Omeh se me apareció y me dijo que mi destino estaba en Rama."

Nicole cruzó la esclusa de aire y entró en el centro de control. Se sentó frente a la cámara y carraspeó. Esto es ridículo, pensó, justo antes de encender las luces. Debo de estar loca. Pero el poder de la imagen de Omeh en su mente calmó todas sus dudas de último minuto. Momentos más tarde siguió con sus observaciones finales a sus amigos:

—No hay ninguna forma en que pueda resumir en este corto adiós la importancia de Omeh y mis antecedentes africanos en mi vida: Michael, Richard puede decirle algo acerca de las historias senoufo mientras los dos vuelan de regreso a la Tierra. Baste decir que nunca he sido engañada por el viejo chaman. Sé muy bien que las voces de un sueño no tienen sustancia y que la mayor parte de las veces son creaciones del propio subconsciente, pero pese a todo he decidido seguir las instrucciones que me dio Omeh.

"Tengo intención de hacer todo lo posible para comunicarle a Rama que hay misiles nucleares en camino contra ella. No sé exactamente cómo lo conseguiré, pero tengo algunas horas para planear mientras ensablo el bote de vela para cruzar el Mar Cilíndrico. Recuerdo, Richard, nuestra conversación acerca de los mandos del teclado que pueden conducir a la jerarquía superior..."

"Me resulta extremadamente difícil decir adiós de este modo, y soy agudamente consciente de que esto es un pobre sustituto de un abrazo final. Pero si ustedes dos estuvieran despiertos, jamás me permitirían volver al interior de Rama... Te quiero, Richard, no lo dudes ni por un momento. Sé que es improbable, pero quizás algún día, de algún modo, nos unamos de nuevo en algún otro lugar. Te prometo que, si sobrevivo,

daré a luz a nuestro hijo. Nunca dejaré de hablarle de la inteligencia, el ingenio y la sensibilidad de su padre.

"Tengo una última petición. Si resulta que cualquiera de los dos alcanza sano y salvo la Tierra y yo nunca regreso a ella, por favor explíqueme a Geneviève lo que me ocurrió. Cuéntenle toda la historia, acerca del sueño, el frasquito y la visión, y el Poro cuando yo era una niña. Y díganle que la he querido con todo mi corazón.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando terminó su mensaje. Se puso de pie y rebobinó la cinta. La hizo pasar durante un minuto, para asegurarse de que la había grabado adecuadamente, y luego se dirigió a la esclusa. Dios mío, pensó, mientras se ponía el casco, voy a hacerlo realmente.

Durante el fantasmagórico descenso de Nicole en el telesilla en medio de la oscuridad, sintió fuertes recelos acerca de su decisión de regresar. Sólo fue su suprema autodisciplina la que le permitió alejar de sí los temores que la asaltaban. Mientras subía al todo terreno y empezaba a conducir hacia el Mar Cilíndrico, pensó acerca de cómo se comunicaría con la inteligencia que gobernaba Rama. Definitivamente usaré imágenes, se dijo, y siempre que sea posible el exacto lenguaje de la ciencia. Eso al menos he aprendido de Richard.

Pensar en Richard reavivó sus ansiedades. Él pensará que lo he abandonado, se preocupó. ¿Y cómo puedo esperar que piense otra cosa? Nicole recordó los deprimentes primeros días de su embarazo de Geneviève y lo muy solitaria que se había sentido, sin tener a nadie con quien poder compartir sus sentimientos. De nuevo sintió el fuerte anhelo de dar media vuelta y abandonar Rama. Su introspección se vio rota por la espectacular llegada de la luz. El amanecer había vuelto a Rama. Como antes, Nicole se sintió hipnotizada por la visión que la rodeaba. No hay nada como esto en ninguna otra parte del universo.

Cuando alcanzó lo que había sido el campamento Beta, lo primero que hizo fue buscar y desempaquetar el gran bote de vela. Estaba almacenado al fondo de un gran contenedor. Se hallaba en buen estado. Trabajar en el ensamblaje del bote impidió que pensara demasiado en su decisión de abandonar la Newton. El ensamblaje mecánico no era su fuerte. Casi desesperó en una ocasión cuando tuvo que volver a desmontar toda una parte que le había tomado diez minutos unir. El ejercicio recordó varias frustrantes Nochebuenas en Beauvois, cuando ella y Pierre trabajaban casi toda la noche para montar los nuevos juguetes de Geneviève. Debería de haber una ley que obligara a vender sólo juguetes ya montados, murmuró riendo mientras luchaba con las instrucciones de montaje del bote.

Nicole arrastró el casco del bote por las escaleras hasta colocarlo cerca del agua. Luego montó las principales subestructuras arriba en el acantilado, donde la luz era, más fuerte. Estaba tan enfrascada en su trabajo que no oyó los pasos hasta que estuvieron a tan sólo dos o tres metros de distancia. Cuando Nicole, que estaba trabajando de rodillas, se volvió hacia su derecha y vio algo que se le aproximaba ya muy cerca, se sintió absolutamente aterrada.

Unos momentos más tarde, ella y Richard se besaban y abrazaban.

—O'Toole viene también —dijo él, sentándose al lado de Nicole y empezando inmediatamente a trabajar en el bote—. Al principio, cuando le expliqué que no me marchaba sin ti, que cualquier vida que pudiera llevar en la Tierra no significaría nada si tú no estabas conmigo, me dijo que tanto tú como yo estábamos locos. Pero una vez que hablamos y le expliqué que creía que disponíamos de una decente probabilidad de advertir a los ramanes, decidió que prefería pasar sus últimas horas con nosotros que correr el riesgo de una muerte solitaria y dolorosa en la vaina.

—Pero pensé que habías dicho que el viaje sería seguro para un solo pasajero.

—Eso no está completamente claro. El software cargado en la vaina es una pesadilla. Por la programación puede decirse que todo se hizo muy apresuradamente. ¿Y cómo pudo ser comprobado de forma adecuada? Yendo solo, O'Toole tal vez hubiera tenido más posibilidades que nosotros dos juntos... Pero recuerda, tendría que enfrentarse a serios problemas cuando llegara a la Tierra. Ese consejo de guerra no sería una cosa intrascendente.

—No creo que Michael le tenga miedo a un consejo de guerra. Puede que deseara ahorrarle sufrimientos a su familia, pero...

Un grito desde la distancia interrumpió su conversación. El general O'Toole agitaba un brazo hacia ellos desde un todo terreno que se acercaba.

—Pero no lo entiendo —dijo Nicole—. ¿Cómo ha llegado aquí tan rápido? Tú no viniste caminando, ¿verdad?

Richard se echó a reír.

—Por supuesto que no. Dejé una radiobaliza en el fondo del telesilla. Después que llegué a Beta y vi que habías tomado el bote; envié el todo terreno de vuelta en automático.

—Eso fue valiente por tu parte —dijo Nicole—. ¿Y si yo hubiera partido ya durante el tiempo extra que te tomó hallarme a pie?

Richard miró por encima del acantilado al casco del bote cerca del agua.

—En realidad, te las has arreglado mucho mejor de lo que esperaba —dijo con una cierta ironía en la voz—. Hubieras podido terminar en una o dos horas más.

Sujetó las manos de Nicole cuando ésta intentó golpearlo.

El general O'Toole era el único marinero con experiencia de los tres. Después que alcanzaron el punto medio de su camino, relegó a Richard a que sostuviera un remo como una posible arma en caso de que el par de tiburones biots cuyas sombras habían visto alrededor se decidieran a atacar.

—Esto no es Marblehead o el Cabo —dijo mientras miraba a Nueva York—, pero definitivamente es una interesante navegación.

Durante el viaje Richard intentó, sin éxito, convencer a una nerviosa Nicole de que era muy improbable que los tiburones biots los molestaran.

—Después de todo —dijo—, no molestaron en absoluto a los botes durante la primera expedición a Rama. Debieron volcarme a mí debido a algo especial en el diseño de nuestras nuevas motoras.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Nicole, mirando incómoda hacia las sombras grises en el agua a su lado—. Y, si no van a atacarnos, ¿por qué llevan siguiéndonos tanto tiempo?

—Somos una curiosidad, eso es todo —respondió Richard. De todos modos, tensó todos los músculos cuando una de las sombras viró repentinamente hacia el bote. Desapareció bajo ellos y se reunió con su compañera al otro lado. —¿Lo ves? —dijo, relajando la presión sobre el remo—. Ya te dije que no había nada de qué preocuparse.

Amarraron el bote al lado de Nueva York antes de subir por la escalera más cercana. Puesto que el general O'Toole nunca había estado en Nueva York y se sentía naturalmente muy curioso acerca de todo lo que veía, Richard pasó adelante para empezar a trabajar con el ordenador mientras Nicole brindaba a O'Toole el más breve de los tours turísticos por el camino.

Cuando Nicole y el general alcanzaron la Sala Blanca, Richard ya tenía algunos progresos de los que informar.

—Mi hipótesis era correcta —indicó, sólo segundos después que los otros dos se reunieran con él—. Estoy completamente seguro de que ahora he conseguido el acceso a toda la lista de sensores. Tienen que disponer de radar o su equivalente a bordo. Mientras intento localizarlo, ¿por qué ustedes dos no desarrollan un diagrama de flujo acerca de cómo comunicar nuestra advertencia? Recuerden, háganlo simple. Probablemente no tendremos más de veinticuatro horas antes que lleguen los primeros misiles.

Veinticuatro horas, se dijo Nicole. Un día más. Miró a Richard enfrascado en su teclado, y al general O'Toole, que contemplaba algunos de los objetos negros esparcidos aún por los rincones. Los momentáneos sentimientos de cariño hacia los dos hombres se vieron rápidamente truncados por una brusca erupción de miedo. La realidad de su situación la abrumó. ¿Vamos a morir todos mañana?, se preguntó.

61 - Nave espacial en peligro

—En realidad, no deberíamos sorprendernos —dijo Richard sin ninguna emoción. Los tres estaban sentados frente a la gran pantalla negra.

—Todos lo esperábamos.

—Pero también esperábamos estar equivocados —indicó O'Toole—. A veces resulta deprimente darte cuenta de que tienes razón.

—¿Estás seguro, Richard —preguntó Nicole—, de que cada uno de esos blips representa un objeto en el espacio?

—No creo que haya ninguna duda —respondió Richard—. Sabemos seguro que estamos contemplando el output de un sensor. Y mira, te mostraré cómo cambiar los campos. —Richard llamó a la pantalla un display que mostraba un cilindro, definitivamente Rama, en el centro de un conjunto de círculos concéntricos. A continuación tecleó otro par de órdenes, que dieron como resultado un movimiento en la pantalla. El cilindro se hizo cada vez más pequeño, hasta colapsarse por último en un punto. El tamaño de los círculos concéntricos alrededor del cilindro disminuyó también durante el movimiento, y nuevos círculos aparecieron por los bordes de la pantalla. Finalmente, un grupo de puntos, dieciséis en total, surgieron por el lado derecho del display.

—Pero, ¿cómo sabes que son misiles? —preguntó Nicole, indicando los pequeños puntos de luz.

—No lo sé —dijo Richard—. Pero sé que son objetos volantes que trazan una línea recta entre Rama y la Tierra. Supongo que podrán ser envíos de paz, pero seriamente lo dudo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó O'Toole.

—Es difícil decirlo con exactitud —respondió Richard tras una pausa—. Estimaría dieciocho o veinte horas hasta el primero. Se han abierto más de lo que esperaba. Si marcamos su rumbo durante una hora más o menos, tendremos una estimación más exacta del momento del impacto.

El general O'Toole silbó suavemente y luego reflexionó durante varios segundos antes de hablar.

—Antes que intentemos decirle a esta nave espacial que está a punto de verse sometida a un ataque nuclear, ¿responderás una pregunta sencilla para mí?

—Si puedo —indicó Richard.

—¿Qué te hace pensar que Rama puede protegerse a sí misma de estos misiles que se le acercan, si somos capaces de comunicarle la advertencia?

Hubo un largo silencio.

—¿Recuerdas en una ocasión, Michael, hará casi un año —dijo Richard—, en que estábamos volando juntos de Londres a Tokio y nos pusimos a hablar de religión?

—¿Quieres decir cuando yo estaba leyendo a Eusebio?

—Creo que sí. Me hablaste de la historia primitiva del cristianismo... Sea como fuere, en medio mismo de la conversación, yo te pregunté de pronto si creías en Dios. ¿Recuerdas tu respuesta?

—Por supuesto —indicó O'Toole—. Es la misma respuesta que le di a mi hijo mayor cuando se declaró ateo a la edad de dieciocho años.

—Tu respuesta en aquel avión capta perfectamente mi actitud en la situación actual. Sabemos que Rama es extremadamente avanzada tecnológicamente. Por supuesto, cuando fue diseñada, tuvo que tornarse en consideración la posibilidad de un ataque hostil... Quién sabe, quizá posea incluso un poderoso sistema de propulsión que todavía no hemos descubierto y que le permitirá maniobrar para salirse de la trayectoria. Apostaría...

—¿Puedo interrumpir un segundo? —intervino Nicole—. Yo no estaba con ustedes dos en aquel vuelo a Tokio. Me gustaría saber cuál fue la respuesta de Michael a tu pregunta.

Los dos hombres se miraron el uno al otro durante varios segundos. Finalmente, fue el general O'Toole quien respondió.

—Fe informada por el pensamiento y la observación —dijo.

—La primera parte de tu plan no es difícil, y estoy de acuerdo con el enfoque, pero no tengo ninguna imagen mental de cómo comunicaremos la situación, o de cómo enlazaremos de forma no ambigua la idea de la reacción nuclear en cadena con la aproximación de los misiles.

—Michael y yo trabajaremos en esto mientras tú desarrollas los gráficos para el primer segmento. Él dice que recuerda razonablemente bien su física nuclear.

"Y recuerda no hacer demasiadas suposiciones —indicó Richard a Nicole—. Debemos asegurarnos de que cada parte del mensaje es una unidad autocontenida.

El general O'Toole no estaba con Richard y Nicole en aquel momento. Tras dos horas de intenso trabajo, se había alejado por el túnel hacía unos cinco minutos. Sus dos colegas empezaron a preocuparse por su ausencia.

—Probablemente ha ido al cuarto de baño —dijo Richard.

—Puede que se haya perdido —respondió Nicole. Richard se dirigió hacia la entrada de la Sala Blanca y llamó hacia el corredor.

—Hola, Michael O'Toole —dijo—. ¿Todo va bien?

—Sí —llegó la respuesta desde la dirección de la escalera central—. ¿Pueden tú y Nicole venir aquí un minuto?

—¿Qué ocurre? —inquirió Richard unos momentos más tarde, cuando él y Nicole se reunieron con el general al pie de la escalera.

—¿Quién construyó todo esto? —preguntó O'Toole, con los ojos fijos en el alto techo encima de su cabeza—. ¿Y para qué creen que fue construido?

—No lo sabemos —respondió impaciente Richard—, y no creo que podamos resolverlo en los próximos minutos, ni siquiera horas. Mientras tanto, tenemos trabajo...

—Discúlpame un momento —interrumpió firmemente O'Toole—. Necesito hablar de esto antes de poder seguir. —Richard y Nicole aguardaron a que continuara. —Estamos lanzándonos a toda velocidad a enviar un mensaje de advertencia a cual sea la inteligencia que controla este vehículo. Presumiblemente, hacemos esto a fin de que Rama pueda tomar medidas para protegerse a sí misma. ¿Cómo sabemos que ésta es la acción correcta para nosotros? ¿Cómo sabemos que no estamos siendo traidores a nuestra especie?

El general O'Toole agitó los brazos hacia la amplia caverna alrededor.

—Tiene que haber alguna razón, algún plan para todo esto. ¿Por qué había todos esos objetos humanos falsos abandonados en la Sala Blanca? ¿Por qué nos invitaron los ramanes a comunicarnos con ellos? ¿Quiénes y qué son esas aves y esas octoarañas? —Sacudió la cabeza, frustrado por todas las preguntas sin respuesta. —Dudaba acerca de destruir Rama; pero dudo igualmente acerca de enviar el mensaje de advertencia. ¿Y si Rama escapa al ataque nuclear gracias a nosotros y luego destruye la Tierra?

—Eso es extremadamente improbable, Michael. La primera Rama cruzó el sistema solar.

—Espera un minuto, Nicole, si no te importa —interrumpió Richard suavemente—. Déjame intentar responderle al general.

Avanzó y apoyó un brazo en el hombro del general O'Toole.

—Michael —dijo—, lo que más me impresionó de ti desde la primera vez que nos conocimos fue tu habilidad en comprender la diferencia entre las respuestas que podemos conocer, como resultado de la deducción o del método científico, y aquellas preguntas para las que no hay siquiera un enfoque lógico válido. No hay forma alguna en que podamos comprender a Rama en estos momentos. Todavía no disponemos de los datos suficientes. Es como intentar resolver un sistema de ecuaciones lineales simultáneas cuando hay más variables que condiciones. Existen hipersuperficies múltiples de soluciones correctas. O'Toole sonrió y asintió con la cabeza.

—Lo que sabemos —prosiguió Richard— es que una flotilla de misiles se acerca a Rama. Probablemente se hallan armados con ojivas nucleares. Tenemos una elección, advertir o no advertir, y debemos tomarla basándonos en la información que tenemos en este momento.

Richard extrajo su pequeño ordenador y se situó al lado de O'Toole.

—Puedes representar este problema como una matriz de 3×2 —dijo—. Supón que hay tres descripciones posibles de la amenaza ramana: nunca hostil, siempre hostil, y hostil sólo si es atacada. Dejemos que estas tres situaciones representen uno de los ejes, las hileras, de la matriz. Ahora considera la decisión a la que nos enfrentamos. Podemos advertirles, o decidir no hacerlo. Observa que sólo importa una advertencia con éxito. Así que tenemos dos descripciones en el otro eje, las columnas, de la matriz: Rama advertida y Rama no advertida.

O'Toole y Nicole miraron por encima del hombro de Richard mientras éste construía la matriz y la mostraba en el pequeño monitor.

—Si miramos ahora los resultados de las seis posibilidades representadas por los elementos individuales de esta matriz, e intentamos asignar algunas de las posibilidades allá donde podamos, tendremos toda la información que necesitamos para efectuar nuestra decisión. ¿Están de acuerdo?

El general O'Toole asintió, impresionado por la forma rápida y concisa con que Richard había estructurado su dilema.

—El resultado de la segunda hilera es siempre el mismo —aclaró entonces Nicole—, independientemente de si les advertimos o no. Si Rama es realmente hostil, con su tecnología más avanzada no constituye ninguna diferencia el que les advirtamos o no. Más pronto o más tarde, con este vehículo o con cualquier otro que llegue en el futuro, subyugarán o destruirán la raza humana.

Richard hizo una pausa para asegurarse de que O'Toole seguía la exposición.

—De un modo similar —dijo lentamente—, si Rama nunca es hostil, no puede ser un error advertirles. En ningún caso, advertidos o no advertidos, estará la Tierra en peligro. Y si tenemos éxito en hablarles de los misiles nucleares, entonces podrán salvarse.

El general sonrió.

—Así que el único problema posible, la Ansiedad de O'Toole, si quieres llamarla así, se produce si Rama no tiene intención de ser hostil, pero puede cambiar de opinión y atacar la Tierra una vez que sepa que se han lanzado misiles nucleares contra ella.

—Exacto —dijo Richard—. Y me atrevería a afirmar que nuestra advertencia puede ser un factor mitigante en este caso potencialmente hostil. Al fin y al cabo...

—De acuerdo, de acuerdo —respondió O'Toole—. Ya veo adonde quieres llegar. A menos que sea asignada una probabilidad muy alta al caso que me preocupa, el análisis general sugiere un mejor resultado advirtiendo a Rama. —Se echó a reír bruscamente. — Es una buena cosa que no trabajes para el cuartel militar del Consejo de Gobiernos, Richard. Hubieras podido convencerme con la lógica de activar el código...

—Lo dudo —dijo Nicole—. Nadie puede construir un caso sólido a partir de ese tipo de paranoia.

—Gracias —sonrió el general—. Me siento satisfecho. La cosa ha sido muy persuasiva. Volvamos al trabajo.

Empujados por la inflexible aproximación de los misiles, el trío trabajó incansablemente durante horas. Nicole y Michael O'Toole diseñaron el mensaje de advertencia en dos discretos segmentos. El primer segmento, buena parte del cual eran los antecedentes para establecer la técnica básica de comunicación, presentaba toda la mecánica de las trayectorias, incluida la órbita de Rama cuando el vehículo entró en el Sistema Solar, las dos naves Newton abandonando la Tierra y uniéndose justo antes de la cita con la nave alienígena, las dos maniobras ramanas que habían cambiado su trayectoria, y finalmente los dieciséis misiles partiendo de la Tierra en una órbita de intercepción con Rama. Richard, haciendo que sus largas horas de trabajo en el teclado y la pantalla negra dieran su fruto, transformó todos estos datos orbitales en gráficos lineales mientras los otros dos cosmonautas se ocupaban de la complejidad del resto del mensaje.

El segundo segmento fue mucho más difícil de diseñar. En él los humanos deseaban explicar que los misiles que se acercaban llevaban ojivas nucleares, que el poder explosivo de las bombas era generado por una reacción en cadena, y que el calor, la onda de choque y la radiación resultantes de la explosión eran enormemente poderosos. Presentar la imagen fundamental no era lo más difícil; el cuantificar el poder destructivo

en términos que pudieran ser comprendidos por una inteligencia extraterrestre constituía un obstáculo formidable.

—Es imposible —exclamó un exasperado Richard cuando tanto O'Toole como Nicole insistieron en que la advertencia no era completa sin alguna indicación de la temperatura de la explosión y la magnitud de la onda de choque y los campos de radiación—. ¿Por qué no indicamos simplemente la cantidad de materia fisionable implicada en el proceso? Tienen que poseer buenas nociones de física. Pueden calcular todos los demás parámetros.

El tiempo se estaba agotando, y los tres empezaban a sentirse exhaustos. En las últimas horas, el general O'Toole sucumbió a la fatiga y, ante la insistencia de Nicole, durmió un poco. Su biometría había revelado que su corazón estaba sometido a una fuerte tensión. Incluso Richard durmió durante noventa minutos. Pero Nicole no se permitió el lujo de descansar. Estaba decidida a elaborar alguna forma de representar gráficamente el poder destructivo de las armas.

Cuando los hombre despertaron, Nicole los convenció de añadir al segundo segmento una corta sección adicional demostrando lo que le ocurriría a una ciudad o bosque sobre la Tierra si una bomba nuclear de un megatón estallara en las inmediaciones. Para que estas imágenes tuvieran algún sentido, por supuesto, Richard tuvo que ampliar su glosario anterior, en el que había definido los elementos químicos y sus símbolos con precisión matemática, para incluir más medidas de tamaño.

—Si comprenden esto —gruñó mientras incluía laboriosamente las escalas al lado de sus dibujos de edificios y árboles—, entonces son más listos de lo que jamás supondría.

Finalmente, el mensaje quedó completado y almacenado. Revisaron toda la advertencia por última vez e hicieron una cuantas correcciones finales,

—De las órdenes que nunca he conseguido entender —explicó Richard—, hay cinco que tengo razones para sospechar que pueden ser conexiones a un diferente nivel de procesado. Sólo estoy suponiendo, pero creo que se trata de una buena suposición. Transmitiré nuestro mensaje cinco veces, utilizando cada una de esas órdenes en particular una sola vez, y espero que de alguna forma nuestra advertencia llegue al ordenador central.

Mientras Richard entraba las órdenes adecuadas en el teclado, Nicole y el general O'Toole fueron a dar un paseo. Subieron la escalera y caminaron por entre los rascacielos de Nueva York.

—Ustedes creen que se suponía que los humanos abordaríamos Rama y encontraríamos la Sala Blanca, ¿verdad?

—Sí —respondió Nicole.

—Pero, ¿con qué finalidad? —preguntó el general—. Si los ramanes simplemente deseaban establecer contacto con nosotros, ¿por qué hacerlo de esa forma tan elaborada? ¿Y por qué corren el riesgo de que interpretemos mal sus intenciones?

—No lo sé —reconoció Nicole—. Quizá nos estén probando de alguna manera. Para descubrir cómo somos.

—Dios mío —respondió O'Toole—, vaya terrible pensamiento. Podemos ser catalogados como criaturas que lanzan ataques nucleares contra todos sus visitantes.

—Exacto —dijo Nicole.

Nicole mostró a O'Toole el cobertizo con los pozos, el retículo donde había rescatado el ave, los sorprendentes poliedros y las entradas a los otros dos mundos subterráneos. Empezaba a sentirse muy cansada, pero sabía que sería incapaz de dormir hasta que todo hubiera quedado resuelto.

—¿No deberíamos volver? —dijo O'Toole después que él y Nicole hubieran caminado hasta el Mar Cilíndrico y verificado que el bote estaba todavía intacto allá donde lo habían dejado.

—Sí —dijo cansadamente Nicole. Comprobó su reloj. Faltaban exactamente tres horas y dieciocho minutos antes que el primer misil nuclear alcanzara Rama.

62 - La hora final

Nadie habló durante cinco minutos. Cada uno de los tres cosmonautas permaneció sentado inmerso en su propio mundo privado, consciente de que el primer misil estaba ahora a menos de una hora de distancia. Richard revisó apresuradamente todas las imágenes de los sensores, buscando en vano alguna indicación de que Rama estaba emprendiendo alguna acción protectora.

—Mierda —murmuró, mirando de nuevo la imagen ampliada del radar que mostraba el misil de cabeza acercándose más y más. Se acercó al lugar donde estaba Nicole, sentada en un rincón.

—Debemos de haber fracasado —dijo en voz baja—. No ha cambiado nada.

Nicole se frotó los ojos.

—Desearía no estar tan cansada —dijo—. Entonces quizá pudiéramos hacer algo interesante en nuestros últimos cincuenta minutos. —Sonrió hoscamente. —Ahora sé lo que es estar en capilla.

El general O'Toole se acercó desde el otro lado de la habitación. Sujetaba dos de las pequeñas esferas negras en su mano izquierda.

—¿Sabes? —dijo—, a menudo me he preguntado qué haría si dispusiera sólo de un tiempo fijo y limitado antes de morir. Ahora que estoy en ello, mi mente no deja de centrarse en una sola cosa.

—¿Cuál es? —preguntó Nicole.

—¿Están bautizados? —quiso saber él, tentativamente.

—¿Quééé? —exclamó Richard, con una carcajada de sorpresa.

—Supongo que tú no —dijo el general O'Toole—. ¿Y tú, Nicole?

—No, Michael —respondió ella—. El catolicismo de mi padre era más tradición que ceremonia.

—Bien —insistió el general—. Me ofrezco a bautizarlos a ambos.

—¿Aquí? ¿Ahora? —inquirió el sorprendido Wakefield—. ¿Me están engañando mis oídos, Nikki, o acabo de oír que este caballero está sugiriendo que perdamos la última hora de nuestras vidas bautizándonos?

—No tomará... —empezó a decir O'Toole.

—¿Y por qué no, Richard? —interrumpió Nicole. Se puso de pie con una brillante sonrisa en su rostro. —¿Qué otra cosa tenemos que hacer? Y es malditamente mejor que sentarse morbosamente aquí aguardando la gran bola de fuego.

Richard casi se revolcó de risa.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó—. Yo, Richard Wakefield, ateo de toda la vida, estoy considerando la idea de ser bautizado a bordo de una nave extraterrestre como acto final de mi vida. ¡Me encanta!

—Recuerda lo que escribió Pascal —ironizó Nicole.

—Oh, sí —respondió Richard—. Una matriz simple de uno de los grandes pensadores del mundo. "Puede que haya o no haya un Dios; puedo creer en Él o no. La única forma en que puedo perder es si hay un Dios y yo no creo en Él. En consecuencia, debo creer en Él para minimizar el riesgo." —Richard rió quedamente. —Pero lo que se me pide no es que crea en Dios, sino sólo que me bautice.

—Así que lo harás —dijo Nicole.

—¿Y por qué no? —respondió Richard, imitando el anterior comentario de ella—. Quizá de esa forma no tenga que permanecer en el Limbo con esos paganos virtuosos y niños no bautizados. —Le sonrió a O'Toole. —De acuerdo, general, somos todos suyos. Haz lo que tengas que hacer.

—Escucha atentamente esto, EB —dijo Richard—. Probablemente tú seas el único robot que haya estado nunca en el bolsillo de un ser humano mientras éste es bautizado.

Nicole dio un codazo a Richard en las costillas. El paciente general O'Toole aguardó unos momentos y luego inició la ceremonia.

A insistencia de Richard, habían abandonado la Sala Blanca y salido a la plaza. Richard había querido "el cielo de Rama sobre nuestras cabezas", y ninguno de los otros dos había objetado nada. Nicole fue al Mar Cilíndrico para llenar el frasco bautismal de agua mientras el general O'Toole completaba sus preparativos. El general norteamericano se estaba tomando el bautismo muy en serio, pero al parecer no se sentía ofendido por los alardes de Richard.

Nicole y Richard se arrodillaron delante de O'Toole. Éste salpicó agua sobre la cabeza de Richard.

—Richard Colin Wakefield, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Cuando O'Toole terminó de bautizar a Nicole de la misma sencilla manera, Richard se puso de pie y sonrió.

—No me siento en absoluto distinto —dijo—. Soy exactamente igual que ante... asustado hasta la medula ante la idea de morir dentro de los próximos treinta minutos.

El general O'Toole no se había movido.

—Richard —dijo suavemente—, ¿puedo pedirte que te arrodilles de nuevo? Desearía decir una corta plegaria.

—¿Qué es esto? —preguntó Richard—. ¿Primero un bautismo, ahora una plegaria? —Nicole alzó la vista hacia él. Sus ojos le pidieron que accediera. —De acuerdo —dijo—, supongo que podré soportarlo.

—Dios Altísimo, por favor escucha nuestra plegaria —dijo el general con voz fuerte. Él también se había arrodillado. Sus ojos estaban cerrados y sus manos unidas frente a él. —Los tres nos hemos reunido aquí en lo que puede ser nuestra hora final para rendirte homenaje. Te suplicamos que consideres cómo podemos servirte si seguimos con vida y, si es Tu voluntad, te pedimos nos ahorres una dolorosa y horrible muerte. Si tenemos que morir, te suplicamos que seamos aceptados en Tu reino de los cielos. Amén.

El general O'Toole se detuvo sólo por un momento y luego empezó a recitar el padrenuestro. Cuando acababa de decir: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre...", las luces de la gran nave espacial se extinguieron bruscamente. Otro día de Rama había terminado. Richard y Nicole aguardaron

respetuosamente hasta que su amigo hubo terminado su plegaria antes de encender sus linternas.

Nicole dio las gracias al general y lo abrazó ligeramente.

—Bueno, aquí estamos —dijo Richard nerviosamente—. Veintisiete minutos y contando. Hemos recibido el bautismo y hemos rezado. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Quién tiene alguna idea para una última, y quiero decir realmente última, diversión? ¿Cantamos? ¿Bailamos? ¿Jugamos a algo?

—Preferiría quedarme aquí arriba a solas —dijo solemnemente el general O'Toole—, y enfrentarme a la muerte preparándome y rezando. E imagino que ustedes dos también querrán estar a solas juntos.

—Muy bien —dijo Richard—. Nikki, ¿dónde compartimos nuestro beso final? ¿En la orilla del Mar Cilíndrico o en la Sala Blanca?

Nicole llevaba despierta treinta y dos horas consecutivas y se sentía absolutamente agotada. Cayó en los brazos de Richard y cerró los ojos. En aquel momento, dispersos destellos de luz penetraron en la nueva oscuridad de la noche ramana.

—¿Qué es eso? —preguntó ansiosamente el general O'Toole.

—Deben de ser los cuernos —respondió excitadamente Richard—.

Vayamos a ver.

Corrieron hacia el extremo sur de la isla, y contemplaron las enormes y enigmáticas estructuras del cuenco sur. Filamentos de luz danzaban entre pares distintos de las seis espiras que rodeaban el gran monolito central. Los arcos amarillos parecían sisear en el aire, ondulando suavemente hacia delante y hacia atrás en el centro mientras permanecían conectados a cada extremo de uno de los pequeños cuernos. Un distante chasquear acompañaba la espectacular visión.

—Sorprendente —dijo O'Toole, abrumado por la maravilla—. Absolutamente sorprendente.

—Así que Rama va a maniobrar —dijo Richard. Apenas podía contenerse. Abrazó a Nicole, luego a O'Toole, y finalmente besó a Nicole en los labios. —¡Hurraaa! —gritó, mientras danzaba a lo largo del ramo.

—Pero Richard —exclamó Nicole tras él—, ¿no es demasiado tarde? ¿Cómo puede Rama apartarse del camino en tan poco tiempo? Richard corrió de vuelta junto a sus colegas.

—Tienes razón —dijo sin aliento—. Y esos malditos misiles probablemente posean corrección final de rumbo. —Eché a correr de nuevo, esta vez de regreso a la plaza. —Voy a observar por el radar.

Nicole miró al general O'Toole.

—Ahora vengo —dijo éste—. Pero ya he corrido bastante para un sólo día. Quiero contemplar este espectáculo unos segundos más. Puedes ir sin mí si quieres.

Nicole aguardó. Mientras los dos caminaban a buen paso hacia la plaza, el general O'Toole le dio las gracias por permitirle bautizarla.

—No seas tonto —respondió ella—. Soy yo quien debería dar las gracias. —Apoyó una mano en el hombro de él. El bautismo en sí era lo importante, siguió hablando en su pensamiento. Era evidente que estabas preocupado por nuestras almas. Aceptamos principalmente para demostrarte nuestro afecto. Nicole sonrió para sí misma. Al menos, creo que ésa fue la razón...

El suelo bajo ellos empezó a temblar vigorosamente y el general O'Toole se detuvo, momentáneamente asustado.

—Eso es al parecer lo que ocurrió durante la última maniobra —dijo Nicole, sujetando la mano del general para afirmarse ambos—, aunque yo personalmente estaba inconsciente en el fondo de un pozo y me perdí todo el acontecimiento.

—Entonces, ¿el espectáculo de las luces fue sólo un anuncio de la maniobra?

—Probablemente. Por eso Richard se mostró tan excitado. Apenas acababan de abrir la cubierta cuando Richard saltó fuera de la escalera.

—¡Lo han hecho! —exclamó—. ¡Lo han hecho!

O'Toole y Nicole lo miraron mientras él recuperaba el aliento.

—Han desplegado una especie de tela o red, no sé exactamente lo que es, de unos seiscientos, quizás ochocientos metros de espesor... todo alrededor de la nave espacial. —Se volvió en redondo. —Vengan —añadió, volviendo a bajar la escalera de tres en tres. Pese a su cansancio, Nicole respondió a su excitación con un estallido final de adrenalina. Bajó la escalera detrás de Richard y corrió hacia la Sala Blanca. Richard estaba de pie frente a la pantalla negra, pasando adelante y atrás de la imagen exterior que mostraba el nuevo material en torno del vehículo a la vista del radar que señalaba los misiles que se aproximaban.

—Deben de haber comprendido nuestra advertencia —le dijo a Nicole. La aferró jubiloso y la alzó del suelo, le dio un beso y la mantuvo en el aire. —Ha funcionado, querida —exclamó—. Gracias, oh gracias.

Nicole también estaba excitada. Pero todavía no estaba convencida de que la acción de Rama pudiera impedir la destrucción del vehículo. Después que el general O'Toole entró y Richard le explicó lo que veían en la pantalla, ya sólo quedaban nueve minutos.

Nicole tenía mariposas del tamaño de pelotas de fútbol en su estómago. El suelo seguía temblando a medida que Rama extendía su maniobra.

Obviamente los misiles nucleares tenían corrección final de rumbo, ya que pese al hecho de que Rama estaba definitivamente cambiando de trayectoria los misiles seguían aproximándose en línea recta. La imagen del radar inmediato mostraba que los dieciséis atacantes estaban muy dispersos. Sus tiempos estimados de impacto se alineaban a lo largo de un período ligeramente inferior a una hora.

La frenética actividad de Richard se incrementó. Recorrió nerviosamente la habitación de uno a otro lado. En un momento determinado extrajo a EB de su bolsillo, lo depositó en el suelo, y empezó a hablarle rápidamente como si fuera su más íntimo amigo. Lo que le dijo era apenas coherente. En un momento determinado Richard le decía a EB que se preparara para la inminente explosión; un segundo más tarde le explicaba cómo Rama iba a eludir los misiles que se le acercaban.

El general O'Toole intentaba permanecer tranquilo, pero era imposible con Richard yendo de un lado para otro de la sala como un demonio tasmano. Empezó a decirle algo a Richard, pero en vez de ello decidió salir al túnel para conseguir algo de quietud.

Durante uno de los raros momentos en que no se estaba moviendo, Nicole se dirigió a Richard y sujetó sus manos.

—Querido —le dijo—, relájate. No hay nada que podamos hacer.

Richard bajó la vista por un segundo a su amiga y amante y la rodeó con los brazos. La besó salvajemente y luego se sentó en el tembloroso suelo, tirando de ella para que se sentara a su lado.

—Estoy asustado, Nicole —dijo, y todo su cuerpo temblaba—. Estoy realmente asustado. Odio no ser capaz de hacer nada.

—Yo también estoy asustada —respondió suavemente ella, sujetando de nuevo sus manos—. Y también Michael.

—Pero ninguno de ustedes actúa como yo —exclamó Richard—. Me siento como un idiota, saltando de un lado para otro como un tigre enjaulado.

—Todo el mundo se enfrenta a la muerte de una forma distinta —dijo Nicole—. Todos sentimos miedo. Simplemente nos enfrentamos a ella cada cual a su modo.

Richard estaba calmándose. Alzó la vista hacia el gran monitor y luego a su reloj.

—Tres minutos más hasta el primer impacto —dijo. Nicole puso sus manos en las mejillas de él y lo besó suavemente en los labios.

—Te quiero, Richard Wakefield —dijo.

—Y yo te quiero a ti —respondió él.

Richard y Nicole estaban sentados inmóviles en el suelo, con las manos unidas y contemplando la pantalla negra, cuando el primer misil alcanzó el borde denso entramado que rodeaba Rama. El general O'Toole estaba de pie tras ellos en el umbral... había regresado a la sala hacía treinta segundos. En el momento en que el misil hizo contacto, la parte de la red que recibió el impacto cedió, absorbiendo el golpe pero permitiendo al misil penetrar profundamente en ella. Simultáneamente, otras piezas de la red envolvieron apresuradamente al misil, tejiendo un denso capullo con una sorprendente velocidad. Todo terminó en una fracción de segundo. El misil estaba a unos doscientos metros del casco exterior de Rama, ya rodeado por una densa envoltura, cuando su ojiva nuclear detonó. El entramado voló en la pantalla un poco por todas partes, pero apenas hubo una imperceptible sacudida dentro de la Sala Blanca.

—¡Huau! —exclamó Richard—. ¿Viste eso? —Se puso de pie de un salto y se acercó a la pantalla.

—Ocurrió demasiado rápido —comentó Nicole, levantándose también y acercándose a él.

El general O'Toole murmuró una plegaria muy corta de agradecimiento y se reunió con sus colegas frente a la pantalla.

—¿Cómo crees que hizo eso? —le preguntó a Richard.

—No tengo ni la menor idea —respondió Richard—. Pero, de alguna manera, ese capullo contuvo la explosión. Debe de tratarse de un material fantástico. —Cambió a la imagen de radar. —Observemos el próximo de más cerca. Tiene que estar aquí en unos pocos...

Hubo un brillante destello de luz, y la pantalla quedó vacía. Menos de un segundo más tarde una seca fuerza lateral los golpeó con intensidad, derribándolos al suelo. Las luces se apagaron en la Sala Blanca y el suelo dejó de temblar.

—¿Está bien todo el mundo? —preguntó Richard, tanteando en la oscuridad en busca de la mano de Nicole.

—Creo que sí —respondió O'Toole—. Me di un golpe contra la pared, pero sólo con la espalda y el codo.

—Yo estoy bien, querido —respondió Nicole—. ¿Qué ocurrió? —Evidentemente ésa estalló prematuramente, antes de alcanzar la red. Fuimos golpeados por la onda de choque.

—No lo entiendo —dijo O'Toole—. La bomba estalló en el vacío. ¿Cómo pudo haber una onda de choque?

—No fue técnicamente una onda de choque —respondió Richard, poniéndose de pie mientras las luces regresaban y el suelo empezaba a temblar de nuevo—. ¡Eh, tranquilo con eso! —se interrumpió a sí mismo—. La famosa redundancia ramana ataca de nuevo. ¿Estás bien? —le dijo a Nicole, que parecía insegura mientras se ponía de pie.

—Me he despellejado una rodilla —respondió ella—, pero no es nada serio.

—La bomba destruyó el resto de su propio misil —dijo Richard, respondiendo a la pregunta de O'Toole mientras buscaba en la lista de los sensores las imágenes redundantes y del radar—, evaporando la mayor parte de su masa y reduciendo el resto a fragmentos. El gas y los restos fueron lanzados hacia afuera a enormes velocidades, creando la onda que nos golpeó. La red atenuó la fuerza del choque.

Nicole se dirigió hacia la pared y se sentó.

—Quiero estar preparada para la siguiente —dijo.

—Me pregunto a cuántos golpes como éste puede sobrevivir Rama —dijo Richard.

El general O'Toole fue a sentarse al lado de Nicole.

—Dos ya llegados y catorce por llegar —dijo. Todos sonrieron. Al menos, todavía no estaban muertos.

Richard localizó los sensores redundantes unos minutos más tarde.

—Oh, oh —dijo mientras examinaba los restantes blips en la pantalla—. A menos que esté equivocado, la última bomba que estalló estaba a muchos kilómetros de distancia. Tuvimos suerte. Será mejor que esperemos que ninguna estalle justo delante de la red.

El trío observó mientras otros dos misiles eran atrapados y envueltos en el material que rodeaba a Rama. Richard se puso de pie.

—Ahora tenemos un breve respiro —dijo—. Pasarán tres minutos más o menos antes del próximo impacto... luego tendremos cuatro misiles más uno detrás del otro.

Nicole se puso también de pie. Vio que el general O'Toole se sujetaba la espalda.

—¿Seguro que estás bien, Michael? —preguntó. Él asintió, sin dejar de contemplar la pantalla. Richard fue al lado de Nicole y tomó su mano. Un minuto más tarde se sentaron juntos contra la pared para aguardar los próximos impactos.

No aguardaron mucho tiempo. Una segunda fuerza lateral, mucho más fuerte que la primera, los golpeó a los veinte segundos. Las luces se apagaron de nuevo y el suelo dejó de temblar. Nicole pudo oír la fatigosa respiración de O'Toole en la oscuridad.

—Michael —dijo—, ¿estás herido?

Cuando no hubo una respuesta inmediata, Nicole empezó a arrastrarse en su dirección. Eso fue un error. No estaba sujeta a nada cuando golpeó el tercer estallido. Fue arrojada salvajemente contra la pared, golpeándose la sien.

El general O'Toole permaneció junto a Nicole mientras Richard subía a Nueva York para examinar la ciudad. Los hombres hablaron en voz baja cuando Richard regresó. Informó de sólo daños menores. Treinta minutos después que el último misil hubiera sido atrapado, las luces volvieron y el suelo empezó a temblar de nuevo.

—¿Lo ves? —dijo Richard con una tensa sonrisa—. Te dije que estaríamos bien. Ellos siempre hacen todas las cosas importantes por triplicado.

Nicole permaneció inconsciente durante casi una hora. Durante los últimos minutos fue vagamente consciente tanto de la vibración del suelo como de la conversación en el lado opuesto de la habitación. Abrió muy lentamente los ojos.

—El efecto de la red —oyó decir a Richard— es incrementar nuestra velocidad a lo largo de la hipérbola. Así que cruzaremos la órbita de la Tierra mucho antes que lo previsto anteriormente, mucho antes que llegue el planeta.

—¿Cuan cerca pasaremos de la Tierra?

—No demasiado cerca. Eso depende de cuándo termine esta maniobra. Si se detuviera ahora la eludiríamos por un millón de kilómetros o algo así, más de dos veces la distancia a la Luna.

Nicole se sentó y sonrió.

—Buenos días —saludó alegremente.

Los dos hombres acudieron rápidamente a su lado.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Richard.

—Supongo que sí —dijo Nicole, sintiendo aún el golpe en su sien—. Puede que tenga dolores de cabeza durante algunos días. —Miró a los dos hombres. —¿Qué pasa contigo, Michael? Creo recordar que me preocupaste justo antes del gran bum.

—El segundo me dejó sin aliento —admitió O'Toole—. Afortunadamente, estaba mejor preparado para la tercera bomba. Y mi espalda parece que está muy bien ahora.

Richard empezó a explicar lo que había averiguado de los sensores celestes de Rama.

—He oído la última parte de ello —dijo Nicole—. Deduzco que eludiremos completamente la Tierra. —Richard la ayudó a ponerse de pie—. Pero, ¿adonde nos dirigimos?

Richard se encogió de hombros.

—No hay ningún blanco, ni planeta ni asteroide en ninguna parte cerca de nuestra actual trayectoria. Nuestra energía hiperbólica se está incrementando. Si no cambia nada, escaparemos por completo del Sistema Solar.

—Y nos convertiremos en viajeros interestelares —dijo en voz baja Nicole.

—Si vivimos lo suficiente —añadió el general.

—Por mi parte —dijo Richard con una alegre sonrisa—, no voy a preocuparme acerca de lo que ocurra a continuación. Al menos todavía no. Tengo intención de celebrar nuestra escapatoria de la falange nuclear. Voto que subamos y presentemos a Michael a algunos nuevos amigos. ¿Te parece que serán las aves o las octoarañas?

Nicole agitó la cabeza y sonrió,

—Eres imposible, Wakefield, No dejemos que nada impida...

No dejemos que el matrimonio de las auténticas
mentes admita impedimentos;

interrumpió de pronto EB. Los tres cosmonautas se sobresaltaron. Miraron al diminuto robot y luego estallaron en carcajadas.

...el amor no es amor

que se altere cuando halla una alteración

o se doble cuando el extirpador extirpa.

Oh no, es una marca fijada para siempre...

Richard tomó a EB y lo desconectó. Nicole y Michael aún seguían riendo. Richard los abrazó.

—No puedo pensar en tres mejores compañeros de viaje —dijo alzando al pequeño robot por encima de su cabeza—, vayamos adonde vayamos.

FIN

Nota final, por Arthur C. Clarke

Escribir es una profesión solitaria y, tras pocas décadas, incluso el más devoto ególatra puede anhelar ocasionalmente compañía. Pero la colaboración en cualquier obra de arte es un negocio arriesgado, y cuanta más gente se halla implicada, más pequeñas son las posibilidades de éxito. ¿Pueden imaginar ustedes Moby Dick por Herman Melville y Nat Hawthorne? ¿O Guerra y paz por Leo Tolstoi y Freddie Dostoyevski? ¿Con diálogos adicionales de Van Turgueniev?

Ciertamente, yo nunca imaginé, hasta hace unos pocos años, que alguna vez llegaría a colaborar con otro escritor en una obra de ficción. La no-ficción es algo distinto: he

colaborado en no menos de catorce proyectos de varios autores (dos con los editores de Life, y no puede pedirse más multiplicidad que eso). Pero la ficción... ¡imposible! Estaba completamente seguro de que nunca iba a permitir que nadie metiera mano en mi única marca de creatividad...

Bueno, ocurrió una cosa curiosa en el camino hasta el procesador de textos. A principios de 1986 mi agente Scott Merdith me llamó en su modo más persuasivo de "no-digas-que-no-hasta-que-haya-acabado". Había, al parecer, ese joven genio de productor cinematográfico que estaba dispuesto a filmar algo —cualquier cosa— mío. Aunque yo nunca había oído hablar de Peter Guber, sí había visto dos de sus filmes (El expreso de medianoche, Abismo), y me había sentido completamente impresionado por ellos. Me sentí más impresionado todavía cuando Scott me dijo que la última producción de Peter, El color púrpura, había sido nominada para media docena de Oscars.

Sin embargo, gruñí para mí mismo cuando Scott siguió diciendo que Peter tenía un amigo con una brillante idea que le gustaría que yo desarrollara hasta convertirla en un guión cinematográfico. Gruñí, porque no hay nuevas ideas en ciencia ficción, y si realmente era brillante yo ya debería haber pensado en ella. Y odio los guiones cinematográficos; son increíblemente aburridos, casi ilegibles, y en lo que a mí respecta imposibles de escribir. Como una partitura musical, son un estadio intermedio necesario en una producción. Escribirlos requiere una considerable habilidad especializada, pero no poseen ningún valor literario o artístico propio. (Al menos una partitura musical es algo agradable de mirar.)

Luego Scott me explicó quién era el amigo, y tuve una reacción tardía. El proyecto me pareció de pronto muy excitante, por razones que no tenían nada que ver con Peter Guber, pero sí mucho con Stanley Kubrick.

Flashback. Hace veinte años, en 2001: Odisea del espacio, Stanley y yo habíamos visitado las lunas de Júpiter... sin soñar nunca que esos mundos completamente desconocidos serían de hecho reconocidos por robots mucho antes de la fecha de nuestra película. En marzo y julio de 1979, las dos sondas Voyager revelaron que Io, Europa, Ganimedes y Callisto eran lugares más extraños de lo que nosotros nos habíamos atrevido a imaginar. Las sorprendentes vistas de los satélites gigantes de Júpiter hicieron posible —no, imperativo— que yo escribiera: 2010: Odisea dos. Esta vez, las secuencias jupiterianas podían estar basadas en la realidad, no en la imaginación; y cuando Peter Hyams filmó el libro en 1984, pudo usar auténticas imágenes de la nave espacial Voyager como fondo para buena parte de la acción.

Por espectaculares que fueran los resultados de la misión de 1979, yo esperaba confiadamente que quedarían completamente superados en el transcurso de una década. La nave espacial Voyager pasó sólo unas horas en las inmediaciones de Júpiter, rozando apenas el planeta gigante y sus lunas en su camino a Saturno. Pero en mayo de 1986, la NASA planeaba lanzar Galileo, una sonda espacial mucho más ambiciosa aún. Ésta no realizaría una simple pasada, sino una auténtica cita; Galileo pasaría dos años, empezando en diciembre de 1988, realizando una detallada exploración de Júpiter y sus principales lunas. En 1990, si todo iba bien, habría un flujo tal de nueva información sobre esos exóticos mundos que una tercera Odisea espacial sería inevitable. Eso era lo que yo planeaba escribir, había atado mi carro a Galileo, y difícilmente podían importarme menos las ideas de algún autor aficionado de ciencia ficción, ¿Cómo rechazarlo educadamente? Aún seguía preguntándome aquello cuando Scott prosiguió:

—Peter Guber desea volar a Sri Lanka, sólo por treinta y seis horas, a fin de presentarte al tipo. Se llama Gentry Lee, y déjame explicarte quién es. Trabaja en el Laboratorio de Propulsión de Chorro, y es Ingeniero Jefe del Proyecto Galileo. ¿Has oído hablar de él?

—Sí —dije débilmente,

—Y, antes de eso, fue Director de Planificación de la Misión para los aterrizajes Viking, que nos enviaron esas maravillosas imágenes de Marte. Puesto que tenía la sensación de que el público no apreciaba lo que estaba haciendo en el espacio, formó una compañía con tu amigo Carl Sagan para hacer Cosmos... él fue el director de toda la serie de televisión...

—¡Basta! —exclamé—. Tengo que conocer a ese hombre. Dile al señor Gabor que lo traiga aquí inmediatamente.

—Se llama Guber —dijo Scott—. Peter Guber.

Bueno, se acordó que los dos volarían a Sri Lanka y que, si me gustaba la idea de Gentry (y, cosa igual de importante, Gentry), yo desarrollaría un esbozo, quizás una docena de páginas, que contuviera los personajes, las localizaciones, el desarrollo y los elementos básicos a partir de los cuales un guionista competente pudiera generar un guión cinematográfico.

Llegaron a Colombo el 12 de febrero de 1986... justo dos semanas después del desastre del Challenger. 1986 tenía que ser el Gran Año para el Espacio, pero ahora todo el programa de la NASA estaba en total confusión. En particular, Galileo iba a sufrir un retraso de años. Llegaría 1995 antes que pudiera haber ninguna nueva noticia sobre las lunas de Júpiter. Podía olvidarme de Odisea tres..., del mismo modo que Gentry podía

olvidarse de hacer algo con Galileo excepto llevárselo de Cabo y guardarlo entre bolas de naftalina.

Afortunadamente, la Cumbre Guber-Lee-Clarke fue bien, y durante las siguientes semanas llené floppy discs con conceptos, personajes, ambientes y situaciones... cualquier cosa que pareciera remotamente útil a la historia que habíamos decidido llamar Cuna. Alguien dijo en una ocasión que escribir una obra de ficción consiste en la eliminación de alternativas. Muy cierto: hubo un momento en el que calculé que, si usaba todos los elementos que había creado en todas sus combinaciones posibles, habría suficiente material como para quinientos millones de Cunas distintas.

Envié el que seleccioné finalmente, en forma de esbozo de cuatro mil palabras, a Gentry. Le gustó, y voló de nuevo a Sri Lanka para que yo pudiera acabar de perfilar algunos detalles. Durante una maratón de tres días en las montañas encima de la antigua capital, Kandy, pese a la distracción del panorama más espléndido que haya conocido nunca, completamos una demi-hemi-semi-final versión de ocho mil palabras que finalmente se convirtió en la base de la novela. Desde entonces, pudimos seguir colaborando por medio de frecuentes llamadas telefónicas y trasmitiéndonos metros y metros de copias de impresora a través del Pacífico.

La redacción tomó la mayor parte del año, aunque por supuesto ambos nos dedicamos también simultáneamente a otros proyectos. Cuando descubrí que Gentry poseía una base considerablemente mejor que la mía en literatura inglesa y francesa (por aquel entonces yo era inmune ya a tales sorpresas), me resistí heroicamente a todos los intentos de imponerle mi propio estilo. Eso trastornó a algunos de los lectores antiguos, de ACC, que cuando apareció Cuna bajo nuestros nombres conjuntos se vieron desconcertados por algunos pasajes en los que opinaron que yo hubiera podido practicar un poco de saneamiento. Los primeros fragmentos de diálogo, expliqué, eran el resultado de los años de Gentry con los ingenieros y matemáticos, de peludos nudillos y grandes bebedores, de la División de Astrodinámica del LPC, donde la policía de Pasadena tiene que ser llamada a menudo para apaciguar peleas a puñetazo limpio sobre funciones de Bessel y ecuaciones diferenciales parciales no lineales.

Hasta ahora, sin embargo, por todo lo que sé, ningún consejo escolar ha exigido que Cuna sea retirado de las estanterías. Menciono esto porque acabo de descubrir, ante mi asombrada indignación, que esto fue algo que ocurrió realmente con Regreso a Titán hace una década. Lo que es más, el consejo escolar implicado entonces en el asunto siguió adelante hasta eliminar cualquier colección que contuviera cualquier cosa escrita por mí.

Me habría gustado haberlo sabido entonces. Habría disfrutado diciéndoles a aquellos aprendices de ayatollahs que la versión para Libros para los ciegos de la novela que tanto los ofendió fue grabada por una dama muy poco propensa a promover la pornografía. Y que resulta que está casada con un Lord primer magistrado de Inglaterra.

Aunque Cuna fue concebida originalmente como un proyecto para una película, y se preparó un guión para la Warner Films, las posibilidades de que alguna vez llegue a la pantalla parecen hoy por hoy remotas. Por un cúmulo de mala suerte, toda una sucesión de películas sobre submarinismo/extraterrestres apareció en el mercado por el tiempo de la publicación del libro, y la mayoría de ellas se hundieron sin dejar la menor huella.

Pero Peter Guber, me alegra decirlo, ha seguido avanzando de éxito en éxito. Sus últimas producciones, Las brujas de Eastwick, Gorilas en la niebla y Rain Man han sido muy bien recibidas; incluso esta corta lista muestra su interés en proyectos valiosos y muy poco usuales. Quizá realice Cuna cuando el ciclo de una vuelta completa de nuevo, como inevitablemente ocurrirá. "Hay" una marea en los asuntos de los hombres"... y en las películas.

Aunque disfruté enormemente trabajando con Gentry, cuando terminamos de acunar Cuna yo no tenía planes para ninguna otra colaboración... —porque el cometa Halley estaba dominando entonces mi vida, al tiempo que fracasaba en dominar los cielos terrestres. Me di cuenta de que su próxima aparición, en 2061, proporcionaría una espléndida oportunidad para una tercera Odisea del espacio. (Si el muy retrasado Galileo cumple con su misión como se espera en 1995, y envía de vuelta megabytes de nueva información del sistema joviano, puede haber una Odisea final. Pero no hago promesas.)

En el verano de 1987, 2061: Odisea tres se vendía estupendamente en las librerías, gracias, y yo estaba empezando a sentir de nuevo esos insistentes dolores de culpabilidad que asaltan a un autor cuando no está Trabajando En Un Proyecto. De pronto, me di cuenta de que uno de ellos me estaba mirando directamente al rostro.

Quince años antes, la última frase de Cita con Rama decía "Los ramanes hacen todo por triplicado". Esas palabras habían sido un pensamiento de último minuto cuando estaba haciendo la revisión final. No tenía —hago una cruz sobre mi corazón— ninguna secuela en mente; simplemente parecía la forma abierta más correcta de terminar el libro. (En la vida real, por supuesto, ninguna historia termina nunca)

Muchos lectores —y críticos— saltaron a la conclusión de que yo había planeado desde el principio una trilogía. Bien, no era así... pero ahora me di cuenta de que era una espléndida idea. Y Gentry era precisamente el hombre para el trabajo: tenía toda la base

sobre mecánica celeste y quincallería espacial para ocuparse de la próxima aparición de los ramanes.

Esbocé rápidamente un espectro de posibilidades, de un modo muy parecido a como había hecho con Cuna, y en un tiempo notablemente corto nació Rama II. El jardín de Rama y Rama desvelado seguirán durante el período 1989-91.

Así que, una vez más, Gentry Lee no para de cruzar el Pacífico para sesiones de brainstorming en las colinas de Sri Lanka, y el cartero se queja de los abultados paquetes de copias de impresora que tiene que mantener en equilibrio sobre su bicicleta. Esta vez, sin embargo, la tecnología ha acelerado nuestras operaciones intercontinentales. El fax nos permite intercambiar ideas casi a tiempo real; es mucho más conveniente que el enlace por Correo Electrónico que utilizamos Peter Hyams y yo mientras realizábamos el guión de 2010.

Hay mucho que decir sobre este tipo de colaboración a larga distancia; si están demasiado juntos, los coautores pueden malgastar una gran cantidad de tiempo en trivialidades. Incluso un escritor solitario puede pensar en interminables excusas para no trabajar; con dos, las posibilidades se ven reducidas al menos a la mitad.

Sin embargo, no hay ninguna forma de demostrar que un escritor esté descuidando su trabajo; aunque sus ronquidos sean ensordecedores, su subconsciente puede estar trabajando duro. Y Gentry y yo sabíamos que nuestras más alocadas excursiones a la literatura, a la ciencia, al arte o a la historia podían darnos muchos elementos útiles para el relato.

Por ejemplo, durante la redacción de Rama II se hizo evidente que Gentry estaba enamorado de Eleanor de Aquitania (no te preocupes, Stacey: lleva setecientos ochenta y cinco años muerta), y yo tuve que disuadirlo con tacto de dedicar páginas y páginas a su sorprendente carrera. (Si se preguntan ustedes cómo E de A puede tener la más remota conexión con las aventuras interestelares, les aseguro que tienen placeres almacenados.)

Ciertamente, aprendí de Gentry mucha historia francesa e inglesa que no me enseñaron en la escuela. La ocasión en la que la reina Leonor regañó a su hijo, el intrépido rey guerrero Ricardo Corazón de León, frente a sus tropas, por fracasar en darle un heredero al trono, debió de ser uno de los momentos más picantes de toda la historia militar británica. Bueno, no hay forma en que podamos presentar de otro modo a este galante pero gay Corleone, que fue a menudo padrino, pero nunca padre... muy al contrario de Gentry, cuyo quinto hijo llegó hacia el final de Rama II.

Pronto conocerán ustedes la más apreciada creación de Gentry, el aún por nacer san Michele de Siena. Un día, estoy seguro, lo encontrarán de nuevo, en libros que Gentry publicará bajo su solo nombre, con el mínimo de ayuda o estorbo por mi parte.

Mientras escribo estas palabras, estamos justo llegando a la mitad de nuestro cuarto libro conjunto. Y, aunque creemos saber lo que va a ocurrir a continuación, estoy seguro de que los ramanes tienen todavía una cuantas sorpresas preparadas para nosotros...

FIN